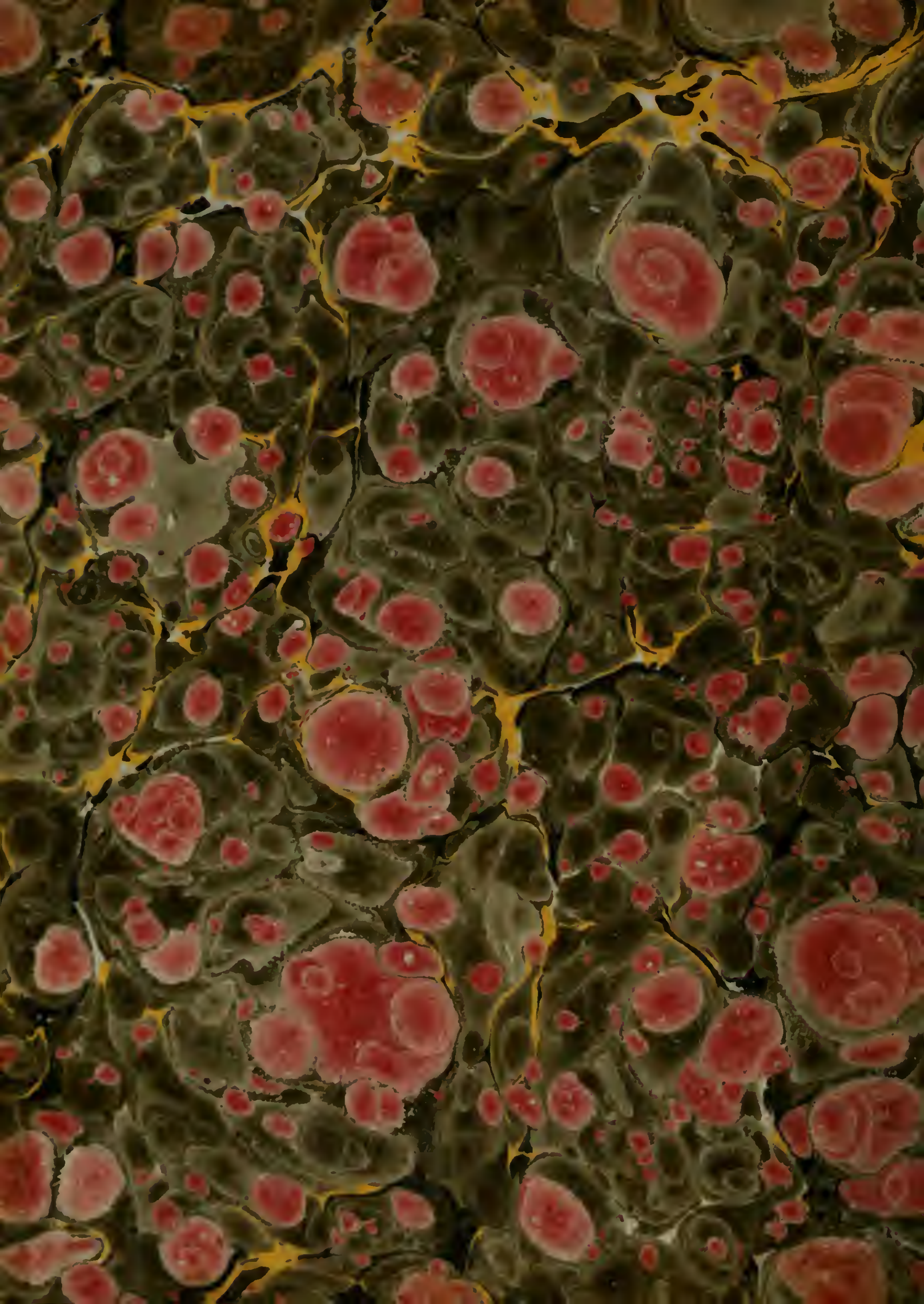
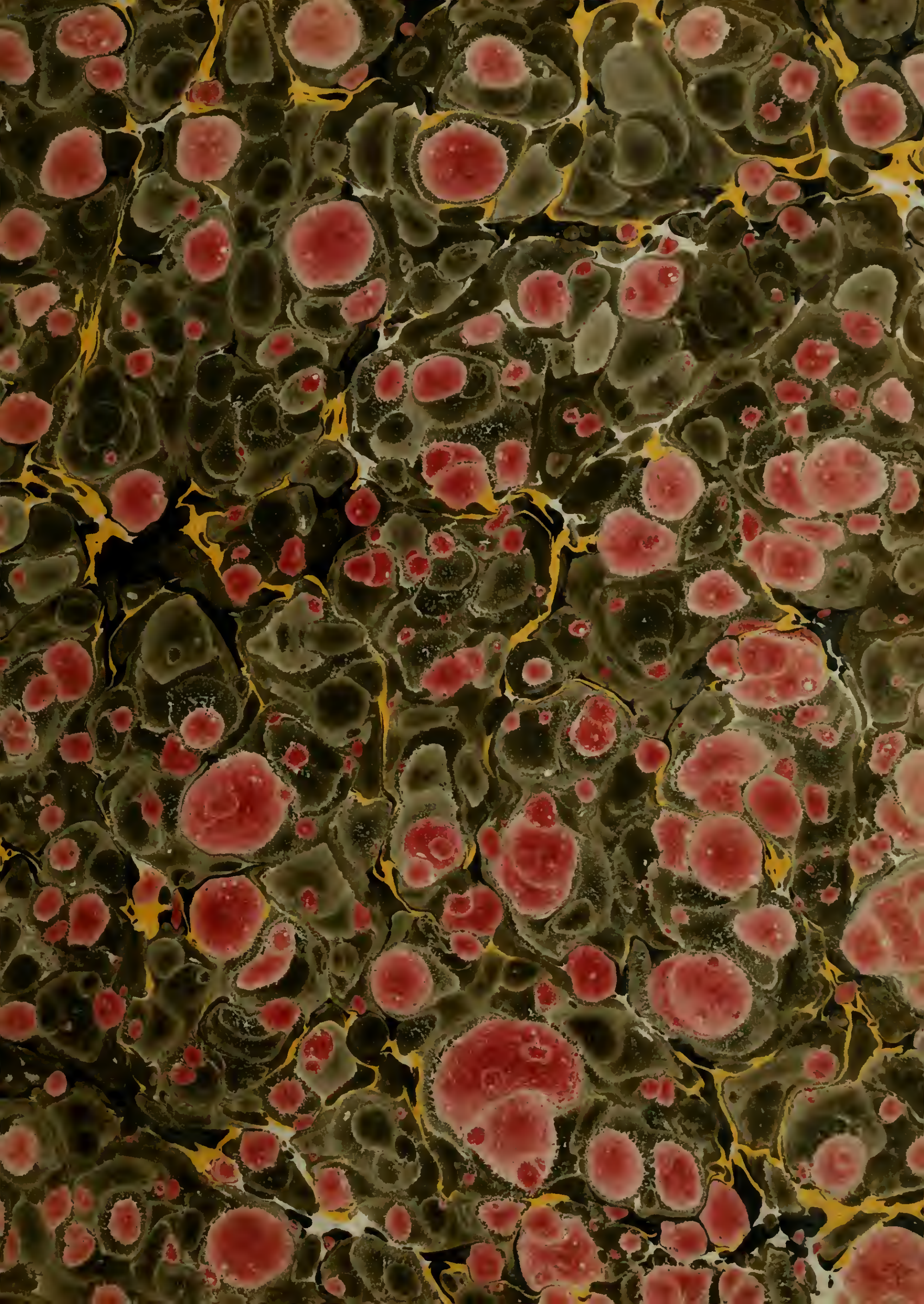






…le Chalba) p. 171-2

Table du volume p. 377

Table des gravures p. 379

Résumé du Roman 381-387

(Manquent quelques gravures)

ALBUM

EL JUDIO ERRANTE.

TOMO TERCERO.



Barcelona: 1845.

IMPRENTA DE D. JOSÉ DEVESA Y PUJADAS
CALLE DE SERRA NÚMERO 6.

PARTE PRIMERA.

LA PANTERA NEGRA DE JAVA.

I.

EL NEGOCIADOR.

Pocos dias han pasado desde el incendio de la fábrica de Mr. Hardy. La escena siguiente pasa en la calle de Clovis, en la casa en que Rodin tenia un apeadero entonces abandonado, casa tambien habitada por Rosa Pompon, que sin el menor escrúpulo usaba de la habitacion de su *amigo* Filemon.

Eran las doce poco mas ó menos; Rosa Pompon, sola en la habitacion del estudiante, siempre ausente, estaba desayunándose muy alegremente al lado de la chimenea; pero ¡qué almuerzo tan singular, qué fuego tan estraño y qué habitacion tan rara!

Figúrese el lector una pieza bastante grande á que daban luz dos ventanas sin cortinas, porque como daban á terrenos vagos, el dueño de la casa no habia tenido que temer las miradas indiscretas de persona alguna. Una de las estremidades de la habitacion servia de vestuario, viéndose colgado de una percha el lindo vestido de máscara de Rosa Pompon, no léjos del sombrero de barquero de Filemon y de sus anchos pantalones de tela cruda, tan llenos de brea, como si este intrépido marinero hubiera habitado el entrepuente de una fragata durante un viaje de circumnavegacion. Un vestido de Rosa Pompon estaba colgado con suma gracia sobre un pantalón con piés, que parecia salir de debajo de la falda.

Colocada sobre la última tabla de un pequeño estante de libros, singularmente empolvado y descuidado, se veia al lado de tres botas viejas, (¿porqué tres botas?) y de varias botellas vacias, se veia, repetimos, una calavera, recuerdo osteológico y amistoso, dado á Filemon por un amigo suyo, estudiante de medicina. A consecuencia de una broma, muy en voga en el barrio latino, aquella calavera tenia entre sus dientes, magníficamente blancos, una pipa de barro con la chimenea ennegrecida; ademas su cráneo reluciente estaba medio cubierto por un sombrero viejo, muy resueltamente puesto de un lado y cubierto de flores y cintas ajadas: cuando Filemon estaba ébrio, contemplaba largo tiempo este osario y hasta se entregaba á los monólogos mas ditiram-

bicos acerca de la relacion filosófica entre la muerte y las locas alegrias de la vida.

Dos ó tres caretas de yeso con las narices y las barbas mas ó menos destrozadas, clavadas en la pared, manifestaban la curiosidad pasajera de Filemon acerca de la ciencia frenológica; estudios pacientes y reflexivos de los que él habia sacado esta rigurosa conclusion:

« Que teniendo desarrollado de un modo estraordinario el órgano de la deuda, debia resignarse á la fatalidad de su organizacion que le imponia los acreedores como una necesidad vital ».

Sobre la chimenea se levantaba intacta y en su majestad gigantesca, la copa de *pias de fiesta* del barquero, al lado de una tetera de porcelana sin pico y de un tintero de madera negra con la boca medio escondida bajo una capa de vegetacion verdosa y oxidada.

De vez en cuando el silencio de este retiro se interrumpia por el arrullo de los pichones que Rosa Pompon habia acojido con una cordial hospitalidad en el gabinete de estudio de Filemon.

Friolenta como una codorniz Rosa Pompon estaba al lado de la chimenea, como regocijándose tambien con el dulce calor de un vivo rayo de sol que derramaba sobre ella una luz dorada.

Esta estraordinaria criatura tenia puesto un vestido rarísimo, y que sin embargo daba un gran realce á la frescura florida de sus 17 años á su picante fisonomía y sus encantadoras facciones coronadas de lindos cabellos rubios cuidadosamente peinados desde por la mañana.

A manera de bata, Rosa Pompon se habia puesto ingénuamente por encima de su camisa la almilla de lana roja de Filemon, sustraida á su vestido oficial de batelero; el cuello abierto y caido, dejaba ver la blancura del lienzo del primer vestido de la jóven, asi como su garganta, el nacimiento de su redondo seno y hoyos de sus hombros, dulces tesoros de su arrasado tan firme y pulido, que la almilla roja parecia reflejarse en el cútis de un color rosado; los frescos y redondos brazos de la *griseta* salian á medias de las anchas mangas vueltas; viéndose tambien á medias, cruzadas una sobre otra, sus lindas piernas, cubiertas desde por la mañana de una media blanca muy estirada, cuya blancura estaba cortada en el tobillo por una botita muy pequeña. Una corbata de seda negra, que ajustaba la almilla de lana á la cintura de avispa de Rosa Pompon, por encima de sus caderas, dignas del religioso entusiasmo de un Fidias moderno, daba á este trage, tal vez demasiado voluptuoso, una gracia muy original.

Hemos dicho que el fuego á que se calentaba Rosa Pompon era estraño... Júzguese: la desvergonzada, la pródiga, encontrándose sin leña, se calentaba económicamente con los garfios del bote de Filemon, que por lo demás ofrecian á la vista un combustible de una admirable regularidad.

Hemos dicho que el desayuno de Rosa Pompon era singular. Júzguese de ello; sobre una mesita colocada delante de ella, se veia una palangana donde habia recientemente sumergido su fresco rostro, en una agua no menos fresca: del fondo de esta palangana súbitamente trasformada en ensaladera, Rosa Pompon sacaba, menester es confesarlo, con la punta de sus dedos, grandes hojas de ensalada verde como un prado, con suficiente vinagre para ahogar á uno, y despues trituraba estas verduras con todas las fuerzas de sus blancos dientes, de un esmalte demasiado firme para empañarse; por bebida tenia preparada un vaso de agua y de jarabe de grosella, cuya mezcla activaba con la cucharita de madera de un mostacero. En

fin como entremés, se veian una noche de aceitunas en uno de esos joyeros de vidrio azúl y opaco á 25 sueldos; sus postres se componian de nueces, las que se preparaba á asar sobre una paleta hecha ascua.

Que Rosa Pompon con un alimento de una eleccion tan increible y primitiva, fuese digna de su nombre por la frescura de su tez, es uno de esos divinos milagros que revelan la omnipotencia de la juventud y de la salud.

Rosa Pompon, despues de haber triturado su ensalada, iba á hacer igual operacion con sus aceitunas, cuando llamaron con discrecion á su puerta, modestamente cerrada por dentro con un cerrojo.

—¿Quién es? dijo Rosa Pompon.

—Un amigo..... un viejo de la vieja, contestó una voz sonora y alegre. ¿Os encerrais?

—¡Bah! ¿sois vos, Nini-Moulin?

—Si, mi querida pupila.... abridme al instante.... es cosa urgente.

—¿Abriros? ¡ah! ¡bien!.... ¡con el vestido que tengo!.... ¡No seria malo!

—¡Ya lo creo.... que vestida como estais no seria malo, al contrario muy bueno! ¡Oh, Rosa la mas rosa de cuantos Pompones han decorado jamás el carcax del amor!

—Salís á predicar la cuaresma y la moral en vuestro periódico!..... gran apóstol! dijo Rosa Pompon dirigiéndose á restituir la almilla roja al vestido de Filemon.

—¡Hola! ¿vamos á estar mucho tiempo en conversacion á través de la puerta, para la mayor edificacion de los vecinos? dijo Nini-Moulin. Pensad en que tengo cosas muy graves que deciros, cosas que van á admiraros.....

—Dejadme tiempo para ponerme un vestido... ¡gran tormento!

—Por causa de mi pudor? no os exajereis su susceptibilidad; no soy hipócrita, os aceptaré perfectamente como esteis.

—Y decir que un mónstruo semejante es el querido de todas las sacristias! dijo Rosa Pompon abriendo la puerta y acabando de echar los corchetes á su vestido.

—¡Ah! héos al fin de vuelta al palomar, lindo pájaro viajero! dijo Nini-Moulin cruzando los brazos y mirando á Rosa Pompon con una seriedad cómica. ¿Y de dónde salís? hace tres dias que no habeis dormido aqui, mala palomita.

—Es verdad... no he vuelto hasta ayer noche.... ¿Habeis venido durante mi ausencia?

—He venido todos los dias.... y mas bien dos veces que una, porque tengo cosas muy graves que deciros.

—¿Cosas graves? Entonces vamos á reirnos mucho.

—Absolutamente; son cosas muy sérias, dijo Nini-Moulin sentándose, pero antes, ¿que es lo que habeis hecho en estos tres dias que habeis desertado del domicilio conyugal y filemónico?...

Es menester que lo sepa antes de deciros mas.

—¿Quereis aceitunas? dijo Rosa Pompon, tomando una de estas frutas aceitosas.

—¿Esa es vuestra respuesta?.... comprendo.... desgraciado Filemon!....

—No hay nada de desgraciado Filemon en esto, mala lengua. Clara ha tenido un muerto en su casa, y durante los primeros dias despues del entierro, ha tenido miedo de pasar la noche sola.

—Creia que Clara estaba suficientemente pronta.... contra esos temores.....

—¡Eso os hace pensar mal, gran vívora! puesto que he ido á casa de esa pobre muchacha par hacerla compañía.

Al oir esta afirmacion, el escritor religioso tálareó entre dientes con un aspecto perfectamente incrédulo y malicioso.

—¡Es decir que yo hago infidelidades á Filemon! esclamó Rosa Pompon partiendo una nuez, con la indignacion de la virtud injustamente calumniada.

—No digo infidelidades, sino una sola, pequeñita y color de rosa.... Pompon.

—Os digo que no me he ausentado de aqui por mi gusto.... al contrario porque durante este tiempo.... desapareció la pobre Cefisa....

—Si, la Reina Bacanal está de viaje, segun me ha dicho la madre Arsenia; pero cuando os digo de Filemon me contestais Cefisa.... esto no es claro.

—Que me trague la pantera negra que se muestra en el teatro de la puerta de San Martin, si no digo verdad.... y á propósito de esto, será menester que tomeis dos lunetas para llevarme á ver esos animales, mi buen Nini-Moulin, dícese que son unas bestias feroces admirables.

—¡Eh! ¿estais loca?

—¿Como?

—Que guie vuestra juventud como un abuelo del cancan en medio de tulipanes mas ó menos borrascosos, enhorabuena, no arriesgo encontrarme con mis religiosos protectores; pero conduciros justamente á un espectáculo de cuaresma, puesto que no hay mas que exhibicion de animales, no tendré mas que hacer para encontrar alli mis sacristanes, y estaré bien con vos del brazo!

—Os pondreis una nariz falsa... y trabillas en los pantalones, Nini; y no os conocerán....

—No se trata de narices falsas, sino de lo que tengo que deciros, puesto que me asegurais que no teneis intriga alguna.

—Lo juro, dijo solemnemente Rosa Pompon estendiendo horizontalmente su mano izquierda, mientras que con la derecha llevaba una nuez á sus dientes; despues añadió sorprendida, considerando el ancho gaban de Nini-Moulin:

—¡Ah! qué bolsillos tan grandes teneis... ¿qué hay dentro?

—Hay cosas que os conciernen, Rosa Pompon, dijo con gravedad Dumoulin.

—¿A mi?

—Rosa Pompon, dijo de repente Nini-Moulin con aire magestuoso, ¿quereis tener carruage? ¿Queréis en vez de habitar en esta horrible boardilla, tener una linda habitacion? ¿Quereis en fin, vestiros como una duquesa?

—Vamos.... mas disparates.... vamos tomais ¿tomais aceitunas?.... sino, me las como todas.... no queda ya mas que una....

Nini-Moulin metió la mano en un bolsillo sin contestar á esta oferta gastronómica, y sacó una caja que contenia un brazalete bastante lindo, y lo mostró á la jóven.

—¡Ah! ¡qué brazalete tan bonito! esclamó dando una palmada. Una serpiente verde mordiéndose la cola.... el emblema de mi amor á Filemon.

—No me hableis de Filemon, me incomoda, dijo Nini-Moulin, abrochando la pulsera en el brazo de Rosa Pompon que le dejó hacer riéndose como una loca y diciéndole:

—Es una compra que os han encargado, gran apóstol, y quereis ver el efecto que hace. ¡Pues bien! es muy lindo.

—Rosa Pompon, añadió Nini-Moulin, ¿quereis, ó no, tener criados, un palco en la ópera, y mil francos al mes para vestiros?

—¿Siempre con la misma broma? Bueno..... adelante, dijo la jóven haciendo brillar el brazalete al comer sus nueces: ¿porqué haceis siempre la misma farsa y no buscais otra nueva?

Nini-Moulin volvió á meter de nuevo la mano en el bolsillo y sacó esta vez una hermosa cadena de oro, que echó al cuello de Rosa Pompon.

—¡Oh! ¡qué linda cadena! esclamó la jóven mirando alternativamente la brillante alhaja y al escritor relijioso.

—Si sois vos tambien quien ha escojido esto.... teneis muy buen gusto; pero confesad que soy muy bondadosa en serviros asi de mostrador de alhajas.

—¡Rosa Pompon! añadió Nini Moulin con mayor majestuosidad; estas bagatelas no son nada en comparacion de las que podeis pretender si escuchais los consejos de vuestro amigo.....

Rosa Pompon empezó á mirar con sorpresa á Nini-Moulin y le dijo:

—¿Qué significa esto, Nini-Moulin? Esplicaos.... ¿cuales son esos consejos?

Dumoulin no contestó: volvió á meter la mano en su inagotable bolsillo, y sacó un paquete que abrió con cuidado, que contenía una magnífica mantilla de blonda negra.

Rosa Pompon se habia levantado poseida de una nueva admiracion, y Dumoulin echó con presteza la rica mantilla sobre los hombros de la jóven.

—¡Pero es magnífica! ¡jamas he visto una cosa semejante!.... ¡qué dibujo!.... ¡qué bordado! dijo Rosa Pompon examinándolo todo con una curiosidad sencilla, y, menester es decirlo, perfectamente desinteresada.

Despues añadió:

—¿Pero vuestro bolsillo es una tienda? ¿Como teneis tantas y tan buenas cosas?

En séguida soltando una carcajada que dió un color vivo á su lindo semblante, esclamó:

—¡Ya lo sé..... ya lo sé..... es el regalo de boda de Mme. de Sainte Colombe! ¡os doy la enhorabuena! ¡es cosa selecta!

—¿Y donde diablos quereis que yo pesque dinero para comprar todas estas maravillas? dijo Nini Moulin. Todo esto, os repito... que es vuestro si quereis y si me escuchais.

—¡Cómo! dijo Rosa Pompon con una especie de estupor, ¿lo decís seriamente?

—Muy seriamente.

—¿Esas proposiciones de vivir como una gran señora...?

—Estas alhajas son una garantia de la realidad de mis ofertas.

—¿Y sois vos... quien me propone esto en favor de otro, pobre Nini-Moulin?

—Un momento.... esclamó el escritor religioso con un pudor cómico; debeis conocerme bastante, ó mi querida pupila, para estar segura de que seria incapaz de impulsaros á una accion mala.... ó indecente... me respeto demasiado... sin contar que seria ofensivo á Filemon, que me ha confiado el cuidado de vuestra virtud.

—Entonces, Nini-Moulin, dijo Rosa Pompon cada vez mas estupefacta, no lo comprendo, palabra de honor.

—Sin embargo es muy sencillo...... yo......

—¡Ah! ya caigo... esclamó Rosa Pompon interrumpiendo á Nini-Moulin; es algun caballero que quiere ofrecerme su mano, su corazon y algo mas que le acompañe..... ¿No podiais decírmelo al momento?

—¿Un casamiento? ¡Ah! ¡bien, sí! dijo Dumoulin encojiéndose de hombros.

—¿No se trata de casamiento? preguntó Rosa Pompon volviendo á caer en su primera sorpresa.

—No.

—¿Y las proposiciones que me haceis son honestas, gran apóstol?

—No pueden serlo mas.

—¿Y no tendré que ser infiel á Filemon?

—No.

—¿O fiel á alguien?

—Tampoco.

Rosa Pompon quedó confundida: en seguida añadió:

—¡Eh! vamos, sin bromear. No soy bastante tonta para figurarme que se me hará vivir como una duquesa, únicamente por mis buenos ojos..... si me es permitido espresarme en estos términos, añadió la jóven con hipócrita modestia.

—Podeis perfectamente espresaros asi.

—Pero en fin, dijo Rosa Pompon cada vez mas curiosa, ¿qué tendré yo que dar en cambio?

—Nada absolutamente.

—¿Nada?

—Ni esto; y Nini Moulin se mordió una uña.

—¿Pero qué será menester entonces que yo haga?

—Será menester que os pongais tan bonita como podais, que os adorneis, que os divirtais, que os paseeis en carruaje. Ya lo veis, esto no es muy fatigoso..... sin contar que contribuireis á una buena accion.

—¡Viviendo como una duquesa!

—Sí..... asi decidíos; no me pregunteis mas pormenores..... no podré contestaros; por lo demas no os retendrán á pesar vuestro..... probad..... la vida que os propongo, si os conviene la continuareis; si no, os volvereis á vuestra filemónica habitacion.

—En verdad.....

—Probad, ¿qué arriesgais?

—Nada..... pero no puedo creer que todo esto sea cierto. Y luego añadió titubeando, no sé si debo.....

Nini Moulin fué á la ventana, la abrió y dijo á Rosa Pompon, que se acercó á ella:

—Mirad..... á la puerta de la casa.

—¡Una lindísima carretela, por mi vida! ¡qué bien debe una estar en ella!

—Ese carruaje es el vuestro, y os espera.

—¡Cómo! ¿me espera? dijo Rosa Pompon, será menester que me decida tan pronto?

—¡Oh! absolutamente.

—¿Hoy?...

—Al momento.

—¿Pero á dónde me conducís?

—¿Lo sé yo acaso?

—¿No sabeis á donde me llevais?

—No..... (y Dumoulin decia tambien verdad), el cochero ha recibido sus instrucciones.

—¡Sabeis que todo esto es muy raro, Nini Moulin!

—Ya lo creo...si no fuese raro, ¿dónde estaria el placer de ello?

—Teneis razon.

—Así ¿aceptais? Enhorabuena; me alegro por vos y por mí.

—¿Por vos?

—Sí, porque al aceptar me haceis un favor muy grande.

—¿A vos?... ¿y cómo?

—Poco os importa, con tal que esté agradecido.

—Es verdad.....

—¡Eh!... ¿nos vamos?

—¡Bah!... despues de todo..... no me comerán, dijo Rosa Pompon con resolucion.

Y fué á coger saltando un *bibi* color de rosa como su linda cara, y acercándose á un espejo roto lo colocó estremadamente á la chusca sobre sus trenzas rubias; lo que descubriendo su blanca garganta, la sedosa raiz de sus cabellos, daba á la vez el aspecto mas travieso, no quisieramos decir el mas libertino á su lindo semblante.

—¡Mi capa! dijo á Nini Moulin que parecia haberse librado de una gran inquietud desde que ella habia aceptado.

—¡Quiá!... una capa..... contestó el Sisisbeo que volviendo á meter por última vez la mano en uno de sus bolsillos, verdaderas alforjas, sacó un hermoso chal

de cachemira que echó sobre los hombros de Rosa Pompon.

—¡Un chal de cachemira!!! esclamó la jóven trémula de placer y de sorpresa.

Despues añadió con un gesto heroico:

—¡Está hecho!... me arriesgo.....

Y bajó con presteza seguida de Nini Moulin.

La honrada frutera-carbonera estaba á la puerta de su tienda.

—Buenos dias, señorita, habeis madrugado hoy, dijo á la jóven.

—Sí, tia Arsenia... aqui está mi llave.

—Gracias, señorita.

—¡Ah!... ahora me acuerdo, dijo súbitamente Rosa Pompon en voz baja, volviéndose hácia Nini Moulin y alejandose de portera. ¿Y Filemon?

—¿Filemon?

—¡Si vuelve!

—¡Ah! ¡diablo!..... dijo Nini Moulin rascándose la oreja.

—Sí, si Filemon vuelve... ¿qué le dirán? porque tal vez estaré mucho tiempo ausente.

—Tres ó cuatro meses, supongo.

—¿No mas?

—No creo.

—Entonces, bueno, dijo Rosa Pompon. Luego acercándose á la carbonera, despues de un momento de reflecsion, le dijo:

—Tia Arsenia, si viene Filemon, decidle que..... he salido... para negocios...

—Sí, señorita.

—Que me espere sin impacientarse.

—Sí, señorita.

—Y que nó se olvide de dar de comer á mis pichones que estan en su gabinete.

—Si, señorita.

—Adios, tia Arsenia.

—Adios, señorita.

Y Rosa Pompon subió en triunfo al carruaje con Nini Moulin.

—Que el diablo me lleve si sé en lo que ha de venir á parar todo esto, dijo entre sí Santiago Dumoulin, mientras que el carruaje se alejaba con rapidez de la calle de Clovis; he reparado mi tonteria; ahora poco me importa lo demas.

II.

EL SECRETO.

A los pocos dias del robo de Rosa Pompon por Nini Moulin, pasaba la siguiente escena.

La señorita de Cardoville estaba sentada y pensativa en su gabinete de labor, alfombrado con una tela de seda verde de la China y amueblado entre otras cosas con una libreria de ébano, adornada con grandes cariátides de bronce dorado.

Por algunos indicios significativos era fácil conocer que la señorita de Cardoville habia buscado en las artes distraccion á tristes y graves preocupaciones: cerca de un piano abierto habia un arpa colocada delante de un atril de música; no lejos, encima de una mesa cubierta de cajitas de pinturas se veian muchos pliegos de vitela con ensayos de bosquejos fuertemente coloreados, de los cuales la mayor parte representaban paisages asiáticos iluminados vivamente con los rayos del sol de oriente.

Constante en su capricho de vestirse de una manera singular, la señorita de Cardoville se asemejaba en este dia á uno de esos soberbios retratos de Velazquez de tan noble y tan severa ejecucion...... Su vestido era de moaré negro con una ancha guarnicion por abajo, con el talle muy bajo y las mangas acuchilladas con raso de color de rosa y recamadas con dibujos de canutillos. Una valona á la española bien almidonada subia hasta su barba y estaba sujeta al rededor del cuello por medio de una ancha cinta tambien de color de rosa. Este adorno dulcemente agitado se veia escotado graciosamente por las elegantes ondas de un corpiño de raso del

mismo color de rosa guarnecido con hilos de azabache que venia á terminar en punta por delante en la parte inferior.

Imposible es pintar hasta que punto este vestido negro con anchos y lustrosos pliegues coronado por un corpiño de color de rosa guarnecido de brillante azabache armonizaba con la deslumbrante blancura del cútis de Adriana y con los tirabuzones de su cabellera dorada, cuyos largos y relucientes anillos caian hasta su seno.

La jóven estaba medio tendida en un camapé forrado de seda verde, que levantado á bastante altura por el lado de la chimenea, descendia gradual é insensiblemente hasta el suelo por el estremo opuesto. Una especie de enrejado fino de bronce dorado semicircular, y que levantaba como unos cinco pies, entretejido con lianas florecidas (admirables *pasiflores cuadrangulatas* plantadas en una onda jardinera de ébano de donde salian los ramos que iban á enredarse por el enrejado de bronce), rodeaba este camapé con una especie de biombo vejetal salpicado por anchas y hermosas flores verdes en la parte esterior, y purpurinas por dentro con un esmalte tan brillante como el de esas flores de porcelana que nos vienen de la Sajonia. Un suave y lijero perfume como la débil mezcla de la violeta y del jazmin se exhalaba de las corolas de esas admirables *pasiflores*.

Una gran cantidad de libros nuevos que Adriana habia hecho comprar dos ó tres dias antes, y cuyas hojas estaban recientemente partidas, se veian esparcidos en confusion y desórden, unos sobre el camapé, otros sobre un lindo velador, y otros finalmente en union de muchos y grandes atlas yacian esparramados sobre la alfombra que estaba tendida á los piés del divan y que era de pieles de martas. Y ¡cosa singular! todos estos libros diferentes en forma y tamaños trataban de una misma cosa.

La postura de Adriana revelaba una especie de melancólico abatimiento: sus mejillas estaban pálidas, y una auréola aunque lijera, de color azulado que rodeaba sus grandes y negros ojos medio cerrados, le daban una espresion de profunda tristeza....

Esta tristeza tenia realmente muchas causas, y una de ellas era la desaparicion de la Gibosa. Sin dar entero crédito á las pérfidas insinuaciones de Rodin que en su carta daba á entender, que la jóven habia abandonado aquella casa por el temor de no verse desenmascarada por él, sentia Adriana una opresion en el corazon al pensar en que esta jóven, en quien tanta confianza habia tenido, huyera asi de su hospitalidad casi paternal, sin dirigirle ni una sola palabra de reconocimiento; porque habian tenido bastante cuidado de no mostrarle los pocos renglones que apresuradamente habia dejado aquella escritos para su bienhechora, en el momento antes de emprender su fuga. Habíanle hablado, si, del billete de 500 francos que se habia hallado sobre su buró, y esta circunstancia, tan inesplicable, por decirlo asi, habia contribuido notablemente á despertar en la señorita de Cardoville algunas sospechas. Ya comenzaba á sentir los funestos efectos de esa desconfianza universal, de esa desconfianza de todo el mundo que Rodin le habia recomendado; y ese sentimiento de desconfianza y de reserva tendia á hacerse tanto mas grande, cuanto por la primera vez de su vida, la señorita de Cardoville, tan agena hasta entonces á la mentira, tenia un secreto que ocultar.... un secreto que causaba al mismo tiempo su felicidad, vergüenza, y su tormento.

Recostada en su divan, pensativa, abrumada, recorria distraida en muchos mo-

mentos, una de esas obras recientemente compradas, cuando repentinamente dió un ligero grito de sorpresa. La mano en que tenia el libro tembló como la hoja de un árbol agitada por el viento, y desde este instante prosiguió leyendo con una atencion apasionada, con una curiosidad devoradora. A poco brillaron de entusiasmo sus ojos: apareció en sus labios una sonrisa de inefable dulzura; y parecia orgullosa, feliz y encantada á la vez... pero en el momento en que dobló la última hoja en que leía, apareció en sus facciones la espresion del abatimiento y del dolor.

Volvió á comenzar aquella lectura que le habia causado tan dulce sensacion, pero ya esta vez fué leyendo cada página con lentitud calculada, deletreando, por decirlo así, cada línea, cada palabra; é interrumpiéndose de cuando en cuando, se quedaba pensativa con la frente apoyada en su hermosa mano, y parecia meditar con profunda reflexion los pasages que iba leyendo con un amor tierno y religioso. Al llegar á un período que le causó una sensacion fuerte, se asomó una lágrima á sus ojos, y la jóven volvió repentinamente el libro para ver en la portada el nombre de su autor. Por espacio de algunos momentos permaneció contemplando este nombre con una singular espresion de reconocimiento: y no pudo menos de llegar á sus humedecidos labios la página en que estaba impreso. Despues de haber releido muchas veces aquello que tanto la habia afectado, olvidando sin duda *la letra* por *el espíritu* se puso á reflexionar tan profundamente, que el libro se le deslizó de las manos y fué á caer sobre la alfombra de marta.

En tanto que duró esta meditacion, la mirada de Adriana se habia fijado maquinalmente al principio en un hermoso bajo relieve que servia para sostener un caballete de ébano colocado cerca de una ventana.

Esta pieza de bronce recientemente fundido con arreglo á una de las obras de la antigüedad, representaba el triunfo de *Baco en la india*. El arte griego no habia producido una obra mas perfecta.

El jóven conquistador medio vestido con una piel de leon que dejaba admirar la gallardía juvenil y encantadora de sus formas, ostentaba una belleza divina y radiante. Puesto de pié en un carro tirado por dos tigres con aspecto dulce y altivo á la vez, se apoyaba con una mano sobre un tirso y con la otra guiaba con tranquila magestad las feroces bestias... En esta rara mezcla de gracia, de vigor y de serenidad se reconocia desde luego al héroe que tan terribles combates habia mantenido con los hombres y con los mónstruos de las selvas.

Por efecto del color rojizo que el bajo-relieve tenia, la luz que heria de lado á esta escultura, hacia resaltar admirablemente la figura del jóven Dios que se avanzaba mas desprendiéndose del punto en que estaba colocado el bajo-relieve, y parecia iluminado por los rayos de luz una magnífica estátua de oro bajo sobre el fondo oscuro del bronce.

Cuando Adriana fijó su mirada en este conjunto de perfecciones divinas, sus facciones estaban tranquilas y como absortas en la meditacion; pero la contemplacion casi maquinal al principio, fué haciéndose mas atenta y reflexiva cada vez, hasta que la jóven se levantó repentinamente de su asiento y fué acercándose con lentitud hácia el bajo-relieve, como si cediera á la invencible atraccion de una semejanza estraordinaria.

Entonces comenzó á colorear en las megillas de la señorita de Cardoville un ligero sonrosado que poco á poco fué apoderándose de todo su semblante, estendiéndose por su frente y su garganta.

Acercóse mas todavía al bajo-relieve y

despues de haber dado furtivamente una mirada á su alrededor cómo de vergüenza, y como si temiera que la sorprendieran en alguna accion vituperable, arrimó por dos veces su mano trémula de emocion para palpar suavemente con las yemas de los dedos la frente de bronce del Baco indio.

Pero por dos veces la detuvo con una púdica vacilacion.

La tentacion creció por fin. Adriana cedió á ella..... y su dedo de alabastro despues de haber acariciado delicadamente el rostro de oro bajo del jóven Dios, se apoyó mas atrevidamente por espacio de un momento sobre su frente noble y pura...

A este contacto, aunque ligero; pareció sentir Adriana un choque eléctrico. Se estremeció todo su cuerpo: sus ojos se ensancharon, y despues de haber nadado en su nacar húmedo y brillante, se levantaron hácia el cielo, volvieron á inclinarse luego hácia la tierra, y casi se cerraron abrumados despues... Entonces la cabeza de la jóven se inclinó algun tanto hácia atrás: le flaquearon las rodillas; entreabriéronse sus rojos labios para dar salida á una respiracion abrasada, porque su seno se levantaba con violenta agitacion, como si la rabia de la juventud y de la vida aceleraran los latidos de su corazon, é hicieran hervir á borbones la sangre que subiendo de pronto á encender el rostro de Adriana reveló á su pesar una especie de estásis tímido y apasionado, casto y sensual á la vez y de una espresion interesante é inefable hasta el último punto.

Espectaculo interesante é inefable, en efecto, es aquel en que la frente púdica de la virgen se colorea con el primer fuego de un secreto deseo..... Pues qué, el Creador de todas las cosas, ¿no anima el cuerpo lo mismo que el alma con su divino destello? ¿No debe ser religiosamente glorificado por la inteligencia y por los sentidos de que tan paternalmente ha dotado á sus hechuras? ¡Qué impíos y blasfemos son aquellos que pretenden sofocar esos sentimientos celestiales, en vez de dirigir, de armonizar su divino tesoro!

De repente la señorita de Cardoville hizo un estremecimiento, levantó la cabeza, abrió los ojos como si saliera de un sueño; retrocedió bruscamente, se alejó del bajo relieve, y dió algunos paseos por la habitacion con notable agitacion, y llevándose las manos abrasadas á la frente.

Luego, dejándose caer anonadada, por decirlo así, sobre su asiento, comenzaron á correr de sus ojos abundantes lágrimas, y el mas amargo dolor se retrató en su semblante, revelando las profundas llagas que hacia en su corazon la lucha terrible que interiormente sentia.

Poco á poco fué calmandose su llanto, y á esta situacion de abatimiento, sucedió una especie de violento despecho, de colérica indignacion contra sí misma, que se dejaba conocer por estas palabras que se la escaparon en medio de su arrebato:

—Por la primera vez de mi vida me siento débil y cobarde.... ¡Oh! sí... ¡cobarde!... ¡muy cobarde!.....

. . . .

El ruido de abrir y cerrar una puerta sacó de sus reflexiones á la señorita de Cardoville. Georgina apareció en seguida, y preguntó:

—Señorita, el señor conde de Montbron desea saber si podeis recibirlo.

Adriana tenia demasiado talento para manifestar delante de sus doncellas la especie de impaciencia que le causaba aquella venida tan inoportuna entonces, y dijo á Georgina:

—Habeis dicho al señor conde que estoy en casa?

—Si señora.

—Pues decidle que tenga la bondad de pasar adelante.

Aunque en realidad la señorita de Cardoville sentia un disgusto notable en esta ocasion por la venida del conde de Montbron, debemos manifestar que le profesaba un afecto casi filial, una estimacion profunda, y sin embargo, ¡singular contraste, aunque por otra parte muy frecuente! casi siempre se hallaba en oposicion respecto á su modo de pensar, y resultaba generalmente que cuando la señorita de Cardoville se hallaba con toda la libertad de su carácter, no solia el señor de Montbron llevar la mejor parte, y acababa por confesar alegremente su derrota en las conversaciones mas alegres y mas animadas apesar de su escéptica é irónica verbosidad, apesar de toda su larga esperiencia, apesar del conocimiento que tenia de los hombres y de las cosas, y lo diremos con su verdadera palabra, á pesar de todas sus astucias y sutilezas de buen tono. Asi es, que para dar solamente una idea de las discusiones entre el conde y la señorita de Cardoville, dirémos que aquel antes de hacerse, como decia alegremente, su cómplice, habia combatido frecuentemente (aunque por distintas razones que la princesa de Saint-Dizier) su voluntad de vivir sola y á su alvedrío, en tanto que Rodin habia alentado este proyecto, dando un objeto de grandeza á la resolucion de la jóven, y logrando por este medio adquirir sobre ella algun género de influencia.

El conde de Montbron que tenia entonces mas de sesenta años habia sido uno de los hombres mas brillantes del directorio, del consulado y del imperio: sus prodigalidades, su buena conversacion, sus desafios, sus impertinencias, sus amores, sus pérdidas en el juego habian sido casi siempre el objeto de las conversaciones de la sociedad de su tiempo. En cuanto á su carácter, á su corazon y á sus relaciones debemos decir que siempre habia quedado en los términos de la mejor amistad con todas las mugeres con quienes habia tenido tratos de amor. En la época en que lo presentamos al lector, era todo un jugador muy fuerte y un jugador muy bueno. Era afable, cortés y algun tanto burlon: sus facciones eran finas, dedicadas y con un si es no es de agresiva impertinencia cuando se hallaba en presencia de personas que no eran de su devocion. Era alto, delgado y casi tan gallardo como un jóven; algo calvo, cubriéndole el resto de la cabeza sus cabellos canos y cortos: sus patillas eran canas y las usaba en semicírculo; y tenia la cara larga, la nariz aguileña, ojos azules muy penetrantes y la dentadura muy hermosa todavía.

—El señor conde de Montbron, dijo Georgina abriendo la puerta.

El conde entró en seguida y fué á besar la mano de Adriana con una especie de familiaridad casi paternal.

—Tratemos de averiguar la verdad que vengo buscando, se dijo á sí mismo el señor de Montbron, para evitar tal vez una desgracia.

III.

LAS CONFESIONES.

No queriendo la señorita de Cardoville dejar penetrar la causa de los violentos sentimientos que la agitaban, acojió á Mr. de Montbron con una alegria finjida y forzada; este por su parte, á pesar de su grande esperiencia del mundo, como se veia muy embarazado en abordar el objeto que le hacia desear tener una conferencia con Adriana, resolvió, segun el dicho vulgar, tantear el terreno antes de entablar seriamente la conversacion.

Despues de haber mirado á la jóven durante algunos instantes, Mr. de Montbron movió la cabeza y dijo con un suspiro:

—Mi querida niña... no estoy contento...

—¿Alguna pena del corazon..... ó del juego, mi querido conde? dijo Adriana sonriendo.

—¡Una pena del corazon!.... contestó Mr. de Montbron.

—¡Cómo! ¿vos tan buen jugador, tendríais mas cuidado por una calaverada femenina que por los dados?

—Tengo una pena del corazon... y vos sois quien la causa, querida amiga.

—Mr. de Montbron, vais á hacerme muy orgullosa, dijo Adriana sonriendo.

—Y haríais muy mal... porque mi pesar proviene justamente, os lo digo brutalmente, de que descuidais vuestra belleza..... Si, teneis las facciones pálidas, abatidas, fatigadas..... de algunos dias á esta parte estais triste... teneis algun pesar.... estoy seguro.

—Mi querido conde, teneis tanta penetracion, que os es permitido carecer de ella alguna vez, y esto os sucede... hoy... ni estoy triste, ni tengo ningun pesar..... y voy á deciros una grande y orgullosa impertinencia.... jamas me he encontrado tan bonita.

—Al contrario, nada hay mas modesto que esa pretension.... ¿Y quién os ha dicho esa mentira? ¿una mujer?

—No... mi corazon, y ha dicho la verdad, contestó Adriana con una lijera emocion, y despues añadió: comprendedlo... si podeis.

—¿Pretendeis decir con esto que teneis orgullo por la alteracion de vuestras facciones, porque lo teneis por los sufrimientos de vuestro corazon? preguntó Mr. de Montbron examinando á Adriana atentamente. Enhorabuena, tenia razon, teneis un pesar.... insisto en ello... añadió el conde con un tono de verdadero convencimiento; porque lo siento mucho....

—Tranquilizaos; soy en estremo feliz, porque á cada instante me complazco en este pensamiento: que á mi edad soy libre.... absolutamente libre.

—Si.... libre... de atormentaros.... libre.... de ser desgraciada á vuestras anchuras.

—Vamos, vamos, querido conde, dijo Adriana, he aqui reanimada nuestra antigua querella, vuelvo á hallar en vos el aliado de mi tia... y del abate d'Aigrigny.

—¿Yo? si..... poco mas ó menos como los republicanos son los aliados de los legitimistas; se entiende..... para devorarse despues.... A propósito de vuestra abominable tia, se dice que hace algunos dias, se celebra en su casa una especie de conciliábulo que se agita mucho... verdadero motin mitrado..... vuestra tia está en el buen camino.

—¿Porqué no? Antiguamente la hubiéseis visto ambicionar el papel de la diosa Razon.... Hoy la veremos tal vez canonizada.... ¿no ha cumplido ya la primera parte de la vida de Santa Magdalena?

—Jamas podriais decir de ella tanto mal como hace, querida mia... No obstante, aunque por razones muy distintas... pensaba como ella acerca de vuestro capricho de vivir sola....

—Ya lo sé.

—Si, y por lo mismo que deseaba veros mil veces mas libre aun de lo que sois.... os aconsejé.... buenamente...

—Que me casase...

—Sin duda; de esta manera vuestra adorada libertad... con sus consecuencias, en lugar de llamarse Mlle. Cardoville..... se hubiera llamado Mme. de... quien querais.... os hubiéramos encontrado un marido escelente que hubiera sido responsable.... de vuestra independencia....

—¿Y quién hubiera sido responsable de ese marido ridículo? ¿Y quien se hubiera degradado hasta el punto de llevar un nombre zaherido y vilipendiado en todas partes? Creeis que hubiera sido yo capaz de semejante accion? dijo Adriana ani-

mándose lijeramente. No, no, querido conde; tanto para el bien como para el mal responderé siempre sola de mis acciones; á mi nombre se unirá, buena ó mala, una opinion que al menos habré formado sola, porpue me seria tan imposible deshonrar vergonzosamente un nombre que no fuese el mio, como llevarlo si no estuviese siempre rodeado de la grande estimacion que necesito. Ahora bien, como no puede una responder mas que de sí misma.... guardaré mi nombre.

—Sois única en el mundo para tener semejantes ideas.

—¿Por qué? dijo Adriana riendo; porque me parece.... poco grato ver á una pobre jóven, por decirlo asi, encarnarse y desaparecer en algun hombre muy feo y muy egoista, y llegar á ser, como dicen sériamente... ella, dulce y linda, llegar á ser de repente la *mitad* de esa cosa tan fea.... sí.... asi ella fresca y encantadora rosa, supongo, la *mitad* de un horrible cardo! Vamos, amigo mio, confesadlo.... hay algo de odioso en esta metempsícosis... conyugal, añadió Adriana con una carcajada.

La alegria ficticia, algo febril de Adriana, contrastaba tanto con la palidez y la alteracion de sus facciones.... era tan fácil ver que trataba de ahogar con sus risas forzadas un profundo pesar que Mr. de Montbron se conmovió dolorosamente; pero disimulando su emocion, pareció reflecsionar un momento, y tomó maquinalmente uno de los libros recien comprados de que estaba rodeada Adriana; despues de haber echado una mirada distraida sobre este libro, continuó disimulando el sentimiento que le causaba la risa forzada de Mlle. de Cardoville:

—Veamos, mala cabeza.... una locura mas... supongamos que tengo 20 años y que hicieseis el honor de casaros conmigo.... ¿os llamarian, segun creo, la condesa de Montbron?

—Tal vez....

—¿Como tal vez? Aunque casada, ¿no llevariais mi nombre?

—Querido conde, dijo Adriana sonriendo, no continuemos una hipótesis que no puede causarme sino.... sentimiento.

De repente Mr. de Montbron hizo un brusco movimiento y miró á la señorita de Cardoville con una espresion de profunda sorpresa....

Hacia algunos momentos que al hablar con Adriana, el conde habia tomado maquinalmente dos ó tres libros esparcidos aqui y allá sobre el camapé, y maquinalmente tambien habia echado los ojos sobre estas obras.

La primera tenia por título *Historia moderna de la India.*

La segunda: *Viaje á la India.*

La tercera: *Cartas sobre la India.*

Cada vez mas sorprendido Mr. de Montbron, habia continuado su investigacion, y habia visto completarse aquella nomenclatura india con el cuarto tomo de: *Paseos en la India*.

El quinto: *Recuerdos del Indostan.*

El sesto: *Notas de un viajero á las Indias Orientales.*

De aqui provenia una sorpresa que por muchos y graves motivos Mr. de Montbron no habia podido ocultar mas tiempo, y que sus miradas manifestaron á Adriana.

Esta que habia olvidado completamente la presencia de los libros acusadores de que estaba rodeada, cediendo á un movimiento de despecho involuntario, se sonrojó ligeramente: despues recobrando su imperio el carácter firme y resuelto de la jóven, dijo á Mr. de Montbron mirándole con atencion:

—¡Bien!... querido conde... ¿de qué os admirais?

En lugar de contestar, Mr. de Montbront parecia cada vez mas absorto, pen-

sativo y contemplando á la jóven, no pudo impedirse de decir hablando consigo mismo:

—No..... no..... es imposible..... y no obstante...

—¿Será tal vez indiscreto de mi parte... asistir á vuestro monólogo, querido conde? dijo Adriana.

—Escusadme, querida amiga..... pero lo que estoy viendo me sorprende tanto.....

—¿Y qué veis? os suplico...

—Las huellas de una aficion tan viva... tan grande... como nueva.... por todo lo que tiene relacion.... con la India... dijo Mr. de Montbron pronunciando con lentitud sus palabras y fijando una mirada penetrante en la jóven.

—¡Y bien! dijo Adriana con decision.

—¡Y bien!.... busco la causa de esta súbita aficion...

—¿Geográfica? dijo Mlle. de Cardoville interrumpiendo á Mr. de Montbron; tal vez encontrais esta aficion demasiado séria para mi edad.... querido conde... pero es menester ocupar el tiempo..... y luego ademas, teniendo un primo indio, y príncipe.... he tenido deseos de tener una idea del afortunado pais... de donde ha venido este pariente selvático.

Esta última palabra fué pronunciada con una amargura que chocó á Mr. de Montbron; que añadió observando con atencion á Adriana:

—Me parece que hablais del príncipe... con un poco de resentimiento.

—No.... hablo de él con indiferencia.

—Sin embargo, es acreedor.... á otro sentimiento.

—De otra persona tal vez, contestó secamente Adriana.

—¡Es tan desgraciado! dijo Mr. de Montbron con sinceridad. Hace dos dias le he visto..... y me ha partido el corazon.

—¿Y qué tengo yo... que ver con eso? esclamó Adriana con una impaciencia dolorosa, casi enojada.

—Desearia que tormentos tan crueles os moviesen al menos á lástima: respondió gravemente el conde.

—¡Lástima!... ¡á mí! esclamó Adriana con un aire de orgullo ofendido.

Despues conteniéndose añadió con frialdad:

—¡Eh.... Mr. de Montbron, es una chanza... No me pedís seriamente que me interese en los tormentos amorosos de vuestro príncipe?

Hubo un desden tan glacial en estas últimas palabras de Adriana; sus facciones pálidas y contraidas, manifestaron una altivez tan amarga, que Mr. de Montbron dijo con tristeza:

—Asi... es cierto... no me habian engañado.... yo que por mi antigua y fiel amistad tenia, segun creo, algun derecho á vuestra confianza, nada he sabido..... miéntras que lo habeis dicho todo á otra persona.... esto me causa sentimiento..... mucho sentimiento.

—No os comprendo, Mr. de Montbron.

—¡Eh! ya no tengo miramientos que guardar... esclamó el conde. Ya no hay, bien lo veo, ninguna esperanza para ese desgraciado jóven... amais á alguien.

Y como Adriana hizo un movimiento, añadió el conde:

—¡Oh! no teneis que negarlo; vuestra palidez, vuestra tristeza hace algunos dias.... vuestra indiferencia hácia el príncipe, todo me lo dice... todo me lo prueba... amais.

Ofendida Mlle. de Cardoville de la manera con que hablaba el conde, del sentimiento que le suponia, contestó con una altiva dignidad:

—Debeis saber, Mr. de Montbron, que un secreto sorprendido.... no es una confianza. Y vuestro lenguaje me admira.....

—¡Eh! querida amiga, si hago uso del triste privilegio de la esperiencia... si adivino, si os digo que amais... si me atrevo hasta echaros en cara vuestro amor.... es porque se trata, por decirlo asi, de la vida ó la muerte de ese pobre príncipe, que sabeis me interesa ya como si fuera mi hijo, porque es imposible conocerle sin amarle con ternura.

—Seria singular, añadió Adriana con mayor frialdad é ironia, que mi amor... admitiendo que tenga un amor en el corazon... tuviese una influencia estraordinaria sobre el príncipe Djalma... ¿Qué le importa que yo ame? añadió con un desden casi doloroso.

¡Qué le importa!!! En verdad, mi querida amiga, permitidme que os diga que vos sois la que os chanceais cruelmente... Cómo!... ese pobre jóven os ama con el ardor ciego de un primer amor; dos veces ha querido ya poner fin con el suicidio al horrible tormento que le causa su pasion por vos... y encontrais estraordinario que vuestro amor hácia otro... sea una cuestion de vida ó muerte para él.

—¡Conque me ama! esclamó la jóven con un acento imposible de espresar.

—Tanto, que puede morir.... os digo; le he visto...

Adriana hizo un movimiento de estupor: de pálida que estaba se puso color de púrpura; despues desapareció este color, sus labios se quedaron blancos y trémulos: su emocion fué tan viva, que permaneció algunos momentos sin poder hablar, y puso la mano sobre el corazon como para contener sus latidos.

Mr. de Montbron, casi asustado de la súbita variacion de la fisonomía de Adriana, de la alteracion creciente de sus facciones, se acercó á ella esclamando:

—¡Dios mio! pobre amiga mia, ¿que teneis?

En lugar de contestar, Adriana le hizo una seña con la mano, como para tranquilizarle; el conde en efecto se tranquilizó, porque el bello semblante de la jóven poco antes contraido por el dolor, la ironía y el desden, parecia renacer en medio de las emociones mas dulces y mas inefables; la impresion que esperimentaba era tan embelesadora, que parecia complacerse y temer perder el menor sentimiento de ella: en seguida, diciéndole la reflecsion que tal vez era víctima de una ilusion ó de un engaño, esclamó de repente con angustia dirigiéndose á Mr. de Montbron:

—Pero lo que me decís.... es cierto.... al menos?

—¡Lo que os digo!

—Si.... que el príncipe Djalma....

—¿Os ama como un insensato? ¡Ay!... es demasiado cierto...

—No... no... esclamó Adriana con espresion de sencillez encantadora, jamás podrá ser eso demasiado cierto.

—¿Qué decís? esclamó el conde.

—¿Pero esa... mujer? preguntó Adriana como si esta palabra le hubiese quemado los lábios.

—¿Qué mujer?

—La que era causa de esos pesares tan dolorosos.

—¿Esa mujer?.... quien queriais que fuese sino vos?

—¡Yo!... ¡oh! si, era yo; ¿es verdad? ¡nadie mas que yo!

—A fé de caballero... Creed en mi esperiencia... jamás he visto una pasion mas sincera y mas tierna...

—¡Oh! ¿es verdad? ¿jamás ha tenido otro amor mas que el mio?

—¡El!.... jamás.

—Sin embargo.... me lo han dicho.

—¿Quién?

—Mr. Rodin.

—¿Que Djalma?...

—Dos dias despues de haberme visto se habia enamorado locamente de otra.

—Mr. Rodin os ha dicho eso, esclamó Mr. de Montbron ocurriéndole una idea: pero tambien le dijo á Djalma.... que estabais enamorada de otro.

—Yo?

—Y esa ha sido la causa de la horrible desesperacion de ese desgraciado jóven...

—¡Y lo que tambien ha causado mi desesperacion!

—¡Pero entonces le amais tanto como él á vos! esclamó Mr. de Montbron trasportado de alegría.

—¡Si le amo! dijo la señorita de Cardoville.

Algunos golpes dados discretamente á la puerta interrumpieron á Adriana.

—Vuestras doncellas... sin duda... Reponeos, dijo el conde.

—Adelante, dijo Adriana conmovida. Florina apareció.

—¿Que hay? dijo Mlle. de Cardoville.

—Mr. Rodin acaba de llegar, y temiendo ncomodaros no ha querido entrar; pero volverá dentro de media hora... ¿quereis recibirlo, señorita?

—Si... si... dijo el conde á Florina; y aun cuando esté con la señorita, introducidlo.... no es esa vuestra opinion? preguntó Mr. de Montbron á Adriana.

—Ese es mi deseo...... contestó la jóven.

Y un rayo de indignacion brilló en sus ojos al pensar en esta perfidia de Rodin.

—¡Ah, viejo tunante!..... dijo Mr. de Montbron. ¡Siempre habia desconfiado de aquel cuello torcido!

Florina salió dejando al conde con su señorita.

IV.

AMOR.

La señorita de Cardoville se habia trasfigurado; por primera vez su belleza brillaba en todo su esplendor: velada hasta entonces por la indiferencia, ú oscurecida por el dolor, un rayo resplandeciente del sol la iluminó de repente.

La lijera irritacion causada por la perfidia de Rodin habia pasado como una sombra imperceptible sobre la frente de la jóven. ¿Que le importaban ya estas mentiras, estas perfidias? ¿No estaban descubiertas?

Y en lo sucesivo... ¿que poder humano podia ponerse entre ella y Djalma, tan seguros uno de otro? ¿Quien osaria luchar contra estos dos seres resueltos y fuertes con el poder irresistible de la juventud, del amor y de la libertad? ¿Quien se atreveria á intentar seguirles en aquella esfera abrasada donde iban tan hermosos, tan felices, á confundirse en un amor inestinguible, protegido y defendido por su felicidad, armadura á toda prueba?

Apenas hubo salido Florina, cuando Adriana se acercó á Mr. de Montbron con paso rápido; parecia haber crecido: al verla adelantarse lijera, triunfante y radiante, se la hubiese tomado por una divinidad andando sobre las nubes.

—¿Cuando le veré?

Tal fué la primera palabra que dirigió á Mr. de Montbron.

—Pero... mañana; es menester prepararle á tanta felicidad; en un carácter tan ardiente.... una alegría tan súbita, tan inesperada... puede ser terrible.

Adriana permaneció un momento pensativa, y dijo de repente:

—Mañana..... sí..... no antes de mañana..... tengo una supersticion del corazon.

—¿Cuál?

—Ya la sabréis. ... EL ME AMA.... esta palabra lo dice todo, todo lo encierra, todo lo comprende..... es todo..... y sin embargo, tengo mil preguntas en los labios... acerca de él.... no os haré ninguna antes de mañana..... no, porque por una fatalidad muy agradable.... mañana es para mí.... un aniversario sagrado.... Desde ahora hasta entónces viviré un siglo..... afortunadamente.... puedo esperar.... mirad.

Despues haciendo una seña de Mr. de Montbron, le condujo junto al Baco Indio....

—¡Cómo se le parece!.... dijo al conde.

—¡Con efecto, esclamó este, es estraordinario!

—¿Estraordinario? añadió Adriana sonriendo con una dulce altivez; ¿estraordinario que un héroe, que un semi-dios, que un ideal de belleza se parezca á Djalma?.....

—¡Cuánto le amais!..... dijo Mr. de Montbron profundamente conmovido y casi deslumbrado con la felicidad que resplandecia en la fisonomía de Adriana.

—¿Debia sufrir mucho, es verdad? le dijo ella despues de un momento de silencio.

—Pero si yo no me hubiera decidido á venir hoy, sin ninguna esperanza, ¿qué hubiera sucedido?

—No lo sé..... tal vez hubiese muerto..... porque estoy herida aqui..... de una manera incurable (y puso la mano sobre el corazon.) Pero lo que hubiera causado mi muerte... será mi vida...

—¡Es horrible! dijo el conde estremeciéndose, una pasion semejante, concentrada en vos misma, tan altiva como sois.....

—¡Sí, altiva!.... pero no orgullosa.... Así al saber su amor hácia otra...... al saber que la impresion que habia creido causarle cuando nuestra primera entrevista, se habia borrado tan pronto.... renuncié á toda esperanza, sin poder renunciar á mi amor; en lugar de huir de su recuerdo, me he rodeado de todo lo que podia traérmelo á la imaginacion..... á falta de felicidad, hay un amargo placer en sufrir por lo que se ama.

—Ahora comprendo vuestra biblioteca india.....

Adriana, sin contestar al conde tomó del velador uno de los libros recientemente abierto, y trayéndolo á M. de Montbron le dijo sonriendo con una espresion de alegría y felicidad celestial:

—No tenia razon en negarlo..... soy orgullosa. Mirad.... leed esto... en alto... os suplico..... os digo que puedo esperar á mañana.

Y con la punta de su lindo dedo indicó al conde el pasaje, presentándole el libro.

Despues fué á cobijarse, por decirlo asi, en el fondo de su camapé, y allí en una actitud de profunda atencion, recogida, con el cuerpo inclinado hácia adelante, con las manos cruzadas sobre los cojines, con la barba apoyado en las manos, con sus hermosos ojos fijos con una especie de adoracion en el *Baco Indio* que estaba enfrente, pareció en esta contemplacion apasionada, prepararse á escuchar la lectura de Mr. de Montbron.

Este, admirado, comenzó, despues de haber mirado á Adriana que le dijo con una voz muy amable:

—Y muy despacio... os suplico...

Mr. de Montbron leyó el párrafo siguiente del *Diario* de un viajero en la India:

«...... Cuando me hallé en Bombay en « 1829 no se hablaba en toda la sociedad « inglesa sino de un jóven héroe, hijo de.....

Habiéndose interrumpido el conde por un momento á causa de la pronunciacion bárbara del padre de Djalma, Adriana le dijo vivamente con voz dulce:

—Hijo de *Kadja-Sing*...

—¡Qué memoria! dijo el conde sonriendo.

Y continuó:

«Un jóven héroe, el hijo de Kadja-«Sing, rey de Mundi. Despues de una «espedicion lejana y sangrienta en las «montañas contra este rey indio, el co-«ronel Drake habia vuelto lleno de en-«tusiasmo por el hijo de Kadja-Sing, lla-«mado Djalma. Apenas fuera de la ado-«lescencia, este jóven príncipe ha dado «pruebas en esta guerra implacable, de «una intrepidez tan caballeresca, de un «carácter tan noble, que han apellidado «á su padre el *Padre del Generoso*.

—Esta es una tierna costumbre... dijo el conde. Recompensar, por decirlo asi, al padre, dándole un sobrenombre glorioso por causa del hijo, esto es grande..... ¡pero qué raro hallazgo es este libro! dijo el conde sorprendido; comprendo que hay con que exaltar la cabeza mas fria...

—¡Oh!... ¡vais á ver!... ¡vais á ver!... dijo Adriana.

El conde continuó su lectura.

«El coronel Drake, uno de los mejo-«res y mas valientes oficiales del ejército «inglés, decia ayer delante de mí, que «herido gravemente y hecho prisionero «por el príncipe Djalma, despues de una «resistencia enérgica, habia sido conduci-«do al campamento establecido en la al-«dea de....

Aqui hubo la misma tardanza por parte del conde acerca de un nombre mucho mas bárbaro que el primero; asi no queriendo pronunciarlo á la ventura se interrumpió, y dijo á Adriana:

—En cuanto á este... renuncio.

—¡Sin embargo, es tan fácil! contestó Adriana, y pronunció con una dulzura indescribible el nombre siguiente, muy dulce tambien por sí:

—En la aldea de *Sumshabad*.

—Hé aqui un método mnemónico, infalible para retener los nombres geográficos, dijo el conde y continuó:

«Una vez en el campamento, el coro-«nel Drake recibió la hospitalidad mas «cordial, y el príncipe Djalma tuvo para «con él las atenciones de un hijo. Aquí «fué donde el coronel supo algunos he-«chos que colmaron su entusiasmo por el «príncipe, y de los cuales contó delante «de mí los dos siguientes:

«En uno de los combates el príncipe «iba acompañado de un jóven indio de «unos doce años de edad, á quien amaba «tiernamente y que le servia de page si-«guiéndole á caballo con sus armas de re-«fresco; este muchacho era idolatrado por «su madre: en el momento de la espe-«dicion, ella habia confiado su hijo al «príncipe Djalma diciéndole con un es-«toicismo digno de la antigüedad: *Que «sea vuestro hermano. Lo será*, contestó «el príncipe. En una sangrienta derrota «el muchacho fué gravemente herido y «su caballo muerto; el príncipe á riesgo «de su vida, á pesar de la precipitacion «de una retirada forzada, lo saca de de-«bajo del caballo muerto, lo pone á la «grupa del suyo, y huye: persíguenles; «una bala hiere al caballo, que con tra-«bajo llega á un bosque de juncos en me-«dio del cual, despues de vanos esfuer-«zos, cae exhausto. El muchacho estaba «imposibilitado de andar, el príncipe carga «con él, y se oculta en lo mas espeso del «bosque. Llegan los ingleses, registran «los juncos; pero las dos víctimas se es-«capan. Despues de una noche y un dia «de marchas, contramarchas, estrataje-«mas, fatigas y peligros inauditos, el prín-«cipe siempre cargado con el muchacho, «uno de cuyos piés estaba casi roto, con-«sigue llegar al campamento de su padre, «y dice sencillamente: *Habia prometido «á su madre que seria su hermano, obro «como tal.*»

—¡Es admirable! esclamó el conde.

—Continuad..... ¡oh! ¡continuad!.... dijo Adriana enjugando una lágrima sin apartar sus ojos del bajo relieve, al que no dejaba de contemplar con mayor adoracion.

El conde prosiguió:

« Otra vez, el príncipe Djalma seguido « de dos esclavos negros, se dirige antes « de amanecer á un lugar muy agreste, « para apoderarse á la vez de dos tigres « nacidos pocos dias antes. La caverna ha « bia sido descubierta. El tigre y su hem- « bra estaban aun fuera cazando. Uno de « los negros se introduce en la caverna « por una abertura estrecha, mientras que « el otro ayudado de Djalma echa abajo « á hachazos un gran tronco de un árbol, « á fin de preparar un lazo para cojer el « tigre ó á su hembra. Del lado de la aber- « tura, la caverna estaba casi cortada á « pico. El príncipe sube á ella con agilidad « á fin de disponer el lazo con ayuda del « otro negro; de repente se oyó un ru- « gido terrible; la hembra que volvia ya « de la caza llega en pocos saltos hasta la « entrada de la cueva: con una sola den- « tellada le hiende el cráneo al negro que « tendia el lazo con el príncipe, el árbol « cae á través de la estrecha abertura é « impide al tigre penetrar en la cueva, « impidiendo al mismo tiempo el paso al « negro que salia con los tigres recien na- « cidos.

« Encima, á unos veinte pies, sobre una « plataforma de rocas, el príncipe tendido « boca abajo consideraba este horrible es- « pectáculo. El tigre, furioso con los gri- « tos de sus hijos, devoraba las manos del « negro que desde el interior de la ma- « driguera trataba de sujetar el tronco del « árbol, su único baluarte, y lanzaba gri- « tos lastimeros. »

—¡Es horrible! dijo el conde.

—¡Oh! continuad.... continuad.... esclamó Adriana con exaltacion: vais á ver lo que puede el heroismo de la bondad.

El conde prosiguió:

« De repente el príncipe pone su puñal « entre los dientes, ata su cinturon á un « pico de la roca, toma el hacha con una « mano, déjase deslizar con la otra por « este cordaje improvisado, cae á algunos « pasos de la bestia feroz, da un salto há- « cia ella, y rápido como el rayo le asesta « uno sobre otros dos golpes mortales en « el momento en que el negro perdiendo « sus fuerzas abandonaba el tronco del ár- « bol é iba á ser hecho pedazos. »

—¡Y os sorprendia su semejanza con este semi-Dios, á quien la misma fábula no presta una abnegacion tan generosa! esclamó la jóven con mayor exaltacion.

—Yo no me sorprendo... admiro, dijo el conde con voz conmovida, y al leer estos dos nobles hechos, mi corazon palpita de entusiasmo, como si tuviera 20 años.

—Y el noble corazon de este viajero ha palpitado como el vuestro al oir esta relacion, dijo Adriana, vais á verlo.

« .....Lo que hace admirable la intre- « pidez del príncipe, es que segun los prin- « cipios de las razas indias, la vida de un « esclavo no tiene la menor importancia; « asi un hijo de un rey, al arriesgar su « vida por salvar á una pobre criatura tan « ínfima, obedecia á un heróico instinto « de caridad, verdaderamente cristiana, « inaudito hasta entonces en aquel pais.

« Dos hechos semejantes, decia con ra- « zon el coronel Drake, bastan á descri- « bir un hombre; así, yo viajero desco- « nocido, escribo el nombre del príncipe « Djalma con un sentimiento de respeto « profundo y de tierna admiracion, espe- « rimentando sin embargo una especie de « tristeza al preguntar cual será el porve- « nir de este príncipe, perdido en el fondo « de ese pais selvático, siempre devastado « por la guerra. Por humilde que sea el

«homenage que tributo á este carácter «digno de los tiempos heróicos, su nom- «bre, al menos, será repetido con un en «tusiasmo generoso por todos los corazo- «nes simpáticos para cuanto es generoso «y grande.»

—Y hace poco al leer estas líneas tan sencillas, tan tiernas, añadió Adriana, no he podido menos de llevar á mis lábios el nombre de este viajero.

—Sí... hélo ahí tal como le habia juzgado, dijo el conde cada vez mas enternecido, devolviendo el libro á Adriana; la cual le contestó levantándose:

—Hélo ahí tal como yo queria hacéroslo conocer á fin de que comprendais... mi adoracion hácia él; porque habia adivinado este valor, esta heróica bondad, cuando sorprendí á pesar mio una conversacion antes de mostrarme á...... Desde aquel dia sabia que era tan generoso, tan esforzado, tan intrépido, tan tierno, tan sensible, como enérgico y resuelto... pero cuando le ví tan bello.... y tan diferente por el noble carácter de su fisonomía, y hasta por sus vestidos, de todo lo que hasta entonces habia encontrado..... cuando ví la impresion que le habia causado..... y que esperimenté tal vez mas violenta aun..... sentí que mi vida estaba ligada á este amor.

—¿Y cuáles son ahora vuestros proyectos?

—Divinos, radiantes como mi corazon... Al saber su felicidad, quiero que Djalma esperimente el mismo vértigo que he sentido, y que no me permita aun mirar... á mi sol de frente... porque os lo repito.... desde aquí hasta mañana tengo que vivir un siglo. Sí, ¡cosa estraña! hubiera creido despues de semejante revelacion, deber sentir la necesidad de permanecer sola, sumergida en ese océano de embelesados pensamientos. ¡Pues bien! no... no; desde ahora hasta mañana temo la soledad... esperimento no sé qué impaciencia febril... inquieta... ardiente... ¡Oh! bendita seria la hechicera que tocándome con su varila de virtudes me durmiese ahora hasta mañana.

—Yo seré esa hechicera bienhechora, dijo de repente el conde sonriendo.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y cómo?

—Mirad el poder de mi varita: quiero distraeros de una parte de vuestras ideas, haciendo que sean para vos materialmente visibles...

—Esplicáos, por piedad.

—Y ademas mi proyecto tendrá tambien otra ventaja para vos. Escuchadme; sois tan feliz, que podeis oirlo todo... vuestra odiosa tia y vuestros odiosos amigos esparcen el rumor de que vuestra permanencia en casa del doctor Baleinier....

—Ha sido una necesidad por la debilidad de mi cerebro, dijo Adriana sonriéndo. Ya me lo esperaba.

—Es una cosa estúpida, pero como vuestra resolucion de vivir sola os ocasiona enemigos y envidiosos, ya conoceis por qué no faltarán algunos perfectamente dispuestos á dar crédito á todos los absurdos posibles.

—Bien lo espero... Pasar por loca á los ojos de los necios es muy lisonjero.

—Sí, pero probar á los necios que lo son, y esto en presencia de todo Paris, es bastante divertido; ahora bien, empiezan á inquietarse por vuestra desaparicion; habeis interrumpido vuestros acostumbrados paseos; mi sobrina se presenta sola hace mucho tiempo en nuestro palco de la ópera: quereis matar, quemar el tiempo hasta mañana... Hé aquí una ocasion escelente: son las dos... á las tres y media mi sobrina está aquí en coche: el dia está magnífico... habrá muchísima gente en el bosque de Boulogne: dais un buen paseo;

ya os ven allí..... además el aire fresco, el movimiento calmarán vuestra fiebre de felicidad..... y esta noche, aquí es cuando empieza mi poder mágico, os conduzco á la India.

—¿A la India?

—En medio de una de esas agrestes selvas donde se oye el rugido del leon, de la pantera y del tigre... Tendrémos á la vista, real y terrible.... ese combate heróico que tanto os ha conmovido hace poco.

—Francamente, mi querido conde, ¿es una broma?

—Absolutamente; os prometo haceros ver verdaderas bestias feroces, terribles huéspedes del pais de nuestro semi-dios... tigres y leones que rugen... ¿Esto no valdrá tanto como vuestros libros?

—Pero repito...

—Vamos, es menester confiaros el secreto de mi poder sobrenatural; de vuelta de vuestro paseo comeréis en casa de mi sobrina, y en seguida vamos á un espectáculo muy curioso que hay en el teatro de la puerta de San Martin..... Un domador de las fieras mas estraordinarias, muestra animales perfectamente feroces en medio de una selva (aquí únicamente empieza la ilusion) y finge con los tigres, leones y panteras combates terribles. Todo Paris va á estas representaciones, y todo Paris os verá allí mas bella y mas encantadora que nunca.

—Acepto, acepto, dijo Adriana con una alegría infantil. Sí... teneis razon... esperimentaré un placer estraño en ver esos mónstruos feroces, que me recordarán los que mi semi-dios ha combatido tan heroicamente. Repito que acepto, porque por la primera vez de mi vida tengo un deseo ardiente de parecer muy hermosa... hasta por todo el mundo.... acepto... en fin.... porque...

La señorita de Cardoville fué interrumpida primero por un ligero golpe dado á la puerta, y luego por Florina, que entró anunciado á Mr. Rodin.

V.

EJECUCION.

Rodin entró y con una ojeada rápida dirigida á Mlle. de Cardoville y á Mr. de Montbront, adivinó que iba á encontrarse en una posicion difícil. En efecto, nada presagiaba menos *tranquilidad* para él que el semblante de Adriana y del conde.

Este, ya hemos dicho que cuando no le gustaban las personas, manifestaba su antipatía por unos modales de una impertinencia agresiva, sostenida ademas por un buen número de duelos; así al ver á Rodin, sus facciones tomaron súbitamente una espresion insolente y dura; apoyado con el codo en la chimenea y hablando con Adriana, volvió desdeñosamente la cabeza por encima del hombro, sin contestar al profundo saludo del jesuita.

A la vista de este hombre, Mlle. de Cardoville se sorprendió de no esperimentar ningun sentimiento de irritacion ó de odio. La brillante llama que ardía en su corazon la justificaba de todo resentimiento vengativo.

Al contrario se sonrió dirigiendo una mirada altiva y dulce al Baco Indio, despues á sí misma, preguntándose lo que dos seres tan bellos, tan libres, tan enamorados, podian tener que temer de aquel viejecillo grasiento, de fisonomía comun y baja, que se adelantaba tortuosamente, con los círculos de un reptil. En una palabra, lejos de esperimentar cólera ó aversion contra Rodin, la jóven solo sintió un acceso de alegría burlona y sus grandes ojos resplandecientes ya de felicidad, chispearon pronto de malicia é ironía.

No estaba muy desahogado. Las personas de su especie prefieren mucho mas los enemigos violentos á los burlones; á veces esquivan la cólera que provocan, arrodillándose, llorando, gimiendo y dándose

golpes de pecho; otras la arrostran levantandose armados é implacables: pero ante las burlas picantes se desconciertan con facilidad; así sucedió á Rodin: presintió que entre Adriana y Mr. de Montbron iba á tener, como se dice vulgarmente, *un perverso cuarto de hora.*

El conde rompió el fuego, y volviendo su cabeza por encima de su hombro, dijo á Rodin:

—¡Ah! ¡ah! ¡héos aqui, señor hombre de bien!....

—Acercaos, acercaos, añadió Adriana con sonrisa sarcástica; vos, la perla de los amigos, el modelo de los filósofos..... vos, el enemigo declarado de todo engaño, de toda mentira, tengo mil enhorabuenas que daros....

—Todo lo acepto de vos, querida señorita;... hasta las enhorabuenas no merecidas, contestó el jesuita esforzándose en sonreir, mostrando de ese modo sus feos, amarillos y descarnados dientes. Pero puedo saber ¿porqué he merecido estas felicitaciones?

—Por vuestra penetracion, que es estraordinaria, contestó Adriana.

—Yo tributo homenaje, dijo el conde, á vuestra veracidad, no menos estraordinaria, demasiado estraordinaria tal vez.

—Mi penetracion.... yo.... ¿en qué, señorita? dijo Rodin con frialdad; yo.... verídico.... ¿en qué? señor conde, añadió volviéndose a Mr. de Monthron.

—¿En qué? dijo Adriana. ¿Pues no habeis adivinado un secreto rodeado de dificultades y misterios sin número; en una palabra, no habeis sabido leer en la profundidad del corazon de una muger?

—¿Yo, señorita?

—Vos..... y alegr o; ha tenido vuestra penetracion los m s felices resultados.

—Y vuestra veracidad ha obrado maravillas, añadió el conde.

—Es grato al corazon obrar bien aun ignorándolo, dijo Rodin, siempre sobre la defensiva y espiando con miradas oblicuas alternativamente al conde y á Adriana. ¿Pero podré saber la causa de estos elogios?

—El reconocimiento me obliga á daros parte de ella, dijo Adriana con malicia; habeis descubierto y dicho al príncipe Djalma que yo amaba apasionadamente.... á alguien.... pues bien, glorificad vuestra penetracion.... era verdad.

—Habeis descubierto y dicho á esta señorita, que el príncipe Djalma amaba apasionadamente... á alguien, añadió el conde, pues bien, glorificad vuestra penetracion, querido amigo.... era verdad.. .

Rodin quedó confundino, atónito.

—Ese alguien á quien amaba tan apasionadamente, dijo Adriana, era el príncipe....

—Esa persona á quien el príncipe amaba tan apasionadamente.... repuso el conde, era esta señorita.

Estas revelaciones graves y angustiosas, hechas una tras otra, aterraron á Rodin: permaneció enmudecido, asustado, pensando en el porvenir.

—¿Comprendeis ahora nuestra gratitud hácia vos? preguntó Adriana con un tono cada vez mas burlon. Gracias á vuestra sagacidad, al tierno interés que tomabais por nosotros, el príncipe y yo os debemos el estar enterados de nuestros mútuos sentimientos.

El jesuita recobró poco á poco su sangre fria, y su calma aparente irritó mucho á Mr. de Montbron, quien sin la presencia de Adriana hubiera dado un giro muy distinto á aquella conversacion sarcastica.

—Hay un error, dijo Rodin, en lo que me haceis el honor de decirme, querida señorita; jamas he hablado del sentimiento, por lo demas muy decoroso y

respetable, que hubierais podido esperimentar por el príncipe Djalma....

—Es cierto, contestó Adriana, que por un escrúpulo de discrecion esquisita, cuando me hablabais del profundo amor del príncipe Djalma, llevabais la reserva, la delicadeza hasta el estremo de decirme que no.... no era yo quien lo habia inspirado....

—Y el mismo escrúpulo os hacia decir al príncipe que la señorita de Cardoville amaba apasionadamente á alguien... que no era él.

—Señor conde, contestó Rodin con sequedad, no podria escusarme de deciros, que no tengo una gran necesidad de mezclarme en intrigas amorosas.

—¡Vaya! ¡vaya! ¿es modestia ó amor propio? dijo el conde con insolencia: por vuestro interés, no cometais otra torpeza semejante.... si os cojiesen la palabra.... si se divulgase.... manejad un poco mejor los honraditos oficios que ejerceis sin duda....

—Hay uno por lo ménos, dijo Rodin mostrándose tan agresivo como el conde, cuyo duro aprendizaje os deberé, señor conde; el pesado oficio de otros.

—¡Hola! amigo, contestó el conde con desprecio, ¿ignorais acaso que hay toda especie de medios para castigar á los impertinentes y embaucadores?....

—¡Mi querido conde! dijo Adriana á Mr. de Montbron en tono de reconvencion.

Rodin añadió con la mas perfecta tranquilidad:

—No veo claramente, señor conde, primero, el valor de amenazar y llamar impertinente á un pobre viejo como yo; segundo....

—Mr. Rodin, dijo el conde interrumpiendo al jesuita, primero, un pobre viejo como vos, que procede con maldad escudándose con su ancianidad que deshonra, es á la vez malvado y cobarde; y merece un doble castigo; segundo, en cuanto á la edad, no sé que cazador de lobos ó gendarme se incline con respeto ante la piel blanquizca de los lobos viejos, ó ante las canas de los tunantes viejos, ¿qué pensais de esto, querido amigo?

Rodin siempre impasible, levantó sus cadavéricos párpados, fijando por un segundo sus ojillos de réptil en el conde, y lanzándole una mirada rápida, fria y penetrante como un dardo.... en seguida el lívido párpado volvió á cubrir la empañada pupila de este hombre de fisonomía cadavérica.

—No teniendo el inconveniente de ser un lobo viejo y ménos aun un tunante, contestó Rodin pacíficamente, me permitireis, señor conde, que no me inquiete mucho acerca de las maneras de los cazadores de lobos, ni de los gendarmes; en cuanto á las reconvenciones que se me hacen, tengo una manera muy sencilla de responder á ellas.... no digo yo dejustificarme, porque jamás lo hago.

—¡De veras! dijo el conde.

—Jamás, repitió Rodin con frialdad; mis acciones se toman este trabajo. Responderé, pues, sencillamente que viendo la impresion profunda, violenta, casi espantosa, que hizo esta señorita en el príncipe....

—¡Cómo os absuelve del mal que habeis querido hacerme, dijo Adriana con una sonrisa encantadora, interrumpiendo á Rodin, la seguridad que me dais del amor del príncipe! la vista de nuestra prócsima dicha será vuestro solo castigo.

—Tal vez no tenga necesidad de absolucion ó castigo, porque como acabo de tener el honor de hacer presente al señor conde, mi querida señorita, el porvenir justificará mis mis acciones; sí, he debido decir al príncipe que amabais á otro; asi como he debido deciros que él amaba á

otra.... y no soy infalible.... pero despues de la conducta que he observado con vos anteriormente, querida señorita, tengo derecho de admirarme de que se me trate asi; no es esto una queja..... porque si nunca me justifico, tampoco me quejo jamás.

—Por vida mia que eso es cosa muy heroica, señor mio, dijo el conde, os dignais no quejaros ni justificaros del mal que haceis.

—¿Del mal que hago?... y Rodin miró fijamente al conde.

—¿Estamos acertando charadas? ¿Y qué llamais, esclamó el conde con indignacion, haber con vuestras mentiras sumido al príncipe en una desesperacion tan espantosa, que ha querido dos veces atentar contra su vida; que llamais, haber tambien con vuestros engaños impulsado á esta señorita á un error tan cruel y tan completo, que, sin la resolucion que he tomado hoy, este error duraria aun y hubiera tenido las consecuencias mas funestas?

—¿Y podréis hacerme el honor de decirme, qué interés tengo en estos errores, en estas desesperaciones, aun admitiendo que yo haya querido causarlos?

—Un gran interés sin duda, dijo el conde con dureza, y tanto mas peligroso cuanto que es mas oculto, porque sois de aquellos á quienes el mal del prójimo debe causar placer y provecho.

—Es demasiado, señor conde, me bastaría el provecho, contestó Rodin inclinándose.

—Vuestra impudente sangre fria no me engañará, dijo el conde; todo esto es muy grave, añadió, es imposible que un embrollo tan pérfido sea un hecho aislado... ¿quién sabe si será un efecto del odio que la princesa de Saint-Dizier profesa á Mlle. de Cardoville?

Adriana habia escuchado la discusion precedente con una profunda atencion. De repente se estremeció como ilustrada por una súbita revelacion.

Despues de un momento de silencio, dijo á Rodin sin amargura, sin cólera; pero con una calma llena de dulzura y de serenidad.

—Dícese que el amor feliz hace prodigios.... estoy por creerlo, porque despues de algunos minutos de reflecsion, y recordando algunas circunstancias, vuestra conducta se me presenta bajo un punto de vista enteramente nuevo.

—¿Cual es esa nueva perspectiva, mi querida señorita?

—Para que podais considerar la cuestion bajo el mismo punto de vista que yo, permitidme que insista en algunos hechos: me estaba generosamente adicta la Gibosa; me habia dado pruebas inequívocas de afecto; su talento valia tanto como su noble corazon.... pero esperimentaba por vos un despego invencible.... De repente desaparece de mi casa... y no ha sido culpa vuestra si no he tenido odiosas sospechas de ella. Mr. de Montbron me profesa un afecto paternal, pero debo confesarlo, pocas simpatias hácia vos; tambien habeis tratado de hacerme desconfiar de él.... En fin, el príncipe Djalma esperimenta un profundo sentimiento por mí... y vos empleais el engaño mas pérfido para destruir este sentimiento; ¿qué objeto llevais en obrar de esta manera?..... Lo ignoro; pero seguramente me es hostil.

—Me parece, señorita, dijo Rodin con severidad, que á vuestra ignorancia se une el olvido de los servicios prestados.

—No quiero negar que me habeis sacado de casa de Mr. Baleinier; pero al fin, algunos dias despues hubiera sido infaliblemente puesta en libertad por Mr. de Montbron....

—Teneis razon, amiga mia, puede ser muy bien que hayan querido hacerse un

mérito de lo que debia suceder muy pronto, gracias á vuestros verdaderos amigos.

—Os ahogábais, os salvo, ¿me sois agradecida? no, dijo Rodin con amargura; alguno de los que pasaban os hubiera salvado mas tarde.

—La comparacion no es muy exacta, dijo Adriana sonriendo: una casa de locos no es un rio, y aunque os crea ahora muy capaz de nadar entre dos aguas, la natacion os ha sido inútil en esta circunstancia.... y me habeis únicamente abierto una puerta... que debia abrirse inevitablemente un poco mas tarde.

—¡Muy bien! amiga., dijo el conde riendo á carcajadas al oir la contestacion de Adriana.

—Bien sé que vuestros escelentes cuidados no se han estendido solamente á mí... Las hijas del mariscal Simon le fueron devueltas por vos... pero es de creer que las reclamaciones del mariscal duque de Ligny acerca de sus hijas no hubiesen sido vanas; habeis llegado hasta á entregar á un antiguo soldado su cruz imperial, verdadera reliquia sagrada para él: es muy bien hecho.... Habeis en fin quitado la máscara al abate d'Aigrigny y á Mr. Baleinier.... pero yo estaba decidida á hacerlo... Por lo demas todo esto prueba que sois un hombre de un gran talento.

—¡Ah, señorita! dijo humildemente Rodin.

—Lleno de recursos y de invencion.

—¡Ah, señorita!

—No es culpa mia si en nuestra larga conferencia en casa del doctor Baleinier, habeis manifestado esa superioridad que me llamó la atencion, lo confieso, profundamente..... y de la que tan embarazado pareceis ahora.... ¡Qué quereis! es muy difícil á un raro talento como el vuestro permanecer oculto; sin embargo como podia ser que por caminos distintos, ¡oh! muy distintos, añadió la jóven con malicia, caminásemos al mismo punto.... (siempre, segun nuestra conferencia en casa de Mr. Baleinier) quiero por interes de nuestra *comunion venidera*, como decíais, daros un consejo.... y hablaros con franqueza.

Rodin habia escuchado á Mlle. de Cardoville con una aparente impasibilidad, con su sombrero bajo del brazo, con las manos cruzadas sobre el chaleco, y dando vueltas á sus dos pulgares; la sola muestra esterior de la terrible turbacion que le causaban las tranquilas palabras de Adriana, fué que los párpados lívidos del jesuita, hipócritamente bajos, se pusieron poco á poco muy colorados, por la mucha sangre que á ellos afluia con violencia.

No obstante, contestó á Mlle. de Cardoville con una voz segura é inclinándose profundamente:

—Un buen consejo y hablar con franqueza son siempre cosas escelentes....

—Ya veis..... añadió Adriana con una ligera exaltacion; el amor correspondido da tal penetracion, tal energia, tal valor, que se burla una de los peligros... se descubren las emboscadas....; y se arrostran los odios. Creedme, la divina claridad que brilla al rededor de los corazones enamorados basta á disipar todas las tinieblas, á descubrir todos los lazos.... Mirad..... en la India, escusad esa debilidad, me gusta mucho hablar de la India, añadió la jóven con una sonrisa indefiniblemente graciosa: en la India, los viajeros, para asegurar su tranquilidad durante la noche, encienden grandes hogueras en torno de su *ajoupa* (perdonad esta pincelada de color local) y por todo el espacio en que se estiende esta auréola luminosa pone en fuga, con su claridad, todos los reptiles impuros, venenosos, á los que la luz asusta y solo viven en las tinieblas.

—No he comprendido hasta ahora el

sentido de la comparacion, dijo Rodin continuando en dar vueltas á sus dedos y medio levantando sus párpados, cada vez mas encendidos.

—Voy á hablar mas claramente, dijo Adriana sonriendo. Supongamos que el último..... servicio que nos habeis hecho al príncipe y á mí, porque no procédeis sino por servicios hechos..: es muy nuevo y hábil.... lo reconozco.

—Bravo, hija querida, dijo el conde con alegria, la ejecucion será completa.

—¡Ah!... ¡esto es una ejecucion! dijo Rodin siempre impasible.

—No, contestó Adriana sonriendo; esto es una simple conversacion entre una pobre jóven y un viejo filósofo amigo del bien. Supongamos, pues, que los frecuentes..... *servicios* que me habeis hecho á mí y á los mios, me hayan de repente abierto los ojos; ó mas bien, añadió la jóven con gravedad, supongamos que Dios que da á la madre el instinto de la conservacion de su hijo..... me haya dado el de esta felicidad, y que no sé qué presentimiento, aclarándome mil circunstancias hasta ahora oscuras, me haya revelado de repente que en lugar de ser mi amigo, sois tal vez el enemigo mas peligroso mio y de mi familia.

—Asi pasamos de las ejecuciones á las suposiciones, dijo Rodin siempre imperturbable.

—Y de la suposicion, puesto que es menester decirlo, á la certeza, contestó Adriana con una firmeza digna y serena: sí, ahora creo que he sido durante algun tiempo víctima de vuestros engaños..... y os lo digo sin odio y sin cólera, pero con sentimiento; es muy triste ver á un hombre de vuestra inteligencia, de vuestro talento...... bajarse á tales maniobras..... y despues de haber puesto en juego tantos resortes diabólicos no conseguir al fin, uno ser ridículo... porque ¿hay cosa mas ridícula que el verá un hombre como vos vencido por una jóven que no tiene mas armas, mas defensa, mas luces..... que su amor?...

En una palabra, Mr. Rodin, os miro desde hoy como un enemigo implacable y peligroso; porque entreveo vuestro objeto sin adivinar por que medios quereis alcanzarlo; sin duda serán dignos de lo pasado; pues bien, á pesar de todo, no os temo; desde mañana mi familia será instruida de todo; y una union activa, inteligente; nos tendrá alerta; porque se trata necesariamente de esa enorme herencia que ya por poco nos roban. Ahora, que relacion pueda haber entre lo que os echo en cara y este interés pecuniario.....: lo ignoro absolutamente... pero vos mismo me lo habeis dicho, mis enemigos son tan peligrosamente hábiles, sus manejos son siempre tan ocultos, que es menester temerlo todo, preverlo todo; recordaré la leccion... os habia prometido ser franca, me parece que lo he sido.

—Seria por lo menos imprudente..... ser franca, si fuese vuestro enemigo, dijo Rodin siempre impasible; pero tambien me habiais ofrecido un consejo, querida señorita.

—Este será breve: no trateis de luchar contra mí, porque ya veis que hay algo de mas fuerte que vos y los vuestros; una muger que defiende su dicha.

Adriana pronunció estas últimas palabras con una confianza tan grande; su hermoso mirar resplandecia, por decirlo así, con una felicidad tan intrépida, que Rodin á pesar de su audacia flemática, se asustó por un momento.

Sin embargo no pareció absolutamente desconcertado, y despues de un momento de silencio, contestó con un aire de compasion casi desdeñosa:

—Mi querida señorita, jamas nos volveremos á ver, es probable..... recordad

únicamente un cosa que os repito: jamás me justifico..... el porvenir se toma este trabajo.... á pesar de esto, querida señorita, soy vuestro afectísimo servidor.....

Y saludó.

—Señor conde..... á vuestras órdenes, añadió inclinándose ante Mr. de Montbron con mayor humildad aun, y salió.

Apenas hubo salido Rodin, cuando Adriana se dirigió á su bufete y dijo á Mr. de Montbron:

—No veré al príncipe hasta mañana... tanto por supersticion de corazon como porque es necesario para mis proyectos que esta entrevista sea rodeada de algunas solemnidades..... Todo lo sabreis..... pero quiero escribirle al instante..... por que con un enemigo como Mr. Rodin es menester preverlo todo.....

—Teneis razon, querida amiga... pronto esa carta.

Adriana se la entregó.

—Le digo en ella lo bastante para calmar su dolor..... y no lo suficiente para privarme de la soberana felicidad de la sorpresa que le preparo mañana.

—Todo esto está lleno de razon y amor: voy corriendo á casa del príncipe para que le entreguen vuestra esquela..... no lo veré porque no puedo responder de mí..... ¡Ah! nuestro paseo de esta tarde, y nuestro teatro de esta noche se harán en todo caso.

—Ciertamente, tengo mas necesidad que nunca de aturdirme hasta mañana... ademas conozco que el aire libre me hará bien; esta conversacion con Mr. Rodin me ha irritado un poco.

—¡Miserable viejo!... pero..... ya volveremos á hablar de él...... voy corriendo á casa del príncipe..... y vuelvo por vos con Mme. de Morinval, para ir á los Campos Eliseos.

Y el conde de Montbron salió precipitadamente, tan contento y alegre como habia entrado triste y desconsolado.

VI.

LOS CAMPOS ELISEOS.

Unas dos horas habrian pasado desde la conferencia de Rodin y Mlle. de Cardoville: numerosos paseantes atraidos á los Campos Eliseos por la serenidad de un hermoso dia de primavera, (iba ya á finalizar el mes de marzo,) se detenian para admirar un elegante carruaje.

Figúrese el lector una carretela azul, tirada de cuatro soberbios caballos de pura sangre, con los arneses adornados de plata, y conducidos á la Damont por dos postillones de una estatura perfectamente igual, con capa corta de terciopelo negro, chaqueta de casimir azul claro con cuellos blancos, calzon de ante y botas de campana; dos lacayos altos, con polvos en la cabeza, con librea del mismo color azúl claro, cuellos y galones blancos, estaban sentados detrás.

No puede verse un carruage mejor conducido, mejor tirado; los caballos llenos de fuego, hábilmente dirigidos por los dos postillones andaban á un paso igual, moviéndose con gracia, mordiendo el freno cubierto de espuma, y sacudiéndose de vez en cuando sus cucardas de seda azul y blanca, con cintas flotantes, y en cuyo centro se veia una hermosa rosa.

Un hombre á caballo, vestido con una elegante sencillez que iba por el otro lado de la avenida, contemplaba con una especie de orgullosa satisfaccion este carruaje y sus caballos, que habia, por decirlo asi, creado; este hombre era Mr. de Boneville, el *escudero ó caballerizo* de Adriana, como decia Mr. de Montbron, porque el carruaje era el de la jóven.

Un cambio se habia verificado en el *programa* del dia mágico.

Mr. de Montbron no habia podido entregar á Djalma el billete de Mlle. de Cardoville, porque el príncipe se habia marchado al campo aquella mañana con el

mariscal Simon, segun habia dicho Faringhea; pero estaria de vuelta á la noche, y le seria entregada la carta.

Completamente tranquila acerca de Djalma, sabiendo que encontraria algunos renglones, que sin hacerle conocer la dicha que le esperaba, se la harian al menos presentir. Adriana cediendo á los consejos de Mr. de Montbron, habia ido á paseo en su propio carruaje, á fin de manifestar á los ojos del mundo que estaba decidida á pesar de los pérfidos rumores esparcidos por la princesa de Saint-Dizier, á no cambiar en nada su resolucion de vivir sola, y mantener su casa.

Adriana llevaba una *capota* blanca medio cubierta con un velo de blonda que rodeaba su semblante sonrosado y sus cabellos de oro; su vestido alto de terciopelo color de granate, casi se ocultaba bajo un gran manton de cachemira verde. La jóven marquesa de Morinval, tambien muy bonita y elegante, estaba sentada á su derecha, y Mr. de Montbron ocupaba en frente de ellas el asiento inferior de la carretela.

Los que conocen la *sociedad* parisiense, ó mas bien esa imperceptible fraccion de la sociedad parisiense, que durante una ó dos horas va diariamente á tomar el sol á los Campos Eliseos para ver y ser vista, comprenderán que la presencia de Mlle. de Cardoville en este brillante paseo debia ser un acontecimiento estraordinario, algo inaudito.

Lo que se llama la *sociedad* no podia dar crédito á sus ojos al ver aquella jóven de 18 años, rica, perteneciente á la clase mas elevada de la nobleza, que venia, por decirlo asi, á mostrarse á los ojos de todos, presentándose en su carruaje, que en efecto vivia enteramente libre é independiente, en contra de todos los usos y costumbres. Esta especie de emancipacion parecia algo monstruosa y casi se admiraban de que el aspecto de la jóven lleno de gracia y dignidad, desmintiese completamente las calumnias esparcidas por la princesa de Saint-Dizier y sus amigos acerca de la pretendida locura de su sobrina.

Varios *petímetres* aprovechándose de conocer á la marquesa de Morinval ó á Mr. de Montbron, vinieron uno tras otro á saludarla y anduvieron algunos minutos á caballo al lado de la carretela á fin de tener ocasion de ver, admirar, y tal vez de oir á la señorita de Cardoville; esta colmó todos sus deseos hablando con su encanto y su talento habitual; de manera que la sorpresa y el entusiasmo llegaron al último estremo; lo que al principio se habia calificado de rareza casi insensata fué una originalidad encantadora, y solo hubiera dependido de la señorita de Cardoville ser declarada desde aquel dia la reina de la elegancia y de la moda.

La jóven comprendia perfectamente la impresion que causaba, y estaba contenta y enorgullecida al pensar en Djalma; y cuando le comparaba con aquellos hombres á la moda, su dicha aumentaba aun. Y en efecto, aquellos jóvenes, la mayor parte de los cuales no habian nunca salido de París ó á lo mas se habian arriesgado hasta Nápoles ó Baden, le parecian *muy pálidos*, al lado de Djalma, que á su edad habia tantas veces mandado y combatido en guerras sangrientas, y cuya reputacion de valor y heroica generosidad, citadas con admiracion por los viajeros, llegaba desde el interior de la India hasta Paris. Y últimamente, los mayores elegantes de Paris, con sus sombreritos, sus escasas levitas y sus grandes corbatas ¿podian acaso compararse con el príncipe indio cuya graciosa y varonil hermosura estaba aun realzada por un traje á la vez tan rico y tan pintoresco?

Todo era pues en aquel dia de felicidad,

amor y alegria para Adriana; el sol poniéndose en un cielo de una espléndida serenidad, llenaba el paseo con sus rayos dorados; el aire estaba templado; los carruajes se cruzaban en todas direcciones, los caballos de los elegantes pasaban y repasaban con rapidez y brio; una brisa lijera agitaba los chales de las mujeres, las plumas de sus sombreros; por todas partes en fin, habia ruido, movimiento y luz.

Adriana en el fondo del carruaje se entretenia en ver pasar todo este torbellino brillante con todo el lujo parisiense; pero en medio de aquel brillante caos, veia con la imaginacion dibujarse la melancólica y dulce fisonomia de Djalma, cuando cayó algo en sus rodillas..... y se estremeció.

Era un ramo de violetas algo marchitas.

En el mismo momento, oyó una voz infantil que decia siguiendo la carretela:

—Por el amor de Dios...... mi buena señora... una limosna.

Adriana volvió la cabeza y vió una pobre niña pálida y macilenta, de una fisonomia dulce y triste, apenas vestida de harapos y que tendia su mano levantando sus ojos suplicantes.

Aunque este contraste tan grande de la miseria estrema en el seno del lujo mas suntuoso era tan comun que no era ya notable, Adriana se afectó doblemente; el recuerdo de la Gibosa, tal vez entonces víctima de la mas horrible miseria, le vino á la imaginacion.

—¡Ah! al menos, dijo entre sí la jóven, que este dia no sea únicamente para mí un dia de radiante felicidad.

Inclinándose un poco hácia fuera del carruaje dijo á la niña:

—¿Tienes madre?

—No, señora; no tengo padre ni madre....

—¿Quién tiene cuidado de tí?

—Nadie, señora.... me dan ramos de flores para vender; y es menester que lleve cuartos.... ó de lo contrario me pegan.

—¡Pobre niña!

—Un cuarto..... mi buena señora, un cuarto por el amor de Dios, dijo la niña siguiendo siempre á la carretela que iba al paso.

—Querido conde, dijo Adriana sonriendo y dirigiéndose á Mr. de Montbron, desgraciadamente no será este vuestro primer rapto..... inclinaos hácia fuera de la carretela, tended vuestras dos manos á esa niña, subidla con presteza .. la ocultaremos entre Mme. de Morinval y yo... y saldremos del paseo sin que nadie se haya apercibido de este audaz rapto.

—¿Cómo? dijo el conde sorprendido, quereis.....

—Sí, os lo suplico.

—¡Qué locura!

—Ayer hubierais tal vez podido tratar este capricho de locura, pero *hoy*, y Adriana cargó el acento sobre esta palabra mirando á Mr. de Montbron con aire de inteligencia; pero *hoy*, debeis comprender que es casi un deber.

—Sí, lo comprendo, bondadoso y noble corazon, dijo el conde conmovido, mientras que Mme. de Morinval que ignoraba completamente el amor de Mlle. de Cardoville á Djalma, con tanta sorpresa como curiosidad miraba al conde y á la jóven.

Mr. de Montbron se inclinó hácia fuera del carruaje, y tendiendo sus dos manos á la niña, le dijo:

—Dame tus manos, chiquita.

Aunque muy admirada la niña obedeció maquinalmente y alargó sus bracitos; entonces el conde la cogió por las muñecas y la subió con suma ligereza con tanta mas facilidad, cuanto que el carruaje era muy bajo, y como hemos dicho, iba al paso.

La niña mas admirada aun que asustada, no dijo una palabra. Adriana y Mme. de Morinval, dejaron un hueco entre ellas, donde metieron á la niña, la que desapareció al momento bajo las puntas de los chales de las dos jóvenes.

Todo esto se verificó con tanta rapidez, que apenas algunas personas que pasaban por las avenidas laterales se apercibieron de este *rapto*.

—Ahora, mi querido conde, dijo Adriana alegrísima, vámonos pronto con nuestra presa.

Mr. de Monthron se levantó un poco, y dijo á los postillones:

—Al palacio.

Y los cuatro caballos salieron á la vez con un trote rápido é igual.

—Me parece que este dia de placer está ahora consagrado, y que mi lujo está ya *escusado*, decia entre sí Adriana, mientras que puedo encontrar á esa pobre Gibosa disponiendo desde hoy que se hagan mil pesquisas, su lugar al menos no estará vacío.

Hay á veces coincidencias estraordinarias....

En el momento en que esta idea favorable á la Gibosa, se presentaba á la imaginacion de Adriana, un gran grupo de gente se formaba en una avenida lateral, muchos paseantes se reunieron y otras muchas personas corrieron á aumentar este grupo.

—Mirad, tio, dijo Mme. de Morinval, ¡cuanta gente se reune allá abajo! ¿qué podrá ser? si hiciéramos detener el carruage para enviar á saber la causa de esa reunion de gente?...

—Querida mia, lo siento mucho, pero vuestra curiosidad no será satisfecha, dijo el conde sacando el reloj: son cerca de las seis; la representacion de las bestias feroces empieza á las ocho; tenemos el tiempo preciso para llegar á casa y comer.... ¿Es esta vuestra opinion, amiga mia? dijo á Adriana.

—¿Es la vuestra, Julia? preguntó Mlle. de Cardoville a la marquesa.

—Sin duda, contestó esta.

—Os agradeceré ademas el que no nos retardemos, añadió el conde, porque despues de llevaros al teatro de la puerta de San Martin, me veré obligado a ir al *club* por una media hora á fin de votar en favor de lord Campbell á quien presento.

—¿Nos quedaremos solas Adriana y yo en el teatro, tio?

—Pero supongo que vuestro marido vendrá con nosotros.

—Teneis razon, tio, pero no nos abandoneis mucho tiempo por eso.

—Estad segura de ello, porque tengo á lo menos tanta curiosidad como vos, de ver esos horribles animales y al famoso Morok, el incomparable domador de fieras.

Algunos minutos despues el carruage de Mlle de Cardoville habia salido de los Campos Eliseos llevándose á la niña y con direccion á la calle de Anjou.

En el momento en que desaparecia el brillante carruage, el grupo de que hemos hablado se habia aumentado mas; una multitud compacta rodeaba uno de los campos Eliseos, oyéndose en medio de aquel grupo esclamaciones de lástima.

Un paseante, acercándose á un jóven colocado en la última fila del grupo, le dijo:

—¿Qué hay ahi?

—Se dice que una pobre.... una jóven jorobada que acaba de desmayarse de inanicion....

—¡Una jorobada.... buena lástima.... siempre quedan jorobadas bastantes!.... dijo brutalmente el paseante con una sonrisa grosera.

—Jorobada ó no.... si muere de hambre.... contestó el jóven conteniendo con

dificultad su indignacion, no es menos triste, y no hay en eso motivo de risa.

—Morir de hambre ¡bah! dijo el paseante encogiéndose de hombros. No hay mas que la canalla que no quiere trabajar que se muera de hambre....... y es bien hecho.

—Y yo apuesto á que hay una enfermedad de la que jamás moriréis vos, esclamó el jóven indignado de la cruel insolencia del paseante.

—¿Qué quereis decir? preguntó este con altanería.

—Quiero decir que jamás os ahogará lo grande de vuestro corazon.

—¡Caballero!..... esclamó el paseante enojado.

—¡Y bien! ¿qué? contestó el jóven mirando fijamente á su interlocutor.

—Nada...

Dijo el paseante, y volviendo súbitamente la espalda se dirigió hablando entre dientes hácia un cabriolé pintado de color de naranja, en el que se veía un enorme escudo de armas con corona de baron.

Un lacayo ridiculamente galoneado de oro sobre fondo verde, adornado con un enorme espadin que le daba en las pantorrillas, estaba de pié al lado del caballo y no vió á su amo.

—Estas embobado, animal, le dijo el paseante dándole con la punta del baston.

El lacayo se volvió confundido.

—Señor... es que...

—Jamás sabrás decir, señor baron, ¡tunante! esclamó el paseante, lleno de cólera. Vamos, abre.

Este individuo era Mr. Tripeaud, baron industrial, usurero, egoista.

La pobre jorobada era la Gibosa que acababa en efecto de caer estenuada de miseria y necesidad, en el momento en que se dirigía á casa de Mlle. de Cardoville.

Esta desgraciada jóven habia hallado el valor de arrostrar la vergüenza y las burlas atroces que temia al volver á aquella casa de la que se habia voluntariamente desterrado, porque no se trataba esta vez de ella, sino de su hermana Cefisa..... la reina Bacanal, que habia vuelto á Paris el dia antes, y á quien la Gibosa queria, por medio de Adriana, sacar de la situacion mas horrible.

. . . .

Dos horas despues de estas diversas escenas una vasta multitud se agrupaba en las inmediaciones de la puerta de San Martin á fin de asistir á la funcion de Morok que debia representar un combate con la famosa pantera negra de Java, llamada la *Muerte*.

Poco despues, Adriana y Mr. y Mme. Morinval bajaron del carruaje delante de la puerta del teatro; donde debia venir á reunirse con ellos el conde de Montbron á quien habian dejado al paso en el club.

VII.

DETRAS DEL TELON.

El inmenso teatro de la puerta de San Martin estaba lleno de una multitud impaciente.

Como habia dicho Mr. de Montbron á Mlle. de Cardoville, todo Paris se dirigía con una viva y ardiente curiosidad á las representaciones de Morok: inútil es decir que el domador de fieras habia completamente abandonado el pequeño comercio de fruslerías de devocion que ejercia tan fructuosamente en la posada del *Halcon Blanco* junto á Leipsick; lo mismo sucedió con las grandes enseñas en que estaban tan estrañamente pintados los efectos sorprendentes de la conversion de Morok; estas bellaquerías anticuadas no hubieran tenido efecto en Paris.

Morok acababa de vestirse en uno de los cuartos de los actores que le habian dado; por encima de su cota de malla y

demas piezas de armadura, llevaba un ancho pantalon rojo sujeto al tobillo con anillos de cobre dorado. Su largo caftan de tela labrada de negro, púrpura y oro, estaba ajustado á su cintura por otros grandes anillos de metal tambien dorado. Este traje sombrío daba al domador de fieras un aspecto mas siniestro aun. Su espesa y amarillenta barba caía sobre su pecho, y habia rodeado gravemente una larga pieza de muselina blanca alrededor de su casquete rojo. Profeta devoto en Alemania, cómico en Paris, Morok sabia, así como sus protectores, acomodarse á las circunstancias.

Sentado en un rincon del cuarto, y contemplándole con una especie de admiracion estúpida estaba Santiago Renepont, alias Duerme-en-cueros. Desde el dia en que el incendio habia devorado la fábrica de Mr. Hardy, Santiago no se habia separado de Morok, pasando las noches en orgías, cuya funesta influencia arrostraba la organizacion de hierro del domador de fieras.

Las facciones de Santiago empezaban al contrario á alterarse profundamente; sus megillas enjutas, su color marmóreo, su mirada á veces estúpida, y otras brillante con un fuego sombrío, manifestaban los estragos del desórden; una especie de sonrisa amarga y sardónica erraba casi continuamente en sus labios descoloridos y secos. Su inteligencia antes viva y alegre, luchaba aun contra la estupidez de una embriaguez casi contínua. Habiendo perdido la costumbre de trabajar, no pudiendo ya dejar de entregarse á placeres groseros, tratando de ahogar en el vino un resto de honradez que se indignaba en su pecho, Santiago habia llegado á aceptar sin vergüenza la limosna de sensualidades embrutecedoras que le hacia Morok, que pagaba siempre los gastos de las orgías, pero sin darle jamás dinero, á fin de tenerle siempre bajo su dependencia.

Despues de haber contemplado á Morok durante algun tiempo, Santiago le dijo:

—No importa, es un valiente oficio el tuyo (ya se tuteaban): puedes vanagloriarte de que no hay dos hombres como tú en el mundo entero..... eso es lisonjero... Es lástima que no te contentes con ese hermoso oficio.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y esa conspiracion á costa de la cual me regalas todos los dias y todas las noches?

—Se presenta bien; pero como el momento no ha llegado, quiero siempre tenerte á la mano hasta el gran dia.... ¿te quejas?

—¡Caramba! no; contestó Santiago, ¿qué me haria? Quemado con el aguardiente, aunque hubiera querido trabajar no hubiera tenido fuerza para ello.... no tengo como tú una cabeza de mármol y un cuerpo de hierro.... pero me acomoda embriagarme con pólvora en vez de otra cosa..... y no sirvo para otra especie de trabajo..... y ademas me impide eso el pensar ..

—¿En qué?

—Ya sabes.... que cuando pienso..... no pienso mas que en una cosa, dijo Santiago con aire sombrío.

—¿En la Reina Bacanal? ¿Todavía? dijo Morok con desden.

—Siempre... un poco: cuando no piense en ella absolutamente será porque habré muerto... ó estaré enteramente embrutecido... ¡demonio!

—Jamas has estado mejor... ni has tenido tanto talento... ¡tonto! contestó Morok poniéndose el turbante.

La conversacion fué interrumpida.

Goliath entró precipitadamente.

La estatura gigantesca de este Hércules se habia aumentado; estaba vestido

de Alcides, sus miembros enormes surcados de venas del grueso de un dedo pulgar, se henchian bajo una almilla color de carne sobre la cual llevaba un calzon rojo.

—¿A qué entras aqui como una tempestad? le dijo Morok.

—Hay otra tempestad en el teatro; empiezan á perder la paciencia y á gritar como condenados; ¡pero si no fuera mas que eso!

—¿Qué mas hay?

—La *Muerte* no podrá salir esta noche.

Morok se volvió bruscamente, casi con inquietud.

—¿Porque? esclamó.

—Acabo de verla.... está echada en el fondo de la jaula.... sus orejas están tan pegadas á su cabeza, que parece se las han cortado.... ya sabeis lo que quiero decir.

—¿Es eso todo? dijo Morok volviéndose hácia el espejo para terminar su tocado.

—Es bastante, porque tiene un acceso de rabia. Desde aquella noche que en Alemania despedazó aquel caballejo blanco, jamas la he visto con un aire tan feroz; sus ojos brillan como dos bujías.

—Entonces se le pondrá su hermoso collar, dijo sencillamente Morok.

—¿Su hermoso collar?

—Sí, el de resorte.

—Y será menester que os ayude como doncella, dijo el gigante: ¡lindo tocador por cierto!...

—Calla...

—No es eso todo... añadió Goliath con embarazo.

—¿Qué mas?

—Lo mismo me da decíroslo... al momento...

—¿Hablarás?

—¡Pues bien!... él está aquí.

—¿Quién? bestia.

—¡El inglés!

Morok se estremeció y dejó caer sus brazos.

Santiago notó la palidez y la contraccion de las facciones del domador de fieras.

—¡El inglés!.... ¿le has visto? esclamó Morok dirijiéndose á Goliath; ¿estas seguro?

—Segurísimo. Estaba mirando por los agugeros del telon, cuando le ví en un palco pequeño casi sobre el teatro; quiere ver las cosas de cerca.... es fácil reconocerle por su frente puntiaguda, por su larga nariz, y por sus ojos redondos.

Morok volvió á estremecerse.

Este hombre, generalmente de una imposibilidad feroz, pareció cada vez mas turbado, y tan asustado, que Santiago le dijo:

—¿Quién es ese inglés?

—Un hombre que me seguia desde Strasburgo, donde me habia encontrado, contestó Morok sin poder ocultar su abatimiento; viajaba á cortas jornadas como yó, con sus caballos, deteniéndose donde yo me detenia, á fin de no faltar á ninguna de mis representaciones. Pero dos dias antes de llegar á Paris me habia abandonado... y me creia libre de él, añadió Morok suspirando.

—¡Libre!. . ¡como pronuncias esa palabra!... contestó Santiago sorprendido: ¡un parroquiano tan bueno, un admirador semejante!

—Si, dijo Morok, cada vez mas triste y abatido, ese miserable.... ha apostado una cantidad enorme á que yo sería devorado delante de él en alguna de mis representaciones.... espera ganar su apuesta.... hé aqui la causa porque no se separa de mi.

Duerme-en-Cueros halló la idea del inglés de una escentricidad tan alegre, que

por la primera vez, despues de mucho tiempo, soltó una franca carcajada.

Morok, lívido de cólera, se precipitó sobre él con un aire tan amenazador, que Goliath se vió obligado á interponerse.

—Vamos.... vamos.... dijo Santiago, no te enfades; puesto que es cosa séria... ya no me rio....

Morok se calmó y dijo á Duerme-en-Cueros con voz ronca:

—¿Me crees cobarde?

—¡No, por mi vida!

—¡Pues bien! sin embargo, ese inglés de una figura tan grotesca, me asusta mas que mi tigre ó mi pantera.

—Me lo dices.... te creo, contestó Santiago; pero no comprendo porque te asusta la presencia de ese hombre....

—Pero piensa, miserable, esclamó Morok, que obligado á espiar sin cesar los menores movimientos de la bestia feroz que tengo dominada con mi gesto y mi mirada, hay para mí algo de terrible en saber que hay alli dos ojos... siempre dos ojos..... fijos.... esperando que la menor distraccion me entregue á los dientes de los animales.

—Ahora comprendo, respondió Santiago, y se estremeció á su vez. Causa miedo.

—Si... porque una vez alli.... por mas que haga para no percibir á ese inglés del diablo, siempre me parece que lo veo delante de mí con sus dos ojos redondos, fijos y abiertos.... Poco ha faltado una vez para que mi tigre *Cain* me devorase un brazo.... durante una distraccion que me causó ese inglés, á quien el infierno confunda. ¡Sangre y rayos! esclamó Morok, ese hombre me será fatal....

Y Morok se puso á pasear en el cuarto con agitacion.

—Sin contar que la *Muerte* tiene esta noche las orejas pegadas al cráneo, añadió brutalmente Goliath. Si os obstinais... yo soy quien os lo digo, el inglés ganará su apuesta esta noche...

—Sal de aquí, animal... no me rompas la cabeza con tus predicciones de desgracia, esclamó Morok, y vé á preparar el collar de la *Muerte*.

—Vamos, cada cual tiene su gusto..... Vos quereis que la pantera guste vuestra carne, dijo el gigante saliendo lentamente despues de esta broma.

—Pero, puesto que tienes estos temores, dijo Duerme-en-cueros, ¿porqué no dices que la pantera está mala?

Morok se encojió de hombros y respondió con una especie de exaltacion feroz:

—¿Has oido hablar del amargo placer del jugador que pone su honor, su vida á una carta?.... Pues bien; yo tambien....: en esos ejercicios diarios en que juego mi vida, encuentro un amargo y bárbaro placer en arrostrar la muerte delante de una multitud estremecida, asustada de mí astucia.... En fin, hasta en el terror que me inspira ese inglés, hallo algunas veces á pesar mio no sé que cosa terriblemente incitativa que aborrezco y que sufro.

El director que entró en el cuarto interrumpiéndole, dijo.

—¿Se pueden dar los tres golpes, Mr. Morok? le dijo; la sinfonia no pasará de diez minutos.

—Dadlos, contestó Morok.

—El comisario de policía acaba de examinar de nuevo la doble cadena destinada á la pantera y la argolla sujeta en el suelo del teatro en el fondo de la caverna del primer término, añadió el director, y todo lo ha encontrado de una solidez que inspira tranquilidad.

—Si..... tranquilidad..... escepto para mi.... dijo en voz baja el domador de fieras.

—Asi, Mr. Morok, ¿se pueden dar los tres golpes?

—Se pueden dar, contestó Morok.

Y el director salió.

VIII.

LA SUBIDA DEL TELON.

Oyéronse solemnemente detrás del telon los tres golpes acostumbrados, la sinfonia empezó, y menester es confesarlo, fué escuchada con poca atencion.

El interior del teatro ofrecia una vista muy animada. A escepcion de dos palcos de escenario, uno á la derecha y otro á la izquierda del espectador, todas las localidades estaban ocupadas.

Un gran número de señoras elegantes, atraidas como siempre por la selvática estrañeza del espectáculo, llenaban los palcos. En las lunetas se veian la mayor parte de los jóvenes que por la mañana habian recorrido los Campos Eliseos á caballo.

Algunas palabras dichas de una luneta á otra darán una idea de su conversacion.

—¿Sabeis, amigo mio, que no habria tanta gente ni de tan buen tono para ver la *Atalia?*

—Ciertamente. ¿Qué son los pobres ahullidos de un cómico comparados con los rujidos de un leon?

—Yo no comprendo como se permite á ese Morok que ate la pantera en un rincon del teatro con una cadena y una argolla de hierro.... ¿Si se rompiese una ú otra?

—A propósito de cadenas rotas.... alli está Mme. de Blimville que no es un tigre.... ¿no la veis en los palcos segundos de enfrente?

—Le sienta bien haber roto, como decis, la cadena conyugal; esta muy hermosa este año.

—¡Ah! alli está la bella duquesa de Saint-Prix... Pero toda la gente elegante está aqui esta noche... no lo digo por nosotros.

—Es una verdadera concurrencia del teatro italiano.... ¡qué aspecto de alegria y de fiesta!

—Despues de todo hace uno bien en divertirse.... ¡no durará tal vez mucho!

—¿Por qué?

—¿Y si el cólera viene á París?

—¡Ah! ¡bah!

—¿Acaso creeis vos en el cólera?

—¡Vaya! viene del norte paseando con un baston en la mano.

—¡Ojalá se lo lleve el diablo en el camino y no veamos aqui su cara verde!

—Dícese que está en Lóndres.

—¡Buen viaje!

—Yo prefiero hablar de otra cosa; es una debilidad si quereis; pero encuentro triste esta conversacion.

—Ya lo creo.

—¡Ah!... señores... no me engaño.... no... ¡es ella!...

—¿Quien?

—¡La señorita de Cardoville! entra en ese palco con Morinval y su mujer. Es una completa resurreccion: esta mañana en los campos Eliseos, esta noche aqui.

—¡Es cierto á fé mia! Es efectivamente la señorita de Cardoville.

—¡Que hermosa es!

—Dadme los gemelos.

—¿Eh... que decís?

—¡Encantadora... soberbia!

—Y con esa bellleza, un ingenio como un diablillo, 18 años, 300 mil libras de renta, un gran nombre y..... libre como el aire.

—Si, decir en fin que con tal que le agradase podria yo ser mañana.... y aun hoy mismo, el hombre mas feliz.

—¡Es cosa de volverse loco ó rabioso!

—Asegúrase que su palacio de la calle de Anjou tiene algo de mágico, háblase de una sala de baño y de una alcoba digna de las *Mil y una noches.*

—Y libre como el aire... Siempre vuelvo á lo mismo.

—¡Ah! si estuviese en su lugar...

—Seria yo muy lijero de cascos.

—¡ Ah !... señores... ¡que feliz mortal el que sea su primer amante!

—¿Creeis pues que tenga muchos?

—Siendo libre como el aire...

—Ya están todos los palcos llenos, á escepcion del que está enfrente del de Mlle. de Cardoville: ¡ felices los que lo ocupen!

—¿Habeis visto en los palcos bajos á la embajadora de Inglaterra?

—Y la princesa de Alvimar... ¡Que ramo de flores tan enorme!

—Quisiera saber el nombre... de aquel ramo.

—¡ Vaya! ¿es Germiny?

—¡ Cuan lisonjero es para los leones y los tigres atraer una concurrencia tan lucida!

—Observad, señores, como todos los elegantes echan el lente á Mlle. de Cardoville...

—Causa un acontecimiento....

—Tiene mucha razon; la hacian pasar por loca.

— ¡ Ah! señores... ¡qué bueno... qué escelente figura!

— ¿ Dónde? ¿ dónde?

— En aquel palco debajo del de Mlle. de Cardoville.

—Parece un hombre de madera.

—¡Qué ojos tan redondos y fijos tiene!

— ¡ Y aquella nariz!....

— ¡ Y aquella frente!

— Es un hombre grotesco.

— ¡ Ah! señores, ¡ silencio! se levanta el telon.

En efecto se alzó el telon.

Algunas palabras de esplicacion son necesarias para entender lo que sigue.

La platea de escenario á la izquierda del espectador está dividida en dos palcos; en uno de ellos se hallaban varias personas designadas por los jóvenes de las lunetas.

La otra mitad de la platea mas inmediata al teatro estaba ocupada por el *ingles*, ese ser escéntrico y siniestro que con su estraña apuesta causaba tanto terror á Morok.

Seria menester estar dotado con el raro y fantástico genio de Hoffman para describir dignamente aquella fisonomia á la vez grotesca y espantosa, que salia de las tinieblas del fondo del patio.

Este ingles tendria unos 50 años, y una frente completamente calva y prolongada en figura de cono; debajo de aquella frente, y coronados de unas cejas en forma de acentos circunflejos, brillaban dos grandes ojos verdes, singularmente redondos y fijos, muy inmediatos á una nariz muy encorvada y saliente; una barba, como se dice vulgarmente, *hablando en voz baja con la nariz*, se perdia á medias en una ancha corbata de batista blanca, no menos bien almidonada que el cuello de la camisa, con puntas redondas, que llegaban casi á la punta de la oreja. El color de aquella cara en estremo delgada y huesosa, era sin embargo muy encendido, casi color de ,púrpura lo que ponia mas en evidencia el brillante verde de sus pupilas y el blanco de sus ojos; su boca muy grande, tan pronto silvaba imperceptiblemente una cancion popular escocesa (siempre la misma), como se levantaba lijeramente en sus estremidades contraidas por una sonrisa sardónica.

El ingles estaba por lo demas vestido con mucho gusto: su frac azul con botones dorados dejaba ver su chaleco de piqué tan blanco como su corbata: dos magníficos rubies formaban los botones de su camisa, y apoyaba en el borde del palco unas manos aristocráticas con guantes perfectamente ajustados.

Cuando se sabia el estraño y cruel deseo que traia á este hombre á todas aquellas representaciones, su grotesca apariencia, en lugar de escitar una risa burlona, era casi terrible; entonces se comprendia

la especie de espantosa pesadilla que causaban á Morok aquellos dos grandes ojos redondos y fijos, que parecian esperar con paciencia la muerte del domador de fieras (¡y qué muerte tan horrible!) con una confianza inexorable.

Encima del tenebroso palco del ingles, y ofreciendo un contraste gracioso, se encontraban en el palco mas cercano al escenario Mr. y Mme. de Morinval con Mlle. de Cardoville. Esta se habia colocado de espaldas á las tablas. Llevaba rizos y un vestido de crespon de China azul celeste, adornado en el pecho con un alfiler de colgantes de perlas de Oriente, nada mas; y Adriana estaba hermosísima asi. En la mano tenia un gran ramo de las flores mas raras de la India; la *Stephenotis* y la *Gardenia* mezclaban su blancura su brillo á la púrpura del *hibiscus* y las *amarylis* de Java.

Mme. de Morinval, colocada en el asiento principal del palco, estaba tambien vestida con gusto y sencillez; Mr. de Morinval, jóven, buen mozo y rubio, muy elegante, estaba de pié detras de las dos señoras; y Mr. de Montbron debia volver de un momento á otro.

Recordemos en fin al lector que á la derecha del espectador, el palco bajo de escenario que estaba frente al de Adriana, habia quedado hasta entonces vacio.

El teatro representaba un gigantesco bosque de la India; en el fondo, grandes árboles exóticos se dibujaban en figura de paraguas ó de flecha sobre moles de picos de roca, dejando ver apenas algun cielo rojizo. Cada bastidor formaba un bosquecillo de árboles mezclados con rocas; en fin á la izquierda del espectador y absolutamente bajo el palco de Adriana, se veia la abertura irregular de una caverna negra y profunda que parecia medio sepultada bajo un monton de pedazos de granito arrojados alli por alguna erupcion volcánica.

Este paisaje de una aspereza y de una grandeza selvática, estaba maravillosamente compuesto, y la ilusion era tan completa como era posible; la tabla que cubre los quinqués estaba bajada, y por medio de un reflejador color de púrpura, daba á este siniestro paisaje un colorido ardiente y velado que aumentaba aun su aspecto lúgubre y agreste.

Adriana, algo inclinada hácia fuera del palco, con las mejillas lijeramente animadas, con los ojos brillantes, palpitándole el corazon, trataba de encontrar en aquel cuadro el bosque solitario descrito en la narracion de aquel viajero, al contar la generosa intrepidez con que Djalma se habia arrojado sobre un tigre furioso para salvar la vida de un pobre esclavo negro refugiado en una caverna.

Y en efecto, el azar servia maravillosamente á la memoria de la jóven. Absorta en la contemplacion de este paisaje, y con las ideas que despertaba en su corazon, no pensaba absolutamente en lo que sucedia en el teatro.

Sin embargo, ocurria algo sumamente curioso en el palco de escenario, que habia quedado vacío frente al de Adriana.

La puerta se habia abierto.

Un hombre de unos 40 años, de color negruzco, habia entrado en él vestido á la india con una larga túnica color de naranja sujeta con un cinturon verde, y llevando en la cabeza un pequeño turbante blanco; despues de haber dispuesto dos sillas en la delantera del palco y mirado un momento á uno y otro lado del teatro, se estremeció y sus negros ojos brillaron vivamente.

Este hombre era Faringhea.

Esta aparicion causaba ya en el teatro una sorpresa mezclada de curiosidad; la mayoria de los espectadores no tenia, como Adriana, mil motivos para estar absorta con la sola contemplacion de una decoracion pintoresca.

La atencion pública aumentó con ver entrar en el palco del que acababa de salir Faringhea un jóven de una rara belleza, tambien vestido á la india, con una túnica de cachemira blanca con mangas flotantes, y cubierta la cabeza con un turbante escarlata y rayas de oro, como su cinturon, en el que brillaba un puñal cubierto de piedras preciosas...

Este jóven era Djalma.

Por un momento se detuvo á la puerta echando desde el fondo del palco una mirada casi indiferente, á aquel teatro tan lleno de una multitud inmensa..... poco despues dando algunos pasos con una especie de magestad tranquila y graciosa, el príncipe se sentó con negligencia en una de las sillas; en seguida volviendo la cabeza hácia la puerta al cabo de algunos minutos, pareció admirado de no ver á una persona á quien sin duda esperaba.

Esta apareció al fin, habiendo acabado de quitarle la capa la mujer que abria los palcos...

Era esta persona una encantadora jóven rubia, vestida con mas brillantez que gusto, con un traje de seda blanca con anchas listas color de cereza, indecentemente escotado y con mangas cortas; dos grandes lazos de cinta de color de cereza colocados en ambos lados de sus cabellos rubios, rodeaban la carita mas linda, mas traviesa y mas vivaracha del mundo.

Ya habrán reconocido los lectores á Rosa Pompon, con guantes blancos, largos, ridiculamente cubiertos de brazaletes; los que á lo menos no ocultaban sino á medias sus lindos brazos; la jóven tenia en la mano un enorme ramo de rosas.

Léjos de imitar los tranquilos modales de Djalma, Rosa Pompon entró saltando en el palco, movió con ruido las dos sillas, se volvió un poco en el asiento antes de sentarse á fin de mostrar su hermoso vestido; luego sin intimidarse lo mas mínimo por aquella brillante asamblea, hizo con un gesto de agasajo respirar el perfume de su ramo de flores al príncipe Djalma, y pareció equilibrarse definitivamente en la silla que ocupaba.

Faringhea entró, cerró la puerta del palco, y se sentó detras del príncipe.

Adriana siempre profundamente absorta en la contemplacion del bosque indio, y en sus dulces recuerdos, no habia puesto la menor atencion en los recien llegados....

Como tenia vuelta completamente la cabeza hácia el foro, y Djalma no podia percibirla en aquel momento sino de perfil, tampoco habia reconocido á la señorita de Cardoville.

IX.

LA MUERTE.

La especie de *libreto* en que se hallaba intercalado el combate de Morok y de la pantera negra, era tan insignificante que la mayoría del público no prestaba la menor atencion, reservando todo su interés para la escena en que debia aparecer el domador de fieras.

Esta indiferencia del público esplica la curiosidad producida en el teatro por la llegada de Faringhea y de Djalma, curiosidad que se manifestaba (como posteriormente en nuestros dias al presentarse los arabes en algun lugar público) por un lijero rumor y un movimiento general de la multitud.

El semblante travieso y gracioso de Rosa Pompon, siempre encantadora á pesar de su *relumbrante* traje, y de sus pretensiones ridículas para un teatro semejante, sus modales lijeros y mas que familiares respecto al hermoso indio que la acompañaba, aumentaban aun la sorpresa: porque en aquel mismo momento Rosa Pompon cediendo, como ya hemos dicho, á un movimiento de graciosa coqueteria, habia acercado un gran ramo de rosas á

la cara de Djalma para dárselo á oler. Pero el príncipe al ver aquel paisaje que le recordaba su pais, en lugar de aparecer sensible á esta provocacion, permaneció algunos minutos pensativo con los ojos fijos en el escenario; entonces Rosa Pompon empezó á llevar el compas con su ramo en la delantera del palco, mientras que el movimiento de cadencia de sus lindos hombros anunciaba que aquella bailarina endiablada empezaba á poseerse de ideas coreográficas mas ó menos *borrascosas*, al oir un paso redoblado muy animado que estaba tocando la orquesta.

Colocada precisamente enfrente del palco en que se habian sentado Faringhea, Djalma y Rosa Pompon, Mme. de Morinval se apercibió muy pronto de la llegada de estos nuevos personajes, y sobre todo de las coquetas escentricidades de Rosa Pompon; asi la jóven marquesa, inclinándose hácia la señorita de Cardoville, siempre absorta en sus inefables recuerdos, le dijo:

—Querida, lo que hay mas divertido aqui no está en el escenario.... Mirad frente á nosotras.

—¿Enfrente de nosotras? repitió maquinalmente Adriana.

Y despues de haberse vuelto hácia madame de Morinval con aire sorprendido, dirigió la vista hácia donde le indicaban.

Miró hácia allá...

¿Qué vió?... A Djalma sentado al lado de una jóven que le hacia oler con familiaridad el perfume de su ramo de flores.

Aturdida, herida casi físicamente en el corazon con un golpe eléctrico, profundo y agudo, Adriana se puso pálida como la muerte.... por instinto cerró los ojos durante un segundo, á fin *de no ver*....: así como se trata de desviar el puñal que, habiéndoos ya herido, os amenaza aun...

Despues, repentinamente, á esta sensacion de dolor por decirlo así material, sucedió un pensamiento terrible para su amor y para su justo orgullo.—Djalma está aquí con esa muger.... y ha recibido mi carta, se decia á sí misma, mi carta... en la que ha podido leer la felicidad que esperaba.

A la idea de este ultraje, el sonrojo de la vergüenza, de la indignacion, reemplazó la palidez de Adriana, que aniquilada ante la realidad, se decia tambien á si misma:

Rodin no me habia engañado.

Menester es renunciar á describir la rapidez de estas emociones que os atormentan, que os matan en un minuto..... así Adriana habia sido precipitada de la dicha mas radiante al fondo de un abismo de dolores atroces, en menos de un segundo... porque apenas tardó un segundo en contestar á Mme. de Morinval.

—¿Qué hay de curioso en frente de nosotros, querida Julia?

Esta respuesta evasiva permitia á Adriana recobrar su sangre fria. Afortunadamente gracias á sus largos rizos que de perfil ocultaban casi enteramente sus mejillas, su palidez y su sonrojo súbitos no fueron percibidos de Mme. de Morinval, que añadió alegremente.

—¿Cómo? No veis á esos indios que acaban de entrar en aquel palco de proscenio..... mirad... allá.... precisamente en frente del nuestro.

—¡Ah! si... muy bien... les veo, contestó Adriana con voz firme.

—¿Y no los encontrais muy estraordinarios? Añadió la marquesa.

—Vamos, señoras, dijo Mr. de Morinval riendo, una poca indulgencia para unos pobres estranjeros; ignoran nuestros usos; á no ser por eso ¿se presentarian en tan mala compañía delante de todo Paris?

—En efecto, contestó Adriana, con una amarga sonrisa ¡su sencillez es tan tierna!... que es menester compadecerles....

—Pero desgraciadamente está esa muchacha encantadora, con su vestido descotado y sus brazos desnudos, dijo la marquesa; *eso* debe tener diez y seis á diez y siete años á lo mas. Miradla, querida Adriana, ¡qué lástima!...

—Estais hoy muy caritativos vos y vuestro marido, querida Julia, contestó Adriana; es menester compadecer á esos indios... compadecer á esa criatura... veamos á quien compadeceremos ahora....

—No compadeceremos á ese hermoso indio con el turbante rojo y oro, dijo el marqués riendo, porque si eso dura.... la muchacha de los lazos color de cereza va á darle un beso... ¡por mi vida! mirad como se inclina hácia su sultan...

—Están muy divertidos, dijo la marquesa, participando de la hilaridad de su marido, y echando el lente á Rosa Pompon; despues añadió al cabo de un minuto dirigiéndose á Adriana:

—Estoy segura de una cosa... de que á pesar de su apariencia frívola, esa muchacha está loca por ese indio... acabo de sorprender una mirada..... que dice muchas cosas...

—¿Para qué sirve tanta penetracion, mi buena Julia? dijo Adriana con dulzura, ¿qué interés tenemos en leer... en el corazon de esa jóven?

—Si ama á su sultan..... tiene razon, contestó el marqués echando el lente á su vez, porque en mi vida he visto á nadie mas admirablemente hermoso que ese indio; no le veo mas que de perfil; pero ese perfil es tan puro y tan fino como el de un camafeo antiguo.... ¿No lo encontrais así señorita? añadió el marqués inclinándose hácia Adriana. Entendamos que es una mera pregunta artística... que me permito dirigiros...

—¿Cómo objeto de arte? contestó Adriana; en efecto, es muy hermoso.

—¡Hola! dijo la marquesa, ¡qué impertinente es esa muchacha! ¡pues no está echándonos el lente!...

—¡Bien!! añadió el marqués; miradla como pone sin cumplimiento la mano en el hombro de su indio para hacerle sin duda participar de la admiracion que le inspirais, señoras...

En efecto, Djalma, distraido hasta entonces con la vista de la decoracion que le recordaba su pais, habia permanecido insensible á los agasajos de Rosa Pompon, y no habia visto aun á Adriana.

—¡Ah! ¡bien! decia Rosa Pompon moviéndose en el palco y continuando echando el lente á Mlle. de Cardoville, porque era esta y no la marquesa la que llamaba entonces su atencion, esto si que es raro... una jóven bellísima con cabellos rojos..... pero de un rojo muy bonito; es menester decirlo..... mirad, *¡príncipe encantador!*

Y como hemos dicho, dió un ligero golpe en el hombro de Djalma que se estremeció al oir estas palabras; volvió la cabeza, y por primera vez vió á Mlle. de Cardoville.

Aunque lo habian casi preparado á este encuentro, el príncipe esperimentó una sensacion tan violenta, que estraviado iba involuntariamente á levantarse; pero sintió sobre su hombro la mano de hierro de Faringhea que, colocado detras de él, esclamó rapidamente en voz baja y en lengua india:

—¡Valor!.... y mañana esa mujer estará á vuestros piés....

Y como Djalma hacia un nuevo esfuerzo, el mestizo añadió para contenerle:

—Ahora poco palideció, enrojeció de celos..... no seais débil ó todo está perdido.

—¡Hola! ya estais otra vez hablando vuestra horrible gerigonza, dijo Rosa Pompon á Faringhea volviéndose. En primer lugar es descortesía, y ademas esa lengua

es tan rara, que se diria que al hablarla estais rompiendo nueces.

—Hablaba de vos al príncipe, dijo el mestizo. Trátase de una sorpresa que os prepara.

—¡Una sorpresa!... es diferente. Entonces despachaos; ¿lo ois, *príncipe encantador?*... añadió mirando con ternura á Djalma.

—Se me parte el corazon, dijo Djalma con voz ahogada á Faringhea, siempre en indio.

—Y mañana latirá de alegria y de amor, contestó el mestizo. Solo á fuerza de desprecio se reduce una mujer altiva. Mañana, os digo, trémula y confusa estará suplicando á vuestros piés.

—¡Mañana..... me aborrecerá..... á muerte! contestó el príncipe con abatimiento.

—Si..... si ahora os vé débil y cobarde.... En este momento no hay que volverse atras.... miradla á la cara y despues tomad el ramo de esta muchacha y llevadlo á los labios..... Inmediatamente vereis á esa mujer tan orgullosa, ponerse pálida y roja como ahora poco; ¿entonces me creereis?

Djalma, reducido por la desesperacion á tentarlo todo, y sufriendo á pesar suyo la fascinacion de los consejos diabólicos de Faringhea, miró á la cara á Mlle. de Cardoville durante un segundo: tomó con mano trémula el ramo de flores de Rosa Pompon, y dirigiendo de nuevo los ojos á Adriana, lo tocó con sus labios.

A este ultraje, Mlle. de Cardoville no pudo reprimir un estremecimiento tan brusco y tan doloroso, que el príncipe lo notó.

—Ella es vuestra.... le dijo el mestizo; mirad, señor, como se ha estremecido.... de celos... ella es vuestra, ¡valor! y pronto os preferirá á ese hermoso jóven que está detrás de ella.... porque *es él*.... á quien creia amar hasta ahora.

Y como si el mestizo hubiese adivinado el ódio y la rabia que esta revelacion debia escitar en el corazon del príncipe, añadió con rapidez:

—Calma.... desden... ¿no es ese hombre quien debe ahora aborreceros?

El príncipe se contuvo y pasó la mano por su frente, que estaba ardiente de cólera.

—¿Que le estais contando que le incomoda tanto? dijo Rosa Pompon á Faringhea como enojada: enseguida dirijiéndose á Djalma añadió: veamos, *príncipe encantador*, como dicen en los cuentos de majia, volvedme mi ramo.

Y lo tomó.

—Lo habeis llevado á los lábios y casi tengo deseos de comérmelo...

Y añadió en voz baja suspirando y echando una mirada apasionada á Djalma:

—Ese mónstruo de Nini-Moulin no me ha engañado.... todo esto es muy casto; no tengo que echarme en cara ni tampoco esto....

Y con sus blancos dientes mordió la punta de la uña rosada de su mano derecha, de la que habia quitado el guante.

¿Es necesario decir que la carta de Adriana no habia sido entregada al príncipe, y que no habia ido tampoco á pasar el dia en el campo con el mariscal Simon? en los tres dias que Mr. de Montbron no habia visto á Djalma, Faringhea le habia persuadido que manifestando estar enamorado de otra, venceria á Mlle. de Cardoville. En cuanto á la presencia de Djalma en el teatro, Rodin habia sabido por Florina que su señora iba aquella noche al de San Martin.

Antes que Djalma lo hubiese conocido, Adriana sintiéndose desfallecer habia estado á punto de salir del teatro; el hombre que hasta entónces habia llevado tan alto en su corazon; el que ella habia admirado como á un héroe y á un Dios; el

que ella habia creido sumido en una desesperacion tan horrible, que arrastrada por la compasion mas tierna, le habia escrito con lealtad, á fin de que una dulce esperanza calmase sus dolores... este hombre en fin correspondia á una generosa prueba de franqueza y de amor, poniéndose ridículamente en evidencia con una criatura indigna de él. ¡Para la altivez de Adriana cuantas heridas incurables! Poco le importaba que Djalma creyese ó no hacerla testigo de aquella indigna afrenta.

Pero cuando vió que el príncipe la habia reconocido, pero cuando llevó el ul traje hasta mirarla á la cara, hasta desafiarla, llevándose á los lábios el ramo de flores de la criatura que le acompañaba, Adriana, llena de una noble indignacion, se sintió con el valor de quedarse; léjos de cerrar los ojos á la evidencia, esperimentó una especie de placer bárbaro en asistir á la agonía, á la muerte de su justo y divino amor.

Con la cabeza erguida, con los ojos altivos y brillantes, con las mejillas encendidas y los lábios desdeñosos, miró á su vez al príncipe con una firmeza despreciativa; una sonrisa sardónica erró en sus labios, y dijo á la marquesa que estaba ocupada, asi como un gran número de los espectadores, con lo que pasaba en el palco de proscenio.

—Esta repugnante exhibicion de costumbres barbaras está á lo menos perfectamente de acuerdo con el resto del programa.

—Ciertamente, contestó la marquesa, y mi querido tio habrá perdido lo que será tal vez mas divertido.

—Mr. de Montbron? dijo vivamente Adriana, con una amargura apenas reprimida, sí... sentirá no haberlo *visto todo*..... deseo con ansia que venga.... ¿no es á él á quien debo esta agradable noche?

Tal vez hubiera notado Mme. de Morinval la espresion de ironía que Adriana no pudo completamente disimular, si de repente un rujido ronco, prolongado, sonoro, no hubiese llamado su atencion y la de todos los espectadores, que segun hemos dicho habian estado hasta entónces muy indiferentes á las escenas destinadas á producir la aparicion de Morok en las tablas.

Todos los ojos se volvieron instintivamente hácia la caverna situada á la izquierda del foro, debajo del palco de Mlle. de Cardoville; un estremecimiento de ardiente curiosidad circuló por todo el teatro.

Otro rugido mas sonoro aun y que parecia mas irritado que el primero, salió esta vez del subterraneo, cuya abertura se ocultaba casi entre arbustos artificiales fáciles de apartar. Al oir este rugido, el inglés se puso de pié en su pequeño palco, sacó casi medio cuerpo y se frotó las manos; en seguida, sus grandes ojos verdes, fijos y redondos, no se separaron ni un momento de la entrada de la caverna.

A estos feroces rugidos se habia estremecido tambien Djalma, á pesar de todas las escitaciones de amor, odio y celos de que estaba poseido. La vista de aquel bosque, los rugidos de la pantera, le causaron una emocion profunda, despertando de nuevo en su pecho el recuerdo de su pais y de aquellas cacerias homicidas, que asi como la guerra traen consigo una embriaguez terrible. Aunque hubiera oido los instrumentos guerreros del ejército de su padre tocar ataque, no se hubiese poseido de un ardor mas salvaje. Poco despues, rugidos sordos, semejantes á un trueno lejano, casi ahogaron los ahullidos estridentes de la pantera; el leon y el tigre, *Judas* y *Cain*, le contestaban desde el fondo del teatro, donde estaban sus jaulas... A este espantoso concierto, cuya

música habia oido tantas veces en medio de los desiertos de la India, cuando estaba acampado en ellos para la guerra ó para la caza, la sangre de Djalma hirvió en sus venas; sus ojos brillaban con un ardor feroz; con la cabeza algo inclinada hácia afuera, las manos contraidas en la delantera del palco, todo su cuerpo se estremecia con un temblor convulsivo. Los espectadores, el teatro y Adriana no existian ya para él; estaba en un bosque de su pais..... y sentia al tigre.....

Se mezclaba entonces á su hermosura una espresion tan intrépida, tan feroz, que Rosa Pompon le contemplaba con una especie de terror y de admiracion apasionada. Por la primera vez en su vida tal vez, sus lindos ojos azules, generalmente tan alegres, tan malignos, manifestaban una emocion seria; ella no podia esplicarse lo que sentia. Su corazon se oprimia y palpitaba con violencia como si presintiese alguna desgracia.....

Cediendo á un movimiento de temor involuntario, cojió el brazo de Djalma y le dijo:

—No mireis asi á esa caverna; me asustais.....

El príncipe no la oyó.

—¡Ah! ¡hélo ahí! ¡hélo ahí! Dijo la multitud casi á una vez.

Morok apareció en el fondo del teatro.

Morok, vestido como hemos dicho, llevaba ademas un arco y un largo carcax lleno de flechas, y bajaba con rapidez la cuesta de rocas figurada que llegaba en descenso hasta en medio del tablado; de vez en cuando se detenia fingiendo prestar el oido y adelantarse con circunspeccion.

Y al dirigir sus miradas de un lado á otro, involuntariamente sin duda, encontró los grandes ojos del inglés, cuyo palco estaba precisamente al lado de la caverna.

Inmediatamente las facciones del domador de fieras se contrajeron de una manera tan espantosa, que Mme. de Morinval, que lo examinaba con atencion con un catalejo escelente, dijo vivamente á Adriana:

—Querida, ese hombre tiene miedo... le sucederá alguna desgracia.....

—¿Acaso suceden desgracias, contestó Adriana con una sonrisa sardónica, desgracias en medio de una multitud tan brillante, tan adornada, tan animada..... desgracias..... aquí..... esta noche? Vamos, mi querida Julia..... no penseis en ello..... en la oscuridad, en la soledad es donde suceden las desgracias... jamas en medio de una multitud alegre, á la claridad de las luces.....

—¡Cielos! Adriana... ¡tened cuidado! esclamó la marquesa no pudiendo reprimir un grito de terror, y cojiendo el brazo de la jóven, como para atraerla hácia si, ¿la veis?

Y la marquesa con la mano trémula designaba la abertura de la caverna.

Adriana sacó vivamente la cabeza.

—¡Tened cuidado!... no avanceis tanto, le dijo Mme. de Morinval.

—Estais loca con vuestros terrores, amiga mia, dijo el marqués á su muger. La pantera está perfectamente encadenada, y aunque rompiese la cadena lo que es imposible, estaríamos aqui fuera de su alcance.

Un gran rumor de curiosidad palpitante salió de los espectadores, y todas las miradas se fijaron invenciblemente en la entrada de la caverna.

Entre los arbustos artificiales que apartó con sus anchos pechos, la pantera negra apareció de repente; por dos veces alargó su cabeza aplastada, iluminada con sus ojos amarillos y relucientes.... Despues abriendo á medias su boca roja... lanzó un nuevo rugido mostrando dos filas de colmillos formidables.

Una doble cadena de hierro y un collar del mismo metal pintado de negro confundiéndose con su piel color de ébano, y con la sombra de la caverna, hacian la ilusion completa.

—Señoras, dijo de repente el marqués mirando á los indios, están magníficos con la emocion que esperimentan.

En efecto, á la vista de la pantera, el ardor feroz de Djalma habia llegado á su colmo, sus ojos centelleaban en su órbita anacarada, como dos diamantes negros; su labio superior se levantaba convulsivamente con una espresion de ferocidad animal, como si estuviese en un violento parasismo de cólera.

Faringhea, entonces echado de bruces en la delantera del palco, era tambien presa de una emocion profunda, causada por una estraña casualidad. Esta pantera negra, de una especie tan rara, decia entre sí mismo, que veo aqui en un teatro, en Paris, debe ser la que el malayo (el *thug* ó estrangulador que habia punzado los caractéres misteriosos en el brazo de Djalma en Java durante su sueño) robó siendo pequeña de su camada, y vendió á un capitan europeo..... El poder de *Bohwanie* se reconoce en todas partes, añadió el *thug* en su sanguinaria supersticion.

—¿No encontrais á esos indios magníficos? añadió el marqués dirigiéndose á Adriana.

—Tal vez... hayan asistido á una cacería semejante en su pais, contestó Adriana como queriendo evocar y arrostrar toda la crueldad de su recuerdos.

—Adriana..... dijo de repente la marquesa con una voz alterada, ahora que está el domador de fieras bastante cerca de nosotros..... ¿su cara no está espantosa?... os digo que ese hombre tiene miedo.....

—Lo cierto es, añadió el marqués muy seriamente esta vez, que su palidez es horrible y que parece aumentar por minutos.... á medida que se acerca á este lado.... dícese que si perdiera su sangre fria por un momento, correria el mayor peligro.

—¡Ah!... seria horrible, esclamó la marquesa dirigiéndose á Adriana, si á nuestra vista... fuese herido...

—¿Se muere acaso de una herida?.... contestó Adriana con tal tono de frialdad é indiferencia, que la marquesa miró á Mlle. de Cardoville con sorpresa y le dijo:

—¡Ah querida, lo que decís es muy cruel!

—¿Qué quereis? La admósfera que me rodea obra en mi organizacion, respondió la jóven con una sonrisa glacial.

—Mirad, mirad... el domador de fieras va á tirar una flecha á la pantera, esclamó el marqués, y sin duda despues fingirá el combate cuerpo á cuerpo.

Morok estaba en este momento delante del teatro, pero necesitaba atravesar su anchura para llegar á la entrada de la caverna. Detúvose un momento, puso una flecha en el arco, y colocándose de rodillas detrás de un pedazo de roca, apuntó largo tiempo... el dardo silvó y fué á perderse en la profundidad de la caverna, donde se habia retirado la pantera despues de haber mostrado un momento su terrible cabeza.

Apenas hubo desaparecido la flecha, cuando la *Muerte* irritada á propósito por Goliath, entonces invisible, lanzó un rugido de cólera como si hubiera sido herida...

La pantomima de Morok era tan espresiva, manifestó con tanta naturalidad su alegria por haber herido á la fiera, que frenéticos aplausos estallaron en todo el teatro. Tirando entonces el arco léjos de sí, sacó un puñal del cinturon, lo tomó

entre los dientes, y empezó á arrastrarse á cuatro piés como si hubiera querido sorprender en su cueva á la pantera herida.

Para hacer la ilusion mas perfecta, la *Muerte*, irritada de nuevo por Goliath que la pegaba con una barra de hierro; la *Muerte*, repetimos, lanzó del fondo del subterráneo rujidos horribles.

El sombrio aspecto del bosque apenas iluminado con reflejos rojizos, causaba un efecto tan imponente, los rujidos de la pantera eran tan furiosos, los gestos, la actitud y la fisonomía de Morok tan llenos de terror... que los espectadores, atentos, estremecidos, permanecian en un silencio profundo, todas las respiraciones estaban suspendidas; hubiérase dicho que un estremecimiento general los hacia temblar, como si esperasen un acontecimiento horrible.

Lo que hacia que la pantomima de Morok tuviese todo el carácter de una verdad terrible, era que al aproximarse asi paso á paso á la caverna, se acercaba tambien al palco del inglés... A pesar suyo el domador de fieras, fascinado por el miedo, no podia apartar sus ojos de los de este hombre; hubiérase dicho que cada uno de los movimientos que hacia al arrastrarse, correspondia á un sacudimiento magnético causado por la mirada fija del siniestro personaje... asi mientras mas se aproximaba Morok á él mas descompuesta y lívida se ponia su fisonomía.

Lo repetimos, al ver aquella pantomima, que no era ya un juego, sino la espresion verdadera del terror, el silencio profundo, palpitante, que reinaba en el teatro, fué interrumpido por aclamaciones y transportes, á los que se unieron los rujidos de la pantera y los ahullidos lejanos del leon y del tigre. . . .

El inglés, con el cuerpo casi fuera del palco, con los lábios contraidos por su terrible sonrisa sardónica, con sus grandes ojos siempre fijos, estaba falto de respiracion, oprimido. El sudor corria por su frente calva y encendida como si hubiese verdaderamente gastado una increible fuerza magnética en atraer á Morok que pronto se vió á la entrada de la caverna.

El momento era decisivo.

Encojido, con su puñal en la mano, siguiendo con sus gestos y su vista los menores movimientos de la *Muerte*, que rujiendo irritada y abriendo su enorme boca, parecia querer defender la entrada de su cueva, Morok... esperaba el momento de arrojarse sobre ella.

Hay tal fascinacion en el peligro. que Adriana participó, á pesar suyo, del movimiento de viva curiosidad mezclada de terror que hacia palpitar á todos los espectadores; inclinada como la marquesa, dirigiendo su vista á esta escena de un terrible interés, la jóven tenia maquinalmente en la mano un ramo de flores indias que habia conservado.

De repente Morok lanzó un grito salvaje, arrojándose sobre la *Muerte* que contestó con un terrible rujido, lanzándose sobre su amo con tanta furia, que Adriana asustada, creyendo que este hombre era perdido, se echó hácia atras, ocultando su cara entre las manos.

Su ramo de flores se escapó de ellas, cayó en el escenario y rodó dentro de la caverna, donde luchaban la pantera y Morok.

Pronto como el rayo, ágil como un tigre, cediendo á la violencia de su amor y al ardor feroz escitado en él por los rugidos de la pantera, Djalma se puso de un salto en el teatro, sacó su puñal y se precipitó en la caverna para coger el ramo de Adriana. En este momento un grito penetrante de Morok herido pedia socorro. La pantera mas furiosa aun á la vista de Djalma, hizo un esfuerzo desesperado para romper la cadena: no pudiendo conse-

guirlo se levantó sobre sus pies traseros á fin de arrojarse sobre Djalma entonces al alcance de sus garras agudas. Bajar la cabeza, echarse de rodillas, y al mismo tiempo clavarle dos veces su puñal en el vientre con la rapidez del rayo, asi fué como Dejalma se libró de una muerte cierta; la pantera rugió cayendo con todo el peso de su cuerpo sobre el príncipe... por un segundo que duró su agonía solo se vió una masa confusa y convulsa de miembros negros y vestidos blancos ensangrentados; despues se levantó Djalma al fin pálido, cubierto de sangre y herido: entonces de pié, con los ojos centellando con un orgullo salvaje, con el pié sobre el cadaver de la pantera..... teniendo en la mano el ramo de flores de Adriana, lanzó á esta una mirada que espresaba todo su amor insensato.

Entonces únicamente sintió Adriana que le faltaban las fuerzas, porque un valor sobrenatural le habia ayudado á asistir á las horribles peripecias de aquella lucha.

EL CONCILIO.

X.

EL VIAJERO.

Es de noche.

La luna está clara, las estrellas brillan en medio de un cielo melancólicamente sereno: los agudos silvidos de un viento Norte, brisa funesta, seca y glacial, se cruzan serpentean y estallan en ráfagas violentas; con su soplo áspero y estriden te..... barren las alturas de Montmartre.

En la cumbre mas elevada de esta colina un hombre está de pié.

Su sombra se proyecta en el terreno pedragoso iluminado por la luna.....

Este viajero mira la ciudad inmensa que se estiende á sus pies.....

Paris..... cuya oscura sombra dibuja sus torres, sus cúpulas, sus campanarios, en la azulada limpidez del horizonte, mientras que de en medio de este océano de piedras se eleva un vapor luminoso que enrojece el estrellado azul del zenit.

Es el resplandor lejano de mil fuegos que de noche, á la hora de los placeres, iluminan alegremente la ruidosa capital.

«No, decia el viajero, no sucederá..... el Señor no querra.

«Es bastante con dos veces.

«Hace cinco siglos que la mano vengadora del Omnipotente me impelió desde el fondo del Asia hasta aqui..... Viajero solitario, dejé detras de mí mas luto, mas desesperacion, mas desastres, mas muertes..... que hubieran dejado los ejércitos innumerables de cien conquistadores devastadores..... Entré en esta ciudad.... y tambien fué diezmada.....

«Hace dos siglos, esa mano inexorable que me conduce á través del mundo, me trajo aquí de nuevo, y esta vez como la anterior, esa plaga que desde tan lejos el Omnipotente une á mis pasos hizo estragos en esta ciudad y atacó desde luego á mis hermanos ya exhaustos por el trabajo y la miseria.

«Mis hermanos..... el artesano de Jeresulen, el artesano maldito del Señor, que en mi persona ha maldecido la raza de los trabajadores, raza siempre entregada al sufrimiento, siempre desheredada, y que, como yo, anda sin tregua ni reposo, sin recompensa, ni esperanza hasta que mugeres, hombres, niños, ancianos, mueren bajo un yugo de hierro..... yugo homicida que otros toman á su vez y los trabajadores llevan asi de siglo en siglo sobre sus hombros dóciles y magullados.

«Y hé aquí, que por la tercera vez en cinco siglos, llego á la cumbre de las colinas que dominan esta ciudad.

«Y tal vez vuelvo á traer conmigo el espanto, la desolacion, y la muerte. (1)

«Y esta ciudad embriagada con el ruido de sus placeres, de sus fiestas nocturnas, no sabe, ¡oh! que estoy á sus puertas...

«Pero no, no, mi presencia no será una nueva calamidad.......

«El Señor, en sus miras impenetrables, me ha conducido hasta aquí á través de la Francia, haciéndome evitar en el camino hasta la aldea mas humilde; asi ningun sonido fúnebre ha marcado mi paso.

«Y ademas el espectro me ha abandonado.....

«Ese espectro lívido.... y verde.... con los ojos hundidos y sangrientos.... cuando he pisado el suelo de la Francia..... su mano húmeda y helado dejó la mia..... desapareció.

«Y sin embargo.... siento... que la admósfera mortífera me rodea aun.

«No cesan los agudos silvidos de ese viento mortífero, que rodeándome en su torbellino, parece propagar la plaga con su soplo emponzoñado....

«Sin duda se aplaca la cólera del Señor....

«Tal vez mi presencia aqui es una amenaza.... de que dará conocimiento á los que debe intimidar....

«Si, porque á no ser asi, querria al contrario dar un golpe de un estruendo mas espantoso.... lanzando desde luego el terror y la muerte en el corazon del pais, en el seno de la ciudad inmensa.

«¡Oh! ¡no.... no! el Señor tendrá piedad... no... no me condenará á este nuevo suplicio.

«¡Ay! en esta ciudad, mis hermanos... son mas numerosos y mas miserables que en otras partes.

«Y soy yo quien les trae la muerte....

«No, el Señor se compadecerá, porque ¡ay! los siete descendientes de mi hermana están al fin reunidos en esta ciudad....

«Y soy yo quien les traerá la muerte?....

«¿La muerte... en lugar del poderoso apoyo que reclaman?

«Porque esa muger, que como yo, vaga de un estremo del mundo á otro, despues de haber una vez destruido las tramas de sus enemigos... esa muger ha continuado su marcha eterna.

(1) En 1346 la famosa peste negra que devastó el globo, ofrecia los mismos síntomas que el cólera, y el mismo fenómeno inesplicable de la marcha progresiva y por jornadas, segun un camino dado. En 1660, otra epidemia análoga diezmó tambien el mundo.

Es sabido que el cólera se declaró al principio en París, interrumpiendo, si puede asi decirse, su marcha progresiva con un salto enorme é inesplicable; recuérdese tambien que el viento nordeste sopló constantemente durante los mayores estragos del cólera.

«En vano he presentido que grandes desgracias amenazan de nuevo á los que amo por la sangre de mi hermana...

«La mano invisible que me conduce.... impele delante de mi á la muger errante....

«Como siempre arrastrada por el irresistible torbellino, en vano esclamo, suplicando, en el momento de abandonar á los mios:

—¡A lo menos, Señor... que acabe mi obra!

—«¡MARCHA!!!

—«¡Algunos dias, por piedad, nada mas que algunos dias!

—«¡MARCHA!!!

—«¡Que dejo á los que protejo en el borde del abismo!

—«¡MARCHA... MARCHA!

«Y el astro errante se lanzó de nuevo á su ruta eterna.

«Y su voz atravesó el espacio llamándome en socorro de los mios....

«Cuando su voz llegó hasta mi, lo sentía.... los descendientes de mi hermana estaban aun espuestos á terribles peligrros...... Estos peligros se aumentan aun.....

—«¡Oh! decidme, decidme, Señor, ¿los descendientes de mi hermana se librarán de la fatalidad que hace tantos siglos pesa sobre mi raza?

«¿Me perdonareis en ellos? ¿me castigareis en ellos?

«¡Oh! haced que cumplan la última voluntad de su abuelo.

«Haced que puedan unirse sus caritativos corazones, sus valientes fuerzas, sus nobles inteligencias, sus grandes riquezas.

«Asi trabajarán en provecho de la dicha futura de la humanidad.... ¡Asi rescatarán tal vez mi castigo eterno!

«Estas palabras del hijo de Dios:

«AMAOS UNOS A OTROS.

«Serían su único objeto, sus únicos medios.

«Con ayuda de estas palabras omnipotentes, combatirían, vencerían á esos falsos sacerdotes que han desmentido los preceptos de amor, de paz y de esperanza del Hombre-Dios, con otros llenos de odio, de violencia y de desesperacion.

«Estos falsos sacerdotes..... que subvencionados por los poderosos y los dichosos de este mundo..... sus cómplices en todo tiempo..... en lugar de pedir aqui abajo un poco de felicidad para mis hermanos que padecen, que gimen hace siglos, se atreven á decir en vuestro nombre, Señor, que el pobre está condenado para siempre á los tormentos en este mundo.... y que el deseo ó la esperanza de sufrir menos en la tiera es un crímen á vuestros ojos... *porque la dicha de los menos.. . y la desgracia de casi toda la humanidad*.... tal es vuestra voluntad, ¡oh blasfemia! ¿no es lo contrario á esas palabras homicidas lo que es digno de la voluntad divina?

«Por piedad, escuchadme, Señor..... Librad de sus enemigos á los descendientes de mi hermana, desde el artesano hasta el príncipe.... No dejeis de destruir el gérmen de una poderosa y fecunda asociacion, que gracias á vos, constará tal vez en los fastos de la felicidad de la humanidad.

«Dejadme, Señor reunirlos puesto que los dividen; defenderlos, puesto que los atacan.... dejadme dar esperanzas á los que ya no esperan, valor á los abatidos, levantar á los que están amenazados de caer, sostener á los que perseveran en el bien....

«Y tal vez sus luchas, su sacrificio, su virtud, sus dolores, espiarán la falta que cometí.... yo, á quien la desgracia ¡oh! la desgracia sola habia hecho injusto y malvado.

«Señor, puesto que vuestra mano omnipotente me conduce aquí..... con un fin que ignoro..... desarmad al fin vuestra cólera.... que no sea mas instrumento de vuestras venganzas.....

«¡Baste de luto en la tierra! Hace dos años que vuestras criaturas caen por millares..... á mis pies.....

«El mundo está diezmado, un velo de luto se estiende por todo el globo.

«Desde el Asia hasta los hielos del polo..... he andado..... y han muerto.....

«¿No ois, Señor, ese gemido prolongado que desde la tierra sube hasta vos?...

«Misericordia para todos y para mí.....

«Que un dia, que un solo dia... pueda reunir á los descendientes de mi hermana..... y están salvados.....»

Al decir estas palabras, el viajero cae de rodillas... levantando al cielo sus manos.

De repente el viento rugió con mayor violencia; sus agudos silvidos se cambiaron en una tormenta.....

El viajero se estremeció.

Con voz espantada esclamó:

Señor, el viento de muerte ruge con rabia..... me parece que su torbellino me levanta..... ¿Señor, no escuchais mi súplica?

El espectro..... ¡oh! el espectro... ahí está..... otra vez..... su semblante verdoso está agitado con movimientos convulsivos..... sus rojos ojos dan vueltas en su órbita... ¡véte!... ¡véte!... Su mano helada ha cojido la mia..... ¡Señor, piedad!...

—¡Marcha!

—¡Oh! ¡Señor... esa plaga, esa plaga terrible! ¡llevarla otra vez á esta ciudad!... mis hermanos van á perecer de los primeros! ¡ellos!... tan miserables... ¡gracia!...

—¡Marcha!

—Y los descendientes de mi hermana... ¡gracia! ¡gracia!

—¡Marcha!

—¡Oh!... ¡Señor, compasion!.. ya no puedo detenerme en el suelo..... el espectro me arrastra hácia el declive de la colina..... mi paso es tan rápido como el viento de muerte que sopla detrás de mí... Ya veo los muros de la ciudad..... ¡Oh! ¡piedad, Señor, piedad para los descendientes de mi hermana!... Libradlos..... haced que no sea yo su verdugo, que triunfen de sus enemigos.

—¡Marcha..... marcha!

—El suelo huye siempre de mis pies... Ya estoy á las puertas de la ciudad... ¡oh! ya..... Señor..... aun es tiempo.... ¡Oh! gracia para esta ciudad dormida. ¡Qué no se despierte con gritos de espanto, de desesperacion y de muerte! Señor, toco el umbral de la puerta....... ¿lo quereis asi? pues..... es cosa hecha..... ¡Paris, la plaga está en tu seno!... ¡Ah, maldito, siempre maldito!

—¡Marcha... marcha... marcha!...

XI.

LA COLACION.

El dia siguiente á aquel en que el siniestro viajero, bajando de las alturas de Montmartre, entró en Paris, reinaba la mayor actividad en el palacio de Saint-Dizier.

Aunque apenas eran las doce, la princesa sin estar *adornada*, tenia demasiado buen gusto para ello; estaba sin embargo puesta con mas elegancia que de costumbre, sus cabellos rubios, en lugar de estar simplemente alisados en cocas, formaban dos bucles atufados que sentaban muy bien á sus mejillas llenas y floridas. Su cofia estaba adornada de cintas color de rosa; en fin, al ver que la princesa de Saint-Dizier tenia un talle casi esbelto, con su vestido de moaré color de lila, se adivinaba que Mme. Grivois habia debido requerir la asistencia y los esfuerzos de otra doncella de la princesa, para em-

prender con buen éxito aquella disminucion de la gruesa cintura de su ama.

Pronto diremos la causa edificante de aquella lijera reminiscencia de coqueterfa mundana.

La princesa, seguida de Mme. Grivois, su ama de gobierno, daba las ú timas órdenes relativas á ciertos preparativos que estaban haciendo en un vasto salon. En medio de esta pieza habia una gran mesa redonda, cubierta de un tapete de tercio pelo carmesí, y rodeada de varias sillas, entre las cuales se observaba en el lugar preferente un sillon de madera dorada.

En uno de los ángulos del salon, no lejos de la chimenea, en la que ardia un escelente fuego, estaba una especie de aparador improvisado, en el que se veian los elementos variados de la colacion mas apetitosa y mas esquisita.

Asi, en platos de plata, se levantaban en forma de pirámide, sancoeches de lechecillas de carpa, con manteca de anchoas, mezcladas con escabeche de atun y criadillas de tierra del Perigord (era cuaresma); mas lejos, sobre chofetas de plata en que ardia espíritu de vino, para conservarlos calientes, pastelillas de cangrejos del rio Meusa, con manjar blanco, humeaban en su pasta de hoja tierna y dorada, que parecian desafiar en escelencia y sabor á los pastelillos de ostras de Marennes, bañados en vino de Madera, y realzados con un picadillo de sollo con especias.

Al lado de estos platos *sérios* habia otros mas lijeros, como bizcochitos de soplillo de piña, *fondantes* de fresas, primerizas entonces muy raras, jaleas de naranja servidas en la cascara entera de estas frutas artísticamente vaciada al efecto; cual rubíe y topacios, los vinos de Burdeos, Madera y Alicante brillaban en grandes frascos de cristal, mientras que el vino de Champaña y dos jarrones de porcelana de Sevres, el uno con crema de café y el otro con chocolate con vainilla ambarada, estaban ya casi en estado de sorbete, sumerjidos en un gran jarron de plata cincelada lleno de hielo.

Pero lo que daba á esta esquisita colacion un carácter singularmente apostólico y romano, eran ciertos productos de la reposteria religiosamente elaborados. Asi se veian pequeños calvarios de pasta de albaricoques, mitras sacerdotales de alfeñique, cruces episcopales de mazapan, á las que la princesa habia añadido, con una delicada atencion, un birrete de cardenal, de azúcar colorado, adornado de cordones de caramelos; la pieza mas importante de estos confites religiosos, la obra maestra del gefe de cocina de la princesa de Saint-Dizier, era un soberbio Crucifijo de pasta con su corona de espinas de azúcar piedra.

Estas profanaciones son estrañas, y se indignan de ellas hasta las personas poco devotas: pero desde la impudente truanería de la túnica de Treves hasta la chanza indecorosa del relicario de Argenteuil, las personas piadosas por el estilo de la princesa de Saint-Dizier parecen tratar de poner en ridículo á fuerza de celo las tradiciones mas respetables.

Despues de echar una mirada de satisfaccion á la colacion, la princesa dijo á Mme. Grivois mostrándole el sillon dorado que parecia destinado al presidente de esta reunion.

—¿Han puesto mi folgo bajo la mesa para que pueda S. E. poner los pies? Siempre se queja de frio.

—Si, señora, contestó Mme. Grivois.

—Decid tambien que llenen de agua hirviendo una bola de estaño para en caso de que S. E. no tenga bastante con el calentador....

—Sí, señora.

—Poned tambien mas leña en la chimenea.

—Pero, señora, ya es un brasero completo.... ¡Miradlo! Y luego si S. E. tiene siempre frio, el señor obispo de Halfagen siempre tiene calor, y está continuamente sudando.

La princesa se encojió de hombros y dijo á Mme. Grivois.

—¿Acaso S. E. el cardenal de Malpieri no es un superior del obispo de Halfagen?

—Si, señora.

—¡Pues bien! Segun la gerarquía, el obispo debe sufrir el calor y no S. E. el frio.... Así, haced lo que os digo, poned mas leña. Por lo demas, nada mas sencillo, S. E. es italiano, y el obispo pertenece al norte de la Bélgica; es muy natural que estén acostumbrados á distintas temperaturas.

—Como gusteis, señora, contestó el ama de gobierno echando dos enormes pedazos de leña á la chimenea; pero con el calor que hace aqui, el señor obispo es capaz de sofocarse.

—¡Eh! yo tambien encuentro que hace aqui demasiado calor; ¿pero nuestra santa religion no nos enseña el sacrificio y la mortificacion? contestó la princesa con una tierna espresion de abnegacion.

Ya conocemos la causa del tocador algo esmerado de la princesa de Saint Dizier.

Tratábase de recibir dignamente á varios prelados, que unidos al padre d'Aigrigny y á otros dignatarios de la iglesia, habian ya celebrado en casa de la princesa de Saint Dizier una especie de concilio en pequeño.

Una jóven recien casada que dá su primer baile, un menor emancipado que [illegible] su primera comida de jóvenes solteros, una muger de talento que lee por primera vez su obra inédita, no están mas radiantes, mas orgullosos, y al mismo tiempo tan cuidadosamente ocupados de sus huéspedes como la princesa de sus prelados.

Ver graves intereses agitarse, debatirse en su casa y delante de sí, oir á personas muy capaces pedirle su dictámen sobre ciertas disposiciones prácticas relativas á la influencia de las congregaciones de mugeres, era para la princesa rebentar de orgullo, porque *sus eminencias y sus grandezas*, consagraban así para siempre su pretension de ser considerada..... casi como una madre de la iglesia..... Habia desplegado con estos prelados indígenas ó exóticos una porcion de monacales agasajos y devotas coqueterías.

Por lo demas, nada mas lógico que las sucesivas transfiguraciones de esta muger sin corazon, pero que amaba sincera, apasionadamente la intriga y la dominacion de camarilla. Habia, segun los progresos de su edad, pasado naturalmente de las intrigas amorosas, á las intrigas políticas, y de estas á las relijiosas.

En el momento mismo en que la princesa terminaba la inspeccion de sus preparativos, un ruido de carruages que se oyó en el patio de palacio le anunció la llegada de las personas que esperaba; sin duda eran estas del rango mas alto, porque contra todos los usos salió á recibirlos á la puerta del primer salon.

En efecto, era el cardenal Malpieri, que siempre tenia frio, y el obispo belga de Halfagen, que siempre tenia calor, con el padre d'Aigrigny que les acompañaba.

El cardenal romano era un hombre alto, mas huesoso que delgado, y con una fisonomía altiva y sagaz á la par que amarillenta é inflada, era muy vizco y tenia grandes ojeras. El obispo belga era bajo de cuerpo, grueso, con un abdómen muy prominente, con aspecto apoplético, mirada resuelta, y con manos regordetas, suaves y delicadas.

Pronto se reunieron los convidados en el salon; el cardenal fué inmediatamente á colocarse junto á la chimenea, mientras que el obispo, que empezó á sudar y á soplar, miraba de tiempo en tiempo al café helado, que debia ayudarle á soportar los ardores de aquella canícula artificial.

El padre d'Aigrigny acercándose á la princesa le dijo en voz baja:

—¿Quereis dar órden de quo introduzcan aqui al abate Gabriel de Renepont que vendrá á preguntar por mi?

—¿Ese jóven sacerdote está aqui? preguntó la princesa con gran sorpresa.

—Desde antes de ayer. Le hemos hecho venir á Paris por sus superiores.. Todo lo sabreis... En cuanto á Mr. Rodin, Mme. Grivois le hará entrar, como el otro dia, por la puerta de la escalera escusada.

—¿Vendrá hoy?

—Tiene cosas muy importantes que comunicarnos, y ha deseado que el cardenal y el obispo estén presentes á la conferencia, por haber sido puestos al corriente de todo en Roma por el padre general, como afiliados....

La princesa tiró de la campanilla, dió sus órdenes, y volviendo al lado del cardenal, le dijo con el acento de la mas tierna solicitud:

—¿Empieza V. E á calentarse un poco? ¿Quiere V. E. una vasija de estaño con agua caliente para los pies? ¿Desea V. E. que se haga mas fuego?...

A esta proposicion el obispo belga, que limpiaba el sudor de su frente, lanzó un suspiro de desesperacion.

—Mil gracias, señora princesa, respondió el cardenal en muy buen francés, pero con un acento intolerable; verdaderamente estoy confundido con tantas bondades.

—¿No aceptareis nada? dijo la princesa al obispo indicándole al aparador.

—Tomaré, si lo permitis, señora princesa, un poco de café helado.

Y el prelado dió un prudente rodeo á fin de acercarse á la colacion sin pasar por delante de la chimenea.

—¿Y V. E. no tomará uno de esos pastelillos de ostras? están quemando, dijo la princesa.

—Ya los conozco, señora princesa, contestó el cardenal en tono de inteligente, s n esquisitos y no me resisto.

—¿Qué vino tendré el honor de ofrecer á V. E.? añadió afablemente la princesa.

—Un poco de Burdeos, señora, si gustais.

Y como el padre d'Aigrigny se preparaba á dar de beber al cardenal, la princesa le disputó este placer.

—Tal vez V. E. aprobará lo que he hecho, dijo el padre d'Aigrigny al cardenal mientras este probaba gravemente los pastelillos de ostras, no he creido oportuno convocar para hoy al señor obispo de Mogador, ni al señor arzobispo de Nanterre, ni tampoco á nuestra santa madre Perpetua, superiora del convento de Santa Maria, por ser enteramente privada y confidencial la conferencia que debemos tener con S. R. el padre Rodin y con el abate Gabriel.

—Nuestro querido padre ha tenido mucha razon, contestó el cadernal, porque si bien por sus posibles consecuencias, este negocio de Renepont interesa á toda la Iglesia apostólica romana, hay ciertas cosas que es menester tener secretas.

—Tambien aprovecharé esta ocasion para dar gracias á V. E. por haberse dignado hacer una escepcion en favor de una servidora de la Iglesia, tan humilde y oscura, dijo la princesa haciendo al cardenal una respetuosa y humilde reverencia.

—Era una cosa justa y debida, contestó el cardenal inclinándose despues de haber colocado sobre la mesa su copa vacía, sabemos lo mucho que os debe la Iglesia por la buena direccion que dais á las obras religiosas de que sois patrona.

—En cuanto á esto, V. E. puede estar seguro de que hago negar todo socorro al indigente que no puede justificarse con una cédula de confesion.

—Solamente asi, señora; añadió el cardenal dejándose tentar por la vista apetitosa de un pastelillo de colas de cangrejo, solamente asi puede tener efecto la caridad.... poco me importa que la impiedad esté hambrienta... la piedad... es diferente, y el prelado se tragó de un bocado el pastelillo. Por lo demas, continuó, tambien sabemos el ardiente celo con que perseguís inexorablemente á los impios y á los rebeldes contra la autoridad de nuestro Santo Padre.

—V. E. puede estar persuadido de que soy romana de corazon, de alma y por convencimiento; no hago la menor diferencia entre un anglicano y un turco, dijo con valor la princesa.

—La señora princesa tiene razon, dijo el obispo belga; diré mas, un anglicano debe ser mas odioso á la Iglesia que un pagano, y sobre esto soy de la opinion de Luis XIV; pedíanle un favor para uno de sus cortesanos:

«—Jamas, dijo el rey; ese es jansenista.

—«¡ El! ¿señor? es ateo.

—«Entónces es diferente, le concedo lo que pide, contestó el rey.»

Esta chanza episcopal hizo reir bastante. Despues el padre de Aigrigny añadió seriamente dirigiéndose al cardenal:

—Desgraciadamente, como diré despues á V. E. acerca del abate Gabriel, sino se vigilara mucho el bajo clero se infectaria con el anglicanismo y con ideas de rebelion contra lo que llaman el despotismo de los obispos.

—Para evitar esto, replicó con dureza el cardenal, es menester que los obispos sean mas severos, y que recuerden siempre que son romanos antes que franceses, porque en Francia representan al Santo Padre y los intereses de la Iglesia, como un embajador representa en el estranjero á su pais, á su rey y los intereses de su nacion.

—Es evidente, contestó el P. d' Aigrigny; asi esperamos que, gracias al impulso vigoroso que V. E. acaba de dar al episcopado, obtendremos la libertad de enseñanza. Entonces, en lugar de jóvenes franceses infectos con la filosofía y con el estúpido patriotismo, tendremos buenos católicos romanos, muy obedientes y disciplinados, y que llegarán á ser súbditos respetuosos de nuestro Santo Padre.

—Y de ese modo, en un tiempo dado, añadió el obispo belga sonriendo, si nuestro Santo Padre quisiera, por ejemplo, desatar á los católicos de Francia de su obediencia al poder temporal existente, podria, reconociendo otro poder, asegurarse asi un partido católico, considerable y organizado.

Diciendo esto el obispo enjugó su frente y fué á buscar un poco de Siberia en el fondo de uno de los jarrones lleno de chocolate helado.

—Ahora bien: un poder se muestra siempre agradecido á semejante regalo, dijo la princesa sonriendo á su vez; y concede entonces grandes inmunidades á la Iglesia.

—Y asi la Iglesia vuelve á tomar posesion del lugar que debe ocupar y que desgraciadamente no ocupa en Francia en estos tiempos de impiedad y anarquía, dijo el cardenal. Afortunadamente he visto en el camino gran número de prelados á quienes he reprendido su tibieza y reanimado

su celo, invitándoles en nombre del Santo Padre á atacar abiertamente con intrepidez la libertad de la prensa y de cultos, aunque esté reconocida por abominables leyes revolucionarias.

—¡Ay! ¿V. E. no se ha retraido con los terribles peligros..... con los crueles martirios á que serán espuestos nuestros prelados por obedecerle? dijo alegremente la princesa. Y esas terribles *apelaciones como de abuso*, por que, en fin, si V. E. residiese en Francia, atacaria á las leyes del pais..... como dice esa raza de abogados y parlamentarios: ¡pues bien! ¡cosa terrible..... el consejo de Estado declararia que hay abuso en vuestra pastoral.... ¡Hay abuso! ¡comprende V. E. lo que hay de terrible para un príncipe de la Iglesia, que sentado en su trono pontifical, rodeado de sus dignatarios y de su capítulo, oye á lo lejos algunas docenas de oficinistas ateos, con librea negra y azul, gritar en todas voces desde el falsete hasta el bajo: *¡hay abuso!* En verdad que si hay abuso en alguna parte, es el abuso de la ridiculez..... en esas gentes.

Esta salida de la princesa fué acojida con una hilaridad general.

El obispo belga añadió:

—Yo encuentro que esos bravos defensores de las leyes, al hacer el papel de fanfarrones, obran con una completa humildad cristiana; un prelado abofetea rudamente su impiedad, y ellos contestan rudamente haciendo reverencias: ¡ah! Sr. Ilmo., hay abuso.

Nuevas risas contestaron á este chiste.

—Es menester dejar que se diviertan en estas inocentes griterías de estudiantes incomodados por la ruda férula del maestro, dijo sonriendo el cardenal. Siempre estaremos entre ellos, á pesar de ellos y contra ellos. Primero, porque mas que ellos mismos quéremos su salvacion, y despues porque, los poderes tendrán necesidad de nosotros para consagrarlos y para sujetar al populacho. Por lo demas, mientras que los abogados, los parlamentarios y los ateos universitarios lanzan gritos de odio impotente, las almas verdaderamente cristianas se unen y se ligan contra la impiedad.... Al paso por Lyon.... me enternecí profundamente.... esta es una ciudad verdaderamente romana: hermandades, penitentes, obras de todas clases.... nada falta.... y lo que es mas, cerca de trescientos mil escudos de donacion al clero en un año.... ¡Ah! Lyon es la digna capital de la Francia católica.... Trescientos mil escudos.... de donacion.... hé aqui con que confundir la impiedad.... ¡Trescientos mil escudos! ¿qué contestarán á esto los señores filósofos?

—Desgraciadamente, respondió el padre d'Aigrigny, todas las ciudades de Francia no se parecen á Lyon, y debo prevenir á V. E. que se manifiesta un hecho grave: algunos miembros del bajo clero pretenden hacer causa comun con el populacho, de cuya pobreza y privaciones participan, y se preparan á reclamar en nombre de la igualdad evangélica, contra lo que llaman el despotismo aristocrático de los obispos....

—Si tuviesen esa audacia, esclamó el cardenal, no habria interdiccion ni penas bastante severas contra semejante rebelion.

—Se atreven á mas aun; algunos piensan hacer un cisma; pedir la separacion absoluta de la iglesia de Francia de la de Roma, bajo el pretesto de que el ultramontanismo ha desnaturalizado y corrompido la primitiva pureza de los preceptos de Jesucristo. Un joven sacerdote, primero misionero y luego cura de aldea, el abate Gabriel de Renepont, á quien hé hecho llamar á Paris por sus superiores, se ha hecho el centro de una especie de propaganda; ha reunido varios curas de

las municipalidades cercanas á la suya, y recomendándoles una obediencia absoluta á sus obispos, en tanto que nada se cambiase á la gerarquia existente, les ha invitado á usar de sus derechos de ciudadanos franceses, para lo que llama la libertad del bajo clero. Porque segun él los sacerdotes de las parroquias están entregados á la voluntad de los obispos, que les quitan el pan, sin apelacion ni intervencion.

—¡Pero ese jóven es un lutero católico! dijo el obispo.

Y andando de puntillas, fué á echarse un buen vaso de vino de Madera, en el que mojó lentamente un mazapan en forma de cruz episcopal.

Invitado con su ejemplo, el cardenal, bajo pretesto de ir á calentar á la chimenea sus pies siempre helados, juzgó conveniente regalarse con un vaso de escelente vino añejo de Málaga, que bebió con lentitud y con un aire de meditacion profunda, despues de lo cual añadió:

—De modo que ese abate Gabriel que se presenta como reformador, debe ser un ambicioso; ¿es peligroso?

—Siguiendo nuestros consejos, por tal lo han juzgado sus superiores; hanle mandado que se presente aquí; no tardará en venir y diré á V. E. porque lo he llamado; pero antes he aqui una nota que en pocos renglones espone las funestas tendencias del abate Gabriel. Se le han dirijido las preguntas siguientes sobre varias de sus acciones; ha contestado de ese modo y en consecuencia sus superiores le han llamado.

Diciendo esto, el padre d'Aigrigny sacó de su cartera un papel que leyó en estos términos:

Pregunta:

—«¿Es cierto que háyais dado sepul«tura religiosa á un habitante de vuestra «parroquia, muerto en la impenitencia «mas detestable, habiéndose suicidado¿»

Respuesta del abate Gabriel:

—«Se le ha dado sepultura religiosa, «porque mas que otro alguno, á causa «de su fin culpable, necesitaba de las ora«ciones de la iglesia; durante la noche «que siguió á su entierro imploré tam«bien en su favor la misericordia divina.

Pregunta:

—«¿Es cierto que háyais rehusado va«sos sagrados de plata sobredorada y va«rios adornos con que una de vuestras «ovejas, cediendo á un celo piadoso, que«ria dotar vuestra iglesia?»

Respuesta:

—«He rehusado estos vasos de plata «sobredorada y estos adornos, porque la «casa del Señor debe siempre ser humil«de y no tener fausto, á fin de recordar «sin cesar á los fieles que el Divino Sal«vador nació en un establo; he invitado «á la persona que queria hacer á mi par«roquia estos inútiles dones, á que em«please este dinero en limosnas concien«zudas, asegurándole que esto seria mas «agradable al Señor».

—¡Pero es una amarga y violenta declamacion contra el ornamento de los templos! esclamó el cardenal. Este jóven sacerdote es de los mas peligrosos..... continuad, mi querido padre.

Y en su indignacion, Su Eminencia se comió una tras otras varias *fondantes* de fresas.

El padre d'Aigrigny continuó:

Pregunta:

—«¿Es cierto que háyais recogido en «vuestro presbiterio y cuidado durante «muchos dias á un habitante de vuestra «parroquia, suizo de nacimiento y miem«bro de la religion protestante? ¿Es cier«to que no solamente no habeis tratado «de convertirlo á la fé católica, apostóli«ca y romana, sino que habeis llevado el «olvido de vuestros deberes hasta el pun-

«to de enterrar á este hereje en el ce-«menterio consagrado á los de nuestra «santa comunion?»

Respuesta:

—«Uno de mis hermanos estaba sin «asilo. Anciano, las fuerzas le faltaban «para el trabajo. Despues enfermó; casi «moribundo fué echado de su miserable «habitacion por un hombre inexorable á «quien debia un año de alquiler; reco-«jí al anciano en mi casa y consolé sus «últimos dias. Esta pobre criatura ha-«bia sufrido y trabajado durante toda su «vida; en el momento de morir no ha «pronunciado una palabra de amargura «contra la suerte: se ha recomendado «á Dios piadosamente besando el Cru-«cifijo. Su alma sencilla y pura se ha «exhalado en el seno del Criador... Cer-«ré sus ojos con respeto, le amortajé yo «mismo, oré por él, y aunque muerto en «la comunion protestante, le he juzgado «digno de entrar en el campo del repo-«so».

—Cada vez mejor, dijo el cardenal: esa es una tolerancia monstruosa, un ataque horrible contra esta máxima que es el catolicismo entero: *Fuera de la iglesia no hay salvacion.*

—Todo esto es tanto mas grave, añadió el padre d'Aigrigny, cuanto que la dulzura, la caridad, la abnegacion cristiana del abate Gabriel, han ejercido, no solo en su parroquia sino en las inmediatas, un verdadero entusiasmo. Los curas de estas han cedido al impulso general, y menester es confesarlo, sin su moderacion hubiera empezado un cisma.

—Pero, ¿qué esperais trayéndole á nuestra presencia? dijo el prelado.

—La posicion de Gabriel es complicada: primero como heredero de la familia de Renepont.

—¿Pero ha hecho cesion de sus derechos? preguntó el cardenal.

—Sí, señor eminentísimo, y esta cesion, al principio tachada de viciosa en sus formas, fué hace poco, por su consentimiento, es menester añadir, perfectamente regularizada, porque habia hecho juramento, sucediera lo que quisiese, de hacer completo abandono á la compañía de Jesus de su parte de bienes. No obstante, el reverendo P. Rodin cree que si V. E., despues de haber mostrado al abate Gabriel que iba á ser rechazado por sus superiores, le propusiera una posicion eminente en Roma... se podria tal vez hacerle salir de Francia y despertar en él sentimientos de ambicion, que dormitan sin duda, porque como V. E. ha dicho con sumo juicio: «todo reformador debe ser ambicioso.»

—Apruebo esta idea, dijo el cardenal despues de un momento de silencio; con su mérito, con su poderosa accion sobre los hombres, el abate Gabriel puede subir muy alto..... si es dócil.... y si no lo es..... vale mas para el bien de la iglesia que esté en Roma que aquí... porque en Roma... tenemos, bien lo sabeis, mi querido padre..... garantías que desgraciadamente no teneis en Francia...

Despues de algunos instantes de silencio, el cardenal dijo de repente al padre de Aigrigny:

—Puesto que hablamos de P. Rodin... francamente, ¿qué pensais del él?

—V. E. conoce su capacidad... contestó el padre d'Aigrigny con aire contraido y desconfiado; nuestro reverendo padre general...

—Le ha dado la comision de reemplazaros, añadió el cardenal, ya lo sé me lo dijo en Roma; ¿pero qué pensáis..... del carácter del P. Rodin?..... ¿Se puede tener en él una confianza ciega?

—Es un carácter tan agudo, tan secreto, tan impenetrable... dijo el padre d'Aigrigny vacilando, que es difícil formar acerca de él un juicio exacto.

—¿Le creéis ambicioso? preguntó el cardenal despues de un momento de silencio. ¿No le suponeis capaz de tener otras miras..... que la de la mayor gloria de su Compañía?.... Sí.... tengo razones para hablar así..... añadió el prelado con intencion.

—Pero, contestó el padre d'Aigrigny no sin desconfianza, porque entre gentes de la misma especie se finge hasta el fin, ¿qué piensa V. E., bien por sí mismo ó por los informes del padre general?

—Pienso... que si su aparente adhesion á su órden ocultase algun pensamiento secreto, seria menester penetrarlo á cualquier precio... porque con los influjos que se ha procurado en Roma hace mucho tiempo... y que he sorprendido.... podria ser algun dia y en un tiempo dado... muy temible.

—¡Pues bien! eslamó el padre d'Aigrigny arrastrado por sus celos contra Rodin, en cuanto á esto soy de la misma opinion que V. E.; porque algunas veces he sorprendido en él relámpagos de una ambicion tan terrible como profunda, y puesto que es menester decirlo todo á... V. E...

El padre d'Aigrigny no pudo proseguir.

En este momento Mme. Grivois, despues de haber llamado, entreabrió la puerta é hizo una señal á su señora.

La princesa contestó con un movimiento de cabeza.

Madame Grivois volvió á salir.

Un segundo despues, Rodin entró en el salon.

XII.

EL LIBRO DE CUENTAS CORRIENTES.

Al ver á Rodin, los dos prelados y el padre d'Aigrigny se levantaron espontáneamente, por lo mucho que les imponia la superioridad real de este hombre; sus semblantes poco ántes contraidos por la desconfianza y los celos, se dilataron de repente, pareciendo sonreir al reverendo padre con una afectuosa deferencia, y la princesa salió algunos pasos á su encuentro.

Rodin, siempre sórdidamente vestido, dejando sobre la suave alfombra las huellas enfangadas de sus gruesos zapatos, puso su paraguas en un rincon y se adelantó hácia la mesa, no con su humildad acostumbrada, sino con paso firme, la cabeza erguida y un mirar muy seguro; no solamente se sentia en medio de los suyos, sino que conocia que los dominaba con su inteligencia.

—Estábamos hablando de V. R., mi querido padre, dijo el cardenal con una afabilidad encantadora.

—¡Ah! contestó Rodin, mirando fijamente al prelado, y ¿qué se decia?

—Pero... dijo el obispo belga enjugando el sudor de su frente, todo el bien que puede decirse de V. R.

—¿No aceptaréis alguna cosa, querido padre? dijo la princesa á Rodin mostrándole el espléndido aparador.

—Gracias, señora, he comido esta mañana mis rábanos.

—Mi secretario el abate Berlini que asistió esta mañana á vuestro desayuno, me ha edificado en efecto con la frugalidad de V. R., añadió el prelado: es digna de un anacoreta.

—Si hablásemos de negocios... dijo bruscamente Rodin como hombre acostumbrado á dominar, á conducir la discusion.

—Siempre nos alegraremos de oiros, contestó el cardenal. V. R. ha fijado este dia para conferenciar sobre este gran negocio de Renepont..... tan grande, que entra por mucho en la causa de mi viaje á Francia... porque sostener los intereses de la gloriosísima compañía de Jesus en la que tengo el honor de estar afiliado, es sostener los intereses de Roma, y he prometido al R. P. general que me pondria enteramente á vuestras órdenes.

—No puedo menos de repetir lo que

acaba de decir S. E... añadió el obispo. Habiendo salido juntos de Roma, nuestras ideas son las mismas.

—Ciertamente, dijo Rodin, dirigiéndose al cardenal, V. E. puede servir á nuestra causa.... y mucho.... Pocó tardaré en decirle cómo...

En seguida dirigiéndose á la prinsesa añadió:

—He enviado á decir al doctor Baleinier que venga aquí, señora, porque no será malo instruirle de ciertas cosas.

—Le dejarán entrar como siempre, contestó la princesa.

Desde la llegada de Rodin, el padre d'Aigrigny había guardado silencio; parecia entregado á una amarga meditacion, y sufria una lucha interior muy violenta; al fin dirigiéndose al prelado dijo con una voz agridulce:

—No trato de suplicar á V. E. que sea uez entre el R. P. Rodin y yo: nuestro general ha hablado y yo he obedecido. Pero V. E. debe volver á ver pronto á nuestro superior, y desearia, si V. E. me concede esta gracia, que pudiese relatarle fielmente las respuestas del R. P. Rodin á algunas de mis preguntas.

El prelado se inclinó.

Rodin miró al padre d'Aigrigny con aire sorprendido, y le dijo secamente:

—Siendo una cosa juzgada... ¿á qué sirven estas preguntas?

—No á manifestar mi inocencia, contestó el padre d'Aigrigny, sino á manifestar de una manera precisa á los ojos de S. E. el estado de las cosas.

—Entonces, hablad.... pero sobre todo sin palabras inútiles; despues sacando Rodin un abultado reloj de plata, lo miró y añadió: es menester que esté á las dos en San Sulpicio.

—Seré lo mas breve posible, contestó el padre d'Aigrigny con un resentimiento contenido, y dirigiéndose á Rodin añadió: Cuando V. R. creyó deber sustituir su direccion á la mia inculpando... muy severamente tal vez, la manera con que habia conducido los intereses que me estaban confiados..... confieso lealmente que estos intereses estaban comprometidos.....

—¿Comprometidos? replicó Rodin con ironía. Decid.... perdidos... puesto que me ordenasteis escribir á Roma que era menester renunciar á toda esperanza.

—Es verdad, contestó el padre d'Aigrigny.

—Ha sido, pues, un enfermo absolutamente desesperado, desahuciado por... los mejores médicos, continuó Rodin con ironía, al que emprendí hacer vivir. Continuad.....

Y metiendo sus manos en los bolsillos del pantalon, miró cara á cara al padre d'Aigrigny.

—V. R. me inculpó duramente, añadió el padre d'Aigrigny, no por no haber procurado por todos los medios posibles, obtener la posesion de unos bienes odiosamente sustraidos á nuestra Compañía...

—Todos los casuistas os autorizan con razon, dijo el cardenal: los testos son claros, positivos, teneis un completo derecho á recuperar *per fas aut nefas*, una hacienda traidoramente sustraida.

—Asi, continuó el padre d'Aigrigny, el reverendo padre Rodin me echó únicamente en cara la brutalidad militar de mis medios, su violencia, en peligroso desacuerdo, decia, con las costumbres de la época.... Enhorabuena... Pero desde luego no podia ser legalmente objeto de ningun procedimiento, y en fin, sin una circunstancia de una fatalidad maudita, el éxito consagraba la marcha que habia seguido, por brutal y grosera que fuese..... Ahora.... puedo preguntar a V. R. lo que....

—¿Lo que he hecho mas que vos? dijo Rodin al padre d'Aigrigny, cediendo á

su impertinente costumbre de interrumpir; ¿lo que he hecho mejor que vos? ¿qué he hecho para adelantar el negocio de Renepont despues de haberlo recibido de vos absolutamente desesperado? ¿Es esto lo que quereis saber?

—Positivamente, dijo con sequedad el padre d'Aigrigny.

—¡Pues bien! lo confieso, contestó Rodin con un tono sardónico, tantas cosas grandes, groseras, turbulentas como habeis hecho.... otras tantas he hecho mezquinas, pueriles, ocultas. ¡Si! yo que osaba presentarme como un hombre de miras muy vastas, no podreis imaginaros el estúpido oficio que he estado haciendo por espacio de seis semanas.

—Jamas me hubiera permitido hacer á V. R. semejante reconvencion... por merecida que pareciese, contestó el padre d'Aigrigny con una amarga sonrisa.

—¡Una reconvencion! esclamó Rodin encojiéndose de hombros, ¡una reconvencion! Ya estais juzgado. ¿Sabeis lo que escribia yo de vos hace seis semanas? Helo aqui: *El padre d'Aigrigny tiene escelentes cualidades, me servirá de mucho* (y desde mañana os emplearé muy activamente, dijo Rodin á manera de paréntesis); pero añadí: *no es bastante grande para saber hacerse pequeño en ocasion oportuna....* ¿comprendeis?

—No muy bien, dijo el padre d'Aigrigny sonrojándose.

—Tanto peor para vos, continuó Rodin; eso prueba que tenia razon. Pues bien; puesto que es menester decíroslo, yo he tenido suficiente talento para hacer el oficio mas estúpido del mundo durante seis semanas. Si, tal como me veis he cuchicheado con una griseta; he hablado de progreso, de humanidad, de libertad, de emancipacion de la mujer.... con una jóven de imaginacion exaltada; he dicho, gran Napoleon, fidelidad bonapartista, á un viejo soldado imbécil: gloria imperial, humillacion de la Francia, esperanza en el rey de Roma, á un honrado mariscal de Francia, que si tiene el corazon lleno de adoracion por ese ladron de tronos que ha muerto en Santa Elena, tiene la cabeza tan vacía, tan sonora como una trompeta de guerra.... asi, soplad en aquella caja sin seso algunas notas guerreras ó patrióticas, y veréis como produce tocatas marciales sin saber por quién, para qué, ni como. ¡Hé hecho mas á fe mia!.... he hablado de amoríos con un jóven tigre salvaje. ¡Cuando os decia que era lamentable ver á un hombre de algun talento descender, como yo lo he hecho, á hacer uso de estos medios mezquinos para anudar tan laboriosamente los innumerables hilos de esta trama oscura! Bello espectáculo, ¿es verdad? ver la araña tejer obstinadamente su tela.... ¡cuan interesante es un asqueroso animalillo negruzco, tendiendo hilo sobre hilo, anudando estos, reforzando aquellos, alargando otros! os encojeis de hombros, enhorabuena.... pero volved dos horas despues.... ¿que hallais? el animalillo negruzco bien repleto, y en su tela una docena de moscas locas tan enlazadas, tan amarradas, que el animalillo no tiene mas que escoger á su comodidad la hora y el momento de alimentarse...

Al decir estas palabras, Rodin se sonrió de una manera estraña: sus ojos, ordinariamente medio velados por sus lívidos párpados, se abrieron y parecieron brillar mas que de costumbre: el jesuita sentia hacia algunos momentos una especie de escitacion febril, que atribuía á la lucha que sostenia ante estos eminentes personajes, los que sentian ya la influencia de su elocuencia original é inciva.

El padre d'Aigrigny empezaba a sentir haber provocado esta lucha; pero no obstante, añadió con una ironia mal reprimida:

—Yo no contesto la tenuidad de vuestros medios.... Estoy de acuerdo con vos. Son pueriles..... son muy vulgares; pero esto no es suficiente para dar una alta idea de vuestro mérito..... me permitiré pues preguntaros...

—¿Lo que han producido estos medios? interrumpió Rodin con una exaltacion que no le era habitual: mirad en mi tela de araña y veréis á esa hermosa é insolente jóven, tan orgullosa hace seis meses con su belleza, su talento y su audacia.... á esta hora pálida y mortalmente herida en el corazon.

—Pero ese arranque caballeresco del príncipe indio de que todo Paris habla, ¿no ha enternecido á Mlle. de Cardoville?

—Si, pero he paralizado el efecto de este acto estúpido y feróz, demostrando á este jóven que no basta matar panteras negras para probar que uno es un amante sensible, delicado y fiel.

—Enhorabuena, dijo el padre d'Aigrigny. Este es un hecho; hé aquí á Mlle. de Cardoville herida en el corazon.

—Pero ¿que resulta de esto en favor del negocio de Renepont? preguntó el cardenal con curiosidad, poniendo los codos sobre la mesa.

—Resulta desde luego, dijo Rodin, que cuando el enemigo mas peligroso está herido gravemente, abandona el campo de batalla; ¿ y esto ya es algo, me parece?

—En efecto, dijo la princesa; el talento, la audacia de Mlle. de Cardoville, podian ser el alma de la coalicion dirigida contra nosotros.

—Enhorabuena, añadió obstinadamente el padre d'Aigrigny; bajo este punto de vista ya no es de temer, es una ventaja; pero estar herida del corazon no la impedirá heredar?

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Rodin con frialdad y con seguridad. Sabeis porque he trabajado tanto en acercarla al principio, y á pesar suyo, al príncipe Djalma; y despues para alejarla de él?

—Os pregunto, dijo el padre d'Aigrigny, ¿en que impedirá esta borrasca de pasiones que el príncipe y Mlle. de Cardoville hereden?

—¿Es de un cielo sereno ó de entre las nubes de una tempestad de donde sale el rayo que hiere? dijo Rodin con desden: tranquilizaos, ya sabré donde colocar el pararayos. En cuanto á Mr. Hardy, ese hombre vivia por tres cosas, por sus obreros, por un amigo y por su querida; ha recibido tres dardos en medio del corazon. Yo apunto siempre al corazon; es legal y es seguro.

—Es legal, es seguro, y es laudable, dijo el obispo, porque si no he entendido mal, ese fabricante tenia una concubina... ahora bien, es muy bueno hacer de una mala pasion el castigo del malo...

—Es conducente, añadió el cardenal; tienen malas pasiones...... se vale uno de ellas... es culpa suya.

—Nuestra Santa Madre Perpetua ha coadyuvado con todos sus medios al descubrimiento de este abominable adulterio, dijo la princesa.

—Ya tenemos á Mr. Hardy herido en sus mas queridos afectos, lo admito, dijo el padre d'Aigrigny y que cedia el terreno palmo á palmo; ya lo tenemos herido en su fortuna.... pero por eso tendrá mas ahinco en la posesion de esa inmensa herencia.

Este argumento pareció grave á los dos prelados; todos miraron á Rodin con suma curiosidad: en lugar de contestar, este se dirijió al aparador y contra su sobriedad estóica acostumbrada, y á pesar de su repugnancia por el vino, examinó los frascos y dijo:

—¿Qué hay en estos?

—Vino de Jerez y de Burdeos.... contestó la princesa de Saint-Dizier, admirada de este capricho de Rodin.

Este tomó un frasco á la ventura y se echó un vaso de vino de Madera que se bebió de una vez. Hacia algun tiempo que se estremecia de una manera estraña. A estos estremecimientos habia sucedido una especie de debilidad, y esperaba que el vino lo reanimase.

Despues de haber enjugado los labios con el revés de su mano asquerosa, se acercó á la mesa y dijo al padre d'Aigrigny:

—¿Qué me deciais acerca de Mr. Hardy?

—Que habiendo perdido su fortuna, tendrá mayor ahinco en recojer esta inmensa herencia, repitió el padre d'Aigrigny, interiormente ofendido del tono imperioso de su superior.

—¿Mr. Hardy pensar en el dinero? dijo Rodin encojiéndose de hombros: ¿acaso piensa? todo está roto en su imaginacion. Indiferente á las cosas de la vida, está sumido en un estupor del que solo sale para deshacerse en lágrimas; entonces habla con una bondad maquinal.... á los que le rodean de los cuidados mas esquisitos (le he puesto en buenas manos). Sin embargo empieza á mostrarse sensible á la tierna conmiseracion que le manifiestan sin cesar.... Porque es bueno.... escelente, tan escelente como débil, y á esta escelencia os dirijiré, padre d'Aigrigny, á fin de que termineis lo que queda por hacer.

—¿Yo? dijo el padre d'Aigrigny sorprendido.

—Si, y entonces conocereis si el resultado que he obtenido.... no es considerable.... y....

Despues interrumpiéndose, Rodin se dijo á si mismo pasándose la mano por la frente.

—¡Esto es muy raro!

—¿Qué teneis? dijo la princesa con interés.

—Nada, señora, contestó Rodin estremeciéndose: será sin duda el vino.... que he bebido.... no estoy acostumbrado.... Siento un poco de dolor de cabeza... ello pasará.

—Teneis en efecto los ojos muy encendidos, mi querido padre, añadió la princesa.

—Es porque he mirado con demasiada atencion á mi tela, contestó el jesuita con siniestra sonrisa, para hacer ver al P. d'Aigrigny que hacia el papel de miope... mis otras moscas las dos hijas del general Simon, por ejemplo, cada dia mas tristes, mas abatidas, sintiendo que se levanta una barrera glacial entre ellas y el mariscal.... Y este.... desde la muerte de su padre, es menester verle, es menester oirle; atormentado, desgarrado por dos pensamientos contrarios, creyéndose hoy deshonrado si hace esto, deshonrado mañana si no lo hace; ese soldado, ese héroe del imperio, está ahora mas débil, mas irresoluto que un niño. Veamos.... ¿quién resta de esa familia impía?.... ¿Santiago Renepont? Preguntad á Morok en que estado de estupidez y orgía ha puesto á ese miserable y hácia que abismo se dirije. Hé aqui mi libro de cuentas corrientes. Hé aqui el estado de aislamiento y abatimiento en que se encuentra hoy esa familia que reunia hace seis semanas tantos elementos poderosos, enérgicos, peligrosos si se hubiesen concentrado.... mirad, pues, á esos Renepont que segun la herética voluntad de su abuelo debian unir sus fuerzas para combatirnos y aniquilarnos.... y eran muy de temer.... ¿Qué dije? Que obraria en sus pasiones. ¿Qué he hecho? He obrado en sus pasiones; asi en vano hacen esfuerzos en mi tela.... que los enlaza por todas partes.... son mios... os digo.... son mios....

Desde algunos momentos ántes y á medida que hablaba, la fisonomía y la voz de Rodin sufrian una alteracion singular; su color siempre cadavérico, se habia sonrosado cada vez mas; pero sin igualdad y como jaspeado; despues, ¡raro fenómeno! sus ojos al ponerse cada vez mas brillantes, parecian hundirse mas; su voz vibraba seca y estridente.

La alteracion de la fisonomía de Rodin de la que él no parecia apercibirse, era tan notable, que los demas actores de escena le miraban con temor.

Engañándose sobre la causa de esta impresion, Rodin indignado, esclamó con una voz interrumpida por profundas y dificiles aspiraciones:

—¿Es acaso lástima por esa raza impía lo que leo en vuestros semblantes? ¡Compasion!.... ¿por esa jóven que jamas pone los pies en la iglesia; y que levanta en su casa altares paganos?... ¿Compasion por ese Mr. Hardy, ese blasfemador sentimental, ese ateo filantrópico que no tenia capilla en su fábrica, y que osaba unir el nombre de Sócrates; de Marco Aurelio, y de Solon al de nuestro Salvador, á quien llamaba *Jesus el divino filósofo*?

¿Compasion por ese indio sectario de Brama?... ¿Compasion para esas dos hermanas que no han recibido el bautismo? ¿Compasion por ese bruto Santiago Renepont? Compasion por ese estúpido soldado imperial que tiene por Dios á Napoleon, y por Evangelios los boletines del grande ejército?..... ¿Lástima por esa familia de renegados, cuyo abuelo, infame relapso, no contento con habernos robado nuestra hacienda escita aun desde el fondo del sepulcro, al cabo de siglo y medio, á su raza maldita á que levante la cabeza contra nosotros?.... ¡Como! ¡para defendernos de estas víboras no tendríamos el derecho de ahogarlas en el veneno que destilan!... Y yo os digo, yo, que esto es servir á Dios, dar un egemplo saludable en presencia de todos, condenando por el mismo desenfreno de sus pasiones á esa familia impia, al dolor, á la desesperacion, á la muerte!

Rodin estaba espantoso de ferocidad al hablar asi; el fuego de sus ojos era cada vez mas vivo: sus lábios estaban secos y áridos; un sudor frio bañaba sus sienes, cuyos precipitados latidos se veian; nuevos estremecimientos helados corrieron por todo su cuerpo: atribuyendo esta enfermedad á un dolor de riñones, porque habia pasado escribiendo la mayor parte de la noche, y queriendo poner remedio á un nuevo desfallecimiento, fué al aparador, se vertió un vaso de vino, que bebió de un trago, y volvió á su lugar en el momento en que el cardenal le decia:

—Si la marcha que habeis seguido respecto á esta familia necesita ser justificada, mi querido padre, vuestras últimas palabras lo hubiesen hecho victoriosamente.... no solamente segun los casuistas, estais en vuestro derecho, sino que nada hay en esto de contrario á las leyes humanas; en cuanto á las divinas, es agradar al Señor combatir y echar por tierra al impío con las armas que dá contra sí mismo.

Vencido asi como los demas por la diabólica seguridad de Rodin y esperimentando una especie de admiracion tímida, el padre d'Aigrigny le dijo:

—Confieso que he hecho mal en dudar del talento de V. R., engañado por la apariencia de los medios que habeis empleado; considerándolos aisladamente, no habia podido juzgar de su terrible reunion y sobre todo de los resultados que han producido en efecto. Ahora lo veo; su buen éxito, gracias á vos, no es ya dudoso.

—Y esto es una exageracion, añadió Rodin con una impaciencia febril; todas estas pasiones están ahora en fermentacion; pero el momento es crítico.... como el af-

quimista inclinado sobre su crisol, donde hierve una mezcla que puede darle los tesoros ó la muerte.... yo solo puedo ahora....

Rodin no acabó, llevando súbitamente sus dos manos á la frente con un grito de dolor ahogado.

—¿Qué teneis? le dijo el padre d'Aigrigny; desde hace algunos momentos..... os poneis mortalmente pálido.

—No sé lo que tengo, contestó Rodin con una voz alterada, mi dolor de cabeza se aumenta, una especie de vértigo me ha aturdido por un momento.

—Sentaos, dijo la princesa con interés.

—Tomad alguna cosa, añadió el obispo.

—No será nada, añadió Rodin haciendo un esfuerzo. No soy delicado, á Dios gracias.... he dormido poco la última noche..... estoy fatigado..... nada mas. Decia, pues, que yo únicamente podia ahora dirigir este asunto... pero no ejecutarlo... es menester que desaparezca... pero que vigile incesantemente en la oscuridad, desde la que tendré todos los hilos que yo solo..... puedo.... hacer obrar.... añadió Rodin con voz oprimida.

—Mi querido padre, dijo el cardenal con inquietud, estoy seguro de que estais gravemente indispuesto..... vuestra palidez se pone lívida.....

—Es posible, contestó Rodin con valor, pero no me abato por tan poco..... volvamos á nuestro negocio..... he aquí, padre d'Aigrigny, donde vuestras cualida des, y las teneis muy grandes, jamas las he negado... pueden servir de mucho... sois seductor.... amable.... una elocuencia penetrante..... será menester.....

Rodin volvió á interrumpirse.

Su frente estaba bañada en un sudor frio; sintió flaquear sus piernas, y dijo á pesar de su obstinada energía:

—Lo confieso... no me siento bueno... sin embargo, esta mañana estaba mejor que nunca..... estoy temblando, estoy helado.....

—Acercaos al fuego..... es una indisposicion súbita, dijo el obispo ofreciéndole el brazo con una abnegacion heróica; no tendrá malas consecuencias.

—Si tomaseis alguna bebida, una taza de té, dijo la princesa. Afortunadamente Mr. Baleinier no tardará en venir, y nos tranquilizará..... acerca de esta indisposicion.....

—En verdad..... es inesplicable, añadió el cardenal.

Al oir estas palabras, Rodin que se habia acercado con trabajo á la chimenea, volvió la vista hácia el prelado y le miró fijamente durante un segundo; despues, fortaleciéndose con su energía, á pasar de la alteracion de sus facciones que se descomponian visiblemente, Rodin dijo con una voz que á pesar de sus esfuerzos era muy débil:

—El fuego me ha calentado, no será nada..... á buen tiempo me iba á apoltronar..... ¡Qué ocurrencia, caer malo en el momento en que el negocio de Renepont... no puede tener buen éxito sino por mi solo! Volvamos, pues, á nuestro asunto.... Os decia, padre d'Aigrigny, que podriais servirme de mucho..... y vos tambien, señora princesa, porque habeis abrazado esta causa como si fuera vuestra; y.....

Rodin se interrumpió de nuevo.

Esta vez arrojó un grito agudo, cayó sobre una silla colocada detrás de él, y apoyando las dos manos en el pecho esclamó:

—¡Oh! ¡cuánto sufro!

Entonces, ¡cosa espantosa! á la alteracion de las facciones de Rodin sucedió una descomposicion cadavérica, casi tan rápida como el pensamiento..... Sus ojos ya hundidos, se inyectaron de sangre y parecieron retirarse al fondo de su órbita, cuya sombra así aumentada, formó dos

agujeros negros en el fondo de los cuales lucian dos pupilas de fuego; movimientos nerviosos estiraron y apegaron á los menores huesos de su cara el cútis húmedo, lívido y helado, que se puso en un momento verdoso; de sus labios contraidos por el *rictus* de un dolor atroz se escapaba un aliento abrasado, interrumpido de vez en cuando por estas palabras:

—¡Oh!... estoy sufriendo... ardiendo...

Despues cediendo á un esfuerzo furioso, Rodin desgarraba su pecho con las uñas, porque habia hecho saltar los botones de su chaleco, y medio desgarrado su camisa negra y asquerosa, como si la presion de estos vestidos hubiese aumentado la violencia de los dolores que padecia.

El obispo, el cardenal y el padre d'Aigrigny se acercaron con ansiedad á Rodin y le rodearon para contenerle; de repente reuniendo sus fuerzas, se puso de pié, tieso como un cadáver; entonces con sus cabellos en desórden, con sus raros cabellos erizados al rededor de su semblante verde, fijando sus encendidos y centelleantes ojos en el cardenal, que en este instante estaba inclinado hácia él, le cogió con sus dos manos convulsivas, y esclamó con voz ahogada.

—Cardenal Malpieri.... esta enfermedad es demasiado súbita..... desconfinad de mí en Roma..... sois de la raza de los Borgias..... y vuestro secretario... ha estado en mi casa esta mañana.

—¡Desgraciado!.... ¿qué se atreve á decir? esclamó el prelado tan estupefacto como indignado de esta acusacion.

Diciendo esto, el cardenal trataba de desembarazarse de las manos del jesuita, cuyos dedos contraidos tenian la firmeza del hierro.

—Me han envenenado... esclamó Rodin.

Y no pudiéndose sostener cayó en los brazos del padre d'Aigrigny.

A pesar de su espanto, el cardenal tuvo tiempo de decir á este en voz baja:

—Cree que quieren envenenarle.... algo peligroso intenta pues.

Abrióse la puerta del salon: era el doctor Baleinier.

—¡Ah! doctor, esclamó la princesa pálida, asustada y saliéndole al encuentro corriendo; el padre Rodin acaba de ser atacado súbitamente de convulsiones horribles... venid... venid...

—Convulsiones... no es nada; calmaos, señora, dijo el médico arrojando su sombrero sobre un sofá, y acercándose apresurado al grupo que rodeaba al moribundo.

—¡Aquí está el médico!... esclamó la princesa.

Todos se separaron menos el padre d'Aigrigny que sostenia á Rodin recostado en una silla.

—¡Cielo!... ¡qué síntoma!... esclamó el doctor, examinando con gran terror el semblante de Rodin, que de verdoso se ponia azulado.

—¿Qué hay? preguntaron todos á una voz.

—¿Lo qué hay?.... respondió el médico dando un paso atras, como si hubiera pisado á una serpiente: El cólera, y es contagioso.

A esta palabra espantosa, mágica, el padra d'Aigrigny abandonó á Rodin, que rodó en la alfombra.

—¡Está perdido! esclamó el doctor Baleinier; sin embargo, voy corriendo á buscar lo necesario para hacer el último esfuerzo.

Y se preciptió hácia la puerta.

La princesa de Saint-Dizier, el padre d'Aigrigny, el obispo y el cardenal se lanzaron en pos del médico.

Todos se apresuraban á salir del aposento, y tal era su turbacion que nadie podia abrir la puerta.

Entretanto abrióse esta por la parte esterior.... y apareció Gabriel.

Gabriel, el tipo del verdadero sacerdote, del santo sacerdote, del sacerdote evangélico, á quien nunca podrá tributarse suficiente respeto, ardiente simpatia y tierna admiracion.

Su semblante de arcángel de una serenidad tan dulce, ofrecia un contraste singular con todos aquellos, contraidos, alterados por el terror....

Por poco el jóven sacerdote fué echado al suelo por los que huian precipitándose por la salida que acababa de abrir, y esclamando:

—¡No entreis..... está agonizando del cólera.. .. idos!

A estas palabras, empujando dentro del salon al obispo que habiendo quedado el último trataba de forzar la puerta, Gabriel se dirigió á Rodin mientras el prelado huia por la puerta que habia quedado libre.

Rodin tendido en la alfombra, con los miembros contraidos por calambres horribles, se revolcaba con dolores atroces: la violencia de su caida habia sin duda despertado sus espíritus vitales, porque decia en voz baja y sepulcral:

—Me dejan... morir... morir... aqui... como un perro.... ¡oh! cobardes.... ¡socorro!... nadie...

Y habiéndose vuelto boca arriba el moribundo con un movimiento convulsivo, dirigiendo al techo su cara de condenado, donde estaba pintada una desesperacion infernal, repetia aun:

—Nadie.... nadie....

Sus ojos centellantes y feroces encontraron de repente los grandes ojos azules de la angelical fisonomia de Gabriel, que arrodillándose junto á él, le decia con una voz dulce y grave:

—Aqui estoy, padre mio..... vengo á socorreros, si podeis ser socorrido.... y á orar por vos, si el Señor os llama á sí.

—¡Gabriel!... dijo Rodin con voz apagada, perdon.... por el mal.... que os.... he hecho..... ¡Piedad! no me abandoneis.... no....

Rodin no pudo concluir: habia conseguido sentarse; y dando un gran grito, cayó sin movimiento.

. . . .

El mismo dia se leia en los periódicos de la tarde lo siguiente:

« El cólera está en Paris..... el primer caso se ha manifestado hoy á las tres y media en la calle de Babilonia, en el palacio de Saint-Dizier ».

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

EL CÓLERA.

I.

EL ATRIO DE NUESTRA SEÑORA.

Han pasado ocho dias desde aquel en que sucumbió Rodin al cólera, cuyos estragos van aumentando de dia en dia.

¡Terrible tiempo era aquel!

Estendíase sobre Paris, poco ántes tan alegre, un velo fúnebre. No obstante, jamas habia tenido el cielo un azulado tan puro, tan constante; jamás habia irradiado el sol con mas vivos resplandores.

Esta inexorable serenidad de la naturaleza, mientras continuaba haciendo estragos el azote mortífero, presentaba un estraño y misterioso contraste.

La insolente luz de un sol deslumbrador hacia mas visible aun la alteracion de los semblantes ocasionada por las mil angustias del terror. Porque todos temblaban; este por sí mismo, aquellos por los séres que amaban. Manifestaban todas las fisonomías algo de inquieto, de maravillado, de febril. Eran mas precipitados los pasos como si andando mas aprisa hubiese mayor esperanza de huir del peligro y despues cada uno se apresuraba en volver á su casa. Al salir, dejaba uno en ella salud, vida y felicidad; al entrar se encontraba en ella con mucha frecuencia, agonía, muerte y desesperacion.

A cada instante ofendian á los ojos cosas nuevas y siniestras; pasaban á menudo por las calles carros llenos de ataudes amontonados con cierta simetría. Se detenian á la puerta de cada casa; en el umbral estaban esperando unos hombres vestidos de gris y negro; alargaban estos los brazos, y recibian unas veces un ataud; otras veces dos, tres, y hasta cuatro en la misma casa, de modo que muy á menudo, habiéndose agotado las provisiones de ataudes, no *eran servidos* los muertos de la calle, y el carro, que habia venido lleno, se volvia vacío.

En casi todas las casas, de abajo arriba y de arriba abajo, se oía un ruido de martillos, que aturdia. Se clavaban cajas, pero tantas, tantas, que de tiempo en tiempo se detenian de cansados los que las clavaban.

Entonces estallaban toda especie de gritos de dolor, de gemidos lastimeros, de imprecaciones desesperadas. Eran las gentes á quienes los hombres del vestido gris y negro habian arrancado alguno para ponerlo en la caja.

Llenábanse pues los ataudes, y se clavaban dia y noche, pero de dia ántes bien que de noche; porque así que llegaba el crepúsculo, como eran insuficientes los carros mortuorios, llegaba una lúgubre fila de carruajes de toda especie convertidos en carros mortuorios provisionales; carros ordinarios, carretas, carros de tapicero, coches simones, carromatos, todo servia sucesivamente al fúnebre transporte; al contrario de los otros que entraban en las calles llenos y salian vacíos, estos últimos carruajes entraban vacíos y pronto salian llenos.

Durante ese tiempo se iluminaban los cristales de las casas y ardian las luces hasta llegar el dia: era la estacion de los bailes. Se parecia bastante aquella claridad á los rayos luminosos de las locas noches de fiesta: solamente que las velas fúnebres reemplazaban las arañas y la psalmodia de las oraciones por los difuntos al alegre zumbido del baile. Ademas en las calles, en lugar de las trasparentes bufonerías de las muestras de los que alquilan trajes para los disfraces, se balanceaban de trecho en trecho grandes faroles de color de sangre de toro con estas palabras en letras negras:

Socorros á los coléricos.

En donde habia fiesta por la noche..... era en los cementerios... se pervertian... Ellos, siempre tan taciturnos, tan mudos en aquellas horas nocturnas, horas en que se oye el ligero estremecimiento de las hojas del ciprés ajitadas por la brisa:

Ellos, que jamás se alegraban un poco sino á los pálidos rayos de la luna, cuando juguetea sobre el mármol de los sepulcros...

Ellos, tan solitarios que no se oía durante la noche ni un solo paso humano que turbase la tranquilidad de su fúnebre silencio.... se habian animado repentinamente, estaban ruidosos, estrépitosos é inundados de luces brillantes.

A la luz ahumada de las hachas que esparcian claridades grandes y rojizas sobre los negros pinabetes y sobre las piedras blancas de las sepulturas, gran número de enterradores enterraban cantando alegremente. Se pagaba entonces á peso de oro aquel peligroso y duro oficio: era tal la necesidad que habia de aquella gente honrada que con todo eso era necesario tener miramientos con ellos: si bebian á menudo, tambien bebian mucho; si estaban siempre cantando, tambien cantaban en alta voz; y esto solamente por sostener sus fuerzas y su buen humor, ausiliares poderosos para semejante ocupacion. Si por casualidad algunos no concluían la hoya comenzada, no faltaban complacientes compañeros que la concluían *para ellos* (1) (ese era el término que empleaban) y los colocaban en ella con mucha amistad.

A los alegres estribillos de los enterradores respondian otras cantinelas lejanas. Habíanse improvisado tabernas en las cercanías de los cementerios, y los cocheros de los muertos, así que *habian llevado sus parroquianos á su paradero*, como decian ingeniosamente, los cocheros de los muertos enriquecidos con un salario estraordinario, banqueteaban, parrandeaban como señores: muchas veces les sorprendió la aurora con el vaso en la mano y el estribillo colorado en los labios... ¡Observacion estraña! Entre esas gentes de funerales que vivian en las entrañas de la peste, fué casi nula la mortandad.

En los barrios sombrios, infectos, en donde, en medio de una atmósfera mórbida vivian amontonados una caterva de proletarios estenuados por las privaciones

(1) Hay aquí un juego de voces que resulta de la ambigüedad de la espresion francesa *pour eux* que quiere decir en ciertos casos, *en lugar suyo*, y en otros *para ellos*. *N. del T.*

mas duras, y como se decia enérgicamente entónces, enteramente *masticados* para el cólera, no se trataba ya de individuos sino de familias enteras arrebatadas por el cólera en pocas horas: sin embargo, á veces, ¡oh clemencia divina! se quedaban solos en un cuarto frio y arruinado dos niños pequeños, despues de haber salido en sus ataudes el padre, la madre, el hermano y la hermana.

Hubiéronse tambien de cerrar con frecuencia, por falta de habitantes, algunas de aquellas casas, pobres colmenas de laboriosos trabajadores, completamente desiertas en un solo dia por los estragos del azote, desde la bóveda, en donde, segun su costumbre, dormian sobre la paja algunos pobres niños deshollinadores, hasta las boardillas, en donde, macilento y medio desnudo, se estiraba sobre los ladrillos helados algun pobre sin pan y sin qué hacer.

De todos los barrios de Paris, el que durante el período ascendente del cólera, presentaba el espectáculo mas horroroso acaso, fué el barrio de la *Ciudad*, y en la *Ciudad* el atrio de Nuestra Señora era casi todos los dias teatro de escenas terribles, porque afluian á esa plaza la mayor parte de los enfermos de las calles inmediatas, que llevan al *Hôtel-Dieu*. (1)

No tenia el cólera una fisonomía;..... tenia mil. Asi es que ocho dias despues de haber sido Rodin súbitamente acometido, acaecian en el atrio de Nuestra Señora muchos acontecimientos, en los que se disputaban la palma lo estraño y lo horrible.

En lugar de la calle de Arcole, que en el dia va directamente á aquella plaza, se iba entónces por un lado, por una calle asquerosa como todas las otras de la *ciudad*; un arco sombrío y bajo la terminaba por el otro.

Al entrar en el atrio, se encontraba á la izquierda la portada de la inmensa catedral, y en frente el edificio del *Hôtel-Dieu*. Un poco mas allá podia la vista, por un hueco, ver el parapeto del muelle de Nuestra Señora.

En la pared negruzca y hendida del arco se podia leer un cartel, puesto poco tiempo hacia, el cual contenia las palabras siguientes, trazadas con una brocha y letras de cobre: (1)

¡Venganza!... ¡venganza!...

Las gentes del pueblo que mandan que los lleven al hospital son envenenados allí, porque parece demasiado considerable el número de los enfermos: cada noche bajan al Sena barcos llenos de cadáveres.

¡Venganza, y mueran los asesinos del pueblo!

Dos hombres envueltos en sus capas y medio escondidos en la sombra del arco, escuchaban con inquieta curiosidad un rumor que se iba levantando, cada vez mas amenazador de una multitud de gente reunida en las cercanías del Hôtel-Dieu.

Pronto llegaron á los oidos de los hombres que estaban emboscados bajo el arco estos gritos:

¡Mueran los médicos!... ¡Venganza!

—Producen su efecto los pasquines, decia el uno; está el fuego encima de la pólvora.... Póngase una vez el populacho

(1) El hospital y al mismo tiempo el mayor de Paris. *(N. del T.)*

(1) Sabido es que en tiempo del cólera se pusieron con profusion en Paris carteles de esa especie, los cuales fueron atribuidos sucesivamente á diversos partidos, y entre otros al *partido-cura*, porque varios obispos habian publicado pastorales ó habian ordenado que se hiciese saber en las iglesias de su diócesis que el *Buen Dios* habia enviado el cólera para castigar á la Francia, por haber desterrado á sus legítimos reyes y haber asimilado el culto católico á los otros cultos.

á delirar... despues se le lanzará contra quien se quiera.

—Pues, dí, respondió el otro hombre, mira por allá..... aquel Hércules gigantesco cuyo talle domina toda esa canalla. ¿No es uno de los amotinadores furiosos de cuando se destruyó la casa de Mr. Hardy?

—Por vida mia que si.... lo reconozco. En donde quiera que se haya de hacer alguna maldad, se encuentran esos tunantes.

—Ahora créeme; no estemos mas rato bajo esta bóveda, dijo el otro hombre; hace aqui un viento helado; y aunque estoy por ahora colchado de franela...

—Tienes razon: el cólera es brutal como un demonio. Ademas todo se prepara muy bien por esta parte, y se asegura tambien que el compiót republicano va á estallar en el arrabal de San Antonio. ¡Alma! ¡alma! Nos sirve eso, y la santa causa de la religion triunfará de la impiedad revolucionaria... Vamos á reunirnos con el padre de Aigrigny.

—¿En dónde le hallaremos?

—Aqui cerca, ven... ven.

Y desaparecieron los dos hombres precipitadamente.

El sol, comenzando á declinar, arrojaba sus rayos sobre las negras esculturas de la portada de Nuestra Señora, y sobre la imponente masa de sus dos torres que se levantaban en medio de un cielo perfectamente azul, porque reinaba de algunos dias á aquella parte un viento nordeste seco y helado que barria hasta las nubes mas lijeras.

Una multitud bastante numerosa, embarazando como hemos dicho los accesos del Hôtel-Dieu, se agrupaba junto á las rejas de que está rodeado el perístilo del hospital: detras de las rejas se veia formado un piquete de infanteria, porque los gritos de ¡*Mueran los médicos!* iban haciéndose cada vez mas amenazadores.

Las gentes que vociferaban así pertenecian al populacho ocioso, vagabundo y corrompido..... á la hez de Paris: asi es que, cosa espantosa, los desgraciados que alli traian, atravesando por necesidad aquellos grupos horrorosos, entraban en el Hôtel-Dieu en medio de siniestros clamores y de gritos de muerte.

A cada instante llegaban en sillas de manos y en bayartes nuevas víctimas; las sillas de manos, cubiertas de cortinas de terliz, ocultaban los enfermos; pero como los bayartes no tenian cubierta ninguna, á veces los movimientos convulsivos de un agonizante apartaban la sábana, dejando ver una faz cadavérica.

En lugar de espantar á los miserables que estaban reunidos delante del hospital, semejantes espectáculos eran para ellos ocasion de chanzas de canibales, ó de atroces predicciones sobre la suerte de aquellos desgraciados asi que cayesen en las manos de los médicos.

El *Cantero y Cebolleta*, acompañados de un gran número de sus acólitos, estaban mezclados con aquel populacho.

Despues del desastre de la fábrica de Mr. Hardy, el cantero, solemnemente espulsado de la *cofradía* por los Lobos que no habian querido conservar ninguna solidaridad con aquel miserable; el cantero, decimos, sumergiéndose desde entonces en la crápula mas vil, y especulando con su fuerza hercúlea, se habia hecho, mediante salario, el defensor oficioso de *Cebolleta* y sus semejantes.

Escepto algunos transeuntes que venian por casualidad al atrio de Nuestra Señora, la andrajosa turba de que estaba cubierto se componia pues de la escoria del pueblo de Paris, miserables no menos dignos de compasion que de vituperio, porque la miseria, la ignorancia y el abandono engendran fatalmente el vicio y el crímen.

á esos salvajes de la civilizacion, los espantosos cuadros de que á cada instante se veian rodeados, no les inspiraban ni compasion, ni ideas, ni terror; poco cuidadosos de una vida que cada dia estaban defendiendo contra el hambre ó las tentaciones del crímen, arrostraban el cólera con una audacia infernal ó sucumbian con la blasfemia en la boca.

Dominaba los grupos la alta estatura del cantero; con los ojos sanguinolentos y las facciones inflamadas, vociferaba con todas sus fuerzas:

—Mueran los *carabins* (1)... Ellos envenenan al pueblo.

—Es mas facil que alimentarlo, gritaba Cebolleta.

Hablando despues á un anciano que estaba agonizando, á quien llevaban en una silla dos hombres que apenas podian penetrar la turba, le dijo la Megera:

—¡Oh! no entres ahí, moribundo: revienta aqui en campo raso, en lugar de rebentar en esa caverna en donde te envenenarán como á una rata vieja.

—Si, añadió el cantero, despues te echarán al rio para alimentar los barbos que no podrás tu comer...

Oyendo esas atroces chanzas, el anciano giró al rededor suyo los ojos estraviados y arrojó sordos gemidos: Cebolleta quiso detener á los que lo llevaban, y no se libertaron de esta Megera sino con mucha dificultad. El número de los coléricos que llegaban al Hôtel-Dieu, iba aumentando de minuto en minuto: habiendo faltado los medios ordinarios de transporte, faltando las sillas de mano y los bayartes, llevaban los enfermos á brazos.

Por acá y por acullá manifestaban algunos episodios espantosos la instantánea rapidez del azote.

(1) Nombre que se da á veces por burla y otras por afrenta á los estudiantes en medicina.

Dos hombres llevaban un bayarte cubierto con una sábana manchada de sangre, el uno de ellos se siente súbitamente acometido con violencia; se detiene inmediatamente, sus brazos desfallecidos dejan caer el bayarte; pierde el color, vacila, cae casi patas arriba sobre el enfermo, y se pone tan lívido como él.... el otro que llevaba el bayarte, asustado, huye desatinado, dejando á su compañero y al moribundo en medio de la turba. Aléjanse unos horrorizados; riéndose otros con una carcajada salvaje.

—Se ha espantado el tiro, dice el cantero, y ha plantado ahi el carruage...

—¡Socorro! gritababa el moribundo con voz doliente. ¡Por Dios! Llevadme al hospital.

—Ya no hay asientos en el patio, respondió una voz burlona.

—Y no pueden subir tres piernas al gallinero, añadió otro.

Hizo el enfermo un esfuerzo para levantarse: pero le abandonaron las fuerzas; cayó de nuevo estenuado sobre el colchon: de repente vino hácia aquella parte la turba, echó por tierra el bayarte; el anciano y el que antes lo traia fueron pisoteados, y sus gemidos se perdieron en medio del grito:

—*¡Mueran los carabins!*

Y comenzaron otra vez los alaridos con nueva furia. Aquella banda salvaje que, en su delirio feroz, nada respetaba, se vió obligada algunos instantes despues á abrir sus filas ante varios artesanos que abrian vigorosamente paso á dos de sus camaradas, los cuales traian entre sus brazos enlazados un artesano, jóven aun; su cabeza pesada ya y lívida, se apoyaba sobre el hombro de uno de sus camaradas: un niño seguia sollozando y asiendo la falda de la blusa de uno de los artesanos.

Hacia algun rato que se oia razonar en las calles tortuosas de la ciudad el ruido

sonoro y compasado de muchos tambores; tocaban llamada porque amenazaba un motin en el arrabal de San Antonio: los tambores, saliendo por el arco, atravesaban la plaza del atrio de Nuestra Señora; uno de aquellos, soldado veterano con bigotes grises, interrumpió subitamente los redobles sonoros de su caja, y se quedó un paso atrás: sus compañeros sorprendidos, vuelven la cabeza... está ya verde, se doblan sus rodillas, dice tartamudeando algunas palabras ininteligibles y cae muerto sobre el empedrado antes que hayan cesado de tocar los tambores de la primera fila. La fulminante instantaneidad de aquel golpe espantó por un momento á los mas endurecidos. Sorprendidos de la brusca interrupcion de la llamada, una parte de la gente corrió por curiosidad hácia los tambores.

Al ver aquel soldado agonizante á quien sostenian dos de sus compañeros entre sus brazos, uno de los dos hombres que, bajo el arco del atrio, habian asistido al principio de la emocion popular, dijo á los otros tambores:

—¿Vuestro compañero ha bebido probablemente por el camino en alguna fuente?

—Sí, señor, respondió el soldado, se moria de sed y ha bebido dos bocanadas de agua en la plaza del Chatelet.

—En tal caso está envenenado, dijo el hombre.

—¡Envenenado! esclamaron muchas voces.

—No seria gran maravilla, respondió aquel hombre con tono misterioso; echan veneno en las fuentes públicas; esta mañana han muerto á un hombre en la calle Beaubourg: lo habian sorprendido echando una papeleta de arsénico en la colodra de un vinatero (1).

(1) Sabido es que en aquella desgraciada época mataron á varias personas con el falso pretesto de envenenamiento.

Despues de haber pronunciado estas palabras, desapareció aquel hombre entre la multitud.

Esa voz no menos estúpida que la que corria sobre los envenenamientos del Hôtel-Dieu, fué acogida con una esplosion de gritos de indignacion: cinco ó seis hombres cubiertos de andrajos, verdaderos bandidos, agarraron el cuerpo del tambor espirante, lo alzaron sobre sus hombros á pesar de los esfuerzos de sus camaradas, y llevando aquel siniestro trofeo, recorrieron el atrio precedidos del cantero y de Cebolleta, quienes gritaban por todas partes al pasar:

—¡Dejen pasar el cadáver! ¡Vean cómo se envenena al pueblo!

La llegada de una berlina de posta con cuatro caballos dió otro movimiento á la muchedumbre: no habiendo podido pasar por el muelle Napoleon, que estaba entonces desempedrado en parte, se habia aventurado aquella berlina á través de las calles tortuosas de la *Ciudad* á fin de pasar á la otra orilla del Sena por el atrio de Nuestra Señora.

Asi como otros muchos, aquellos emigrantes huian de Paris para escaparse de la calamidad que diezmaba sus habitantes; un criado y una doncella sentados en el asiento de atras se miraron recíprocamente con espanto al pasar delante del Hôtel-Dieu, mientras un jóven colocado en la parte delantera del interior, abajó el cristal para recomendar al postillon que anduviese al paso porque no sucediese ninguna desgracia, pues estaba entonces muy apretada la gente. Aquel jóven era Mr. de Morinval; en el fondo del carruaje estaban Mr. de Montbron y su sobrina Mme. de Morinval.

La palidez y la alteracion de las facciones de aquella jóven dama indicaban bastante su espanto. Mr. de Montbron, á pesar de la firmeza de su alma, parecia

bastante inquieto, y aspiraba de tiempo en tiempo, asi como su sobrina, un frasquito lleno de alcanfor.

Durante algunos minutos adelantó el carruaje lentamente; los postillones guiaban á los caballos con mucha precaucion; de repente un rumor, primeramente sordo y lejano, comenzó á circular en la multitud y se fué acercando: aumentó el rumor á medida que se pudo distinguir mas claramente el rimbombo de cadenas y de hierro viejo, ruido generalmente estrepitoso, propio de los carros de la artillería: en efecto uno de aquellos carros que venia por el muelle de Nuestra Señora opuesto á la berlina, se cruzó junto con ella. ¡Cosa estraña! Estaba compacta la muchedumbre, la marcha de aquel carro era rápida; y al acercarse aquel carruaje se abrieron por encanto las filas apretadas.

Pronto se esplicó ese prodigio con estas palabras que se repetian de boca en boca.

—*¡El furgon de los muertos!... ¡el furgon de los muertos!...*

Como eran insuficientes para trasportar los cadáveres los medios de que dispone la administracion de *Pompas fúnebres*, habiase echado mano de algunos carros de la artillería, en los que se amontonaban precipitadamente los ataudes.

Mientras un gran número de transeuntes miraban con espanto aquel siniestro carruaje, el cantero y su banda repitieron sus horribles chanzonetas.

—¡Déjese pasar el omnibus de los difuntos! gritó Cebolleta.

—En ese omnibus no haya miedo que le pisen á uno los pies; dijo el cantero.

—Son viajeros que dan poco engorro, los que van ahí dentro.

—Al menos jamas dicen que se detenga el carruaje para echar pié á tierra.

—¡Toma! ¡No hay mas que un soldado del tren por postillon!

—Es verdad; los caballos de delante los guia un hombre de blusa.

—Es que probablemente se habrá cansado el otro soldado. ¡Delicado!... Habrá subido al omnibus de los muertos; se habrá puesto entre los otros..... que no se apean sino en la grande hoya.

—Y por cierto que lo verifican de cabeza.

—Sí; dan una cabezada en un monton de cal.

—Y nadan boca arriba (1), como se puede decir con verdad.

—¡Ah! Ahora si que se podria seguir con los ojos cerrados el carruaje de los muertos..... Es peor que en Montjamon (2).....

—Es verdad........ Huele á muerto ya corrompido, dijo el cantero haciendo alusion al olor infecto y cadavérico que dejaba tras sí aquel fúnebre vehículo.

—¡Ah! bien, dijo Cebolleta, el omnibus de la muerte va á enganchar aquel hermoso carruaje; me alegro... Sentirán aquellos ricos el olor de los muertos.

En efecto se hallaba entonces el furgon á poca distancia y precisamente enfrente de la berlina con la cual se cruzaba; un hombre con blusa y zapatos de palo guiaba los caballos de delante; un soldado del tren, los de la vara.

Estaban tan apiñados los ataudes en aquel carro, que no se cerraba sino á medias su tapa semicircular, de manera que, á cada salto que daba el carruaje, el cual, yendo muy aprisa en un empedrado muy

---

(1) *Faire la planche*, literalmente *hacer la tabla*, es sostenerse en el agua boca arriba sin hacer ningun movimiento. *(N. del T.)*

(2) Es el sitio á donde se llevan todos los animales muertos. Su hediondez, sus horribles emanaciones, y sobre todo el uso que se hace de algunas de aquellas carnes son cosas mejores para calladas que para dichas. *(N. del T.)*

desigual, vacilaba á cada instante, se veían las cajas chocar unas con otras.

Por los ojos ardientes del hombre de la blusa, por su color inflamado, se adivinaba que estaba medio borracho: escitaba á los caballos con gritos, con los talones, y con el látigo, á pesar de las superfluas recomendaciones del soldado del tren, quien conteniendo apenas sus caballos, seguia á pesar suyo el paso desordenado que imprimia al tiro el carretero. Por eso, habiéndose desviado de su direccion el borracho, fué directamente hácia la berlina y la enganchó.

Volvióse con aquel choque la tapa del furgon, y uno de los ataudes, arrojado afuera por aquel golpe violento, despues de haber maltratado la portezuela de la berlina, cayó al suelo produciendo un ruido sordo y *mate*.

Dislocó aquella caida las tablas de pinabete clavadas de prisa, y en medio de los pedazos de la caja se vió rodar un cadáver azulado, medio cubierto con una mortaja.

Viendo aquel espectáculo, Mme. de Morinval, que se habia asomado maquinalmente á la puerta, perdió el sentido dando un grande alarido.

Retrocedió la turba con espanto; no menos asustados, los postillones de la berlina, aprovecharon el espacio que quedó libre delante de ellos, por la brusca retirada de la gente cuando pasaba el furgon, dieron de latigazos á los caballos, y se fué la berlina hácia el muelle.

En el momento en que pasaba ese carruaje por delante de los últimos edificios del Hótel-Dieu, se oyó á lo lejos el bullicioso estrépito de una música alegre, y estos gritos que repetian los unos despues de los otros.

—¡ *La mascarada del cólera !*

Anunciaban esas palabras uno de aquellos episodios semi-bufones y semi-terribles, apenas creibles, que se notaron en el período ascendente de aquella calamidad.

En verdad, si no estuviesen los testimonios de los contemporáneos enteramente conformes con las relaciones de los periódicos por lo que mira á esa mascarada, se creería que, en vez de un hecho cierto, se trata únicamente de la *elucubracion* de algun cerebro delirante.

Presentóse pues la mascarada del cólera en el átrio de Ntra. Sra. al mismo tiempo que desaparecia el carruaje de Mr. de Morinval por el lado del muelle, despues de haberle enganchado el furgon de los muertos.

II.

LA MASCARADA DEL CÓLERA. (1)

Precedia la mascarada un gran tropel de gente del pueblo, é hizo súbitamente irrupcion por el arco del atrio, dando grandes gritos: soplaban algunos niños en las embocaduras de varias trompetas, otros ahullaban, otros silvaban.

El cantero, Cebolleta y su banda, atraidos por aquel nuevo espectáculo, se dirigieron en masa hácia el arco.

En lugar de las dos fondas que se ven

---

(1) Léese en el *Constitutionnel* del sábado 31 de marzo de 1832:

« Conformándose los parisienses con la parte de la instruccion popular sobre el cólera, que, entre otras recetas preservativas, prescribe el no tener miedo de la enfermedad, el distraerse, etc. etc., las diversiones de la mitad de la cuaresma (*) han sido tan brillantes y tan locas como las del carnaval mismo. Mucho tiempo hacia que no se habian visto, en semejante época del año, tantos bailes. El mismo cólera ha sido el objeto de una mascarada ambulante.»

(*) *Pedimos perdon á nuestros lectores del monstruoso anacronismo que hemos cometido, poniendo el dia de la mitad de la cuaresma de 1832 antes del mes de abril.*

ahora en las dos esquinas de la calle de Arcole, no habia entonces sino una, situada cerca del arco, y muy celebrada de la turba alegre de los estudiantes por sus escelentes vinos y sus guisos provenzales.

A los primeros sonidos de las clarinadas que daban algunos volantes de librea que precedian la máscarada, se abrieron repentinamente las ventanas del gran salon de la fonda, y se asomaron varios mozos con la servilleta en el brazo, impacientes de ver llegar los singulares convidados que estaban esperando.

Apareció al fin la grotesca comitiva en medio de un clamor inmenso.

Componíase la mascarada de un carro de cuatro ruedas, escoltado de hombres y de mugeres á caballo: caballeros y amazonas llevaban trajes de fantasía, ricos á la vez y elegantes; la mayor parte de aquellos enmascarados pertenecian á la clase media y acomodada.

Habia corrido la voz de que se organizaba una mascarada para *befar al cólera*, y alentar con aquella alegre demostracion el moral de la poblacion asustada: al instante varios artistas, estudiantes, jóvenes de alta sociedad, criados de comercio, etc., respondieron á aquel llamamiento, y aunque desconocidos unos de otros, fraternizaron inmediatamente; muchos para completar la fiesta llevaron sus cortejos; los gastos de la fiesta se hacian con el producto de una suscripcion, y á la mañana, despues de haber hecho un espléndido desayuno en la otra estremidad de Paris, la alegre banda se habia puesto valerosamente en camino para ir á concluir la jornada con una comida en el atrio de Nuestra Señora.

Decimos *valerosamente*, porque les era necesario, á aquellas jóvenes mujeres, un temple muy singular de corazon, una fiereza estraordinaria de carácter para atravesar asi aquella gran ciudad sumida en la consternacion y en el espanto; para cruzarse asi á cada paso sin perder el color, con los bayartes cargados de moribundos y con los carros llenos de cadáveres; para arrostrar tan de frente, con la befa mas estraordinaria, al azote que estaba diezmando á Paris.

—Fuera de eso, únicamente en Paris, y únicamente en cierta clase de la poblacion de Paris podia nacer y realizarse esta idea.

Dos hombres grotescamente disfrazados en postillones de las pompas fúnebres, con formidables narices falsas, lloronas de crespon de color de rosa en el sombrero, grandes ramilletes de rosas y borlillas de crespon en los ojales de la casaca, guiaban el carro de cuatro ruedas.

En la plataforma del carro estaban agrupados personajes que representaban:

EL VINO.—LA LOCURA.—EL AMOR.—EL JUEGO.

La mision de aquellos personajes simbólicos era de darle la peor vida que pudiesen, á fuerza de chillidos, de chungas y de sarcasmos, al *buen hombre cólera*, especie de burlesca y fúnebre Casandra, á quien bufoneaban de mil modos.

La moralidad de todo eso era:

«Para arrostrar con seguridad al cólera, es menester beber, divertirse, jugar y cortejar.»

El vino tenia por representante un grueso y panzudo sileno, obeso, rechoncho, cornudo, con una corona de hiedra en la cabeza, una piel de pantera en los hombros, y en la mano una gran copa adornada de flores.

Nadie en el mundo podia presentar á los espectadores admirados y contentos una oreja mas *escarlata*, un abdómen mas magestuoso, un narigon mas grueso y mas colorado que Nini-Moulin, el escritor moral y religioso.

A cada instante aparentaba Nini-Mou-

sin beberse la copa, y despues venia con insolencia á reirse en sus bigotes, del *buen hombre cólera*.

El *buen hombre cólera*, cadavérico Geronte, estaba medio envuelto en una mortaja: su careta de verdoso carton con los ojos encarnados y cóncavos, parecia á cada instante que hacia el gesto de agonizar de un modo muy divertido: bajo su peluca de *tres martillos* bastante empolvada, y coronada de un gorro piramidal de algodon blanco, se veian salir por encima de su mortaja su cuello y sus brazos pintados de un bonito color verdoso, su descarnada mano casi siempre agitada por un calofrio febril, (no fingido sino natural) se apoyaba en un baston con puño encorbado; en fin, llevaba como conviene á todo Geronte, medias encarnadas, ligas con hebilla, y chinelas altas de castor negro.

Ese grotesco representante del cólera era Duerme-en-cueros.

A pesar de una calentura lenta y peligrosa, ocasionada por el abuso del aguardiente y por el libertinaje, calentura que lo minaba sordamente, Santiago se habia visto comprometido por Morok á entrar en aquella mascarada.

El domador de fieras, vestido de rey de bastos, representaba el juego. Coronada la frente de una diadema de carton dorado; su cara impasible y macilenta, rodeada de una barba espesa y larga que bajaba hasta la parte delantera de su túnica, compuesta de cuadros de colores muy vivos, Morok tenia perfectamente la traza del papel que representaba. De tiempo en tiempo agitaba con ademan burlon á los ojos del *buen hombre cólera* un costal lleno de fichas estrepitosas, con naipes de todas especies pintados por defuera. Cierta incomodidad en los movimientos del brazo derecho mostraba que el domador de fieras se resentia aun de la herida que le habia hecho la pantera ántes de haberla muerto Djalma.

La locura, simbolizando la risa, iba tambien á su vez á sacudir la clásica muñeca, con sus cascabeles sonoros y dorados á los oidos del *buen hombre cólera*, la locura era una pobre jóven alerte y ligera, que llevaba sobre sus hermosos cabellos un gorro frijio de color de púrpura; reemplazaba cerca de Duerme-en Cueros á la reina Bacanal, que no hubiera dejado de venir á semejante fiesta, ella tan animosa y tan alegre, que poco antes habia figurado en otra mascarada acaso menos filosófica en su objeto, pero no menos divertida.

Otra hermosa criatura, la señorita Bornichoux que servia de modelo para pintar el cuerpo á un pintor de reputacion (tambien estaba él en la comitiva), representaba el amor y lo representaba á las mil maravillas; no le podian atribuir al amor un rostro mas delicioso ni formas mas graciosas. Cubierta con una túnica azul bordada de lentejuelas, con una cinta azul y plata sobre sus cabellos castaños; y dos pequeñas alas trasparentes tras de sus blancas espaldas, el amor cruzando el índice de la mano izquierda con el de su derecha, hacia de tiempo en tiempo gentiles y lindas muecas al *buen hombre cólera*.

Al rededor del grupo principal otras máscaras mas ó menos grotescas agitaban banderas en las cuales se leian las inscripciones siguientes; bastante anacreónticas para la circunstancia.

—*¡ Enterróse el cólera !*

—*¡ Corta pero buena !*

—*¡ Es menester reirse..... reirse y siempre reirse !*

—*¡ Los chuscarrados quemarán al cólera !*

—*¡ Viva el amor !*

—*¡ Viva el vino !*

—*¡ Llega, pues, azote infame!*

Habia verdaderamente tanta y tan audaz alegria en aquella mascarada que la mayor parte de los espectadores, cuando pasó por el átrio de Nuestra Señora, para ir á comer á la fonda, en donde les estaban esperando, le dieron repetidos aplausos: aquella especie de admiracion que inspiran siempre el valor por loco, por ciego que sea, pareció á otros espectadores, poco numerosos á la verdad, una especie de desafío que echaban á la cólera del cielo, y asi recibieron á la comitiva con murmullos irritados.

Aquel espectáculo estraordinario y las diversas impresiones que producia estaban demasiado fuera del círculo de los acontecimientos ordinarios para poderse apreciar con justicia: no sabe uno á la verdad si aquella atrevida baladronada merece alabanza ó vituperio.

Ademas, la aparicion de estas calamidades que de siglos en siglos afligen y destruyen á la especie humana, ha ido casi siempre acompañada de una especie de escitacion moral, que no podia evitar ninguno de los que se libertaban del contagio. ¡Vértigo febril y estraño que á veces pone en movimiento las preocupaciones mas estúpidas, las pasiones mas feroces, y á veces inspira, al contrario, los sacrificios mas sublimes, las acciones mas valerosas; en fin, ecsalta en los unos el miedo de la muerte hasta los terrores mas locos, mientras por parte de otros el desprecio de la vida se manifiesta en las baladronadas mas atrevidas!

Pensando muy poco en las alabanzas ó el vituperio que podia merecer, la mascarada llegó á la puerta de la fonda, y entró en ella en medio de aclamaciones universales.

Parecia que se habia todo preparado para completar aquella estraña idea con los contrastes mas singulares.

A si es que, estando la taberna en donde se iba á celebrar aquella bacanal suprema, precisamente situada no lejos de la antigua catedral y del siniestro hospital, los coros relijiosos de la antigua basílica, los alaridos de los agonizantes, y los cantos báquicos de los del banquete se habian de cubrir y oir á su vez.

Habiéndose apeado los enmascarados del carro y de sus caballos, fueron á tomar asiento al banquete que les habian preparado.

. . . .

Sentados están á la mesa los actores de la mascarada en una gran sala de la fonda. Están alegres, reunidos, estrepitosos; sin embargo tiene un carácter estraño su alegria.

A las veces los mas resueltos recuerdan involuntariamente que están jugando su vida en aquella lucha loca y audaz contra el azote.... Es aquel siniestro pensamiento rápido como el herizo febril que le hiela á uno en un instante: asi es que de cuando en cuando se manifiestan aquellas ideas pasajeras en los bruscos silencios que duran apenas un segundo, pero desaparecen pronto en medio de la esplosion de gritos alegres, porque cada uno se dice á si mismo:—Fuera debilidades; me están mirando mi camarada y mi cortejo.

Y ríese cada uno y echa cada vez mas brindis, trata de tú al que está á su lado y bebe con preferencia en el vaso de la que está junto á él.

Habíase quitado Duerme-en-Cueros la careta y la peluca del *buen hombre cólera*; la flaqueza de sus facciones aplomadas, su palidez enfermiza, el sombrio resplandor de sus ojos hundidos indicaban los progresos lentos de la enfermedad que iba consumiendo á aquel desgraciado, llegado ya por sus escesos al último grado de la estenuacion; aunque sentia un fuego len-

to que devoraba sus entrañas, ocultaba sus dolores con una risa ficticia y nerviosa.

A la izquierda de Santiago estaba Morok cuya fatal influencia iba siempre aumentando, y á su derecha la jóven disfrazada en *Locura*; se llamaba Maria; al lado de esta estendia su majestuosa gordura Nini-Moulin y fingia á las veces que recogia la servilleta debajo la mesa, con el objeto de apretar las rodillas de su vecina por la otra parte, la señorita Modesta que representaba al Amor.

Se habian colocado la mayor parte de los convidados segun sus gustos; cada uno al lado de su *cada una*, *y los celibes* en donde habian podido. Estaban entónces en el segundo servicio; los escelentes vinos, la comida regalada, las palabras alegres, y aun la estrañez de la situacion habian exaltado muchísimo las cabezas, como será fácil de conocer por los incidentes estraordinarios de la escena siguiente.

III.

EL COMBATE SINGULAR.

Dos ó tres veces uno de los mozos de la fonda habia venido, sin que lo advirtiesen los convidados, á hablar á sus camaradas, mostrándoles con gesto espresivo el cielo raso de la sala del festin: pero sus compañeros no habian hecho caso ninguno de sus observaciones ó de sus temores, sin duda porque no querian incomodar á los convidados cuya loca alegria iba aumentando cada vez mas.

—¿Quién dudará ahora de la superioridad de nuestro modo de curar ese impertinente cólera? ¿Ha tenido el atrevimiento de atacar á nuestro batallon sagrado? le decia un magnífico *turco saltinbanco*, que era uno de los que llevaban los estandartes de la mascarada.

—En eso está todo el misterio, dijo otro, no hay mas que reirsele en sus bigotes al *hombre cólera*, y al instante vuelve la espalda.

—Se hace justicia á sí mismo, porque son muy tontas sus obras, dijo una *Pierrette*, bebiendo listamente su vaso.

—Tiene razon, *Choux choux*, es tonto, architonto, respondió el *Pierrot* de la *Pierrette*, porque al fin se está uno tranquilo, gozando de la felicidad de la vida, y súbitamente, despues de haber hecho una mueca atroz se va uno al otro mundo... ¡Pues bien! ¿que significa eso? ¡Qué agudeza! ¡Qué diversion! Decidme si podeis, lo que prueba eso.

—Eso prueba, respondió un ilustre pintor romántico disfrazado de romano de la escuela de Dario, eso prueba que el cólera es un desdichado colorista, puesto que no tiene su paleta sino un solo matiz, un verdoso malo..... Sin duda que ha estudiado ese galafate con aquel fastidioso *Jacobus* el rey de los pintores clásicos, azote de otra especie.

—Sin embargo, maestro, añadió respetuosamente el discípulo del gran pintor, he visto coléricos cuyas convulsiones tenian mucha *tournure*, cuya agonía no estaba desprovista de *chic*.

—Señores, esclamó un escultor no menos célebre, resumamos la cuestion. El cólera es un detestable colorista; pero es un dibujante endemoniado... hace la anatomia del cuerpo humano perfectamente. ¡Voto á brios! ¡Cómo descarna! Comparado con él, Miguel Angel no seria mas que un discípulo.

—Concedido..... gritaron todos á una vez. El cólera mal colorista..... pero dibujante endemoniado.

—Por otra parte, caballeros, replicó Nini Moulin con una gravedad cómica, hay en ese azote una pilla leccion de la Providencia..... como diria el gran Bossuet.

—¡La leccion! ¡La leccion!

—Sí señores..... me parece que oigo

una voz de lo alto que nos grita: bebed del mejor vino; gastad lo que teneis; dadle buenos besos á la muger de vuestro prójimo... porque acaso están contadas vuestras horas..... desgraciados!

Diciendo esto, el ortodoxo-Sileno se aprovechó de un momento de distraccion de la señorita Modesta su vecina, para darle en su fresca mejilla al *Amor* un beso fuerte y estrepitoso.

Contagioso fué el ejemplo, y á las alegres carcajadas se mezcló un turbulento chis-chas de besos.

—¡Por vida del diablo, del demonio y del infierno! esclamó el gran pintor amenazando alegremente á Nini-Moulin; buena fortuna teneis que sea probablemente mañana el fin del mundo, que sino os habia de desafiar por el beso que le habeis dado al *Amor*, que es mis amores.

—Eso mismo os demuestra, ó Rubens ó Rafael, pues lo sois, las mil ventajas del cólera á quien proclamo yo como esencialmente sociable y cariñoso.

—¿Y filantrópico? dijo uno de los convidados: gracias al cólera, los acreedores cuidan de la salud de sus deudores... Esta mañana un usurero, que toma el mayor interés por mi existencia, me ha traido toda especie de drogas anti-coléricas, suplicándome que las emplease.

—Y á mí, decia el discípulo del gran pintor, mi sastre queria ponerme sobre los riñones una cintura de franela, porque le debo tres mil francos; á eso le he respondido yo: «¡Oh, sastre! dadme finiquito y me enfranelo al instante por conservaros mi parroquia, ya que tanto apego le teneis.

—¡Oh cólera! á ti te echo un brindis, dijo Nini-Moulin en tono de grotesca invocacion. No eres tú la desesperacion; antes, al contrario, simbolizas la esperanza; sí, la esperanza. ¡Cuántos maridos, cuantas mugeres no tenian sino un número, muy incierto por desgracia, de la lotería de la viudedad! Apareces, y les vuelve la alegria; gracias á ti, ¡oh, complaciente azote! ven centuplicarse las eventualidades de su libertad.

—¡Y los herederos! ¡qué reconocimiento! Un frio, un chis..... un nada..... y crac, en una hora el que ántes no era mas que tio ó un colateral, se hace un bienhechor venerado.

—Y las gentes que tienen la mania de envidiar siempre los empleos de los otros, ¡qué escelente compadre encuentran en el cólera!

—¡Y cuántos juramentos de constancia se van á realizar por ese medio! dijo sentimentalmente la señorita Modesta.....: ¡cuántos tunantes le han jurado á una muger dulce y débil que la amarán mientras vivan, y no esperaban los beduinos ser tan fieles á su palabra!

—Señores, esclamó Nini-Moulin, puesto que estamos aqui reunidos, acaso en vísperas del fin del mundo, como dice este célebre pintor, propongo que juguemos al mundo al revés. Pido que estas señoras nos esciten, nos provoquen, nos inquieten, nos cojan besos, en fin, que tomen con nosotros toda especie de libertades, y á todo rigor (tanto peor para nosotros); que nos insulten; sí, declaro que me dejaré insultar; invito á que me insulten...: Por consiguiente, Amor, me podeis favorecer con el insulto mas grosero que se puede hacer á un célibe virtuoso y pudibundo, añadió el escritor religioso, inclinandose hácia la señorita Modesta, quien lo rechazó riéndose como una loca.

Recibióse la descabellada proposicion de Nini Moulin con una risotada general, y tomó nuevo incremento la orgia.

En medio de ese tumulto atronador, volvió de nuevo el mozo, que habia entrado ya varias veces para hablarles á sus camaradas en voz baja, mostrándoles el cie-

lo raso de la sala, tenia el rostro pálido, descompuesto; se acercó al que hacia veces de metrotel, y le dijo en tono bajo con voz conmovida:

—Acaban de llegar...

—¿Quiénes?

—Ya lo sabeis... para allá arriba..... é indicó el techo.

—¡Ah!..... dijo el metrotel poniéndose inquieto. ¿Y en dónde estan?

—Acaban de subir... ya están allí, añadió el mozo con aire asustado; allí están.

—¿Qué dice el amo?

—Está desconsolado... con motivo de... Y el mozo echó una mirada circular alrededor de la mesa; no sabe que hacer..... me envia á que os hable...

—¿Y qué diablo quiere que haga... yo? dijo el otro enjugándose la frente: se debia contar con eso... ya no hay medio ninguno de evitarlo.

—Pues no me quedo yo aquí: va á comenzar la gresca.

—Bien harás, porque con tu cara trastornada estás llamando la atencion; véte y díle al amo que es menester esperar lo que venga.

Pasó inadvertido este incidente en medio del tumulto cada vez mayor del alegre festin.

Miéntras tanto entre los convidados uno solo no bebia ni se reía; era Duerme-encueros; con los ojos tristes y fijos, miraba al aire: indiferente á cuanto acaecia alrededor suyo, el desgraciado pensaba únicamente en la reina Bacanal que hubiera estado tan brillante, tan alegre en semejante saturnal. El recuerdo de aquella criatura que amaba siempre con un amor estravagante, era el único pensamiento que de tiempo en tiempo venia á distraerle de su embrutecimiento.

¡Cosa estraña! No habia consentido Santiago en entrar en esta mascarada sino porque le recordaba ese loco pasatiempo el último dia de fiesta que pasó con Cefisa: aquel *reveill matin* (almuerzo) despues de una noche de baile de máscaras, alegre banquete en medio del cual la reina Bacanal por un estraño presentimiento habia echado este brindis con motivo del azote que se iba acercando, segun decian, á Francia: *al cólera*, habia dicho Cefisa. *Que perdone á los que desean vivir y se lleve juntos á los que no quieren separarse.*

En aquel instante, pensando en esas palabras, estaba Santiago entregado á tristes ideas. Advirtiendo Morok su preocupacion, le dijo en voz baja:

—¡Pues que! ¿No bebes mas, Santiago? ¿Has bebido bastante vino? ¿Tienes gana de aguardiente?... Voy á pedir.

—No tengo necesidad de vino ni de aguardiente... respondió bruscamente Santiago, y volvió á caer en sus tristes pensamientos.

—En verdad tienes razon, respondió Morok con una risa sárdonica y alzando cada vez mas la voz, haces bien en mirarte... loco estaba yo en hablarte de aguardiente..... en el tiempo en que nos hallamos... seria tanta temeridad el ponerse enfrente de una botella de aguardiente como á la boca del cañon de una pistola cargada.

Al oir poner en duda su ánimo de bebedor, Duerme-en-cueros miró á Morok con semblante irritado.

—¿Con qué así, es por cobardia el no atreverme a beber aguardiente? esclamó el desgraciado cuya inteligencia, medio muerta, se despertaba para defender lo que llamaba él *su dignidad:* ¿rehuso beber por cobardia? ¡eh! Morok, responde.

—Vamos, hombre honrado, todos cuantos estamos aqui hemos dado hoy pruebas de valor, dijo a Santiago uno de los convidados, vos sobre todo que, estando enfermo, habeis tenido ánimo para hacer el papel del *buen hombre cólera.* . . .

—Señores, dijo Morok, viendo que to-

dos fijaban los ojos en él y en Duerme-en-cueros. Me estaba chanceando, porque si el camarada (é indicó á Santiago) hubiese cometido la imprudencia de aceptar mi oferta, hubiera sido, no intrépido, sino loco... por fortuna tiene la prudencia de renunciar á esta fanfarronada, tan peligrosa en este instante, y yo...

—¡Muchacho! dijo Duerme-en-cueros, interrumpiendo á Morok con una impaciencia colérica, dos botellas de aguardiente y dos vasos...

—¿Qué vas hacer? dijo Morok, fingiendo una sorpresa inquieta. ¿Con qué objeto esas dos botellas de aguardiente?

—Para un desafío..... dijo Santiago en tono frio y resuelto.

—¿Para un desafío? gritaron de todas partes con sorpresa.

—Sí... respondió Santiago, un desafío... á Cognac (1): pretendes que hay tanto peligro en ponerse ante una botella de aguardiente como delante un cañon de pistola... tomemos cada uno una botella llena, ya veremos quien de los dos echará pié atrás.

Esta estraña proposicion de Duerme-en cueros fué recibida por unos con grandes gritos de alegría, por los otros con muestras de una verdadera inquietud.

—¡Bravo los campeones de la botella! gritaban unos.

—No, no: seria demasiado peligrosa semejante lucha, decian otros.

—Ese desafío en el tiempo en que estamos... es tan serío como un desafío..... á muerte: añadía otro.

—Ya oyes, dijo Morok con una sonrisa diabólica. ¿Oyes, Santiago?.... mira pues si quieres retroceder ante el *peligro*.

Al oir esas palabras que le recordaban el peligro que iba á correr, se estremeció Santiago, como si le hubiese venido al pensamiento una idea nueva; levantó con arrogancia la cabeza, y se esparció sobre sus mejillas un ligero colorido; brillaba en sus miradas una especie de satisfaccion siniestra, y esclamó con voz firme:

—¡Por vida del demonio! ¿Estás sordo muchacho? ¿No te he pedido dos botellas de aguardiente?

—Ya voy, señor, respondió el mozo casi espantado de lo que iba á suceder durante aquella lucha báquica.

No obstante, la mayoria, aplaudió la loca y peligrosa resolucion de Santiago.

Nini Moulin, revolviéndose en su silla y perneando gritaba en alta voz:

—¡Baco y mi sed!..... ¡Mi vaso y mi pinta!... ¡Abiertos están los gaznates! .. ¿Al ataque Cognac!... ¡Liberalidad! ¡Liberalidad! (1).

Y abrazó á la señorita Modesta como verdadero campeon del torneo, diciendo para escusar esta libertad:

—*Amor*, vos sereis la reina de la beldad... yo pruebo la felicidad del vencedor.

—¡Al ataque Cognac! ¡repitieron los circunstantes en coro: ¡al ataque Cognac!

—Señores, añadió Nini-Moulin: seremos indiferentes al noble ejemplo que nos dá el *buen hombre cólera?* (é indicó á Santiago); él ha dicho valerosamente ¡Cognac! respondámosle gloriosamente: ¡ponche!

—Si, sí: ponche!

—¡Al ataque ponche!

—Muchacho, gritó el escritor moral y religioso con voz estentórea: ¿tenéis algun barreño, alguna caldera, alguna cuba, una inmensidad cualquiera que sea... para poder hacer un ponche mónstruo?

(1) Ciudad en donde se fabrica el aguardiente de mas reputacion en Francia. *(Nota. del T.)*

(1) Esas esclamaciones y las que siguen, imposibles para el traductor y difíciles para el lector, son una parodía de los antiguos gritos de guerra de la monarquía francesa. *(Nota del T.)*

—¡Un ponche babilónico!

—¡Un ponche lago!

—¡Un ponche Océano!

Tal fué el ambicioso *crescendo*, que se oyó á continuacion de la proposicion de Nini-Moulin.

—Señor, respondió el mozo en tono de triunfo, tenemos una olla de cobre que precisamente se estañó hace muy poco: aun no se ha estrenado, y ha de contener treinta botellas á lo menos.

—Traed la olla, dijo magestuosamente Nini-Moulin.

—¡Viva la olla! gritaron todos en coro.

—Echad en ella veinte botellas de kirch (1), seis panes de azucar, doce limones, una libra de canela.... ¡y fuégo, fuego!... ¡fuego por todas partes! esclamó el escritor relijioso, dando gritos desaforados.

—Si, si, ¡fuego por todas partes! repitió el coro.

La proposicion de Nini-Moulin daba nuevo vuelo á la alegria general. Cruzábanse los dichos mas locos, mezclándose con el ruido de los besos tomados de sorpresa ó concedidos bajo pretesto que no ecsistiria acaso el dia de mañana, que era menester resignarse, etc., etc.

De repente, en uno de aquellos instantes de silencio que acontecen á veces en las reuniones mas tumultuosas, se oyeron encima de la sala del festin varios golpes sordos y compasados.

Callaron todos y escuharon atentamente.

IV.

¡AL ATAQUE COCNAC!

Al cabo de algunos momentos, el ruido que tanto habia sorprendido á los del convite, resonó de nuevo mas fuerte y mas continuo.

—Muchacho, dijo uno de los convidados, ¿qué diablo de ruido es ese?

(1) Aguardiente de cerezas. *(N: del T.)*

El mozo, mirando á sus camaradas con inquietud y espanto, respondió tartamudeando.

—Señor.... es.... es....

—¡Por vida de Cristo!.... es algun inquilino malévolo y regañon, algun enemigo de la alegria que da golpes en el suelo para decirnos que cantemos en voz mas baja.... dijo Nini-Moulin.

—Entonces, regla general, respondió con énfasis el discípulo del gran pintor; cuando un inquilino ó propietario, cualquiera que sea, pide silencio, manda la tradicion que se le dé inmediatamente una cencerrada infernal, con el objeto de ensordecer enteramente, si es posible, al reclamante. Esas son al menos, añadió modestamente el *rapin* (1), esas son las *relaciones estranjeras* que, segun he visto siempre, median entre potencias *techitrópicas*.

Aquel neologismo aventurado fué recibido con risas y bravos universales.

Durante aquel tumulto, Morok hizo una pregunta á uno de los muchachos de servicio, y despues de haber oido su respuesta, esclamó con voz aguda que dominó todo aquel estrépito:

—Pido la palabra.

—Concedida..... respondieron alegremente.

Mientras duraba el silencio que siguió á la esclamacion de Morok, oyóse de nuevo el ruido, y era esta vez mas precipitado.

—Está enteramente inocente el inquilino, dijo Morok con una sonrisa siniestra, es incapaz de oponerse de ningun modo á la vehemencia de nuestra alegria.

—Pues entonces, ¿porque está dando golpes ahi encima como un sordo? dijo Nini Moulin agotando su vaso.

(1) Se indican con esta voz los discípulos de los pintores, y á veces los malos pintores. *(N. del T.)*

—Como un sordo que ha perdido el baston, dijo el *rapin*.

—No es el inquilino quien da golpes, dijo Morok con su voz seca y breve, lo están encerrando en su caja.

Un silencio súbito y profundo sucedió á estas palabras.

—Lo encierran.... no... me equivoco, añadió Morok, *los encierran* hubiera debido decir, porque como no está el tiempo de sobra, han puesto á la madre y al niño en la misma caja.

—Si, nuestra ama, una mujer de veinte años, respondió el mozo de servicio; la pobre niña que criaba, ha muerto poco despues.... todo eso en menos de dos horas.... Harto siente el amo incomodarles á esos caballeros durante la comida... Pero no podia prever ayer esta desgracia, puesto que ayer mañana aquella muger tan jóven no estaba aun enferma: al contrario cantaba que se las pelaba, y estaba alegre cual nadie.

Hubiérase dicho que esas palabras echaban un crespon fúnebre sobre aquella escena, poco antes tan alegre; todas aquellas caras tan rubicundas y tan dilatadas se contristaron súbitamente; nadie osó decir una sola chanza sobre aquella madre y su niña que encerraban en la misma caja.

Fué tan profundo el silencio, que se oian algunas respiraciones oprimidas por el terror; pareció que los últimos martillazos resonaban dolorosamente en todos los corazones: se hubiera podido decir que todos los sentimientos tristes y penosos, contenidos hasta entonces, iban á estallar y reemplazar aquella alegria, aquella algazara, mas facticias que sinceras.

Era crítico aquel instante: era menester dar un gran golpe para animar el corazon de los convidados que comenzaban á desanimarse; porque muchos rostros lindos y rosados comenzaban á perder el color: muchas orejas escarlatas comenzaban á ponerse blancas: las de Nini Moulin eran de este número.

Duerme-en cueros, al contrario, tenia cada vez mas audacia y mas arrojo: enderezando su cuerpo doblegado por la estenuacion, con el rostro lijeramente colorado, gritó:

—¡Pues bien, muchacho! ¿Y las botellas de aguardiente? ¡Voto á mi padre! ¿Y el ponche? ¡Por vida del demonio! ¿Han de hacer los muertos temblar á los vivos?

—Tiene razon: ¡fuera la tristeza! si, si, el ponche, gritaron muchos convidados que sentian la necesidad de tomar animo.

—¡Adelante el ponche!

—¡Afuera los pesares!

—¡Viva la alegria!

—Señores, aqui está el ponche, dijo un muchacho abriendo la puerta.

A la vista de aquel flamígero licor que debia reanimar todos los espíritus, resonaron bravos frenéticos.

Acababa de ponerse el sol: el salon de cien cubiertos en donde se celebraba aquel festin era profundo, pocas las ventanas, estrechas y medio cubiertas con cortinas de algodon encarnado. Y aunque no habia llegado aun la noche, la parte mas lejana del salon estaba casi sumergida en la oscuridad: dos mozos trajeron el ponche monstruo con una barra de hierro que atravesaba por debajo el asa de un inmenso perol de cobre, brillante cual oro, y coronado de llamas tornasoladas. Colocóse sobre la mesa la brillante bebida con suma satisfaccion de los convidados, quienes comenzaban á olvidar las pasadas alarmas.

—Ahora, dijo Duerme-en cueros á Morok con tono de desafio: mientras arde el ponche... comencemos nuestro desafio: los espectadores serán los jueces.

Mostrando despues á su rival las dos botellas de aguardiente que habia traido el muchacho, Santiago añadió:

—Escoje las armas.

—Escójelas tú, respondió Morok.

—Pues bien.... ahi tienes tu frasco.... y tu vaso. Nini Moulin será juez de las estocadas.

—No rehuso ser juez de la lid, respondió el escritor religioso; pero debo advertiros, camaradas, que correis mucho peligro, y que en tiempos como estos (asi como ha dicho uno de esos caballeros) ponerse entre los dientes el cuello de una botella de aguardiente, es acaso mas peligroso que el meterse en la boca una pistola cargada, y....

—Mandad el fuego, camarada, interrumpió Santiago, ó lo mandaré yo.

—Puesto que lo quereis..... hágase vuestra voluntad.

—El primero que renuncie será el vencido, dijo Santiago.

—Estamos de acuerdo, dijo Morok.

—En ese caso, caballeros, atencion.... y juzguemos los *golpes* (que bien merecen este nombre), replicó Nini Moulin; pero veamos primeramente si son iguales las botellas.... ante todo igualdad de armas.

Mientras se hacian esos preparativos reinaba en la sala el mas profundo silencio.

El moral de los circunstantes, animado por un instante con la llegada del ponche, volvia á decaer bajo el peso de tristes pensamientos: presentíase confusamente el peligro del desafio entre Santiago y Morok. Aquella impresion unida á las tristes ideas que habia escitado el incidente de la caja, entristecia mas ó menos todas las fisonomias. Sin embargo, muchos de los del banquete ostentaban aun buen humor; pero se veia que era violenta su alegria.

Supuestas ciertas circunstancias, las cosas mas pequeñas producen efectos bastante grandes.

Ya hemos dicho que, despues de haberse puesto el sol, se habia quedado oscura una gran parte de aquella sala; asi es que los convidados que estaban en aquella parte alejada, no se veian poco rato despues sino á beneficio de la luz que despedia el ponche que estaba ardiendo. Sabido es que la llama de aquel licor derrama sobre las caras un matiz lívido, azulado; era por consiguiente un espectáculo estraordinario, casi espantoso, el ver un gran número de convidados á la luz de aquellos reflejos, mas ó menos fantásticos, segun estaban mas ó menos alejados de las ventanas.

El pintor mas atento que los demas á ese efecto de colorido, esclamó:

—Mirémonos los que estamos en esta parte de la mesa; estamos tan verdosos y tan azulados, que parecemos coléricos que banquetean unos con otros.

Poco gustó esa chanza. Por fortuna la voz sonora de Nini Moulin, quien reclamaba la atencion, distrajo por un instante á los circunstantes.

—Abierta está la lid, esclamó el escritor religioso haciendo esfuerzos para disimular la sincera inquietud y el espanto que tenia. Estais dispuestos, valerosos campeones? añadió.

—Dispuestos estamos, respondieron Santiago y Morok.

—Apunten.... fuego... dijo Nini Moulin dando una palmada.

Los dos bebedores bebieron de un trago un vaso ordinario lleno de aguardiente.

Morok no hizo movimiento ninguno; quedóse impasible su cara de mármol y volvió á poner el vaso en la mesa con mano segura.

Pero Santiago, al poner el vaso en la mesa no pudo disimular un pequeño movimiento

convulsivo causado por un sufrimiento interno.

—Valerosamente bebido, dijo Nini Moulin; echarse al coleto de un solo trago un cuartillo de aguardiente es mucho triunfo..... Nadie en esta reunion seria capaz de semejante proeza, y, si seguis mi consejo, no irá mas lejos el desafio.

—Mandad el fuego, dijo intrépidamente Duerme-en-cueros.

Y con su mano febril y agitada empuñó la botella; pero de repente en lugar de echar el aguardiente al vaso, dijo á Morok:

—¡Bah! ¡fuera vasos!..... ¡Bebamos á chorro!.... es mas atrevido. ¿Osarás tú?....

La única respuesta que dió Morok fué el echarse la botella á la boca, levantando los hombros.

Apresuróse Santiago á imitarle.

A traves del vidrio verdoso y transparente de las botellas se podia observar la disminucion progresiva del líquido.

La cara petrificada de Morok y el flaco y pálido rostro de Santiago, bañado ya en gotas gruesas de sudor frio, estaban entonces alumbrados, asi como los de los demas, por la luz azulada del ponche: estaban puestos todos los ojos en Morok y en Santiago con aquella bárbara curiosidad que inspiran los espectáculos crueles.

Santiago al beber tenia la botella con la mano izquierda: de repente cerró la mano derecha y apretó los dedos con un movimiento de crispatura involuntaria; apegáronse sus cabellos á la helada frente, y, por espacio de un segundo, manifestó su fisonomia un dolor agudo: sin embargo continuó bebiendo, pero sin apartar de sus labios el cuello de la botella, la abajó un instante como si hubiera querido tomar aliento.

Encontráronse los ojos de Santiago con la mirada sardónica de Morok, quien continuaba bebiendo con su impasibilidad acostumbrada.

Creyendo leer en las miradas de Morok la espresion de un triunfo insultante, Santiago levantó súbitamente el codo y bebió aun con ansia algunos tragos.

Estaban agotadas sus fuerzas; un fuego inestinguible abrasaba su pecho; era su sufrimiento demasiado atroz... no pudo resistir.... cayóse hácia atras su cabeza; cerráronse convulsivamente sus quijadas; rompió con los dientes el cuello de la botella; se puso tieso su cuello; retorciéronse sus miembros en medio de sobresaltos espasmódicos y perdió al fin el sentido.

—Santiago... muchacho.... no es nada eso, esclamó Morok, cuya feroz mirada resplandecia con una alegria diabólica.

Y despues, poniendo la botella en la mesa, se levantó para ayudar á Nini Moulin, quien hacia vanos esfuerzos para contener á Duerme-en-cueros.

No ofrecia aquella crísis súbita síntoma de cólera; sin embargo un terror repentino se apoderó de los circunstantes; una de las mugeres tuvo un ataque de nervios muy violento, y otra se desmayó dando alaridos penetrantes.

Nini Moulin, dejando á Santiago en poder de Morok, corrió á la puerta para pedir socorro: abrióse de repente la puerta.

El escritor religioso retrocedió asombrado á la vista del personaje inesperado que se presentaba á sus ojos.

V.

RECUERDOS.

La persona ante quien se habia detenido Nini Moulin con tanta sorpresa era la reina Bacanal.

Descolorido y macilento el rostro, los cabellos desordenados, descarnadas las megillas, vestida casi de andrajos, aque-

lla brillante y alegre reina de tantas y tan locas orgias, no era ya mas que la sombra de si misma. La miseria y el dolor habian ajado aquellas facciones, otro tiempo tan graciosas.

Apenas entró en la sala, se detuvo Cefisa; sus miradas tristes é inquietas trataban de penetrar por medio de la semi-oscuridad para descubrir al que buscaba... Estremecióse de repente y dió un gran grito....

Acababa de ver al otro lado de la larga mesa, con la luz azulada del ponche, á Santiago, cuyos movimientos convulsivos podian sostener apenas Morok y los otros convidados.

A semejante vista, Cefisa, en el primer movimiento de su espanto, llevada de su afecto, lo que tan á menudo habia hecho otras veces en medio de la alegria y del placer, lista y agil, en lugar de perder un tiempo precioso haciendo un largo rodeo, saltó sobre la mesa, atravesó lijera por entre los platos y los vasos y de un brinco se halló cerca de Duerme en-cueros.

—¡Santiago! esclamó, sin notar aun al domador de fieras, y echándose al cuello de su amante, ¡Santiago!... soy yo... Cefisa.....

Pareció que Duerme en-cueros oia aquella voz tan conmovida, aquel grito tan desgarrador salido de lo íntimo del alma; volvió maquinalmente la cabeza hácia el lado de la reina Bacanal, abrió los ojos y lanzó un profundo suspiro. Pronto comenzaron á ponerse flexibles sus miembros tan tiesos poco hacia; en lugar de las convulsiones se advertia únicamente un lijero temblor; y al cabo de algunos instantes, abriéndose con dificultad sus pesados párpados, dejaron ver sus miradas vagas y apagadas.

Atónitos y mudos los espectadores de aquella escena esperimentaban una curiosidad inquieta.

Cefisa, arrodillada delante de su amante, cubria sus manos de lágrimas y besos, y esclamaba en medio de profundos sollozos:

—¡Santiago! soy yo; Cefisa... te vuelvo á encontrar..... No es culpa mia si te abandoné..... Perdóname.

—Infeliz, esclamó Morok irritado de semejante encuentro, funesto acaso para sus proyectos, ¿quereis pues matarlo? En el estado en que se halla, le será fatal ese sobresalto..... retiráos.

Y cojió duramente por el brazo á Cefisa, mientras Santiago, como si despertase de un sueño penoso, comenzaba á percibir lo que pasaba al rededor suyo.

—¡Vos!... ¡Sois vos!... respondió con asombro la reina Bacanal, reconociendo á Morok, vos que me habeis separado de Santiago!

Interrumpiose, porque habiendo Duerme-en-cueros fijado en ella sus miradas obscurecidas, pareció que se reanimaba el infeliz.

—¡Cefisa!.... ¡Eres tú!.... murmuró Santiago.

—Si soy yo, respondió Cefisa con el acento de una profunda emocion. Soy yo... vengo á..... voy á decirte.....

No le fué posible continuar; unió sus manos apretándolas con fuerza, y se pudo leer en su rostro pálido, asombrado, la desesperada sorpresa que le causaba la alteracion profunda de las facciones de Santiago.

Comprendió él la causa de aquel asombro, contemplando á su vez el rostro enflaquecido, macilento de Cefisa y le dijo:

—¡Pobre muchacha!..... ¡tambien tu has tenido trabajos!... ¡Mucha miseria!... tampoco yo te puedo..... reconocer.

—Sí, dijo Cefisa, muchas penas, mucha miseria..... y peor aun que miseria, añadió estremeciéndose, al mismo tiempo que se mostraba sobre sus facciones descarnadas un vivo rubor.

—¡Peor que la miseria! dijo atónito Santiago.

—Pero tú eres..... tú eres quien ha sufrido..... se apresuró á decir Cefisa sin responder á su amante.

—Pero..... hace un instante estaba yo para concluir mi carrera; me has venido a llamar, y he vuelto por un instante, por que lo que siento aquí, y puso la mano al pecho, no perdona. Pero importa poco... Ahora te he visto... y moriré contento...

—No moriras... Santiago... estoy aquí...

—Escucha, hija mia... aun cuando tuviese yo... aquí... en el estómago una fanega de carbon ardiendo, no me quemaria mas. ¡Mira! Hace mas de un mes que siento que me está consumiendo un fuego lento. Por otra parte es este caballero, y con un ademan de cabeza indicó á Morok, este querido amigo... quien se ha encargado siempre de atizar el fuego... Fuera de eso... no siento el morirme... He perdido la costumbre de trabajar... y he adquirido... la de hacer orgías... Concluiria siendo al fin un pícaro de mala especie... mas quiero que se divierta mi amigo encendiéndome un brasero en el pecho. Con lo que acabo de beber hace poco, estoy seguro que hay en mi pecho llamaradas como las de este ponche, que está sobre la mesa...

—Eres un loco y un ingrato, dijo Morok, levantando los hombros. Has alargado el vaso y te he dado de beber..... Por vida mia, que aun hemos de beber juntos largo tiempo y á menudo.

De algunos instantes á aquella parte Cefisa no apartaba sus ojos de Morok.

—Digote que hace mucho tiempo que atizas el fuego en que se habrá consumido mi pellejo, dijo Santiago con voz débil dirigiéndose á Morok, para que no piensen que me muero con el cólera... Creerian que he tenido miedo de mi papel.... Tampoco te hago reproche ninguno, tierno amigo, añadió con una sonrisa sardónica, has abierto muy alegremente mi sepultura... Es verdad que algunas veces, al ver ese agujero negro en que iba á caer, retrocedia algunos pasos... pero tú, tierno amigo, me empujabas suavemente hácia el declive, diciendo; «anda pues, burlon... anda...» Y andaba yo... y hé aquí que he llegado...

Diciendo estas palabras, Duerme-en-cueros dió una carcajada estridente que dejó helado á todo el auditorio cada vez mas conmovido con aquella escena.

—Muchacho, respondió con frialdad Morok, escúchame; sigue mi consejo y...

—Gracias... ya conozco tus consejos... y en lugar de escucharlos..... mas quiero hablar con mi pobre Cefisa..... Antes de bajar á donde están los topos..... le diré lo que tengo en mi corazon.....

—Cállate, Santiago, respondió Cefisa, no sabes el mal que me estás haciendo; te digo que no morirás.

—En tal caso, mi querida Cefisa..... á ti es a quien deberé mi salud, dijo Santiago con un tono grave y penetrado que conmovió profundamente á todos los espectadores. Sí, dijo Duerme-en-cueros, cuando volviendo en mí..... te he visto tan mal vestida, he sentido algo de bueno en lo íntimo de mi corazon, y ¿sabes por qué?... por que me he dicho á mí mismo..... ¡Pobre muchacha! Me ha cumplido valerosamente su palabra... ha preferido trabajar, sufrir, aguantar privaciones..... que tomar un amante que le hubiera dado..... lo que le dí yo... mientras pude..... y ese pensamiento... ¿ves, Cefisa?... me ha refrescado el alma..... y tenia necesidad.... porque estaba ardiendo..... y ahora tambien ardo, añadió con los puños contraidos por el dolor..... en fin, he sido feliz, me ha hecho provecho..... y asi..... gracias, mi buena..... mi escelente Cefisa... sí, has sido buena,

escelente..... has tenido razon.... porque yo no he amado sino á tí en este mundo... y si algunas veces, en medio de mi embrutecimiento... tenia yo un pensamiento que me sacase del lodazal.... que escitase en mi pecho un sentimiento de no ser mejor... ese pensamiento me venia siempre por relacion á tí...... gracias pues, pobre amiga mia, cuyos ardientes y secos ojos se pusieron entonces húmedos, gracias otra vez, y alargó á Cefisa su mano ya fria, si muero...... moriré contento..... si vivo... viviré feliz tambien... dame la mano.... mi buena Cefisa; tu mano..... has obrado como leal y honrada criatura...

En lugar de tomar la mano que la alargaba su amante, Cefisa siempre arrodillada bajó la cabeza y no se atrevió á levantar los ojos á Santiago.

—¿No me respondes? dijo este inclinándose hácia aquella jóven; ¿no me tomas la mano? ¿pues por qué?

La infeliz jóven no respondió sino con sollozos ahogados: agoviada por la vergüenza, estaba en una actitud tan humilde, tan deprecatoria, que su frente tocaba casi á los piés de su amante.

Atónito Santiago del silencio y de la conducta de la reina Bacanal, la estaba mirando con una sorpresa cada vez mayor. De repente, alterándose de grado en grado sus facciones, temblándole los labios, dijo casi tartamudeando:

—Cefisa, te conozco... si no tomas mi mano... es que... y en seguida, faltándole la voz, añadió con bajos acentos, despues de una breve pausa: cuando hace seis semanas me llevaron preso, me digiste..... Santiago, te lo juro por mi vida... trabajaré... viviré, si es necesario, en una miseria horrible.... pero viviré honrada.... Eso es lo que me prometiste... Ahora, como sé que jamás has mentido... dime que has cumplido tu palabra... y te creeré.

Cefisa no respondió sino con un sollozo desgarrador apretando las rodillas de Santiago contra su ahogado pecho.

Contradiccion estraña y mas frecuente que lo que se cree... Aquel hombre embrutecido por la borrachera y el libertinage; aquel hombre que, desde que salió de la cárcel, habia cedido brutalmente, de orgia en orgia, á todas las escitaciones mortales de Morok; aquel hombre recibia un golpe horroroso al conocer, por la muda confesion de Cefisa, la infidelidad de aquella criatura que habia él amado á pesar de la degradacion que, á la verdad, jamás habia disimulado Cefisa á Santiago.

Terrible fué el primer movimiento de Santiago; á pesar de su postracion y de su debilidad, logró ponerse en pié: entonces con el rostro contraido por la rabia y la desesperacion, cogió un cuchillo, y antes que nadie hubiese podido impedirlo, lo levantó sobre Cefisa.

Pero al instante de darle el golpe, arredrado por la idea de un homicidio, arrojó lejos de sí el cuchillo y volvió á caer desfallecido en su silla, cubriéndose la cara con las dos manos.

Al grito de Nini Moulin, quien se habia echado, demasiado tarde, sobre Santiago para arrancarle el cuchillo, alzó Cefisa la cabeza; el doloroso abatimiento de Duerme-en-cueros le despedazó el corazon: se levantó de repente, se le echó al cuello á pesar de su resistencia y esclamó en medio de los sollozos que ahogaban su voz:

—Santiago... si supieses... ¡Dios mio!.. si supieses... escucha... no me condenes sin oirme... te lo voy á decir todo... te lo juro... todo... Este hombre (indicó á Morok) no se atreverá á negar... ha venido... y me ha dicho... Tened ánimo para...

—Yo no te hago reproche ninguno... no tengo derecho para ello... Déjame morir tranquilo.... yo.... ¡pido mas que eso.....

ahora... dijo Santiago con voz mas debilitada, rechazando á Cefisa. Y despues añadió con una sonrisa lastimosa y amarga: Felizmente... ya está hecha mi cuenta... bien sabia yo... lo que hacia... aceptando... el desafío... á Cognac...

—No... no morirás y me oirás... esclamó Cefisa desatinada, me oirás... y me oirá todo el mundo... y se verá... si es culpa mia... No es verdad... señores?.. si me rezco compasion... vosotros pedireis á Santiago que me perdone... porque en fin... si arrastrada por la miseria... no hallando qué hacer, me he visto precisada á venderme... no por tener lujo; ya veis estos andrajos... sino por ganar pan y proporcionar un abrigo á mi pobre hermana, que estaba enferma... moribunda y aun mas miserable que yo..... habia en todas estas circunstancias motivo para tener compasion de mí..... porque se cree que cuando se vende una, lo hace por su gusto... y al decir esto soltó la infeliz una carcajada espantosa... despues añadió en voz baja con un estremecimiento de horror: ¡Oh! si supieses tú... Santiago... es cosa tan infame, tan horrible, escucha, el venderse asi... que mas he querido morir que comenzar de nuevo semejante... Iba á matarme.... cuando me han dicho que estabas aquí. Y despues, viendo que Santiago sin responderla sacudia tristemente la cabeza, aplomándose sobre sí mismo, aunque lo sostenia Nini Moulin, Cefisa esclamó, presentándole las manos unidas en actitud de quien suplica:

—¡Santiago! ¡una palabra! ¡una sola palabra! ¡de compasion... de perdon!

—Señores, por gracia, echad fuera á esa muger, esclamó Morok, su vista causa una emocion demasiado penosa á mi amigo.

—Vamos, querida muchacha, sed razonable, dijeron varios convidados profundamente conmovidos, tratando de sacar á Cefisa, dejadle en paz; venid con nosotros; no corre peligro ninguno.

—¡Señores! ¡oh, señores! esclamó la infeliz criatura, deshaciéndose en lágrimas y levantando sus manos suplicantes, escuchadme, permitidme que os diga..... haré lo que querais..... me iré..... pero por Dios enviad á buscar quien le socorra, no le dejeis morir asi. Pero mirad... ¡Oh Dios mio! está sufriendo dolores atroces: sus convulsiones son horribles.

—Tiene razon, dijo uno de los convidados corriendo hácia la puerta, es necesario enviar á buscar un médico.

—No se hallará médico ninguno por ahora, dijo otro, están todos demasiado ocupados.

—Lo mejor que podemos hacer, dijo otro interlocutor, ya que está enfrente el Hôtel-Dieu, seria el llevar allí á este pobre muchacho: una añadidura de la mesa servirá de bayarte y un mantel de sábana.

—Sí, sí; eso es: dijeron muchas voces, llevémoslo y salgamos de esta casa.

Santiago corroido por el aguardiente, trastornado por su conversacion con Cefisa, habia caido de nuevo en otra crisis violenta de nervios.

Era la agonía de aquel infeliz..... fué necesario atarlo con los largos cabos del mantel: dos de los del banquete se ofrecieron con muy buena voluntad á trasportarlo.

Cedieron á las súplicas de Cefisa quien habia solicitado como última gracia que le permitiesen acompañar á Santiago hasta el hospital.

Cuando salió aquel siniestro convoy de la gran sala de la fonda, hubo entre los convidados una escena de desercion general: hombres y mugeres se envolvieron apresuradamente con sus capas para cubrir sus trajes. Por fortuna habian llegado ya los carruajes que se habian pedido en

número suficiente para la vuelta de la mascarada. Se habia llevado hasta el cabo el desafío. Concluida la valentonada se podian retirar con los honores de la guerra. Aun estaba en la sala buena parte de los convidados, cuando se oyó un clamor al principio lejano, pero que fué poco á poco acercándose y estalló en el atrio de Nuestra Señora con una fuerza increible.

Habian bajado á Santiago hasta la puerta esterior de la taberna. Morok y Nini-Moulin iban delante del bayarte improvisado, tratando de abrirse un camino á traves de la gente, para poder llegar hasta el Hôtel-Dieu.

Pronto vino un reflujo de gente que les forzó á detenerse, y un acrecentamiento de clamores salvajes resonó á la otra estremidad de la plaza, al ángulo de la iglesia.

—Pues, ¿qué hay? preguntó Nini-Moulin á un hombre de innoble figura que saltaba detras de él..... ¿qué gritos son esos?

—Es otro envenenador que acuchillan como al primero cuyo cuerpo acaban de arrojar al rio poco hace.... respondió el hombre..... Si quereis DIVERTIROS, seguidme, añadió entónces, y dad buen codazo, sino llegaremos *demasiado tarde.*

Apenas habia pronunciado aquel miserable estas palabras, un grito horroroso resonó por encima del rumor que producia toda aquella turba que con tanta dificultad iban atravesando los que llevaban el bayarte de Duerme-en-cueros, precedidos de Morok y de Nini-Moulin. Cefisa era quien habia dado aquel grito desgarrador... Santiago, uno de los siete herederos de la familia Renepont, acababa de espirar en sus brazos...

¡Coincidencia fatal! En el instante mismo en que la desesperada esclamacion de Cefisa anunciaba la muerte de Santiago... se alzó otro grito en la otra parte del atrio de Nuestra Señora, donde daban muerte á un envenenador...

Aquel grito lejano, deprecatorio, y lleno de un espanto horrible y palpitante como el último alarido de un hombre que forcejea para evitar los golpes que le dan sus asesinos, dejó helado á Morok en medio de su triunfo execrable.

—¡Infierno! esclamó este hábil asesino, que habia escojido por armas homicidas, pero legales la embriaguez y la orgía.... ¡Infierno!.... es la voz del abate de Aigrigny que están matando.

VI.

ER ENVENENADOR.

Son necesarias algunas líneas retrospectivas para poder emprender la narracion de los acaecimientos relativos al padre de Aigrigny, cuyo desesperado alarido habia causado tanta impresion á Morok en el instante mismo en que acababa de morir Santiago Renepont.

Las escenas que vamos á describir son atroces..... Si nos fuese permitido el esperar que sirvan algun dia de escarmiento, este horroroso cuadro tendria por objeto el prevenir, por el horror mismo que acaso inspirará, esos escesos de una barbarie mostruosa á que se deja arrastrar á las veces la multitud ignorante y ciega, cuando imbuida en los errores mas funestos, consiente en que la guien cabecillas estúpidos y feroces.

Ya lo hemos dicho, circulaban en Paris los rumores mas absurdos y alarmantes; no solamente se hablaba del envenenamiento de los enfermos y de las fuentes públicas, sino que se añadia tambien que se habian sorprendido algunos miserables que echaban arsénico en las colodras que los vinateros tienen por lo ordinario preparadas y llenas sobre sus mostradores.

Goliath debia ir á reunirse con Morok, despues de haberle llevado un recado al Padre de Aigrigny, quien le estaba esperando en una casa de la plaza del palacio del arzobispo.

Habia entrado Goliath en la tienda de un vinatero de la calle de la Calandre, para beber un trago; despues de haber bebido dos vasos de vino, los pagó.

Mientras la tabernera buscaba en el cajon moneda menuda para volverle, Goliath apoyó maquinalmente y con la mayor inocencia su mano en el orificio de una colodra que estaba junto á él.

La grande estatura de ese hombre, su cara tan desagradable, su fisonomía salvaje, habian inspirado recelos á la tabernera, prevenida ya y alarmada por los rumores públicos en cuanto á envenenadores; pero cuando vió á Goliath poner su mano en la boca de una de las colodras, llenóse de espanto y esclamó:

—¡Ay! ¡Dios mio! Acabais de echar algo en esa vasija.

Al oir aquellas palabras, dichas en alta voz con el acento del terror, dos ó tres bebedores que estaban sentados junto á una mesa de la taberna se levantaron, se acercaron al mostrador, y uno de ellos dijo aturdidamente:

—¡Es un envenenador!

Goliath, ignorando los rumores que circulaban por aquel barrio, no comprendió al principio de qué le acusaban. Los bebedores levantaron cada vez mas la voz interpelándole; él, confiado en sus fuerzas, levantó los hombros con desprecio y pidió groseramente los cambios, que la tabernera, palida, y amedrentada, ni pensaba siquiera en volverle.

—¡Bandido! gritó uno de los bebedores con tanta violencia, que se detuvieron los que pasaban por la calle... ¡te se volveran los cambios cuando digas que es lo que has echado en la colodra!

—¡Cómo! ¿ha echado algo en la colodra? dijo un transeunte.

—¡Puede que sea un envenenador! añadió otro.

—En tal caso seria necesario prenderlo, dijo otro nuevo interlocutor.

—Si, sí, dijeron los bebedores, hombres de bien acaso, pero dominados por el terror pánico general... es necesario prenderlo... se le ha sorprendido echando veneno en una de las vasijas del mostrador.

Aquellas palabras *¡es un envenenador!* circularon rapidamente en medio de aquel grupo, que, formado al principio de tres ó cuatro personas solamente, iba acrecentándose a cada instante en la puerta del vinatero: comenzáronse á levantar gritos sordos y amenazadores: el bebedor que habia acusado a Goliath, viendo sus temores propagados, y por eso mismo justificados, creyó hacer acto de buen ciudadano poniéndole la mano al cuello y diciéndole:

—¡Ven á esplicarte en el cuerpo de guardia, bandido!

El gigante, muy irritado ya de todas aquellas injurias, cuyo verdadero sentido ignoraba, se exasperó con aquella brusca arremetida; cediendo á su brutalidad ordinaria, echó sobre el mostrador á su adversario y lo escachó á puñetazos.

Durante aquella colision, algunas botellas y dos ó tres cristales se rompieron con estrépito; mientras tanto, la tabernera cada vez mas amedrentada, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Socorro!.... ¡Qué envenenan!.... ¡que asesinan!... ¡La guardia... la guardia! ..

Al estrepitoso ruido de vidrios rotos, á aquellos gritos de apuro, los transeuntes reunidos en tropel, muchos de los cuales creian que habia emponzoñadores, se precipitaron á la taberna para ayudar á los bebedores á apoderarse de Goliath. Gracias á sus fuerzas hercúleas, éste, despues de haber luchado algun rato contra siete ú ocho, echó á tierra dos de los que le asaltaban mas furiosos, apartó á los otros, se

acercó al mostrador, y tomando un vigoroso arranque, se precipitó, con la cabeza baja como un toro en la plaza contra la multitud que obstruia la puerta, y despues, ensanchando con el ausilio de sus enormes espaldas y sus brazos de atleta, el hueco que habia producido, se abrió camino á través de aquel tropel, y se puso á correr cuanto podia hácia el átrio de Ntra. Sra. con los vestidos desgarrados, la cabeza descubierta y el rostro pálido y encolerizado.

Inmediatamente un gran número de los que componian aquel tropel se pusieron á correr detrás de Goliath, y mas de cien voces gritaron:

—¡ Detenedlo... detened al envenenador!

Oyendo aquellos gritos y viendo huir á un hombre de mala traza y tan inmutado, el criado de un carnicero que pasaba por allí llevando en la cabeza una gran canasta vacía, la echó á los pies de Goliath; sorprendido por semejante obstáculo, dió éste un traspies y cayó en tierra. El criado del carnicero creyendo hacer una accion tan heróica como si se hubiese arrojado sobre un perro rabioso, se echó sobre Goliath, y, dando vueltas con él por tierra, gritaba:

—¡ Socorro! ¡ es un envenenador!..... ¡ Socorro!

Pasaba esta escena á corta distancia de la catedral; pero bastante lejos de la multitud que se aglomeraba delante del Hôtel-Dieu, y de la casa del fondista en donde habia entrado ya la mascarada del cólera (porque sucedia esto hácia el fin del dia.) Al oir los gritos del carnicero, varios grupos al frente de los cuales estaban Cebolleta y el cantero, corrieron al teatro de la lucha mientras los transeuntes que perseguian á Goliath desde la calle de Calandre, llegaban por su parte al átrio.

Al aspecto de aquella turba amenazadora que venia hácia él, Goliath, quien continuaba defendiéndose contra el mozo carnicero que lo combatia con la tenacidad de un dogo, vió que estaba perdido si no se libertaba primeramente de aquel adversario. De un terrible puñetazo le rompió la quijada al carnicero, quien por entonces estaba encima, logró desasirse de sus lazos, se levantó, y aunque aturdido, dió algunos pasos hácia adelante.

Se detuvo súbitamente.

Se vió cercado.

Detrás de él se levantaban las altas paredes de la catedral: á su derecha, su izquierda y en frente venia una muchedumbre hostil.

Los atroces alaridos que arrancaba el dolor al carnicero, á quien acababan de levantar lleno de sangre, aumentaban aun mas la cólera de aquel populacho.

Hubo entonces un instante terrible para Goliath;.... fué aquel en que solo aun, en medio del espacio que se iba estrechando de segundo en segundo, vió por todas partes enemigos encolerizados que se precipitaban sobre él dando gritos de muerte.

Asi como el jabalí acosado por los perros dá una ó dos vueltas al rededor suyo antes de decidirse á hacer frente á la encarnizada jauria, asi tambien Goliath, atontado por el terror, dió hácia acá y hácia acullá algunos pasos bruscos, indecisos, y despues, renunciando á una huida imposible, y advirtiéndole su instinto que no tenia que esperar ni gracia ni compasion de una multitud poseida de un furor sordo y ciego, furor tanto mas desapiadado cuanto se cree legítimo, Goliath quiso al menos vender cara su vida; buscó su cuchillo en la faldriquera, y no hallándolo, arqueó su pierna izquierda tomando una postura atlética, echó hácia adelante, medio desplegados sus brazos musculosos, duros y tiesos como dos barras de hierro,

y, afirmando el pié, esperó valientemente el choque.

La primera persona que llegó cerca de Goliath fué Cebolleta.

La megera, sofocada por el sobrealiento, en lugar de arrojarse sobre él, se detuvo, se abajó, cogió uno de los enormes zapatos de palo que llevaba, y lo tiró á la cabeza del gigante con tanto vigor, con tanto acierto, que le encajó el golpe en medio del ojo, sacándoselo casi todo ensangrentado de la órbita.

Echó Goliath las dos manos á la cara, lanzando al mismo tiempo un grito de dolor atroz.

—Le he hecho mirar de través, dijo Cebolleta riéndose á carcajadas.

Goliath, enfurecido por el dolor, en lugar de aguardar los golpes que vacilaban en darle sus enemigos, á quienes causaba mucho respeto su apariencia de fuerzas hercúleas, (el cantero digno adversario suyo habia sido rechazado por un movimiento de aquella turba) Goliath, impelido por la rabia, se arrojó sobre el grupo que estaba cerca de él.

Era demasiado desigual semejante lucha para poder durar mucho tiempo, pero, doblando la desesperacion la fuerzas del gigante, hubo un momento de combate terrible.

El infeliz no cayó inmediatamente...... Durante algunos segundos, desapareciendo casi enteramente bajo el enjambre de agresores encarnizados, se vió tan pronto uno de sus brazos de Hércules levantarse y caer machucando cráneos y rostros, tan pronto su cabeza enorme, lívida y ensangrentada se caia hácia atrás, arrastrada por un combatiente asido á sus cabellos crespos. Por acá y por acullá, los bruscos apartamientos, las violentas oscilaciones de la multitud manifestaban la increible energía de la defensa de Goliath. Llegó al fin á Goliath el cantero, y cayó aquel en tierra.

Un largo clamor de alegria anunció aquella caida, porque en semejantes circunstancias caer... es morir.

Asi es que mil voces sofocadas y coléricas repitieron al instante el grito de...

=¡ Muera el envenenador !

Entonces comenzó una de aquellas escenas de asesinato y de tortura, dignas de caníbales, escesos horribles, tanto mas increibles cuanto tienen por testigos impasibles y acaso por cómplices muchas veces gentes honradas, humanas, las cuales estraviadas por creencias ó por preocupaciones estúpidas, se dejan arrastrar á toda especie de actos bárbaros, creyendo que no hacen mas que cumplir un acto de inexorable justicia.

Asi como sucede muchas veces, la vista de los arroyos de sangre que salia de las heridas de Goliath embriagó á sus agresores y redobló su rabia.

Mas de cien brazos cayeron sobre aquel infeliz: le pisotearon, le escacharon la cara, le desencajaron el pecho. De tiempo en tiempo, en medio de los gritos furiosos de: ¡ Muera el envenenador ! se oian varios golpes sordos seguidos de gemidos sofocados: era una ralea espantosa: cada cual cediendo á un vértigo sanguinario, queria dar su golpe, arrancar su pedazo de carne; se vieron mujeres... sí, mujeres y aun madres... que se encarnizaban contra aquel cuerpo mutilado.

Hubo un instante de espantoso terror.

Goliath, con el rostro magullado y lleno de lodo, con los vestidos hechos pedazos, con el pecho desnudo... ensangrentado... abierto... Goliath, aprovechando un instante de cansancio en sus verdugos que lo creian muerto, logró con uno de aquellos sobresaltos frecuentes en las agonías, ponerse en pié por algunos segundos; enton-

ces, ciego ya por sus heridas, y agitando sus brazos como para defenderse de golpes que nadie pensaba en darle, murmuró las palabras siguientes, que salieron de su boca envueltas en arroyos de sangre.

—Gracia... no he envenenado... gracia.

Esa especie de resurreccion produjo un efecto tan grande sobre aquella multitud, que por un instante, retrocedió con asombro: cesaron los clamores; dejaron un po co de espacio al rededor de la víctima... y comenzaban á compadecerse algunos corazones cuando el cantero, viendo á Goliath, cegado por su sangre, estender sus manos hácia uno y otro lado, hizo una alusion feroz á un juego conocido y dijó:

—¡ *Casse-cou!*

Y despues, dándole una patada terrible en el estómago, echó de nuevo por tierra á aquella víctima, cuya cabeza rebotó dos veces en el suelo.

Al instante en que caía el gigante, salió una voz de en medio de la multitud, diciendo:

—Es Goliath... deteneos... está inocente ese desgraciado.

Y el padre d'Aigrigny (porque era él), cediendo á un sentimiento generoso, hizo violentos esfuerzos para llegar hasta la primera línea de los actores de aquella escena; lo logró y entonces, pálido, indignado y amenazador esclamó:

—¡Sois unos viles, unos asesinos! Este hombre es inocente; le conozco. Responderéis de su vida.

Con gran rumor fueron recibidas aquellas vehementes palabras del padre d'Aigrigny.

—Tu conoces á ese envenenador, dijo el cantero, cojiendo por los cabellos al jesuita: puede que seas tu tambien un envenenador.

—¡Miserable! esclamó el padre d'Aigrigny tratando de libertarse de las manos del cantero; ¿tú te atreves á ponerme las manos?

—Si... ¡me atrevo á todo, yo! respondió el cantero.

—Le conoce.... luego es un envenenador... como el otro.

Eso comenzaban á gritar en la muchedumbre que se acercaba á los dos adversarios, miéntras Goliath, quien al caer se habia abierto la cabeza, daba ruidosas resolladas de agonizante.

Hizo el padre d'Aigrigny, habiéndose desprendido del cantero, un movimiento brusco y cayó en tierra, rodando hasta junto al cuerpo de Goliath, un frasquito de cristal, muy grueso, de forma muy singular, lleno de un licor verdoso.

Al ver aquel frasquito, gritaron muchas voces:

—Es veneno... miradlo, lleva frascos en el bolsillo.

Con aquella acusacion redoblaron los gritos, y comenzaron á estrechar tan de cerca al abate d'Aigrigny, que esclamó este:

—No me toqueis... no os acerquéis á mí.

—Si, es un envenenador, dijo una voz; no haya mas gracia para él que para el otro.

—Yo..... ¡envenenador! respondió el abate lleno de estupor.

Cebolleta se habia arrojado sobre el frasquito: cojiólo el cantero, le quitó el corcho y presentándoselo al abate d'Aigrigny le dijo:

—¿Y esto qué es?

—Eso no es veneno, respondió el padre d'Aigrigny.

—Entonces bébelo, replicó el cantero.

—Si, sí; que lo beba, gritó la multitud.

—¡Jamás! respondió el padre d'Aigrigny espantado.

Y retrocedió, rechazando vivamente el frasquito con la mano.

—¿Lo véis?... Es veneno... no se atreve á beberlo, gritaron entonces.

Y estrechado por todas partes, el padre

d'Aigrigny daba traspiés es sobre el cuerpo de Goliath.

—Amigos mios, esclamó el jesuita, quien sin ser envenenador se hallaba sin embargo en una alternativa muy terrible, porque el frasquito contenia sales preservativas tan fuertes y tan peligrosas para quien los bebiese como una ponzoña, ¡amigos mios! os equivocais; en nombre del Señor os juro que...

—Si no es veneno, bebedlo pues, replicó el cantero presentando su frasquito al jesuita.

—¡Si! ¡Muera... muera!

—Pero, miserables, esclamó el padre d'Aigrigny con los cabellos erizados de terror, ¿me queréis asesinar?

—¿Y todos los que habeis envenenado tú y tu camarada, bandido?

—Pero no es verdad... y....

—Pues entonces bebe... respondia el inflexible cantero; por la última vez... decídete.

—Beber... pero eso... es morir (1), esclamó el padre d'Aigrigny.

—¡Ah! veo al infame, respondió la multitud apretándose mas; lo confiesa.... lo confiesa...

—¡Se ha descubierto!

—Ha dicho: beber eso... es morir.

—Pero escuchadme..... esclamó el padre d'Aigrigny juntando las manos, ese frasco... es...

Interrumpieron al abate gritos furiosos.

—¡Cebolleta! concluye con ese, dijo el cantero empujando con el pié el cuerpo del infeliz Goliath, yo voy á comenzar este otro.

(1) Este hecho es verdadero. Un hombre fué hecho pedazos porque llevaba un frasquito lleno de sal amoniaco. Habiendo rehusado el beberlo, el populacho creyendo que era veneno, mató á aquel desgraciado y lo hizo añicos.

Y echó mano al cuello del padre d'Aigrigny.

Al oir aquellas palabras se formaron dos grupos.

El uno, á cuyo frente estaba Cebolleta, acabó con Goliath, á patadas, á zapatazos y á pedradas: poco tiempo despues no era su cuerpo sino una cosa horrible, mutilada, sin nombre, sin forma, una masa inerte, amasada con lodo y carnes molidas.

Dió Cebolleta su tartan; lo anudaron á uno de los pies dislocados del cadáver, y lo arrastraron hasta el parapeto del muelle.

Y alli, en medio de los gritos de una alegria feroz, echaron al rio aquellos restos ensangrentados.

Y ahora ¿no se estremece uno al pensar, que, en una época de emocion popular, basta una palabra, una sola palabra, dicha por un hombre honrado y acaso sin odio ninguno, para provocar un homicidio tan espantoso?

—*Puede que sea un envenenador.*

Eso es lo que habia dicho aquel bebedor de la calle de la Calandre..... nada mas..... y habian asesinado despiadadamente á Goliath.

¡Cuantas razones imperiosas para que se difundan las luces y la instruccion en lo mas profundo de las masas populares, y puedan asi muchos infelices defenderse contra tantas preocupaciones estúpidas, tantas supersticiones funestas, tantos fanatismos implacables!

¿Cómo se ha de ecsigir la calma, la reflecsion, el imperio sobre sí mismo, el sentimiento de la justicia á esos séres abandonados, á quienes embrutece la ignorancia, á quienes deprava la miseria, á quienes encolerizan los sufrimientos, y en quienes no piensa la sociedad sino cuando es necesario encadenarlos en el baño, ó matarlos para entregarlos al verdugo?

. . . .

El grito terrible que espantó á Morok era el que lanzó el padre d'Aigrigny, cuando poniéndole el cantero encima su formidable mano, dijo á Cebolleta indicándole al agonizante Goliath:

—Concluye con ese; yo voy á comenzar con este otro.

VII.

LA CATEDRAL.

Ya era enteramente de noche cuando echaron al rio el cadáver mutilado de Goliath.

Las oscilaciones de la muchedumbre habian rechazado hasta la calle que está á lo largo del lado izquierdo de la catedral el grupo en cuyo poder estaba el padre d'Aigrigny, el cual habia logrado libertarse de las manos del cantero, pero estrechado siempre por la turba que lo apretaba cada vez mas, gritando *¡muera el envenenador!* retrocedia paso á paso tratando de evitar los golpes que le querían dar. A fuerza de serenidad de espíritu, de destreza y de valor, recuperando en aquel momento crítico su antigua enerjía militar, habia podido resistir hasta entonces y tenerse de pié, sabiendo por la esperiencia de Goliath, que caer era morir.

Aunque tenia poca esperanza de que le oyesen útilmente, no dejaba de pedir con todas sus fuerzas ayuda y socorro.... Cediendo el terreno pié á pié, maniobraba de modo que acercándose á una de las paredes laterales de la iglesia, logró al fin arrinconarse en un ángulo formado por la esquina saliente de una pilastra junto al marco de una puerta pequeña.

Aquella posición era bastante favorable al padre d'Aigrigny, quien, apoyando las espaldas á la pared, estaba asi á cubierto de una parte al menos de sus agresores. Pero queriendo el cantero quitarle esta última esperanza de salud, se arrojó á él para agarrarlo y llevarlo al centro del círculo donde lo hubieran pisoteado: dándole al padre d'Aigrigny el terror y la muerte una fuerza estraordinaria, pudo rechazar aun vigorosamente al cantero y quedarse como incrustado en el ángulo en que se habia refugiado.

La resistencia de la víctima dobló la rábia de los agresores, y resonaron de nuevo con mayor violencia gritos de muerte.

El cantero se echó de nuevo sobre el padre d'Aigrigny, diciendo:

—¡Conmigo, amigos!.... esto dura demasiado.... ¡concluyámoslo!

Vióse perdido el padre d'Aigrigny.

Estaban agotadas sus fuerzas.... se sentía desfallecer.... le temblaban las piernas.... una nube obscurecía sus ojos.... los ahullidos de aquellos furiosos no llegaban ya á sus oidos sino medio encubiertos. Comenzaba ya á sentir el dolor de varias contusiones violentas que habia recibido durante la lucha en la cabeza y sobre todo en el pecho. Dos ó tres veces llegó á los labios del abate una espuma sangrienta; era desesperada su posicion.

—¡Morir aporreado por aquellos brutos despues de haberse libertado tantas veces en la guerra de peligros mortales!

Tal era el pensamiento del padre d'Aigrigny cuando se arrojó sobre él el cantero.

De repente en el instante mismo en que el abate, cediendo al instinto de la conservacion, pedia por última vez socorro con una voz penetrante, se abrió la puerta á la cual estaba apoyado y lo entró en la iglesia un puño firme.

Gracias á aquel movimiento tan rápido como el relámpago, el cantero que se habia lanzado hácia adelante para cojer al P. d'Aigrigny, no pudo contener su ímpetu y se encontró cara á cara con el personaje que acababa de sustituirse por decirlo asi á la víctima que habia salvado.

Detúvose de repente el cantero, y despues retrocedió dos pasos, atónito como la multitud, de esa brusca aparicion, y conmovido como la multitud por un vago sentimiento de admiracion y de respeto á la vista del que acababa de socorrer tan milagrosamente al P. d'Aigrigny.

Era el abate Gabriel.

El jóven misionero permanecia de pié en el umbral de la puerta.

Se divisaban las formas de su larga sotana negra en la profundidad semi-luciente de la catedral, mientras su adorable rostro de arcángel, encerrado en el cuadro de sus largos cabellos rubios, pálido, con movido de compasion y de dolor, estaba suavemente iluminado por los últimos vislumbres del crepúsculo.

Resplandecia aquella fisonomía con una bondad casi divina; espresaba una compasion tan conmovente y tan tierna, que se sintió la multitud enternecida cuando Gabriel, humedecidos con las lágrimas sus grandes ojos azules, reuniendo y elevando las manos, esclamó con una voz sonora y palpitante.

—Gracia... hermanos mios... sed humanos..... sed justos.

Reponiéndose el cantero de un movimiento involuntario de sorpresa y de emocion, dió un paso hácia Gabriel, diciendo:

—No hay gracia para el envenenador... tenemos que cojerlo..... que nos lo entreguen..... ó entraremos á buscarlo.

—¿Pensais lo que decís, hermanos mios?.... respondió Gabriel, en esta iglesia..... en un lugar sagrado... para cuantos se ven perseguidos.....

—Le hemos de echar mano al envenenador aunque esté en el altar, respondió brutalmente el cantero, asi pues entregádnoslo.

—Escuchad, hermanos mios..... dijo Gabriel levantando los brazos al cielo.

—¡Fuera los solideos! gritó el cantero, el envenenador se oculta en la iglesia, entremos en la iglesia.

—¡Sí, sí, gritó de nuevo la turba arrastrada por la violencia de aquel miserable, fuera los solideos!

—Se entienden entre ellos.

—¡Fuera los monigotes!

—Entremos ahí como al arzobispado.

—Como á Saint German-el-Auxerrois.

—¡Qué nos importa á nosotros que sea una iglesia!

—Si los monigotes defienden á los envenenadores, al rio los monigotes.

—¡Sí, si!

—Y os voy á enseñar yo el camino.

Diciendo esto, el cantero seguido de Cebolleta y de un buen número de hombres resueltos, dió un paso hácia Gabriel.

El misionero, viendo que se iba reanimando de algunos segundos á aquella parte la cólera de la multitud, habia previsto aquel movimiento; entrando de repente en la iglesia, logró á pesar de los esfuerzos de los agresores, mantener la puerta casi cerrada, y barrearla lo mejor que pudo con una palanca que apoyó por un cabo en las losas y por el otro en el ángulo de uno de los travesaños horizontales: gracias á esa especie de estribo podia la puerta resistir aun durante algunos minutos.

Gabriel sin cesar de mantener así la puerta, le gritaba al P. d'Aigrigny.

—Huid, padre mio..... huid por la sacristia... todas las otras salidas están cerradas.....

El jesuita anonado, cubierto de contusiones, inundado de un sudor frio, sintiendo que le iban á abandonar las fuerzas, y creyéndose al fin en salvo, se habia echado medio desmayado encima de una silla.

A la voz de Gabriel se levantó el abate con mucho trabajo, y con pasos trémulos y apresurados trató de llegar al coro que

estaba separado por una reja de lo demas de la iglesia.

—Pronto, padre mio..... añadió Gabriel con espanto sosteniendo con todas sus fuerzas la puerta vigorosamente atacada por los agresores, apresuraos..... ¡Dios mio!... apresuraos..... Dentro de pocos minutos... será demasiado tarde...

Despues añadió el misionero con desesperacion:

—Y estar solo... solo contra todos esos insensatos.....

Estaba solo en efecto.

Cuando comenzó el ruido del primer ataque, habia en la iglesia tres ó cuatro sacristanes ó empleados de *Fábrica* (administracion de lo material de la iglesia); pero recordando el saqueo del arzobispado y de Saint German-el-Auxerrois, huyeron inmediatamente llenos de espanto: los unos se refugiaron y ocultaron en el órgano, al cual subieron con mucha rapidez; los otros huyeron por la sacristia, cerrando las puertas por dentro, privando asi de todo recurso para escaparse á Gabriel y al P. d'Aigrigny.

Este último con el cuerpo arqueado por el dolor, escuchando las urgentes recomendaciones del misionero, apoyándose en las sillas que encontraba al paso, hacia vanos esfuerzos para llegar hasta la reja del coro.

Al cabo de algunos pasos, vencido por la emocion y por el padecimiento, vaciló... se agovió sobre sí mismo... cayó sobre las losas... y perdió el sentido.

En aquel mismo instante Gabriel, á pesar de la increible energía que le inspiraba el deseo de salvar al padre d'Aigrigny, sintió que temblaba al fin la puerta bajo un terrible sacudimiento y que iba á caer.

Volviendo entonces la cabeza para asegurarse que al menos habia podido el jesuita salir de la iglesia, Gabriel lo vió, con el mayor espanto, tendido en tierra sin movimiento alguno, á pocos pasos del coro.

Abandonar la puerta medio rota, correr al padre d'Aigrigny, levantarlo y arrastrarlo á la parte de adentro de la reja del coro... fué para Gabriel una accion tan rápida como el pensamiento, puesto que volvia á cerrar la reja en el instante mismo en que el cantero y su banda, habiendo echado por tierra la puerta, se precipitaban en la iglesia.

De pié, fuera del coro, con las manos cruzadas sobre el pecho, Gabriel aguardó tranquilo é intrépido aquella turba exasperada entonces por una resistencia inesperada.

Echada por tierra la puerta, hicieron inmediatamente los agresores una violenta irrupcion; pero hubo entonces una escena muy estraordinaria.

Era ya de noche.

Algunas lámparas de plata esparcian, solas, una luz pálida en el santuario, cuyas naves bajas desaparecian anegadas en la sombra.

Cuando entraron súbitamente en aquella inmensa catedral, oscura, silenciosa y desierta, se quedaron atónitos los mas osados, temblando casi ante la imponente grandeza de aquella soledad de piedra.

Los gritos, las amenazas espiraron en los labios de aquellos furiosos. Hubiérase podido decir que temian despertar los ecos de aquellas bóvedas enormes, de aquellas bóvedas negras, por las cuales rezumaba una humedad sepulcral, que heló las frentes inflamadas de cólera y les cayó sobre los hombros como una capa glacial de plomo.

La tradicion relig'osa, la rutina, los hábitos y los recuerdos de la niñez tienen tanto imperio en ciertos hombres que, así que entraron, muchos de los compañeros del cantero se quitaron respetuosamente la gorra, inclinaron la cabeza descubierta, y anduvieron con precaucion á fin de amor-

tiguar el ruido de sus pasos sobre las losas sonoras.

Y despues se dijeron entre ellos algunas palabras en voz baja y tímida.

Otros poniendo tímidamente los ojos á una altura inconmensurable en los arcos de aquella nave gigantesca perdidos entonces en la oscuridad, se sentian casi arredrados, viéndose tan pequeños en medio de aquella inmensidad llena de tinieblas.

Pero á la primera chanza del cantero que rompió aquel respetuoso silencio, pasó pronto aquella emocion.

—¡Vamos pues, mil truenos! esclamó, ¿tomamos acaso aliento para cantar vísperas? Si hubiese vino en el agua bendita enhorabuena.

Produjeron aquellas palabras algunas carcajadas salvages.

—Y miéntras tanto se nos escapa el bandido, dijo uno.

—Y nos lo roban, añadió Cebolleta.

—Diríase que hay aquí cobardes y que tienen miedo de los sacristanes, añadió el cantero.

—Jamás... respondieron en coro, jamás: no se teme á nadie.

—¡Adelante!

—Sí, sí... adelante... gritaron por todas partes.

Y la animacion, calmada un instante, redobló en medio de un nuevo tumulto.

Poco rato despues habiéndose acostumbrado los agresores á aquella obscuridad percibieron en medio de la pálida auréola de luz que despedia una lámpara de plata, el imponente rostro de Gábriel, de pie á la parte de afuera de la reja del coro.

—El envenenador está aquí escondido en un rincon, dijo el cantero, es menester forzar á este cura á que nos entregue el bandido.

—El responde por el otro.

—El es quien le ha facilitado los medios de esconderse en la iglesia.

—Pagará por ambos si no se encuentra el otro.

A medida que se iba borrando la primera impresion de respeto involuntario que habia sentido la multitud, se levantaban mas las voces y se ponian los rostros tanto mas adustos, tanto mas amenazadores, cuanto era mayor la vergüenza que tenia cada uno de un instante de hesitacion y debilidad.

—¡Si, si! esclamaron muchas voces temblando de cólera, nos es necesaria la vida del uno ó la del otro.

—O la de ambos.

—¡Tanto peor para ese monigote! ¿Por qué nos impide el acuchillar al envenenador?

—¡Muera, muera!

Al oir aquella esplosion de gritos feroces que resonó de un modo espantoso en medio de los gigantescos arcos de la catedral, la multitud, embriagada de rabia, se precipitó hácia la reja del coro, á la puerta del cual estaba de pié Gabriel.

El jóven misionero, quien, clavado en una cruz por los salvajes de las montañas Roqueñas, rogaba aun al Señor que perdonase á sus verdugos, tenia demasiado ánimo en el pecho, demasiada caridad en el alma para no arriesgar mil veces su vida con el objeto de salvar al padre d'Aigrigny á aquel hombre que le habia engañado con tan vil y culpable hipocresía.

VIII.

LOS HOMICIDAS.

El cantero seguido de su banda, y corriendo hácia Gabriel que habia dado algunos pasos delante de la reja del coro, esclamó con los ojos encendidos de rabia:

—¿Donde está el envenenador? Es necesario entregárnoslo.

—¿Y quién os ha dicho que es envenenador, hermanos mios? respondió Gabriel con su voz penetrante y sonora. ¡Un en-

venenador! ¿Y en donde están las pruebas?... ¿Los testigos?... ¿Las víctimas?...

—Basta... No estamos aquí confesándonos... respondió brutalmente el cantero avanzando con aire amenazador, entregadnos á ese hombre; es menester que perezca... sino pagaréis por él...

—¡Sí, sí!... gritaron muchas voces.

—Se entienden entre ellos.

—Nos es menester el uno ó el otro.

—¡Pues bien, aquí estoy yo! dijo Gabriel levantando la cabeza y adelantándose con un aire lleno de resignacion y de majestad. Yo ó él, añadió, ¿que os importa? Teneis sed de sangre, tomad la mia, y os perdonaré, hermanos mios, porque está turbada vuestra razon por un funesto delirio.

Esas palabras de Gabriel, su ánimo, la nobleza de su actitud, la belleza de sus facciones habian impresionado ya á algunos de los agresores, cuando de repente esclamó una voz:

—¡Hola! ¡amigos!.... ahi está el envenenador... detrás de la reja.

—¿En donde está, en donde está? comenzaron á gritar.

—Mirad... ahi... lo veis... tendido en el suelo.

Al oir aquellas palabras, las gentes de aquella banda que hasta entonces habian estado siempre reunidos en masa compacta en la especie de pasadizo que se forma bajo la nave entre las sillas que están allí colocadas, se dispersaron por todas partes para correr á la reja del coro, última y única barrera que defendia al padre d'Aigrigny.

Entretanto el cantero, Cebolleta y algunos otros se adelantaron directamente hácia Gabriel, gritando con una alegría feroz:

—Por esta vez ya le tenemos... ¡Muera el envenenador!

Por salvar al padre d'Aigrigny se hubiera dejado Gabriel acuchillar á la puerta de la reja; pero un poco mas lejos, la reja no tenia sino cuatro piés de altura á lo mas y podian por consiguiente echarla por tierra ó saltar por encima con la mayor facilidad.

El misionero perdió toda esperanza de libertar al jesuita de una muerte horrorosa... Sin embargo, esclamó:

—Deteneos... ¡pobres insensatos!

Y se lanzó á la turba estendiendo hácia ella sus manos.

Su clamor, su ademan y su fisonomía manifestaron una autoridad tan tierna y tan fraternal á la vez, que hubo un instante de indecision entre aquella gente; pero á aquella indecision sucedieron muy pronto gritos cada vez mas furiosos.

—¡Muera! ¡muera!

—¡Queréis su muerte! dijo Gabriel perdiendo de nuevo el color.

—¡Sí!... ¡sí!...

—Pues bien, que muera, esclamó el misionero arrebatado por una inspiracion súbita; sí... que muera al instante.

Estas palabras del jóven sacerdote llenaron de estupor á aquella gente.

Durante algunos segundos, aquellos hombres, mudos, inmóviles, y por decirlo así, paralizados, miraron á Gabriel sorprendidos y atontados.

—Decís que este hombre es culpable, añadió el jóven misionero con una voz trémula de emocion; lo habeis juzgado sin pruebas.... sin testigos.... ¿qué importa? Morirá.... Le echais en cara el ser envenenador.... ¿Y sus víctimas... donde están?... Lo ignorais... ¿Qué importa? condenado está..... Su defensa, ese derecho sagrado de todo acusado... rehusais oirla... ¿Qué importa tampoco? Está pronunciada la sentencia:... Sois á la vez sus acusadores, sus jueces y sus verdugos..... Enhorabuena... No habeis visto jamás á ese infeliz... no os ha hecho mal ninguno, ni

sabeis si el ha hecho mal á nadie... y ante los hombres cargais con la terrible responsabilidad de su muerte... Ya lo oís... de su muerte... Hágase vuestra voluntad... vuestra conciencia os absuelve... consiento en ello... Morirá el condenado.... va á morir... No le salvará la santidad de la casa del Señor...

—No... no... gritaron muchas voces con encarnizamiento.

—No... replicó Gabriel con mayor calor cada vez... Quereis derramar sangre y la derramareis aun en el templo mismo del Señor... Tal es vuestro derecho, segun decís... haceis acto de terrible justicia... Pero entónces, ¿qué necesidad hay de tantos brazos robustos, para acabar á este hombre que está espirando? ¿qué necesidad hay de esos gritos? ¿de esos furores? ¿de esas violencias? ¿se ejecutan asi las sentencias del pueblo, del pueblo equitativo y fuerte? No: el pueblo equitativo y fuerte no castiga como ciego, como furioso, dando gritos de rabia como si se quisiese aturdir para cometer algun vil y horroroso asesinato... No: no se ha de cumplir asi el formidable derecho que quereis ejercer... porque lo quereis ejercer...

—Sí, lo queremos;

Esclamaron el cantero, Cebolleta y algunos de los mas implacables, mientras guardaban silencio otros muchos, conmovidos por las palabras de Gabriel, quién acababa de pintarles con tan vivos colores el horroroso acto que querian cometer.

—Sí, respondió el cantero, es nuestro derecho: queremos matar al envenenador...

Diciendo estas palabras, el miserable con los ojos sanguinolentos y las mejillas inflamadas, se abalanzó al frente de un grupo resuelto, y adelantándose hizo un gesto como si hubiese querido rechazar y separar del paso á Gabriel, siempre de pié y delante de la reja.

Pero en lugar de resistir al bandido, el misionero dió dos pasos hacia él, lo tomó por el brazo y le dijo con voz firme:

—Venid...

Y arrastrando, por decirlo asi, con la mano al cantero asombrado, á quien sus compañeros, atolondrados por aquel nuevo incidente, no se atrevieron á seguir por el pronto... Gabriel, andando rápidamente el espacio que habia de allí al coro, abrió la puerta de la reja; llevó al cantero teniéndole siempre asido por la mano, hasta el cuerpo del P. de Aigrigny, tendido sobre las losas y le dijo:

—Ahi está la victima... ya está condenada... dadle el golpe.

—¡Yo! esclamó el cantero vacilando, ¡yo... solo!

—¡Oh! respondió Gabriel con amargura no hay peligro ninguno... le acabareis con suma facilidad... Mirad... lo ha aniquilado el sufrimiento... apenas le queda un soplo de vida... no hará resistencia ninguna... no tengais temor ninguno...

Quedaba inmóvil el cantero mientras la turba, estraordinariamente impresionada por aquel incidente, se iba acercando poco á poco á la reja sin atreverse á pasarla.

—Dadle pues el golpe, replicó Gabriel dirigiéndose al cantero y mostrándole toda aquella gente con un gesto solemne... Esos son los jueces... y vos sois... el verdugo...

—¡No! esclamó el cantero retrocediendo y volviendo los ojos á otra parte. ¡No soy verdugo,.. yo!

Enmudecieron todos.... Durante algunos segundos no turbó el silencio de la imponente catedral una sola palabra, un solo grito.

Viéndose en un caso desesperado, habia obrado Gabriel con un conocimiento profundo del corazon humano.

Cuando la multitud estraviada por una

pasion ciega, se lanza sobre una víctima con feroces alaridos, y da cada uno su golpe, aquella especie de espantoso homicidio, cometido por todos juntos, les parece á cada uno de ellos menos horrible, porque se divide entre todos ellos la solidaridad... Además, los gritos, la vista de la sangre, la defensa desesperada del hombre que acuchillan, tienen casi siempre por resultado el producir una especie de embriaguez feroz. Pero cójase á uno de esos locos furiosos que han tomado parte en el homicidio: póngasele solo en frente de una víctima incapaz de defenderse, y dígasele: «Dale el golpe!» casi nunca se atreverá á darlo.

Asi habia sucedido con el cantero. Aquel miserable se estremecia á la vista de un homicidio cometido por *él solo*, á sangre fria.

La escena que se acaba de describir habia pasado muy rápidamente; entre los compañeros del cantero que mas se habian acercado á la reja, algunos no podian entender una impresion que hubieran sentido ellos mismos, como aquel hombre indómito, si como á él se les hubiese dicho: «Haced de verdugo.»

Por consiguiente, muchos de los de su banda murmuraban y vituperaban altamente su debilidad.

—No se atreve á acabar con el envenenador, decia uno.

—¡Vil!

—¡Poltron!

—¡Retrocede!

Oyendo aquellos rumores, corrió el cantero á la reja, la abrió de par en par, y mostrando con un ademan el cuerpo del padre d'Aigrigny, esclamó:

—Si hay alguno mas atrevido que yo, ¡qué vaya á acabarlo!..... ¡qué haga de verdugo..... veamos!

Cesaron los murmullos al oir aquella proposicion.

Reinó de nuevo en la catedral un profundo silencio: todas aquellas fisonomias, irritadas poco antes, se pusieron taciturnas, confusas, casi espantadas; aquella multitud estraviada comenzaba sobre todo á comprender la vil ferocidad del acto que queria cometer.

Nadie se atrevia á ir solo y darle el último golpe á aquel hombre que estaba espirando.

De repente el padre d'Aigrigny dió una especie de alentada de agonizante; su cabeza y uno de sus brazos se levantaron con una especie de movimiento convulsivo, y cayeron de nuevo sobre la losa como si hubiese espirado.

Dió Gabriel un grito de angustia y se puso de rodillas junto al padre d'Aigrigny, diciendo:

—¡Gran Dios! ya está muerto.

Estraña movilidad de la muchedumbre, tan impresionada para lo malo como para lo bueno.

Al alarido desgarrador de Gabriel, aquellas gentes que un instante antes pedian con grandes gritos que se acuchillase al padre d'Aigrigny, se sintieron súbitamente llenas de compasion.

Aquellas palabras *¡ya está muerto!* circularon en voz baja entre la multitud, acompañadas de un pequeño estremecimiento, mientras Gabriel levantaba con una mano la pesada cabeza del padre d'Aigrigny, y con la otra le estaba tomando el pulso á través de su helado cútis.

—Señor cura, dijo el cantero inclinándose hácia Gabriel... ¿de veras? ¿no queda ya recurso ninguno?

Con mucha ansiedad aguardaron la respuesta de Gabriel en medio de un silencio profundo, apenas se atrevian á decir en voz baja algunas palabras.

—¡Bendito seais, Dios mio! esclamó de repente Gabriel; aun palpita su corazon....

—Aun palpita su corazon.... repitió el cantero volviendo la cabeza hácia la multitud para darle aquella buena noticia.

—¡Ah! su corazon palpita aun, respondió en voz baja toda aquella gente.

—Aun queda alguna esperanza..... lo podremos salvar, añadió Gabriel con una espresion de felicidad indecible.

—Podremos salvarlo: respondió maquinalmente el cantero.

—Podremos salvarlo: dijo en voz baja la turba.

—¡Pronto, pronto! dijo Gabriel dirigiéndose al cantero, ayudadme hermano mio... trasportémoslo a alguna casa prócsima... allí se le podran aplicar los primeros remedios.

Obedeció el cantero con la mayor solicitud: miéntras el misionero levantaba el cuerpo del padre de Aigrigny, asiéndolo por debajo de los sobacos, el cantero cojió las piernas de aquel cuerpo casi inanimado, y entre los dos lo sacaron del coro.

Al ver al formidable cantero ayudando al jóven sacerdote a socorrer, á salvar aquel mismo hombre que poco antes persegnia con gritos de muerte, esperimentó aquella multitud un repentino movimiento de compasion. Obedecian aquellos hombres á la penetrante influencia de las palabras, del ejemplo de Gabriel; se sintieron enternecidos y entonces comenzaron todos á ofrecer á porfia sus servicios.

—Señor cura, mejor estará en una silla que se podrá llevar á brazos, dijo Cebolleta.

—¿Quereis que vaya á pedir un bayarte al Hôtel-Dieu? dijo otro.

—Señor cura, dejadme que me ponga en lugar vuestro; es demasiado pesado para vos ese cuerpo.

—No tomeis tanto trabajo, dijo un hombre vigoroso, acercándose respetuosamente al misionero, ya lo llevaré yo, y bien.

—¡Y si fuese yo á buscar un coche, señor cura! dijo un horroroso *gamin* quitándose la gorra griega.

—Tienes razon, dijo el cantero, corre pronto, chiquillo.

—Pero antes pregúntale al señor cura si quiere que vayas á buscar un coche, dijo Cebolleta deteniendo al impaciente mensajero.

—Es verdad, dijo uno de los circunstantes, estamos aqui en una iglesia, y él es quien manda; está en su casa.

—Si, sí: corred, hijo mio, dijo Gabriel al obsequioso muchacho.

Mientras atravesaba este la multitud, se oyó una voz que dijo:

—Aqui tengo yo un frasco cubierto de mimbres con aguardiente; ¿podrá servir de algo?

—Sin duda, respondió con viveza Gabriel, dádmelo, dádmelo..... se le frotarán las sienes al enfermo con ese licor y se le hará respirar.

—Venga el frasco..... gritó Cebolleta, y sobre todo no lo destapeis.

Pasando con precaucion de mano en mano llegó al fin el frasco intacto hasta las de Gabriel.

Mientras iba á llegar el coche, habian puesto provisionalmente al P. d'Aigrigny sentado en una silla, y mientras algunos hombres de vuena voluntad sostenian con mucho cuidado al abate, el misionero le hacia aspirar un poco de aguardiente; al cabo de algunos minutos, produjo la potencia de aquel espíritu sus efectos en el jesuita; hizo algunos movimientos aun que pequeños, y se levantó su oprimido pecho dando un profundo suspiro.

—¡Ya está salvado, ya vivirá! esclamó Gabriel con voz triunfante, ya vivirá, hermanos mios.

—¡Ah! tanto mejor... dijeron muchas voces.

—¡Oh! sí; tanto mejor, hermanos

mios, replicó Gabriel, porque en lugar de veros agoviados por el remordimiento de un crímen, os acordareis de haber hecho una accion justa y compasiva.... Demos gracias á Dios porque ha cambiado vuestro ciego furor en un sentimiento de compasion. Invoquémosle..... para que vosotros mismos y cuantos amais tiernamente no se vean jamas espuestos al terrible peligro de que acaba de libertarse este infeliz. ¡Oh hermanos mios! añadió Gabriel mostrando el Cristo con una emocion conmovente que se iba haciendo cada vez mas comunicativa por la espresion de su angélico rostro ¡oh hermanos mios! No olvidemos jamas que el que ha muerto en aquella cruz por la defensa de los oprimidos, gentes oscuras del pueblo como nosotros, ha dicho aquellas tiernas palabras tan dulces para el corazon; *¡amaos los unos á los otros!* ¡No las olvidemos jamas! Amémonos, hermanos mios; socorrámonos, y asi nosotros que somos pobres, nos haremos mejores y mas justos. Amémonos....... amémonos, hermanos mios, y posternémonos ante el Cristo, ese Dios de todos los oprimidos, de todos los débiles y de todos los que sufren en este mundo.

Diciendo esto, se arrodilló Gabriel.

Todos le imitaron respetuosamente; tal habia sido la influencia de su palabra simple y convencida.

Ya hemos dicho que pocos momentos antes que el cantero y su banda hiciesen la irrupcion en la iglesia, habian huido varias personas que estaban en ella. Dos se habian refugiado en el órgano y desde alli habian asistido invisibles á toda la escena que acabamos de describir; una de ellas era un jóven que estaba encargado de cuidar del órgano y sabia lo bastante para poderlo tocar; profundamente conmovido con el desenlace de aquel acaecimiento tan trágico al principio; cediendo entonces á una inspiracion de artista, aquel jóven, en el instante mismo en que vió á la gente arrodillarse junto á Gabriel, no pudo menos de echar la mano al teclado.

Entonces pareció que se exhalaba del seno de la vasta catedral una especie de suspiro, casi imperceptible al principio, como una aparicion divina, y despues tan suave, tan aéreo como el balsámico olor del incienso, subiendo y esparciéndose hasta las bóvedas sonoras; poco á poco aquellos débiles y suaves acordes, sin perder lo que tenian de velado y de misterioso, se cambiaron en una melodia indefinible, á la vez religiosa, melancólica y tierna que se elevaba hasta el cielo como un canto inefable de reconocimiento y de amor.

Habian sido al principio aquellos acordes tan débiles, tan atenuados, que la multitud arrodillada se habia abandonado sin sorpresa á la irresistible influencia de aquella encantadora armonía.

Muchos ojos hasta entonces secos y airados se llenaron de lágrimas..... muchos corazones endurecidos palpitaron entonces dulcemente recordando aquellas palabras que habia dicho Gabriel con un acento tan tierno: *amémonos los unos á los otros.*

En aquel momento fué cuando el padre d'Aigrigny volvió en sí...... abrió los ojos.

Creyóse bajo la influencia de un sueño.

Habia perdido el sentido á la vista de un populacho furioso, que injuriándole y profiriendo blasfemias, le perseguia con sus gritos de muerte hasta el santo templo.... Abrió los ojos el jesuita; y á la pálida luz del santuario, al sonido de los religiosos acordes del órgano, veia aquella misma turba poco antes tan amenazadora, tan implacable, arrodillada entonces, silenciosa, conmovida, y plegando hu-

mildemente la cabeza ante la magestad del sacrosanto asilo.

. . . .

Algunos momentos despues, Gabriel llevado en triunfo en brazos de aquella multitud, subia al coche, en el fondo del cual estaba ya tendido el padre d'Aigrigny, quien poco á poco habia recbrado enteramente los sentidos.

Aquel carruaje, siguiendo las órdenes que habia dado el jesuita, se detuvo delante de la puerta de una casa de la calle Vaugirard: tuvo el padre d'Aigrigny ánimo y fuerza para entrar solo en aquella morada, en la cual no recibieron á Gabriel, y á la que sin embargo llevaremos al lector.

IX.

EL PASEO.

A la estremidad de la calle de Vaugirard se veia entonces una pared muy alta sin mas abertura en toda su estension que una sola puerta muy pequeña con una rejilla. Por esa puerta se entraba en un patio rodeado de rejas, cubiertas por detrás con persianas que no permitian ver por entre los hierros de la reja; íbase despues á un vasto y hermoso jardin, plantado con simetría, en cuyo fondo se alzaba un edificio de dos pisos, de aspecto enteramente *confortable*, y construido sin lujo, pero con una sencillez rica (perdóneseme esta voz) signo evidente de la opulencia discreta.

Pocos dias habian corrido desde aquel en que Gabriel habia salvado con tanto valor al padre d'Aigrigny de las garras de los asesinos. Tres eclesiásticos con sus sotanas negras, sus alzacuellos blancos y sus bonetes cuadrados se paseaban en el jardin á paso lento y mesurado; el mas jóven de aquellos tres eclesiásticos podria tener algunos treinta años: era su rostro pálido, crasiento é impregnado de cierta rudeza ascética: sus dos compañeros, de edad entre cincuenta y sesenta años, tenian, al contrario, fisonomias medio beatas y medio astuciosas: resplandecian á los rayos del sol sus mejillas encarnadas y redondas, con pliegues de gordura, que descendian muellemente hasta la fina batista de sus alzacuellos. Segun las reglas de su órden (porque pertenecian á la compañia de Jesus) que les prohibe el pasearse de dos en dos, no se separaban ni un instante aquellos tres congregantes.

—Mucho temo, decia uno de ellos, continuando una conversacion comenzada y hablando de una persona ausente; mucho temo que la continua agitácion á que está sugeto el reverendo padre desde el dia en que le acometió el cólera, haya destruido sus fuerzas... y ocasionado la peligrosa recaida que nos inspira tantos temores por sus dias.

—Jamás, segun dicen, respondió el otro padre, se han visto inquietudes y angústias semejantes á las suyas.

—Por eso, dijo con amargura el sacerdote mas jóven, es tan penoso el pensar que su reverencia, el padre Rodin, ha sido un objeto de escándalo por la obstinacion con que se negó antes de ayer á hacer una confesion pública, cuando pareció tan desesperada su situacion y se creyó necesario el proponerle, entre dos accesos de delirio, que recibiese los últimos sacramentos.

—Pretendió su reverencia que no estaba tan mal como se suponia, replicó uno de los padres, y que cumpliria con sus últimos deberes cuando lo creyese necesario.

—Lo cierto es que en los diez dias que hace que lo trajeron aquí casi espirando, su vida no ha sido mas que una larga y dolorosa agonía, y sin embargo aun está vivo.

—Yo pasé cerca de él las tres primeras noches de su enfermedad en compañía de Mr. Rousselet, discípulo del doctor Baleinier, dijo el padre mas jóven, y no recobró casi un instante su conocimiento, y

cuando le concedia el Señor algunos intérvalos lucidos, los empleaba en cóleras detestables contra la suerte que lo tenia clavado en la cama.

—Se afirma, añadió el otro reverendo padre, que el padre Rodin habia respondido á monseñor cardenal Malpieri, quien habia venido para exhortarle á hacer una muerte ejemplar digna de un hijo de San Ignacio de Loyola, nuestro fundador; (inclináronse á estas palabras los tres jesuitas como si les hubiese dado impulso el mismo resorte) se afirma, digo, que el padre Rodin respondió á su eminencia.—«*Yo no tengo necesidad de confesarme públicamente;* QUIERO VIVIR Y VIVIRÉ.»

—Yo no he sido testigo de semejantes palabras, dijo con viveza y con aire indignado el jesuita jóven; pero si el padre Rodin ha dicho eso, es un...

Pero viniéndole sin duda á tiempo la reflexion, dió una mirada oblicua á sus dos compañeros, mudos, impasibles, y añadió:

—Es un grande infortunio para su alma, pero estoy persuadido que han calumniado á su reverencia.

—Así es que he repetido esas palabras únicamente como un rumor calumnioso, dijo el otro sacerdote mirando al tercer compañero que tambien lo miraba.

Siguió á esa conversacion un silencio bastante largo.

Así conservando y paseando habian andado los tres congregantes una larga calle de árboles que iba á parar á un tresbolillo.

En medio de aquel círculo, del cual salian como los rayos de una estrella otras muchas calles, habia una gran mesa redonda, de piedra; un hombre vestido tambien de eclesiástico estaba de rodillas sobre aquella mesa: le habian atado sobre la espalda y encima del pecho dos grandes rótulos.

El uno tenia estas palabras escritas con letras muy gordas:

INDOCIL.

El otro:

CARNAL.

El reverendo padre que sufria, segun la regla, en la hora misma del paseo, aquel tonto y humillante castigo, era un hombre de cuarenta años, con unas espaldas de Hércules, un cuello de toro, los cabellos negros y crespos, el rostro atezado; aunque conformándose á la costumbre, abajaba constante y humildemente los ojos, fácil era adivinar por la ruda y frecuente contraccion de sus espesas cejas, que su resentimiento interior no estaba por cierto de acuerdo con su aparente resignacion, sobre todo cuando vió á los reverendos padres, los cuales bastante numerosos y siempre de tres en tres ó aislados, se paseaban en las calles de árboles que venian á parar á la mesa redonda en donde estaba él *espuesto.*

Cuando pasaron junto á aquel vigoroso penitente, los tres reverendos padres de quienes estamos hablando, obedeciendo á un movimiento de una regularidad y de una simultaneidad admirables, levantaron al mismo tiempo los ojos al cielo como para pedirle perdon de la abominacion y de la desolacion que causaba uno de entre ellos, y despues con una mirada no menos mecánica que la primera, confundieron con la misma simultaneidad al pobre diablo de los rótulos, robusto galafate que parecia reunir en su persona todos los derechos posibles para ser indócil y carnal; despues de eso lanzando como si no hubieran sido mas que un solo hombre, tres suspiros de santa indignacion, con una entonacion idéntica, comenzaron de nuevo su paseo los reverendos padres con una precision automática.

Entre los otros reverendos padres que se paseaban en el jardin, se veían por acá

y por acullá algunos seculares; nacia es del motivo siguiente:

Poseían los reverendos padres una casa inmediata, separada solamente de la suya por un seto de ojaranzos: venian en ciertas épocas del año á aquella casa gran número de devotos para vivir en ella y hacer lo que llaman en su gerigonza *ejercicios.*

Era una cosa encantadora: por ese medio encontraban reunido el placer de una comida regalada y el de una pequeña y deliciosa capilla, combinacion nueva y feliz del confesonario y del alojamiento alhajado, de la mesa redonda y del sermon.

Preciosa era por cierto la idea de aquella santa hosteria, en donde los alimentos así corporales como espirituales eran no menos apetitosos que selectos y servidos con delicadeza, en donde se restaurabanal mismo tiempo el cuerpo y el alma á tanto por barba, en donde se podia comer de carne con toda seguridad los dias de vigilia, gracias á *una dispensa de Roma*, piadosamente comprendida en la cuenta del gasto, inmediatamente despues del café y del aguardiente. Así es que (forzoso es confesarlo en elogio de la profunda habilidad rentística y de la eminente destreza de los reverendos padres), reunian muchísima parroquia.

¿Y cómo hubieran podido dejar de tenerla? Estaba la caza manida tan en punto, era el camino del cielo tan fácil, el pescado tan fresco, el áspero camino de la salvacion tan bien barrido, tan limpio de espinas, tan graciosamente arenado con una arena de color de rosa, las frutas y legumbres primerizas tan abundantes, las penitencias tan ligeras, sin contar ni los escelentes salchichones de Italia, ni las indulgencias del Santo Padre que venian directamente de Roma, de la mano del productor mismo y de primera calidad, que no es de despreciar.

—¿Qué mesas redondas hubieran podido sostener semejante competencia? ¡Se hallaban en aquel retrete tranquilo, craso y opulento tantos medios de componerse con el cielo! Para muchas gentes, ricas á la vez y devotas, tímidas y delicadas, quienes al mismo tiempo que tienen un miedo atroz de los cuernos del diablo, no pueden sin embargo renunciar á una caterva de pecados de preferencia muy deleitosos, era inapreciable la complaciente direccion y la moral elástica de los reverendos padres.

En efecto, ¡cuan vivo debia ser el reconocimiento de un anciano corrompido, egoista y cobarde para con aquellos reverendos padres, quienes le aseguran contra las horquilladas de Belzebú, y le garantizan las eternas bienaventuranzas, y todo eso, sin exigir el sacrificio de sus gustos viciosos, de sus depravados apetitos, ó de los horrorosos sentimientos de egoismo que son ya para él un dulce hábito! Y por eso mismo ¿como ha de recompensar á esos confesores tan atrevidamente indulgentes, á esos directores espirituales, tan complacientes y tan espavilados? ¡Ah, Dios mio! Eso se paga simple y bendi tamente en herencias futuras de buenos y bellos bienes raices, en doblones brillantes y bien estampados; con mucho detrimento, todo ello, de herederos legítimos, muchas veces pobres, honrados y laboriosos, á quienes despojan con la mayor piedad por ese medio los padres jesuitas.

Uno de los religiosos ancianos de quienes hemos hablado, haciendo alusion á la presencia de los seculares en el jardin de casa, y queriendo romper sin duda un silencio que cada vez se iba haciendo mas embarazoso, dijo al jóven religioso del rostro oscuro y fanatico:

—¿El penúltimo *pensionario* que trajeron herido á nuestra casa de recoleccion continua sin duda mostrándose siempre tan salvaje, pues que no le vemos con los otros pensionarios?

—Puede ser, respondió el otro religioso, que prefiera pasearse solo en el jardin del edificio nuevo.

—Yo no creo que aquel hombre desde que habita nuestra casa haya bajado ni una sola vez al pequeño jardin de flores, contiguo al pabellon aislado que ocupa en el fondo del establecimiento: el P. d'Aigrigny, que es el único que comunicaba con él, se quejaba últimamente de la negra apatía de aquel pensionario...... á quien no hemos visto ni una sola vez en la iglesia, añadió severamente el religioso jóven.

—Puede ser que no esté aun en estado de ir allá, respondió uno de los reverendos padres.

—Sin duda, respondió el otro, porque he oido decir al doctor Baleinier, que hubiera sido el ejercicio muy saludable para ese pensionario convaleciente, pero que rehusaba con obstinacion á salir de su cuarto.

En todo caso, podia decir que lo llevasen á la capilla, dijo el jóven sacerdote con voz breve y dura; quedóse despues de nuevo en silencio y continuó andando al lado de sus dos compañeros, los cuales por su parte continuaron su coloquio del modo siguiente:

—¿No sabeis el nombre de ese pensionario?

—Quince dias hace que sé que está aquí, y jamas le he oido dar otro nombre que *el caballero del pabellon*.

—Uno de nuestros sirvientes que está encargado de servirle, y tampoco le da jamas otro nombre, me ha dicho que es un hombre de estremada dulzura, y afectado á lo que parece, de una profunda tristeza: no habla casi nunca, y pasa muy á menudo horas enteras apoyando la cabeza entre las dos manos; ademas parece que se halla muy á gusto en esta casa: pero, ¡cosa estraña! prefiere á la luz una semi-oscuridad, y por otra singularidad, le causa la luz del fuego una desazon tan insoportable, que á pesar del frio de los últimos dias de marzo, no ha querido consentir en que se encienda fuego en su cuarto.

—Puede que sea un maniaco.

—No; el sirviente me decia al contrario que el *caballero del pabellon* está muy cabal y es muy juicioso, pero que la claridad del fuego le representa probablemente algun recuerdo penoso.

—En cuanto á lo que toca al *caballero del pabellon*, ya que asi se ha de llamar, nadie puede estar mejor informado que el padre d'Aigrigny, pues que pasa casi todos los dias en largas conferencias con él.

—El padre d'Aigrigny ha interrumpido al menos de tres dias á esta parte sus conferencias, pues, no ha salido de su cuarto..... desde que lo trajeron la otra noche, en un coche simon, gravemente enfermo, segun dicen.

—Es verdad; pero yo vuelvo á hablar de lo que decia hace poco tiempo nuestro hermano, dijo el otro indicando al jóven sacerdote que andaba junto á ellos con los ojos bajos, y parecia que contaba los granos de arena de la calle: es muy singular que ese convaleciente, ese desconocido.... no se haya presentado aun en la capilla. Nuestros otros pensionarios vienen sobre todo aqui para retirarse y redoblar su fervor religioso..... ¿Como no tiene, a lo que parece el mismo celo, *el caballero del pabellon*?

—¿Pero en ese caso porqué ha escojido para su morada nuestra casa con preferencia a otra?

—Puede ser que sea una conversion; puede ser que haya venido aquí para instruirse en nuestra santa religion.

Y continuaron paseando los tres sacerdotes.

Al oir aquella conversacion sin funda-

mento, pueril, y llena de habladurias sobre algunas gentes (personajes, á la verdad, importantes de esta historia), hubiérase podido creer que eran aquellos tres reverendos padres personas medianas ó vulgares, pero hubiera sido grave error: cada uno segun el papel que tenia que representar en la tropa devota, tenia algun mérito raro y eminente acompañado siempre con aquel espíritu audaz é insinuante, terco y astuto, flexible y disimulado, particular á la mayor parte de los miembros de aquella sociedad. Pero gracias á la obligacion impuesta á cada uno de ellos de espiar á los otros, gracias á la enconada desconfianza que de ahi resultaba, en medio de la cual vivian aquellos religiosos, jamas se decian entre ellos sino cosas aisladas que no podian ser materia de delacion, reservando todos los recursos, todas las facultades de su ingenio para ejecutar pasivamente la voluntad del gefe, uniendo entonces, en el cumplimiento de las órdenes que les daba él, la obediencia mas absoluta y mas ciega en cuanto al fondo, á la destreza mas inventiva y mas diabólica en cuanto á la forma.

Asi es que se contarian con dificultad las ricas sucesiones, los opulentos dones que aquellos dos reverendos padres con rostros tan apacibles y tan buenazos habian hecho entrar en el talego siempre abierto, siempre anchuroso, siempre aspirante de la congregacion, empleando, para ejecutar aquel juego de manos hecho á espensas de espíritus débiles, de enfermos y de moribundos, unas veces la zalamera seduccion, la embelecadora astucia, las promesas de muy buenos puestitos en el paraiso, etc. etc., y otras la calumnia, las amenazas y el espanto.

El mas jóven de los tres reverendos padres.... preciosamente dotado de una cara pálida y descarnada, de una mirada sombria y fanática, de un tono acerbo é intolerante, era una especie de prospecto ascético, de muestra viviente, que la Compañia empleaba en ciertas circunstancias, cuando era necesario persuadir á algunos *simples* que no hay cosa mas ruda, mas áustera que los hijos de Ignacio de Loyola, y que, á fuerza de abstinencia y de mortificaciones, se hacian huesosos y diáfanos como anacoretas, creencia que hubieran propagado con suma dificultad los padres que tenian panzas voluminosas y gruesas mejillas; en una palabra, asi como sucede en todas las compañias de comediantes viejos, se trataba en cuanto era posible, que cada uno de los representantes tuviese un *físico* en armonia con su papel.

Hablando asi como acabamos de decirlo, habian llegado los reverendos padres cerca de un edificio contiguo á la habitacion principal y dispuesto en forma de almacen; llegábase á aquel sitio por una entrada particular que no podia verse por hallarse detras de una pared bastante alta: por entre los hierros de la reja de una ventana abierta se oia el retintin metálico de un movimiento casi continuo de piezas de moneda; tan pronto parecia que corrian como si las hubiesen vaciado de un talego sobre la mesa; tan pronto producian aquel ruido seco de las columnas de dinero que se amontonan.

En aquel edificio estaba la caja comercial á donde venian á pagar los libros, las láminas, los rosarios, etc. etc., fabricadas en Paris, y desparramadas con profusion en Francia, teniendo á la iglesia por cómplice; libros por la mayor parte estúpidos, insolentes, licenciosos (1) ó

(1) Por no citar sino uno solo de esos libros indicaremos un opúsculo vendido en el mes de María: en él se hallan los pormenores mas indecentes sobre el parto de la Virgen. Está destinado ese libro á las muchachas jóvenes.

mentirosos; obras detestables en las que todo lo grande, todo lo bello y lo ilustre que hay en la gloriosa historia de nuestra inmortal revolucion se ve disfrazado ó insultado con espresiones de ganapan. En cuanto á las láminas que representan los milagros modernos, contenian notas de una desvergüenza burlesca que sobrepuja y mucho á los carteles mas bufones de los saltinbanquis de la feria.

Despues de haber escuchado con complacencia el ruido metálico que producía la moneda, uno de aquellos reverendos padres dijo:

—¡Y no es hoy dia sino de pequeña entrada! Me decia intimamente el padre mayordomo que los beneficios del primer trimestre del año corriente han ascendido á la suma de 83,000 francos.

—Al menos, dijo con aspereza el padre jóven, se le habran quitado á la impiedad todos esos medios de hacer el mal.

—Por mas que hagan los impíos, están con nosotros las gentes relijiosas, añadió el tercero de aquellos padres, no hay mas que ver con que prisa se van despachando, á pesar de las inquietudes que ocasiona el cólera, los números de nuestra piadosa lotería.... Y ademas nos traen cada dia nuevos lotes.... Ayer fué muy buena la cosecha: 1.° una copia pequeñita de la Venus Callipyge, de mármol blanco (mas modesto hubiera podido ser el don; pero el fin justifica los medios); 2.° un pedazo de la cuerda con que ataron á Robespierre en el cadalso, en la cual se ve aun una gota de aquella sangre maldita; 3.° un colmillo de san Fructuoso, engastado en un relicario de oro; 4.° una caja para arrebol, del tiempo de la Regencia de laca magnífica de coromandel adornado de perlas finas.

—Esta mañana, dijo el otro sacerdote anciano, nos han traido un lote admirable. Figuraos, mis queridos padres, un magnífico puñal con mango de plata sobredorada; está hueca la hoja que es muy ancha, y por medio de un mecanismo que se puede llamar un verdadero milagro, al instante que se mete el puñal en el cuerpo, la fuerza misma de aquel golpe hace salir varias hojitas transversales que penetran en las carnes é impiden absolutamente el sacar la *hoja-madre*, si se puede uno espresar de ese modo; no creo que se pueda imaginar una arma mas mortal; la vaina es de terciopelo de seda adornada soberbiamente con chapas de plata sobredorada muy bien labradas.

—¡Oh! ¡oh! dijo el otro sacerdote, lote será ese muy apetecido.

—Ya lo creo, le respondió el otro reverendo padre, asi es que lo han puesto á una con la Venus-Callipyge y la caja para arrebol entre los lotes importantes de la estraccion de la Virgen.

—¿Qué quereis decir? respondió el otro con sorpresa, ¿que es eso de la estraccion de la vírgen?

—¡Como! ¿no lo sabeis?

—No por cierto.

—Es una hechicera invencion de la madre Santa Perpetua. Figuraos mi querido padre, que los lotes importantes los ha de sacar una pequeña virgen con resortes; se le dara cuerda por debajo del vestido con una llave de reloj, y tendra por ese medio un movimiento circular de modo que el número en que se pare la santa madre del Salvador sera el que gane (2).

(2) Esta ingeniosa parodia del modo de jugar á la *ruleta* y al *biribi*, aplicado á una imagen de la Virgen, se vió hace mes y medio en un convento de mugeres donde se hizo una estraccion de lotería relijiosa. Para los creyentes debe ser eso un monstruoso sacrilegio: para los indiferentes, es un deplorable ridículo, porque de todas las tradiciones cristianas, una de las mas tiernas y mas respetables es la de la vírgen María.

—¡Ah! es una idea verdaderamente deliciosa, respondió el otro reverendo padre, y ademas muy oportuna... Ignoraba ese pequeño detalle... ¿Pero sabéis cuanto costará la custodia que se ha de pagar con el producto de esa lotería?

—Me ha dicho el padre procurador que la custodia, inclusas las piedras preciosas, no costaria menos de 35,000 fr... sin contar la vieja que nos han vuelto á tomar por el valor bruto del oro... la han evaluado, si no me engaño, en 9,000 fr.

—Como debe producir la lotería 40,000 francos, estamos en regla, replicó el otro reverendo padre, entonces al menos no se verá eclipsada nuestra capilla por el insolente lujo de los señores lazaristas.

—Ellos son al contrario los que han de envidiar ahora, puesto que su custodia de oro macizo con que tan orgullosos estaban, no vale ni la mitad de lo que sacaremos de nuestra lotería, porque no solamente será mucho mayor nuestra custodia sino que estará cubierta de piedras preciosas.

Interrumpióse por desgracia aquella interesante conversacion, y fué mucha lástima; ¡era tan hermosa! Aquellos sacerdotes de una religion fundada en la pobreza y la humildad, en la modestia y la caridad, recurriendo á los juegos de fortuna prohibidos por la ley, y pidiendo limosna al público para adornar sus altares con un lujo irritante, mientras millares de sus hermanos mueren de miseria y de hambre a la puerta de sus capillas deslumbradoras; miserables rivalidades de reliquias que no tienen otra causa sino un sentimiento vulgar y bajo de envidia. No porfian, no, a quien socorrerá mas pobres, sino á quien ostentará mayores riquezas en la mesa del altar (1).

. . . .

Abrióse una de las puertas de la reja del jardin, y viendo al personaje que acababa de llegar, dijo uno de los tres reverendos padres:

—¡Ah! Hé aquí á su eminencia el cardenal de Malpieri que viene á visitar al padre Rodin.

—¡Quiera Dios, dijo el mas jóven de aquellos reverendos padres con aire muy duro, que esta visita de su eminencia sea mas provechosa para el padre Rodin que la última!

En efecto, el cardenal de Malpieri llegó al fondo del jardin, para subir al aposento en que estaba el padre Rodin.

---

(1) Escritas estaban ya estas líneas, cuando ha llegado a noticia nuestra si no un hecho al menos una esperanza que nos ha llenado de alegría, así como á todos los hombres de buen corazon. Se trata de la lotería que se habia destinado á la reconstruccion del órgano de San Eustaquio, lotería que llama en el dia la atencion de todo Paris, y de la cual se ha apoderado un vergonzoso agiotaje.

Una persona muy bien informada nos ha asegurado que el arzobispado de Paris movido por un escrúpulo profundamente cristiano, al cual le pedimos permiso para unirnos sinceramente, ha aconsejado al señor cura de San Eustaquio que emplee de de un modo noblemente útil, generoso y caritativo la suma enorme que produce aquella lotería, suma que asciende á 250 mil francos, destinada primitivamente á la construccion de un órgano nuevo para la parroquia de San Eustaquio.

Si no son errados nuestros informes, el proyecto del señor arzobispo es el siguiente:

Los 250,000 fr., invirtiéndolos en rentas sobre el Estado, producirian anualmente 10,000 fr. poco mas ó menos. Con una renta anual de 10,000 fr. se pueden dar socorros eficaces cada año á veinte ó treinta familias desgraciadas, concediendo a cada una de 300 á 500 fr.: segun las intenciones del señor arzobispo, el cura de San Eustaquio se habria de entender con el maire y la comision de caridad de su distrito para la justa y lejítima distribucion de esos subsidios inesperados.

X.

EL ENFERMO.

El cardenal Malpieri, á quien ya hemos visto cuando asistió á aquella especie de concilio que se celebró en casa de la princesa de Sain-Dizier, iba entonces al aposento que ocupaba Rodin: estaba vestido de seglar y cubierto con una amplia dulleta de seda de color de pulga, la que despedia un olor muy fuerte de alcanfor, porque estaba rodeado el prelado de cuantos preservativos anti-coléricos se pueden imaginar.

Asi que llegó á uno de los pasos del segundo piso de la casa, el cardenal se detuvo y llamó á una puerta gris: no respondiéndole nadie, la abrió, y, como quien conocia perfectamente aquel lugar, atravesó una especie de antecámara, y llegó á un cuarto en que habia una cama de tijera; encima de una mesa de madera negra con estantes se veian varios frascos y redomas en que habia habido medicinas.

Parecia la fisonomia del prelado inquieta y morosa: estaba siempre su tez amarillenta y biliosa: el cerco oscuro que rodeaba sus negros y vizcos ojos parecia mas tiznado que de ordinario.

Deteniéndose un instante, miró con inquietud al rededor suyo; aspiró muchas veces y con mucha fuerza el olor de un frasco anti colérico; despues viendo que estaba solo, se acercó á un espejo que estaba encima de la chimenea, y observó muchas veces y con mucho cuidado el color de su lengua; despues de haber empleado algunos minutos en ese examen escrupuloso, del cual pareció quedaba muy satisfecho, tomó de una cajita de oro algunas pastillas preservativas, y las dejó deshacerse en la boca cerrando los ojos con suma compuncion.

Despues de haber tomado todas esas precauciones necesarias, apegándose de nuevo el frasco á la nariz, iba ya el prelado á entrar en el cuarto próximo, cuando oyendo a traves del delgado tabique que les separaba, un ruido bastante fuerte, se detuvo súbitamente para escuchar, porque cuanto se decia en el cuarto in-

---

Cuando llegue el dia de la distribucion de la lotería, el señor cura de San Eustaquio, con aquella elocuencia que nunca le abandona y que seguramente jamás habrá recibido inspiraciones de un sentimiento mas cristiano, pediria á la reunion una especie de *bill de indemnidad*, relativo á esa mudanza en cuanto al empleo de los fondos.

No puede caber duda ninguna en que la mayoría de los donadores y de los suscritores consentirá con el mayor gusto, y aun podriamos decir con sumo reconocimiento, en esa determinacion, cuando el señor cura con voz conmovida y sobre todo convencida, les hable de la inefable felicidad que esperimentarán al pensar que, en lugar de haber contribuido á la futil construccion de una superfluidad tan costosa, y al menos poco decorosa en la iglesia de uno de los barrios mas pobres de Paris, donde pululan tantas miserias horrorosas, habrán asegurado para en adelante, para siempre, socorros anuales para un gran número de infortunios interesantes; porque solamente en el trascurso de diez años se pueden sacar de una miseria á veces desesperáda trescientas ó cuatrocientas familias.

Aplaudimos con el mayor gozo esa prudente y caritativa determinacion del señor arzobispo de Paris; muy digno es de asociarse a ella el señor cura de San Eustaquio: pensamos como ellos que las bendiciones de las familias socorridas con esa limosna inteligente serán para Dios un concierto mucho mas agradable que el sonido de un organillo colosal, aun cuando cueste su construccion 250,000 francos.

Inútil es sin duda el añadir que se concederá probablemente una indemnizacion a los obreros que debian trabajar en el órgano, los cuales ademas no se hubieran visto sin que hacer sino se hubiese imaginado la lotería.

mediato llegaba muy fácilmente á sus oidos.

—Ya que se me han puesto los remedios... me quiero levantar, decia una voz débil, pero breve é imperiosa.

—No pensais en lo que decís, mi reverendo padre, respondió una voz mas fuerte, es cosa imposible.

—Vais á ver si es imposible, replicó la otra voz.

—Pero, reverendo padre..... os matareis... no estais en estado de levantaros... es esponeros á una recaida mortal... y yo no puedo consentir en ello....

Sucedió de nuevo á esas palabras el ruido de una lucha débil, interrumpida con gemidos mas irritados que lastimosos, y al fin se oyó la voz fuerte que decia:

—No, no padre mio; y para mayor seguridad, no dejaré á vuestro alcance vuestros vestidos.... Luego va á llegar la hora de vuestra pocion; os la voy á preparar.

Y casi en el mismo instante se abrió la puerta y vió el prelado entrar á un jóven como de veinticinco años, quien traia bajo el brazo una levita vieja de color de aceituna y un pantalon negro no menos raido que arrojó sobre una silla.

Era aquel personaje Mr. Augusto-Modesto Rousselet, primer discípulo del doctor Baleinier: la fisonomía del jóven praticante era humilde, melosa y reservada: sus cabellos rasos por la parte delantera, flotaban detras del cuello; hizo un pequeño movimiento de sorpresa al ver al cardenal, y lo saludó profundamente dos veces sin atreverse á ponerle los ojos.

—Ante todas cosas, dijo el prelado con un acento italiano muy fuerte, teniendo siempre bajo la nariz el frasco de alcanfor, ¿se han vuelto á manifestar los síntomas coléricos?

—No, monseñor; sigue su curso la calentura perniciosa que ha sucedido al ataque de cólera.

—Enhorabuena.... ¿Pero no quiere el reverendo padre ser razonable? ¿cual es el ruido que acabo de oir?

—¡Monseñor! queria su reverencia levantarse absolutamente y vestirse; pero es tan grande su debilidad que no hubiera podido dar dos pasos fuera de la cama. Le devora la impaciencia.... y siempre es de temer que esa irritacion escesiva cause una recaida mortal.

—¿Ha venido esta mañana el doctor Baleinier?

—Acaba de salir de aqui, monseñor.

—¿Qué piensa del enfermo?

—Le parece que está en una situacion muy alarmante, monseñor.... Ha sido tan mala la noche que el doctor Baleinier tenia esta mañana graves inquietudes. Está el padre Rodin en uno de aquellos momentos críticos en que la crisis puede decidir en pocas horas la vida ó la muerte del enfermo..... Mr. Baleinier ha ido á buscar todo lo necesario para una operacion reactiva muy dolorosa y volverá luego para hacérsela al enfermo.

—¿Y han ido á advertir al padre d'Aigrigny?

—El padre d'Aigrigny está tambien enfermo, como lo sabe su eminencia... hace ya tres dias que no ha podido salir de la cama.

—Ya he preguntado por su salud al subir, replicó el prelado, é iré luego á verle. Pero volviendo al padre Rodin, ¿han avisado á su confesor, puesto que se halla en una situacion casi desesperada y se le vá á hacer una operacion grave?

—Mr. Baleinier le ha dicho dos palabritas tanto acerca de eso como acerca de los últimos sacramentos; pero ha esclamado con irritacion el padre Rodin que no le dejan un instante de reposo, que le hostigan sin cesar, que tenia tanto cuidado de la salvacion de su alma como cualquiera otro que fuese y que....

—¡*Per Baco*! no se trata de él, dijo el cardenal Malpieri, interrumpiendo con aquella esclamacion pagana á Mr. Augusto-Modesto Rousselet y alzando la voz, bastante aguda y chillona de por si, no se trata de él, sino que se trata del interés de la compañía. Es indispensable que el reverendo padre reciba los sacramentos con la mayor solemnidad, y que tenga no solamente una muerte cristiana, sino tambien una muerte que cause mucho ruido y mucho efecto. Es necesario que se les invite á asistir á este espectáculo á todos los habitantes de esta casa y aun á los de fuera para que produzca su muerte ejemplar una escelente sensacion.

—Eso es, monseñor, lo que el reverendo padre Grison y el reverendo padre Brunet han tratado de hacer entender al reverendo padre; pero su eminencia sabe con que impaciencia ha recibido sus consejos el padre Rodin, y Mr. Baleinier, temiendo el provocar una crisis peligrosa, no se ha atrevido á insistir.

—Pues bien, yo me atreveré, porque en esta época de impiedad revolucionaria, producirá un efecto muy saludable sobre el público una muerte solemnemente cristiana. Y aun seria muy bueno, en caso de muerte el prepararlo todo para embalsamar al reverendo padre, y de ese modo se le podria esponer, durante algunos dias en una capilla ardiente conforme á la costumbre de Roma. Mi secretario dará el dibujo del catafalco; es cosa muy espléndida, muy imponente: por su posicion en la órden, el padre Rodin tiene derecho á todo lo mas suntuoso que se pueda hacer. Serán necesarias á lo menos seiscientas velas y alguna docena de lámparas sepulcrales con espíritu de vino, que se colocarán encima de su cuerpo para alumbrarlo de arriba abajo, lo cual produce muy buen efecto: se podrian tambien imprimir y distribuir al público algunos pequeños escritos sobre la vida piadosa y ascética del padre Rodin y.....

Oyóse en el cuarto inmediato, en el cual estaba el enfermo, un ruido bronco y seco como de algun objeto metálico que se arroja al suelo con cólera y se interrumpió el prelado.

—Con tal que no os haya oido hablar de su embalsamamiento el padre Rodin... monseñor, dijo Augusto Modesto Rousselet en voz baja, está su cama junto á este tabique y se oye de ella cuanto se dice aqui.

—Si me ha oido hablar el padre Rodin, replicó el cardenal hablando entonces en voz baja y retirándose á la otra estremidad del cuarto, esa circunstancia servirá para entrar en materia... en todo caso, persisto en la creencia de que el embalsamamiento y la esposicion serian muy necesarios para escitar con viveza la atencion pública. Está ya aterrado el pueblo por los estragos del cólera; una pompa fúnebre de esa especie produciria mucho efecto en la imaginacion del pueblo.

—Permítame su eminencia el hacer una observacion: no permiten aqui las leyes semejantes esposiciones, y...

—Las leyes... siempre las leyes, respondió colérico el cardenal. ¿No tiene Roma sus leyes? ¿No es todo sacerdote súbdito de Roma? ¿No es al fin tiempo de que...

Pero no queriendo sin duda el prelado entrar en una conversacion mas esplícita con el jóven médico, continuó:

—Mas tarde se pensará en eso; pero decidme: ¿despues de mi última visita ha tenido el reverendo padre nuevos accesos de delirio?

—Si, monseñor, esta noche ha delirado á lo menos dos horas y media.

Diciendo esto Mr. Augusto Modesto Rousselet tomó en el estante una nota que le entregó al prelado.

Recordamos al lector, que, como esta última parte de la conversacion habia tenido lugar léjos del tabique, el padre Rodin no habia podido oir nada, mientras que la conversacion relativa al embalsamamiento habia podido muy facilmente llegar á sus oidos.

El cardenal, al recibir la nota de manos de Mr. Rousselet, la tomó con una espresion muy viva de curiosidad. Despues de haberla leido, estregó el papel entre los dedos y se dijo con despecho:

—Siempre dichos incoherentes...... No hay dos palabras de donde se pueda sacar induccion ninguna razonable.... se podria creer verdaderamente que tiene este hombre la facultad de poseerse aun durante el delirio y de no decir desatinos sino en punto á cosas insignificantes.

Dirigiéndose despues á Mr. de Rousselet añadió:

—¿Estais bien seguro de haber relacionado cuanto se le ha escapado durante el delirio?

—Esceptuando las frases que repetia sin cesar y que no he escrito sino una vez, su eminencia puede estar persuadido que no he omitido ni una palabra, por estravagante que me haya parecido.

—Vais á introducirme al cuarto del padre Rodin, dijo el prelado despues de un silencio de algunos instantes.

—Pero... monseñor... dijo el discípulo vacilando, no hace mas de una hora que ha pasado el acceso, y está muy débil en este momento el reverendo padre.

—Tanto mejor, respondió con bastante indiscrecion el prelado.

Y despues, advirtiendo su falta, añadió:

—Tanto mejor..... hará mayor aprecio de los consuelos que le traigo... si está dormido, despertadle y anunciadle mi visita.

—Mi deber es obedecer á las órdenes de su eminencia, dijo Mr. Rousselet haciendo una reverencia.

Viéndose solo, comenzó á decirse el cardenal en ademan pensativo:

—Siempre vuelvo á lo mismo.... Cuando acometió al padre Rodin aquel golpe súbito de colera.... se creyó envenenado por órden de la Santa Sede Apostólica; por consiguiente debia estar maquinando contra la corte de Roma alguna cosa formidable, puesto que habia podido concebir tan horrible temor. ¿Serian fundadas nuestras sospechas? ¿Obraria él subterraneamente y con mucho efecto, segun se cree, sobre una parte notable del sacro colegio? ¿Pero que objeto podria tener? Esta su secreto tan rigurosamente guardado por sus cómplices, que hasta ahora nada hemos podido descubrir acerca de eso... Habia yo creido que durante su delirio... se le escaparia alguna palabra que me diese algun indicio sobre lo que tanto interés tenemos en saber, porque casi siempre el delirio, sobre todo en un espíritu tan inquieto, tan activo, no es mas que la exageracion de la idea dominante; sin embargo van ya cinco accesos que me han estenografiado, por decirlo asi, con la mayor fidelidad, y nada... no, nada sino frases vanas ó sin relacion entre ellas.

Volvió a entrar Mr. Rousselet y dió fin á sus reflexiones el prelado.

—Estoy desconsolado de tener que decir á su Eminencia que el reverendo padre Rodin rehusa con obstinacion el ver á nadie.... pretende que tiene necesidad de un reposo absoluto.... aunque está abatido, tiene un aire sombrío y encolerizado.... No me estrañaria que haya oido á su Eminencia hablar de embalsamarlo.... y que...

Interrumpiendo el cardenal á Mr. Rousselet, le dijo:

—¿Con que ha tenido el padre Rodin su último acceso de delirio esta noche?

—Si, monseñor; de las tres a las cinco y media de la mañana.

—De las tres... á las cinco y media de la

mañana, repitió el prelado como si hubiese querido fijar en su memoria aquel detalle; ¿y no ha ofrecido el acceso cosa ninguna de particular?

—No, monseñor; como ha podido convencerse su Eminencia con la lectura de esa nota, y es imposible reunir mas palabras incoherentes.

Despues viendo que el prelado iba hácia la puerta del otro cuarto, Mr. Rousselet añadió.

—¡Pero, monseñor! no quiere absolutamente ver á nadie el reverendo padre..... tiene necesidad de un reposo absoluto antes de la operacion que se le va á hacer al instante..... acaso seria peligroso el.....

Sin responder á esta observacion entró el cardenal en el cuarto de Rodin.

En aquella pieza bastante vasta y amueblada con mucha sencillez y mucha comodidad, entraba la luz por dos grandes ventanas; quemándose lentamente en el fuego del hogar dos tizones, y habia ademas una cafetera, una jarra de loza y un cazo en donde se estaba secando una mezcla espesa de harina de mostaza; encima de la chimenea se veian esparcidos muchos pedazos de lienzo y algunas vendas de tela.

Reinaba en dicho cuarto aquel olor farmacéutico que resulta de los remedios, propios de los sitios donde hay enfermos, mezcla de olores tan acres, tan pútridos, tan nauseabundos, que se detuvo por un instante el cardenal cerca de la puerta, sin dar un paso.

Asi como lo habian pretendido los reverendos padres durante su paseo, Rodin vivia, porque se habia dicho:

—*Es necesario que viva y viviré.*

Porque asi como las imaginaciones débiles sucumben á veces al solo terror del mal, asi tambien, como lo prueban infinitos acaecimientos, el vigor de carácter y la energía moral pueden á veces luchar con obstinacion contra el mal y triunfará menudo de situaciones desesperadas.

Asi habia sucedido con el jesuita... La inmutable firmeza de su carácter, y aun pudiera decirse, la formidable tenacidad de su voluntad (porque la voluntad adquiere á veces una especie de omnipotencia misteriosa que asombra) habia ayudado a las hábiles indicaciones del doctor Baleinier y se habia salvado Rodin del azote, que con tanta rapidez le habia acometido.

Pero á aquella repentina perturbacion física habia sucedido una calentura de las mas perniciosas, que ponia en peligro la vida de Rodin,

Habia causado aquel acrecentamiento de peligro las mayores alarmas al P. d'Aigrigny, quien á pesar de su rivalidad y de su envidia, sentia que en el punto á que habian llegado ya las cosas, como el P. Rodin era el único que tenia en sus manos todos los hilos de la trama, él era tambien el único que podia concluir lo comenzado.

Estaban las cortinas del cuarto del enfermo medio cerradas, y por consiguiente no llegaba hasta la cama en que estaba postrado Rodin, sino una claridad escasa.

Habia perdido el rostro del jesuita aquel color verdoso propio de los coléricos, pero le habia quedado un color cárdeno y cadavérico: estaba tan flaco, que su piel seca y arrugada, se pegaba a las mas pequeñas protuberancias de sus huesos: los músculos y las venas de su cuello largo, peludo y descarnado como el de un buitre, se parecian al centro de un esparvel: su cabeza cubierta con un gorro de seda negro, rojo y crasiento, bajo del cual se veian algunas mechas de cabellos grises descoloridos, estaba apoyada encima de una almohada sucia. Rodin no queria absolutamente que le mudasen la ropa de la cama. No habiéndose afeitado mucho tiempo hacia, su barba clara y blanquecina

salia por acá y por acullá como las cerdas de una escobilla, á través de su piel terrosa: bajo la camisa tenia un chaleco viejo de lana agujereado en varias partes; habia sacado un brazo de la cama, y en la mano huesosa y peluda con unas uñas azuladas, tenia un pañuelo para tabaco cuyo color es imposible describir.

Hubiérase podido creer un cadáver sin las dos ardientes centellas que brillaban en la sombra que formaba la profundidad de sus órbitas. Aquella mirada en la que parecia que se habian refugiado y concentrado toda la vida, toda la energía que le quedaban aun á aquel hombre, manifestaba una inquietud devoradora: tan pronto revelaban sus facciones un dolor agudo; tan pronto la crispatura de sus manos y los bruscos estremecimientos que le agitaban, indicaban bastante su desesperacion de verse clavado sobre aquella cama de dolor, mientras reclamaban toda la actividad de su espíritu los grandes intereses de que se habia encargado: asi es que su pensamiento, en medio de aquella tension y aquella *superescitacion* continuas, se debilitaba muchas veces y se le escapaban las ideas: entonces esperimentaba momentos de desvario, accesos de delirio, de los cuales salia como de un sueño penoso, cuyo recuerdo le espantaba.

Segun los prudentes consejos del doctor Baleinier, quien le creia incapaz de ocuparse en negocios importantes, habia evitado hasta entonces el P. d'Aigrigny responder á las preguntas de Rodin sobre el estado en que se hallaba el negocio de la familia de Renepont, tan capital para él bajo dos conceptos, y que temia ver comprometido ó perdido por efecto de la inaccion á que le condenaba su enfermedad. Aquel silencio del P. d'Aigrigny por lo que tocaba á la trama, cuyos hilos estaban todos en la mano de Rodin, la ignorancia en que se hallaba de los acaecimientos que habian podido ocurrir desde que cayó enfermo, aumentaban aun su exasperacion.

Tal era la situacion física y moral de Rodin, cuando contra su espresa voluntad entró en su cuarto el cardenal Malpieri.

XI.

LA TRAMPA.

Para que se comprenda mejor el tormento de Rodin, reducido á la inaccion por la enfermedad, y para esplicar la importancia de la visita del cardenal Malpieri, recordemos en pocas palabras las audaces miras de la ambicion del jesuita, el cual se creia émulo de Sixto V, y esperaba el dia en que llegase á ser su igual.

Llegar, logrando lo que queria en el negocio de la familia de Renepont, al generalato de la Orden de Jesus, y despues, en caso de una abdicacion casi prevista, disponer, con el ausilio de una espléndida corrupcion, de la mayoría del Sacro Colegio para subir al trono pontifical, y entonces, modificando los estatutos de la Compañia de Jesus, enfeudar, por decirlo asi, la Santa Sede apostólica á dicha sociedad; en lugar de dejarle su independencia igualar y casi siempre dominar al poder pontifical, tales eran los secretos proyectos del padre Rodin.

En cuanto á su posibilidad... consagrada estaba por numerosos antecedentes, puesto que muchos simples frailes ó curas habian ascendido de repente al trono pontifical.

En cuanto á la moralidad... el advenimiento de los Borgias, de Julio II y de otros muchos vicarios de Jesucristo no menos estraordinarios, comparado con los cuales era Rodin un santo venerable, escusaba y aun autorizaba las pretensiones del jesuita.

Aunque el objeto de sus intrigas subterráneas en Roma habia estado hasta en-

tonces sepultado en el mas profundo misterio, habian llamado la atencion sus inteligencias secretas con muchos miembros del Sacro Colegio: habiendo esperimentado algunas inquietudes una fraccion de dicho colegio, al frente de la cual estaba el cardenal Malpieri, se aprovechaba éste de su paso por la Francia, para tratar de descubrir los designios secretos del jesuita. Si en la escena que acabamos de describir habia mostrado el cardenal tanta obstinacion en querer tener una conferencia con el reverendo padre, quien con tanta obstinacion tambien se negaba á recibir su visita, es porque esperaba el prelado, asi como se va á ver, empleando la astucia, llegar á sorprender el secreto tan bien guardado hasta entonces en punto á las intrigas que le suponia en Roma.

En medio de esas circunstancias tan importantes, tan capitales, se veia Rodin la presa de una enfermedad que paralizaba sus fuerzas, cuando mas que nunca hubiera tenido necesidad de toda su actividad, de todos los recursos de su ingenio.

. . . .

Despues de haberse quedado por algunos momentos inmoble en la puerta, el cardenal, teniendo siempre el frasco bajo la nariz, se acercó á la cama de Rodin.

Irritado este de aquella perseverancia, y queriendo evitar una conversacion que por muchísimas razones le era muy odiosa, volvió súbitamente la cabeza á la parte de la pared, y fingió que dormia.

Inquietándose muy poco de esa disimulacion y bien decidido á aprovecharse del estado de debilidad en que sabia que estaba el jesuita, tomó una silla el prelado, y á pesar de su repugnancia, se sentó á la cabecera de la cama de Rodin.

—Reverendo y carísimo padre mio, ¿como estais? le dijo con una voz muy melosa, que su acento italiano hacia mas hipócrita aun.

Hizo Rodin el sordo, respiró ruidosamente y no respondió.

El cardenal acercó, no sin hastío aunque tenia guantes, su mano á la del jesuita, le dió un pequeño sacudimiento, repitiendo en voz mas alta:

—Reverendo y carísimo padre mio.... respondedme, os lo suplico.

No pudo Rodin contener un movimiento de cólera impaciente; pero continuó haciendo el mudo.

El cardenal no era hombre para disgustarse con tan poco motivo; dió un sacudimiento algo mas fuerte al brazo del jesuita, repitiendo con una tenacidad flemática que hubiera sacado de quicios al hombre mas pacienzudo del mundo.

—Reverendo y carísimo padre mio, ya que no dormís, escuchadme, os lo suplico.

Irritado por el dolor, exasperado por la terquedad del prelado, el padre Rodin volvió bruscamente la cabeza, fijó en el prelado romano sus ojos hundidos, que brillaban con un fuego sombrío, y con los lábios contraidos por una sonrisa sardónica, dijo amargamente:

—¿Teneis mucho empeño, monseñor, en verme enbalsamado, como lo deciais hace poco, y espuesto en una capilla ardiente, puesto que venís asi á atormentarme en la agonía y á apresurar mi muerte?

—¡Yo, mi querido padre!..... ¡Gran Dios!... ¡que es lo que decís!...

Y levantó el cardenal las manos al cielo, como llamándole por testigo del tierno interés que tomaba por el jesuita.

—Digo lo que acabo de oir, monseñor; porque este tabique es muy delgado, replicó Rodin con un acrecentamiento de amargura.

—Si con esas palabras quereis decir que, con todas las fuerzas de mi alma os he deseado..... y os deseo una muerte enteramente cristiana y ejemplar.... ¡oh! en tal

caso no os engañais, carísimo padre... me habeis entendido perfectamente, porque me seria muy satisfactorio el veros, despues de una vida tan bien empleada, ser en la muerte un objeto de adoracion para los fieles.

—Y yo os digo, monseñor, esclamó Rodin con voz débil y muy sacudida, que es cosa feroz el manifestar semejantes deseos en la presencia de un enfermo que está en una situacion desesperada; sí, volvió á decir con una animacion creciente que formaba contraste con su postracion, tengan cuidado ¡lo oís! porque... si me atormentan.... si me hostigan sin cesar...... si no me dejan dar tranquilamente las últimas alentadas de mi agonía... me forzarán á morir de un modo muy poco cristiano... os advierto desde ahora... y si cuentan con un espectáculo edificativo para sacar partido de él... se engañan...

Habiendo aquel acceso de cólera fatigado dolorosamente á Rodin, dejó de nuevo caer la cabeza sobre la almohada, y enjugó sus labios hendidos y ensangrentados con el pañuelo para tabaco.

—¡Vamos, vamos! calmaos, mi muy querido padre, respondió el cardenal con una voz muy paternal, no tengais ideas tan funestas: sin duda tiene la Providencia grandes miras puestas en vos, puesto que os ha libertado ya de un peligro tan grande. Esperemos que os salvará tambien del que os está amenazando ahora.

Rodin respondió con un murmullo ronco y volvió de nuevo la cabeza á la pared.

El imperturbable prelado continuó:

—No se limitan á vuestra salud las miras de la Providencia; tambien se ha manifestado de otro modo su poder... Lo que voy á deciros es de la mayor importancia: escuchadme, pues, con suma atencion.

—Quieren mi muerte.... Tengo el pecho ardiendo... la cabeza despedazada... y no tienen compasion ninguna..... ¡Oh! estoy sufriendo como un condenado....

—¡Tan pronto! dijo en voz baja el romano sonriendo de aquel sarcasmo; y luego comenzó en voz alta: Permitidme insistir, carísimo padre mio..... Haced un pequeño esfuerzo para escucharme; no lo sentireis despues.

Rodin, siempre estendido en aquella cama, levantó los ojos al cielo sin decir una palabra; pero con un gesto desesperado, reunidas y acrispadas las dos manos sobre su pañuelo para tabaco, y despues volvieron á caer sus brazos agoviados á lo largo de su cuerpo.

Levantó lijeramente los hombros el cardenal, y acentuó lentamente las palabras que siguen para que no se le escapase ni una sola á Rodin.

—¡Mi querido padre! ha querido la Providencia que durante vuestros accesos de delirio, hayais hecho revelaciones muy importantes.

Y aguardó el cardenal con una curiosidad inquieta el resultado de la piadosa emboscada que acababa de armar al espíritu debilitado del pobre jesuita.

Pero este, vuelta siempre la cara hácia la pared, ni pareció siquiera oirle y continuó enmudecido.

—Reflexionais sin duda en mis palabras, mi querido padre, continuó el cardenal, porque se trata de un negocio muy grave; si, ya os lo he dicho; ha permitido la Providencia que, durante vuestro delirio, haya manifestado vuestra boca las intenciones mas secretas de vuestro corazon, revelándome felizmente á mi solo.... cosas que os comprometen muy gravemente. En fin, durante vuestro acceso de delirio de esta noche, que ha durado cerca de dos horas, me habeis descubierto el objeto oculto de vuestras intrigas en Roma con varios miembros del Sacro Colegio

Y el cardenal, levantándose sin hacer ruido, iba á inclinarse sobre la cama de Rodin para examinar la espresion de su fisonomía...

Pero no le dió éste tiempo para ello.

Así, como un cadáver sometido á la accion de la pila de Volta, se mueve con sobresaltos bruscos y estraordinarios, así tambien Rodin saltó sobre su cama, se volvió, se incorporó y se sentó, al oir las últimas palabras del prelado.

—Se ha descubierto..... dijo el prelado en voz baja y en italiano.

Y despues sentándose repentinamente, fijó sobre el jesuita sus ojos resplandecientes con una alegría triunfante.

Aunque no habia oido la esclamacion de Malpieri, aunque no habia notado la espresion gloriosa de su fisonomía, á pesar de su debilidad, comprendió Rodin la grave imprudencia de su primer movimiento, demasiado significativo..... Se pasó lentamente la mano sobre la frente como si hubiese esperimentado una especie de vértigo; dió despues al rededor de sí algunas miradas confusas, estraviadas, acercando á sus trémulos labios el viejo pañuelo para tabaco que mordió maquinalmente durante algunos segundos.

—Vuestra viva emocion, vuestro espanto, me confirman ¡ay! el descubrimiento que he hecho, continuó el cardenal cada vez mas triunfante con el éxito de su astucia, y viendo que estaba muy cerca de penetrar al fin un secreto tan importante; asi es que ahora, mi muy querido padre, añadió él, es para vos de la mayor importancia el entrar en los mas nimios pormenores acerca de vuestros proyectos y de vuestros cómplices en Roma; de ese modo, mi querido padre, podreis esperar en la indulgencia de la Santa Sede apostólica, sobre todo, si es vuestra confesion bastante esplícita, bastante circunstanciada, para llenar algunos huecos, inevitables á la verdad en una revelacion hecha durante el ardor de un delirio de calentura.

Vuelto en sí Rodin de su primera emocion, advirtió, pero demasiado tarde, que se habian burlado de él, y que se habia comprometido, no por sus palabras sino por un movimiento de sorpresa y de espanto muy peligrosamente significativo.

En efecto, habia temido el jesuita por algunos momentos el haberse descubierto durante el delirio puesto que se veia acusado de intrigas tenebrosas con Roma; pero despues de algunos minutos de reflecsion, se dijo á sí mismo el jesuita con mucha razon:

«Si supiese este astucioso romano mi secreto, se guardaría muy bien de advertírmelo; no tiene por consiguiente sino sospechas, agravadas por el movimiento involuntario que no he podido reprimir hace poco.»

Y enjugó Rodin el sudor frio que corria de su abrasada frente. La emocion de aquella escena aumentaba sus padecimientos y agravaba mas su situacion, tan alarmadora ya. Agoviado de fatiga, no pudo estar mas tiempo sentado, y se dejó caer hácia atras sobre la almohada.

—¡*Per Bacco*! se dijo en voz baja el cardenal asustado de la espresion del rostro del jesuita. ¡Si viniese á morir sin haber dicho nada y se libertase asi del lazo que con tanta habilidad le he puesto!

É inclinándose con viveza hácia Rodin, le dijo el prelado:

—¿Qué teneis pues, querido padre mio?

—Me siento muy debilitado, monseñor.... lo que yo sufro..... no es posible decirlo....

—Esperemos, mi muy querido padre, que no tendrá esta crisis ningun resultado fatal..... pero como puede suceder lo contrario, está interesada la salud de vuestra

alma en que me hagais inmediatamente la confesion mas completa..... mas detallada..... aun cuando hubiese de agotar esa confesion vuestras fuerzas..... la vida eterna... es de mayor precio que esta vida perecedera.....

—¿De qué confesion queréis hablar, monseñor? dijo Rodin con voz débil y tono sardónico.

—¡Cómo, de qué confesion! respondió el cardenal asombrado; de vuestra confesion sobre las peligrosas intrigas que teneis trabadas en Roma.

—¿Qué intrigas? respondió Rodin.

—Las que me habeis descubierto durante vuestro delirio, respondió el prelado con una impaciencia cada vez mas irritada. ¿No es vuestra confesion bastante esplícita? ¿Por qué pues ahora, esa culpable indecision en completarla?

—¿Ha sido mi confesion... esplícita.... vos me lo asegurais?...

Dijo Rodin interrumpiéndose casi á cada palabra, tal era su opresion. Pero no le abandonaron aun la energía de su voluntad ni su presencia de espíritu.

—Sí, os lo repito, dijo el cardenal; salvo algunos huecos, vuestra confesion es de las mas esplícitas.

—Entónces... ¿de qué servirá... el repetírosla?..... Y apareció una sonrisa irónica en los labios azulados de Rodin.

—¿De qué serviria? replicó el prelado encolerizado; para merecer el perdon, porque si son debidas la indulgencia y la remision al pecador arrepentido que confiesa sus culpas, no merece el pecador endurecido sino anatema y maldicion.

—¡Oh!.... ¡qué tormento!.... esto es morir quemado á fuego lento, dijo Rodin entre dientes, y despues añadió en voz alta: Puesto que he dicho todo... nada tengo que añadir... todo lo sabeis...

—Sé todo..... sí, sin duda lo sé todo; añadió el prelado con voz aterradora: ¿pero cómo lo he sabido? Por medio de confesiones que hacíais en medio del delirio, sin saber lo que hacíais ni tener conocimiento de vuestra accion; ¿y pensáis que se os tendrá en cuenta eso? No, no. Creedme; es solemne este instante: os está amenazando la muerte... si... os está amenazando... temed pues el hacer una mentira sacrílega..... esclamó el prelado cada vez mas encolerizado sacudiendo con fuerza el brazo de Rodin; temed el fuego eterno si negais lo que sabeis, que es la verdad.... ¿lo negais?

—Nada negaré, respondió con mucho trabajo Rodin; pero dejadme estar.

—En fin, Dios os inspira, dijo el cardenal dando un suspiro de satisfaccion.

Y creyendo llegar al término empezó de nuevo:

—Escuchad la voz del Señor; ella os guiará seguramente, mi querido padre; ¿así no negais nada?

—Estaba delirando... Yo... no... puedo... pues... negar... (¡ay, cuánto padezco! añadió Rodin á guisa de paréntesis) yo no puedo pues.... negar.... las locuras que haya dicho... durante... mi delirio...

—Pero cuando están esas pretendidas locuras conformes con la realidad: esclamó el prelado furioso de ver de nuevo burladas sus esperanzas; pero cuando es el delirio una revelacion involuntaria...... providencial...

—Cardenal Malpieri... vuestra astucia... no está... ni aun al nivel... de mi agonía, respondió Rodin con voz apagada. La prueba... que no he dicho mi secreto. .si tengo un secreto... es que vos... quisiérais... hacérmelo decir.

Y el jesuita á pesar de sus dolores, á pesar de su debilidad creciente, tuvo la fuerza para incorporarse un poco en la cama y para mirar cara á cara al prelado, burlándose de él con una sonrisa diabólica.

Despues de eso volvió á dejarse cera Ro-

din sobre su almohada, acercando sus dos manos crispadas al pecho, y dando un gran suspiro de angustia.

—¡Maldito sea! Ese infernal jesuita me ha adivinado, se dijo el cardenal dando una patada de rabia. Ha advertido que le habia comprometido su primer movimiento, y se ha puesto sobre sí..... No sacaré nada de él...á no aprovechar el estado de debilidad en que se halla... y á fuerza de obsesiones... de amenazas... de espanto...

No pudo concluir el prelado: abrióse la puerta súbitamente y entró el padre d'Aigrigny, esclamando con una espresion de alegría indecible:

—¡Escelente noticia!

XII.

LA BUENA NOTICIA.

A la alteracion de las facciones del padre d'Aigrigny, á su palidez, y á la debilidad de sus pasos, se veía que la terrible escena del átrio de Nuestra Señora habia producido sobre su salud una reaccion violenta. Sin embargo se puso su fisonomía irradiante y triunfante, cuando entró en el cuarto de Rodin, esclamando:

—¡Escelente noticia!

Estremecióse Rodin al oir aquellas palabras; á pesar de su descaecimiento enderezó súbitamente la cabeza; brillaron sus ojos, inquietos, curiosos, penetrantes; y haciendo señas con su mano descarnada para que se acercasen á su cama, le dijo con una voz tan interrumpida y tan débil que apenas podia oirle:

—Siento que estoy muy mal.... casi ha acabado conmigo el cardenal... pero si esa escelente noticia..... se refiere al negocio Renepont..... cuyo pensamiento me está siempre devorando... y del cual nunca me hablan... me parece... que me salvaré....

—¡Salvado seais pues! esclamó el padre d'Aigrigny olvidando las recomendaciones del doctor Balcinier, quien se habia opuesto hasta entonces á que se le hablase á Rodin de intereses graves.

—Sí, repitió el padre d'Agrigny; salvado seais..... leed.... y glorificáos..... comienza á realizarse lo que habiais anunciado.

Diciendo esto sacó del bolsillo un papel y lo entregó á Rodin quien lo tomó con una mano ávida y trémula.

Algunos minutos antes se hubiera hallado Rodin realmente incapaz de sostener una conversacion con el cardenal Malpieri, aun cuando le hubiese permitido la prudencia el continuarla: hubiera sido no menos incapaz de leer una sola línea por lo turbados y velados que estaban sus ojos; sin embargo, al oir las palabras del padre d'Aigrigny sintió tal ímpetu y tal esperanza, que, por un esfuerzo todo poderoso de energia y de voluntad, se incorporó en la cama, y, con un espíritu suelto y ojos animados é inteligentes, leyó rápidamente el papel que acababa de entregarle el padre d'Aigrigny.

Atónito el cardenal de aquella transfiguracion repentina, se preguntaba á sí mismo si era aquel el mismo hombre, que pocos minutos antes acababa de caer exhausto encima de su cama.

Apenas hubo leido, dió Rodin un grito de alegria contenido, diciendo con un acento indescriptible:

—Y va uno.... ya comienza.... ya comienza el baile.

Y cerrando los ojos con una especie de arrebatamiento estático, apareció sobre sus facciones una sonrisa de triunfo orgulloso que las hizo mas feas aun, descubriendo sus dientes amarillos y descarnados. Fué tan violenta su emocion que se cayó de su mano estremecida el papel que acababa de leer.

—¡Se va á desmayar! esclamó el padre d'Aigrigny inclinándose con inquietud hácia Rodin; la culpa la tengo yo por ha.

ber olvidado que el doctor Baleinier ha prohibido que se le hable de negocios graves.

—No... no... no os echeis nada en cara, dijo Rodin en voz baja, levantándose un poco é incorporandose para tranquilizar al reverendo padre. Esta alegria tan inesperada.... sera acaso..... causa de mi restablecimiento... si, yo no sé lo que esperimento.... pero tened, mirad mis carrillos. .. me parece que por la primera vez desde que estoy clavado en esta cama de miserias..... se ponen un poco encarnados... y aun siento casi un poco de calor.

Tenia razon Rodin.

Un color húmedo y lijero apareció súbitamente sobre sus carrillos cárdenos y helados; aun su voz, aunque siempre débil, estaba menos cascada, y esclamó con acento de conviccion tan exaltado que se estremecieron el padre d'Aigrigny y el cardenal.

—Este primer éxito es una garantia de los otros.... estoy leyendo el porvenir... si, si, añadió Rodin en tono cada vez mas inspirado; triunfará nuestra causa.... perecerán todos los individuos de la execrable familia de Renepont.... y esto antes de poco... lo vereis.... lo vereis....

Y despues interrumpiéndose se echó Rodin sobre la almohada, diciendo:

—¡Oh! me ahoga la alegria.... pierdo la voz.

—¿De qué se trata pues? preguntó el cardenal al padre d'Aigrigny.

Y este le respondió con un tono hipócrita y penetrado.

—Uno de los herederos de la familia de Renepont, un miserable artesano gastado por los escesos y el libertinaje, ha muerto hace tres dias, al salir de una abominable orgia, en la que se habian mofado del cólera con una impiedad sacrilega..... Hoy solamente, con motivo de la indisposicion que me ha forzado á quedarme siempre en mi cuarto.... he podido tener en mi poder la fé de muerto bien arreglada de esta víctima de la intemperancia y de la irreligion. Por otra parte, lo proclamo en alabanza de su reverencia, (é indicó á Rodin) quien habia dicho: «Los peores enemigos que pueden tener los descendientes de ese infame renegado son sus malas pasiones.... sean pues ellas nuestros ausiliares contra esa raza impia...» Eso es lo que acaba de suceder á Santiago Renepont.

—Ya lo veis; replicó Rodin con voz tan apagada que pronto fué casi ininteligible; ha comenzado el castigo.... uno... de los Renepont..... ha muerto..... y..... pensad bien en eso... esa fé de muerto... añadió el jesuita, indicando el papel que tenia en la mano el padre d'Aigrigny, producirá algun dia á la compañia de Jesus.... cuarenta millones... y eso... porque... os... he...

Los labios de Rodin, solos, acabaron esa frase. De algunos instantes á aquella parte se iba oscureciendo tanto su voz que al fin llegó á no ser perceptible, y se apagó completamente: contraida la laringe por una emocion violenta no permitió ya salir acento ninguno.

El jesuita, lejos de turbarse por aquel accidente, acabó su frase, por decirlo asi, por medio de una pantomima espresiva, alzando con arrogancia la cabeza, altivo y orgulloso el rostro, se dió en la frente dos ó tres golpes con la punta del índice, manifestando asi que, á su inteligencia, á su direccion, era a quienes se debia ese primer resultado tan feliz.

Pero bien pronto Rodin volvió á dejarse caer sobre la cama, abrumado, exhausto, jadeando y desanimado, acercando el pañuelo á sus secos labios: *aquella buena noticia*, como decia el padre d'Aigrigny, no habia curado á Rodin; habia podido, por un momento solamente, olvidar sus

dolores; pero pronto desaparecció aquel li gero color encarnado que habia animado un poco sus mejillas: púsose de nuevo cárdeno su rostro, y sus padecimientos, suspendidos por un instante, redoblaron con tal violencia, que se retorció convulsivamente bajo la ropa de la cama, y se estendió á lo largo con la cara encima de la almohada, cruzando sobre la cabeza sus dos brazos acrispados y tiesos como dos barras de hierro.

Despues de esta crisis tan intensa como rápida durante la cual el P. d'Aigrigny y el prelado prodigaron atenciones á Rodin, este, con su cara inundada de un sudor frio, les hizo señas de que sufria menos, y que deseaba beber de una pocion que les indicaba con su ademan; la cual estaba encima de la mesa. Fué á cojerla el P. d'Aigrigny, y mientras el cardenal, con un hastio evidente, sostenia á Rodin, daba el P. d'Aigrigny al enfermo algunas cucharadas de la pocion, y produjo esta por lo pronto alguna calma.

—¿Queréis que llame á Mr. Rousselet? dijo el P. d'Aigrigny á Rodin asi que se hubo tendido este de nuevo en la cama.

Meneó Rodin negativamente la cabeza, y despues, haciendo otro esfuerzo, levantó la mano derecha, la abrió enteramente y recorrióla con el dedo índice de la mano izquierda: hizo señas al P. d'Aigrigny, mostrándole con los ojos un bufetito que estaba en un rincon del cuarto, que no pudiendo hablar, queria al menos escribir.

—Siempre entiendo á vuestra reverencia, dijo el P. d'Aigrigny; pero calmaos primeramente. Al instante, si es necesario, os daré cuanto se necesita para escribir.

Dos golpes violentos que dieron, no á la puerta del cuarto de Rodin, sino á la puerta esterior del cuarto inmediato, interrumpieron aquella escena; por prudencia y porque fuese mas secreta su conversacion con Rodin, el P. d'Aigrigny habia rogado á Mr. Rousselet que estuviese en el primero de aquellos cuartos.

El P. d'Aigrigny, despues de haber atravesado el segundo cuarto, abrió la puerta de la antecámara, en la que halló á Mr. Rousselet, el cual le entregó un pliego cerrado bastante abultado, diciéndole:

—Perdonadme, padre mio, el haberos incomodado; pero me han dicho que era preciso entregaros al instante ese pliego.

—Gracias, señor Rousselet, dijo el Padre d'Aigrigny; y despues añadió: ¿Sabeis á que hora ha de venir el doctor Baleinier?

—No puede tardar mucho, padre mio; puesto que quiere hacer antes de la noche la operacion tan dolorosa que ha de producir un efecto tan decisivo en la salud del P. Rodin, y estoy preparandolo todo con ese objeto, añadió Mr. Rousselet, mostrando un aparejo estraño, formidable, que consideraba con una especie de espanto el P. d'Aigrigny.

—Yo no sé si es este grave síntoma, dijo el jesuita; pero acaba de esperimentar el P. Rodin una estincion de la voz.

—Es ya la tercera vez, de ocho dias á esta parte, que se renueva ese accidente, dijo Mr. Rousselet, y la operacion del señor Baleinier influira asi sobre la laringe como sobre los pulmones.

—¿Y es muy dolorosa la tal operacion? dijo el P. d'Aigrigny.

—No creo que la haya mas cruel en toda la cirujía, dijo el discípulo: asi es que el doctor Baleinier ha ocultado su importancia al P. Rodin.

—Tened la bondad de continuar aguardando aqui al doctor Baleinier, y de decirle que entre al instante que llegue; repitió el P. d'Aigrigny, y volvió al cuarto del enfermo. Sentándose entonces á su cabecera, le dijo mostrándole la carta:

—Hé aqui varios informes contradictorios relativos á diversos miembros de la familia Renepont, quienes me han parecido dignos de una vigilancia especial;.... como de algunos dias á esta parte no me ha permitido mi indisposicion el ver nada por mi mismo... porque hoy es el primer dia que me levanto... pero no sé, padre mio, añadió dirigiendo la palabra á Rodin, si vuestro estado os permitirá oir.....

Hizo Rodin un ademan tan deprecatorio á la vez y tan desesperado, que conoció el P. d'Aigrigny que habria á lo menos tanto peligro en rehusar á Rodin lo que pedia como en conformarse á sus deseos: volviéndose pues al cardenal, quien per manecia siempre inconsolable de no haber podido arrancar su secreto al jesuita, le dijo con una respetuosa deferencia, mostrándole la carta:

—¿Permite vuestra eminencia?....

El prelado inclinó la cabeza y respondió:

—Vuestros negocios son tambien los nuestros, querido padre mio, y la iglesia se debe alegrar siempre de lo que alegra á vuestra gloriosa Compañía.

Rompió el P. d'Aigrigny el nema del pliego; habia en él diversas notas de letras diferentes.

Despues de haber visto la primera, se obscurecieron súbitamente sus facciones y dijo con voz grave y penetrada:

—Esto es una desgracia..... una gran desgracia.

Volvió Rodin súbitamente la cabeza hácia él, mirándole con aire inquieto é interrogativo.

—Ha muerto Florina con el cólera, dijo el P. d'Aigrigny continuando, y lo peor, añadió el reverendo padre, estregando la nota entre sus dedos, es que, antes de morir, esta miserable criatura ha confesado á la señorita de Cardoville, que la estaba espiando hacia mucho tiempo, conforme á las órdenes de vuestra reverencía.

La muerte de Florina y la confesion que habia hecho á su señora contrariaban sin duda los proyectos del P. Rodin, por que se le oyó una especie de murmullo inarticulado, y á pesar de su abatimiento, manifestaron sus facciones un gran disgusto.

Pasando á otra nota, leyóla el padre d'Aigrigny y dijo:

—Esta nota relativa al mariscal Simon no es absolutamente mala, pero no es absolutamente buena, puesto que anuncia, en suma, una mejora en su situacion. Veremos despues, por los informes de otras fuentes, si merece esta nota entera fé.

Rodin con un gesto impaciente y brusco, hizo señas al padre d'Aigrigny que leyese prontamente.

Entonces leyó el reverendo padre lo que sigue:

—« Se asegura que, de algunos dias á « esta parte, está menos triste, menos in- « quieto y menos agitado el espíritu del « mariscal: ha pasado últimamente dos « horas con sus hijas, lo que no le habia « sucedido hace mucho tiempo. Como la « dura fisonomia de su soldado Dagoberto « se va aclarando cada dia mas...... se « puede mirar ese síntoma como una « prueba cierta del estado de la salud del « mariscal.

« Habiéndose conocido la escritura de « las últimas cartas anónimas, las ha de- « vuelto al factor el soldado Dagoberto sin « que las haya abierto el mariscal; se pro- « porcionarán medios de que lleguen á sus « manos de otro modo. »

Mirando despues á Rodin, el padre d'Aigrigny le dijo:

—¿Sin duda piensa vuestra reverencia como yo, que podria ser mas satisfactoria esta nota?

Bajó Rodin la cabeza. Mostraba su fisonomía contraida cuanto sentia el no poder

hablar; dos veces puso la mano en la garganta, mirando con angustia al padre d'Aigrigny.

—¡Ah!... esclamó el padre d'Aigrigny con cólera y amargura, despues de haber dado una ojeada á otra nota, ¡por una eventualidad feliz.... hay muchas desgraciadas hoy!

Al oir aquellas palabras, volvióse Rodin hácia el padre d'Aigrigny, estendiendo sus manos trémulas, interrogándolo con los ademanes y con los ojos.

Esperimentando tambien la misma inquietud, el cardenal dijo al padre d'Aigrigny:

—¿Que os anuncia pues esa nota? querido padre mio.

—Creíamos que se ignoraba completamente que vive en nuestra casa el señor Hardy, respondió el padre d'Aigrigny, y se teme ahora que haya descubierto Agricol Baudoin la morada de su antiguo amo, y que le haya enviado una carta por medio de uno de los hombres de esta casa...

Asi, añadió con cólera el padre d'Aigrigny, durante estos tres dias, en los cuales me ha sido imposible el ir á ver á Mr. Hardy al pabellon en que habita, se habrá dejado seducir uno de los sirvientes... Hay entre nosotros un tuerto de quien me he desconfiado...... ¡miserable! Pero no; no puedo creer en semejante traicion. Serian demasiado deplorables sus consecuencias, porque nadie sabe mejor que yo en que puesto están las cosas, y declaro que podria echarlo á perder todo semejante correspondencia; despertando en la imaginacion de Mr. Hardy recuerdos é ideas con tanto trabajo adormecidas, se echaria por tierra en un solo dia, por decirlo así, cuanto he hecho desde que está en nuestra casa de recoleccion.... pero felizmente se trata solamente en esta nota de dudas, de recelos, y espero que los otros informes, que á mi parecer son mas seguros, no los confirmarán.

—Mi querido padre, dijo el cardenal, no se debe desesperar..... la buena causa tiene siempre el apoyo del Señor.

Parecia que aquella confianza no le inspiraba mucha seguridad al padre d'Aigrigny, el cual estaba pensativo, agoviado, miéntras Rodin, estendido sobre su cama de dolor, se estremecia convulsivamente en un acceso de cólera muda, al pensar en aquel nuevo contratiempo.

—Veamos lo que dice esta última nota, dijo el padre d'Aigrigny, despues de haber pensado algun rato. Tengo bastante confianza en la persona que me la envia para no dudar ni un solo instante de la exactitud de los informes que contiene.... ¡Quiera Dios que me contradigan enteramente los otros!

Para no interrumpir el encadenamiento de los hechos contenidos en esta última nota, que causó una impresion tan terrible á los actores de esta escena, dejamos al lector que supla con su imaginacion todas las esclamaciones de sorpresa, de rabia, de odio, de temor del padre d'Aigrigny, así como la espantosa pantomima de Rodin, mientras duró la lectura de aque documento tan formidable, resultado de las investigaciones de un agente secreto y fiel de los RR. PP.

XIII.

LA NOTA SECRETA.

Leyó pues el padre d'Aigrigny lo que sigue:

«Hace tres dias llegó el abate Gabriel «de Renepont á la una y media de la tar«de á casa de Mlle. de Cardoville, en la «que no habia estado jamás, y se quedó «con esa señorita hasta cerca de las cinco.

«Casi al instante que salió el abate, sa«lieron tambien de aquella casa dos cria«dos: el uno fué á casa del mariscal Si»mon, el otro á casa de Agricol Baudoin, «el obrero herrero, y despues á casa del «príncipe Djalma.

«Ayer hacia medio dia vinieron á casa «de Mlle. de Cardoville el mariscal Simon «y sus dos hijas: poco tiempo despues lle«gó tambien por su parte el abate Gabriel «de Renepont, acompañado de Agricol «Baudoin.

«Ha habido una conferencia muy larga «entre Mlle. de Cardoville y esos perso«najes quienes han permanecido con ella «hasta las tres y media.

«El mariscal Simon que habia venido «en coche, se ha ido á pié con sus dos hi«jas: parecian los tres muy satisfechos, y «aun le han visto en una de las calles de «árboles apartadas de los Campos Eliseos «al mariscal, abrazar con efusion y enter«necimiento á sus dos hijas.

«El abate Gabriel de Renepont y Bau«doin han salido los últimos.

«El abate Gabriel ha vuelto á su casa, «como se ha sabido mas tarde: el herre«ro, á quien habia muchas razones para «vigilar, ha ido á casa de un vinatero de «la calle de la Harpa. Le han seguido y «han visto que, habiendo pedido una bo«tella de vino, se ha sentado en un rincon «retirado del gabinete del fondo, á mano «izquierda: no bebia y parecia muy preo«cupado: se ha supuesto por consiguiente «que estaba esperando á alguno.

«En efecto, al cabo de media hora ha «llegado un hombre de algunos treinta «años, moreno, alto de estatura, tuerto «del ojo izquierdo, vestido con levita de «color de castaña y pantalon negro, y sin «nada en la cabeza. Debia venir de algun «sitio próximo, se ha puesto á la mesa «con el herrero.

«Han entablado ambos una conversa«cion muy animada, de la que, por des«gracia, no se ha podido oir ni una pa«labra. Al cabo de una media hora, Agrí«col Baudoin ha puesto en manos del tuer«to un paquete pequeño, que segun pa«recia, contenia oro, juzgando por su cor«to volúmen y por las manifestaciones de «profundo reconocimiento del tuerto, el «cual ha recibido despues de Agricol Bau«doin con mucha atencion una carta que «parecia recomendarle aquel con muchas «instancias: la ha puesto el tuerto en su «bolsillo con el mayor cuidado y despues «se han separado, diciendo el herrero al «otro: Hasta mañana.

«Despues de este abocamiento se ha «juzgado portuno seguir con el mayor cui«dado al hombre tuerto: saliendo de la «calle de la Harpa, ha atravesado el Lu«xemburgo y ha entrado en la casa de «recoleccion de la calle de Vaugirard.

«Han ido el dia siguiente muy tem«prano á los alrededores de la taberna de «la calle de la Harpa, porque se ignoraba «la hora de la cita que habia dado la vís«pera á Agricol el hombre tuerto: se ha «esperado hasta la una y media, y en«tonces ha llegado el herrero.

«Como, por temor de ser reconocido, «se habian tomado precauciones para dis«frazarse enteramente, se ha podido, asi «como se habia hecho la víspera, entrar «en la tal taberna y sentarse á una mesa «cerca de la del herrero, sin escitar en «este sospecha ninguna: poco tiempo des«pues ha llegado el hombre tuerto y le «ha dado una carta sellada de negro.

«Al ver aquella carta ha parecido Agri«col tan conmovido, que, aun antes de «leerla, se ha visto claramente correr una «lágrima sobre sus bigotes.

«Muy corta era la carta, puesto que «no le ha costado al herrero el leerla mas «de dos minutos; no obstante, ha pare«cido tan contento de ella, tan feliz, que «saltaba de alegria en su banco y ha apre«tado cordialmente la mano del hom«bre tuerto; despues parecia que pedia «con instancia alguna cosa que rehusaba «el tuerto; pero al fin ha parecido que «cedia este, y han salido ambos juntos «de la taberna.

«Se les ha seguido á lo lejos: como «ayer el hombre tuerto ha entrado en la «casa indicada calle Vaugirard: Agricol, «despues de haberlo acompañado hasta la «puerta, ha dado muchas vueltas al rededor de las paredes, pareciendo que estudiaba el terreno; de tiempo en tiempo «escribia algunas palabras en un cartapacio.

«En seguida ha ido muy de prisa el «herrero á la plaza del Oleon y ha tomado un cupé: se le ha imitado, se le «ha seguido, y se ha visto que ha ido á «la calle de Anjou á casa de la señorita «de Cardoville.

«Por una casualidad feliz, en el instante en que entraba Agrícol en aquel «hótel, se ha visto salir un coche con la «librea de la señorita de Cardoville; en «él estaba el escudero de dicha señorita «con un hombre de muy mala traza, muy «pobremente vestido y muy palido.

«Merecia alguna atencion este incidente bastante estraordinario; asi es que «no se ha perdido de vista el citado coche, el cual ha ido directamente á la «prefectura de policía.

«Ha salido del coche el escudero de la «señorita de Cardoville, con el hombre «de mala traza, y han entrado ambos en «el despacho de los agentes de vigilancia; «al cabo de media hora ha salido solo el «escudero de la señorita de Cardoville, «y subiendo al coche, ha dado órden que «lo llevasen al palacio de justicia, y ha «ido al despacho del procurador del rey; «allí ha pasado como cosa de media hora, «y despues ha vuelto á la calle de Anjou «al hótel de Cardoville. Se ha sabido por «una via estremadamente segura, que el «mismo dia á las ocho de la noche Mrs. «de *Ormesson* y *Valbelle*, abogados de «mucha reputacion, y el juez de instruccion que ha recibido la queja, *por secuestracion* de la señorita de Cardoville «cuando estaba *retenida* en la casa del doctor Baleinier, han tenido con esa señorita, en el hótel de Cardoville, una conferencia que se ha prolongado hasta casi «media noche, á la cual asistían Agrícol «Baudoin y otros dos obreros de la fábrica de Mr. Hardy.

«Hoy ha ido el príncipe Djalma á casa «del mariscal Simon y se ha quedado tres «horas y media; al cabo de este tiempo «han ido el mariscal y el príncipe, muy «probablemente, á casa de la señorita de «Cardoville, puesto que se han detenido «en su puerta, calle de Anjou: un accidente imprevisto ha impedido que se «pudiese completar este último informe.

«Se acaba de saber que se ha despachado muy poco hace, órden de poner «preso al llamado Leonardo, antiguo *factotum* del baron Tripeaud. Se supone «que ha sido ese Leonardo el autor del incendio de la fábrica de Mr. Francisco «Hardy; porque Agrícol Baudoin y dos «de sus camaradas han indicado un hombre que tiene con Leonardo una semejanza estraordinaria.

«De todo esto resulta, que de pocos «dias á esta parte el hótel de Cardoville «es el foco en donde se reunen y de donde parten los pasos mas activos y mas «multiplicados, que se dan siempre, segun parece, al rededor del mariscal Simon, de sus hijas y de Mr. Francisco «Hardy; pasos en los que la señorita de «Cardoville, el abate Gabriel y Agrícol «son los agentes mas infatigables, y segun «se teme los mas peligrosos.»

Comparando esta nota con los otros informes y recordando lo pasado, resultaban de todo esto, descubrimientos que abrumaban á aquellos reverendos padres. Asi:

Tenia Gabriel frecuentes y largas conferencias con Adriana, quien hasta entonces le habia sido desconocida.

Habia entablado Agrícol Baudoin relaciones con Mr. Hardy, y tenia ya la justicia algunos indicios acerca de los autores y de los instigadores del motin que habia arruinado é incendiado la fábrica del competidor del baron Tripeaud.

Parecia casi cierto que el príncipe Djalma habia tenido una conferencia con la señorita de Cardoville.

Ese conjunto de hechos probaba hasta la evidencia, que, fiel á la amenaza que habia hecho á Rodin, cuando se descubrió la doble perfidia del reverendo padre, la señorita de Cardoville se ocupaba activamente en reunir al rededor suyo los miembros dispersos de su familia con objeto de escitarlos á ligarse contra el enemigo peligroso, cuyos detestables proyectos, asi descubiertos y valerosamente combatidos, no debian tener en adelante ninguna probabilidad de salir bien.

Ahora se comprende cual debió ser el el terrible efecto que produjo aquella nota en el padre d'Aigrigny y en Rodin.... en Rodin, agonizante, clavado en una cama por el padecimiento y reducido á la impotencia, mientras veia desplomarse trozo por trozo su laborioso edificio.

XIV.

LA OPERACION.

Hemos renunciado á pintar la fisonomía, la actitud y el ademan de Rodin durante la lectura de la nota que arruinaba al parecer las esperanzas concebidas tanto tiempo hacia: iba á faltarle todo á la vez, y al momento mismo en que una confianza casi sobrehumana en el écsito de su trama le daba la suficiente enerjía para dominar aun su enfermedad. Saliendo apenas de una agonía dolorosa, un solo pensamiento fijo, devorador, le habia ajitado hasta el delirio. *¿Que progreso en mal ó en bien habia hecho durante su enfermedad aquel negocio tan inmenso para él?* Se le anunciaba primeramente una noticia feliz, la muerte de Santiago; pero inmediatamente las ventajas de esa muerte que reducia de siete á seis el número de los herederos de Renepont, quedaban anonadadas. ¿De qué servia esa muerte, puesto que aquella familia dispersada, atacada en su aislamiento con una perseverancia infernal, se reunía, y conocia en fin los enemigos que tanto tiempo hacia le daban golpes secretos? Si todos aquellos corazones heridos, lastimados, despedazados, se reunian, se consolaban, dándose un apoyo firme y recíproco, ganado estaba su pleito y los reverendos padres perdian la enorme herencia.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

¡Estraño poder es el de la voluntad humana! Tiene ya Rodin un pié en la sepultura, está casi agonizando, le falta la voz, y sin embargo aquella alma tenaz y fecunda en recursos no desespera aun: que le vuelva un milagro la salud y aquella impertérrita confianza en el écsito de sus proyectos que le ha dado el poder de resistir á su enfermedad, á la cual hubieran sucumbido otros muchos, aquella confianza le dice que podrá remediarlo todo... pero es menester la salud, la vida.

¡La salud... la vida!... é ignora su médico si sobrevivirá ó no á tantos sacudimientos... si podrá soportar una operacion terrible... ¡La salud... la vida!... Y poco antes oía el mismo Rodin hablar de las solemnes exequias que se le harian....

¡Pues bien! La salud, la vida, las tendrá; se lo ha dicho á si mismo... Sí; ha querido vivir hasta ahora... y ha vivido... ¿Por qué no vivirá aun mas tiempo?

Vivirá pues... ¡así lo ha determinado!

Cuanto acabamos de decir, Rodin lo habia pensado en un segundo por decirlo así.

Necesario era que sus facciones, desordenadas por esta especie de tormento moral, revelasen alguna cosa muy estraña,

pues le miraban el padre d'Aigrigny y el cardenal silenciosos y atónitos.

Una vez resuelto á vivir con el objeto de sostener una lucha desesperada contra la familia de Renepont, Rodin obró en consecuencia de esa determinacion; así es que el prelado y el padre d'Aigrigny creyeron durante algunos instantes que estaban bajo la influencia de un sueño.

Por un esfuerzo de voluntad de una energía increible, y como si se hubiese movido por un resorte, se arrojó Rodin fuera de la cama, llevándose una sábana que arrastraba por el suelo como una mortaja tras de su cuerpo cárdeno y descarnado... El cuarto estaba frio; inundaba el sudor el rostro del jesuita, y sus pies húmedos y huesosos dejaban la marca en los ladrillos.

—¡Infeliz! ¿qué estáis haciendo? Es daros la muerte, esclamó el padre d'Aigrigny abalanzándose á Rodin para forzarlo á que se volviese á la cama.

Pero éste, estendiendo uno de sus brazos de esqueleto, duro como el hierro, rechazó lejos al padre d'Aigrigny con un vigor increible para quien pensase en el estado de inanicion en que se hallaba hacia mucho tiempo.

—Tiene la fuerza de un epiléptico..... mientras está con el accidente.

Dijo al prelado el padre d'Aigrigny enderezándose.

Rodin se dirigió con paso grave hacia el bufete en donde se hallaba todo lo necesario para que escribiese cada dia sus recetas el doctor Baleinier; sentándose despues junto á aquella mesa, tomó el jesuita una pluma y papel y comenzó á escribir con puño firme.

Sus movimientos calmados, lentos y seguros, tenian algo de la mesura reflexionada que se advierte en los sonámbulos.

Mudos, inmóviles, sin saber si estaban despiertos ó dormidos, al ver aquel prodigio, el cardenal y el padre d'Aigrigny se quedaron con la boca abierta ante la increible serenidad de Rodin, quien medio desnudo escribia con una perfecta tranquilidad.

Sin embargo el padre d'Aigrigny se acercó á él y le dijo:

—Padre mio..... pero es una insensatez.....

Levantó los hombros Rodin, volvió la cabeza hácia él, é interrumpiéndolo con un ademan, le hizo señas para que se acercase y leyese lo que estaba escribiendo.

Pensaba el reverendo padre que veria las *elucubraciones* de un cerebro enfermo, y tomó la hoja que escribia el padre Rodin mientras se ponia éste á hacer otra nota.

—Monseñor... esclamó el padre d'Aigrigny, leed esto.

Leyó el cardenal la hoja, y volviéndola al padre d'Aigrigny, no menos asombrado que él:

—Está lleno de razon, de habilidad, de recursos: así se neutralizará el peligroso concierto del abate Gabriel y de la señorita de Cardoville, que parecen en efecto los promotores mas peligrosos de esta coalicion.

—En verdad es esto milagroso, dijo el padre d'Aigrigny.

—¡Ah! querido padre mio! dijo en voz baja el cardenal, oyendo aquellas palabras del jesuita y sacudiendo la cabeza con una espresion de sentimiento triste. ¡Qué lástima que seamos los únicos testigos de lo que pasa! ¡Qué magnífico MILAGRO se hubiera podido hacer con esto!... Un hombre agonizando.... trasportado así súbitamente... Y presentando la cosa bajo cierto aspecto... Casi valdria esto tanto como la resurreccion de Lázaro...

—¡Qué idea, monseñor! dijo el padre d'Aigrigny á media voz, es perfecta, y no se ha de abandonar..... es muy aceptable y...

Este inocente y pequeño complót taumatúrgico fué interrumpido por Rodin, quien volviendo la cabeza, hizo señas al padre d'Aigrigny para que se acercase, y le dió otra hoja acompañada de un papelito en el que se leían las palabras siguientes:

« *Para que se haga dentro de una hora.* »

El padre d'Aigrigny leyó rápidamente la nota nueva, y esclamó:

—Es verdad no habia pensado en eso: de ese modo, en lugar de ser funesta la correspondencia de Bandoin y de Mr. Hardy puede tener escelentes resultados. En verdad, añadió en voz baja y acercándose al cardenal el padre d'Aigrigny, mientras continuaba escribiendo Rodin, estoy confundido.... veo.... leo.... y apenas puedo creer á mis ojos... hace un instante abrumado, moribundo... y ahora con el espíritu tan claro, tan brillante como cuando mas..... ¿Somos acaso testigos de uno de esos fenómenos de sonambulismo, durante los cuales el alma obra sola y domina al cuerpo?

Abrióse de repente la puerta y entró con viveza el señor Baleinier.

Al ver á Rodin sentado en su bufete, medio desnudo, con los pies en los ladrillos, esclamó el doctor en tono de reproche y de espanto:

—Pero, monseñor... pero, padre mio... es un homicidio el dejarle á ese infeliz en ese estado. Si tiene un acceso de tabardillo, es necesario atarle en la cama y ponerle la *camisole de force* (1).

Diciendo esto, el doctor Baleinier se acercó rápidamente á Rodin y le asió el brazo: pensaba encontrar el cútis seco y helado, y estaba al contrario flexible, casi húmedo.

Quiso el doctor, lleno de sorpresa, tomarle el pulso de la mano izquierda, que le abandonó Rodin continuando escribiendo con la derecha.

—¡Qué prodigio! esclamó el doctor Baleinier, quien contaba las pulsaciones de Rodin. Ocho dias hace que está, y aun estaba esta mañana, el pulso brusco, intermitente, casi insensible, y ahora se le vanta... se arregla... no sé qué pensar... ¿Qué ha sucedido pues?... No puedo creer lo que veo.

Esto decia volviéndose al padre d'Aigrigny y al cardenal.

—El reverendo padre ha esperimentado primeramente una estincion de voz, y despues un acto de desesperacion tan violento, tan furioso, causado por unas noticias deplorables, respondió el padre d'Aigrigny, que durante un instante hemos temblado por su vida..... mientras al contrario ha tenido el reverendo padre fuerzas para ir á ese bufete, en donde está escribiendo hace diez minutos con una claridad de razonamiento, una pureza de espresion, que nos ha dejado confundidos á monseñor y á mí.

—No hay duda ninguna, esclamó el doctor, el violento acceso de desesperacion que ha esperimentado, ha producido en él una perturbacion violenta que prepara admirablemente la crisis reactiva que ahora estoy casi seguro de lograr por medio de la operacion.

—Persistis pues en hacerla, dijo en voz muy baja el padre d'Aigrigny al doctor Baleinier, mientras continuaba Rodin escribiendo.

—Esta mañana hubiera podido titubear; pero ahora dispuesto cual está..... voy á aprovechar el instante de esta grande surescitacion, la cual, segun preveo, será seguida de un grande abatimiento.

—Asi, dijo el cardenal, sin la operacion.....

(1) Así se llama una túnica y á veces un sayo (los hay de diversas formas) que les ponen en Francia á los locos y á los condenados á muerte para que ni hagan ni se hagan daño alguno. *(N. del T.)*

—Aborta esta crisis tan feliz, tan inesperada..... y su reaccion puede matarle, monseñor.....

—¿Y le habeis advertido de la gravedad de la operacion?

—Poco mas ó menos..... monseñor; dijo el doctor Baleinier.

Y acercándose á Rodin, quien, como continuaba escribiendo y pensando, nada habia oido de esa conversacion en voz baja:

—Reverendo padre mio, le dijo el doctor en voz firme: ¿quéreis estar en pié dentro de ocho dias?

Hizo Rodin un ademan lleno de confianza, que significaba:

—¡Pues en pié estoy!

—No os llameis á engaño, respondió el doctor, esta crisis es escelente; pero durará poco, y si no la aprovechamos.... al instante..... para hacer la operacion de que os he hablado un poco, á fé mia..... os lo digo brutalmente..... despues de semejante sacudimiento..... de nada respondo.

Aquellas palabras llamaron tanto mas la atencion de Rodin, cuanto que media hora antes habia esperimentado cuan corta habia sido la duracion de la *mejoría* efémera que le habia ocasionado la *buena noticia* del padre d'Aigrigny, y comenzaba a sentir de nuevo un acrecentamiento de opresion al pecho.

—En una palabra, mi reverendo padre, ¿quereis vivir ó no?

Rodin escribió rápidamente estas palabras que le dió al doctor.

—*Por vivir..... me dejaria cortar los cuatro miembros; estoy dispuesto á todo.*

É hizo un movimiento para levantarse.

—Debo declararos, reverendo padre mio, no para haceros vacilar, sino para que no sea sorprendido vuestro coraje, añadió el doctor Baleinier, que esta operacion es cruelmente dolorosa.

Levantó los ojos Rodin, y escribió.

—Dejadme la cabeza y tomad todo lo demas.

El doctor habia leido en alta voz estas palabras; el cardenal y el padre d'Aigrigny se miraron sorprendidos de aquel indómito valor.

—Reverendo padre mio, dijo el doctor Baleinier, seria necesario volveros á acostar.

Rodin escribió:

Preparaos..... tengo que escribir órdenes urgentes. Me advertireis cuando sea necesario.

Plegando despues un papel, que cerró con una oblea, Rodin hizo señas al padre d'Aigrigny, que leyese lo que iba á escribir, y escribió estas palabras:

—*Enviad al instante esta nota al agente que ha dirigido las cartas anónimas al mariscal Simon.*

—Al instante mismo, reverendo padre mio, dijo el padre d'Aigrigny, voy á darle este encargo á una persona muy segura.

—Reverendo padre mio, dijo el doctor Baleinier, ya que tanto empeño teneis en escribir, volveos á acostar y escribireis en la cama, mientras preparamos lo necesario.

Hizo Rodin un gesto aprobativo y se levantó.

Pero ya comenzaba á realizarse lo pronosticado por el doctor; apenas pudo el jesuita estarse en pié un solo segundo, y se dejó caer sobre la silla..... Entonces miró angustioso al doctor Baleinier y su respiracion comenzó á sofocarse cada vez mas.

El doctor, queriendo tranquilizarle, le dijo:

—No tengais inquietud ninguna... pero es necesario apresuraros..... apoyaos sobre el padre d'Aigrigny y sobre mí.

Con aquellos dos apoyos pudo al fin Rodin ir á su cama, y habiéndose incorporado, mostró con un ademan el bufetito

y el papel para que se los trajeran. Sirviole de atril una cartulina, y continuó escribiendo sobre sus rodillas, interrumpiéndose de tiempo en tiempo para aspirar aire con mucho trabajo como si se hubiera sofocado, pero sin hacer caso ninguno de cuanto pasaba al rededor suyo.

—Reverendo padre mio, dijo el doctor Baleinier al padre d'Aigrigny, ¿sois capaz de ayudarme y asistirme en la operacion que voy á hacer? ¿teneis esa especie de valor?

—No, respondió el reverendo padre. En el ejército jamas he podido asistir á una amputacion: al ver sangre me desmayo.

—No hay sangre, dijo el doctor Baleinier; pero fuera de eso aun es peor... tened pues la bondad de enviarme tres de nuestros reverendos padres; ellos me ayudarán... tened tambien la bondad de advertir á Mr. Rousselet que venga con su aparejo.

Salió el padre d'Aigrigny.

El cardenal se acercó al doctor Baleinier y le dijo con voz baja, mostrándole á Rodin:

—¿Está fuera de peligro?

—Si resiste á la operacion, sí, monseñor.

—Y.... ¿estais seguro que resistirá?

—A él le diria, *sí;* á vos, monseñor, os digo: *es de esperar.*

—¿Y si sucumbe, habrá tiempo para administrarle en público los sacramentos con cierta pompa, cosa que ocasiona siempre algunas lentitudes?

—Es probable que su agonía durará... al menos un cuarto de hora.

—Poco es..... pero al fin es menester contentarse, dijo el prelado.

Y se retiró junto á una de las ventanas, en cuyos cristales se puso inocentemente á tocar el tambor con la punta de los dedos, pensando en el efecto que producirian las luces del catafalco que tanto deseo tenia de preparar para Rodin.

En aquel instante entró Mr. Rousselet con una gran caja cuadrada bajo del brazo; se acercó á una cómoda y comenzó á preparar su aparejo encima del mármol que la cubría.

—¿Cuantos habeis preparado? dijo el doctor Baleinier.

—Seis, señor.

—Bastan cuatro; pero mejor es estar prevenido. ¿No está el algodon demasiado apretado?

—Mirad, señor.

—Muy bien.

—¿Y cómo vá el reverendo padre?.... preguntó el discípulo al maestro.

—Hum.... hum..... respondió en voz baja el doctor. Terrible es el embarazo del pecho, y al respirar, sifla..... la voz siempre apagada.... pero en fin hay una eventualidad.

—Todo lo que yo temo, señor, es que el reverendo padre no pueda resistir á un dolor tan horroroso.

—Esa es tambien otra eventualidad... pero en semejante situacion es necesario arriesgarlo todo.... Vamos querido mio, encended una vela que ya oigo venir á nuestros enfermeros.

En efecto, pronto entraron acompañados por el padre d'Aigrigny los tres congregantes que por la mañana se estaban paseando en el jardin de la calle de Vaugirard.

Los dos ancianos de las caras rubicundas y floridas, y el jóven del rostro ascético, vestidos los tres, como á lo ordinario, de negro, con alzacuellos, y en la cabeza bonetes cuadrados; parecian, por otra parte, muy bien dispuestos á ayudar al doctor Baleinier durante la formidable operacion.

—

XV.

EL TORMENTO

—Reverendos padres mios, dijo graciosamente el doctor Baleinier á los tres congregantes, os agradezco vuestra buena cooperacion.... lo que habeis de hacer es muy sencillo., y con la ayuda del Señor, salvará esta operacion á nuestro querido y reverendo padre.

Las tres sotanas negras levantaron los ojos al cielo con compuncion y despues hicieron una reverencia, como si no hubiese habido mas que un solo hombre.

Rodin muy indiferente á cuanto pasaba al rededor suyo, no habia cesado ni un solo instante, sea de escribir, sea de pensar.... sin embargo, de tiempo en tiempo, á pesar de aquella tranquilidad aparente, habia esperimentado una dificultad tan grande para respirar, que el doctor Baleinier habia vuelto la cabeza con suma inquietud al oir la especie de silvido sofocado que salia de la garganta del enfermo; asi es que, despues de haber hecho una seña al discípulo, el doctor se acercó á Rodin y le dijo:

—Vamos, reverendo padre mio.... este es el gran momento... ¡valor!

No se manifestó en las facciones del jesuita indicio ninguno de espanto, y se quedó su rostro impasible como el de un cadáver: solamente sus pequeñuelos ojos de reptil resplandecieron aun mas brillantes en el fondo de su oscura órbita; estuvo mirando un instante á los testigos de aquella escena; poniéndose despues la pluma entre los dientes, dobló y cerró aun otro plieguecito, lo puso encima de su mesa de noche, y en seguida hizo al doctor Baleinier una seña que queria decir: dispuesto estoy.

—En primer lugar, es necesario quitaros la almilla de lana y la camisa, padre mio.

Por vergüenza ó pudor, Rodin vaciló un instante.... solamente un instante..... porque cuando el doctor dijo de nuevo:

—Es necesario, reverendo padre mio; Rodin, siempre sentado en su cama, obedeció con la ayuda del doctor Baleinier; quien añadió sin duda para consolar su pudor ofendido:

—No tenemos necesidad absolutamente sino de vuestro pecho, querido padre mio, el lado derecho y el izquierdo.

En efecto, tendido Rodin boca arriba, teniendo siempre en la cabeza aquel gorro de seda grasiento, dejó ver la parte anterior de un tronco medio macilento y amarillento, ó por mejor decir, el armazon huesoso de un esqueleto, puesto que las sombras que producian lo elevado de las costillas y de las ternillas sellaban su cuerpo con surcos negros, profundos y circulares. En cuanto á sus brazos, se hubiera podido creer que eran huesos rodeados de cuerdas gruesas y cubiertas con pergamino atezado, por el gran relieve que daba á sus huesos así como á sus venas el abatimiento muscular.

—Vamos, Mr. Rousselet, los aparejos, dijo el doctor Baleinier. Y despues, hablando á los tres congregantes. Acercaos, señores... lo que habeis de hacer... es muy sencillo..... ya os lo he dicho, como vais á ver.

Y comenzó el doctor Baleinier á instalar el negocio.

Fué cosa muy sencilla en efecto.

Dió el doctor á cada uno de sus enfermeros una especie de trébede de acero, de algunas dos pulgadas de diámetro y tres de altura: el centro circular de aquella trébede estaba lleno de algodon apilado y muy espeso; teníase en la mano aquel instrumento por medio de un mango de madera.

En la mano derecha estaba armado cada uno de los enfermeros de un pequeño tubo de hoja de lata de diez y ocho pul-

gadas de largo: en una de sus estremidades habia una embocadura para que pudiese aplicar sus labios el practicante, y en la otra estaba encorbado el tubo y se ensanchaba de modo que podia servir de cobertera á la pequeña trébede.

No ofrecian aquellos preparativos nada de espantoso, el padre d'Aigrigny y el cardenal, que lo miraban todo de lejos, no comprendian como podia ser tan dolorosa aquella operacion.

Pronto lo comprendieron.

Habiendo el doctor Baleinier armado así á sus cuatro enfermeros, se acercó á Rodin, cuya cama habian hecho rodar hasta la mitad del cuarto.

—Ahora, señores, dijo el doctor Baleinier, encended el algodon.. colocad la parte encendida sobre la piel de su reverencia por medio de la trébede que contiene la mecha... cubrid la trébede con la parte ensanchada del caño, y soplad por la embocadura para avivar el fuego..... es cosa muy simple como vos veis.

En efecto, habia en aquella operacion una ingenuidad patriarcal y primitiva.

Cuatro mechas de algodon encendido, pero preparado de modo que no se quemase sino poco á poco se aplicaron á derecha é izquierda del pecho del padre Rodin...

Se llama eso vulgarmente *moxas*. Así que se ha quemado todo el espesor de la piel con aquel fuego lento, está concluido el asunto..... dura eso como unos ocho minutos. Dicen, que, comparada con eso, una amputacion no es mas que una bagatela.

Rodin habia examinado los preparativos de la operacion con una curiosidad intrépida; pero al primer contacto de aquellos cuatro braseros devoradores, se incorporó y se retorció como una culebra sin poder dar un solo grito, porque estaba mudo: le estaba prohibida hasta la espansion del dolor.

Como aquel movimiento brusco de Rodin levantó los aparejos de los cuatro enfermeros, húbose de comenzar de nuevo la operacion.

—Animo, mi querido padre, ofreced vuestros padecimientos al Señor....... los aceptará... dijo el doctor Baleinier con un tono embelecador, ya os lo he advertido; es muy dolorosa esta operacion, pero tan saludable como dolorosa. Es cuanto se puede decir.... Vamos.... vos que habeis manifestado hasta ahora tanta resolucion, no la perdais en este instante tan decisivo.

Rodin habia cerrado los ojos, vencido por aquella primera sorpresa del dolor; los volvió a abrir, y miró al doctor con aire casi confuso de haber manifestado tanta debilidad.

Y sin embargo, á derecha é izquierda de su pecho se veian ya cuatro anchas escarras, rojizas, sanguinolentas...... por lo agudas y profundas que habian sido las quemaduras...

Al instante en que se iba á estender de nuevo en la cama de dolor, hizo señas Rodin, indicando con el tintero, que queria escribir.

Podia satisfacerse aquel capricho.

Alargóle el doctor la cartulina, y Rodin escribió como por reminiscencia.

Mas vale no perder tiempo... Haced que adviertan inmediatamente al baron Tripeaud de la órden que se ha dado para poner preso á su factotum Leonardo; asi podrá tomar medidas.

Escrito que hubo aquella noticia, la dió el jesuita al doctor Baleinier, haciéndole señas que la pusiese en mano del padre d'Aigrigny; éste tan admirado como el doctor de semejante serenidad en medio de tan atroces dolores, se quedó atónito por un momento. Rodin con los ojos elevados con impaciencia en el reverendo padre parecia que esperaba inquieto que sa-

liese del cuarto para ir á cumplir sus órdenes.

Adivinando el doctor el pensamiento de Rodin, dijo una palabra al padre d'Aigrigny el cual salió al instante.

—Vamos, reverendo padre mio, dijo el doctor á Rodin, es menester comenzar de nuevo; esta vez no os meneeis; ya sabeis lo que es...

No respondió Rodin: juntó las dos manos encima de su cabeza: ofreció su pecho y cerró los ojos.

Era aquel un espectáculo estraño, lúgubre y casi fantástico.

Aquellos tres sacerdotes cubiertos con sus largas túnicas negras, inclinándose hacia aquel cuerpo reducido casi al estado de cadáver, con los labios colados á aquellas trompas que daban en el cuerpo del paciente.... parecia que estaban aspirando su sangre, ó ligándolo con algun encanto mágico..

Comenzó á esparcirse en aquel cuarto silencioso un olor de carne quemada, nauseabundo, penetrante, y cada uno de los enfermeros oyó bajo su trébede y del humo un pequeño chisporroteo; era el pellejo de Rodin que se tendia bajo la influencia del fuego y se abria en cuatro parajes de su pecho....

El sudor que inundaba su rostro macilento lo hacia brillar al mismo tiempo; á sus sienes estaban coladas algunas mechas de cabellos grises, tiesos y húmedos. Era tan fuerte á veces la violencia de los espasmos, que se hinchaban las venas de sus brazos endurecidos, y se tendian como cuerdas que se van á romper.

Aguantando aquel horroroso tormento con tan intrépida resignacion como el salvaje, cuya única gloria consiste en despreciar el dolor, Rodin sacaba su valor y su fuerza de la esperanza..... y aun casi diríamos de la certidumbre de vivir..... Era tal el temple de aquel indómito carácter y la omnipotencia de aquel espíritu enérgico, que en medio de aquellos indecibles tormentos no perdia de vista ni un solo instante su idea fija.... Durante las cortas intermitencias que le dejaba el padecimiento, á veces desigual, aunque siempre en el mismo grado de intensidad, Rodin pensaba en el negocio Rennepont, calculaba las eventualidades, combinaba las medidas mas prontas, sintiendo cuan necesario era el no perder ni un instante.

No le quitaba los ojos el doctor Baleinier, examinando con la mayor atencion asi los efectos del dolor como la reaccion saludable de ese dolor en el enfermo, quien parecia, en efecto, que respiraba ya con mayor libertad.

De repente echó Rodin la mano á la frente, como incitado por una inspiracion súbita; volvió con viveza la cabeza hácia el doctor Baleinier, y le pidió por señas que suspendiese la operacion por un instante.

—Debo advertiros, reverendo padre mio, que ya está hecha mas de la mitad, respondió el doctor, y que si se interrumpe os parecerá mas doloroso aun..... el volverla á comenzar.

Respondió por señas Rodin que poco le importaba, pero que queria escribir.

—Señores.... suspended un instante... dijo el doctor Baleinier.... no levanteis las *m xas*.... pero no aviveis el fuego.

Es decir que el fuego continuaria *suavemente* quemándole el pellejo al enfermo en lugar de quemárselo *vivamente*.

A pesar de aquel dolor, menos atroz pero siempre agudo y profundo, se puso á escribir Rodin boca arriba, viéndose forzado por la situacion en que estaba á tener con la mano izquierda la cartulina al nivel de la altura de los ojos y á escribir con la mano derecha, como quien pinta techos, por decirlo asi.

Trazó primeramente en una hoja algu-

nos signos alfabéticos de una clave que habia compuesto para sí solo con el objeto de notar ciertas cosas secretas. Pocos momentos antes, en medio de su horrible tormento, le habia venido una idea luminosa: la creia buena y la notaba, temiendo olvidarla en medio de sus padecimientos, aunque interrumpiéndose dos ó tres veces, porque si no ardia su pellejo con tanta rapidez como antes, no por eso se dejaba de quemar: continuó sin embargo Rodin y escribió en otra hoja las palabras siguientes que, conformandose á una seña suya, se pusieron en manos del padre d'Aigrigny:

Enviad al instante B.... para que vea á Faringhea, de quien recibirá la cuenta que dé de los acaecimientos de estos últimos dias, por lo que toca al príncipe Djalma; volverá inmediatamente aquí B.... con esa relacion.

Apresuróse á salir el padre d'Aigrigny para dar aquella nueva órden.

El cardenal se acercó un poco al teatro de la operacion, porque, á pesar del mal olor de aquel cuarto, se complacia en ver asar parcialmente al jesuita, á quien le tenia un rencor de cura italiano.

—Vamos, reverendo padre mio, dijo el doctor á Rodin, continuad siendo tan admirablemente valeroso; ya comienza á desembarazarse vuestro pecho..... teneis que pasar aun un rato muy malo, y poco despues, buena esperanza.....

Se volvió á poner como antes el paciente, y entró en aquel instante el padre d'Aigrigny. Interrogolo con una mirada Rodin, y respondió el padre d'Aigrigny afirmativamente.

A una señal que dió el doctor, los cuatro enfermeros acercaron los labios á los caños y comenzaron á activar el fuego soplando precipitadamente.

Fué tan atroz aquella recrudescencia de tormento, que, á pesar del imperio que sobre si tenia Rodin, le rechinaron los dientes que parecia que se iban á cascar, dió un sobresalto convulsivo, y se hinchó con tal fuerza su pecho jadeante bajo aquel brasero, que despues de un violento espasmo salió al fin de sus pulmones un alarido terrible de dolor... pero libre, sonoro y retumbante.

—¡Ya está desembarazado el pecho! esclamó el doctor Baleinier triunfante, ¡ya está salvado!... hacen sus funciones los pulmones. ... vuelve la voz..... ha vuelto la voz..... Soplad, señores, soplad..... y vos, reverendo padre mio, dijo alegremente á Rodin, si podeis hacerlo, gritad... ahullad... sin embarazo ninguno... me alegraré de oiros y os aliviará eso..... Animo, ahora..... respondo de vos. Es una cura maravillosa..... la publicaré..... la pregonaré con cajas y clarines.

—Permitid, doctor, dijo en voz baja el padre d'Aigrigny, acercándose con viveza al doctor Baleinier, testigo es monseñor que me habia yo reservado de antemano la publicacion de este acontecimiento, que pasará..... como puede pasar verdaderamente..... por un milagro.

—Pues bien, será una cura milagrosa, respondió el doctor Baleinier, que tenia mucho apego á sus obras.

Cuando oyó Rodin decir que estaba salvado, aunque eran sus dolores acaso los mas agudos que habia padecido, porque llegaba ya el fuego á la última capa de la piel, Rodin estaba verdaderamente hermoso, con una hermosura infernal.

A traves de la penosa crispatura de sus facciones, estallaba el orgullo de un triunfo salvaje: se veia que aquel mónstruo sentia que se iba á poner de nuevo fuerte y poderoso, y que tenia conciencia de los males terribles que iba á causar su funesta resurreccion; asi es que, aunque se estaba retorciendo bajo el fuego de aquel horno que le devoraba, pronunció estas palabras, las primeras que salieron de su

pecho cada vez mas libre y desambarazado.

—¡Ya lo decia yo..... pues..... que viviria!...

—Y deciais verdad, esclamó el doctor tomándole el pulso á Rodin.. .. Ya esta ahora vuestro pulso pleno, firme, arreglado, y los pulmones libres. La reaccion es completa: ya estais salvado.....

Ya se habian quemado en aquel instante las últimas hebras de algodon: quitáronse las trébedes, y se vieron sobre el pecho huesoso y descarnado de Rodin cuatro escaras anchas y redondas..... El pellejo carbonizado y humeando aun dejaba ver la carne viva y roja.

Con motivo de uno de los bruscos sobresaltos de Rodin que habia descompuesto una de las trébedes, se habia estendido una de sus quemaduras mas que las otras, y presentaba, por decirlo asi, un cerco doble, negruzco y abrasado.

Bajó los ojos Rodin para mirar aquellas llagas: despues de algunos instantes de contemplacion silenciosa, brilló en sus labios una sonrisa estraña; entonces, sin mudar de postura, pero dando á la parte del padre d'Aigrigny una mirada de inteligencia que seria imposible describir, le dijo contando lentamente y una á una sus llagas con las puntas del dedo, y su uña aplastada y sucia:

—Padre d'Aigrigny... ¡qué presagio!... Ved, pues..... un Renepont..... dos Renepont..... tres Renepont..... cuatro Renepont..... É interrumpiéndose despues: ¿Dónde está el quinto? ¡Ah!... aqui..... esta llaga cuenta por dos... es gemela... (1).

(1) Habiendo muerto Santiago y no contando entre los interesados al abate Gabriel, en virtud de su donacion regularizada, no quedaban sino cinco personas de la familia; Rosa y Blanca, Djalma, Adriana, Mr. Hardy.

Y se oyó su risa, pequeña, seca y aguda.

El padre d'Aigrigny, el cardenal y el doctor Baleinier comprendieron solos el sentido de aquellas misterios y siniestras palabras, que pronto completó Rodin esclamando con voz profética y acento inspirado:

—Sí: lo digo; se hará polvos la raza del impio, asi como los pedazos de mi carne acaban de hacerse cenizas. Lo digo... y será... porque he querido vivir y vivo.

XVI.

VICIO Y VIRTUD.

Dos dias habian pasado desde aquel en que Rodin volvió milagrosamente á la vida. No ha olvidado acaso el lector la casa de la calle Clovis, en donde tenia el reverendo padre un apeadero, y en donde estaba tambien el aposento de Filemon que habitaba Rosa Pompon.

Son poco mas ó menos las seis de la tarde: un rayo de viva luz penetra por el agujero redondo hecho en una de las hojas de la puerta de la tienda semi-subterránea de la tia Arsenia, la frutera-carbonera, y forma contraste con las tinieblas de esta especie de bodega.

Cae ese rayo de luz sobre un objeto siniestro:

En medio de las gavillas, de las hortalizas marchitas, junto á un gran monton de carbon, hay una mala cama, y en él se divisa la forma angulosa y tiesa de un cadáver bajo la sábana que lo cubre.

Es el cuerpo de la tia Arsenia, á quien acometió el cólera pocos dias antes, ocasionando su muerte desde el antevíspera; pero son tantos los entierros, que no se ha podido aun dar sepultura á su cadáver.

Está por entonces la Clovis casi desierta: reina en ella un triste silencio apenas interrumpido por los agudos silvidos del

viento nordeste; óyese á veces entre dos ráfagas un hormigueo pequeño, seco y brusco; son ratas enormes que van y vienen por aquel monton de carbon.

De repente se advierte un lijero ruido, y desaparecen aquellos inmundos animales, ocultándose en sus agujeros.

Trataban de abrir por fuerza la puerta de la tienda que dá al patio: no podia esta puerta hacer mucha resistencia, y en efecto, cedió á breve rato su mala cerraja: entró entonces una muger y se quedó algunos instantes inmóvil en medio de aquella bodega húmeda y fria.

Despues de haber vacilado algunos minutos, adelantóse aquella mujer: viéronse por medio del rayo de luz que entraba por el agujero de la otra puerta las facciones de la reina Bacanal, quien poco á poco se fué acercando al lecho fúnebre.

Habíase aumentado despues de la muerte de Santiago la alteracion del rostro de Cefisa: espantosamente pálida, con sus hermosos cabellos desordenados, desnuda de pié y pierna, apenas podia cubrirse con una mala saya llena de remiendos y un pañuelo enteramente desgarrado.

Llegada que fué junto á la cama, echó la reina Bacanal sobre la mortaja una mirada firme y casi salvaje...

De repente se retiró dando un grito involuntario de terror.

Habia notado una ondulacion rápida, que corrió, agitando la sábana fúnebre, desde los piés hasta la cabeza de la difunta. Pronto se esplicó la agitacion de la mortaja, viendo que se escapaba una rata enorme de las tablas carcomidas de la cama. Tranquilizada Cefisa, se puso á buscar y á recoger con precipitacion diversos objetos como si hubiese tenido miedo de que la sorprendiesen en aquella miserable tienda.

Apoderóse primero de una cesta y la llenó de carbon: despues de haber mirado por acá y por allá, á derecha é izquierda, descubrió en un rincon una estufilla de tierra que cojió con un ímpetu espantoso de alegría.

—No es esto todo..... no es esto todo, decia Cefisa, registrando de nuevo al rededor suyo con aire inquieto.

Descubrió al fin junto á la estufa de hierro fundido una cajita de hoja de lata en que habia un eslabon, piedra de fuegos y pajuelas. Puso en la cesta todo esto, la cojió con una mano y en la otra se llevó la estufilla.

—Os robo, pobre tia Arsenia, pero no me aprovechará mucho mi hurto.

Salió Cefisa de la tienda, volvió á cerrar la puerta lo mejor que pudo, y se fué atravesando el patio pequeño que separaba el cuerpo principal de la habitacion del otro cuerpo en donde estaba el apeadero de Rodin.

Escepto las ventanas del aposento de Filemon, en cuyo antepecho Rosa Pompon, apoyada como un pájaro, habia gorgeado tantas veces su Beranger, todas las ventanas de aquella casa estaban abiertas: en el primero y segundo piso habia muertos, quienes, como otros muchos, estaban esperando que viniese el carro en que se amontonaban los ataudes.

Sube la reina Bacanal la escalera que va á parar al aposento ocupado poco antes por Rodin; llega al paso, sube entonces una pequeña escalera medio arruinada, derecha como una escalera de albañil y por baranda una cuerda, y se detiene al fin á la puerta de una boardilla bajo la teja vana.

Estaba tan arruinada aquella casa que en muchos sitios el tejado, lleno de agujeros, no impedia cuando llovia que entrase el agua en aquel tabuquito de diez piés cuadrados, sin otra luz que la que entraba por una ventana de granero. No se veía otro mueble sino, á lo largo de la des-

trozada pared, sobre los ladrillos, un gergon viejo, roto, de donde salian algunas pajas, y al lado de esta cama, una pequeña cafetera de loza, desmoronada, con un poco de agua.

La Gibosa, vestida de harapos, estaba sentada en la orilla del gergon con los codos en las rodillas, y la cara cubierta con sus dos manos blancas y trasparentes. Cuando entró Cefisa, levantó la cabeza la hermana adoptiva de Agricol; su pálido y suave rostro parecia mas enflaquecido aun, mas estenuado por el padecimiento, el pesar y miseria: sus ojos hundidos, enrojecidos por las lágrimas, se fijaron en su hermana con una espresion de ternura melancólica.

—Hermana, tengo lo que necesitamos, dijo Cefisa con voz breve á la vez; en esta cesta está el fin de nuestras miserias.

Y enseñando despues á la Gibosa los objetos que habia puesto sobre los ladrillos, añadió:

—Por la primera vez de mi vida... he... robado. He tenido vergüenza y miedo ... Positivamente no me ha hecho Dios para ladrona, ni aun para cosa peor. ¡Lástima es! añadió comenzando á reirse sardónicamente.

Hubo algunos momentos de silencio, y dijo despues la Gibosa á su hermana con acento lastimero.

—Cefisa... mi buena Cefisa... ¿quiéres pues absolutamente morir?

—¿Cómo hemos de poder vacilar? respondió Cefisa con voz firme. Vamos, hermana mia, hagamos, si quieres, otra vez mi cuenta: aun cuando pudiese olvidar mi oprobio y los desprecios de Santiago al tiempo de morir, ¿qué me queda? Dos partidos solamente; el primero hacerme de nuevo muger honrada y trabajar: ¡Pues bien! ya sabes que, á pesar de mi buena voluntad, nos faltará muy á menudo el trabajo como nos falta hace algunos dias, y aun cuando no falte, tendré que vivir con cuatro ó cinco francos por semana. ¡Vivir! Es decir morir poco á poco á fuerza de privaciones... ya lo conozco yo eso... mas quiero morir inmediatamente..... El otro partido es..... continuar, para ganar de comer, el infame oficio que ya he probado una vez... y no quiero... me es imposible... Francamente, hermana, ¿entre una horrorosa miseria, la ignominia ó la muerte, puede ser dudosa la eleccion? Responde.

Y continuando en seguida sin dejar hablar á la Gibosa, Cefisa añadió con voz breve y sacudida:

—Por otra parte ¿de qué sirve discutir?..... Estoy resuelta, y nada en este mundo me impedirá el morir, puesto que tú.... tú.... mi querida hermana, solo has podido lograr una dilacion de algunos dias, esperando que nos dispensaría de ese trabajo el cólera.... Por darte gusto, consiento en ello.... llega el cólera.... mata á todos en esta casa... y nos deja á nosotras... Ya ves que es mejor hacer uno mismo sus negocios, añadió sonriendose de nuevo sardónicamente, y despues continuó: Y á mas, tú que hablas, pobre hermana mia... tienes tanta gana como yo.... de concluir... la vida.

—Es verdad, Cefisa, respondió la Gibosa que parecia agoviada; pero..., sola... no responde una sino por sí misma.... y me parece que morir contigo, añadió estremeciéndose, es ser cómplice de tu muerte.

—¿Te gustaría mas concluir tú por un lado.... y yo por el otro?.... Sería cosa muy alegre.... dijo Cefisa, mostrando en un momento tan terrible aquella especie de ironía amarga, desesperada, mas frecuente de lo que se cree en medio de preocupaciones mortales.

—¡Oh no... no! dijo la Gibosa: no sola.... ¡oh! yo no quiero morir sola.

—Pues ya lo ves, querida hermana.... tenemos razon en no separarnos.... y sin embargo, añadió Cefisa con voz conmovida, se me despedaza á veces el corazon cuando pienso que quieres morir como yo....

—¡Egoista! dijo la Gibosa, sonriendo con aire lacerado; ¿qué mas motivos tengo yo que tú para amar la vida? ¿qué vacio dejaré despues de mi muerte?

—¡Pero tú, hermana mia, tú eres una pobre mártir! Hablan los curas de las santas, ¿pero hay una sola que valga lo que tú vales? y quieres no obstante morir como yo.... que he sido siempre ociosa.... siempre tan descuidada.... siempre tan culpable.... como tú has sido laboriosa y afectuosa para cuantes sufrian. ¿Qué quieres que te diga? Eso es la pura verdad... tú, un ángel en la tierra.... vas á morir tan desesperada como yo.... que estoy en el grado mas ínfimo de degradacion á que puede llegar una muger, añadió la desgraciada bajando los ojos.

—Es cosa estraña, dijo la Gibosa pensativa. Hemos partido del mismo principio, hemos seguido vias opuestas..... y llegamos al mismo punto.... al fastidio de la vida.... Para tí, pobre hermana mia, tan bella, tan animosa, tan loca de placeres y de alegria pocos dias hace, la vida es en este momento tan penosa como para mi, triste é infeliz criatura.... Añádase que he cumplido hasta el cabo lo que consideraba yo como un deber; añadió la Gibosa con dulzura. Agrícol está casado..... no tiene nesidad de mi, ama, es amado... es cierta su ventura.... A la señorita de Cardoville nada le queda que desear. Hermosa, ricá, feliz, he hecho por ella cuanto podia hacer una criatura de mi especie...:. Cuantos han tenido bondades para conmigo son felices...... ¿pues qué me importa ahora el irme á descansar?...... ¡Estoy tan cansada!

—¡Pobre hermana! dijo Cefisa con una conmocion tierna, que dilató sus facciones contraidas: cuando pienso que sin advertirme y á pesar de la resolucion de no volver jamás á casa de aquella señorita, tu protectora, has tenido ánimo para arrastrarte, muriendo de fatiga y de cansancio hasta su casa.... si, muriendo.... puesto que te faltaron las fuerzas en los campos Eliseos.

—Y cuando pude al fin llegar al hótel de la señorita de Cardoville, estaba por desgracia ausente.... ¡oh! ¡por grandísima desgracia! repitió la Gibosa mirando á Cefisa con dolor, porque el dia siguiente viendo que nos faltaba el último recurso..... pensando aun mas en mi que en tí, queriendo, de cualquier modo que fuese, ganar pan.....

No pudo concluir la Gibosa, y se cubrió la cara con las dos manos estremeciéndose.

—¡Pues bien! Fuí á venderme como otras muchas desgraciadas cuando les falta el pan ó es insuficiente lo que ganan... y no aprieta demasiado el hambre... añadió Cefisa con voz sacudida: solamente en lugar de vivir de mi oprobio como viven tantas, yo muero de él.

—¡Ay! Cefisa, ese terrible oprobio, de que te estás muriendo porque tienes pundonor... no lo hubiéras conocido si hubiese podido ver yo á la señorita de Cardoville ó si hubiese respondido á la carta que pedí permiso para escribirle en la garita del portero... pero su silencio me prueba que está justamente ofendida de mi brusca salida de su casa... lo concibo... ha debido atribuirlo á una negra ingratitud..... si... porque para que no me haya respondido, necesario es que esté muy ofendida... y tiene derecho á estarlo..... Así es que no me he atrevido á escribirle otra vez... Hubiera sido inútil, estoy persuadida... porque buena y equitativa cual es...

rehusa inexorablemente á quien no cree merecedor... y ademas de eso... ¿de qué hubiera servido?... era demasiado tarde... estabas resuelta á concluir...

—¡Oh! muy resuelta... porque me roía el corazon mi infamia... y ha muerto Santiago en mis brazos despreciándome..... y le amaba yo... ¿entiendes? añadió Cefisa con una exaltacion apasionada; le amaba yo como no se ama sino una sola vez en la vida.

—¡Cúmplase pues nuestra suerte!..... dijo la Gibosa pensativa.

—Y la causa de tu salida de casa de la señorita de Cardoville, no me la has dicho jamás... replicó Cefisa, despues de algunos momentos de silencio.

—Ese será el único secreto que me llevaré conmigo, mi buena Cefisa, dijo la Gibosa bajando los ojos.

Y pensaba con una alegría amarga que pronto se veria libre de aquel temor que habia envenenado todos los últimos dias de su existencia.

Hallarse cara á cara con Agricol... sabedor ya del ridículo amor que le tenia...

Porque, necesario es decirlo, aquel amor fatal, desesperado, era una de las causas del suicidio de aquella infeliz..... Despues de la desaparicion del diario, creía que el herrero conocia el triste secreto de aquellas dolorosas páginas: aunque no dudaba de la generosidad y del buen corazon de Agricol, desconfiaba tanto de sí misma, tenia tanta vergüenza de aquella pasion, (asáz noble y pura por tanto) que en la estremidad á que se hallaban reducidas ella y Cefisa, faltándoles el pan y el trabajo para ganarlo, ningun poder humano hubiera podido decidirla á arrostrar las miradas de Agricol... para pedirle ausilio y compasion.

Sin duda hubiera mirado la Gibosa bajo otro aspecto su situacion, si no hubiese estado turbado su espíritu por aquella especie de vértigo que sienten á menudo los caractéres mas firmes, cuando sale de sus límites la desgracia que los persigue: pero la miseria, pero el hambre, pero la influencia, por decirlo así contagiosa en semejante ocurrencia, de las ideas de suicidio de Cefisa: pero el cansancio de una vida sometida tanto tiempo nacia al dolor y á las mortificaciones, dieron el último golpe á la razon de la pobre Gibosa: despues de haber luchado largo tiempo contra el funesto designio de su hermana, la pobre criatura, agoviada, anonadada, consintió al fin en seguir la suerte de Cefisa esperando al menos con la muerte el fin de sus males.

—¿En qué piensas pues, hermana? dijo Cefisa, admirada del largo silencio de la Gibosa.

Estremecióse esta y respondió:

—Pienso en el motivo que me hizo salir tan repentinamente de casa de la señorita de Cardoville y pasar á sus ojos por una ingrata..... ¡En fin, quiera Dios que esa fatalidad que me ha espulsado de su casa no haya hecho otras víctimas que nosotras dos! ¡Quiera Dios que mi apasionada ternura, por oscura é ínfima que fuese, no le haga falta jamás á la que alargó su noble mano á la jornalera y la llamó su *hermana*!... ¡Quiera Dios que ella sea feliz! ¡oh! ¡siempre feliz! dijo la Gibosa juntando las manos con el ardor de una invocacion síncera.

—Eso es cosa muy hermosa..... hermana..... semejante voto..... en este momento, dijo Cefisa.

—¡Oh! es lo que estás oyendo, dijo con viveza la Gibosa; amaba yo, admiraba aquella maravilla de ingenio, de corazon y de belleza ideal con un piadoso respeto, porque jamas se ha revelado el poder de Dios en una obra mas adorable y mas pura..... al menos habra sido para ella uno de mis últimos pensamientos.

—Sí: habrás amado y respetado á tu generosa bienhechora...... hasta el fin.....

—Sí, hasta el fin, dijo la Gibosa, despues de un corto silencio: es verdad..... tienes razon...... pronto..... dentro de un instante..... estará todo concluido... Mira con qué tranquilidad estamos hablando de lo que..... tanto espanto causa á otros.

—Hermana, estamos tranquilas, porque estamos decididas.

—¡Bien decididas! dijo la Gibosa dando de nuevo á Cefisa una mirada larga y penetrante.

—Oh, sí.... ¡Quiera Dios que lo estés tanto como yo!

—Tranquilízate: si de dia en dia retardaba yo el instante fatal, respondió la Gibosa, era porque queria dejarte tiempo para reflecsionar en ello... pero en cuanto á mí.....

No dijo mas la Gibosa, pero hizo una inclinacion de cabeza con una tristeza desesperada.

—Pues bien, hermana..... abracémonos..... dijo Cefisa, y ánimo.

Levantándose la Gibosa, se arrojó á los brazos de su hermana.

Estuvieron largo tiempo abrazadas.

Hubo algunos momentos de un silencio profundo, solemne, interrumpido solamente por los sollozos de las dos hermanas, porque entonces se pusieron ambas á llorar.

—¡Oh Dios mio! dijo Cefisa, amarse así..... y separarse para siempre...... es cosa cruel..... sin embargo.....

—¡Separarse! esclamo la Gibosa, y su palido y suave rostro inundado de lágrimas resplandeció súbitamente con una esperanza divina. Separarse, ¡oh no, no! Lo que me tranquiliza tanto, ¿sabes? es el sentir aquí, en lo profundo del corazon una aspiracion profunda, segura, hácia aquel mundo mejor, en donde nos aguarda una vida tambien mejor. Dios... tan grande, tan clemente, tan pródigo y tan bueno, no ha querido que sus criaturas fuesen desgraciadas por siempre; pero algunos hombres egoistas, dando un sentido falso á su obra, reducen á sus hermanos á la miseria y á la desesperacion. Compadezcámoslos á esos malvados, y dejémoslos..... Ven allá arriba, hermana... Allí no son nada los hombres..... Dios es el único que reina..... Ven allá arriba, hermana... está una mejor allí... vamos pronto..... que se hace tarde.

Diciendo esto, mostró la Gibosa las vislumbres rojizas del poniente, que comenzaban á purpurar los cristales de la ventana.

Cefisa, arrastrada por la exaltacion religiosa de su hermana, cuyas facciones trasfiguradas, por decirlo asi, con la esperanza de una libertad próxima, brillaban suavemente coloradas por los rayos del sol que se ponia; Cefisa cojió las dos manos de su hermana y mirándola con un profundo enternecimiento, esclamó:

—¡Oh hermana, que hermosa estas así!

—Un poco tarde me llega la beldad: dijo la Gibosa sonriendo con tristeza.

—No, hermana, porque me pareces tan feliz..... que los últimos escrúpulos que me quedaban aun por tí, desaparecieron enteramente.

—Vamos: despachemos: dijo la Gibosa á su hermana, mostrándole la estufilla.

—Tranquilízate, hermana...... no será cosa larga: dijo Cefisa.

Y fué á cojer la estufilla llena de carbon que habia dejado en un rincon de la boardilla; y la llevó al medio de aquel pequeño cuarto.

—¿Sabes tú..... como se compone..... eso? le dijo la Gibosa acercándose.

—¡Oh Dios mio!... Es cosa muy simple... respondió Cefisa, se cierra la puerta..... la ventana..... y se enciende el carbon.

—Si, hermana... pero creo haber oido decir que se han de tapar con sumo cuidado todos las agujeros para que no pueda entrar aire ninguno.

—Tienes razon... y precisamente cierra tan mal esta puerta....

—¿Y el tejado?.... ¿Ves esas grietas?

—¿Cómo haremos.... hermana?

—Estoy pensando.... dijo la Gibosa, la paja de nuestro jergon, bien retorcida, nos servirá para eso.

—Sin duda, dijo Cefisa; guardaremos algo para encender el carbon y con lo demas haremos tapones para las grietas del tejado, y rodetes para la puerta y la ventana....

Sonriendo despues con una ironia amarga, frecuente (lo repetimos) en semejantes casos, añadió Cefisa:

—Pues dí, ¡hermana!.... ¡rodetes en la puerta y en la ventana para interceptar el aire!... ¡que lujo! somos delicadas como la gente rica.

—En este momento bien podemos ponernos... un poco holgadamente, dijo la Gibosa tratando de chancearse como la reina Bacanal.

Y las dos hermanas, con una increible serenidad de espíritu, comenzaron á retorcer la paja haciendo una especie de rodetes bastante delgados para poderlos poner entre las tablas de la puerta y las del entarimado: despues hicieron una especie de tapones gruesos para cubrir los agujeros del tejado.

Mientras duró aquella ocupacion siniestra, no se desmintió ni un solo instante la tranquila y silenciosa resignacion de aquellas dos infelices.

XVII.

EL SUICIDIO.

Cefisa y la Gibosa continuaban con calma los preparativos de su muerte.

¡Ay! ¡cuántas pobres muchachas, como esas dos hermanas, han sido y serán aun fatalmente arrastradas á buscar en el suicidio un refugio contra la desesperacion, contra la infamia, ó contra una existencia demasiado miserable!

Y no puede menos de suceder eso..... y recaerá sobre la sociedad la responsabilidad de esas muertes desesperadas, mientras tantos millares de criaturas humanas, *no pudiendo vivir materialmente* con el insultante y escaso salario que se les dá, se vean precisadas á optar entre estos tres abismos de males, de oprobios y de dolores.

Una vida de trabajo enervante y de privaciones mortales, causas de una muerte prematura.

La prostitucion, que mata tambien, pero lentamente, con los desprecios, con las brutalidades, con enfermedades inmundas.

El suicidio.... que mata al instante.

Cefisa y la Gibosa personificaban esas dos fracciones de la clase trabajadora entre las mugeres.

Asi como la Gibosa, alguna de entre ellas, juiciosas, perseverantes, luchan enerjicamente con una admirable constancia contra las malas tentaciones, contra las fatigas de un trabajo superior á sus fuerzas, contra una horrorosa miseria.... Humildes, dulces, resignadas, andan..... esas buenas y animosas criaturas, andan mientras pueden andar, aunque son muy débiles, endebles, muy llenas de dolores.... porque siempre tienen hambre y frio, y casi nunca reposo, aire y sol.

Andan valerosamente hasta el fin..... hasta que, debilitadas por un trabajo ecsajerado, minadas por una pobreza homicida.... les van á faltar las fuerzas..... Entonces, heridas casi siempre de enfermedades de estenuacion, el mayor número vá á apagarse dolorosamente en el hospital y á servir para las esperiencias de anatomía en los anfiteatros.... esplotadas durante su vida..... esplotadas des-

pues de muertas..... siempre útiles á los vivos....

¡Pobres mugeres.... santas mártires!

Las otras, menos sufridas, encienden un brasero de carbon; y *muy cansadas*, como decia la Gibosa, ¡oh! muy cansadas de esta vida pálida, sombria, sin alegria ni recuerdos, ni esperanzas, descansan al fin.... se duermen en la eternidad sin pensar en maldecir un mundo que no les deja sino la obcion de suicidio.

Si, la obcion del suicidio... porque, dejando aparte los oficios, cuya mortal insalubridad diezma periódicamente las clases trabajadoras, la miseria mata como la asfixia en un tiempo dado.

Por el contrario, otras mugeres dotadas como Cefisa de una organizacion ardiente y vivaz, de una sangre caliente y vigorosa, de apetitos fuertes, no pueden resignarse á vivar con un salario que no les permite ni aun el comer á medida de su hambre. En cuanto á algunas distracciones, por modestas que sean, algunos vestidos, no elegantes, sino limpios, necesidades tan imperiosas como el hambre en la mayor parte de las mugeres, no hay que pensar en ello...

¿Qué sucede?

Preséntase un amante y le habla á una pobre muchacha de fiestas, de bailes, de paseos en el campo; á una muchacha que palpita de juventud de los pies á la cabeza, y está clavada en una silla diez y ocho horas al dia.... en algun tabuquito sombrio é infecto; habla el tentador de vestidos nuevos y elegantes, cuando el pobre vestido que cubre el cuerpo de la desgraciada jornalera puede apenas defenderla del frio.... habla el tentador de manjares delicados.... y el pan que devora la infeliz es insuficiente para satisfacer su apetito de diez y siete años....

Entonces, cede á esas ofertas irresistibles para ella.

Y llegan pronto la infidelidad, el abandono del amante; pero se ha contraido ya el hábito de la ociosidad, y ha ido creciendo el horror de la miseria á medida que se hacia mas refinada la ecsistencia: no bastaría ya el trabajo, por incesante que fuese, á los gastos acostumbrados.... entonces por debilidad, por miedo.... por indolencia..... bajan un escalon mas en el vicio, y caen al fin en lo mas profundo del oprobio, y asi como decia Cefisa, las unas viven de la infamia... las otras mueren de ella.

¿Mueren como Cefisa? Mas dignas son de compasion que de vituperio.

¿No pierde la sociedad el derecho de vituperar, desde el instante en que toda criatura humana, laboriosa en un principio y honrada, no ha podido hallar (no nos cansamos de decirlo) en cambio de su asiduo trabajo, un alojamiento sano, vestidos abrigados, alimentos suficientes, algunos dias de descanso y algunos medios para estudiar, para instruirse, pues que se les debe á todos asi el pan del alma como el pan del cuerpo, en cambio de su trabajo y de su probidad?

Si; una sociedad egoista, una sociedad madrastra es responsable de tantos vicios y de tantas malas acciones cuya primera y única causa ha sido:

La imposibilidad material de vivir sin pecar.

Si, lo repetimos, hay un número espantoso de mujeres que no tienen sino la eleccion entre:

Una miseria homicida....

La prostitucion....

El suicidio....

Y eso (digámoslo aun para que al fin nos entiendan) porque su salario es insuficiente, insultante..... y no porque sean generalmente sus amos duros é injustos, sino porque, como padecen ellos mismos tambien, por las continuas recciones de

una competencia anárquica; como se ven abrumados bajo el peso de una feudalidad industrial implacable (estado de cosas que mantiene, que impone la inercia, el interés ó la mala voluntad de los que gobiernan), se ven forzados á disminuir cada dia los salarios para evitar una ruina completa.

¿Y son algunas veces aliviados tantos infortunios deplorables con una esperanza, aunque lejana, de un mejor porvenir? ¡Ay! no se atreve uno á creerlo.

Supongamos que un hombre sincero, sin acrimonia, sin pasion, sin amargura, sin violencia, pero con el corazon dolorosamente afligido con tantas miserias, viniese sencillamente á ponerles esta cuestion á nuestros legisladores:

« Resulta de los hechos patentes, com-
« probados, irrecusables, que millares de
« mugeres en Paris se ven forzadas á vi
« vir con CINCO FRANCOS á lo mas á la se
« mana..... oidlo bien; CINCO FRANCOS á
« la semana... para aposentarse, vestirse,
« calentarse y alimentarse. Y muchas de
« esas pobres mugeres son viudas y tienen
« hijos. No haré, como se dice ordinaria-
« mente, *frasse*, pero os conjuro que pen-
« seis en vuestras hijas, vuestras herma-
« nas, vuestras esposas y vuestras ma-
« dres..... Como ellas, sin embargo, esos
« millares de mugeres condenadas á una
« suerte horrorosa, y por consiguiente des
« moralizadora, son madres, hijas, her-
« manas y esposas. Os lo pregunto en nom-
« bre de la caridad, en nombre del buen
« sentido, en nombre del interés de todos,
« en nombre de la dignidad humana, ¿es
« tolerante semejante estado de cosas, que
« por otra parte se va agravando cada dia?
« ¿es posible? ¿lo sufrireis sobre todo si
« pensais en los espantosos males, en los
« innumerables vicios que engendra seme-
« jante miseria? »

¿Qué harian en tal caso nuestros legisladores?

Sin duda responderian dolorosamente afligidos de su impotencia (como se debe creer):

« ¡Nada podemos hacer nosotros! »

De todo esto se deduce una moral simple, una conclusion fácil y al alcance de todos... sobre todo de los que padecen... y estos, sumamente numerosos..... concluyen á menudo..... concluyen mucho y á su modo..... y esperan.

Asi llegará acaso un dia en que la sociedad sentirá amargamente el haber sido tan indolente: entonces los felices de este mundo habrán de pedir cuentas horribles á los hombres que en la actualidad nos gobiernan, porque hubieran podido sin crisis, ni violencias, ni perturbaciones, asegurar el bienestar del trabajador y la tranquilidad del rico.

Y mientras no haya una solucion, sea cual sea, de esas cuestiones tan dolorosas que interesan el porvenir de la sociedad... del mundo acaso, muchas infelices criaturas como la Gibosa, como Cefisa, morirán de miseria y de desesperacion.

. . . .

En pocos instantes acabaron las dos hermanas de hacer con la paja de su cama los rodetes y los tapones destinados a interceptar el aire y asegurar mas el efecto de la asfixía, asi como su rapidez.

La Gibosa dijo á su hermana:

—Tú que eres mas alta, Cefisa, cuidarás del techo; yo de la puerta y de la ventana.

—No tengas cuidado, hermana... concluiré..... antes que tú, respondió Cefisa.

Y comenzaron las dos jovenes á interceptar con el mayor cuidado todos los aires colados que hasta entonces silvaban en la boardilla medio arruinada.

Cefisa, gracias á su alta estatura, tapó herméticamente todas las grietas del techo.

Concluido aquel triste quehacer, fueron ambas hermanas una junto á otra, se miraron silenciosamente.

Acercábase el momento fatal; sus fisonomias, aunque siempre tranquilas, parecian lijeramente animadas por aquella superescitacion estraordinaria que acompaña siempre los suicidios dobles.

—Ahora... dijo la Gibosa... pronto, la estufilla.....

Y se arrodilló ante la estufilla llena de carbon; pero Cefisa, asiendo á su hermana por debajo del sobaco, la obligó á levantarse, diciéndole:

—Déjame encender el fuego..... á mi me corresponde eso.....

—Pero, Cefisa....

—Ya sabes, pobre hermana, cuanto dolor de cabeza te da el olor del carbon de piedra.

A esa sencillez (porque hablaba seriamente la reina Bacanal), no pudieron menos de sonreirse tristemente las dos hermanas.

—Poco importa, replicó Cefisa; ¿de que sirve..... el darte un padecimiento mas.... y antes?

Enseñando despues á su hermana el gergon que aun tenia alguna paja, le dijo Cefisa.

—Acuéstate ahi, queridita hermana... cuando esté encendida la estufilla, iré á sentarme junto á tí.

—No tardes mucho.... Cefisa.

—En cuatro minutos... . estará concluido.

La parte del edificio que daba á la calle estaba separada de la parte en que estaba la habitacion de las dos hermanas por un patio estrecho, y dominaba tanto la primera á la segunda, que asi que desapareció el sol detras de lo alto de la casa, se puso bastante oscura la boardilla: la luz débil de la ventana con sus cristales opacos, á fuerza de estar sucios, alumbraba un poco el viejo marregon de cuadros azules y blancos en el que estaba medio acostada la Gibosa, cubierta con un vestido andrajoso: reclinándose entonces en el brazo izquierdo, con la barba apoyada en la palma de la mano, se puso á mirar á su hermana con una espresion desgarradora.

Cefisa, arrodillada ante la estufilla, con el rostro inclinado hácia el negro carbon á traves del cual comenzaban ya á chisporrotear por diversas partes algunas llamas azuladas.... Cefisa soplaba con fuerza unas pocas brasas encendidas que lanzaban al rostro pálido de aquella muchacha reflejos ardientes.

Era profundo el silencio ...

No se oia mas ruido que el del soplo jadeante de Cefisa..... y á veces el lijero chisporroteo del carbon que, comenzando ya á encenderse, despedia un olor nauseabundo y propio á escitar vómitos; se levantó, y acercándose á su hermana, la dijo:

—Ya está hecho....

—Hermana mia, respondió la Gibosa poniéndose de rodillas delante del gergon, mientras estaba aun en pié Cefisa; ¿cómo debemos colocarnos? Yo quisiera estar muy cerca de ti hasta el fin....

—Espera.... dijo Cefisa ejecutando los movimientos á medida que los iba indicando: voy á sentarme en la cabecera del gergon, apoyando en la pared las espaldas; ahora, hermanita, ven.... acuéstate aquí..... ¡bueno! apoya tu cabeza sobre mis rodillas.... y dame la mano... ¿Estás bien asi?

—Si; pero no puedo verte....

—Mas vale eso.... parece que hay un instante... muy corto á la verdad, en que se padece mucho, y.... añadió Cefisa con voz conmovida, mejor es no vernos padecer.

—Tienes razon, Cefisa.

—Déjame besar por a última vez tus hermosos cabellos, dijo Cefisa apretando sus labios contra la suave madeja que co-

ronaba el rostro pálido y melancólico de la Gibosa; y luego despues estarémos muy quietas....

—Hermana.... tu mano.... dijo la Gibosa: por la última vez.... tu mano.... y despues, como dices.... no nos menearemos ya... y despues no esperaremos mucho tiempo.... porque, segun creo.... comienzo ya á aturdirme..... ¿y tu hermana?....

—¿Yo?... aun no... dijo Cefisa; yo no advierto.... sino el olor del carbon.

—¿No prevés tú en que cementerio... nos enterrarán? dijo la Gibosa despues de un rato de silencio.

—No; ¿porque me haces esta pregunta?

—Porque preferiria el del P. Lachaise... Fuí allí una vez con Agricol y su madre... ¡Qué hermoso golpe de vista!... Por todas partes árboles... flores... mármoles..... ¿Sabes que los muertos tienen mejor habitacion.... que los vivos... y...?

—¿Qué tienes, hermana? dijo Cefisa á la Gibosa quien se habia interrumpido despues de haber hablado con mucha lentitud.

—Tengo... como vértigos... me zumban las sienes... respondió la Gibosa... ¿y tú como estás?

—Yo comienzo solamente á hallarme un poco aturdida: es cosa singular que en mí.... el efecto es mas lento que en tí.

—¡Oh! es porque yo... respondió la Gibosa tratando de sonreirse, he sido siempre.... tan precoz... ¿te acuerdas?... en la escuela de las monjas.... decian que estaba yo... siempre mas adelantada que las otras.... lo mismo me sucede ahora... como ves...

—Si pero espero alcanzarte dentro de poco, dijo Cefisa.

Lo que parecia tan estraño á las dos hermanas era muy natural, porque la reina Bacanal, aunque debilitada por los pesares y la miseria, como era de una constitucion tan fuerte y tan robusta, cuanto era débil y delicada la de la Gibosa, debia sentir mucho mas tarde que su hermana los efectos de la asfixia.

Hubo un instante de silencio, y Cefisa lo interrumpió, poniendo la mano en la frente de la Gibosa, cuya cabeza sostenian siempre las rodillas.

—No me dices nada... hermana. Padeces ¿no es verdad?

—No, dijo la Gibosa con voz debilitada, me pesan los párpados como si fueran de plomo.... me voy entorpeciendo.... y advierto..... que hablo con mayor lentitud.... pero no siento aun.... ningun dolor vivo.. . ¿Y tú hermana?

—Mientras me estabas hablando he sentido un vahido.... ahora me zumban con mas fuerza las sienes.

—Como me zumbaban á mí hace poco.... creeria uno que es mas difícil.... y mas doloroso que esto... el morir....

Hubo aun otro rato de silencio, y dijo de repente la Gibosa á su hermana:

—¿Crees que Agricol sentirá mucho mi muerte?..... ¿Y qué pensará mucho tiempo en mi?....

—¿Cómo puedes preguntar semejante cosa? respondió Cefisa en tono de reproche.

—Tienes razon.... replicó blandamente la Gibosa, en esa duda hay un mal sentimiento.... pero si supieses....

—¿Qué, hermana?

Vaciló la Gibosa por algunos instantes, y despues dijo agoviada:

—Nada.

Pero añadió de nuevo:

—Por fortuna muero muy convencida, que jamas tendrá necesidad de mi.... se ha casado con una jóven hechicera.... se aman.... estoy persuadida.... que hará ella.... su felicidad.

Al pronunciar estas últimas palabras se habia debilitado cada vez mas el acento

de la Gibosa.... Estremecióse de repente y dijo á su hermana con voz trémula, casi temblando:

—Hermana mia.... apriétame bien.... en tus brazos.... ¡oh!.... tengo miedo... veo.... todo.... de azul oscuro.... y todos los objetos.... se revuelven al rededor de mi....

Y la infeliz criatura, levantándose, un poco, ocultó su rostro en el seno de su hermana que estaba siempre sentada, y la cojió con sus débiles brazos.

—Animo..... hermana..... dijo Cefisa apretándola contra su seno y con voz que tambien se iba debilitando.... pronto se vá á concluir....

Y añadió despues Cefisa con aire medio envidioso, medio espantado.

—¿Porqué pues se ha desfallecido tan pronto mi hermana?.... Aun conservo todos mis sentidos y sufro menos que ella... ¡Oh! pero no durará esto.... si creyese que ha de morir antes que yo.... iria á poner la cara encima de la estufilla.... si.... allá voy....

Al hacer Cefisa un movimiento para levantarse, detúvola un pequeño agarron de su hermana.

—Padeces, infeliz muchacha..... dijo Cefisa temblando....

—¡Oh! si.... en este instante.... mucho.... No te separes de mi.... te lo suplico....

—Y yo.... nada.... casi nada aun.... se dijo Cefisa dando una mirada salvaje á la estufilla. ¡Ah! si..... no obstante.... añadió con una sonrisa siniestra, comienzo á sofocarme.... y.... me parece.... que se vá á romper.... mi cabeza.

En efecto el pernicioso gas comenzaba á llenar aquel cuarto, del que habia espulsado ya todo aire respirable....

Se iba concluyendo el dia: se habia oscurecido la boardilla, y la alumbraba la reverberacion de la estufilla que despedia sus reflejos rojizos sobre el grupo que formaban las dos hermanas abrazadas.

Hizo de repente la Gibosa algunos lijeros movimientos convulsivos y pronunció con voz apagada las palabras siguientes:

—Agrícol..... Mlle. de Cardoville..... ¡Oh! adios.... Agrícol.... yo.... te....

Murmuró despues algunas otras palabras ininteligibles: cesaron sus movimientos convulsivos, y sus brazos que enlazaban á su hermana cayeron inertes sobre el gergon.

—¡Hermana mia! esclamó Cefisa asustada, levantando entre sus manos la cabeza de la Gibosa para mirarla: tú ya.... hermana mia.... ¿pero yo? ¿pero yo?

No estaba mas pálido que de ordinario el suave rostro de la Gibosa; pero no miraban á ninguna parte sus ojos medio abiertos; apareció aun durante un instante una semi-sonrisa llena de tristeza y de bondad sobre sus labios amoratados, por entre los cuales salia un soplo apenas perceptible.... quedóse despues inmóvil su boca, conservando su rostro una grande espresion de serenidad.

—Pero no debes morir tú antes que yo.... esclamó Cefisa con un acento desgarrador llenando de besos las mejillas de su hermana que se iban enfriando bajo sus labios. Hermana mia.... espérame... espérame....

No respondió la Gibosa. Su cabeza que dejó Cefisa un instante, cayó lentamente en el gergon.

—¡Dios mio! te lo juro, no es por mi falta el no morir al mismo tiempo, esclamó Cefisa desesperada y arrodillada ante el gergon en que estaba estendida su hermana.

—¡Muerta!.... esclamó Cefisa espantada: ahi está muerta.... antes que yo... puede que sea.... porque soy mas fuerte.... ¡Ah!.... por fortuna.... ya comien-

zo.... como ella.... poco hace.... á ver... un azul oscuro.... ¡Oh!.... estoy padeciendo.... ¡qué dicha!.... ¡Oh!.... Me falta el aire.... ¡Hermana! añadió echando sus brazos al cuello de la Gibosa: aqui estoy.... ya vengo.

Oyóse de repente un ruido de pasos y de voces en la escalera.

Conservaba Cefisa bastante presencia de espíritu para oir aquel ruido.

Estendida siempre encima del cuerpo de su hermana, levantó la cabeza.

Acercose cada vez mas el ruido y presto se oyó una voz que esclamaba por defuera junto á la puerta:

—¡Gran Dios, que olor de carbon!

Y al mismo tiempo hicieron bambolear las tablas de la puerta, mientras esclamaba otra voz:

—¡Abrid.... abrid!....

—Van á entrar.... á salvarme..... á mi.... y está muerta mi hermana.... ¡Oh! no.... no tendré la vileza de sobrevivirla.

Ese fué el último pensamiento de Ce fisa.

Empleando cuantas fuerzas le quedaban, corrió á la ventana y la abrió...... al mismo tiempo casi que cedia la puerta á un vigoroso empellon.... La infeliz criatura se arrojó al patio de lo alto de aquel tercer piso. En aquel mismo instante aparecieron en el umbral de la puerta la señorita Adriana y Agrícol.

A pesar del olor sofocante del carbon, Mlle. de Cardoville se precipitó en la boar dilla, y viendo la estufilla esclamó:

—La pobre infeliz...... se ha dado la muerte.

—No..... se ha arrojado por la ventana esclamó Agricol, porque habia visto en el instante en que se hacia pedazos la puerta, desaparecer una forma humana por la ventana, á donde corrió él inmediatamente.

—¡Ah! ¡es cosa horrorosa! volvió á esclamar de nuevo, y lanzando un grito lastimero, se puso la mano ante los ojos y se volvió pálido, aterrado, hácia Mlle. de Cardoville.

Pero equivocándose en cuanto al motivo de espanto de Agricol, Adriana, que acababa de descubrir á la Gibosa en medio de la oscuridad, respondió:

—No... ahí está.

É indicó al herrero el pálido rostro de la Gibosa tendida encima del gergon. Arrodillóse junto á ella Adriana, y tomando las manos de la pobre obrera, las halló heladas... Poniéndole despues la mano en el corazon, no le sintió latir... Sin embargo al cabo de un segundo, como entraba muchísimo aire por la puerta y la ventana, que estaban abiertas, creyó Adriana advertir una pulsacion casi imperceptible, y esclamó:

—Aun late su corazon. ¡Pronto, socorro! ¡Corred! señor Agricol! Buscad ausilios... Felizmente aquí tengo mi frasco.

—Sí, sí... socorro para ella... y para la otra... si aun hay tiempo; dijo el herrero desesperado precipitándose á la escalera y dejando á Mlle. de Cardoville arrodillada junto al gergon en que estaba tendida la Gibosa.

XVIII.

LA CONFESION.

Miéntras duró la penosa escena que acabamos de describir, una viva emocion habia animado las facciones de Mlle. de Cardoville, pálida y debilitada por la tristeza; sus megillas, tan puras y tan redondas poco antes, estaban ya ligeramente ahondadas, y un cerco de trasparente y claro azul rodeaba sus grandes ojos negros, velados tristemente en lugar de ser como anteriormente, vivos y brillantes: sus hechiceros labios, aunque contraidos por una dolorosa inquietud, habian conservado sin embargo su encarnado, húmedo y suave.

Para cuidar con mayor facilidad de la Gibosa, habia ehado Adriana á lo léjos su

sombrero, y la suave masa de su bella madeja de cabellos ocultaba casi todo su rostro inclinado hácia el gergon, junto al cual estaba arrodillada, teniendo entre sus delicadas manos de marfil las manos delgaditas de la pobre obrera, la cual habia vuelto completamente á la vida algunos minutos hacia, tanto por la saludable frescura del aire, como por la actividad de las sales de que estaba lleno el frasco de Adriana. Por fortuna el desmayo de la Gibosa era antes bien producto de su emocion y de su debilidad que de la accion de la asfixia, porque la accion perniciosa del carbon no habia llegado aun al último grado de intensidad cuando cayó desmayada la infeliz.

Antes de continuar la narracion de esta escena entre la jornalera y la patricia, se hacen necesarias algunas palabras retrospectivas.

Desde la escena estraordinaria del teatro de la puerta de San Martin, cuando el príncipe Djalma, con peligro de su vida se habia arrojado sobre una pantera negra á los ojos de Mlle. de Cardoville, esperimentó esta jóven diversas y profundas impresiones.

Olvidando sus celos y su humillacion al ver á Djalma..... á Djalma mostrandose á los ojos de todos con una muger que parecia tan poco digna de él, Adriana, deslumbrada por la accion del príncipe caballerosa y heróica á la vez, se habia dicho á sí misma:

«No obstante odiosas apariencias, me «ama bastante Djalma para haber arros- «trado la muerte con el único objeto de «recoger mi ramillete.»

Pero en aquella jóven tan delicada de alma, tan generosa de carácter, de un espíritu tan justo y tan recto, la reflexion, el buen sentido habian de demostrar muy pronto la vanidad de semejantes consuelos, muy impotentes para cerrar las heridas de su amor y de su dignidad tan cruelmente lastimados.

—¡Cuántas veces, se decia Adriana, el príncipe Djalma ha arrostrado por puro capricho y sin motivo un peligro semejante al que ha arrostrado para recojer mi ramillete! y aun...¿quién me asegura que no lo ha hecho para ofrecerlo á la muger que estaba en su compañía?

Estraordinarias acaso á los ojos del mundo, pero justas y grandes á los ojos de Dios, las ideas que tenia Adriana sobre el amor, unidas a su justo orgullo, eran un obstáculo insuperable para que pudiese pensar jamás en *suceder* á aquella muger (fuese ella quien fuese) de quien el príncipe habia hecho públicamente alarde como de un cortejo.

Y sin embargo esperimentaba Adriana, sin atreverse casi á confesárselo á *sí* misma, unos celos de su rival tanto mas penosos, tanto mas humillantes, cuanto menos digna le parecia aquella de podérsele parangonar.

Otras veces, al contrario, á pesar de la conciencia que tenia de su propio mérito, Mlle. de Cardoville, recordando las hechiceras facciones de Rosa Pompon, se preguntaba si el mal gusto, si los modales poco convenientes de aquella linda criatura resultaban de una desvergüenza precoz y depravada ó de la ignorancia completa de las costumbres: en esta última suposicion, esa misma ignorancia, resultado acaso de un carácter cándido, ingénuo, podia tener mucho atractivo. En fin, si á ese encanto y al de una beldad incontestable se reunian un amor sincero y una alma pura, poco importaba la bajeza de la cuna, y la mala educacion de aquella jóven; podia inspirar á Djalma una pasion profunda.

Si vacilaba á veces Adriana, en considerar, á pesar de apariencias tan fatales, á Rosa Pompon como á una muger per-

dido, era porque, recordando lo que contaban tantos viajeros de la elevacion de alma del príncipe, recordando sobre todo la conversacion que habia oido un dia entre él y Rodin, no podia decidirse á creer que un hombre dotado de un ingenio tan elevado, de un corazon tan tierno, de una alma tan poética, tan imaginativa, tan entusiasta de lo ideal, fuese capaz de amar á una criatura depravada, vulgar, y de mostrarse en público osadamente con ella... En eso estaba el misterio que Adriana hacia vanos esfuerzos para penetrar.

Esas dolorosas dudas, esa curiosidad cruel alimentaba de nuevo el amor de Adriana, y se concebirá facilmente su incurable desesperacion reconociendo que la indiferencia y aun los desprecios mismos de Djalma no podian apagar aquel amor, mas ardiente y mas apasionado que nunca. Unas veces adoptando ciertas ideas de fatalidad en amor, se decia que *debia* esperimentar aquel amor, que lo merecia Djalma, y que algun dia, lo que habia de incomprensible en la conducta del príncipe, se esplicaria de un modo ventajoso para él: otras veces, al contrario, avergonzandose de escusar á Djalma, la conciencia de esta debilidad era para ella un remordimiento, un tormento de todos los instantes: víctitima en fin de sus inauditos pesares, vivió desde entonces en una profunda soledad.

Poco tiempo despues estalló el cólera como un rayo. Era demasiado desgraciada Adriana, para tener ningun temor por sí misma, pero se conmovió por los padecimientos del prójimo, y fué una de las primeras que hicieron aquellas dádivas cuantiosas, que pronto comenzaron á llegar abundantemente por todos lados con un sentimiento admirable de caridad.

Habiendo acometido súbitamente la epidemia á Florina, su señora, á pesar del peligro, quiso verla y animar su corazon abatido. Florina, vencida por aquella nueva prueba de bondad, no pudo ocultar por mas tiempo la horrible traicion de que tanto tiempo hacia era ella cómplice. Puesto que la muerte la iba á libertar de la odiosa tiranía de las gentes bajo cuyo yugo habia vivido hasta entonces, podia revelarlo todo, sin temor ninguno, á Adriana.

Así supo esta el incesante espionaje de Florina y el motivo de la repentina desaparicion de la Gibosa.

Con aquellas revelaciones sintió Adriana aumentarse aun su afecto y su tierna compasion para con la pobre jornalera, y se dieron por su órden los pasos mas activos para descubrir las huellas de la pobre Gibosa; y aun tuvo otro resultado mas importante la confesion de Florina, porque Adriana, justamente alarmada de las malvadas intrigas de Rodin, se acordó de los proyectos formados cuando, creyéndose amada, le descubrió el instinto de su amor los peligros que corrian Djalma y los otros miembros de la familia de Rennepont. Juntar á todos los de su raza, reunirlos contra el enemigo comun, tal fué el pensamiento de Adriana despues de las revelaciones de Florina: este pensamiento, consideró ella como un deber el llevarlo á efecto: en aquella lucha contra enemigos tan peligrosos, tan poderosos como el padre Rodin, el padre d'Aigrigny, la princesa de Saint Dizier y sus prohijados, vió Adriana no solamente el loable y peligroso deber de quitar la máscara á la hipócresía y á la codicia, sino tambien, en caso que no le sirviese de consuelo, una generosa distraccion al menos para sus horrorosos pesares.

Desde aquel instante sucedió á la triste y dolorosa apatía en que se consumia aquella jóven, una actividad inquieta y febril. Convocó al rededor suyo á todos los miembros de su familia que podian responder á su llamamiento, y, como decia la nota

secreta entregada al padre d'Aigrigny, pronto llegó á ser el hotel de Cardoville el foco de diligencias activas, incesantes, el centro de reuniones frecuentes de familia, en donde se discutian con suma viveza los medios de ataque y de defensa.

Perfectamente exacta en cuanto decia la nota secreta de que ya se ha hablado (y aun la indicacion siguiente no aparecia en ella sino como cosa dudosa) la nota secreta, decimos, suponia que Mlle. de Cardoville habia tenido un abocamiento con Djalma: era falso eso. Mas adelante se sabrá cual es el motivo que pudo dar crédito á semejante suposicion; pero léjos de eso, apénas hallaba Mlle. de Cardoville en la preocupacion de los grandes intereses de familia de que ya hemos hablado, una distraccion pasagera al funesto amor que la minaba sordamente, y que se echaba ella en cara con tanta amargura.

La mañana misma del dia en que Adriana, conociendo al fin la morada de la Gibosa, venia á libertarla tan milagrosamente de la muerte, se hallaba en aquel momento en el hotel de Cardoville, Agricol Baudoin para tratar del negocio de Mr. Hardy, y suplicó á Adriana que le permitiese acompañarla á la calle de Clovis, á la cual se encaminaron ambos en efecto con suma prisa.

Así es que, otra vez aun (¡noble espectáculo! ¡símbolo tierno!...) Mlle. de Cardoville y la Gibosa, estremidades ambas de la cadena social, se tocaban y se confundian en una igualdad enternecedora... porque la jornalera y la patricia valian tanto la una como la otra por su entendimiento, por su alma y por su corazon..... valian tanto la una como la otra porque era aquella un ideal de gracia, de riqueza y de beldad..... y esta un ideal de resignacion y de no merecida desgracia. ¡Ay! ¿no tiene tambien su auréola la desgracia soportada con aliento y dignidad?

Tendida en el gergon la Gibosa, parecia tan débil, que, aun cuando Agricol no hubiese estado ocupado en el piso llano de la casa con Cefisa que estaba espirando en una agonia horrorosa, hubiera esperado algun tiempo aun Mlle. de Cardoville antes de aconsejar á la Gibosa que se levantase y bajase á ponerse en el coche.

Gracias á la serenidad de espíritu y á una compasiva mentira de Adriana, estaba persuadida la Gibosa que habian podido llevar á su hermana á uno de los mas próximos hospitales provisionales, en donde se le prodigaban todas las atenciones necesarias, que segun parecia, habian de tener el mejor écsito. Como las facultades de la Gibosa no iban saliendo de su entorpecimiento, sino poco á poco, por decirlo asi habia aceptado desde el principio esta fábula sin ninguna sospecha, ignorando tambien que Agrícol hubiese acompañado á Mlle. de Cardoville.

—Y á vos, señorita, es á quien Cefisa y yo deberemos la vida, decia la Gibosa volviendo hácia Mlle. de Cardoville su rostro melancólico y enternecido; vos arrodillada en esta boardilla.... cerca de este lecho de miseria en donde queríamos morir mi hermana y yo.... porque Cefisa.... ¿me lo asegurais, no es verdad?.... ha recibido como yo socorros oportunos.

—Si, tranquilizaos: poco hace han venido á decirme que ya volvia en sí.

—Y le han dicho que yo vivia.... ¿no es verdad, señorita?.... porque sino sentiría acaso el sobrevivirme.

—Estad sin cuidado ninguno, querida niña, dijo Adriana apretando entre sus manos las de la Gibosa y fijando en ellas sus ojos húmedos de lágrimas. Se ha dicho cuanto era necesario decir. No os inquieteis, no penseis sino en volver á la vida, y como lo espero... á la felicidad ..

que tan poco habeis conocido hasta ahora pobre niña.

—¡Cuantas bondades, señorita!... despues de haberme escapado de vuestra casa.... cuando debiais creer que soy una ingrata!

—Bien pronto.... cuando esteis menos débil.... os diré muchas cosas.... que aho ra fatigarían demasiado vuestra atencion... ¿pero como os hallais?

—Mejor... señorita.... este buen aire... y á mas el pensar que estais vos ahi.... no se verá ya reducida á la desesperacion mi pobre hermana.... porque yo tambien os diré todo.... y, estoy segura de ello, tendreis compasion de Cefisa.... ¿no es verdad, señorita....

—Contad siempre conmigo, hija mia; respondió Adriana disimulando apenas su penoso embarazo: Ya lo sabeis; me intereso en cuanto os interesa; pero decidme, añadió Mlle. de Cardoville con voz conmovida; antes de tomar esta resolucion tan desesperada, me habeis escrito, ¿no es verdad?

—Si, señorita.

—¡Ay! replicó tristemente Adriana, no recibiendo respuesta de mi, ¡cuan olvidadiza os he debido parecer.... cruelmente ingrata!

—¡Oh! jamas os he acusado, señorita; mi pobre hermana os lo dirá. Os he esta do reconocida hasta el fin.

—Os creo... conozco vuestro corazon... pero en fin... mi silencio, ¿como lo habeis podido esplicar?

—Os he creido justamente ofendida de mi fuga repentina, señorita.

—Yo... ofendida... ¡Ay! vuestra carta... no la he recibido.

—Y sabeis, por tanto, señorita, que os la he escrito.

—Si, pobre amiga mia, y sé tambien que me la habeis escrito en el cuarto de mi portero; por desgracia le dió la carta á una de mis sirvientas llamada Florina, diciéndole que venia de vuestra parte....

—Lo señorita Florina, aquella jóven tan linda y tan buena para conmigo.

—Me engañaba indignamente Florina; vendida á mis enemigos, les servia de espía.

—¡Ella! ¡Dios mio!... esclamó la Gibosa, ¿es posible?

—Ella misma; respondió Adriana con amargura; pero ante todo se le debe compadecer tanto como vituperar: se via forzada á obedecer á una necesidad terrible, y su confesion y su arrepentimiento le han asegurado mi perdon antes de su muerte.

—¡Muerta tambien ella... tan jóven... tan hermosa!...

—A pesar de sus culpas me conmovió muchísimo su muerte; porque confesó sus faltas con un sentimiento que despedazaba el corazon. Entre las otras cosas que me confesó, me dijo que me habia interceptado una carta en la cual me pediais un abocamiento que podia salvar la vida de vuestra hermana.

—Es verdad, señorita: esos eran los términos de mi carta; pero ¿qué interés tenia en ocultárosla?

—Temian el que volvieseis junto á mi, pobre ángel custodio mio.... ¡me amabais con tanta ternura!.... Han tenido miedo mis enemigos de vuestro fiel afecto secundado por el admirable instinto de vuestro corazon... ¡Ah! jamas olvidaré cuan merecido era el horror que os inspiraba un miserable, al cual defendia yo contra vuestras sospechas.

—¿Mr. Rodin?.... dijo la Gibosa estremeciéndose.

—Si..... respondio Adriana; pero no hablemos ahora de esas gentes.... su odioso recuerdo echaría á perder la delicia que esperimento al veros renacer.... porque está menos débil vuestra voz, poco á po-

co van tomando color vuestras mejillas. ¡Bendito sea Dios! ¿Es para mi tanta felicidad el volveros a hallar? Si supieseis todo lo que aguardo, todo lo que espero de nuestra reunion, porque no nos separaremos ya mas, ¿no es verdad? ¡Oh! prometédmelo.... en nombre de la amistad.

—¡Yo..... señorita. ... vuestra amiga! dijo la Gibosa, bajando timidamente los ojos.

—Hace algunos dias, antes de vuestra salida de mi casa, ¿no os llamé mi amiga, mi hermana? ¿Y qué hay ahora de nuevo? Nada..... nada..... añadió Mlle. de Cardoville con un profundo enternecimiento, se diria, al contrario, que una semejanza fatal de nuestras situaciones me hace vuestra amistad aun mas grata..... mas preciosa aun..... y la he adquirido, ¿no es verdad?... ¡Oh, no me desecheis... tengo tanta necesidad de una amiga.....

—¿Vos..... señorita..... vos tendriais necesidad de la amistad de una criatura infeliz como yo?

—Sí: respondió Adriana mirando á la Gibosa con una espresion de dolor desconsolado...... y aun hay mas........ sois acaso la única persona á quien podria..... á quien osaria confiar penas... muy amargas.

Y se cubrieron de un color encendido las mejillas de Mlle. de Cardoville.

—¿Y qué es lo que me acarrea una prueba tan grande de confianza, señorita? dijo la Gibosa cada vez mas sorprendida.

—La delicadeza de vuestro corazon, la seguridad de vuestro carácter: respondió Adriana titubeando lijeramente: Y ademas, muger; concebireis mejor que nadie, sois, estoy bien persuadida, cuanto padezco... y me tendreis lástima.

—¿Teneros lástima, señorita?.... dijo la Gibosa cuya admiracion aumentaba aun mas, yo, á vos, señora de alto tono, tan envidiada..... ¿yo tan humilde, tan infima, podria teneros compasion?

—Decid, pobre amiga mia, respondió Adriana despues de algunos instantes de silencio. ¿No son los dolores mas agudos los que no se atreve una á confesar á nadie por temor de que se burlen de una ó lo desprecien?... ¿Cómo se ha de atrever una á solicitar que se interesen en sus padecimientos ó tengan compansion de ellos, cuando no osa confesarlos ni aun á sí misma, porque tiene vergüenza de sí?

Apenas podia la Gibosa creer lo que oia; aunque hubiera esperimentado su bienhechora un amor desgraciado como el suyo, no se hubiera espresado de otro modo; pero no podia la jornalera admitir semejante suposicion: así es que atribuyendo á otro motivo los pesares de Adriana, respondió pensando con tristeza en su fatal amor hácia Agricol.

—¡Oh! sí, señorita. Una pena de que se avergüenza uno..... debe ser cosa muy horrorosa..... ¡ah! muy horrorosa.

—Pero al mismo tiempo ¡qué felicidad es el encontrar un corazon no solamente bastante noble para inspirarle á uno entera confianza, sino tambien bastante esperimentado por mil pesares para poderle ofrecer á uno compasion, apoyo, y consejo..... Decid, hija mia querida; añadió Mlle. de Cardoville, fijando con atencion sus ojos en la Gibosa, si os vieseis agoviada por uno de aquellos padecimientos, de que tiene uno vergüenza, ¿no os tendriais por feliz, por muy feliz en encontrar una alma hermana de la vuestra, á la cual podriais confiar vuestras penas aliviándolas muchisimo por medio de esa confianza entera y bien merecida?

Por la primera vez de su vida miró la Gibosa á la señorita de Cardoville con un sentimiento de desconfianza y de tristeza;

le parecian sobre todo significativas las últimas palabras de aquella jóven.

« Sabe sin duda mi secreto; se decia la « Gibosa, ha caido en sus manos mi dia- « rio; conoce mi amor para con Agricol ó « lo supone; lo que me ha dicho hasta « ahora tiene por objeto el escitarme, á « hacerle confidencias, para ver si está « bien informada. »

No producian esas ideas en el alma de la Gibosa sentimiento ninguno amargo ó injusto para con su bienhechora; pero tenia el corazon de la infeliz una delicadeza tan asombradiza, una susceptibilidad tan dolorosa en lo que tocaba á su funesto amor, que á pesar de su profundo y tierno afecto á Mlle. de Cardoville, padeció cruelmente, cuando creyó que conocia su secreto.

Aquella idea tan penosa al principio, de que estaba Mlle. de Cardoville instruida de su amor para con Agricol, se transformó pronto en el corazon de la Gibosa, gracias á los generosos instintos de aquella estraordinaria y escelente criatura, en un sentimiento tierno que manifestaba toda su adhesion, toda su veneracion para con Adriana.

« Puede ser, se decia la Gibosa, que « vencida por la adorable bondad que tie- « ne conmigo mi bienhechora, le hubiese « hecho yo una confesion que no hubiera « hecho á nadie: una confesion que hace « un instante creia yo llevarme al sepul- « cro..... hubiera sido eso á lo menos una « prueba de mi reconocimiento á Mlle. de « Cardoville; pero por desgracia me veo « privada de la triste felicidad de contar « á mi bienhechora el secreto de mi vida. « Y ademas, por generosa que sea su com- « pasion para conmigo, por inteligente que « sea su afecto, no puede ser que ella « tan hermosa, tan admirada, no puede « ser que ella comprenda todo el horror « de la situacion en que se encuentra una « persona tan desgraciada como yo, que « oculta en lo mas profundo de su lace- « rado pecho un amor tan desesperado « como ridículo. No..... no: y á pesar de « la delicadeza de la amistad que me tiene, « aun compadeciéndome, me ofenderá sin « advertirlo mi bienhechora, porque los « *infortunios hermanos* son los únicos que « se pueden consolar..... ¡Ay! ¿Por qué « no me ha dejado morir? »

Se habian presentado estas reflexiones al entendimiento de la Gibosa con la rapidez del pensamiento. Observábala Adriana con mucha atencion, y notó que las facciones de la jornalera que hasta entonces se iban serenando cada vez mas, se habian oscurecido de nuevo, y descubrian un sentimiento de dolorosa humillacion. Asustada de aquella recaida de triste abatimiento, cuyas consecuencias podian ser fatales, porque la Gibosa, muy débil aun, estaba, por decirlo asi, á la orilla del sepulcro, Mlle. de Cardoville dijo prontamente:

—Amiga mia... ¿no pensais pues como yo.... que el dolor mas cruel.... y aun el mas humillante se alivia .. cuando se puede confiar á un corazon fiel y esperimentado?

—Si, señorita, dijo con amargura la Gibosa; pero el corazon que padece debiera ser el único que juzgase la oportunidad del momento en que haria una confesion tan penosa... Hasta entonces habria acaso humanidad en respetar su doloroso secreto... si por casualidad se ha descubierto.

—Teneis razon, hija mia, dijo tristemente Adriana; si escojo este momento casi solemne para haceros una confidencia muy penosa... es porque, cuando me hayais oido, estoy convencida que tendréis tanto mayor apego á la existencia cuanto mayor sea, como veréis, la necesidad que tengo de vuestra ternura..... de vuestros consuelos... de vuestra compasion.

Al oir aquellas palabras hizo la Gibosa un esfuerzo para incorporarse, y apoyándose en el jergon, miró asombrada á Mlle. de Cardoville. No podia creer lo que estaba oyendo: lejos de pensar en violentar ó sorprender su confianza, su bienechora venia, segun decia, á hacerle una confesion muy penosa, y á implorar sus consuelos, su compasion... de ella... de la Gibosa.

—¡Como! esclamó balbuciente: vos sois, señorita, la que venís...

—Yo soy la que vengo á deciros... Padezco... y tengo vergüenza de lo que padezco... Si, añadió la jóven con una espresion desgarradora, si: de todas las confesiones vengo á haceros la mas penosa..... amo y tengo vergüenza... de mi amor.

—Como yo... esclamó involuntariamente la Gibosa, juntando las dos manos.

—Amo... replicó Adriana con una esplosion de dolor contenido mucho tiempo, amo... y no me aman... y es mi amor miserable, imposible... me devora... me mata... y no me atrevo á confiar á nadie.... ese fatal secreto...

—Como yo... repitió la Gibosa mirando fijamente. Ella... reina por la beldad, por la condicion, por el talento.... padece como yo, continuó diciendo, y como yo, pobre desgraciada criatura... ama ella... y no la aman...

—Pues bien... sí... como vos... amo... y no me aman... esclamó Mlle. de Cardoville. ¿Me faltaba la razon para deciros que en vos sola podia yo confiarme... porque habiendo padecido los mismos males, vos sola podriais tener compasion de los mios?

—Conque asi, señorita, dijo la Gibosa bajando los ojos y saliendo de su profunda sorpresa, sabiais vos...

—Todo lo sabia, pobre niña... pero jamás os hubiera yo hablado de vuestro secreto, si yo misma.... no hubiera tenido que confiaros otro mas penoso aun. El vuestro es cruel, el mio es humillante. ¡Oh, hermana mia! ya lo veis, añadió Mlle. de Cardoville con un acento que seria imposible de pintar, la desgracia hace desaparecer, acerca, confunde lo que se llama... distancias... Y con frecuencia esos felices del mundo que tanta envidia inspiran, son, ¡ay! por los horrorosos dolores que padecen, muy inferiores á los mas humildes, á los mas miserables, puesto que á estos es á quienes piden compasion........ consuelo.

Enjugando despues las abundantes lágrimas que derramaba, Mlle. de Cardoville continuó con voz conmovida:

—Vamos hermana...... ¡ánimo, ánimo!.... amémonos, sostengámonos, y híguenos para siempre este triste y misterioso lazo.

—¡Ah, señorita! pérdonadme; pero ahora que sabeis el secreto de mi vida, dijo la Gibosa bajando los ojos y sin poder superar su confusion; me parece que no os podré mirar sin sonrojarme.

—¿Por qué? ¿por qué amais apasionadamente á Mr. Agricol? dijo Adriana: ¡pero en ese caso, será menester que yo muera de vergüenza á vuestra vista, porque menos esforzada que vos, no he tenido valor para padecer, resignarme, y ocultar mi amor en lo mas profundo de mi corazon! El que yo amo, con un amor imposible de aqui en adelante, ha conocido este amor... y lo ha desechado... prefiriéndome á una mujer que el escojerla tan solo seria para mí otro ultraje sangriento...... si no me engañan las apariencias en el concepto que formo de ella... asi es que á veces espero haberme equivocado.... Decidme ahora... ¿sois vos la que ha de bajar los ojos?

—¡Vos desechada..... por una muger indigna de seros comparada!... ¡Ah, se-

ñorita! no puedo creerlo, esclamó la Gibosa.

—Tampoco yo lo puedo creer á veces, y eso no por orgullo, sino porque sé lo que vale mi corazon... Entonces me digo; no: la que prefiere tiene mérito para conmover el alma, el espíritu y el corazon del que me desprecia por ella.

—¡Ay, señorita! si no es sueño cuanto estoy oyendo..... si no os estravian apariencias falsas, grande es vuestro dolor.

—¡Sí, querida amiga mia! grande..... ¡oh! muy grande... y sin embargo, ahora, gracias á Dios, tengo la esperanza que acaso se debilitará esta pasion funesta; acaso hallaré fuerzas para subyugarla..... porque cuando lo sepais todo, absolutamente todo, no quiero avergonzarme de veros..... vos..... la mas noble y la mas digna entre las mugeres..... vos..... cuyo esfuerzo y resignacion son y serán siempre para mí un ejemplo.

—¡Ah, señorita!... No hableis tanto de mi esfuerzo cuando tengo que avergonzarme tanto de mi debilidad.

—¡Avergonzaros! ¡Dios mio! ¿Hay al contrario cosa mas patética, mas heroica y mas rendida que vuestro amor? ¿Vos avergonzaros? ¿De qué? ¿Es de haber mostrado el afecto mas santo á un arte sano que desde niña aprendisteis á amar? ¿Avergonzaros? ¿Es de haber sido para su madre la hija mas tierna? ¿Avergonzaros? ¿Es de haber soportado sin quejaros jamas, ¡pobre muchacha! mil padecimientos tanto mas agudos cuanto que las personas que os los causaban no tenian conciencia ninguna del mal que os hacian? ¿Pensaban acaso en injuriaros, cuando en lugar de daros vuestro modesto nombre de Magdalena, os daban siempre, segun deciais, sin pensar jamas en ello, un apodo ridículo é injurioso? Y por tanto, ¡cuantas humillaciones, cuantos pesares habeis devorado en secreto!

—¡Ay, señorita! ¿quién os ha podido decir?...

—¿Lo que no habiais confiado sino á vuestro diario? ¿es verdad? Pues bien, sabedlo todo..... Florina, moribunda, me confesó todas sus maldades. Habia cometido la indignidad de robaros aquellos papeles, (es verdad que se veia forzada a hacerlo por las gentes que la dominaban...) pero ese diario lo habia leido. Y como no estaban muertos en ella todos los buenos sentimientos, aquella lectura, revelandole vuestra admirable resignacion, vuestro amor triste y piadoso, aquella lectura le habia causado tal impresion que, en el punto en que iba á morir, ha podido citarme algunos pasajes, esplicándome asi la causa de vuestra súbita desaparicion, porque no dudaba ella que el temor de ver divulgado vuestro amor hácia Agricol habia ocasionado vuestra huida.....

—¡Ay! demasiada razon tenia, señorita.

—¡Oh! sí: respondió con amargura Adriana, los que hacian obrar á aquella desgraciada, sabian muy bien á donde iba á parar el golpe..... no era aquel el primero... os reducian á la desesperacion... os mataban..... pero tambien... ¿porqué me estabais adicta con tanta ternura? ¿Porqué los habiais adivinado? ¡Oh! Esas túnicas negras son implacables y su poder es grande, dijo Adriana estremeciéndose.

—Es eso espantoso, señorita.

—Tranquilizaos, querida niña: las armas de los malvados no hieren á menudo sino á ellos mismos, porque desde el instante mismo en que supe el motivo de vuestra salida de mi casa, os tomé aun mayor cariño. Desde entonces he hecho cuanto he podido para volveros á encontrar, y, al fin, despues de haber dado mil pasos, esta mañana solamente, la persona á quien habia encargado este negocio, ha llegado á saber que viviais en

esta casa. Como estaba con Mr. Agricol, me ha pedido licencia de acompañarme.

—¡Agricol! esclamó la Gibosa juntando las manos, ha venido....

—Si, hija mia..... calmaos. Mientras estaba yo dándoos los primeros ausilios... estaba él ocupado con vuestra pobre hermana.... pronto le vereis.

—¡Ay, señorita!.... respondió espantada la Gibosa, sabe sin duda....

—¿Vuestro amor? No, no: tranquilizaos y no penseis sino en la felicidad de volveros a hallar junto á ese hombre tan bueno y tan leal.

—¡Ay.... señorita!.... ¡Quiera Dios que ignore siempre.... lo que me causaba tanta vergüenza que por eso quería morir!... ¡Bendito seais Dios mio! Nada sabe....

—¡No! y asi, vayan afuera los pensamientos tristes, querida niña: pensad en el hermano querido para deciros que ha llegado á tiempo para evitar que tuviésemos nosotros sentimientos eternos, y.... y que cometieseis vos.... una falta grande.... Y no os hablo yo de las preocupaciones del mundo por lo que toca al derecho que tiene la criatura de volverle á Dios la vida que es para ella una carga demasiado pesada.... Os digo solamente que no debiais morir, porque los que os aman y amais, tienen aun necesidad de vos.

—Os creia feliz, señorita: Agrícol estaba ya casado con una mujer jóven, quien hará, estoy segura, su felicidad.... ¿á quien podia ser útil?

—A mi en primer lugar.... ya lo veis. ¿Y ademas quien os dice que Agrícol no tendrá jamás necesidad de vos? ¿Quién os asegura que su felicidad ó la de los suyos durará siempre, ó no recibirá récios golpes? Y aun cuando los que os aman hubieran debido ser siempre felices, ¿seria completa su felicidad sin vos? Y vuestra muerte, que acaso se hubieran echado ellos en cara, ¿no les hubiera dejado pesares sin fin?

—Es verdad, señorita: respondió la Gibosa, no he tenido razon: se ha apoderado de mi un vértigo de desesperacion.... y ademas nos agoviaba la miseria mas horrorosa.... hacia muchos dias que no podiamos encontrar que hacer.... viviamos con las caridades de una pobre muger que nos ha arrebatado el cólera... Mañana ó despues de mañana nos hubiera sido necesario morir de hambre.

—¡Morir de hambre,... sabiendo mi casa!

—Os habia escrito, señorita: como no he recibido respuesta, he creido que os habia ofendido mi huida de vuestra casa.

—¡Pobre hija querida! Estabais como lo decis, en aquel horroroso momento bajo la influencia de una especie de vértigo. Asi es que no tengo aliento para echaros en cara el haber dudado de mi ni un solo instante. ¿Como os podria yo vituperar? ¿no he tenido yo tambien la idea de suicidarme?

—¡Vos, señorita! esclamó la Gibosa.

—Si... en ello estaba pensando... cuando vinieron á decirme que Florina, agonizante, me queria hablar.... La he oido: sus revelaciones han mudado súbitamente mis proyectos; se ha iluminado de repente esta vida sombria y triste, que me era insoportable: se ha despertado en mi la conciencia del deber; estabais, sin duda ninguna, en manos de la mas horrorosa miseria, era de mi deber buscaros y salvaros: lo confesado por Florina me manifestaba las nuevas tramas de los enemigos de mi familia aislada, dispersada por dolorosos pesares, por pérdidas crueles; era de mi deber el advertir á los mios de los peligros que ignorahan acaso, y el reunirlos contra el enemigo comun. Habia

sido víctima de odiosas maniobras, y era de mi deber el perseguir á mis autores, temiendo que, animados con la impunidad, esos hombres de las túnicas negra, no hiciesen nuevas víctimas..... Entonces me dió nuevas fuerzas la conciencia de mi deber, y pude salir de mi aniquilamiento: con el ayuda del abate Gabriel, sacerdote sublíme; ¡oh! ¡sublíme!..... el ideal del verdadero cristiano..... el digno hermano adoptivo de Mr. Agricol, he emprendido animosamente la lucha. ¿Qué os diré, hija mia? El cumplimiento de esos deberes, la incesante esperanza de volveros á encontrar, han suavizado un poco mis penas: si no me han consolado, me han distraido... vuestra tierna amistad y el ejemplo de vuestra resignacion completaran la obra... lo creo... estoy segura..... y olvidaré este fatal amor.

Al instante en que decia Adriana estas palabras, se oyó en la escalera un andar rápido y una voz jóven y fresca que decia:

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡qué á tiempo llego! ¡ Esa pobre Gibosa!.... Si puedo servirla en alguna cosa...

Y casi al mismo tiempo entró con precipitacion en la boardilla Rosa Pompon.

Pronto siguió Agricol á la griseta, y enseñándole á Adriana la ventana abierta, trató de darle á entender con una seña que no se le debia hablar á la jóven de la deplorable muerte de la reina Bacanal.

Superflua fué esta pantomima para Mlle. de Cardoville.

El corazon de Adriana saltaba de dolor, de indignacion y de orgullo, al reconocer á la muchacha que habia visto en el teatro de la Puerta San Martin en compañía de Djalma, la cual era la única causa de los horrorosos males que padecia desde aquella terrible noche.

A mas... ¡espantosa burla del destino! en el instante mismo en que acababa Adriana de hacer la humillante y cruel confesion de su desdeñado amor, aparecia ante sus ojos la muger á quien se creía sacrificada.

Si la sorpresa de Mlle. de Cardoville habia sido profunda, no lo fué menos la de Rosa Pompon.

No solamente reconocia en Adriana la muchacha jóven de los cabellos de oro que estaba enfrente de ella, en un palco del teatro de la Puerta de San Martin, cuando ocurrió la estraña aventura de la pantera negra: sino que tenia tambien graves motivos para desear este encuentro tan inopinado, tan poco probable: por eso es imposible él pintar la mirada maliciosa y triunfante que afectó lanzar á Adriana.

El primer movimiento de Mlle. de Cardoville fué el salir inmediatamente de la boardilla; pero no solamente le costaba muchísimo el abandonar á la Gibosa en aquella circunstancia, y el tener que dar, delante de Agricol, un motivo de aquel repentino marcharse, sino que tambien, á pesar de lo ofendido que estaba su orgullo, la detenia una curiosidad inesplicable y fatal.

Se quedó, pues.

Iba á ver, si puede uno esplicarse así, de *cerca*, oir á aquella rival y formar de ella un concepto, habiendo estado anteriormente á pique de morir por su rival, á quien en sus angustias de celos, habia atribuido tantas fisonomías diferentes, y podria al fin esplicarse el amor que tenia Djalma á semejante criatura.

XX.

LAS RIVALES.

Rosa Pompon, cuya presencia causaba una emocion tan viva á Mlle. de Cardoville, estaba vestida con el mal gusto mas chocante y mas chillon del mundo.

Su *bibi* (sombrerillo) de raso de color de rosa con visera muy estrecha, puesto tan hácia delante y tan á lo *perro*, que

bajaqa casi hasta la punta de su pequeña nariz, dejaba descubierta en recompensa la mitad de su rubio y suave moño; su vestido escoces, con cuadros estravagantes por lo grandes, estaba abierto por delante, y su pañoleta trasparente, cerraba muy poco herméticamente, y muy poco celosa de los deliciosos globos que manifestaba con demasiada franqueza, apenas cohonestaba, como con una gasa muy ligera, la descarada escotadura de su corpiño.

Como habia subido apresurada la *griseta*, teniendo con las dos manos las puntas de su manton azul de palmas, habia este abandonado sus espaldas, habia caido hasta lo bajo de su talle de abispa, y se habia detenido en fin, en donde habia encontrado un obstáculo natural.

El insistir en todos estos pormenores es porque, al ver aquella gentil criatura, vestida de un modo tan impertinente y tan *desabotonado*, Mlle. de Cardoville, creyendo encontrar en ella una rival feliz, sintió redoblar su indignacion, su dolor y su vergüenza.

Júzguese pues cual debió ser la sorpresa, cual la confusion de Adriana, cuando Rosa Pompon le dijo con la mayor soltura y desembarazo:

—Me alegro infinito de encontraros aquí, *madama*: tengo que deciros cuatro palabritas;... solamente quiere abrazar á esa pobre Gibosa, si lo permitís..... *madama*.

Para imaginar el tono y el acento que acompañaron la voz *madama*, es necesario haber presenciado algunas discusiones entre dos Rosas Pompones celosas y rivales; entonces se comprenderá todo lo que esa voz *madama*, pronunciándola en semejantes circunstancias, encierra de provocaciones y de hostilidades.

Atónita la señorita de Cardoville al ver la impudencia de Rosa Pompon, estaba enmudecida, mientras Agricol distraido por el cuidado que tomaba de la Gibosa, cuyos ojos no se apartaban un instante de los suyos desde el instante en que habia llegado, distraido tambien por el recuerdo de la dolorosa escena que acababa de presenciar, decia en voz baja á Adriana, sin advertir el descaro de la griseta.

—¡Ay señorita! es asunto concluido... acaba de dar Cefisa el último suspiro..... sin haber vuelto en sí.

—¡Desgraciada jóven! dijo Adriana con emocion olvidando por un instante á Rosa Pompon.

—Habráse de ocultar esta funesta noticia á la Gibosa, y hacérsela saber mas tarde, tomando para ello las mayores precauciones, replicó Agricol, felizmente nada sabe de eso Rosa Pompon.

Y con una mirada le indicó á la señorita de Cardoville la griseta, quien se habia acurrucado junto á la Gibosa.

Al oir que Agricol trataba tan familiarmente á Rosa Pompon, redobló el asombro de Adriana: imposible seria el decir lo que ella sintió..... porque, aunque parezca estraordinario, lo cierto es que le pareció que sufria menos..... y que iban disminuyendo sus angustias á medida que iba notando en que términos se espresaba la griseta.

—¡Ah, mi querida Gibosa! decia esta con tanta volubilidad como emocion, pues estaban llenos de lágrimas sus lindos ojos azúles, ¿es posible hacer semejante tontada? ¿No se ayuda tambien entre sí la gente pobre?... Hubiera vendimiado por la última vez el bazar de Filemon, añadió aquella singular muchacha, redoblando al mismo tiempo su enternecimiento, síncero á la vez, patético y grotesco; hubiera vendido sus tres botas, sus pipas ennegrecidas, su traje de barquero de San Flambart, su cama y hasta su vaso de grandes parrandas..... y no os hubierais

visto reducida á tan brutal estremidad... no se hubiera enfadado Filemon, porque es escelente muchacho, y si se hubiera enfadado no se me hubiera dado un pito.... gracias á Dios no estamos casados..... es solamente todo esto para deciros que hubiérais debido pensar en Rosa Pompon.

—Ya sé que sois servicial y buena, señorita; respondió la Gibosa, porque habia sabido por su hermana que Rosa Pompon tenia, como otras muchas de sus semejantes, corazon grande y generoso.

—Ademas, replicó Rosa Pompon enjugándose con la mano una lágrima que habia corrido hasta la punta de su pequeña nariz de color de rosa, me diréis que no sabíais donde habia puesto yo mi nido de algun tiempo á esta parte... Es una historia muy chusca, pero no debiera decir chusca... al contrario: y dió Rosa Pompon un gran suspiro, en fin se me da muy poco: continuó Rosa Pompon, yo no tengo que hablar de eso: lo cierto es que estais mejor. No volveréis á hacer, ni tampoco Cefisa, semejante cosa.... dicen que está ella muy débil... y que no se puede ver aun... ¿No es verdad señor Agricol?

—Sí; dijo el herrero embarazado, porque no apartaba un instante la Gibosa los ojos de los suyos: es menester tener paciencia.....

—Pero podré verla hoy, ¿no es verdad, Agricol? dijo la Gibosa.

—Ya hablaremos de eso; pero cálmate, te lo suplico...

—Tiene razon Agricol; es necesario tener juicio, replicó Rosa Pompon, aguardarémos..... yo aguardaré meneando la remojada dentro de poco con Madama (y dió Rosa Pompon una mirada cazurra de gata encolerizada) si, aguardaré, porque quiero decirle á esa pobre Cefisa que puede contar conmigo asi como vos: y se puso sopladita con mucha gracia Rosa Pompon, vivid tranquilas; ¡toma! eso es lo de menos, que cuando se encuentra una en grande, se aprovechen de ello sus amigas, que no son felices. ¡Graciosa cosa seria el guardar para sí sola la felicidad! Eso es... Empajad inmediatamente vuestra felicidad; ponedla inmediatamente bajo una campana de cristal ó en un frasco para que nadie la toque.... Ademas de eso..... cuando digo mi felicidad... eso es un modo de hablar... es verdad que bajo un aspecto... ¡ah! si por cierto: pero bajo el otro, mirad, mi querida Gibosa, en eso está el cuento... pero ¡bah! me rio yo de todo eso; no tengo mas que diez y siete años.... En fin, poco me importa... y callo el pico, porque continuaria hablando de ese modo hasta mañana y no sabriais mas que ahora... Dejadme pues abrazaros otra vez aun con toda mi alma... y fuera tristeza... y lo mismo Cefisa... ¿lo enteneis? que aqui estoy yo.

Y sentada encima de sus talones, Rosa Pompon abrazó cordialmente á la Gibosa.

Necesario es renunciar á espresar lo que esperimentó la señorita de Cardoville durante esa conversacion... ó por mejor decir durante el monólogo de la griseta acerca de la tentativa de suicidio de la Gibosa y de su hermana. La gerigonza escéntrica de la griseta, su liberal facilidad en cuanto al *bazar* de Filemon, con quien, segun ella decia, felizmente no estaba casada, la bondad de su corazon, que se manifestaba de cuando en cuando en las ofertas de servicios que hacia á la Gibosa, aquellas impertinencias, aquellas chuscadas; todo eso era tan nuevo, tan incomprensible para la señorita de Cardoville, que se quedó desde el principio muda é inmóvil de sorpresa.

¿Y esa era la criatura, á quien la habia sacrificado Djalma?

Si habia sido penoso, horroroso, el primer movimiento de Adriana al ver á Rosa

Pompon, pronto le despertó la reflexion dudas que poco á poco se fueron cambiando en inefables esperanzas: recordábase de nuevo la conversacion que habia sorprendido entre el príncipe y Rodin, cuando oculta en su invernáculo, iba á cerciorarse de la fidelidad del jesuita. No se preguntaba ya Adriana si era posible, si era razonable el creer que el príncipe, cuyas ideas en amor parecian tan poéticas, tan elevadas, tan puras, pudiese encontrar el mas mínimo atractivo en la impudente y descabellada charlatanería de aquella jóven.... Adriana por esta vez no vacilaba ya; miraba la cosa como imposible, viendo, por decirlo asi, de cerca, que la estraordinaria rival, oyéndola como la oia, espresarse en términos tan vulgares dando esos modales y ese lenguaje á sus lindas facciones, sin destruir su gentileza, un carácter trivial y poco halagüeño.

Pronto se cambiaron pues en una incertidumbre completa las dudas que tenia Adriana en cuanto al profundo amor que podia inspirar al príncipe Rosa Pompon: tenia ella demasiado ingenio, demasiada penetracion para no presentir que esa relacion, tan inesplicable por parte del príncipe, debia encubrir algun misterio, y sentia renacer todas sus esperanzas la señorita de Cardoville.

A medida que se iba desplegando esa idea consoladora en el alma de Adriana, se dilataba su corazon dolorosamente oprimido hasta entonces, y nacian en lo interior de su pecho vivas aspiraciones hácia un porvenir mas feliz: advertida sin embargo por las crueles esperiencias de lo pasado, y temiendo ceder á una ilusion demasiado fácil, se recordaba los hechos demasiado comprobados por desgracia, del príncipe haciendo alarde en público de aquella jóven: pero por lo mismo que entonces podia la señorita de Cardoville apreciar por si misma aquella criatura, por eso mismo le parecia cada vez mas incomprensible la conducta del príncipe. ¿Y como se ha de juzgar sanamente, con seguridad lo que está rodeado de misterios? Y se tranquilizaba despues, porque á pesar de todo, le decia un presentimiento secreto, que acaso en la cabecera de la cama de la pobre jornalera que acababa de arrancar de los brazos de la muerte, encontraria por un azar providencial una revelacion de que dependia la felicidad de su vida.

Eran tan vistas las emociones que agitaban el corazon de Adriana, que fué tomando su hermoso rostro un encarnado rosado, latia su pecho con violencia, y sus grandes ojos negros, tristemente velados hasta entonces, brillaban suaves y radiantes á la vez; y aguardaba con una impaciencia indecible en el abocamiento, con que la habia amenazado Rosa Pompon durante la conversacion, y que pocos momentos antes, hubiera rechazado Adriana con toda la altivez de su legítimo indignado orgullo; esperaba encontrar al fin la esplicacion de un misterio que tan importante le parecia el penetrar.

Rosa Pompon, despues de haber abrazado de nuevo y con ternura á la Gibosa, se levantó y volviéndose hácia Adriana, la miró de los pies a la cabeza con aire muy descarado, diciéndole con suma impertinencia:

—Ahora las tendremos entre nosotras dos, madama: (pronunciando siempre la voz *madama* con el tonillo que ya se sabe); tenemos que desenredar cierta madeja.

—Estoy á vuestras órdenes, señorita; respondió Adriana con mucha dulzura y sencillez.

Al ver la facha animosa y resuelta de Rosa Pompon, al oir su provocacion á la señorita de Cardoville, el digno Agricol, despues de algunas frases cariñosas que se

habian dicho recíprocamente él y la Gibosa, abrió cuanto pudo sus oidos y se quedó por un momento pasmado de la desvergüenza de la griseta: dando despues algunos pasos hacia ella, la dijo en voz baja tirándola por la manga:

—¿Pues, chica, estais loca? ¿sabeis á quien hablais?

—Pues bien, ¿y qué?... no vale una muger hermosa tanto como otra?..... Yo digo eso por madama... Supongo que no me comerá nadie... respondió en voz alta y en tono guapo Rosa Pompon; tengo que hablar con madama... estoy persuadida que sabe de qué y porqué... sino yo se lo diré; no será cosa larga.

Temiendo Adriana alguna esplosion ridícula por lo que tocaba al príncipe Djalma delante de Agricol, hizo una seña á éste y respondió con bondad á la griseta:

—Dispuesta estoy á oiros, señorita..... pero no aqui...... bien comprendeis porqué....

—Teneis razon, madama.... aqui tengo mi llave...... si quereis, vamos á mi cuarto.

Ese *á mi cuarto* fué pronunciado con la mayor pompa.

—Vamos pues á vuestro cuarto, puesto que estais dispuesta á hacerme el honor de recibirme en él, respondió Mlle. de Cardoville con su voz dulce y afectuosa, haciendo una reverencia lijera á Rosa Pompon con una cortesía tan esquisita que, á pesar de todo su descaro, se quedó cortada Rosa Pompon.

—¿Como, señorita, dijo Agricol á Adriana, teneis bastante bondad para?...

—Señor Agricol, dijo Mlle. de Cardoville interrumpiéndole, tened la bondad de quedaros con mi pobre amiga... dentro de poco volveré.

Y acercándose despues á la Gibosa, la cual no estaba menos asombrada que Agricol, la dijo:

—Escusadme si os dejo por pocos instantes...... recobrad aun algunas fuerzas.... y volveré á buscaros para llevaros á nuestra casa, mi querida y buena hermana.

Volviéndose despues hácia Rosa Pompon, quien estaba cada vez mas sorprendida de oir aquella *grande dama* darle el nombre de *hermana* á la Gibosa, le dijo:

—Cuando querais, bajaremos, señorita. Perdonad, señora, si paso la primera para enseñaros el camino, pues es un verdadero desnuca-cristianos esta barraca; respondió Rosa Pompon apegando los codos al cuerpo y apretando los lábios para hacer ver que no le eran desconocidos los buenos modales ni el buen lenguaje.

Y salieron las dos rivales de la boardilla en donde quedáron solos Agricol y la Gibosa.

Por fortuna habian entrado á la tienda subterránea de la tia Arsenia el cadáver ensangrentado de la reina Bacanal; asi es que los curiosos que siempre atraen los acaecimientos desgraciados, se amontonaron en la puerta de la calle, y Rosa Pompon, no encontrando á nadie en el pequeño patio que atravesó con Adriana, continuó ignorando siempre la muerte de Cefisa su antigua amiga. Poco tiempo despues llegáron al aposento de Filemon la griseta y Mlle. de Cardoville.

Estaba aun aquel cuarto singular en el pintoresco desórden en que lo habia dejado Rosa Pompon, cuando vino á buscarla Nini-Moulin para que fuese la heroina de una aventura misteriosa.

Ignorando completamente Adriana las costumbres de los estudiantes y de las *estudiantas*, á pesar de su preocupacion, no pudo menos de examinar con una atencion curiosa aquel bizarro y grotesco cáos de los objetos mas disparatados; trajes de baile de máscaras, calaveras fumando en pi-

pa, botas dispersas en los estantes de una biblióteca, vasos mónstruos, vestidos de hombre, pipas ennegrecidas etc.

A la primera impresion de sorpresa que esperimentó Adriana, sucedió una impresion de repugnancia desagradable; se sentia desazonada aquella jóven y fuera de su esfera en aquel asilo, no de la pobreza sino del desórden, siendo asi que no le habia inspirado repulsion ninguna la miserable boardilla de la Gibosa.

A pesar de su aire resuelto, Rosa Pompon esperimentaba una emocion muy viva desde que se habia quedado á solas son Mlle. de Cardoville: en primer lugar la estraordinaria beldad de la jóven patricia, su mucha gallardía, la elevada distincion de sus modales, el modo digno y afable á la vez con que habia respondido á las impertinentes provocaciones de la griseta, comenzaban á infundir á esta mucho respeto; á mas, como á pesar de todo era Rosa Pompon escelente muchacha, la habia conmovido profundamente el oir á Mlle. de Cardoville darle el nombre de *hermana*, de *amiga* á la Gibosa.

Aunque no sabia Rosa Pompon ninguna particularidad en cuanto á Adriana, no ignoraba sin embargo que pertenecia á la clase mas rica y mas elevada de la sociedad: tenia pues ya algunos remordimientos de haber obrado tan libremente; asi es que sus intenciones, muy hostiles al principio para con Mlle. de Cardoville, se iban modificando poco á poco.

Sin embargo como tenia Rosa Pompon muy mala cabeza, y no queria dejar que se advirtiese que cedia á una influencia contra la cual se revelaba su amor propio trató de volver á tomar su aplomo, y, despues de haber echado el cerrojo á la puerta, dijo á Adriana:

—*Daos la pena* de sentaros, madama.

Asi se espresó con la intencion sobredicha de mostrar que no le era desconocido el lenguaje culto.

Iba á tomar maquinalmente una silla Mlle. de Cardoville, cuando Rosa Pompon muy digna por cierto de practicar la antigua hospitalidad que miraba como un huésped sagrado aun al mayor enemigo, esclamó:

—No tomeis esa silla, madama, le falta un pié.

Puso la mano Adriana á otra silla.

—No tomeis tampoco esa, que apenas se sostiene su respaldo, esclamo de nuevo Rosa Pompon.

Y tenia razon, pues el respaldo de aquella silla (el cual representaba una lira) se le quedó en la mano á Mlle. de Cardoville quien lo puso díscretamente en la misma silla, diciendo:

—Creo, señorita, que podremos hablar con la misma facilidad en pié.

—Como querais, madama, repondió Rósa Pompon enderezándose con tanto mayor garbo cuanto mayor era tambien la turbacion que comenzaba á esperimentar.

Y la conversacion de Mlle. de Cardoville y de la griseta comenzo en los términos siguientes:

XXI.

LA CONFERENCIA.

Despues de haber vacilado un corto instante, Rosa Pompon dijo á Adriana, cuyo corazon latia con violencia:

—Os voy á decir inmediatamente, madama, lo que tengo en el corazon: no os hubiera buscado, pero ya que os he hallado, es muy natural que me aproveche de la ocasion.

—Pero, señorita, dijo nuevamente Adriana; ¿no podré yo saber cual es el objeto de la conversacion que vamos á entablar?

—Sí, madama; dijo Rosa Pompon redoblando su osadia con mas afectacion que naturalidad; en primer lugar no os imagineis que me tengo por desgraciada

y que voy á haceros una escena de celosa ó dar gritos como una abandonada..... no os lisonjeeis de eso..... á Dios gracias, no tengo por cierto de qué quejarme de mi *Príncipe hechicero*, (ese es el nombre familiar que le doy); al contrario me ha hecho muy feliz, y, si me he separado de él, es muy á pesar suyo y porque lo he querido yo absolutamente.

Al decir esto Rosa Pompon, que á pesar de su continente resuelto, tenia el corazon oprimido, no pudo contener un suspiro.

—Sí, madama, continuó diciendo Rosa Pompon, por mi gusto me he separado de él, pues estaba prendado de mí..... hasta tal punto, que, si hubiera querido yo, se hubiera casado conmigo: sí, madama, casado..... tanto peor para vos, si os aflige lo que os digo... Ademas, cuando digo *tanto peor*, es verdad que queria mortificaros..... ¡Oh! eso es cosa muy cierta; pero cuando os he visto hace un momento tener tanta bondad para con la Gibosa; aunque tenia por mi parte la razon..... he sentido aqui alguna cosa..... En fin, lo mas claro es que os detesto y que lo mereceis muy bien... añadió Rosa Pompon dando una patada.

Por todo eso, aun para cualquiera persona menos interesada en conocer la verdad y menos penetrante que Adriana, era evidente, que, á pesar de sus triunfantes baladronadas con respecto al que *estaba tan prendado* y queria casarse con ella, la señorita Rosa Pompon estaba enteramente abandonada, y cometia una mentira enorme; que no la amaban y que un violento despecho amoroso le habia inspirado el deseo de encontrar á Mlle. de Cardoville, con objeto de vengarse haciéndole lo que se llama en términos vulgares *una escena*, puesto que miraba á Adriana, (pronto se verá por qué) como una rival feliz; pero iba ya dominando á Rosa Pompon su buen natural, y en consecuencia de esto se veia muy embarazada para continuar su *escena*, causándole Adriana, por las razones que hemos dicho, mucho respeto.

Aunque ya contaba Mlle. de Cardoville, sino con la singular salida de la griseta, al menos con este resultado, *que era imposible que tuviese el príncipe por aquella muchacha un afecto sério;* á pesar de lo estraordinario de aquel encuentro, se alegró infinito desde un principio, viendo á su *rival* confirmar tan claramente una parte de sus presentimientos; pero súbitamente á sus esperanzas, convertidas casi en realidades, sucedió una aprension cruel. Espliquémonos.

Lo que acababa de oir Adriana hubiera debido tranquilizarla completamente. Segun los usos y costumbres de lo que se llama el mundo, segura en adelante que no habia dejado de pertenecerle el corazon del príncipe Djalma, poco le importaba que, en la efervescencia de una juventud ardiente, hubiese ó no cedido aquel á un capricho efímero inspirado por aquella criatura, muy bonita de seguro y muy apetecible, puesto que, aun suponiendo que hubiese cedido á aquel capricho, reconociendo el error de los sentidos, se separaba de Rosa Pompon.

A pesar de tan escelentes razones, no podia perdonar Adriana aquel *error de los sentidos*, ni entendia esa separacion absoluta del cuerpo y del alma por la cual las manchas del uno no mancillan á la otra.

No le parecia que pudiese ser cosa indiferente el pensar en esta entregándose á aquella: su amor jóven, casto y apasionado, tenia una exigencia absoluta, exigencia tan justa á los ojos de Dios y de la naturaleza como ridícula y tonta a los ojos de los hombres.

Por lo mismo que tenia ella la religion de los sentidos, que los refinaba y los ve-

neraba como una manifestacion adorable y divina, por eso mismo tenia Adriana con respecto á los sentidos, escrúpulos, delicadezas, repugnancias inauditas, invencibles, completamente ignoradas de aquellos austeros espiritualistas, de aquellos mogigatos ascéticos que, so pretesto de la vileza, de la indignidad de la materia, miran sus estravios como absolutamente insignificantes y se mofan de ellos para probarle bien á esa infame, á esa cenagosa, todo el desprecio que les inspira.

No era Mlle. de Cardoville de esas almas ariscas, pudibundas, que moririan de confusion antes de confesar en términos claros que quieren un marido jóven, hermoso, ardiente y puro, y por eso se casan con hombres muy feos, muy estragados, muy corrompidos, salvo el recurso de tomar al cabo de seis meses uno ó dos amantes: no; Adriana sentia instintivamente toda la frescura virginal y celestial que encuentra un hombre en los recuerdos tiernos é inefables que conserva de un primer amor, que fué al mismo tiempo su primera posesion.

Ya lo hemos dicho pues; Adriana no estaba tranquilizada sino á medias..... por mas que el despecho de Rosa Pompon la confirmase cada vez mas en la idea de que jamas le habia inspirado esa muchacha a Djalma un afecto serio.

Habia concluido su epílogo la griseta con aquellas palabras que eran una hostilidad flagrante y significativa:

—En fin, madama, os detesto.

—¿Y porqué me detestais, señorita? respondió dulcemente Adriana.

—¡Oh, Dios mio! madama, replicó Rosa Pompon, olvidando enteramente su papel de sultana y cediendo á la sinceridad natural de su carácter; haced como si no supieseis qué y quién son el motivo de que os deteste yo.... y con eso.... van sin duda los hombres á recojer ramilletes hasta en la boca de una pantera por mugeres que no son para ellos nada, absolutamente nada.... ¡Y si no fuese mas que eso! añadió Rosa Pompon que se iba animando poco á poco, cuya linda cara, contraida lijeramente hasta entonces por un momo de mal humor, tomó la espresion de un pesar verdadero, aunque cómico á veces.

¡Y si no fuese mas que la historia del ramillete! continuó diciendo: aunque no hizo mi sangre mas que dar una vuelta entera, al ver al *príncipe hechicero* saltar al teatro como un cabrito.... me hubiera dicho yo á mi misma: ¡bah! esos indios tienen cortesías como suyas: aqui... si deja caer su ramillete una muger, un hombre de buena educacion lo recoje y se lo vuelve; pero en la India no anda así el cuento; el hombre recoje el ramillete, no se lo vuelve á la señora, y mata ante sus ojos á una pantera: ese es el estilo del pais.... á lo que parece; pero lo que no esta bien en ningun pais, es el haberme tratado como me han tratado.... Y estoy segura que os lo debo á vos.... madama.

Esas quejas de Rosa Pompon, amargas á veces y á veces divertidas, concordaban muy mal con lo que habia dicho anteriormente del loco amor que le tenia el príncipe: pero se guardó muy bien Adriana de hacerle ver esas contradicciones y se contentó con responderla muy suavemente.

—Señorita, os engañais, á lo que creo suponiendo que tengo yo alguna parte en vuestros pesares; pero en todo caso sentiria sinceramente que os hubiese maltratado quien quiera que fuese.

—Si creeis que me han aporreado, os engañais, replicó Rosa Pompon. ¡Pues bien! esta si que es buena... No, no es eso... pero en fin estoy segura que sino por vos hubiera concluido al fin, el *hechicero prín-*

cipe amándome un poco.... que al cabo, al cabo ya merezco la pena..... y en fin hay ademas amar.... y amar.... no soy tan ecsigente, pero ni aun esto.... y se mordió Rosa Pompon la uña rosada del pulgar. ¡Ah! cuando vino aqui Nini-Moulin trayéndome joyas y encajes para decidirme á seguirle, tenia razon en decirme que no me esponia á nada...... que no fuese cosa muy honrada....

—¿Nini-Moulin? preguntó la señorita de Cardoville interesándose cada vez mas ¿quién es ese Nini-Moulin, señorita?

—Un escritor relijioso, respondió Rosa Pompon haciendo momos, la alma condenada de un atajo de viejos monigotes, cuyo dinero mete en el bolsillo so pretesto de escribir moral y relijion.... ¡guapa moral, guapa relijion!

Al oir aquello de *escritor relijioso y de monigotes*, comenzó Adriana á descubrir el hilo de alguna trama de Rodin ó del padre d'Aigrigny, trama de la cual habian estado espuestos á ser víctimas ella y el príncipe Djalma; comenzó á vislumbrar vagamente la verdad y dijo:

—¿Pero, señorita con qué pretesto os sacó de aqui ese hombre?

—Vino diciéndome que ningun peligro tenia que correr mi virtud, que no tendria mas que ponerme bien maja; entonces dije entre mi; Filemon está en su tierra, y yo me estoy fastidiando aqui sola; me parece que seria eso cosa muy curiosa..... ¿qué peligro corro? ¡Ah! no sabia yo el peligro que iba á correr, añadió Rosa Pompon suspirando. En fin Nini-Moulin me llevó en un coche muy bonito, nos detuvimos en la plaza del Palacio real: llegó un hombre solapado con tez amarilla, y se puso en el coche en lugar de Nini-Moulin, llevándome despues á casa del *príncipe hechicero* en donde me estableció. Cuando le ví... es tan hermoso, ¡diantre! tan hermoso que me quedé inmediatamente deslumbrada: parece al mismo tiempo tan dulce, tan bueno..... asi es que me dije desde luego: ahora si que haria bien yo en ser prudente.... no creia decir tanta verdad.... me he conservado prudente.... ¡ay! mas que prudente.

—¿Como, señorita, teneis sentimiento de haberos mostrado virtuosa?

—Toma.... tengo el sentimiento de no haber tenido el gusto de poder negar algo..... pero negad algo cuando no os piden... pero nada, maldita la cosa... cuando os desprecian lo bastante para no deciros ni la mas pequeña palabra de amor.

—Pero permitidme, señorita... el haceros observar que la indiferencia que, segun decís, os han manifestado, no os ha impedido hacer una larga mansion en la casa de que hablais.

—¿Acaso sé yo por qué me guardaba en su casa el *príncipe hechicero?* ¿Por qué me hacia pasear en coche, y me llevaba al teatro? ¿Qué queréis que os diga? Puede que sea tambien de buen tono en su pais de salvages el tener á su lado una jovencita muy bonita con objeto de no tener con ella la menor atencion, la menor...

—¿Pero entonces por qué continuabais viviendo en aquella casa?

—¡Ah, Dios mio! estaba yo allí, respondió Rosa Pompon dando una patada con despecho, porque sin saber como ha sucedido eso, comencé á amar al *príncipe hechicero*, y lo estraño es que yo que soy mas alegre que una gaita..... le amaba á él precisamente porque estaba triste, lo cual prueba que era séria mi pasion. En fin, un dia no me pude contener... y dije entre mí: «tanto peor! sucederá lo que «suceda. Filemon me está haciendo mil «malas partidas en su tierra, estoy per«suadida de ello, eso me alienta.» Y me vestí una mañana á mi modo, con tanta

gracia, con tanta coquetería, que habiéndome mirado al espejo, me dije á mi misma: ¡Oh! es cosa segura... no me resistirá..... Voy á su cuarto; pierdo el seso; le digo cuantas ternuras me vienen á la cabeza; me pongo á reir, á llorar y le declaro en fin que le adoro... ¿Qué me respondió entonces él con su voz suave, pero mas fria que un mármol? «Pobre muchacha.» ¡Pobre muchacha! repitió Rosa Pompon con indignacion, ni mas ni menos que si hubiese ido á quejarme de un dolor de muelas, porque me venia ya la *muela del juicio*... Pero lo horroroso es que estoy segura, que, si no fuese, por su parte, desgraciado con otro amor, seria un verdadero alquitran; ¡pero está tan triste tan abatido!

Y luego interrumpiéndose por un momento prosiguió:

—Pero no..... no quiero deciros lo de mas..... por lo mismo que sé que habíais de alegraros...

Y despues de otra breve pausa, prosiguió:

—Pero en fin..... os lo voy á decir esclamó aquella loquilla mirando con cierto cariño y deferencia á la señorita de Cardoville. ¿Por qué he de callar? He comenzado esta conversacion, haciendo la orgullosa y diciendo que el príncipe habia querido casarse conmigo, y á mi pesar he acabado manifestando que casi me ha puesto á la puerta de la calle. ¡Caramba! pero no es culpa mia. Cuando quiero echar una mentira, me sucede siempre que me embrollo. Con que escuchad, señorita: voy á deciros la pura verdad. Cuando os encontré en la habitacion de la Gibosa, me puse mas soberbia que un pavo contra vos..... pero al veros, á pesar de ser tan hermosa y tan elevada señora, tratar como una hermana á aquella pobre costurera, se me disipó la cólera.... Cuando nos hemos visto ya las dos solas aquí en este cuarto, he hecho todo lo posible por encolerizarme de nuevo..... pero imposible... Cuanto mas iba conociendo la diferencia que existe entre las dos, tanto mas me convencia de la razon que el príncipe encantador tenia para no pensar mas que en vos... Porque por vos es por quien está enteramente perdido... loco... sí, señora... lo que se llama loco... Y no creais que yo digo esto fundándome solamente en la escena del tigre que mató por vos en el teatro de la puerta de San Martin, sino que... ¡Dios mio! ¡Si supiérais las locuras que él hacia con vuestro ramillete! Desde entonces pasaba las noches enteras sin acostarse, y muchas llorando en un salon en donde segun me han dicho os vió la primera vez.... ¿Sabeis? Allí cerca de la estufa del jardin en donde tiene vuestro retrato que ha trazado el de memoria en un espejo á estilo de su pais... En fin, yo que le amaba y que sabia y veía todo esto, empecé por ponerme furiosa; pero luego viendo el interés que todas estas cosas le inspiraban, no pude ya contener las lágrimas que se me asomaban á los ojos... como ahora al acordarme solamente de aquel jóven encantador. ¡Ah, señora! prosiguió diciendo Rosa Pompon con sus ojos azúles y hermosos arrasados de lágrimas y con una espresion tan sincera de sentimiento, que la señorita de Cardoville no pudo menos de sentirse tambien profundamente conmovida; ¡ah, señora! vos que pareceis tan buena y tan amable, no le hagais infeliz... Amad algun tanto á ese pobre príncipe. Decidme, ¿qué de malo puede haber en que le ameis?

Y al decir esto Rosa Pompon por un movimiento demasiado familiar, pero lleno de ingenuidad, cojió la mano de Adriana como para dar mayor espresion á su súplica.

Necesario habia sido á la señorita todo el dominio que sobre sí misma tenia para

señorear y para contener el impulso de alegría que desde el corazon queria asomarse á sus labios, así como para detener el torrente de preguntas que ansiaba dirigir á Rosa Pompon, y para no dar libre curso á las lágrimas de gozo que se ajitaban debajo de sus párpados. Y ¡cosa singular! cuando Rosa Pompon le cojió la mano, Adriana en lugar de retirarla habia apretado afectuosamente la de aquella, llevando luego á la jóven cerca de la ventana como por un movimiento maquinal, y como si hubiera querido examinar con mas atencion las seductoras facciones de Rosa Pompon.

Esta al entrar en su cuarto habia arrojado encima de una silla su chal y su gorro, de manera que Adriana podia admirar las pobladas y sedosas fajas de su hermoso cabello castaño claro, que circundaban el fresco y gracioso rostro de aquella jóven encantadora cuyas redondas y sonrosadas mejillas, cuyos labios encendidos como una cereza, y cuyos ojos azúles le daban un conjunto seductor. Adriana pudo así mismo notar, gracias á lo escotado del traje de Rosa Pompon, la gentileza y las gracias de su talle de ninfa.

Por estraño que esto parezca, Adriana se alegraba infinito en ver que esta jóven era aun mas hermosa que lo que al principio le habia parecido.... La indiferencia estóica de Djalma para con esta criatura encantadora, revelaba suficientemente la sinceridad del amor de que el príncipe estaba dominado.

Rosa Pompon, despues de haber cojido la mano de Adriana, se quedó tan confusa como sorprendida de la bondad de la señorita de Cardoville, que tan familiar acojida le hacia; y animada por esta indulgencia y por el silencio de Adriana, que hacia algunos instantes la estaba mirando atentamente con una espresion casi de gratitud, dijo á esta:

—¡Ah!... vos os compadecereis de ese pobre príncipe... ¿No es verdad, señora?

No sabemos lo que Adriana hubiera contestado á aquella pregunta indiscreta de Rosa Pompon, como se preparaba á hacerlo, cuando de repente se oyó un graznido agudo, destemplado y chillon que aparentaba querer imitar el canto del gallo, el cual sonaba á la parte de afuera de la puerta.

Adriana se estremeció asustada, así como por el contrario la fisonomía de Rosa Pompon, tan melancólica no hace mucho, tomó una espresion de alegría reconociendo aquella señal, y esclamó dando palmadas:

—¡Es Filemon!!!

—¿Quién?... ¿Filemon? preguntó precipitadamente Adriana.

—Sí... mi amante... Ese mónstruo puede ser que haya subido callandito... para hacer el gallo... Eso es muy propio de él.

Otro *qui-quiri-qui* aun mas estrepitoso que el primero sonó en aquel momento detrás de la puerta.

—¡Dios mio! ¡Es tan atolondrado y tan loco! Siempre gasta las mismas chanzas y siempre me está haciendo reir, dijo Rosa Pompon.

Y al acabar estas palabras se enjugó las lágrimas con la mano, riendose como una loca de la gracia de Filemon que le parecia nueva y divertida, á pesar de que la habia oido muchas veces.

—No abrais, dijo Adriana en voz baja y mas turbada cada vez. No respondais tampoco. Os lo suplico encarecidamente.

—El caso es que la llave está puesta en la puerta por la parte de afuera y el cerrojo echado, y Filemon debe conocer claramente que hay gente dentro.

—No importa.

—Pero, señora, habeis de saber que esta habitacion en que nosotros estamos, es la suya, dijo Rosa Pompon.

Filemon cansándose sin duda del poco efecto de sus dos imitaciones ornitholójicas, dió vuelta á la llave que estaba puesta en la cerradura; y como no pudiese abrir á pesar de esta tentativa, dijo con una voz de tenor bajo:

—¡Que es eso, *gatita querida*.... de mi corazon.....! ¿Estamos encerrados....? ¿Estamos haciendo oracion á *San Flambard* por la vuelta de *Mon mon*? (léase Filemon).

Adriana no queriendo ya aumentar la confusion de Rosa Pompon y la ridícula situacion en que se encontraban prolongándola mas, se dirijó ella resueltamente hacia la puerta y la abrió encontrándose frente á frente con Filemon que retrocedió dos pasos.

La señorita de Cardoville á pesar de ese disgusto, no pudo menos de sonreirse á la vista del amante de Rosa Pompon y de los objetos que traia en la mano y debajo del brazo.

Filemon era alto, moreno y encarnado y traia en la cabeza una boina blanca. Su barba negra y espesa caia en grandes mechones sobre su chaleco azul á lo Robespierre, traia una levita corta de terciopelo de color de aceituna y un anchísimo pantalon con cuadros escoceses de una estension enorme. Por lo que toca á los objetos accesorios que habian provocado la risa de Adriana, deben saber nuestros lectores que se reducian, 1.° á una maletita de la cual salian la cabeza y las patas de un pájaro, la cual traia Filemon debajo del brazo; y 2.° á un gran conejo blanco, vivo y encerrado en una jaula que aquel tenia en la mano.

—¡Ay qué conejo blanco tan hermoso!... ¡Y tiene los ojos encarnados!

Es preciso confesar que estas fueron las primeras palabras que pronunció Rosa Pompon, sin dirijirse á Filemon á pesar de que volvia de una larga ausencia. Pero el estudiante lejos de reparar en verse sacrificado a su orejudo compañero y con ojos de rubies, se sonrió alegremente al ver la sorpresa que este causaba á su querida, y que era tan bien recibido.

Todo esto pasó muy rápidamente.

Mientras que Rosa Pompon arrodillada delante de la jaula prorrumpia en esclamaciones de admiracion por el conejo, Filemon sorprendido del aspecto noble y elevado de la señorita de Cardoville, se echó mano á la boina y la saludó respetuosamente retirándose hácia la pared.

Adriana le devolvió su saludo con una gracia llena de dignidad, bajó precipitadamente la escalera y desapareció.

Filemon tan deslumbrado de su belleza como admirado de su nobleza y magestad, y particularmente muy curioso de saber como diablos habia adquido Rosa Pompon semejantes relaciones, preguntó á esta en su amorosa y tierna gerigonza.

—*Gata querida*, diga á su *Mon-mon* (Filemon), quien es esa hermosa señora.

—Una de mis amigas de colejio... ¡sátira mayor!, contestó Rosa Pompon pasando la mano por el lomo al conejo blanco.

Y luego fijando los ojos en una cajita que Filemon habia dejado al lado de la jaula y de la maleta añadió:

—¡Apostaria á que me traes aqui uvas conservadas con vino dulce!

—*Mon-mon* trae alguna cosa mejor que eso á su gata querida, dijo el estudiante asentando dos robustos besos en las frescas mejillas de Rosa Pompon que ya se habia levantado; *Mon-mon* la trae su corazon.

—¿De veras?... dijo la jóven poniendo graciosamente sobre su sonrosada nariz el estremo del dedo pulgar de la mano izquierda, estendiendo luego toda la mano y agitándola suavemente á uno y otro lado.

Filemon contestó á esta monada de Rosa Pompon cogiéndola amorosamente por la cintura, y la afortunada pareja cerró la puerta de su cuarto.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

EL CÓLERA.

I.

CONSUELOS.

Mientras duraba la conversacion de Adriana y de Rosa Pompon, pasaba una escena interesante entre Agrícol y la Gibosa que habian quedado sorprendidos de ver la condescendencia que la primera habia manifestado respecto á la segunda.

Tan pronto como salieron las dos de la boardilla, se arrodilló Agrícol junto al pobre lecho de la Gibosa, y dijo con una profunda conmocion:

—Ya estamos solos.... ya puedo decirte lo que está pesando sobre mi corazon... Atiende.... ¿Lo ves?.... ¿Conoces lo que acabas de hacer?.... ¡Morirse de miseria.... de desesperacion.... y no acudir á mi....!

—Agrícol.... escúchame....

—No.... tu no tienes disculpa.... ¿De qué sirve que nos hayamos llamado hermanos?.... ¿De qué sirve que por espacio de quince años hayamos estado dándonos recíprocamente pruebas de un verdadero afecto, si en un dia de desgracia te resuelves tú á arrancarte la vida de esa manera, sin acordarte siquiera de los que quedan en el mundo.... sin reflecsionar que quitarte la vida es lo mismo que decirles: «vosotros no sois nada para mi?

—¡Perdon, Agrícol!... Tienes razon... yo no he pensado en eso, dijo la Gibosa bajando los ojos. Pero.... la miseria.... la falta de trabajo....

—¡La miseria!.... ¡La falta de trabajo!.... Pero qué, ¿no estaba yo en el mundo?

—La desesperacion....

—¿Y porqué desesperarse?.... Esa generosa señorita te habia acojido en su casa; apreciándote en lo que vales, te trataba como á su amiga.... ; y justamente cuando encontrabas mas garantías para tu felicidad.... para tu porvenir, justamente entonces fué cuando tan repentinamente abandonaste la casa de la señorita de Cardoville.... dejándonos á todos en la mayor ansiedad respecto á tu suerte.

—Yo.... yo.... temia ser una carga... para mi bienhechora.... dijo balbuciente la Gibosa.

—¡Tú una carga.... para la señorita de Cardoville... que es tan rica y tan buena!....

—Temia miedo de cometer indiscreciones... dijo la Gibosa mas turbada y confusa cada vez.

Agrícol en lugar de responder á su hermana adoptiva, guardó silencio, la contempló por espacio de algunos instantes con una espresion indefinible, y luego esclamó como si se contestara á una pregunta que él mismo se hubiese hecho.

—Ella me perdonará de haberla desobedecido.... si: estoy seguro...

Entonces dirijiéndose á la Gibosa que le miraba cada vez mas sorprendida, dijo con una voz conmovida y rápida:

—Yo no puedo menos de ser franco... Esta situacion no es sostenible.... Yo te reconvengo.... yo te reprendo.... y si he decir la verdad, yo no estoy en lo que digo.... Estoy pensando en otra cosa....

—¿En qué, Agrícol?

—Tengo traspasado el corazon al reflecsionar el mal que te he causado....

—No te entiendo.... amigo mio.... tu no me has causado nunca ningun mal....

—¿Nunca?... ¡Ah, si!... Hasta en las cosas mas insignificantes.... Pues qué ¿no te causaba un mal cuando por ejemplo cediendo á una costumbre detestable adquirida en la niñez, yo que te amaba tanto y que te respetaba como á una hermana...... te injuriaba cien veces cada dia?

—¿Tú me injuriabas?

—¿No era injuriarte darte continuamente un apodo odiosamente ridículo.... en lugar de llamarte por tu propio nombre?

Al oir la Gibosa estas palabras, miró aterrada al herrero temblando que estuviera instruido de su triste secreto, apesar de las seguridades que para deshacer este temor le habia dado la señorita de Cardoville; pero se consoló reflecsionando que Agrícol habia podido meditar sobre la humillacion que á ella debia causarle la circunstancia de estarse oyendo llamar siempre la Gibosa; y esforzándose para sonreirse, contestó:

—¿Y por tan poco te entristeces? Eso, como tu dices, era una costumbre de la niñez.... tu madre tan tierna y tan bondadosa que me trataba como si fuera su hija... me llamaba tambien la Gibosa. Ya lo sabes.

—Y mi madre... ¿ha llegado ella por ventura hasta consultarte acerca de mi matrimonio?.... ¿á hablarte de la belleza de mi prometida?.... ¿á rogarte que fueras á estudiar su caracter confiando en que el instinto del afecto que me profesas, te reveleria.... si mi eleccion era ó no acertada?.... Dime ¿ha llevado tan adelante mi madre su crueldad?.... No, no.... Yo soy quien ha desgarrado tu corazon.

Los temores de la Gibosa se renovaron otra vez.

Ya no habia duda: Agrícol sabia su secreto. Al penetrar este descubrimiento, se sentía desfallecer de confusion; pero sin embargo haciendo todavia un último esfuerzo para no creerlo pudo murmurar aunque con voz débil:

—En efecto.... Agrícol.... no ha sido tu madre.... quien me ha hecho esas súplicas.... sino que has sido tu.... y yo te he agradecido esta prueba de tu confianza....

—¡Tu me la has agradecido!.... ¡pobrecilla! esclamó el herrero con los ojos arrasados de lágrimas, no.... eso no es cierto..... Porque yo te causaba un mal horrible.... Y yo era contigo estremadamente cruel.... sin saberlo... ¡Dios mio!

—Pero.... dijo la Gibosa con una voz casi ininteligible, ¿porqué te acuerdas ahora de esas cosas?

—¡Porqué!.... ¡Porqué tu me amabas!! esclamó el herrero con una voz palpitante y sobremanera conmovida, estrechando paternalmente á la Gibosa entre sus brazos.

—¡Oh!.... ¡Dios mio! murmuró la infeliz, queriendo taparse el rostro con las dos manos. ¡Todo lo sabe!

—Si.... todo lo sé, replicó el herrero con una espresion de ternura y de indecible respeto. Si, todo lo sé... Y yo no quiero que te avergüences de un sentimiento que me honra en estremo y que me envanece. Si: lo sé todo, y yo me complazco y me felicito con orgullo de que el corazon mejor que hay en el mun do es mio, y será siempre mio.... ¡Magdalena!.... dejemos la verguenza para las pasiones malas.... levanta tu frente, alza tus ojos, mírame.... Tú sabes que mi rostro no ha mentido jamás; tu sabes que nunca se ha reflejado en él un sentimiento falso.... Pues bien: mírame, te digo... mírame cara á cara..... y conocerás en mis facciones lo orgulloso y lo envanecido que estoy: si, óyelo claramente, lo orgulloso y lo envanecido que estoy con tu amor....

La Gibosa abrumada de dolor y perdida de confusion, no se habia atrevido hasta entonces á levantar sus ojos para mirar á Agricol; pero las palabras del herrero llevaban tal espresion de conven cimiento, su vibrante voz tenia un sonido de tan tierna conmocion, que aquella infeliz sentia irse desvaneciendo poco á poco su verguenza; y muy particularmente cuando Agricol añadió con mayor exaltacion todavia:

—Vamos, serénate, mi noble y dulce Magdalena... Yo seré digno de ese amor... créeme..... El te causará tanta felicidad como turbacion te causa en este momento. ¿Por qué ha de ser de hoy en adelante ese amor un motivo de tristeza, de turbacion y de temor? ¿Qué es el amor tal como tu corazon lo comprende? Un manantial continuo de afecto, de ternura: una estimacion profunda y correspondida: una mútua, una ciega confianza. Pues bien, Magdalena: ese afecto, esa ternura, esa estimacion, esa confianza las tendremos nosotros el uno para el otro, aun mas que las hemos tenido antes de ahora. Tu secreto te inspiraba en mil ocasiones temor y desconfianza;... desde ahora al contrario, tu me verás ansioso y anhelando siempre satisfacer á tu corazon, tanto que tu serás feliz por la felicidad misma que me proporcionarás á mí..... Esto que te estoy diciendo puede que tenga algo de egoismo..... yo no sé mentir.

Cuanto mas hablaba el herrero, tanto mas ánimo cobraba la Gibosa... Por que por lo que mas habia temido la revelacion de su secreto, era por esponerse á recoger la burla, el desden ó una humillante compasion; pero lejos de esto veia retratadas en el semblante franco y varonil de Agricol la alegria y la satisfaccion. La Gibosa sabia que él era incapaz de fingir; y así fué, que sin confusion ya, y antes por el contrario, con una especie de orgullo esclamó:

—Toda pasion sincera y pura lleva dentro de sí ¡Dios mio! el principio bueno, hermoso y consolador de inspirar un tierno interés, cuando no se ha podido resistir en sus primeros impulsos; y no puede menos de honrar siempre al corazon que la inspira y al corazon que la siente. Gracias á tí, Agricol, gracias á tus buenas palabras, yo me levanto á mis propios ojos, y conozco que en lugar de avergonzarme, debo envanecerme de este amor... Tiene razon mi bienhechora... tienes razon tú tambien..... ¿Por qué me he de avergonzar? ¿No es puro y casto mi amor? Mirarme siempre en tu vida: amarte: decírtelo: demostrar continuamente mi cariño, ¿qué mas puedo yo esperar? Y sin embargo, ¡la verguenza y el temor unidos al vértigo que dá la desgracia estrema, me han impulsado al suicidio!... ¡Ay amigo mio! Ya ves que tienes que perdonar algo á las mortales desconfianzas de una pobre criatura, condenada al ridículo desde su infancia... Este secreto... debiera haber muerto conmigo, á no ser

por la casualidad casi imposible de prever que ha venido á revelártelo..... Ahora... tienes razon: segura de mí misma y segura tambien de tí, yo no tengo ya nada que temer..... Pero necesito indulgencia. La desconfianza, la cruel desconfianza de sí propio..... hace desgraciadamente que se dude de los demas...... Olvidemos todo esto...... Escucha, Agricol, mi generoso hermano: yo te diré ahora lo que tú me decias hace un momento....., Mírame cara á cara..... jamas, ya lo sabes, ha mentido mi rostro: pues bien, mira como mis ojos no huyen de los tuyos..... Dime si en mi vida he tenido yo una espresion de felicidad..... como ahora... y sin embargo no hace todavía un momento que yo iba á morir.

La Gibosa decia la verdad.....

El mismo Agricol no hubiera esperado tan pronto el efecto de sus palabras. Apesar de las huellas profundas que la miseria, el hambre y la enfermedad habian impreso en el semblante de aquella jóven, aparecia en aquel momento radiante de nobleza y de serenidad, al paso que sus ojos azules, dulces y puros como su alma, se fijaban desembarazadamente en los de Agricol.

—¡Oh! ¡gracias...... gracias! esclamó el herrero fuera de sí. Al mirarte tan tranquila y tan feliz..... no puedes comprender la gratitud que siento.

—Sí..... tranquila...... sí, feliz, contestó la Gibosa, sí: feliz para siempre.... porque desde ahora sabrás mis mas íntimos pensamientos..... Sí, feliz; porque este dia que ha empezado de una manera tan funesta; acaba como un sueño divino..... Ya lejos de tener miedo de mirarte, te miro con esperanza, con embriaguez: he encontrado á mi generosa bienhechora, y estoy tranquila por el porvenir de mi pobre hermana... ¡Oh! ahora mismo..... muy pronto.... ¿no es verdad? iremos á verla para que participe de nuestra alegria.

La Gibosa era tan feliz que el herrero no se atrevió ni quiso anunciarle la muerte de Cefisa, reservándose noticiársela, preparándola antes con muchas precauciones; y respondió:

—Por la misma razon de que Cefisa es mas robusta que tú, ha padecido mas, y segun me han dicho seria muy prudente dejarla por todo el dia de hoy en un sosiego completo.

—Bien: esperaré. Tengo con que distraer mi impaciencia..... ¡Tengo tantas cosas que decirte!

—¡Querida Magdalena!

—Atiende, amigo mio, esclamó la Gibosa interrumpiendo á Agricol y llorando de alegria, no puedo espresar lo que siento dentro de mí cuando te oigo que me das el nombre de Magdalena.... ¡Es una sensacion tan dulce, tan suave, tan consoladora, que se inunda de alegria el corazon!

—¡Pobrecita!...... ¡Cuanto ha debido sufrir, Dios mio! esclamó el herrero con una inesplicable ternura. ¡Cuanto ha debido padecer puesto que tanta satisfaccion le causa ahora el oirse llamar por su modesto nombre!...

—¿No conoces, mi querido amigo, que esta palabra reasume para mí toda una vida enteramente nueva? ¡Si supieras las esperanzas, las delicias que descubro para el porvenir! ¡Si supieras todas las mas caras ambiciones de mi ternura!...... Tu esposa, esa encantadora Angela con su rostro de ángel y su alma de ángel tambien... (¡oh! yo tambien te digo ahora á mi vez: mírame, y verás como ese dulce nombre no solamente es dulce en los labios mios, sino tambien en el fondo del corazon!. .) ¡sí; tu encantadora y bondadosa esposa me llamará tambien Magdalena..... su buena Magdalena..... y tus

hijos, Agricol... tus hijos... tambien para ellos seré Magdalena.... su buena Magdalena.... Y que ¿no me pertenecerán á mí tambien como á su madre por el amor que yo les profese? Porque yo reclamo mi parte en los cuidados maternales. Ellos nos pertenecerán á los tres. ¿No es verdad, Agricol?.... ¡Oh! déjame... déjame llorar ¡Son tan buenas las lágrimas cuando no son amargas y no se ocultan! ¡Dios sea bendito!... Gracias á tí, amigo mio... el manantial de las lágrimas de dolor se ha secado para siempre.

Hacia ya algunos instantes que esta escena de ternura tenia un testigo que ni Agricol ni la Gibosa habian visto.

Demasiado afectados los dos no pudieron reparar en la señorita de Cardoville que se hallaba de pié en la puerta.

Este dia, como habia dicho muy bien la Gibosa, comenzado bajo tan funestos auspicios, habia llegado á ser para todos un dia de inefable felicidad.

Adriana estaba tambien radiante de alegria: Djalma le habia sido fiel: Djalma la amaba con pasion. Aquellas odiosas apariencias de que ella habia sido el juguete y la victima, eran evidentemente una trama nueva de Rodin, y ya no quedaba á la señorita de Cardoville mas que descubrir el objeto de estas maquinaciones. Todavia le estaba reservada una última alegria...

Por lo que toca á felicidad..... ninguna cosa hace á una persona mas penetrante que la felicidad misma. Por las últimas palabras de la Gibosa, adivinó Adriana que ya no habia secreto entre el herrero y la pobre costurera; y asi no pudo menos de esclamar:

—¡Ah! este dia es el mas hermoso de mi vida; porque no soy yo solamente quien encuentra la felicidad!

Agricol y la Gibosa se volvieron repentinamente al oir esta voz.

—Señorita, dijo el herrero, apesar de la promesa que os habia hecho, no he podido ocultar á Magdalena que sabia que ella me amaba.

—Ahora que ya no me avergüenzo de mi amor delante de Agricol, como habia de avergonzarme delante de vos, mi querida señorita, cuando vos misma me deciais no hace mucho: envaneceos de ese amor.... porque es noble y puro? Dijo la Gibosa encontrando en su felicidad fuerza suficiente para ponerse en pié apoyándose en el brazo de Agricol...

—¡Bien!... ¡bien, mi querida amiga! le dijo Adriana acercándose á ella y echándola un brazo por la cintura con el fin de sostenerla tambien. Debo deciros una palabra para disculpar una indiscrecion de que podria reconvenirme... si yo he dicho vuestro secreto á Agricol...

—¿Sabes porque ha sido, Magdalena? esclamó el herrero interrumpiendo á Adriana; por otra muestra mas de esa delicada generosidad de corazon que no desmiente nunca esta señorita. «He vacilado mucho tiempo si os confiaria ó no este secreto, me ha dicho esta mañana, pero al fin me he decidido. Vamos á volver á ver á vuestra hermana adoptiva; vos sois para ella el mejor de los hermanos; pero sin saberlo y sin pensar en ello muchas veces la herís cruelmente en el corazon. Ahora que sabeis su secreto.... espero que al mismo tiempo que lo guardareis fielmente, evitaréis á esa pobre criatura mil dolores agudos.... tanto mas amargos para ella cuanto que vienen de vos, y que la infeliz tiene que sufrirlos en silencio. Asi cuando la hableis de vuestra esposa, de vuestra felicidad, procurad hacerlo con las debidas precauciones para no lastimar aquel corazon tan bueno, tan tierno y tan generoso....» Si, Magdalena, esa ha sido la causa porque la señorita ha cometido eso que ella llama una indiscrecion.

—Señorita, no encuentro palabras suficientes para espresaros nuevamente mi gratitud... dijo la Gibosa.

—Ya veis, amiga mia, replicó Adriana, como las astucias de los malvados se vuelven contra ellos mismos. Temian el afecto que me profesabais: habian encargado á la desgraciada Florina que os arrancára vuestro manuscrito...

—Para á fuerza de vergüenza obligarme á dejar vuestra casa, señorita, en el momento mismo en que yo supiera que mis mas íntimos y secretos pensamientos estaban espuestos á la mofa y á la burla de todos... Ahora lo conozco de una manera que no me deja la menor duda, dijo la Gibosa.

—Asi era, hija mia. Pues bien, esa horrible intriga que ha estado tan cerca de ser causa de vuestra muerte, se vuelve ahora en confusion para los malvados; su trama afortunadamente está ya descubierta... en este punto y en otros muchos tambien, dijo Adriana acordándose de Rosa Pompon.

Y luego continuó diciendo con una profunda alegria:

—En fin, hénos aqui unidos y felices como nunca, y nuestra misma felicidad nos dá nuevas fuerzas contra nuestros enemigos; y digo, nuestros enemigos, porque todo lo que yo amo es odiado por esos miserables... Pero ¡valor! La hora ha llegado y las gentes de corazon van á llenar su mision...

—Dios mediante, señorita...dijo el herrero, prometo que no seré yo á quien falte celo. ¡Que dicha!... Poder arrancarles la máscara!

—Permitidme señor Agricol, que los recuerde que mañana debeis tener una entrevista con Mr. Hardy.

—No me he olvidado de eso, señorita, como tampoco de vuestros generosos ofrecimientos.

—Nada tienen de particular. Mr. Hardy es uno de los individuos de mi raza. Repetidle clara y esplícitamente lo que yo voy por otro lado á escribirle esta noche: que tiene á su disposicion todos los fondos que necesite para restablecer su fábrica; que no obro de esta manera solamente por él, sino tambien por cien familias que se ven reducidas á una suerte precaria... Suplicadle muy particularmente que abandone cuanto antes esa casa á que ha sido conducido..... que es necesario que desconfie de todo cuanto le rodea.

—Podeis estar tranquila, señorita. La carta que me ha escrito en contestacion á la que yo hice que llegara á sus manos, es corta y afectuosa, aunque melancólica, y me concede una entrevista... estoy seguro de que le decidiré... á salir de esa triste casa, y tal vez á llevarlo conmigo, porque ha tenido siempre mucha confianza en mí por el afecto que le profesaba.

—Vamos pues, ánimo, señor Agricol, dijo Adriana quitándose de los hombros su pañuelo manton, poniéndoselo á la Gibosa y envolviéndola con mucho cuidado. ¡Vámonos, que ya se va haciendo tarde. En cuanto lleguemos á mi casa, os daré la carta para Mr. Hardy, y mañana ¿no es verdad? mañana volvereis á darme noticias del resultado de vuestra visita..... Pero reflexionando Adriana un momento se la colorearon algun tanto las megillas, y añadió: no... mañana no.... avisadmelo por escrito.... y pasado mañana hácia el mediodia venid á verme.

. . . .

Algunos instantes despues de estas palabras, bajaba por la escalera la pobre Gibosa apoyada por Agricol y Adriana, y cuando llegaron á la calle los tres personages entraron en el coche de la señorita de Cardoville, á pesar de las vivas instancias de la Gibosa para ver á Cefisa, á las cuales contestó Agricol que era imposible

por aquel momento, y que al dia siguiente la veria.

. . . .

Teniendo en cuenta las noticias que le habia dado Rosa-Pompon, y desconfiando de todo cuanto rodeaba á Djalma, la señorita de Cardoville creyó haber encontrado un medio de hacer que llegara aquella misma noche una carta suya á manos del príncipe.

II.

LOS DOS COCHES.

Acababan de dar las once de la noche del mismo dia; la señorita de Cardoville habia evitado el suicidio de la Gibosa, el viento soplaba réciamente y lanzaba grandes nubarrones negros que interceptaban el pálido resplandor de la luna, cuando un coche de alquiler subia lenta y penosamente al paso de los caballos que hijadeaban, por la calle Blanca, bastante pendiente por cerca de la puerta, no lejos de la cual estaba situada la casa del príncipe Djalma.

Paróse el carruage y el cochero jurando y maldiciendo una carrera interminable; y al terminar aquella cuesta dificil se volvió hácia el vidrio del coche, y con aire amostazado dijo á la persona que iba dentro:

—¡Vamos! ¿Es aqui por fin? Desde el alto de la calle de Vaugirard hasta la puerta Blanca, se puede contar por una buena jornada. Ademas la noche está tan oscura que á cuatro pasos no se distinguen los objetos, ¡porque como no se encienden los faroles por respeto á la luna..... que en verdad no alumbra!....

—Buscad una puerta pequeña con un sobradillo.... pasad á ella.... unos veinte pasos nada mas.... y luego haced alto.... junto á la pared, respondió una voz destemplada é impaciente, con acento marcadamente italiano.

—¡Qué apostamos á que este pícaro aleman me vuelve tarumba! dijo entre sí el cochero. Pero ¡con mil diablos! si os digo que no se ve nada, ¿cómo quereis que encuentre esa puertecita de que me hablais?

—¿Sois tonto? Caminad al lado de la pared... casi tocándola, la luz de vuestros faroles os ayudará y encontrareis esa puertecita que está pasado el número 50..... Si despues de todo esto no la encontrais, será porque estareis borracho, respondió mas destempladamente la voz de acento italiano.

El cochero no dió otra respuesta que jurar terriblemente y comenzó á azotar nuevamente á los cansados caballos, y arrimando el carruaje á la pared recogió la vista cuanto pudo para leer los números de la calle con el ausilio de la luz de sus faroles.

Al cabo de algunos minutos se detuvo de nuevo el carruaje.

—Ya hemos pasado el núm. 50, y aqui está esa puertecita con su sobradillo, dijo el cochero. ¿No es esa?

—Si, dijo la v z. Ahora dad unos veinte pasos y deteneos.

—¡Todavia!..... Vamos andando.....

—Luego os parais, bajais de vuestro asiento, os acercais á la puerta y dais en ella seis golpes, haciendo una pausa despues de los tres primeros... ¿Os habeis enterado bien?... primero tres golpes... luego otros tres....

—¿Es eso lo que me vais á dar para echarme un trago? esclamo exasperado el cochero.

—Cuando me hayais vuelto al arrabal de San German que es en donde vivo, entonces os daré una buena propina si os portais bien.

—¡Bueno!... ¡Con que todavia al arrabal de San German!... ¡Pues no tenemos mala tirada aun! dijo el cochero conteniendo su cólera. ¡Y yo que habia ar-

reado cuanto he podido á mis caballos para estar cerca del teatro al acabarse la funcion!.... ¡Por vida de!... Pero luego haciendo de las tripas corazon y contando con la buena propina que se le habia prometido añadió: Vamos á dar los seis golpes en la puerta.

—Si: primero tres: luego una pausa: y luego otros tres golpes..... ¿Lo habeis comprendido?

—¿Y luego?

—Decid a la persona que salga á abrir: Os están aguardando.... y traedla aqui, al coche.

—¡Qué no cargára contigo el demonio! dijo el cochero volviendo á ponerse derecho en su asiento, y sacudiendo á los caballos añadió: Este tuno de aleman gasta mas misterios que un fracmason, y anda con mas cautela que un contrabandista... ¡Si será algo de esto! .. No le estaria muy mal empleado que le denunciara aunque no fuera mas que por haberme traido desde la calle de Vaugirard hasta aqui.

El carruage se detuvo otra vez despues de haber andado como unos veinte pasos mas allá de la puerta, y el cochero se bajó entonces de su asiento para ir á cumplir las órdenes que habia recibido.

Cuando llegó á la puerta pequeña dió primero tres golpes, hizo en seguida una pausa y luego repitió otros tres golpes de la misma manera que se le habia encomendado.

Entonces, menos oscuras y menos densas las nubes que hasta allí habian detenido los rayos de la luna, les dejaban llegar hasta el suelo; y la puerta se abrió despues de hecha aquella señal, viendo el cochero salir un hombre de mediana estatura rebozado en una capa y con una gorra de color.

Este hombre cerró la puerta por donde habia salido, y dió dos pasos en la calle.

—Os están aguardando, le dijo el cochero; voy á conduciros al carruage.

Y marchando delante del hombre encapado que le contestó con un movimiento de cabeza, lo guió hasta donde estaba el coche. Se preparaba ya á abrir la puerta y á bajar el estribo, cuando la voz del interior le dijo:

—No hay necesidad.... El señor no va á subir... Hablaré con él aquí en la portezuela... Ya os avisaré cuando hemos de echar a andar.

—¡Con eso tendré tiempo para echarte unas cuantas maldiciones! murmuró el cochero, y aprovecharé el tiempo para dar unos cuantos paseos y desentumecerme las piernas.

Y en seguida se puso á pasear á lo ancho de la calle por donde estaba la puerta pequeña.

Al cabo de pocos momentos sintió el ruido lejano al principio, pero que iba acercándose progresivamente, de un carruage que subia muy de prisa la cuesta, el cual se detuvo á alguna distancia antes de llegar á la puerta del jardin.

—¡Calla!... Este debe ser carruaje de propiedad particular, dijo el cochero. Arrogantes caballos necesita traer para subir tan de prisa esa montaña de la calle Blanca..

Acababa de hacer esta reflecsion el cochero, cuando gracias á un resplandor momentáneo vió que bajaba del coche un hombre que se acercó á la puerta pequeña, se detuvo allí un instante, la abrió, entró por ella y desapareció, despues de haberla cerrado otra vez.

—¡Vaya que esto se va complicando!... Uno sale..... otro entra.

Al decir esto se dirigió al carruaje que acababa de llegar, y vió que estaba tirado por dos magníficos y vigorosos caballos, y el cochero inmóvil en su asiento con su librea de diez cuellos que tenia el latigo levantado y el brazo apoyado en la rodilla derecha como debe estar.

—¡Mal el tiempo está para que hagan

estar mucho tiempo aquí á unos caballos tan hermosos como los vuestros! dijo el humilde cochero del carruaje de alquiler al del coche aristocrático que permaneció mudo é impasible como si no hablaran con él.

—Sin duda no entiende el francés..... Puede que sea algun inglés..... Sí: ne seguro; á la legua se conoce en los caballos, dijo el cochero interpretando así aquel silencio. Y luego divisando un gigantesco volante que estaba cerca de la portezuela vestido con una larga levita de librea, de color gris oscuro con cuello azul claro y botones de plata, se dirigió á él como en compensacion, y sin variar mucho su tema le dijo:

—¡Mal el tiempo está para aguardar, amigo!

El lacayo guardó el mismo imperturbable silencio que el cochero.

—Vamos, son ingleses los dos..., dijo filosóficamente el cochero, y aunque no dejaba de estar algun tanto admirado del incidente de la pequeña puerta, volvió á sus paseos acercándose mas á su carruaje.

En tanto que sucedian los hechos que acabamos de referir, el hombre de la capa y el del acento italiano continuaban su conversacion, el uno desde dentro del coche y el otro en pié apoyando la mano en el asiento de la portezuela.

La conversacion duraba hacia ya algun tiempo, y era en italiano. Se refería á una persona ausente como puede conocerse por las siguientes palabras:

—Con que, segun eso, decia la voz que salia del coche, está convencido?

—Sí, monseñor, contestó el de la capa, pero solamente en el caso de que el águila se vuelva serpiente.

—Y en caso contrario desde que recibais la otra mitad del crucifijo de marfil que acabo de entregaros.....

—Ya sabré yo lo que eso significa, monseñor.

—Continuad procurando merecer y conservar su confianza.

—Yo la mereceré y la conservaré, monseñor, porque yo admiro y respeto á ese hombre dotado de un corazon mas fuerte y de una voluntad mas enérgica que los hombres mas poderosos del mundo... Yo me he arrodillado delante de él como delante de uno de esos tres ídolos sombrios que existen entre Bowhanie y sus adoradores.... porque él tiene como yo por religion el principio de cambiar la vida..... por la nada.

—Esas... dijo refunfuñando la voz con acento cortado, esas son reconvenciones inútiles, é inexactas..... No penseis mas que en obedecer..... sin raciocinar acerca de la obediencia.....

—Que hable.... que yo obraré: yo estoy entre sus manos como un cadáver, como él suele decir..... El ha visto y está viendo todos los dias mi fidelidad por los servicios que le estoy prestando al lado del príncipe Djalma... El me dirá: *Mata*... que este es hijo de rey.....

—Por amor del cielo no tengais ideas semejantes, esclamó la voz de dentro del coche interrumpiendo al hombre de la capa. Gracias á Dios no se os pedirán nunca semejantes pruebas de sumision.

—Lo que se me manda..... lo cumplo..... Bowhanie me mira.

—No dudo de vuestro celo..... sé que sois una barrera viva y con entendimiento puesta entre el príncipe y muchos intereses culpables; y bajo este aspecto se me ha hablado de vos encareciéndome vuestro celo y vuestra habilidad para tener siempre rodeado á ese príncipe indio, y sobre todo me han hablado muy particularmente de vuestro ciego fanatismo en ejecutar las órdenes que se os dan; por eso he querido enteraros de todo..... Vos sois fanático por aquel á quien servís..... Eso es bueno..... El hombre debe ser es-

clavo sumiso del Dios que haya elegido...

—Si, monseñor... en tanto que Dios... sea Dios...

—Nos comprendemos perfectamente. Por lo que toca á vuestra recompensa, ya sabeis... mis promesas...

—Mi recompensa... la tengo ya, monseñor.

—¿Qué decís?

—Yo me entiendo.

—Sea enhorabuena... En cuanto al secreto...

—Vos teneis garantias, monseñor.

—Si... bastantes.

—Y ademas el interés de la causa que yo sirvo os responde de mi celo y de mi discrecion.

—Es verdad, sois un hombre de ardiente y firme conviccion.

—Eso procuro.

—Y sobre todo muy religioso... á vuestro modo. Es una cosa muy laudable tener una manera, cualquiera que sea en estos asuntos, en medio de la impiedad que domina, y es tanto mas laudable cuanto que por este motivo podeis asegurarme vuestra cooperacion.

—Os aseguro, monseñor, por esta razon que un cazador intrépido prefiere un chacal á diez zorras, un tigre á diez chacales, un leon á diez tigres, y el *ouelmis* á diez leones.

—¿Qué es el *ouelmis*?

—Es lo que el espíritu para la materia, lo que la hoja para el cuchillo, lo que el perfume para la flor, lo que la cabeza pa ra el cuerpo.

—Comprendo.... comprendo.... Nunca he oido comparacion mas exacta..... Sois un hombre de mucha discrecion. No os olvideis jamás de lo que me habeis dicho hace un momento, y procurad ser cada vez mas digno de la confianza de vuestro ídolo, de vuestro Dios.

—¿Estará pronto en estado de que yo pueda verlo, monseñor?

—Dentro de dos ó tres dias á mas tardar. Ayer ha pasado por una crisis providencial que lo ha salvado... Está dotado de una voluntad tan enérgica que su cura no podrá menos de ser mas rápida.

—¿Le vereis mañana vos, monseñor?

—Si, debo verlo antes de marcharme para despedirme de él.

—Pues entonces, decidle lo siguiente, que es una cosa muy singular, y de que no he podido informarle hasta ahora, porque ha pasado ayer.

—Hablad.

—Habia ido al jardin de los muertos... por todas partes funerales, antorchas que lucian en medio de la oscuridad de la noche.... iluminando los sepulcros..... Bowhanie sonreia desde su cielo de ébano. Pensando en esta santa divinidad de la nada, estaba yo mirando con alegria vaciar un carruaje lleno de féretros...... La hoya inmensa tragaba como si fuera la boca del infierno... Se le arrojaban cadáveres y mas cadáveres... y la hoya seguia tragando. De repente al resplandor de una antorcha ví á mi lado á un anciano... que lloraba... yo habia visto antes á este anciano... era un judio... el conserje de esa casa... de la calle de San Francisco.... de que ya teneis noticia.

Y el hombre de la capa se detuvo haciendo un estremecimiento.

—Si..... ya sé de que casa hablais..... ¿Pero que teneis?..... ¿Por qué os interrumpís?

—Es que en esta casa...... existe hace ciento cincuenta años.... el retrato de un hombre... de un hombre... que encontré yo en otro tiempo en el fondo de la India en las orillas del Ganges....

Y el hombre de la capa se detuvo y se estremeció nuevamente.

—Alguna semejanza singular sin duda....

—Sí, monseñor... una semejanza singular... no puede ser otra cosa...

—Pero.... ¿y el viejo judío?.....¿y el judío?

—Voy ahora, monseñor...,.. Ese viejo judío dijo, sin dejar de llorar, á uno de los sepultureros: « Decidme, ¿y la caja? Te « niais razon. La he encontrado en la se-« gunda fila de la otra hoya, contestó el « enterrador. Tenia por señal una cruz « formada con siete puntos negros. Pero « ¿como habeis podido saber el sítio y las « señas de esa caja? ¡ Ay ! eso os importa « muy poco á vos, contestó el judío con « una amarga tristeza. Ya veis que yo es-« taba bien informado: ¿en donde esta esa « caja ahora? Detrás del sepulcro grande « de mármol negro que ya conoceis. Allí « está oculta á flor de tierra. Pero daos « prisa. Pasad al través del túmulo y na-« die reparará en vos, añadió el enterra-« dor. Me habeis pagado demasiado bien « y deseo que salgais con vuestro em-« peño. »

—¿Y que hizo el viejo judío con esa caja señalada con los siete puntos negros?

—Le íban acompañando dos hombres, monseñor, que llevaban unas anganillas con cortinas. Encendió una linterna y seguido de aquellos dos hombres se dirigió hácia el punto designado por el enterrador... Un convoy de carruages me hizo perder la huella del viejo judío tras de quien habia comenzado á andar por entre los sepulcros, y luego no le volví á ver mas...

—¡ En efecto es cosa singular !... ¿Que queria hacer ese judío con aquella caja?

—Dicen que esa gente emplea los cadáveres para formar sus encantos mágicos, monseñor.

—Esos impíos son capaces de todo..... hasta de entablar comercio con el enemigo de los hombres... Por lo demas, allá veremos... Tal vez este descubrimiento pueda ser importante...

En aquel instante se oyeron dar las doce en un reloj lejano.

—¡ Las doce ya !...

—Sí, monseñor.

—Pues necesito marcharme al momento... Con que adios... Por última vez ¿me jurais que cuando llegue la circunstancia convenida en el momento que recibais la otra mitad del crucifijo de marfil que acabais de recibir de mi mano, cumplireis vuestra promesa?

—Os lo he jurado por Bowhanie, monseñor.

—No os olvideis de que para mayor seguridad, la persona que venga á entregaros la otra mitad del crucifijo, os dirá... «¿Os acordais?... ¿qué es lo que debe deciros?...

—Deberá decirme: *Desde el plato á la boca se pierde la sopa.*

—Muy bien... Con que, ádios... secreto y fidelidad.

—Secreto y fidelidad, monseñor, respondió el hombre de la capa.

Algunos minutos despues el coche de alquiler se ponia en camino conduciendo al cardenal Malpieri.

Este era el interlocutor del hombre de la capa.

Este último (en el cual habrán reconocido sin duda nuestros lectores á Faringhea) se dirigió hácia la puertecita del jardin de la casa que habitaba Djalma. En el momento de ir á meter la llave en la cerradura vió con indecible sorpresa abrirse la puerta y presentarse en ella un hombre que salia.

Faringhea se arrojó sobre el desconocido y le agarró violentamente por el cuello esclamando.

—¿Quién sois?... ¿De donde venís?

El tono en que se le dirigieron estas preguntas, no debió parecer al desconocido muy tranquilizador, porque en vez

de responder á ellas, hizo todos los esfuerzos que pudo para desprenderse de las garras de Faringhea, gritando fuertemente:

—Pedro... ven aquí...

Inmediatamente el coche que estaba cerca de allí estacionado, llegó á trote largo, y Pedro que era el lacayo, de estatura de gigante, agarró al mestizo por la espalda y lo arrojó hacia atras á alguna distancia, dando de este modo lugar al desconocido á que se librara del estado en que se encontraba.

—Ahora, señor mio, dijo este último á Faringhea, tranquilizándose al verse protejido por el gigante, estoy ya en disposicion de contestar á vuestras preguntas... á pesar de que tratais muy mal á un antiguo conocido... Sí: yo soy Mr. Dupont, administrador del palacio de Cardoville... y por señas que yo fuí el que ayudé á salvaros del naufragio del buque en que veníais embarcado.

En efecto, al resplandor de los faroles del coche, reconoció el mestizo el franco y bondadoso aspecto de Mr. Dupont, administrador en otro tiempo y ahora mayordomo, como ya hemos dicho, de la casa de la señorita de Cardoville.

Acaso no habrán olvidado nuestros lectores que Mr. Dupont fué el primero que escribió á la señorita de Cardoville para reclamar su compasion á favor de Djalma, detenido en el castillo de Cardoville por una herida que recibió en el naufragio.

—Pero.... ¿qué es lo que veniais á hacer aqui? ¿Por qué habeis entrado de esa manera clandestina en esta casa, dijo Faringhea con un tono brusco y receloso.

—Debo deciros en primer lugar que no hay nada clandestino en mi modo de proceder. He venido aqui en el carruage de la señorita de Cardoville, encargado por ella muy ostensiblemente.... muy claramente á entregar de su parte una carta al príncipe Djalma, su primo, contestó Mr. Dupont con dignidad.

Al oir estas palabras Faringhea se estremeció de rabia aunque procuró contenerla y replicó:

—¿Y porque venis tan tarde.... á estas horas? ¿Porque habeis entrado por esta puerta secreta?

—He venido á estas horas porque tales han sido las órdenes de la señorita de Cardoville; y he entrado por esta puerta, porque hay fundamento para creer que si me hubiera dirijido á la puerta principal no hubiera llegado á ver al príncipe....

—Os equivocais, contestó el mestizo.

—Puede ser... pero como se sabia que el príncipe pasaba una parte de la noche en el salon pequeño.... que tiene comunicacion con el invernadero de las plantas cuya puerta es esta, y como la señorita de Cardoville ha conservado una llave de ella cuando amuebló esta casa, he creido que tomando este camino podia poner con seguridad en manos del príncipe la carta de su prima. Y esto es lo que acabo de tener el honor de hacer, habiendo quedado completamente satisfecho de la benevolencia con que me ha recibido y tratado, acordándose de mi.

—¿Y quien os ha instruido tan por menor de los usos del príncipe? dijo Faringhea, no pudiendo dominar enteramente la cólera.

—Si yo he recibido tan verdaderas instrucciones respecto al príncipe, no me puedo decir lo mismo respecto á vos, contestó Mr. Dupont con acento irónico; porque puedo aseguraros que no contaba encontraros en este sitio.... como tampoco me parece que me esperariais vos á mi.

Y diciendo esto Mr. Dupont, saludó con cierta espresion de ironía al mestizo, subiendo en el coche que se alejó rapidamente dejando á Faringhea tan asombrado como colérico.

III.

LA CITA.

Al dia siguiente del encargo desempeñado por Dupont para con Djalma, se paseaba este con pasos impacientes y precipitados en la pequeña sala indiana de la calle Blanca: esta sala tenia, como hemos dicho, comunicacion con la estufa por donde Adriana habia aparecido la primera vez. Habia querido el príncipe recordar aquel dia, y vestirse de la misma manera que estaba cuando medió aquella entrevista. Tenia puesta una túnica de cachemira blanca, con un turbante de color de cereza y un ceñidor de lo mismo; y sus pantuflas de terciopelo encarnado, bordadas de plata, delineaban el elegante talle de su pierna, bajando á escotarse graciosamente sobre unas babuchas de tafilete blanco con tacon encarnado.

La felicidad ejerce una accion tan instantánea y tan material por decirlo asi, en las organizaciones juveniles, vivas y ardientes, que Djalma que el dia antes estaba silencioso, abatido y desesperado, apenas era ya conocido. Un colorido lívido no empañaba ya el oro bajo, mate y trasparente de su semblante: sus ojos rasgados, que no hace mucho estaban medio apagados, como lo estarian dos hermosos brillantes oscurecidos por el humo, brillaban ahora en el centro de su órbita nacarada: sus labios, pálidos antes, habian vuelto á recobrar su vivo colorido de terciopelo como las mas hermosas flores de su pais.

Tan pronto deteniendo sus pasos precipitados, se paraba repentinamente sacando del pecho un pequeño papel cuidadosamente doblado, el cual llevaba á sus labios con una especie de loco entusiasmo: otras veces no pudiendo contener los impulsos de su alegria, se escapaba de entre sus labios un grito de contento varonil y sonoro, y de un salto se presentaba delante del espejo que no tenia estaño detrás del azogue, y que separaba á la sala de la estufa por donde habia visto entrar la primera vez á la señorita de Cardoville.

¡Poderosa influencia de los recuerdos! ¡Admiracion maravillosa de una alma invadida y dominada por un pensamiento único, fijo é incesante! ¡Cuantas veces Djalma habia creido ver, ó por mejor decir, cuantas veces habia visto la imágen adorada de Adriana que se le aperecia al través de aquella mampara de cristal! ¡Y cuantas veces la ilusion habia sido tan completa, que con los ojos ardientemente clavados en la vision que continuamente evocaba, habia podido con el ausilio de un pincel empapado en carmin (1) trazar con admirable exactitud los contornos de la figura ideal que el delirio de su imaginacion presentaba á su vista!

Aqui, delante de estas líneas realzadas por el mas vivo carmin, era en donde Djalma se estasiaba en una contemplacion profunda, despues de haber leido y releido, despues de haber estrechado ardientemente contra sus labios la carta que habia recibido en la noche anterior de manos de Dupont.

Djalma no estaba solo.

Faringhea observaba todos los movimientos del príncipe con miradas escudriñadoras, atentas y sombrías, permaneciendo respetuosamente en pie en un estremo de la sala, aparentando estar ocupado en desdoblar y estender el *bedej* de Djalma, que era una especie de capotillo de seda de la india, de un tegido ligero y fino, pero cuyo fondo oscuro desaparecia casi enteramente bajo los bordados de oro y plata que lo adornaban.

Estaba el rostro del mestizo preocupa-

(1) Algunos curiosos poseen objetos de este genero que son productos del arte indio de una primitiva sencillez.

do, siniestro, pues veia claramente que solo la carta de la señorita de Cardoville que habia traido la víspera el señor Dupont, podia causarle semejante alborozo, viéndose amado sin duda. En semejantes circunstancias el silencio obstinado del príncipe, quien no decia ni una sola palabra á Faringhea desde que entró en la salita, era para el último causa de muchas sospechas, y no sabia como interpretarlo.

La víspera asi que se separó del señor Dupont, fué apresurado al salon para examinar el efecto que habia producido en el príncipe la carta de la señorita de Cardoville, pero encontró la salita cerrada. Lleno de angustia y de despecho llamó á la puerta, pero nadie respondió. Entonces aunque estaba muy adelantada la noche, envió á toda prisa una carta á Mr. Rodin, haciéndole saber la visita del señor Dupont, y el objeto probable de ella.

Djalma habia pasado toda la noche embriagado de felicidad y de esperanza, abrasado de impaciencia y de ardor, y su estado era tal que seria inútil el quererlo describir. Solamente al rayar el dia, habia ido á su cuarto, habia descansado algunos momentos y se habia vestido.

Muchas veces habia ido Faringhea á llamar á la puerta, pero inútilmente siempre: únicamente á las doce y media de la mañana habia llamado Djalma y dado órden que estuviese el coche preparado para las dos y media. Cuando llegó Faringhea, el príncipe le dió esa órden sin mirarle, del mismo modo que la hubiera dado á cualquiera de sus criados: ¿era eso desconfianza, despego ó distraccion de parte del príncipe? En eso estaba pensando con la mayor ansiedad Faringhea, porque los proyectos en que participaba él como el instrumento mas activo, se podian arruinar en un instaute si concebia Djalma la menor sospecha.

—¡Oh!.... ¡qué lentas!.... ¡qué lentas.... son las horas! esclamó de repente el jóven indio en voz baja y palpitante.

—¡Cuán largas.... son las horas! deciais antes de ayer, monseñor.

Al pronunciar estas palabras acercóse Faringhea á Djalma para llamar su atencion, y viendo que no lograba lo que queria, dió algunos pasos mas, y continuó:

—Muy grande parece vuestra alegria, monseñor; dadle á conocer á vuestro pobre y leal servidor el motivo que la produce para que pueda alegrarse y regocijarse con vos.

Si habian resonado en los oidos de Djalma las palabras del mestizo, no las habia oido ni escuchado, ni respondió cosa ninguna: sus grandes ojos negros estaban mirando al aire, y parecia que sonreia alguna vision encantadora, cruzando sobre su pecho ambas manos asi como lo hacen en sus oraciones los de su pais.

Salió de aquella contemplacion estática al cabo de un rato y dijo:

—¿Qué hora es?

Pero parecia que se hacia esta pregunta á sí mismo y no á otros.

—Luego van á dar las dos, monseñor: dijo Faringhea.

Oyó esta respuesta Djalma, se sentó y se cubrió la cara con las manos para recojerse y dejarse absorver completamente en una meditacion inefable.

Apurado Faringhea por sus inquietudes cada vez mayores, y queriendo á toda costa llamar la atencion del príncipe, se acercó á Djalma y, casi seguro del efecto que producirian las palabras que iba á pronunciar, le dijo con voz lenta y penetrante:

—Monseñor.... esa felicidad que os arrebata, estoy seguro que se la debeis á la señorita de Cardoville.

Apenas hubo pronunciado este nombre, se estremeció Djalma, saltó en su sillon,

se levantó, y mirando cara á cara á Faringhea, esclamó como si lo advirtiese entónces:

—Faringhea.... ¿eres tú?.... Qué haces aquí?

—Vuestro fiel servidor os acompaña en vuestra grande alegría, monseñor.

—¿Qué alegría?

—La que os causa la carta de la señorita de Cardoville, monseñor.

No respondió Djalma, pero brillaba en sus ojos tanta felicidad, tanta serenidad, que se quedó completamente tranquilizado el mestizo; no obscurecia la frente radiosa del príncipe ninguna nube, ni aun lijera, de desconfianza ó de duda.

Despues de algunos instantes de silencio, Djalma levantó los ojos empañados en lágrimas, de alegría, y respondió á Djalma con la espresion de un corrazon lleno de amor y de felicidad.

—¡Oh! la felicidad... la felicidad.... es buena y grande cual Dios..... es el mismo Dios.

—Bien merecíais esa felicidad, monseñor, despues de tantos padecimientos.

—¿Cuando?.... ¡Ah! sí, padecí en otro tiempo; estuve tambien en otro tiempo en Java... hace muchos años ya.

—Ademas, monseñor, no me sorpren de ese acaecimiento feliz. ¿Qué os habia dicho siempre? No os desconsoleis: fingid una pasion violenta á otra... y esa orgullosa jóven...

Al oir aquellas palabras, Djalma dió al mestizo una mirada tan penetrante, que se quedó parado éste; pero el príncipe le dijo con la bondad mas efectuosa:

—Continúa... te escucho.

Puso el codo en la rodilla y en la mano la barba, fijando en Faringhea una mirada tan profunda, pero tan dulce, tan inefable y tan penetrante, que el mestizo, aquella alma de hierro, se sintió un instante conmovido por un lijero remordimiento.

—Decia monseñor, continuó él, que, siguiendo los consejos de vuestro fiel esclavo.... fingiendo un amor apasionado para con otra mujer, habeis reducido á la señorita de Cardoville tan orgullosa, tan altanera, á venir á buscaros.. ¿No os lo habia pronosticado?

—Sí... lo habias pronosticado; respondió Djalma, con la mano siempre bajo la barba, y examinando siempre al mestizo con la misma atencion con la misma espresion de bondad suave.

Aumentábase cada vez mas la sorpresa de Faringhea, porque ordinariamente el príncipe, aunque lo trataba sin dureza, conservaba para con él las tradiciones un poco altivas é imperiosas de su comun pais, pero no le habia hablado jamas con tanta dulzura; sabiendo cuanto mal le habia hecho á su amo, y desconfiándose como todos los malvados, se persuadió el mestizo que la dulzura de su amo encubria alguna trampa, y así continuó con menos aplomo.

—Creedme, monseñor, este dia, si sabeis aprovecharos de vuestra situacion, este dia os censolará de todas vuestras penas, que han sido grandes, puesto que aun ayer mismo... aunque teneis la generosidad de olvidarlo, (en lo cual vais errado), ayer mismo estabais padeciendo, pero no erais el único que padecia... tambien esa orgullosa jóven ha padecido.

—¿Lo crees? dijo Djalma.

—¡Oh! sí por cierto: no teneis mas que pensar en lo que ha debido padecer al veros en el teatro con otra mujer... Si era débil su amor, ha recibido un golpe terrible su amor propio... Si os amaba apasionadamente, ha recibido el golpe en el corazon.... y así es que cansada de padecer, viene á buscaros.

—De suerte que, segun piensas, de todos modos ha tenido que padecer mucho... mucho. ¿No la tienes compasion? dijo

Djalma con voz contenida, pero siempre con un acento lleno de dulzura.

—Antes de pensar en compadecerme de los otros.... pienso, monseñor, en vuestras penas.... y me conmueven esas demasiado para que piense en las de los otros.. Añadió hipócritamente Farighea: la influencia de Rodin habia modificado ya al phansegar.

—Estraño es eso... dijo Djalma hablándose á sí mismo, poniendo en el mestizo sus ojos penetrantes, pero mirándole siempre con suma bondad.

—¿Qué es lo que os parece estraño, monseñor?

—Nada. Pero dime, ya que me han salido tan bien tus consejos en lo pasado... ¿qué piensas del porvenir?

—¿Del porvenir, monseñor?

—Si.... dentro de una hora... estaré junto á la señorita de Cardoville.

—Es grave eso, monseñor..... todo el porvenir depende de esa primera entrevista.

—En eso pensaba yo hace poco.

—Creedme, monseñor.... las mujeres no se apasionan jamas sino por el hombre atrevido que las libra del embarazo de negar.

—Esplícate mejor.

—Pues bien, señor, desprecian ellas al amante tímido y languido, que con voz humilde solicita lo que debiera tomar de asalto.

—Pero voy á ver hoy á la señorita de Cardoville por la primera vez...

—La habeis visto mil veces en vuestros sueños monseñor, y lo mismo le ha sucedido á ella, puesto que os ama. Todos vuestros pensamientos amorosos tienen necesariamente un eco en el suyo... No tiene el amor dos lenguajes, y, sin veros, os ha beis dicho.... cuanto teniais que deciros... Ahora.... hoy mismo... obrad como quien manda... y es vuestra.

—Eso es estraño.... estraño, dijo por segunda vez Djalma sin levantar los ojos de Faringhea.

Engañóse el mestizo en cuanto al sentido que daba el príncipe á aquellas palabras, y continuó:

—Creedme, monseñor; por estraño que os parezca eso, es prudente.... Recordad lo pasado.... Si habeis forzado á esa orgullosa jóven á venir á echarse á vuestros pies, ¿lo habeis logrado haciendo el amante tímido?.... No, monseñor: sino al contrario, fingiendo que la desechabais por otra mujer... Conque asi, fuera debilidades.... no ha de suspirar el leon como la débil tórtola: poco le importan al orgulloso sultan del desierto algunos rugidos lastimeros de la leona... menos encolerizada á la verdad que reconocida de sus caricias rudas y salvajes, y asi es que pronto sometida, feliz y temerosa, se arrastra, siguiendo las huellas del amo. Creedme, monseñor, osad... osad... y sereis hoy el mismo sultan adorado de esa orgullosa jóven, admirada de todo Paris por su beldad...

Hubo algunos minutos de silencio, y despues Djalma, sacudiendo la cabeza con una espresion de conmiseracion, dijo al mestizo con su voz dulce y sonora:

—¿Porqué me engañas así? ¿Porqué me aconsejas con maldad el emplear la violencia, el terror, la sorpresa... con un ángel de pureza... que respeto como á mi madre? ¿No te basta el sacrificarte á mis enemigos, á los que me han perseguido aun en la isla de Java?

Si arrebatado de cólera, con los ojos encendidos, la frente terrible y el puñal en la mano, se hubiese arrojado Djalma sobre Faringhea, hubiera sido acaso menor la sorpresa, menor tambien acaso el espanto del mestizo, que al oir al príncipe hablarle de su traicion y echársela en cara con un acento tan dulce.

Dió prontamente un paso atrás Faringhea, como si hubiera tratado de defenderse.

Djalma continuó con la misma mansedumbre:

—No temas nada..... ayer te hubiera muerto..... te lo aseguro..... pero hoy el amor feliz me hace equitativo y clemente: te tengo compasion sin hiel; te compadezco porque has debido ser muy desgraciado... para haberte hecho tan malvado.

—¡Yo, monseñor!..... dijo el mestizo creciendo cada vez mas su asombro.

—Mucho has debido padecer, mucha crueldad han debido tener contigo para que seas implacable en tu odio, y no te desarme el ver una felicidad como la mia. En verdad..... al oirte poco hace, sentia una conmiseracion síncera para contigo, viendo tu triste perseverancia en el odio.

—Monseñor... yo no sé... pero...

Y el mestizo balbuciente no pudo responder una sola palabra.

—Vamos, ¿qué mal te he hecho?

—Ninguno..... monseñor, respondió el mestizo.

—Pues entonces, ¿por qué me persigues así? ¿por qué me tienes un odio tan encarnizado? ¿No te bastaba el haberme dado el pérfido consejo de fingir un amor vergonzoso á aquella jóven que trajiste aquí... que, cansada del triste papel que hacia junto á mí, se ha ido al fin de esta casa?

—El amor que habeis fingido para con esa jóven... es, monseñor, dijo Faringhea volviendo en sí poco á poco, el que ha vencido la frialdad de...

—No digas semejante cosa, replicó el príncipe interrumpiéndole con la misma dulzura, si gozo de esta felicidad que me inspira compasion para tí, y me hace superior á mí mismo, es porque la señorita de Cardoville sabe ahora que no he cesado un solo instante de amarla como se debe amar... adorándola y respetándola; y tú al contrario, aconsejándome como lo has hecho... no tenias mas objeto que el separarme de ella para siempre, y en poco ha estado que no lo has logrado.

—Monseñor..... si tal pensais de mí..... me debeis mirar como á vuestro mayor enemigo.

—No tengas temor ninguno, ya te lo he dicho..... no tengo derecho de vituperarte... Delirando y penando... te he escuchado, he seguido tus consejos... no me he dejado engañar... pero he sido tu cómplice... Pero confiésalo ahora, al verme á tu disposicion, abatido, desesperado, ¿no era mucha crueldad de tu parte el aconsejarme lo que mas me podia perjudicar en este mundo?

—Me habrá estraviado el ardor de mi celo, monseñor.

—Quisiera creerte... Pero aun hoy mismo... me estás escitando al mal... no has tenido compasion ninguna de mi felicidad, como no la habías tenido tampoco de mi desgracia..... Las delicias del corazon en que ves anegado no te inspiran mas que un deseo..... el de convertir este alborozo en desesperacion.

—¿Yo, monseñor?

—Sí, tú..... has creido que, siguiendo tus consejos, me perderia para siempre y quedaria deshonrado en el concepto de la señorita de Cardoville... Vamos, di: ¿de dónde nace ese odio encarnizado? ¿Por qué me aborreces? Dilo al fin... ¿Qué te he hecho?

—Monseñor... me juzgais mal, y yo...

—Escúchame, no quiero que seas en adelante malo y traidor, quiero volverte bueno... En nuestro pais se encantan las serpientes mas terribles, se amansan los tigres... ¡Pues bien! yo quiero domarte á fuerza de dulzura, á tí que eres un hombre..... á tí que tienes un entendimiento

para conducirte y un corazon para amar... este dia me da una felicidad divina... has de bendecir este dia... ¿Qué puedo hacer por tí? ¿Qué quieres, dinero?... tendrás dinero.......¿Quiéres mas que dinero? ¿Quiéres un amigo tierno que te consuele, y, haciéndote olvidar los pesares que te han hecho malo, te haga bueno?..... Aunque soy hijo de rey, ¿quiéres que sea yo tu amigo? Lo seré..... si á pesar del mal... no... por el mal mismo que me has hecho... seré para tí un amigo síncero, y me creeré feliz, pudiéndome decir á mí mismo, grande fué mi felicidad el dia que me dijo el ángel que me amaba: á la mañana tenia yo un enemigo implacable, en la noche se habia cambiado su odio en amistad..... ¡Ay! Faringhea, creeme: la desgracia hace los malvados; la felicidad, los buenos: sé feliz...

En aquel instante dieron las dos.

Estremecióse el príncipe: era el momento de partir para su cita con Adriana.

El admirable rostro de Djalma, mas hermoseado por la dulce é inefable espresion que habia tomado hablando al mestizo, pareció iluminarse con un rayo divino.

Acercándose á Faringhea, le alargó la mano con un ademan de mansedumbre y de gracia, diciéndole:

—Dame la mano.

El mestizo, cubierta la frente de un sudor frio, alterado y descolorido el rostro, casi desfigurado, vaciló un instante; pero dominado, vencido, fascinado, alargó temblando la mano al príncipe quien la apretó, diciendo á estilo de su pais:

—Pones lealmente tu mano en la mano de un amigo leal... Esta mano estará siempre abierta para tí.... Adios, Faringhea... Me encuentro ahora mas digno de arrodillarme á los pies de mi ángel.

Y salió Djalma para ir á casa de Adriana.

A pesar de su ferocidad, á pesar del odio implacable que le tenia á la especie humana, trastornado por las palabras nobles y clementes de Djalma, el sombrío sectario de Bohwanie, se dijo con terror:

—He tomado su mano.... desde ahora es sagrado para mí.

Despues de un instante de silencio, habiendo hecho sin duda alguna reflexion, esclamó:

—Sí; pero no es sagrado para el que, segun me han dicho, lo ha de esperar en la puerta de esta casa.

Diciendo esto, corrió el mestizo á un cuarto inmediato que daba á la calle, levantó la cortina y dijo con ansiedad:

—Ya sale el coche.... y viene el hombre... ¡Infierno!... Ya se ha ido el coche y no veo nada.

IV.

ESPERANDO.

Por una coincidencia de ideas muy singulares Adriana habia querido vestirse en aquel dia con el mismo traje que tenia la primera vez que vió á Djalma en la casa de la calle Blanche.

Para aquel abocamiento tan solemne y tan importante para su felicidad futura, Adriana, con su tacto natural, habia escogido el gran salon de ceremonia del hotel de Cardoville, en donde habia varios retratos de familia: los que mas manifiestos estaban eran los de su padre y su madre. Aquel salon muy espacioso y elevado estaba amueblado con el gusto imponente del siglo de Luis XIV. Estaba pintado en el techo el triunfo de Apolo: en esa pintura brillaba Lebrun por la grandeza del dibujo y el vigor del colorido, en medio de una magnífica cornisa esculpida y dorada, apoyada en los ángulos sobre cuatro pechinas, compuestas de cuatro grandes figuras, doradas tambien, que representaban las cuatro estaciones: algunos cuarterones cubiertos de damasco carmesí rodeados de marcos servian de fon-

do á los retratos de familia colocados en aquella pieza.

Mas fácil es el concebir que el pintar las numerosas y diversas emociones que agitaban á la señorita de Cardoville á medida que se iba acercando el instante de su conversacion con Djalma. Habia encontrado hasta entonces su reunion obstáculos tan dolorosos; sabia Adriana que sus enemigos eran tan activos, tan vigilantes y tan pérfidos, que aun dudaba Adriana su felicidad. A cada instante interrogaban sus ojos, á pesar suyo, el reloj; faltaban ya pocos minutos y pronto iba á sonar la hora de la cita.

Dió al fin aquella hora.

Cada campanillada resonaba largamente en lo profundo del corazon de Adriana. Pensó que Djalma, por reserva sin duda, no habia tomado la libertad de adelantar el instante que habia indicado: léjos de vituperar esa discrecion, se la agradeció; pero desde aquel instante, al menor ruido que oia en los salones inmediatos, suspendia el respirar y escuchaba con tanta atencion como esperanza.

Durante los primeros minutos que siguieron la hora en que debia venir Djalma, no tuvo la señorita de Cardoville ninguna aprension séria, y calmó su impaciencia un poco inquieta con un calculo muy pueril, muy tonto para las gentes que jamás han conocido la agitacion febril del alma contenta que está esperando; pensaba Adriana, que podia muy bien discrepar algo el reloj de la calle Blanche del reloj de la calle de Anjou.

Pero á medida que la supuesta diferencia bastante admisible, no siendo escesiva, se fué cambiando en un retraso de un cuarto de hora... de veinte minutos.... y mas..... Adriana sintió una angustia creciente, y dos ó tres veces, levantándose, palpitándole el corazon, fué de puntillas á escuchar á la puerta del salon...

Pero nada oyó...

Dieron las tres y media.

No pudiendo superar el terror que la iba ganando, y asiendo la última esperanza que le quedaba, vino junto á la chimenea, compuso, por decirlo asi, su rostro para que no manifestase ninguna emocion, y tiró de la campanilla.

Al cabo de algunos minutos abrió la puerta un lacayo con cabellos grises, vestido de negro, y aguardó en un silencio respetuoso las órdenes de su señora, la cual le dijo con calma:

—¡Andrés! suplicad á Hebé que os dé un frasquito que he dejado encima de la chimenea y traédmelo.

Hizo una reverencia Andrés, y al instante en que iba á salir para cumplir la órden de su señora, (la cual no la habia dado sino para tener ocasion de hacer una pregunta, cuya importancia queria ocultar á los que sabian de antemano que habia de venir el príncipe Djalma), la señorita de Cardoville añadió con un aire indiferente, indicando el reloj:

—¿Anda bien... este reloj?

Sacó Andrés el suyo del bolsillo, y dijo:

—Si, señorita..... esta mañana he arreglado mi reloj con el de las Tullerias, y son tambien en el mio las tres y media dadas.

—Está bien.... gracias.... dijo Adriana con bondad.

Hizo una nueva reverencia Andrés y dijo antes de salir:

—Se me habia olvidado el advertir á la señorita que el mariscal Simon ha venido hace una hora; pero como está la puerta de la señorita cerrada para todos escepto para el señor príncipe, se le ha respondido que no recibia la señorita.

—Está bien, dijo Adriana.

Hizo por la tercera vez una reverencia Andrés, salió del salon y reinó de nuevo un profundo silencio.

Por lo mismo que hasta el último minuto de la hora señalada para su abocamiento con Djalma, no habia turbado la mas pequeña duda las esperanzas de Adriana, por eso mismo era mas horroroso el desengaño que comenzaba ya á padecer; dando entonces una mirada dolorosa y angustiada á un retrato que estaba encima de ella, á un lado de la chimenea, murmuró con un acento lastimero y desconsolado:

—¡Oh madre mia!

Apenas habia pronunciado aquellas palabras, temblaron lijeramente los vidrios por el ruido sordo de un coche que entraba en el patio del hotel.

Estremecióse la jóven y no pudo contener un pequeño grito de alegria; saltaba su corazon hácia Djalma, porque, por esta vez, *sentia* ella, por decirlo asi, que era él. Estaba tan segura como si hubiese visto al príncipe con sus propios ojos.

Volvióse á sentar enjugando una lágrima que pendia de sus largos párpados; temblaba su mano como una hoja.

Pronto justificó la exactitud de las previsiones de la jóven un ruido bastante estrepitoso de diversas puertas que se abrian sucesivamente. Rodaron en sus quicios los dos tableros dorados de la puerta del salon y apareció el príncipe.

Mientras cerraba la puerta otro lacayo, Andres que habia entrado un poco despues que Djalma, mientras se acercaba este á Adriana, puso en una mesa dorada junto a la jóven un platillo de plata sobredorada, y en él un frasquito de cristal, y despues salió.

V.

ADRIANA Y DJALMA.

Habiase acercado lentamente el príncipe á la señorita de Cardoville.

A pesar de la impetuosidad de las pasiones del jóven indio, se descubria su emocion en su andar mal asegurado, en su hechicera timidez. No se habia atrevido aun á levantar los ojos á Adriana; se habia puesto súbitamente muy descolorido, y sus manos cruzadas religiosamente encima del pecho segun el modo de adorar de su pais, temblaban muchísimo: se quedó á alguna distancia de Adriana con la cabeza inclinada.

Aquel embarazo, ridículo de parte de cualquiera otro era patético de parte de aquel príncipe, jóven de veinte años, de una intrepidez casi fabulosa, de un carácter tan heróico, tan generoso, que no hablaban los viageros del hijo del rey Kadja Sing sino con admiracion.

¡Dulce emocion, casta reserva, mas interesante aun al pensar que las fogosas pasiones de aquel jóven eran tanto mas inflamables, cuanto que hasta entonces habian estado contenidas!

No menos embarazada, no menos turbada la señorita de Cardoville habia permanecido sentada: así como Djalma, tenia los ojos bajos; pero el ardiente colorido de sus mejillas, los latidos precipitados de su seno virginal, revelaban una emocion que no pensaba ella en ocultar.

A pesar de la firmeza de su espíritu, puro y alegre á la vez, gracioso é incentivo; á pesar de la resolucion de su carácter independiente y orgulloso, á pesar de su mucho mundo, Adriana manifestaba una inhabilidad cándida, una turbacion encantadora, aquella especie de aniquilacion pasajera é inefable, que anonada al parecer dos individuos enamorados, ardientes y puros; como si la fuese imposible soportar al mismo tiempo los ardores palpitantes de sus sentidos, y la arrebatada exaltacion de su corazon.

Y por tanto no se habian encontrado aun sus ojos... Temian ambos aquel primer choque eléctrico de la mirada, aquella invencible atraccion de dos seres aman-

tes y apasionados uno de otro, fuego sagrado, mas rápido que el rayo, que enciende, abrasa la sangre, y á veces, sin saberlo los dos, los arrebata de la tierra y los sube al cielo: porque es acercarse á Dios el seguir con un religioso enajenamiento la inclinacion mas noble y mas irresistible que nos ha dado..... la única inclinacion que, en su adorable sabiduría, el dispensador de todas las cosas ha querido santificar otorgándole una chispa de su divinidad criadora.

Djalma fué quien levantó primero los ojos: estaban húmedos y encendidos á la vez: el ímpetu de un amor apasionado; el inflamado ardor de su edad, tanto tiempo comprimido, la exaltacion de una beldad ideal, se léian en aquella mirada al mismo tiempo que una timidez respetuosa, y daban á las facciones de aquel mancebo una espresion indefinible..... irresistible.

Irresistible ..... porque al encontrarse sus ojos con los de Adriana.... se estremeció esta de los pies á la cabeza, y se sintió como atraida á un torbellino magnetico. Ya se cerraban sus ojos bajo el peso de un cansancio enajenador, cuando por un esfuerzo supremo de voluntad y de dignidad, superó aquella deliciosa turbacion, se levantó del sillon, y con voz trémula, dijo a Djalma:

—Celebro infinito, príncipe, el veros aqui, y despues indicándole un retrato de los que estaban colgados detras de ella, hizo Adriana un ademan y añadió, como si se tratase de una presentacion: Príncipe.... mi madre.

Por una idea de una delicadeza estraordinaria Adriana ponia presente á su madre en la conversacion con Djalma.

Era eso defenderse, tanto ella como el príncipe, de las seducciones de un primer encuentro, tanto mas peligroso cuanto sabian ambos que se amaban locamente; que eran libres.... y no tenian que dar cuenta sino á Dios de los tesoros de felicidad y de deleite que les habia prodigado con tanta magnificencia.

Conoció el príncipe el pensamiento de Adriana: asi es que cuando le hubo indicado la jóven el retrato de su madre, Djalma, por un movimiento espontáneo lleno de gracia y de candor, se inclinó, dobló una rodilla ante aquel retrato, y dijo en voz suave y vigorosa dirijiéndose á aquella pintura:

—Os amaré y os bendeciré como á mi madre; y tambien mi madre estará en mi pensamiento aqui al lado de vuestra hija.

No era posible responder mejor al sentimiento que habia decidido á la señorita de Cardoville á ponerse por decirlo asi bajo la proteccion de su madre, y asi es que desde entonces tranquila en cuanto á Djalma, tranquila tambien en cuanto á si misma, estuvo la jóven muy desahogada, y el delicioso buen humor de la felicidad reemplazó poco á poco la emocion y la turbacion que la habia ajitado.

Volviéndose á sentar entonces, le dijo á Djalma indicándole un asiento enfrente del suyo:

—Tened la bondad de sentaros..... mi querido primo..... y permitidme llamaros asi, porque me parece demasiado de etiqueta la voz de *príncipe*, y en cuanto á vos llamadme tambien vuestra prima, porque la palabra *señorita* me parece muy grave. Arreglado este asunto hablemos primeramente como buenos amigos.

—Si, prima mia; respondió Djalma que se habia puesto de color de fuego al oir la palabra primeramente.

—Como la franqueza es de derecho entre amigos, dijo Adriana, os haré un reproche; añadió medio sonriendo y mirando al príncipe.

Este, en lugar de sentarse, estaba en pié junto á la chimenea, apoyando en ella

los codos, en una actitud llena de gracia y de respeto.

—Si, primo mio.... continuó Adriana, un reproche que me perdonareis sin duda... en una palabra, os estaba esperando.... un poco antes.

—Acaso me vituperareis, prima, de no haber venido mas tarde.

—¿Qué queréis decir?

—Al instante en que salia.... de mi casa para venir aqui, un hombre que no conozco se ha acercado á mi coche.... y me ha dicho con tanta sinceridad que lo he creido... podeis salvar la vida de un hombre que ha sido para vos un padre.... está en gran peligro el mariscal Simon.... pero para poderle socorrer es necesario seguirme inmediatamente.

—Era un ardid, esclamó con viveza Adriana, hace á lo mas una hora.... que estaba aqui el mariscal Simon....

—El.... dijo Djalma con alegria y como si se hubiese levantado un gran peso, ¡ah! no se entristecerá al menos este hermoso dia.

—¡Pero, primo! replicó Adriana, ¿como no habeis desconfiado de ese emisario?

—Algunas palabras que se le han escapado me han inspirado recelos, dijo Djalma; pero al principio le he seguido, temiendo que corriese algun peligro el mariscal...... porque sé que tiene enemigos.

—Ahora que reflecsiono, teneis razon, primo; era verosimil alguna nueva trama contra el mariscal.... A la menor duda debiais correr á su casa.

—Lo he hecho.... pero me estabais esperando.

—Ese es un sacrificio generoso; y se aumentaría la estimacion que os tengo si fuese posible..... dijo Adriana, ¿pero qué se ha hecho aquel hombre?

—Le he hecho entrar en mi coche. Inquieto por el mariscal, y desesperándome al mismo tiempo de ver que corria el tiempo que debia pasar junto á vos, prima, mia le he hecho mil cuestiones á aquel hombre.

«Y le he visto muchas veces embarazado para responderme. Entonces me vino la idea que me tendian acaso algun lazo. Recordando todo lo que habian hecho para echarme á perder en vuestro concepto.... mudé inmediatamente de camino. Ha sido entonces tan claro el despecho del hombre que me acompañaba que hubiera debido disipar mis dudas, sin embargo, pensando en el mariscal Simon, sentia un remordimiento vago, que acabais de calmar, prima.

—Son implacables esas gentes, dijo Adriana, pero nuestra felicidad será mas fuerte que su odio.

Hubo un momento de silencio y despues dijo ella con su franqueza acostumbrada:

—Querido primo mio; me es imposible callar ú ocultar lo que tengo en el corazon... Hablemos algunos instantes, siempre como amigos, hablemos un poco de un pasado que nos han hecho tan amargo; despues lo olvidaremos para siempre como un sueño pesado.

—Os responderé con franqueza, aun cuando me haya de hacer perjuicio, dijo el príncipe.

—¿Cómo os habeis podido decidir á parecer en público con.....

—¿Con aquella jóven? dijo Djalma interrumpiendo á Adriana.

—Sí, primo mio, dijo Adriana esperando la respuesta de Djalma con una curiosidad inquieta.

—Ignorando las costumbres de este pais, respondió Djalma sin embarazo por que decia la verdad; debilitado mi espíritu por la desesperacion, estraviado por los consejos de un hombre vendido á nues-

tros enemigos, he creido que, asi como él me lo decia, ostentando á vuestros ojos otro amor, escitaria vuestros celos, y.....

—Basta, primo; entiendo lo demas, dijo Adriana interrumpiendo al príncipe para evitarle una confesion penosa; necesario ha sido que estuviese yo tambien muy obcecada por la desesperacion, para no haber adivinado ese perverso complót, sobre todo despues de vuestra accion tan intrépida y tan loca: ¡ponerse á peligro de muerte..... para recojer mi ramillete! añadió Adriana estremeciéndose al recordar aquello: decidme una sola palabra; aunque conozco de antemano vuestra respuesta: ¿no recibisteis una carta mia en la mañana del dia mismo que os ví en el teatro?

Nada respondió Djalma; una nube negra pasó sobre sus facciones, y durante un segundo tomaron una espresion tan amenazadora, que se espantó Adriana; pero pronto se apaciguó como por reflecsion aquella agitacion, y volvieron la calma y la serenidad á la frente de Djalma.

—He sido mas clemente de lo que creia, dijo el príncipe á Adriana, que lo contemplaba con sorpresa; he querido venir cerca de vos... digno de vos, prima mia. He perdonado al que, por servir á mis enemigos, me ha dado y me daba aun consejos funestos. Estoy seguro que ese hombre ha interceptado la carta... Pensando al instante en todos los males que me ha causado, me he arrepentido de mi clemencia..... Pero he pensado en vuestra carta de ayer..... y se ha desvanecido mi cólera.

—¡Sea pues concluido ese pasado funesto, esos temores, esas desconfianzas, esas sospechas, que nos han atormentado tanto tiempo haciéndome dudar de vos como os hacian dudar de mí! ¡Oh! sí, ¡alejemos ese pasado funesto! esclamó la señorita de Cardoville con una alegría profunda.

Y como si hubiese libertado á su corazon de los últimos pensamientos que la hubiesen podido entristecer, añadió:

—¡Nuestro es ahora el porvenir..... nuestro enteramente: un porvenir radioso, sin nubes..... sin obstáculos: un horizonte tan hermoso.... tan puro en su intensidad que no alcanza sus límites la vista!

Es imposible describir la exaltacion inefable, el acento seductor de esperanza que acompañó las palabras de Adriana: de repente manifestó su rostro una melancolía patética, y añadió con voz profundamente conmovida:

—¡Y decir que ahora mismo hay desgraciados que están padeciendo!

Aquel pensamiento de conmiseracion cándida para con los desgraciados en el instante mismo en que llegaba aquella jóven al colmo de una felicidad ideal, le hizo tanta impresion á Djalma, que involuntariamente se arrodilló á los pies do Adriana, juntó ambas manos, y volvió hacia ella su hechicero rostro, en donde aparecia una adoracion casi divina.

Y cubriéndose despues la cara con las manos, bajó la cabeza sin decir nada.

Hubo un silencio profundo durante un momento.

Adriana fué quien lo interrumpió la primera, viendo que pasaba una lágrima entre los dedos delgados de Djalma.

—¿Qué teneis, amigo mio? le dijo.

Y por un movimiento mas rápido que el pensamiento, se inclinó hácia el príncipe y bajó las manos que tenia él siempre en la cara.

Su rostro estaba bañado de lágrimas.

—¡Estais llorando!... esclamó la señorita de Cardoville tan conmovida, que guardó entre sus manos las de Djalma, y no pudiendo este enjugarlas, las dejaba correr como otras tantas gotas de cristal sobre el oro pálido de sus mejillas.

—No hay en el mundo felicidad como la mia, dijo el príncipe con voz suave y vibrante, con una especie de postracion indecible, y siento una gran tristeza. No puede menos de suceder asi... me dais el cielo... y aun cuando os diese yo la tierra... seria ingrato con vos... ¡Ay! ¿que puede el hombre por la divinidad? Bendecirla, adorarla...... pero no volverle los tesoros de que lo ha colmado... y por eso padece, no en su orgullo... sino en su corazon...

No exajeraba Djalma; decia lo que pensaba realmente, y la forma hiperbólica de las lenguas de Oriente era la única que podia espresar sus conceptos.

Fué tan síncero el acento de su sentimiento, tan cándida su humildad, que Adriana, conmovida y llorosa; le respondió con una ternura grave:

—¡Amigo mio! estamos ambos en el colmo de nuestra felicidad.... No tiene límites el porvenir de nuestra dicha, y sin embargo nos han venido á ambos, aunque por motivos diferentes, pensamientos tristes... Mirad: es que hay felicidades que asombran por su misma grandeza.... Durante un momento... ni el corazon... ni el espíritu... ni el alma... pueden contenerlas... Se derraman y nos agovian... Tambien las flores se doblan á veces bajo los rayos demasiado ardientes del sol, que es su vida y su amor... ¡Oh, amigo mio! es grande esta tristeza, pero es suave.

Al decir aquellas palabras, se fué apagando la voz de Adriana y se inclinó suavemente su cabeza, como si en efecto la hubiese agoviado el peso de su felicidad.

Djalma estaba arrodillado junto á ella con las manos entre las suyas... de modo que, al inclinarse, la frente de marfil y los cabellos de oro de Adriana rasaron la frente de color de ambar y los cabellos negros de Djalma.

Y caian lentas y silenciosas las dulces lágrimas de aquellos dos jóvenes, confundiéndose sobre sus hermosas manos enlazadas. . . . .

. . . .

Mientras pasaba esto en el hotel de Cardoville, Agricol iba á la calle de Vaugirard á llevar al señor Hardy una carta de Adriana.

VI.

LA IMITACION.

Mr. Hardy ocupaba un pabellon, como ya se ha dicho anteriormente, en la casa de recoletos adjunta á la morada que tenian en la calle de Vaugirard un buen número de reverendos padres de la Compañia de Jesus. No se puede ver cosa mas tranquila, mas silenciosa que aquella habitacion: no se hablaba sino en voz baja; hasta los mismos criados tenian algo de meloso en el hablar, algo de beato en el andar. Asi como en todas las cosas que están sometidas á la accion comprensiva y aniquiladora de aquellos hombres, faltaban tambien en aquella casa triste y apagada la animacion y la vida. Tenian sus habitantes una existencia monotona y pesada, regular, glacial, interrumpida de cuando en cuando por alguna de sus prácticas de devocion; asi es que, en poco tiempo, conforme lo han previsto y lo desean los reverendos padres, el espíritu, sin comercio esterior, sin escitacion, desmaya pronto en la soledad; parece que late mas despacio el corazon, se entorpece el alma y se debilita poco á poco la moral; se apaga en fin todo el libre albedrío, toda voluntad, y los retirados, sometidos al mismo método de embrutecimiento completo que los novicios de la Compañia, se hacian cadáveres tambien entre las manos de los congregantes.

Claro y sencillo era el objeto de esas maniobras; ellas aseguraban el buen éxito de las captaciones de toda especie, término perenne de la política hábil y de la im-

placable codicia de aquellos sacerdotes; con las sumas enormes de que, por esos medios, se hacian dueños ó poseedores, afianzaban y aseguraban el éxito de sus proyectos, aun cuando el homicidio, el incendio, la rebelion, y en fin todos los horrores de la guerra civil escitada y pagada por ellos, hubiesen de ensangrentar los paises en donde querian establecer su tenebroso gobierno.

Como medio: empleaban el dinero, adquiriéndolo por todos los modos posibles, desde los mas bajos hasta los mas criminales; como objeto: se proponian la dominacion despótica de los entendimientos y de las conciencias para esplotarlos útilmente en beneficio de la compañia de Jesus: tales han sido en todos tiempos, tales serán siempre los medios y el fin de esos religiosos.

Asi es que entre los medios que habian empleado los jesuitas para atraer el dinero á sus cajas siempre abiertas, habian imaginado esos reverendos padres, el establecer la casa de recoletos en que se hallaba Mr. Hardy.

Las personas enfermas de espíritu, con el corazon despedazado, con el entendimiento debilitado, ó estraviadas por la falsa devocion, y engañadas ademas por las recomendaciones de los miembros mas influyentes del partido clerical, eran atraidas, festejadas, y despues insensiblemente aisladas, secuestradas, y por último, despojadas en aquel antro religioso, todo eso lo mas *benditamente* posible, y sobre todo *ad majorem Dei gloriam*, segun la divisa de la honorable sociedad.

En la gerigonza jesuítica, como se puede ver en los prospectos hipócritas destinados á las *buenas gentes* que engañan esos maulas, se llaman generalmente esas cavernas:

Asilos santos abiertos á las almas fatigadas de los vanos ruidos del mundo.

O bien se apellidan:

Tranquilos retretes, donde el fiel, felizmente libertado de los afectos perecederos de la tierra, y de los lazos terrestres de la familia, puede al fin, á solas con Dios, trabajar eficazmente en su salvacion, etc.

Establecido esto, que por desgracia se comprueba con mil ejemplos de captaciones indignas hechas en una multitud de casas religiosas, con perjuicio de las familias de los retirados; establecido esto, decimos, admitido y comprobado..... levante la voz un espíritu recto, y échele en cara al gobierno su negligencia en vigilar esos sitios peligrosos; entonces se oirán los alaridos del partido clerical, sus invocaciones á la libertad individual... el desconsuelo y las lamentaciones sobre esa tirania que quiere oprimir las conciencias.

¿No se podria responder que, para admitir como legítimas tan singulares pretensiones, los amos de las casas de juegos prohibidos tendrian tambien derecho para invocar la libertad individual y reclamar contra las decisiones de los que han mandado cerrar sus infames zahurdas? Pues, en verdad tambien ha habido atentado contra la libertad individual de los jugadores que venian libre y alegremente á enterrar su patrimonio en esas cavernas: se ha tiranizado su conciencia que les permitia perder en un naipe los recursos de su familia.

Si; preguntamos positiva, sencilla y sinceramente, ¿qué diferencia hay entre un hombre que despoja ó arruina á los suyos á fuerza de jugar á la *negra* ó á la *encarnada*, y el que arruina y despoja á los suyos con la esperanza dudosa de ser jugador feliz en el juego *del cielo y del infierno* que han tenido ciertos clérigos la audacia de imaginar, con el objeto de ser ellos los banqueros? (1)

(1) La *Democrácia pacífica* y el *Nacio-*

No hay cosa mas opuesta al verdadero espíritu divino del cristianismo que estas espoliaciones osadas: el cristianismo consiste en el arrepentimiento de nuestras faltas, en la práctica de todas las virtudes, en la conmiseracion y los servicios á cuantos padecen, en el amor del prójimo: eso es lo que merece el cielo y no una cantidad mas ó menos considerable de dinero que se aventura como en un juego con la esperanza de ganar el cielo, que desaparece en la mano de falsos sacerdotes, muy entendidos en esa especie de juego, los cuales esplotan los débiles de espíritu con *prestidigitaciones* estremadamente lucrativas.

Tal era el asilo de paz y de inocencia en que se hallaba Mr. Hardy.

---

nal hablaron poco tiempo ha de una captacion que hicieron varios clérigos, empleando medios abominables: se trata de una herencia de 8 millones de francos, y pronto entenderán de este negocio los tribunales. He aqui una nota que nos han comunicado; aseguramos que es auténtica; pero pasamos en silencio los nombres propios por respetos y miramientos.

M.... industrial muy rico, dueño de la fábrica de.... cerca de.... acaba de hacer donacion (ante M.... escribano en Paris), de un millon para que, cuando muera, se establezca una casa de jesuitas: no se admitirán en ella los niños sino despues de haber tomado informes en cuanto á la devocion de los padres y de los abuelos; ha habido muchas dificultades para legalizar este acto; y aun ha habido una oposicion bastante viva de parte del gobierno; pero ha vencido la habilidad de los secuaces de Ignacio de Loyola. Por otra parte, los reverendos padres han abusado de tal modo de la credulidad del donador, que afirma este que, á no ser por un milagro que les ha proporcionado lo necesario á los reverendos padres de la calle de las Postas, se hubieran muerto de hambre este invierno. M. . tiene algunos parientes bien acomodados, pero tiene otros sumidos en una pobreza honrosa.

Ocupaba el piso llano de un pabellon que caia al jardin de la casa; se habia escojido con mucho acierto aquel aposento, porque sabida es la profunda y diabólica habilidad con que emplean los reverendos padres los aspectos y los medios materiales para producir impresiones vivas en los espíritus en que *operan*.

Figúrese pues el lector. como la única perspectiva de aquel aposento una pared enorme negra y gris cubierta de yedra, la yerba de la ruinas; una calle sombria de tejos antiguos, árboles de los sepulcros con su funesta sombra, la cual vá a parar por una parte á la pared ya dicha, á aquella siniestra pared; y por la otra á un pequeño semicírculo, que estaba delante del cuarto que habitaba ordinariamente Mr. Hardy: dos ó tres monticulillos rodeados de box cortados simétricamente, completaban las delicias de aquel jardin, semejante en todo punto á los que están alrededor de los cenotafios.

Eran ya las dos de la tarde, y aunque hacia un hermoso sol del mes de abril, sus rayos, interceptándolos la pared de que se ha hablado, no penetraban ya en aquella parte del jardin, oscura, humeda, fria como una bodega, á la cual caía la ventana del cuarto en que estaba ordinariamente Mr. Hardy.

Estaba amueblado aquel cuarto con un conocimiento perfecto del confortable: cubria el entarimado un tapiz suave; la escelente cama, así como la puerta ventana que daba al jardin, tenian cortinas de casimir verde oscuro semejante al papel que cubria las paredes.... Adornaban tambien el cuarto algunos muebles de caoba, muy simples pero brillantes por su estremada limpieza. Encima del escritorio, enfrente de la cama, se veia un crucifijo de marfil sobre terciopelo negro: y encima de la chimenea un reloj de ébano con embutidos de marfil represen-

ando emblemas siniestros como relojes de arena, guadañas del Tiempo, calaveras, etc.

Echese ahora sobre todo ese cuadro una triste *semi-luz*, y recuérdese que estaba aquella soledad sumergida en el silencio mas profundo, escepto á las horas de los oficios, que le interrumpía el lúgubre retintin de la campana de la capilla de los reverendos padres, y se habrá de reconocer la infernal habilidad con que esos peligrosos sacerdotes saben sacar partido de los objetos esteriores, segun desean impresionar de un modo ó de otro el espíritu de los que quieren captar.

Y no era eso todo:

Despues de haberse dirijido á los ojos, era menester dirijirse al entendimiento.

Hé aqui de que modo habian procedido los reverendos padres.

Un solo libro..... uno solo..... quedó como por descuido á la disposicion de Mr. Hardy.

Ese libro era la *Imitacion*.

Pero como podia suceder que Mr. Hardy no tuviese ánimo ó gana de leerlo, se leian en algunos cuadros negros, colgados tanto en lo interior de la alcoba, como en los cuarterones mas espuestos á sus ojos, pensamientos y reflecsiones sacados de aquella obra de implacable desolacion, escritos con letras grandes; de modo que involuntariamente en medio de la triste libertad que dejaba su abrumadora ociosidad, casi por fuerza se habian de parar en ellos sus ojos.

Es menester citar algunas de las máximas con que rodeaban asi los reverendos padres á su víctima; por ellas se verá en que círculo fatal y desesperado encerraban el espíritu debilitado de aquel infeliz, despedazado desde algun tiempo á aquella parte con atroces pesares (1).

He aqui lo que leia cada instante del dia y de la noche, maquinalmente, cuando huia de sus ojos enrojecidos por las lagrimas, el benéfico sueño:

—*Muy vano es aquel que pone sus esperanzas en los hombres ó cualquiera criatura que sea.*

—*Pronto dejareis de ecsistir aqui abajo... pensad en que situacion e tais.*

—*El hombre que vive hoy, no parece ya mañana..... y cuando ha desaparecido de nuestros ojos, pronto se borra de nuestro pensamiento.*

—*Cuando estais en la mañana, pensad que acaso no llegareis á la tarde.*

—*Cuando estais en la tarde no os lisongeeis de ver la mañana.*

—*¿Quién se acordará de vos despues de vuestra muerte?*

—*¿Quien rezará por vos?*

—*Os engañais si buscais otra cosa que padecimientos.*

—*Toda esta vida mortal está llena de miserias y rodeada de cruces; llevad esas cruces y sujetad vuestro cuerpo; despreciaos á vos mismo y desead que os desprecien los otros.*

—*Estad persuadido que vuestra vida debe ser una muerte continua.*

—*Cuanto mas muere un hombre para sí, tanto mas vive para Dios* (1).

---

(1) En el *Directorium*, esplicando los medios que se han de emplear para atraer á la Sociedad de Jesus las personas que se quieren esplotar, se dice lo que sigue:

Para atraer alguno á la Sociedad, no se debe obrar bruscamente: es necesario esperar alguna ocasion, como por ejemplo, QUE TENGA LA PERSONA UN VIOLENTO PESAR, *ó que se arruine en su comercio: se encuentra una escelente comodidad en los vicios mismos.*

(Véanse con esta ocasion los escelentes comentarios de Mr. Dezamy sobre las constituciones de los jesuitas en su obra del *Jesuitismo vencido por el socialismo.*—Paris: 1845.)

(1) Superfluo es añadir que todos esos pasajes son testuales y estractados de la *Imitacion:* (traduccion y prólogo del reverendo padre Gonclieu).

No bastaba el herir así el alma de la víctima en una desesperacion incurable por medio de esas máximas devoradoras: era necesario al mismo tiempo acostumbrarla á la obediencia cadavérica de la Sociedad de Jesus. Así es que los reverendos padres habian escogido con mucho acierto varios pasajes de la Imitacion, por que se encuentran en aquel espantoso libro mil terrores para asustar, mil máximas de esclavo para encadenar y sujetar al hombre pusilánime.

Leíase pues tambien:

—*Es mucha ventaja el vivir en la obediencia, el tener un superior..... y no ser dueño de sus acciones.*

—*Mucho mas seguro es obedecer que mandar.*

—*Es uno feliz no defendiendo sino á Dios* EN LAS PERSONAS DE SUS SUPERIORES QUIENES SON SUS VICARIOS.

Y ni aun eso basta; despues de haber desesperado y aterrado la víctima; despues de haberla privado de toda libertad y haberla acostumbrado á una obediencia ciega, embrutecedora; despues de haberla persuadido con un increible cinismo de orgullo clerical, que someterse pasivamente al primer sacerdote que se presente, *es someterse á Dios mismo*, era necesario guardar á la víctima en casa y remachar el clavo de su cadena.

Leíanse pues tambien las máximas siguientes:

—*Corred por este lado y por el otro: no hallareis reposo, sino sometiéndoos humildemente á la direccion de un superior.*

—*Muchos se han engañado por la esperanza de estar mejor en otra parte, y por el deseo de mudar.*

Figúrese ahora uno á Mr. Hardy, trasportado con una herida a aquella casa, y con el corazon lastimado, destrozado por penas horrorosas, por una traicion espantosa, en fin, sangrando mas que las llagas de su cuerpo.

Gracias al cuidado atento y esmerado que de él tuvieron, y sobre todo á la conocida habilidad del doctor Baleinier, pronto se curó Mr. Hardy de las heridas que habia recibido precipitándose en medio del incendio que devoraba su fábrica.

No obstante, para favorecer los proyectos de los reverendos padres se habia aplicado á Mr. Hardy un método curativo, bastante inocente á la verdad, destinado á influir en el moral, empleado muy á menudo, como ya hemos dicho, por el doctor Baleinier en otras circunstancias importantes; con el cual habian logrado durante algun tiempo adormecer su entendimiento.

Para una alma despedazada por atroces desengaños, es una apariencia un beneficio inestimable; el anegarse en un entorpecimiento que, al menos, le impide á uno el pensar en un pasado desesperado. Abandonándose á aquella apatía profunda, Mr. Hardy llegó prontamente á mirar el entorpecimiento del espíritu como un bien supremo..... Así aceptan con reconocimiento los desgraciados que se ven atormentados por enfermedades crueles, el opio que los mata lentamente, pero adormece al menos sus padecimientos.

Al bosquejar anteriormente el retrato de Mr. Hardy, hemos tratado de hacer conocer la esquisita delicadeza de aquella alma tan tierna, su dolorosa susceptibilidad en punto á cuanto era vil ó malvado, su bondad inefable, su rectitud, su generosidad.

Recordamos esas adorables cualidades, porque es necesario comprobar, que tanto en él como en todos los que las poseen, no estaban acompañadas ni podian estarlo, de un carácter enérgico y determinado. Tenia aquel hombre una perseverancia admirable en el bien, era su accion penetrante, irresistible, pero no dominaba: Mr. Hardy no habia realizado los prodi-

gios de su *casa comun* con la ruda energía, la voluntad un poco áspera, peculiar de otros hombres de corazon grande y bueno, sino á fuerza de persuasion afectuosa: en aquel hombre la ternura persuasiva tenia lugar de fuerza. A la vista de una maldad, de una injusticia, no se revolvia irritado, amenazando, sino que palecia. No atacaba al malvado cuerpo á cuerpo: volvia á otra parte la cabeza triste y amargamente, y ademas aquel corazon amante, de una delicadeza enteramente femenina, tenia una necesidad irresistible del benéfico contacto de los afectos mas caros al alma; ellos solos le vivificaban. Así muere helado de frio un pobre y débil pajarito, cuando no puede recibir de sus hermanos, así como ellos lo recibian de él, el dulce calor que los sostenia á todos en el nido maternal. Y aquella organizacion de sensitiva tan estremadamente susceptible, esperimenta, uno tras otro, los golpes de varios desengaños y pesares tales, que uno solo bastaria, sino para abatir completamente, al menos para trastornar el carácter de mejor temple.

El amigo mas fiel de Mr. Hardy le hace una traicion infame.

Su cortejo adorado le abandona.

La casa que habia fundado para la felicidad de sus obreros á quienes amaba como hermanos, no es ya mas que ruinas y ceniza.

¿Qué sucedió entonces?

Se rompieron todos los resortes de su alma.

Demasiado débil para resistir á golpes tan duros, demasiado abatido por las traiciones mas crueles, para buscar otros afectos... demasiado desanimado para volver á poner la primera piedra de una nueva casa comun..... aquel pobre corazon, aislado ademas de todo contacto saludable busca el olvido de todo y aun de sí mismo en un entorpecimiento que le anonada.

Sí, á veces, algunos instintos de vida y de afecto comienzan á despertarse de tiempo en tiempo; sí, entreabriendo su espíritu los ojos que tiene cerrados por no ver ni lo pasado, ni lo presente, ni el porvenir, mira Mr. Hardy al rededor suyo... ¿Qué encuentra? estas sentencias, impregnadas de la desesperacion mas horrorosa:

—*No eres mas que polvo y ceniza.*

—*Has nacido para el dolor y para las lágrimas.*

—*No creas en nada de la tierra.*

—*No hay parientes ni amigos.*

—*Todos los afectos son mentirosos.*

—*Muere esta mañana..... te olvidarán por la tarde.*

—*Humillate, despréciate, sé despreciado por los otros.*

—*No pienses, no discurras, no vivas, entrega tu triste destino en manos de un director; el discurrirá por tí.*

—*Tú..... llora, padece, y piensa en la muerte.*

—*Sí, la muerte..... siempre la muerte; ese debe ser el término, el objeto de todos tus pensamientos.... si piensas..... mejor es no pensar.*

Ten solamente el sentimiento de un dolor incesante: eso es todo lo necesario para ganar el cielo.

—*No es uno bien recibido por el Dios terrible é implacable que adoramos, sino á fuerza de miserias y de tormentos.....*

Estos eran los consuelos que ofrecian á aquel infeliz... Espantado entónces, volvia á cerrar los ojos y á caer de nuevo en un silencioso letargo.

Salir de aquella triste casa, no lo podia él ó por mejor decir no lo pensaba..... le faltaba la voluntad, y ademas, necesario es decirlo... se habia acostumbrado al fin á aquella morada y aun se hallaba bien en

ella; ¡ tenian con él atenciones tan discretas; le dejaban tan solo con su dolor; reinaba en aquella casa un silencio tan conforme al silencio de su corazon, el cual no era ya mas que una tumba en que estaban enterrados su último amor y su última amistad, sus últimas esperanzas del porvenir para sus obreros!

Habia muerto en él toda energía.

Entonces comenzó á esperimentar una transformacion lenta, pero inevitable y prudentemente prevista por Rodin, que era quien dirigía con tanta habilidad aquella combinacion en sus detalles mas diminutos.

Mr. Hardy, espantado al principio de las máximas siniestras de que se hallaba rodeado, se habia acostumbrado poco á poco á leerlas casi maquinalmente, como cuenta el preso durante su triste cautiverio los clavos de la puerta de su calabozo ó los ladrillos de su celda...

Ya era ese un gran resultado para los reverendos padres.

Pronto llamó la atencion de su espíritu abatido la aparente razon de algunos de aquellos aforismos mentirosos y desconsolados.

Así, leía él.

—*No se debe contar con el afecto de ninguna criatura en el mundo.*

Y en efecto, le habian engañado indignamente.

—*El hombre ha nacido para vivir desconsolado.*

Asi vivia él.

—*No hay descanso sino en la abnegacion del pensamiento.*

Y el sueño de su espíritu era el único que ponia alguna tregua á sus dolores.

Dos grietas preparadas hábilmente bajo de las colgaduras y en las tablas de aquella casa, permitian el ver y oir á todas horas á los *retirados* y sobre todo el observar su fisonomia, sus hábitos, cosas que tanto descubren al hombre, cuando se cree solo.

Algunas esclamaciones dolorosas que se le habian escapado á Mr. Hardy en su triste soledad, le fueron referidas al padre d'Aigrigny por un celador misterioso. El reverendo padre conformándose rigurosamente á las instrucciones del padre Rodin, no habia visitado sino muy rara vez al principio á Mr. Hardy. Ya se ha dicho que el padre d'Aigrigny, cuando queria, tenia en su conversacion un hechizo, una seduccion irresistibles; haciendo sus visitas con la mayor destreza, con el mayor tacto, no se presentó las primeras veces sino para pedir noticias de Mr. Hardy.

Pero pronto vió el reverendo padre informado por su espia y ayudado por su sagacidad natural, todo el partido que se podia sacar de la postracion física y moral del pensionista; convencido de antemano que no cederia este á sus insinuaciones, le habló muchas veces de la tristeza de la casa, escitándole sea á salir de ella, si le pesaba la monotonia de la existencia que alli tenia; sea á buscar al menos fuera de ella algunas distracciones, algunos placeres.

En el estado en que se hallaba aquel infeliz, hablarle de distracciones y de placeres era hacer ofertas que necesariamente habia de rehusar; eso es lo que sucedió. El padre d'Aigrigny no trató de sorprender los secretos de Mr. Hardy, ni le habló de sus penas, pero cada vez que fué á verle, le manifestó un interes mas tierno con algunas palabras sencillas, llenas de sentimiento y afecto.

Poco á poco aquellas conversaciones, raras y cortas en un principio, se fueron haciendo mas frecuentes y mas largas: como estaba dotado de una elocuencia melosa, insinuante y persuasiva, el padre d'Aigrigny tomó por testo las desconsoladoras máximas en que se fijaba con pre-

ferencia el pensamiento de Mr. Hardy.

Flexible, prudente, hábil, sabiendo que hasta entonces habia profesado Mr. Hardy aquella generosa religion natural que predica una adoracion reconocida para con Dios, el amor de la humanidad, el culto de lo justo y de lo bueno, y que, desdeñando el dogma profesa la misma veneracion á Marco Aurelio que á Confucio, á Platon que á Cristo, á Moises que á Licurgo, el padre d'Aigrigny no trató al principio de convertir á Mr. Hardy; comenzó recordando á cada instante al pensamiento de aquel infeliz, á quien queria privar de toda esperanza, los abominables desengaños que habia padecido: en lugar de mostrarle aquellas traiciones como escepciones de la vida; en lugar de calmarle, alentarle y reanimar aquella alma abatida; en lugar de escitar á Mr. Hardy á tratar de olvidar y de consolarse de sus penas cumpliendo sus deberes con la humanidad, con sus hermanos que habia amado y socorrido tanto ya, avivó el padre d'Aigrigny las llagas, frescas aun, de aquel infeliz, le pintó los hombres con los colores mas atroces, se los ponderó malvados, intrigantes, perversos, y logró hacer incurable su desesperacion.

Conseguido este objeto, dió el jesuita un paso mas. Conociendo la adorable bondad de corazon de Mr. Hardy, aprovechándose del estado de abatimiento en que estaba su espíritu, le habló del consuelo que hallaba un hombre cargado de penas desesperadas en creer, (añadia hábilmente el reverendo padre) que *solamente al fiel le es concedido utilizar su dolor*, en favor de otros tan desgraciados como él, y de hacerlo *dulce* para el Señor.

Toda la desesperacion y la impiedad, todo el atroz maquiavelismo politico que encubren esas mácsimas, haciendo de un Criador tan magnífico, tan bueno y tan paternal, un Dios implacable, siempre sediento de las lágrimas de la humanidad, lo velaba con esmero á los ojos de Mr. Hardy, cuyos generosos instintos subsistian siempre. Aquella alma tierna y generosa que esos sacerdotes indignos escitaban á una especie de suicidio moral, encontró al cabo de poco tiempo un amargo consuelo en esta ficcion: *que al menos sus pesares aprovecharían á otros hombres.* Al principio no le pareció esto sino una ficcion, pero un espíritu debilitado que se complace en semejante ficcion, tarde ó temprano la admite como realidad y soporta todas sus consecuencias.

Este era el estado físico y moral de Mr. Hardy, cuando recibió por la intervencion de un criado ganado por Agrícol Baudoin una carta en que le pedia este una entrevista.

Habia llegado el dia de la entrevista.

Dos ó tres horas antes del instante fijado para la visita de Agrícol, el padre d'Aigrigny entró en el cuarto de Mr. Hardy.

VII.

LA VISITA.

Cuando entró el padre d'Aigrigny en el cuarto de Mr. Hardy, estaba este sentado en un gran sillon: su actitud manifestaba un abatimiento indecible; encima de una mesa pequeña junto a él habia una pocion que habia recetado el doctor Baleinier; porque la constitucion debil de Mr. Hardy habia padecido mucho con los golpes que habia recibido; no parecía ya sino la sombra de sí mismo; en su cara muy pálida y muy enflaquecida se advertía al mismo tiempo una especie de triste tranquilidad. En poco tiempo se habian puesto enteramente grises sus cabellos, y sus miradas oscurecidas erraban acá y allá, lánguidas, casi apagadas: tenia la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento, y sus manos delgadas, fuera de las mangas de su bata parda, descansaban en los brazos del sillon.

Al acercarse á su pensionista, el padre d'Aigrigny le habia dado á su rostro la espresion mas melosa, mas afectuosa: abundaban en su mirar la dulzura y la amenidad; jamas se habia oido inflexion de voz tan cariñosa.

—¡Buenos dias, mi querido hijo! dijo á Mr. Hardy, abrazándole con una efusion hipócrita (es de suyo muy abrazador el jesuita): ¿como estais hoy?

—Como á lo ordinario, padre mio.

—¿Estais siempre satisfecho del servicio de las gentes que están encargadas de ello?

—Si, padre mio.

—¿No se ha turbado, querido hijo mio, ese silencio que tanto os gusta? Así lo espero.

—No.... os agradezco.....

—¿Vuestro cuarto es siempre de vuestro gusto?

—Siempre....

—¿No os hace falta nada?

—No, padre mio.

—Nos dá tanto gusto el ver que estais contento en nuestra casa, mi querido hijo, que quisiéramos adivinar vuestros deseos.

—No deseo nada...... padre mio..... nada sino dormir...... ¡Es el sueño tan benéfico! añadió Mr. Hardy agoviado.

—El sueño.... es el olvido: y en este mundo mas vale olvidar que acordarse, porque son todos los hombres tan ingratos, tan malvados, que casi todos los recuerdos son amargos, ¿no es verdad, hijo mio?

—¡Ay! demasiado cierto es, padre mio.

—Siempre admiro vuestra piadosa resignacion, mi querido hijo. ¡Ah! ¡cuan agradable es para Dios esa dulzura constante en la afliccion! ¡Creedme, tierno hijo mio! Vuestras lágrimas y vuestro inagotable dolor son para el Señor una ofrenda muy grata que será útil para vos y para vuestros hermanos.... Si, porque el hombre no ha nacido sino para padecer en este mundo... sufrir con reconocimiento para con Dios, que nos envia nuestras penas.... es rezar.... y quien reza no reza por si solo.... sino por toda la humanidad.

—Quiera al menos el cielo..... que no sean estériles mis padecimientos... Padecer es rezar...... repitió Mr. Hardy como hablando consigo mismo para meditar sobre aquella idea. Padecer es rezar... rezar por toda la humanidad.... sin embargo... me parecia en otro tiempo... añadió, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, que el destino del hombre...

—Continuad, mi querido hijo: decid vuestro pensamiento... entero, dijo el padre d'Aigrigny viendo que se interrumpia Mr. Hardy.

Despues de haber vacilado un momento, éste, que para hablar se habia enderezado un poco, se echó de nuevo hacia atrás en un sillon y dijo con voz totalmente abatida:

—¿De que sirve pensar? Es cosa fatigosa... y yo no tengo aliento.

—Decís verdad, mi querido hijo... ¿De que sirve pensar?... Mas vale creer.

—Si, padre mio: mas vale creer, padecer; pero sobre todo es necesario olvidar... olvidar...

No acabó su frase Mr. Hardy; apoyó lánguidamente la cabeza en el respaldo del sillon..... y se tapó los ojos con la mano.

—¡Ay, mi querido hijo! dijo el padre d'Aigrigny, llenos de lágrimas los ojos, poniéndose al mismo tiempo aquel escelente cómico de rodillas á los pies de Mr. Hardy: ¡ay! ¿como ha podido desconocer vuestro buen corazon aquel amigo que tan vilmente os ha engañado?... Pero siempre sucede eso, cuando va uno en bus-

ca del afecto de las criaturas en lugar de no pensar sino en el Criador... y aquel indigno amigo...

—¡Oh!... ¡Por compasion!.... no me hableis de aquella traicion:.. dijo Mr. Hardy interrumpiendo al padre d'Aigrigny con voz deprecatoria.

—¡Pues bien! No hablaré mas de él, mi querido hijo. Olvidad á aquel perjuro.... Olvidad á aquel infame, que tarde ó temprano le alcanzará la venganza de Dios, porque se ha burlado muy odiosamente de vuestra noble confianza..... Olvidad tambien á aquella desgraciada muger, cuyo crimen ha sido muy grande, porque por vos ha hollado deberes sagrados, y le reserva el señor un castigo terrible. .. un dia.

Interrumpiendo de nuevo Mr. Hardy al padre d'Aigrigny, le dijo con acento contenido que manifestaba sin embargo una emocion desgarradora:

—Es demasiado..... no sabeis, padre mio, el mal que me estais haciendo...... ¡oh, no!.... no lo sabeis.

—¡Perdonadme! ¡oh! perdonadme, hijo mio.... ¡pero ay!.... ya lo veis.... el recuerdo solo de esos afectos terrestres os causa aun en este mismo instante conmociones dolorosas.... ¿No os prueba todo esto que debeis buscar consuelos ciertos y seguros mas arriba de este mundo corruptor y corrompido?

—¡Oh, Dios mio! ¿Los hallaré jamas? respondió el infeliz con un abatimiento desesperado.

—¡Si los hallareis, carísimo hijo mio! esclamó el padre d'Aigrigny, fingiendo admirablemente la emocion; ¿podeis dudar de ello?..... ¡Oh! que dia tan hermoso será aquel en que, dando nuevos pasos en la via religiosa de la salvacion que labrais con vuestras lágrimas, todo lo que ahora os parece rodeado de tinieblas oscuras, os aparecerá iluminado con una luz inefable y divina.... ¡Oh! ¡Qué dia tan santo! ¡Qué dia tan feliz! cuando destruidos los últimos lazos que os ligan á esta tierra inmunda y cenagosa, sereis uno de nosotros, y, como nosotros, no aspirareis sino á las felicidades eternas.

—Si.... á la muerte....

—Decid á la vida eterna... al paraiso... dulce hijo mio, y ocupareis un asiento glorioso no léjos del Todopoderoso.... mi corazon paternal lo desea tanto como lo espera..... pues cada dia se halla vuestro nombre en mis oraciones y en las de todos nuestros padres.

—Hago al ménos cuanto puedo para llegar á esa fé ciega, á ese desprendimiento de todas las cosas, en donde me asegurais que hallaré el descanso.

—¡Pobre hijo mio! Si os permitiese vuestra modestia cristiana el comparar lo que sois ya en el dia á lo que erais cuando vinisteis á esta casa... y eso gracias solamente á vuestro deseo síncero de adquirir la fé, os quedaríais confundido... ¡Qué diferencia, Dios mio! A vuestra agitacion, á vuestros gemidos desesperados ha sucedido una calma religiosa, ¿no es verdad?

—Si.... es verdad: á veces, cuando he padecido mucho, no late ya mi corazon... estoy calmado..... tambien los muertos están calmados..... dijo Mr. Hardy dejándose caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Ah, mi querido hijo.... mi querido hijo!..... Me despedazais el corazon cuando os oigo á veces hablar de ese modo. Siempre temo que no echeis ménos aquella vida mundana tan fértil en abominables desengaños.... Por otra parte... hoy mismo.... habeis de hacer felizmente una esperiencia decisiva en esa parte.

—¿Cómo, padre mio?

—Aquel escelente artesano, uno de los mejores obreros de vuestra fábrica ha de venir hoy á veros.

—¡Ah, sí!, dijo Mr. Hardy, despues de haber reflexionado un minuto, porque, asi como su espíritu, se habia debilitado tambien su memoria; ha de venir Agricol.... Y aun creo que tendré placer en verle.

—¡Pues bien, hijo mio! Vuestra entrevista con él será la esperiencia de que yo hablo.... La presencia de ese buen muchacho os recordará la vida tan activa, tan ocupada, que poco tiempo há teníais; puede que esos recuerdos os inspiren desvíos hácia la piadosa tranquilidad de que estais gozando ahora: acaso desearéis el emprender de nuevo una carrera llena de emociones de todas especies, renovar otras amistades, buscar nuevos afectos, en fin, volver á vivir como en otro tiempo y tener una existencia bulliciosa y agitada. Si se os despiertan semejantes deseos, será porque no estais bastante maduro para el retiro.... entónces obedecedles, mi querido hijo; buscad de nuevo los placeres, las diversiones, las fiestas, os acompañarán mis votos en todos los parajes, aun en medio del tumulto del mundo; pero acordáos siempre, mi dulce hijo, que si un dia se vé de nuevo vuestro corazon desgarrado por torpes traiciones, os quedará abierto este pacífico asilo, y que en él me hallareis siempre dispuesto á llorar con vos la dolorosa vanidad de las cosas humanas....

A medida que hablaba el padre d'Aigrigny, le iba escuchando Mr. Hardy cada vez con mayor espanto. A la sola idea de arrojarse de nuevo en medio de las borrascas de una vida que tan dolorosamente habia esperimentado, se replegaba en si misma aquella alma trémula y abatida: por eso esclamó el desgraciado con tono casi deprecatorio:

—Yo, padre mio, volver á ese mundo en que tanto he padecido.... en donde he dejado mis últimas ilusiones.... yo.... meterme en sus fiestas, en sus placeres... ¡ah! es una burla cruel....

—No es una burla, hijo mio querido... Debeis pensar que la vista y las palabras de ese honrado artesano despertarán en vos ideas y pensamientos que creeis en este instante aniquilados para siempre. En tal caso, querido hijo mio, probad otra vez aun la vida mundana. ¿No os quedará siempre abierto este asilo despues de nuevas penas, despues de nuevos desengaños?

—¿Y de qué me servirá ¡gran Dios! el ir á esponerme á nuevos padecimientos?.... esclamó Mr. Hardy con una espresion estremadamente dolorosa: apenas puedo soportar los que estoy padeciendo: ¡Oh jamas!.... ¡jamas!.... El olvido de todo.... de mi mismo.... la nada del sepulcro..... hasta el sepulcro..... eso es todo lo que yo deseo para en adelante....

—Asi os parece, querido hijo mio, porque ninguna voz esterior ha llegado hasta ahora para turbar vuestra tranquila soledad.... ó á debilitar vuestras santas esperanzas, las cuales os dicen que despues de la tumba estareis con el Señor.... pero ese obrero, pensando menos en vuestra salvacion que en su interés y en el de los suyos.... llegará pronto.

—¡Ay, padre mio! dijo Mr. Hardy, interrumpiendo al jesuita: he sido bastante feliz para poder hacer por mis obreros cuanto puede humanamente hacer un hombre.... no me ha permitido el destino continuar por mas tiempo.... he pagado mi tributo á la humanidad: ahora están agotadas mis fuerzas.... y no pido en el dia sino olvido, descanso.... ¡Es demasiado ecsigir, Dios mio! esclamó el infeliz con una espresion indecible de fatiga y de desesperacion.

—Sin duda, hijo mio, ha sido sin igual vuestra generosidad.... pero en nombre

de esa misma generosidad os querrá imponer ese artesano nuevos sacrificios: si.... porque para los corazones como el vuestro, lo pasado crea obligaciones para lo futuro, y será casi imposible el negaros á las intancias de vuestros obreros.... os vereis en la necesidad de hallar de nuevo una actividad incesante, para levantar de sus ruinas el edificio, de comenzar de nuevo á fundar hoy lo que fundasteis haceveinte años, cuando teniais toda la fuerza, todo el ardor de la juventud, de renovar aquellas numerosas relaciones de comercio en que tan amenudo se vió ofendida vuestra lealtad, de volver á tomar aquellas cadenas de toda especie que encadenan á los grandes industriales á una vida de inquietudes y de trabajo.

«Pero tambien, ¡qué compensaciones!.... Dentro de pocos años llegareis, á fuerza de trabajo, al punto en que estabais, cuando os sucedió aquella terrible catástrofe.... Y ademas de eso lo que sobre todo os debe animar, es que durante ese rudo trabajar, no sereis al menos, como en otro tiempo, engañado por un amigo indigno, cuya finjida amistad os parecia tan dulce, y era la delicia de vuestra ecsistencia... No tendreis ya que echaros en cara un afecto adúltero, en el que cada dia creiais tomar nuevas fuerzas, nuevo aliento para hacer el bien... ¡ay! ¡como si lo que es culpable pudiese jamás tener buen fin!... ¡No, no! Llegado ya al punto en que declina vuestra carrera, desengañado de la amistad, reconociendo la nada de las pasiones culpables, solo, siempre solo, vais á arrostrar de nuevo valerosamente la borrasca de la vida. Sin duda al salir de este asilo tranquilo y silencioso, en donde ningun ruido turba vuestro recojimiento, vuestro reposo; será grande al principio el contraste... pero ese contraste mismo....

—Basta.... ¡oh!..... ¡de gracia!..... ¡Basta!.... interrumpió Mr. Hardy con voz débil al padre d'Aigrigny, solo con oiros hablar de las agitaciones de semejante vida, padre mio, esperimento crueles vértigos.... apenas puedo resistir.... mi cabeza.... ¡Oh no!... ¡no!.... la calma.... ante todo.... la calma.... aunque sea, os lo repito aun, la de la tumba... .

—Pero entonces, ¿cómo habeis de resistir á las instancias de ese artesano?... Los que han recibido beneficios tienen derechos con respecto á sus bienhechores...... No podeis negaros á sus súplicas....

—Pues bien.... padre mio.... si es necesario.... no le veré... Esperaba una especie de placer con ese abocamiento..... ya lo veo ahora, es mas prudente renunciar á él....

—Pero no renunciará el otro... insistirá en veros.

—Tendreis la bondad, padre mio... de decirle que estoy indispuesto. que me es mposible el ver á nadie.... estoy padeciendo demasiado.

—Escuchad, hijo mio.... reinan desgraciadamente en nuestra época grandes preocupaciones en cuanto á los pobres servidores de Jesucristo.... Por lo mismo que, despues de haberos traido por casualidad herido y medio muerto á esta casa, habeis querido voluntariamente permanecer enella... si ven que reusais una conversacion que habiais aceptado en un principio, podian creer que estais sometido á una influencia estraña; por absurda que sea esta suposicion, se puede hacer, y no queremos que se acredite.... con que lo mejor es el recibir á ese artesano....

—¡Padre mio! lo que ecsigis de mi es superior á mis fuerzas.... Me siento en este instante aniquilado.... me ha estenuado nuestra conversacion.

—Pero, mi querido hijo, luego llegará ese obrero: le diré que no le queréis re-

cibir, enhorabuena; pero no lo creerá él...

—¡Ay, padre mio! ¡tened compasion de mí!... Os aseguro que me es imposible el ver á nadie... estoy padeciendo demasiado.

—Pues bien... vamos... busquemos un medio... si le escribieseis, se le daria vuestra carta al instante... le indicariais otra cita... para mañana... supongo.

—Ni mañana ni nunca; esclamó el infeliz fuera de sí: no quiero yo ver á nadie... quiero estar solo... siempre solo... pues á nadie perjudica eso... ¿por qué no me han de conceder esa libertad?

—Calmáos, hijo mio... seguid mis consejos; no veais hoy á ese escelente muchacho, puesto que os asusta esa conversacion, pero no comprometais el porvenir: acaso mañana podréis cambiar de modo de pensar; que sea vago vuestro modo de rehusar...

—Como querais, padre mio.

—Pero aunque está lejana la hora á que ha de venir ese artesano, añadió el padre d'Aigrigny, mas vale escribirle la carta inmediatamente.

—No tendré la fuerza necesaria para ello, padre mio.

—Ensayad.

—Imposible..... me siento demasiado débil.

—Veamos... ¡un poco de ánimo! dijo el reverendo padre.

Y fué á cojer en el escritorio todo lo necesario para escribir: puso una cartulina y una hoja de papel encima de las rodillas de Mr. Hardy, teniendo en la mano el tintero y la pluma que le presentaba.

—Os aseguro, padre mio... que no podré escribir: dijo Mr. Hardy con voz estenuada.

—Algunas palabras solamente; replicó el padre d'Aigrigny con una persistencia implacable; y puso la pluma entre los dedos inértes de Mr. Hardy.

—¡Ay, padre mio! está tan turbada mi vista que no veo nada.

Y tenia razon el desgraciado porque estaban sus ojos llenos de lágrimas por las dolorósas emociones que las palabras del jesuita habian despertado en él.

—Tranquilizáos, hijo mio..... yo guiaré vuestra mano querida..... dictad solamente...

—Padre mio: escribid vos mismo, os lo ruego... yo firmaré...

—No, mi querido hijo. . por mil razones..... es necesario que todo esté escrito de vuestra mano... pocas líneas bastarán.

—Pero, padre mio...

—¡Vamos!... es necesario, ó sino dejaré entrar á ese artesano; dijo con sequedad el padre d'Aigrigny, viendo por la debilidad cada vez mas notable del entendimiento de Mr. Hardy, que podia, en esta circunstancia grave tratar de emplear la firmeza, salvo el volver despues á emplear medios mas suaves.

Y fijó con aire severo sus pupilas anchas, grises, redondas y brillantes en Mr. Hardy: estremecióse el infeliz bajo la influencia de aquella mirada fascinadora, y respondió suspirando:

—Escribiré... padre mio... escribiré... pero os lo suplico... dictadme... tengo la cabeza tan débil... dijo Mr. Hardy enjugando las lágrimas con la mano ardiente y febril.

Dictóle el padre d'Aigrigny las líneas siguientes:

« ¡Mi querido Agricol! he reflexionado « que seria inútil una conversacion entre « nosotros dos, no serviria sino á despertar « dolores agudos, que he llegado á olvidar « con la ayuda de Dios y de los dulces « consuelos que me ofrece la religion... »

Interrumpióse por un instante el reverendo padre: Mr. Hardy se iba poniendo cada vez mas pálido y su mano desfallecida podia apenas sostener la pluma: ba-

ñaba su frente un sudor frio. Sacó el padre d'Aigrigny un pañuelo del bolsillo, y, enjugando el rostro á su víctima, le dijo tomando de nuevo un tono afectuoso:

—Vamos, mi querido y dulce hijo: un poco de ánimo: yo no os he escitado á rehusar esta conversacion... ¿no es verdad? al contrario... pero ya que por vuestra tranquilidad quereis aplazarla, tratad de concluir esta carta... porque al fin ¿qué es lo que yo deseo? veros gozar en adelante de una calma inefable y religiosa despues de tan penosas agitaciones.

—Sí, padre mio..... lo sé..... sois bueno..... respondió Mr. Hardy con voz reconocida; perdonad mi debilidad.

—¿Podreis continuar esta carta mi querido hijo?

—Sí..... padre mio.

—Escribid pues.

Y el reverendo padre continuó dictando:

« Gozo de una paz profunda, tienen mu« cho cuidado de mí, y, gracias á la mise« ricordia divina, espero morir muy cristia« namente, lejos del mundo, cuya vani« dad reconozco... No os digo adios; pero « hasta mas ver, mi querido Agricol..... « porque deseo mucho deciros los votos « que hago por vos y por todos vuestros « escelentes camaradas..... Sed mi intér« prete para con ellos: al instante que juz« gue oportuno recibiros, os lo escribiré: « hasta entonces creedme, como siempre, « afecto vuestro..... etc. »

Y despues dirigiéndose á Mr. Hardy, le dijo el padre d'Aigrigny:

—¿Os parece conveniente esta carta, hijo mio?

—Sí, padre mio.....

—Tened pues la bondad de firmarla.

—Sí, padre mio.....

Y el desgraciado, despues de haber firmado, sintió agotadas sus fuerzas y se echó hácia atras estenuado.

—No basta eso, querido hijo mio; añadió el padre d'Aigrigny sacando un papel del bolsillo; es necesario que firmeis este nuevo poder que otorgais á nuestro reverendo padre procurador para arreglar los negocios que sabeis.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!... Aun; esclamó Mr. Hardy con una especie de impaciencia febril y enfermiza.—Pues ya lo veis, padre mio, están agotadas mis fuerzas.

—No teneis mas que firmar despues de haber leido, mi querido hijo.

Y presentó el padre d'Aigrigny á Mr. Hardy un gran papel sellado cubierto de una letra casi ilegible.

—Padre mio..... no podré leer eso..... hoy.

—Pero es menester, querido hijo mio... perdonad mi indiscrecion; pero estamos muy pobres..... y.....

—Voy á firmar..... padre mio.....

—Pero es necesario leer lo que firmais, hijo mio.

—¿Para qué? ¿Para qué?... Dadme... dadme..... dijo Mr. Hardy, rendido, por decirlo así, por la inflexible terquedad del reverendo padre.

—Puesto que lo quereis absolutamente, mi querido hijo..... dijo este presentándole el papel.

Firmó Mr. Hardy y cayó de nuevo en su abatimiento.

En aquel mismo instante un criado, despues de haber llamado, entró y dijo al padre d'Aigrigny:

—El señor Agricol Baudoin desea hablar á Mr. Hardy; dice que está citado para esta hora.

—Esta bien..... que espere, dijo el padre d'Aigrigny con tanto despecho como sorpresa, y con un ademan hizo seña al criado que se fuese; disimulando despues el vivo disgusto que esperimentaba, dijo á Mr. Hardy:

«¡Querido hijo mio! ese digno artesano tiene mucha prisa de veros, puesto que ha venido dos horas antes de la señalada..... Vamos; aun es tiempo... ¿queréis recibirle?

—Pero, padre mio; dijo Mr. Hardy con una especie de irritacion dolorosa; ya veis en que estado de debilidad me hallo... tened pues compasion de mí... ¡Reposo, por Dios!... os lo ruego, aun que sea el reposo del sepulcro; pero por el amor de Dios..... ¡reposo!

—Un dia gozaréis de la paz eterna de lo escogidos, mi querido hijo: dijo afectuosamente el padre d'Aigrigny; porque vuestras lágrimas y vuestras miserias son agradables al Señor.

Diciendo esto, salió.

Quedóse solo Mr. Hardy, juntó las manos desesperado, y deshaciéndose en lágrimas, dejándose caer de su sillon de rodillas al suelo, esclamó:

—¡Oh Dios mio... Dios mio! Sacadme de este mundo.... soy demasiado desgraciado.

Apoyando despues la cabeza en el asiento del sillon, se cubrió la cara con las manos, y continuó llorando amargamente.

Oyóse de repente un ruido de voces, que iba siempre aumentando, y despues como una especie de lucha; pronto se abrió violentamente la puerta, empujada por el padre d'Aigrigny, quien entró vacilando y hácia atrás.

Acababa de rechazarle Agricol con su brazo vigoroso.

—Señor... ¿teneis la osadía de emplear la fuerza y la violencia? esclamó el padre d'Aigrigny despavorido de cólera.

—Osaré todo por ver á Mr. Hardy, dijo el herrero.

Y se arrojó hácia su antiguo amo que vió arrodillado en medio del cuarto.

—

VIII.

AGRICOL BAUDOIN.

Conteniendo apenas su despecho, su cólera, el padre d'Aigrigny no solamente lanzaba miradas furiosas y amenazadoras á Agricol, sino que tambien daba de cuando en cuando una ojeada inquieta é irritada por la parte de la puerta, como si hubiese tenido miedo que llegase á cada instante otro personaje, cuya llegada temia tambien.

El herrero, asi que pudo ver á su antiguo amo, retrocedió espantado y dolorosamente sorprendido, viendo el rostro de Mr. Hardy devorado por los pesares.

Durante algunos segundos quedaron silenciosos los tres actores de esta escena.

No imaginaba aun Agricol la debilidad moral de Mr. Hardy, estando acostumbrado el buen artesano á encontrar tanta elevacion de espíritu como bondad de corazon en aquel escelente hombre.

El padre d'Aigrigny fué quien rompió el silencio el primero, diciendo á su pensionista lentamente, y apoyandose en cada una de sus palabras:

—Comprendo, mi querido hijo, que despues de haberme manifestado hace poco tan positiva y tan espontáneamente el deseo de no recibir á.... al señor.... comprendo en verdad que os sea penosa su presencia... Espero pues que por deferencia... ó al menos por reconocimiento para con vos.... el señor (é indicó con un ademan á Agricol) pondrá fin, retirándose, á esta situacion poco conveniente y demasiado prolongada ya.

No respondió Agrícol al padre d'Aigrigny volvióle la espalda, dirigiéndose á Mr. Hardy á quien contemplaba algunos momentos hacia, con una profunda emocion, mientras corrian de sus ojos gruesas lágrimas:

—¡Ah, señor!... Cuan bueno es el veros, aunque pareceis aun muy postrado. ¡Como se calma, se tranquiliza el corazon!... ¡Que felices serian mis compañeros, si estuviesen donde yo estoy!.... ¡Si supieseis todo lo que me han dicho para vos!... porque para quereros y para veneraros, no tenemos todos nosotros mas que una alma.

Dió el padre d'Aigrigny á Mr. Hardy una ojeada que queria decir: «¿Que os habia dicho yo? Y despues dirigiéndose con impaciencia á Agricol y acercándose á él:

—Ya os he hecho notar antes que vuestra presencia en este lugar es poco conveniente.

Pero Agricol sin responderle, y sin volverse hácia él:

—¡Mr. Hardy! tened la bondad de decirle á ese hombre que se vaya... mi padre y yo le conocemos, bien lo sabe él.

Y despues, volviéndose solamente entonces al reverendo padre, le dijo Agricol con dureza, mirándole de los pies á la cabeza con una indignacion mezclada con hastio:

«Si teneis mucho empeño en oir lo que tengo que decir á Mr. Hardy en cuanto á vos.... podreis venir dentro de poco, caballero; ahora tengo que hablar á mi antiguo amo de cosas particulares y entregarle una carta de la señorita de Cardoville, que os conoce tambien... con harta desgracia suya».

Se quedó impasible el jesuita, y respondió:

—Tomaré el permiso, caballero, de deciros que cambiais un poco los papeles... Yo estoy aqui en mi casa en donde tengo el honor de recibir á Mr. Hardy. Yo soy pues quien tendria derecho y facultad para haceros salir de aquí inmediatamente, y...

—¡Padre mio, por favor! dijo con deferencia Mr. Hardy, escusad á Agricol: le lleva demasiado lejos el afecto que me tiene; pero ya que está aqui, y me tiene que comunicar cosas particulares, permitidme, padre mio, el tener un rato de conversacion con él.

—¿Qué os lo permita yo? dijo el padre d'Aigrigny haciendo el sorprendido. ¿Y porque pedirme ese permiso? ¿No sois enteramente libre de hacer lo que os acomode? ¿No sois vos quien hace un instante, á pesar mio, escitándoos yo á que recibiéseis al señor, habeis rehusado formalmente esta conversacion?

—Es verdad, padre mio.

Despues de semejante respuesta, hubiera sido inhabilidad del padre d'Aigrigny el insistir de nuevo: se levantó por consiguiente, apretó la mano á Mr. Hardy, y le dijo con un ademan espresivo:

—Hasta luego, hijo mio.... pero acordaos.... de vuestra conversacion de hace poco y de cuanto os he pronosticado.

—Hasta luego, padre mio..... Estad tranquilo: respondió tristemente Mr. Hardy.

Salió el reverendo padre.

Aterrado y confundido Agrícol, se preguntaba á sí mismo si era verdaderamente su antiguo amo el que con tanta deferencia y tanta humildad llamaba *Padre mio* al padre d'Aigrigny. Y despues á medida que iba ecsaminando el herrero con mayor atencion las facciones de Mr. Hardy, notaba en su apagada fisonomía una espresion de decaimiento, que le partía el corazon y le espantaba al mismo tiempo; y asi le dijo, tratando de ocultar su penosa sorpresa:

—En fin, señor..... vamos á veros de nuevo.... pronto vamos á veros en medio de nosotros ¡Ah! ¡Cuántos dichosos va á hacer vuestra vuelta!... ¡Cuantas inquietudes se van á calmar!.... que, si fuera posible, os amariamos mas aun, ahora que hemos temido perderos.

—¡Escelente y digno muchacho! dijo Mr. Hardy, sonriéndose con melancólica bondad y alargando la mano á Agricol; jamás he dudado un solo instante de vos, ni de vuestros camaradas.... su reconocimiento me ha recompensado siempre cuantos beneficios he podido hacerles.

—Y los que les hareis aun, señor..... porque vos....

Interrumpió á Agrícol Mr. Hardy y le dijo:

—Escuchadme: antes de continuar esta conversacion, os debo hablar francamente, para no daros ni á vos ni á vuestros camaradas esperanzas que no se han de realizar... Estoy decidido á vivir, de aqui en adelante, sino en el claustro al menos en el mas profundo retiro, porque estoy muy cansado: ya lo veis..... muy cansado.

—Pero nosotros, señor, no estamos aun cansados de amaros; esclamó Agrícol cada vez mas asustado de las palabras y del abatimiento de Mr. Hardy. Nosotros somos ahora los que nos hemos de sacrificar por vos, y ayudaros á fuerza de trabajo, de celo y de desprendimiento, á levantar de nuevo vuestra fábrica, vuestra noble y generosa obra.

Sacudió tristemente la cabeza M. Hardy.

—Os lo repito, amigo mio, respondió, se concluyó para mi la vida activa; en poco tiempo he envejecido veinte años, como estais viendo; no tengo ya ni la fuerza, ni la voluntad, ni el ánimo de comenzar de nuevo, como en el tiempo pasado: he hecho, y me felicito de haberlo hecho, cuanto he podido por el bien de la humanidad.... He pagado mi deuda... pero por ahora no me queda ya mas que un deseo.... el descanso.... una esperanza, los consuelos de la paz que proporciona la religion.

—¡Como, señor! dijo Agrícol asombrado en el mayor grado, ¡os gusta mas vivir aqui, en este lúgubre aislamiento, que en medio de nosotros, que os amamos tanto!.... ¿Creeis que sereis mas feliz aqui, en medio de esos clérigos, que en vuestra fábrica, que nacerá de sus ruinas y se pondrá mas floreciente que nunca?

—No hay en este mundo felicidad posible para mi, respondió con amargura Mr. Hardy.

Despues de haber vacilado un momento, Agrícol dijo con viveza y en voz alterada:

—Señor... os engañan... os engañan de un modo infame.

—¿Qué quereis decir, amigo mio?

—Os digo, Mr. Hardy, que los clérigos que os rodean tienen siniestros proyectos.... Pero, ¡por Dios, señor! ¿ignorais acaso en donde estais aqui?

—En casa de los buenos relijiosos de la Compañía de Jesus.

—¡Si, vuestros enemigos mas encarnizados!

—¡Enemigos!... y se sonrió Mr. Hardy con una indiferencia dolorosa. No tengo ya nada que temer á mis enemigos.... ¿En donde me darian el golpe? ¡oh, Dios mio! no hay ya sitio para recibirlo.

—Quieren privaros de vuestra porcion de una inmensa herencia, señor, respondió el herrero: es un plan hecho con una habilidad infernal. Las hijas del mariscal Simon, la señorita de Cardoville, vos, el abate Gabriel, mi hermano adoptivo..... en fin todos cuantos pertenecen á vuestra familia, han estado ya en peligro de perecer víctimas de sus complóts: os aseguro que esos clérigos no tienen mas objeto que el abusar de vuestra confianza..... por eso despues del incendio de vuestra fábrica han conseguido traeros aqui herido, casi moribundo, á esta casa, y ocultaros a los ojos de todos.... Si, por eso... han...

Mr. Hardy interrumpió á Agrícol.

—Os equivocais en lo que mira á esos buenos relijiosos, amigo mio: han tenido de mí el mayor cuidado..... y en cuanto á la pretendida herencia.... añadió Mr. Hardy con una indolencia triste, ¿qué me importan en este momento los bienes de este mundo, amigo mio?... Las cosas y los afectos de este valle de miseria y de lágrimas..... no son ya nada para mí..... Ofrezco mis padecimientos al Señor, y espero que me llame á sí en su misericordia.....

—No.... no.... señor..... es imposible que hayais cambiado á tal punto: dijo Agricol que no podia resolverse á creer lo que oia: ¡vos, señor! ¡vos creer esas máximas desconsoladoras! ¡vos que nos haciais siempre amar y admirar la bondad de un Dios paternal..... y nosotros os creiamos porque os habia enviado él entre nosotros!...

—Mi deber es el someterme á su voluntad, puesto que me ha sacado de entre vosotros, amigo mio; sin duda porque, á pesar de mis buenas intenciones, no lo servia yo como debe ser servido..... Pensaba yo siempre mas en la criatura que en el Criador.....

—Pero ¿cómo hubierais podido, señor, servir y honrar mejor á Dios? esclamó el herrero cada vez mas desconsolado: ¡alentar y recompensar el trabajo y la probidad; hacer mejores á los hombres asegurando su felicidad; tratar á vuestros obreros como á hermanos; desarrollar su inteligencia, inspirarles el gusto de lo bello y de lo bueno, aumentar su bienestar, propagar entre ellos, con vuestro ejemplo, los sentimientos de igualdad, de fraternidad y de comunidad angelical!..... ¡Ah, señor! para tranquilizaros, recordad solamente los beneficios que habeis hecho, las bendiciones diarias de toda una pequeña poblacion que os era deudora de la felicidad inesperada que gozaba.

—¡Amigo mio! ¿de qué sirve recordar lo pasado?... respondió con dulzura Mr. Hardy; si he obrado bien á los ojos del Señor, puede que lo tome en cuenta..... Léjos de glorificarme... debo humillarme en el polvo, porque temo haber andado en una via mala, fuera de su iglesia..... acaso me habrá estraviado la soberbia á mi que soy ínfimo y obscuro, mientras se han sometido á esa iglesia tantos grandes genios; por eso me propongo espiar mis faltas en las lágrimas, en el aislamiento y en la mortificacion: sí..... porque espero que me las perdonará un dia el Dios vengador..... y que mis padecimientos no serán perdidos, á lo menos para los que son aun mas culpables que yo.

No encontraba Agricol una sola palabra para responderle; contemplaba á Mr. Hardy con un espanto mudo y cada vez mayor á medida que le iba diciendo todas aquellas banalidades desesperadoras con voz casi apagada..... á medida que examinaba aquella fisonomia abatida, se preguntaba con un secreto terror, con que fascinaciones aquellos clérigos, esplotando los pesares y el abatimiento moral de aquel infeliz, habian conseguido aislarlo de todo y de todos, esterilizar, aniquilar asi uno de los mas generosos entendimientos, uno de los espíritus mas benéficos, mas ilustrados que jamas se habian sacrificado á la felicidad de la especie humana.

Era tan profundo el asombro del herrero, que no tenia ni ánimo ni voluntad de continuar una discusion, tanto mas dolorosa para él, cuanto que á cada instante penetraban mas sus ojos el abismo de incurable desconsuelo en que los reverendos padres habian sepultado á Mr. Hardy.

Este, por su parte, volviendo á caer en su triste apatía, estaba silencioso, mientras erraban sus ojos acá y allá en las siniestras máximas de la imitacion.

Rompió al fin Agricol el silencio, y sa-

cando del bolsillo la carta de la señorita de Cardoville, carta en la que ponia él su última esperanza, la presentó á Mr. Hardy diciéndole:

—Señor..... una de vuestras parientes, que no conoceis sino de nombre, sin duda, me ha encargado que os entregue esta carta.....

—¿De qué servirá... esa carta... amigo mio?

—Os lo suplico señor..... haceos cargo de ella. Está esperando vuestra respuesta la señorita de Cardoville: se trata de intereses muy graves!

—No hay para mí..... sino un solo interés muy grave..... amigo mio..... dijo Mr. Hardy levantando hácia el cielo sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Mr. Hardy, respondió el herrero cada vez mas conmovido, ¡leed esta carta, leedla en nombre del reconocimiento que os tenemos todos nosotros, en el cual criaremos tambien á nuestros hijos... que no habrán tenido como nosotros la felicidad de conoceros... Sí... leed esta carta... y si despues no mudais de opinion..... ¡Mr. Hardy!... ¡pues bien! ¿qué le hemos de hacer?... Estará todo concluido... para nosotros..... pobres trabajadores..... Habremos perdido para siempre á nuestro bienhechor... al que nos trataba como hermanos... al que nos amaba como amigos..... al que predicaba generosamente un ejemplo que otros corazones hubieran seguido tarde ó temprano..... de modo que poco á poco, y de grado en grado, gracias á vos, habria comenzado la emancipacion del pueblo... En fin, no importa; para nosotros, hijos del pueblo, vuestra memoria será siempre sagrada..... ¡ah, sí!... y no pronunciaremos jamas vuestro nombre sino con respeto, con enternecimiento..... porque jamás podremos menos de tener lástima de vos.....

Hacia algunos momentos que no podia hablar Agricol sino sollozando, ni pudo concluir lo que estaba diciendo, porque llegó á lo sumo su emocion; á pesar de la vigorosa energía de su carácter, no pudo contener sus lágrimas, y esclamó:

—Perdonad, perdonad si lloro, pero no es por mí solo... no por mí solo, porque se me está despedazando el corazon al pensar en todas las lágrimas que derramarán por largo tiempo tantos hombres de bien diciendo: «¡Ya no veremos mas a Mr. Hardy... nunca jamás!»

Eran tan sínceros el acento y la emocion de Agricol, tan noble y tan franco su rostro cubierto de lágrimas, tan patética la espresion de su ternura afectuosa que, por la primera vez desde que habia venido á habitar en la casa de los RR. PP., sentia, por decirlo así, Mr. Hardy, el corazon un poco alentado y reanimado: parecíale que un rayo vivificador del sol penetraba en fin las tinieblas glaciales en medio de las cuales vejetaba hacia ya largo tiempo.

Mr. Hardy alargó á Agricol la mano y le dijo con voz alterada:

—Amigo mio.... gracias.... esta nueva prueba de vuestro apasionado cariño..... esos pesares... todo eso me conmueve.... pero con una emocion dulce... y sin amargura... me hace mucho bien...

—¡Ah, señor!..... esclamó el herrero con una vislumbre de esperanza, no os contengais, escuchad la voz de vuestro corazon.... ella os dirá que hagais la felicidad de todos los que os quieren, y para vos.... ver gentes felices.... es ser feliz... Mirad..... leed la carta de esta generosa señorita... puede que acabe ella lo que yo he comenzado... y si no basta esto... veremos...

Diciendo esto, interrumpióse Agricol dando una mirada de esperanza hácia la puerta, y despues añadió, presentando de nuevo la carta á Mr. Hardy:

—¡Oh! os lo ruego señor..... leed. La señorita de Cardoville me ha encargado que os confirme cuanto contiene su carta.

—No... no debo yo... no deberia leerla, dijo Mr. Hardy vacilando. ¿De qué sirve... darme pesares?... porque es cierto, ¡ay!... os amaba mucho á todos... y habia hecho muchos proyectos para vos en el porvenir; añadió Mr. Hardy enterneciéndose involuntariamente; y despues continuó, luchando contra aquel movimiento de espansion: pero, ¿de qué sirve el pensar en eso?..... lo pasado no puede volver.

—¿Quién sabe, Mr. Hardy? ¿quién sabe? respondió Agricol, cada vez mas contento al ver la escitacion de su antiguo amo: leed en primer lugar la carta de la señorita de Cardoville.

Cediendo Mr. Hardy á las instancias de Agricol, tomó la carta casi á pesar suyo, la abrió y la leyó: poco á poco manifestó su semblante sucesivamente el enternecimiento, el reconocimiento y la admiracion; y se interrumpió muchas veces para decir á Agricol, con una espansion que parecia sorprenderle á él:

—¡Oh! ¡Es cosa muy buena!... ¡muy hermosa!...

Concluida de leer la carta, dijo Mr. Hardy á Agricol acompañando sus palabras con una sonrisa melancólica.

—¡Qué corazon tiene la señorita de Cardoville! ¡Cuánta bondad! ¡Cuánta agudeza!... ¡Qué pensamiento tan elevado!... ¡Ah!... ¡Jamás olvidaré la nobleza de sentimientos que le inspiran el hacerme ofertas tan generosas... á mí!..... ¡Quiéra Dios al menos que sea ella feliz... al menos en este mundo!...

—¡Ah, creedme, señor! replicó Agricol con impetuosidad. Un mundo que encierra en su seno semejantes almas y otras muchas tambien, que, aunque no tienen el inapreciable mérito de esa señorita, merecen sin embargo el afecto de las gentes honradas, no es únicamente fango, maldad y corrupcion... es al contrario, el mejor elogio de la humanidad. Este mundo es el que os está llamando, el que os está aguardando: ¡vamos, Mr. Hardy! escuchad los consejos de la señorita de Cardoville, aceptad sus ofertas, volved entre nosotros..... volved á la vida.... que esta casa es la muerte...

—Volver á un mundo en que he padecido tanto... abandonar la calma de este retiro..... dijo vacilando Mr. Hardy; no, no... no lo podria... ni lo debo hacer...

—¡Oh! no he confiado decidiros por mi solo, esclamó el herrero, cuyas esperanzas iban aumentándose cada vez mas... ahí tengo un poderoso ausiliar, é indicó la puerta, que he reservado para dar el último golpe... y vendrá cuando lo querráis.

—¿Qué quereis decir, amigo mio? preguntó Mr. Hardy.

—¡Oh! es tambien otro buen pensamiento de la señorita de Cardoville... jamas tiene otros. Sabiendo en que peligrosas manos habíais caido, conociendo la pérfida astucia de las gentes que os quieren captar, me ha dicho: «señor Agricol, «el carácter de Mr. Hardy es tan leal y «tan bueno, que acaso se dejará engañar «fácilmente..... porque les repugna á los «corazones rectos el creer infamias... ademas de eso podrá creer que estais interesado en decidirle á aceptar las ofertas «que le hago... pero hay un hombre, cuyo carácter sagrado deberá en esta circunstancia inspirar una confianza absoluta á Mr. Hardy... porque aquel admirable sacerdote es pariente nuestro, y «ha estado en peligro de ser tambien él «víctima de los enemigos implacables de «nuestra familia.»

—¿Y quién es ese sacerdote? preguntó Mr. Hardy.

—El abate Gabriel de Renepont, mi hermano adoptivo, esclamó con orgullo el herrero. Ese si que es un noble sacerdote... ¡Ah señor!.... Si lo hubieseis conocido, antes de desesperar..... hubiérais esperado. No hubiera podido resistir vuestro pesar á sus consuelos.

—¿Pero ese sacerdote... en donde está? preguntó Mr. Hardy con tanta curiosidad como sorpresa.

—Ahí, en la antecámara. Cuando lo ha visto el padre d'Aigrigny, se ha puesto furioso: nos ha ordenado que saliésemos inmediatamente; pero mi buen Gabriel ha respondido que acaso tendria que hablar con vos de intereses graves, y que por consiguiente esperaria... yo, con menos paciencia que el abate, he dado un empujon al padre d'Aigrigny que me queria estorbar el entrar aquí, porque tenia tantos deseos de veros..... Ahora..... señor..... vais á ver á Gabriel..... ¿no es verdad? No hubiera querido él entrar sin recibir órden vuestra..... Voy á decirle que entre..... Hablais de religion.... ¡La suya si que es verdadera, porque hace bien, anima y consuela..... ya veréis!... en fin, gracias á él y á la señorita de Cardoville vamos á veros entre nosotros, esclamó el herrero, no pudiendo ya contener su alegre esperanza.

—Amigo mio..... no..... yo no sé, temo..... dijo Mr. Hardy titubeando cada vez mas, pero sintiéndose involuntariamente reanimado, alentado con las palabras cordiales del herrero.

Aprovechándose este de la feliz escitacion de su antiguo amo, corrió á la puerta, la abrió y dijo:

—Gabriel..!. hermano mio... mi buen hermano..... ven, ven; desea verte Mr. Hardy.....

—¡Amigo mio! replicó titubeando de nuevo Mr. Hardy, quien sin embargo, parecia satisfecho de ver que le arrancaban por fuerza su consentimiento: amigo mio... ¿qué haceis?

—Llamo á vuestro salvador y al nuestro, respondió Agricol embriagado de felicidad, y seguro del buen éxito de la intervencion de Gabriel con Mr. Hardy.

Acudiendo á la voz de su hermano, entró pronto el abate Gabriel en el cuarto de Mr. Hardy.

IX.

EL ESCONDITE.

Como ya hemos dicho anteriormente, junto a los cuartos que ocupaban los pensionistas en la casa de los reverendos padres habia escondites, que facilitaban el espionaje incesante que pesaba dia y noche sobre los individuos á quienes querian observar aquellos religiosos. A esta clase pertenecia Mr. Hardy: junto á su aposento habian hecho un retrete misterioso en donde cabian dos personas; una especie de cañon de chimenea ancho daba luz y aire á ese gabinete, al cual venia á parar el orificio de un caño acústico dispuesto con tal arte, que todas las palabras que se decian en el cuarto inmediato llegaban al gabinete con toda la claridad posible: en fin varios agujeros redondos, hechos con mucha destreza y encubiertos en varios parages, permitian tambien ver cuanto pasaba en el cuarto.

Estaban entonces en el escondite el padre d'Aigrigny y Rodin.

Al instante que entró tan bruscamente Agricol y declaró con tanta firmeza Gabriel que entraria al cuarto de Mr. Hardy, si lo llamaba este, no queriendo dar un escándalo para evitar la entrevista de Mr. Hardy con el herrero y el jóven misionero, entrevista cuyas consecuencias podian ser tan funestas á los proyectos de la Compañía, el padre d'Aigrigny fué á consultar á Rodin.

Este, durante su rápida y feliz convalecencia habitaba la casa inmediata reser-

vada á los RR. PP. Conoció la estrema gravedad de la situacion, y aunque reconocia que el padre d'Aigrigny habia seguido hábilmente sus instrucciones para impedir la entrevista de Agricol con Mr. Hardy, lo cual se hubiera llevado á efecto si no hubiese llegado demasiado pronto el herrero, queriendo Rodin ver, oir, juzgar y tomar determinacion por sí mismo, fué al instante á emboscarse con el padre d'Aigrigny en el consabido escondite, despues de haber enviado inmediatamente un emisario al arzobispo de Paris con un objeto que mas tarde se verá.

Habian llegado al escondite los dos reverendos padres, cuando estaban en medio de su conversacion Agricol y Mr. Hardy.

Tranquilizóles desde un principio la triste apatía en que estaba sumido el último, pero pronto vieron los RR. PP. aumentar poco á poco el peligro, y sobre todo se alarmaron cada vez mas desde el momento en que Mr. Hardy, conmovido por las generosas escitaciones del artesano, consintió en tomar conocimiento de la carta de la señorita de Cardoville hasta el instante en que Agricol trajo al abate Gabriel para darles el último golpe á las escitaciones de Mr. Hardy.

Rodin, gracias á la indómita energía de su carácter, que le habia dado fuerzas para soportar los terribles remedios del doctor Baleinier, no corria peligro ninguno, pues llegaba su convalecencia al último período: sin embargo era espantosa su flaqueza. Como venia la luz de arriba y caia sobre su cráneo amarillo y reluciente, sobre sus huesudos juanetes y sobre su nariz angulosa, parecian con mucha mayor claridad todas esas partes salientes, miéntras se quedaba lo demas del rostro surcado de sombras duras sin ninguna trasparencia.

Hubiérase podido decir que era el modelo vivo de aquellos frailes ascéticos de la escuela de pintura española, cuadros sombríos en que se ve, bajo alguna capilla parda medio echada, un cráneo de color de marfil viejo, un juanete macilento, y unos ojos apagados en el fondo de sus órbitas, miéntras desaparece lo demas del rostro en una penumbra oscura, á través de la cual se distingue apenas una forma humana arrodillada y envuelta en un hábito con un dogal á la cintura.

Parecia esa semejanza mucho mas completa, porque Rodin, bajando de prisa de su celda, no se habia quitado su larga bata de lana negra: ademas como le hacia aun el frio mucha impresion, se habia echado sobre los hombros una muceta con capilla para preservarse del viento del norte.

El padre d'Aigrigny no recibia verticalmente la luz que venia de arriba, y se hallaba por consiguiente en lo menos claro de aquel escondite.

En el momento de que estamos hablando, y presentamos al lector los dos jesuitas, acababa de salir del cuarto Agricol para llamar á Gabriel y traerlo al lado de su antiguo amo.

Mirando el padre d'Aigrigny á Rodin con una angustia profunda al mismo tiempo que colérica, le dijo en voz baja:

—Si no hubiera sido por la carta de la señorita de Cardoville, poco efecto hubieran producido las instancias del herrero. ¿Será pues esa maldita jóven siempre y en todas partes el obstáculo en que se estrellen nuestros proyectos? A pesar de cuanto se ha hecho, ya está ahora reunida con aquel indio; si viene ahora el abate Gabriel á colmar la medida; si gracias á él se nos escapa Mr. Hardy, ¿qué haremos?... ¿qué harémos?... ¡Ah! padre mio..... motivo hay para desesperar del porvenir.

—No, dijo secamente Rodin, si en el

palacio del arzobispo ejecutan inmediatamente mis órdenes.

—¿Y en ese caso?...

—Aun respondo de todo..., pero es necesario que tenga yo antes de media hora los consabidos papeles.

Deben estar preparados y firmados hace tres dias, porque conformándome á vuestras órdenes, escribí el dia mismo de las *moxas*... y...

Rodin en lugar de continuar aquella conversacion en voz baja, puso el ojo en uno de los agujeros que permitian ver cuanto pasaba en el cuarto inmediato, y despues con la mano hizo señas al padre d'Aigrigny que callase.

X.

EL SACERDOTE SEGUN JESUCRISTO.

En aquel instante veía Rodin á Agricol entrar en el cuarto de Mr. Hardy llevando por la mano al abate Gabriel.

La presencia de estos dos jóvenes, el uno con figura tan varonil, tan abierta, el otro tan angelicalmente bello, presentaba un contraste tan fuerte con las fisonomías hipócritas que rodeaban ordinariamente á Mr. Hardy, que conmovido ya por las calurosas palabras del artesano, le pareció que su corazon, comprimido tanto tiempo hacia, se dilataba bajo una influencia saludable.

Aunque jamás habia visto Gabriel á Mr. Hardy, le llamó la atencion la alteracion de su rostro: reconocia en aquella cara dolorida y abatida el sello de sumision enervante, de anonadamiento moral que siempre queda impreso en las víctimas de la compañía de Jesus, cuando no se libertan á tiempo de su influencia homicida.

Rodin con el ojo pegado al agujero, y el padre d'Aigrigny con el oido atento á escuchar, no perdieron ni una sola palabra de la conversacion siguiente, á la cual asistieron invisibles.

—Aquí está... mi escelente hermano; dijo Agricol á Mr. Hardy, presentándole al abate Gabriel; aquí está el mejor, el mas digno de todos los sacerdotes... Escuchadle; volveréis á la esperanza y á la felicidad, y os verémos de nuevo entre nosotros. Escuchadle; veréis como arranca la careta á los malvados que os están engañando con falsas esperanzas religiosas: sí, sí; les arrancará la máscara, porque tambien él ha sido víctima de esos perversos; ¿no es verdad, Gabriel?

El jóven misionero hizo un ademan con la mano para moderar la esaltacion del herrero; y dijo á Mr. Hardy con su voz suave y vibrante.

—Caballero, si en las penosas circunstancias en que os hallais, pueden seros útiles los consejos de uno de vuestros hermanos en Jesucristo, disponed de mi.... Ademas, permitidme el añadir que os tengo ya un cariño muy respetuoso.

—¿A mi, señor abate? dijo Mr. Hardy.

—Conozco, caballero, respondió Gabriel, vuestras bondades con mi hermano adoptivo; conozco vuestra admirable generosidad con todos vuestros obreros: os quieren, os veneran, caballero: ¡Sean vuestra recompensa del bien que les habeis hecho la conciencia de su reconocimiento y la consolacion de haber sido agradable á Dios cuya eterna bondad se regocija de todo lo que es bueno, y sirvan al mismo tiempo para animaros al bien que les habeis de hacer aun!...

—Os agradezco, señor abate; dijo Mr. Hardy conmovido con aquel lenguage tan diferente del del padre d'Aigrigny; para un hombre sumido, como lo estoy yo, en la tristeza, es la mayor dulzura para su corazon el oir hablar de un modo tan consolador; y confieso, añadió Mr. Hardy con aire pensativo, que la elevacion y la gravedad de vuestro carácter dan mucho peso á vuestras palabras.

—Eso es lo que era de temer; dijo en voz baja el padre d'Aigrigny á Rodin, quien estaba siempre con el ojo en el agugero y el oido alerta; ese Gabriel hará cuanto pueda para sacar á Mr. Hardy de su apatia y volverle á meter en la vida activa.

—No tengo miedo de eso, respondió Mr. Rodin con voz breve y resuelta. Puede que olvide Mr. Hardy su situacion por un instante; pero si trata de andar, ya verá que tiene las piernas rotas.

—¿Pues qué teme en ese caso vuestra reverencia?

—La lentitud de nuestro reverendo padre el arzobispo.

—¿Pero qué esperais de....?

Pero Rodin cuya atencion estaba escitada de nuevo, hizo otro ademan al padre d'Aigrigny que se quedó como mudo. Habia sucedido un silencio de algunos segundos al principio de la conversacion entre el abate Gabriel y Mr. Hardy, porque estaba este absorto en las reflecsiones que le inspiraban las palabras del abate Gabriel.

Durante aquel momento de silencio, habia puesto Agrícol maquinalmente los ojos en algunas de aquellas lúgubres sentencias de que estaban, por decirlo asi, entapizadas las paredes del cuarto de Mr. Hardy: tomando súbitamente á Gabriel por el brazo, esclamó con un gesto espresivo:

—¡Ah, hermano mio.... lee esas mácsimas... y lo comprenderás todo... ¿Qué hombre, ó Dios mio, viviendo en ésta soledad, y á solas con tan desoladores pensamientos, dejaría de caer en la desesperacion mas horrorosa.... que lo conduciria acaso hasta el suicidio? ¡Ah! ¡es horrible esto, es infame! añadió indignado el artesano; ¡es un asesinato moral!

—Sois jóven, amigo mio, respondió Mr. Hardy sacudiendo tristemente la cabeza; habeis sido siempre feliz; no habeis esperimentado ningun desengaño.... esas máximas pueden pareceros, engañosas pero ¡ay! para mi... y para el mayor número de hombres, demasiado verdaderas son: en este mundo todo es nada, miseria, dolor, porque el hombre ha nacido para padecer.... ¿no es verdad, señor abate? añadió dirigiéndose á Gabriel.

Habia dado tambien este una ojeada á las diversas mácsimas que le habia indicado el herrero: el jóven sacerdote no pudo menos de sonreirse con amargura al pensar en el odioso cálculo que habia dirijido la eleccion de aquellas sentencias. Asi es que respondió á Mr. Hardy con acento conmovido:

—No, no, señor: todo lo de este mundo no es miseria, mentira, engaños vanidades... no, no ha nacido el hombre para padecer; no, Dios, cuya suprema esencia es una bondad paternal, no se complace en los padecimientos de las criaturas que ha hecho para que sean amantes y felices en este mundo....

—¡Oh! ¿Lo ois, Mr. Hardy? ¿Lo ois? esclamó el herrero: tambien él es sacerdote.... pero un sacerdote verdadero y sublime que no habla como los otros....

—Sin embargo, señor abate, dijo Mr. Hardy, se han sacado esas mácsimas de un libro que comparan casi á los libros divinos.

—De ese libro, señor, dijo el abate, se puede abusar como de toda obra humana. Escrito con el objeto de tener encadenados á los pobres frailes en la abnegacion, en el aislamiento, en la obediencia ciega de una vida ociosa, estéril; ese libro, predicando el desprendimiento de todas las cosas, el desprecio de si mismos, la desconfianza de sus hermanos, y un servilismo aniquilador, tenia por objeto el persuadir á aquellos desgraciados frailes, que los tormentos que se les impo-

nian en esta vida, opuestos enteramente á las miras de Dios sobre la humanidad... serian agradables al Señor.

—¡Ah! esplicado de ese modo, me parece mas espantoso ese libro, dijo Mr. Hardy.

—¡Blasfemia! ¡impiedad! dijo el abate Gabriel no pudiendo ya contener su indignacion: ¡atreverse á santificar la ociosidad, el aislamiento, la desconfianza de todos, cuando la única cosa divina que hay en el mundo es el santo trabajo, el santo amor de sus semejantes, y la santa comunion con ellos! ¡Sacrilegio! ¡Atreverse á decir que un padre, cuya bondad es inmensa, infinita, se regocija de los dolores de sus hijos!... ¡El! ¡El, justo cielo, que no tiene otros padecimientos que los de sus hijos; él, que no tiene mas que un deseo, su felicidad; él, que los ha dotado magníficamente con todos los tesoros de la creacion; en fin, él que los ha unido á su inmortalidad por la inmortalidad del alma!

—¡Oh, cuán hermosas y cuán consoladoras son vuestras palabras! esclamó Mr. Hardy cada vez mas conmovido; pero ¡ay! ¿porqué hay tantos desgraciados en la tierra á pesar de la bondad providencial del señor?

—Si..... oh, si.... Hay en este mundo horribles miserias, respondió Gabriel enternecido y triste. Si, muchos pobres privados de toda alegria, de toda esperanza, tienen hambre, tienen frio, y les faltan vestidos y habitaciones, en medio de las riquezas inmensas que ha dispensado el Criador, no solo para la felicidad de algunos sino para la felicidad de todos, porque ha querido que se hiciese la distribucion con equidad (1).... pero se han apoderado algunos de la herencia comun con la astucia, con la fuerza.... de eso es de lo que Dios se aflige. Si, si se aflige, es de ver que, por satisfacer el cruel egoismo de algunos, hay masas innumerables de criaturas condenadas á una suerte deplorable. Por eso los opresores de todos tiempos y de todos paises, osando tomar á Dios por cómplice, se han unido para proclamar en su nombre esta espantosa máxima: *El hombre ha nacido para padecer, sus humillaciones, sus padecimientos son agradables á Dios.* Si, lo han proclamado, de modo que cuanto mas ruda, mas dolorora y mas humillante es la suerte de la criatura que esplotan; cuanto mas sudor, mas lágrimas, y mas sangre vierte la criatura, mas satisfecho y mas glorificado esta el Señor, segun esos homicidas....

—¡Ah!... os entiendo... revivo... me acuerdo, esclamó Mr. Hardy como si saliese de un sueño, como si brillase repentinamente la luz en su entendimiento oscurecido: ¡Oh si!... eso es lo que siempre he creido.... lo que creí.... antes que me hubiesen debilitado la inteligencia pesares horrorosos.

(1) La doctrina, no de la *distribucion*, sino de la *comunidad*, no de la *division*; sino de la *asociacion*, está entera en el pasaje siguiente del Nuevo Testamento:

«Todos los que se convierten á la fé, «ponen sus bienes, sus trabajos y su vida «en comun; no tienen todos sino un solo «cuerpo; una sola alma; no forman todos sino un solo cuerpo; nadie posee «nada en particular; sino son comunes «todas cosas entre ellos; *por eso no hay «pobres entre ellos.* (Actos de los apostoles núm. 44, IV, 32).»

Hemos sacado esta cita de un escelente artículo de M. F. Vidal; (*de la justicia distributiva, Revista independiente*) que encierra un analisis profundo y notable de los diferentes sistemas socialistas, y de muchos escritos sobre esas materias de los señores Luis Blanc, Villegardelle, Requens, inteligencias escogidas, pensadores generosos que honran al socialismo. Citemos tambien la *Concordancia de los intereses en la asociacion*, del señor de Villegardelle, llena de ideas ingeniosas sobre las inmortales teorias de Fourier.

—¡Si; eso es lo que habeis creido, corazon noble y generoso! esclamó Gabriel, y no pensábais entonces que todo era miseria en este mundo, puesto que, gracias á Dios, vivian felices vuestros obreros: todo no era pues engaño y vanidad, puesto que vuestro corazon gozaba cada dia del reconocimiento de vuestros hermanos; no era pues todo lágrimas y desconsuelo, puesto que os veíais siempre rodeado de caras alegres.... No estaba pues la criatura inexorablemente condenada á la desgracia, puesto que la colmábais de felicidad. ¡Ah, creedme! cuando entra uno lleno de ardor, de amor, y de fé en las verdaderas miras de Dios... del Dios salvador que ha dicho: *amaos los unos á los otros*, se ve, se siente que el objeto de la humanidad es la felicidad de todos, y que el hombre ha nacido para ser feliz... ¡Ah, hermano mio! añadió Gabriel llorando de emocion é indicando las máximas que se leian al rededor del cuarto: mucho mal nos ha hecho ese libro terrible.... ese libro que se han atrevido á llamar la *Imitacion de Jesucristo*, añadió Gabriel indignado: ¡ese libro, la imitacion de la palabra de Jesucristo! ¡Ese libro desolador que no tiene sino ideas de venganza, de desprecio, de muerte, de desesperacion, cuando no ha tenido Jesucristo sino palabras de paz, de perdon, de esperanza y de amor!....

—¡Oh! os creo.... esclamó Mr. Hardy dulcemente alborozado; os creo; me es necesario creeros.

—¡Si, hermano mio! respondió Gabriel cada vez mas conmovido: hermano mio.... creed en un Dios siempre bueno, siempre misericordioso, siempre amante; creed en un Dios que bendice el trabajo, que padeceria cruelmente por sus hijos, si en lugar de prodigar en provecho de todos los bienes que os ha prodigado persistiéseis en aislaros para siempre en una desesperacion enervante y estéril.... No, no; no lo quiere Dios... arriba, hermano mio ... añadió Gabriel tomando cordialmente la mano á Mr. Hardy, quien se levantó como si hubiese obedecido á un generoso magnetismo; arriba, hermano mio... todo ese mundo de trabajadores os bendice y os llama: dejad esta tumba. .. venid.... venid... venid al cielo raso.... á la luz del sol, en medio de los corazones calurosos y simpáticos.... dejad este aire sofocador por el aire saludable y vivificador de la libertad; dejad este triste retiro por el asilo que animan los cantos de los trabajadores; venid, venid á encontrar aquel pueblo de laboriosos artesanos para los cuales sois la Providencia: elevado por sus robustos brazos, estrechado entre sus generosos pechos, rodeado de mujeres, de niños, de ancianos, que llorarán de alegria al volveros á ver, os sentireis regenerado, sentireis que están en vos la voluntad y el poder de Dios..... puesto que podeis tanto por la felicidad de vuestros hermanos....

—Gabriel.... tienes razon.... á ti.... á Dios.... deberá todo nuestro pequeño pueblo de trabajadores la vuelta de su bienhechor; esclamó Agricol, echándose en brazos de su hermano, y apretandole contra su pecho; ¡Ah! nada temo ya... volverá entre nosotros Mr. Hardy....

—Si, teneis razon; á él es.... á este admirable sacerdote segun Jesucristo es á quien deberé yo mi resurreccion.... porque aqui estaba enterrado vivo en un sepulcro: dijo Mr. Hardy, que estaba levantado, derecho, firme, con los carrillos lijeramente encarnados, y los ojos brillantes; él que estaba antes tan pálido, tan abatido, y tan corbado.

—¡En fin... sois nuestro! esclamó el herrero; no me queda ya duda ninguna.

—Lo espero, amigo mio, dijo Mr. Hardy.

—¿Aceptais pues las ofertas de la señorita de Cardoville?

—Pronto le escribiré con este objeto... pero antes.... añadió en tono grave y serio, deseo tener un rato de conversacion con mi hermano; y ofreció con efusion la mano á Gabriel; me permitirá que le dé el nombre de hermano.... puesto que es el apóstol generoso de la fraternidad....

—¡Oh!.... tranquilo estoy..... puesto que os dejo con él, dijo Agricol; yo, entre tanto voy corriendo á casa de la señorita de Cardoville á darle esta buena noticia.... pero ahora que pienso en ello; ¿si salis hoy de esta casa, á donde ireis?... ¿Quereis que busque?....

—De todo eso hablaré con vuestro digno y escelente hermano, respondió Mr. Hardy; os ruego que váyais á ver á la señorita de Cardoville, y á darle gracias, asegurándola que esta tarde tendré el honor de responderla.

—¡Ah, señor! tengo que contener mi corazon y mi cabeza para no volverme loco de alegria; dijo el buen Agricol, poniéndose alternativamente las manos en el corazon y en la cabeza, embriagado de felicidad, y despues volviendo junto á Gabriel, le apretó de nuevo contra su pecho y le dijo al oido: Dentro de una hora.... vuelvo... pero no solo.... un alzamiento en masa.... ya verás.... no le digas nada á Mr. Hardy; tengo una idea.

Y salió el herrero con una embriaguez indefinible.

Quedáronse solos Gabriel y Mr. Hardy.

. . . .

Rodin y el padre d'Aigrigny habian asistido, como ya se sabe, invisiblemente á aquella escena.

—¡Pues bien! ¿qué piensa vuestra reverencia? dijo el padre d'Aigrigny con asombro á Rodin.

—Pienso que han tardado demasiado en volver del palacio del arzobispo y que este misionero herege va á perderlo todo; respondió Rodin royéndose las uñas hasta derramar sangre.

XI.

LA CONFESION.

Cuando salió del cuarto Agricol, Mr. Hardy, acercándose á Gabriel, le dijo:

—Señor abate.....

—No, decid hermano mio..... me habeis dado ese nombre..... y le tengo mucho apego; respondió afectuosamente el jóven misionero, alargando la mano á Mr. Hardy.

Apretóla este cordialmente, y continuó:

—¡Pues bien, hermano mio!... Me han reanimado vuestras palabras, y me han recordado deberes que habia olvidado en medio de mis penas. ¡Quiera Dios que no me falte ahora la fuerza en la nueva tentativa que voy á hacer... porque, ¡ay! no lo sabeis todo.

—¿Qué queréis decir? respondió Gabriel inquieto.

—Tengo que haceros penosas confesiones..... replicó Mr. Hardy despues de haber callado y reflexionado un instante. ¿Tendréis la bondad de oirme en confesion?

—Os ruego..... hermano mio..... que me hagais vuestra confidencia, dijo Gabriel.

—¿No podeis acaso oirme como confesor?

—En cuanto puedo, respondió Gabriel, evitó la confesion oficial... si asi se puede llamar, porque tiene á mi parecer tristes inconvenientes; pero soy feliz, ¡oh! muy feliz cuando consigo inspirar aquella confianza que decide á un amigo á abrir su corazon á otro amigo..... y decirle: padezco... consoladme..... dudo... aconsejadme..... soy feliz.... partid conmigo mi alegria... ¡Oh! ¡mirad! para mí esa confesion es la cosa mas santa de todas, y asi

lo queria Jesucristo cuando decia, «confesáos los unos con los otros:» ¡Desgraciado el que no ha hallado en toda su vida un corazon fiel y seguro para confesarse así!... ¿No es verdad, hermano mio? Sin embargo, como estoy sometido á las leyes de la iglesia por consecuencia de votos hechos voluntariamente, dijo el jóven sacerdote sin poder contener un suspiro, obedezco á las leyes de la iglesia..... y si lo deseais, hermano mio..... os oiré como confesor.

—¿Con qué obedeceis á las leyes, que no aprobais?... dijo Mr. Hardy maravillado de aquella sumision.

—¡Hermano mio! sea lo que sea lo que nos enseña la esperiencia, lo que nos descubre..... respondió tristemente Gabriel, un voto hecho libremente..... á sabiendas..... es para el sacerdote una promesa sagrada para él..... hombre de honor una palabra jurada... Mientras esté en el gremio de la iglesia..... obedeceré á su disciplina, por pesada que sea á veces para nosotros esa disciplina.

—¿Para vos, hermano mio?

—Sí, para nosotros curas del campo, ó vicarios de las ciudades, humildes proletarios del clero, simples obreros de la viña del Señor; la aristocracia que poco á poco se ha introducido en la iglesia, es muy á menudo para nosotros un poco ri gurosa, un poco feudal; pero es tal la esencia divina del cristianismo que resiste á los abusos que podrian mudarlo; en las filas oscuras del clero inferior, es donde puedo, mejor que en cualquiera otra parte, servir la causa de los desheredados y y predicar su santa emancipacion con alguna independencia... Por eso, hermano mio, permanezco en la iglesia, y permaneciendo en ella, me someto á su disciplina; digo eso, añadió Gabriel con espansion, porque vos y yo trabajamos ambos por la misma causa; los artesanos que habeis convidado á partir con vos el fruto de vuestros trabajos, no están ya desheredados..... Y así, por consiguiente servís á Jesucristo mas eficazmente que yo por el bien que haceis.

—Y continuaré sirviéndole, os lo repito..... con tal que tenga la fuerza necesaria.

—¿Porqué os ha de faltar esa fuerza?

—¡Si supieseis cuan desgraciado soy!... ¡Si conocieseis todos los golpes que he recibido!...

—Es verdad que son deplorables la ruina y el incendio que han destruido vuestra fábrica.....

—¡Ah, hermano mio! dijo Mr. Hardy interrumpiendo á Gabriel; ¡qué es eso, gran Dios!... No me desanimaria yo por una desgracia que se puede reparar con dinero: pero ¡ah! otras desgracias existen que con nada se pueden reparar..... No; y sin embargo, hace un instante cediendo á la persuasion de vuestras generosas palabras, el porvenir, tan sombrio hasta ahora para mí, se ha aclarado: me habeis alentado y reanimado recordándome la mision que tengo aun que cumplir en este mundo.....

—¡Pues bien, hermano mio!

—¡Ay! que me aquejan nuevos temores..... cuando pienso en volver á entrar en esa vida agitada..... en ese mundo en que tanto he padecido.....

—Pero esos temores ¿quién los produce? dijo Gabriel con un interes cada vez mayor.

—Escuchadme, hermano mio, respondió Mr. Hardy; habia concentrado cuanto tenia de ternura y de acendrado afecto en el corazon, en dos personas..... en un amigo que creia sincero... y en un afecto mas tierno..... el amigo me ha engañado de un modo atroz..... la muger..... despues de haberme sacrificado todos sus deberes, ha tenido aliento, y por eso la ve-

nero mas aun, para sacrificar nuestro amor á la tranquilidad de su madre, y se ha alejado para siempre de la Francia.... ¡Ay! temo que sean incurables esos pesares, y que me reduzcan á la nada en la nueva via que me aconsejais que emprenda. Confieso mi debilidad... es grande..... y me espanta tanto mas cuanto que no tengo derecho de estar ocioso, aislado, mientras puedo hacer algo aun por la humanidad. Me habeis ilustrado en cuanto á ese deber, hermano mio..... solamente temo que, á pesar de mi buena resolucion... me lleguen á faltar las fuerzas, como os he dicho ya, al volverme á hallar de nuevo en ese mundo que jamas será para mí sino frio y desierto.

—¿Pero esos honrados artesanos que os bendicen, que os esperan, no poblarán ese mundo?

—Sí.... hermano mio, dijo Mr. Hardy, amargamente; pero en otro tiempo..... á ese dulce sentimiento de obrar el bien, se unian para mí dos afectos que se dividian mi vida .. ya no existen esos dos afectos, y dejan en mi corazon un vacío inmenso. Habia contado con la religion... para llenarlo; pero, ¡ay! para reemplazar lo que tan amargos pesares me causa, no le han dado por único alimento, á mi alma desconsolada, sino una sola desesperacion.... diciéndome que cuanto mas la profundizase, y mas tormentos descubriese en ella, tanto mas merecedor seria á los ojos del señor...

—Os aseguro, hermano mio, que os han engañado: la dicha y no el dolor es, á los ojos de Dios, el objeto de la humanidad: quiere que sea el hombre feliz, porque quiere que sea justo y bueno.

—¡Oh! ¡si hubiese oido antes esas palabras de esperanza! dijo Mr. Hardy, se hubiesen curado mis heridas en lugar de hacerse incurables: hubiera comenzado antes la buena obra que me escitais á emprender; hubiera hallado en ella el consuelo y acaso el olvido de mis males. En cuanto al presente.... ¡oh! ¡mirad.... es horroroso el confesarlo!... Me han hecho el dolor tan familiar, me han encarnado tan fuertemente con él.... que me parece que ha de paralizar para siempre mi vida...

Y avergonzándose despues de esta recaida en el abatimiento, añadió Mr. Hardy en voz dolorosa, cubriéndose la cara con las manos:

—¡Oh! ¡perdonad... perdonad mi debilidad!..... ¡Pero si supieseis lo que es una pobre criatura que no vivia sino por el corazon, á la cual le ha faltado todo á la vez! ¿Qué quereis que os diga?... Trata entonces la infeliz criatura de aficionarse á cualquiera cosa que sea; sus perplejidades, sus temores, y aun sus impotencias, son mas dignas, creedme, de compasion que de desprecio.

En la humildad de aquella confesion habia alguna cosa tan patética, que Gabriel se sintió conmovido hasta el punto de verter lágrimas.

En aquellos accesos de postracion casi enfermiza reconocia el jóven misionero con espanto los terribles efectos de las maniobras de los RR. PP. tan habiles para envenenar, para hacer mortales las llagas de las almas tiernas y delicadas, que desean ellos aislar y captar, destilando en ellas largo tiempo y gota á gota el acre veneno de las máximas mas desconsoladoras.

Sabiendo que el abismo de la desesperacion produce tambien atracciones vertiginosas, ahondan esos sacerdotes y profundizan ese abismo al rededor de su víctima, hasta que, perdida... fascinada... se pone á mirar sin cesar, con los ojos fijos y ardientes, el fondo del precipicio que la ha de tragar... naufragio siniestro, cuyos despojos los recogen ellos...

En vano brillan en el firmamento el azulado éter y el irradiante sol; en vano siente el infeliz que seria salvado, si levantase los ojos al cielo... y aun en vano le da de cuando en cuando una mirada furtiva, porque luego, sucumbiendo á la omnipotencia infernal del hechizo que le han echado aquellos malvados clérigos, vuelve á poner los ojos en el fondo de la sima profunda que lo atrae...

Eso es lo que sucedia con Mr. Hardy. Conoció el abate Gabriel la situacion de aquel infeliz, y reunieodo todas sus fuerzas para sacarlo de aquella postracion, esclamó:

—¿Qué hablais, hermano mio, de compasion, de menosprecio? pues ¿qué cosa hay en el mundo mas sagrada y mas santa á los ojos de Dios y de los hombres que una alma que busca la fé para fijarse en ella despues de la tormenta de las pasiones? Tranquilizaos, hermano mio; no son incurables vuestras heridas.... asi que salgais de esta casa.... creedme, se curarán rápidamente.

—¡Ay! ¡cómo esperarlo!

—Creedme, hermano mio, se curarán desde el instante en que vuestros pesares pasados, lejos de despertar en vos esos pensamientos de desesperacion... despierten pensamientos consoladores, casi dulces.

—¿Pensamientos consoladores.... casi dulces?... esclamó Mr. Hardy, no pudiendo creer lo que oia.

—Si, respondió Gabriel sonriendo con una bondad angelical, si, porque hay, tenedlo entendido, grandes dulzuras y grandes consuelos en la compasion.... en el perdon. Decid.... decid, hermano mio: ¿la vista de los que le habian perseguido escitó jamas en el alma de Jesucristo ideas de odio, de desesperacion ó de venganza? No, no..... halló en su corazon palabras llenas de mansedumbre y de perdon..... sonrió en medio de sus lágrimas con una indulgencia inefable, y despues rogó por sus enemigos. ¡Pues bien! en lugar de padecer con tanta amargura por la traicion de un amigo.... compadecedle, hermano mio.... rogad tiernamente por él... porque de vosotros dos... el mas desgraciado no sois vos... Decidme: ¿cuán grande es el tesoro que ha perdido vuestro infiel amigo perdiendo vuestra amistad?.... ¿Quién os dice que no está arrepentido y padeciendo?.... ¡Ay! verdad es que, si estais siempre pensando en el mal que os hizo su traicion... se romperá vuestro corazon en un desconsuelo incurable... pensad al contrario en el hechizo del perdon, en la dulzura de la oracion, y se ensanchará vuestro corazon, y será feliz vuestra alma, porque será segun la voluntad de Dios.

Abrir de repente á aquella naturaleza tan generosa, tan delicada, tan amante, las vias adorables é infinitas del perdon y y de la oracion era responder á sus instintos, era salvar á aquel infeliz, mientras el encadenarlo á una sombria y triste desesperacion, era matarlo asi como lo habian esperado los reverendos padres.

Quedóse por un momento Mr. Hardy como deslumbrado á la vista del radioso horizonte que por la segunda vez evocaba de repente á sus ojos la palabra evangélica del abate Gabriel.

Entonces, palpitándole el corazon con emociones contrarias, esclamó:

—¿Cómo podeis mudar asi casi súbitamente la amargura en dulzura? Ya me parece que renace la calma en mi pecho, pensando como decis, en el perdon.... en la oracion llena de mansedumbre y de esperanza.

—¡Oh! ya vereis, respondió Gabriel con calor, ¡qué dulces alegrias os esperan! Rogar por lo que se ama..... rogar por lo que se ha amado; poner á Dios,

por nuestras oraciones, en comunion con los que queremos... y aquella muger, cuyo amor os era tan precioso.... ¿porqué os ha de hacer asi desgraciado su recuerdo? ¿por qué evitarlo? ¡Ah, hermano mio! pensad en él, al contrario; pero para purificarlo, para santificarlo con la oracion... haced que suceda á ese amor terrestre un amor divino..... un amor cristiano, el amor celestial de un hermano por su hermano en Jesucristo..... Y ademas, si ha sido esa mujer culpable á los ojos de Dios, ¡qué dulzura el rogar por ella!... ¡Qué alegria inefable el poder hablar de ella cada dia á Dios, á Dios, que siempre clemente y bueno, enternecido con vuestras súplicas, la perdonará; porque lee en el fondo de los corazones.... y sabe ¡ay! que muchas de las caidas son fatales... No ha intercedido el Cristo con su padre en favor de Magdalena la pecadora, y de la muger adúltera? ¡Pobres criaturas! No las rechazó, ni las maldijo, sino que les tuvo compasion y rogó por ellas... *porque habian amado mucho*... dijo el Salvador de los hombres.

—¡Oh! al fin os comprendo, esclamó Mr. Hardy, orar.... es tambien amar.... orar, es esperar en lugar de desesperarse.... en fin, rogar.... es derramar lágrimas que vuelven á caer sobre el corazon como un rocio benéfico.... en lugar de las lágrimas ardientes que lo abrasan.... Si; os comprendo á vos... porque no me decis.... padecer..... es orar..... No, no, lo siento; decís verdad cuando decís, esperar y perdonar..... es orar: si, gracias á vos, ahora volveré á entrar en la vida sin temor.

Y despues, con los ojos llenos de lágrimas, alargó los brazos á Gabriel diciéndole:

—¡Ah, hermano mio! por la segunda vez vos me salvais.

Aquellas dos buenas y valientes criaturas se echaron en brazos una de otra.

. . . .

Ya se sabe que Rodin y el padre d'Aigrigny habian asistido invisibles á esta escena: Rodin escuchando con una atencion devoradora, no habia perdido ni una sola palabra de aquella conversacion.

En el instante en que Gabriel y Mr. Hardy se echaron en brazos uno de otro, retiró súbitamente Rodin su ojo de reptil del agujero por donde miraba.

Tenia la fisonomía del jesuita una espresion diabólica de alegria y de triunfo. El padre d'Aigrigny que estaba al contrario desconsolado por el desenlace de aquella escena, consternado y no sabiendo que significaba el aire triunfal de su compañero, lo contemplaba con una sorpresa indecible.

—*¡Ya le he cojido!* le dijo bruscamente Rodin con su voz breve é imperiosa.

—¿Qué quereis decir? respondió el padre d'Aigrigny asombrado.

—¿Hay aqui un coche para viajar? replicó Rodin sin responder á la pregunta del padre d'Aigrigny.

Aturdido este por aquella pregunta, abrió sus espantados ojos, y repitió maquinalmente:

—¿Un coche para viajar?

—Sí..... sí..... dijo Rodin con impaciencia; ¿hablo acaso yo en griego? Un coche para viajar. ¿Es bastante claro?

—Sin duda..... tenemos el mio.... dijo el reverendo padre.

—En ese caso enviad á que traigan caballos de posta al instante mismo.

—¿Y para qué?

—Para llevarse á Mr. Hardy.

—¿Llevarse á Mr. Hardy? esclamó el padre d'Aigrigny creyendo que deliraba Rodin.

—Sí: replicó este; lo llevareis esta noche á Saint-Herem.

—¿A aquella triste y profunda soledad..... él..... Mr. Hardy?

Y creia soñar el padre d'Aigrigny.

—Él, Mr. Hardy; respondió afirmativamente Rodin, encojiéndose de hombros.

—Llevar á Mr. Hardy..... ahora..... cuando acaba ese Gabriel de.....

—Antes de media hora me ha de suplicar Mr. Hardy de rodillas, que lo saque de Paris, que lo lleve al cabo del mundo, á un desierto, si es posible.

—¿Y Gabriel?

—¿Y la carta que me han traido del palacio del arzobispo hace un instante?

—Pero deciais hace poco que era demasiado tarde.

—Pero hace poco no le habia *cojido*, y ahora le tengo, respondió Rodin con voz breve.

Diciendo esto, salieron con precipitacion los dos reverendos padres del misterioso escondite.

XII.

LA VISITA.

Supérfluo es notar que, por una reserva llena de dignidad, se habia contentado Gabriel con emplear los medios mas generosos para libertar á Mr. Hardy de la influencia homicida de los reverendos padres: le repugnaba á la grande y hermosa alma del jóven misionero el descender hasta la revelacion de las odiosas tramas de aquellos clérigos. No hubiera recurrido á ese espediente estremado sino en el caso que hubiese sido impotente su palabra penetrante y simpática para vencer la ceguedad de Mr. Hardy.

—Trabajo, oracion y perdon; decia regocijado Mr. Hardy despues de haber estrechado entre sus brazos á Gabriel. Con esas tres palabras me habeis vuelto la vida, la esperanza.

Acababa de pronunciar esas palabras, cuando se abrió la puerta, entró un criado, puso silenciosamente en manos del jóven sacerdote un pliego ancho, y salió.

Bastante sorprendido, tomó Gabriel el pliego y lo miró, primero maquinalmente, despues viendo en uno de sus ángulos un sello particular, lo abrió precipitadamente, sacó de él un papel plegado como los despachos oficiales, del cual estaba colgando un sello encarnado.

—¡Oh, Dios mio!... esclamó Gabriel, y denotaba su voz una emocion dolorosa.

Dirigiéndose despues á Mr. Hardy:

—Perdonad..... señor.

—¿Qué hay pues? ¿Os comunican alguna mala noticia? le dijo con interés Mr. Hardy.

—Sí..... muy triste..... respondió Gabriel abatido.

Y despues añadió hablándose á sí mismo.

—Con que así.... para eso me han hecho venir á Paris..... no se han dignado escucharme, me castigan sin permitirme que me justifique.

Despues de un rato de silencio, dijo con un suspiro de profunda resignacion.

—No importa..... debo obedecer..... y obedeceré... á ello me obligan mis votos.

Mirando Mr. Hardy al jóven sacerdote con tanta sorpresa como inquietud, le dijo afectuosamente:

—Aun que son muy recientes aun mi reconocimiento y mi amistad... ¿no puedo serviros en algo? Os debo tanto... que me tendria por muy feliz en poder pagaros un poco.

—Mucho habeis hecho por mí, hermano mio, dejándome un buen recuerdo de este dia..... asi me hareis mas facil la resignacion á una pena muy cruel.

—¿Teneis una pena? dijo con viveza Mr. Hardy.

—Una pena ó antes bien.... una sorpresa penosa, respondió Gabriel.

Volvió entonces la cabeza á otro lado, enjugó una lágrima que corria por su mejilla, y añadió:

—Pero me dirijiré al Dios bueno, al

Dios justo, y no me faltarán los consuelos... ya comienzan puesto que os dejo con buenas y generosas intenciones..... Adios pues.... hermano mio.... hasta luego...

—¿Me dejais?

—Es menester. Deseo en primer lugar saber como me ha llegado aqui esta carta: ademas tengo que obedecer inmediatamente á una órden que acabo de recibir... Mi buen Agrícol va á volver para tomar vuestras órdenes; él me dirá la resolucion que tomeis y la habitacion en que os podré encontrar... y cuando lo deseeis, nos volveremos á ver.

Por discrecion no se atrevió Mr. Hardy á insistir para saber el motivo de la pena súbita de Gabriel, y le respondió:

—Me preguntais cuando nos veremos; mañana, porque hoy mismo salgo de esta casa.

—Pues hasta mañana, hermano mio; dijo Gabriel apretando la mano á Mr. Hardy.

Este, por un movimiento involuntario, acaso instintivo, al retirar Gabriel la mano la apretó y la guardó entre las suyas, como si, temiendo al verlo partir, hubiese querido guardarlo junto á si.

Sorprendido el jóven sacerdote, miró á Mr. Hardy, quien le dijo sonriéndose dulcemente y dejando la mano que apretaba.

—Perdonad, hermano mio; pero mirad, gracias á lo que he padecido aqui.... me he puesto como los niños, que tienen miedo.... cuando los dejan solos....

—Y yo estoy tranquilo en cuanto á vos.... os dejo con pensamientos tranquilizadores, con esperanzas ciertas, que bastarán para ocupar vuestra soledad hasta que llegue mi buen Agricol..... que no puede tardar en venir.... Con que de nuevo, adios..... y hasta mañana, hermano mio.

—Adios, y hasta mañana, querido salvador mio. ¡Oh! no dejeis de venir, porque me seria muy necesario aun vuestro benéfico apoyo para dar los primeros pasos á la luz del sol.... ya que he estado tanto tiempo inmóvil en las tinieblas.

—Hasta mañana pues: dijo Gabriel, y hasta entonces, ánimo, esperanza y oracion.

—Animo, esperanza y oracion; repitió Mr. Hardy, con esas palabras es uno muy fuerte.

Y se quedó solo.

¡Cosa estraordinaria! La especie de temor involuntario que habia esperimentado Mr. Hardy al momento en que iba a salir el abate Gabriel, se representaba á su espíritu bajo otra forma: asi que salió el jóven sacerdote, el pensionista de los reverendos padres se figuró que veia una sombra siniestra y creciente que sucedia al puro y suave centelleo del abate Gabriel.

Muy facil es de concebir esa especie de reaccion despues de las emociones diversas y profundas de aquel dia, sobre todo pensando en el estado de debilidad física y moral en que se hallaba tanto tiempo hacia Mr. Hardy.

Hacia como cosa de un cuarto de hora que se habia ido el abate Gabriel, cuando entró el criado que estaba particularmente encargado del servicio del pensionista de los reverendos padres y puso en sus manos una carta.

—¿De quién es esa carta? preguntó Mr. Hardy.

—De un pensionista de esta casa: respondió el criado haciendo una reverencia.

Tenia aquel hombre una cara socarrona y beata, lisos los cabellos; hablaba siempre en voz baja, y tenia siempre los ojos puestos en tierra; mientras estaba esperando la respuesta, se cruzó las manos y comenzó devotamente á darles vueltas a los pulgares alrededor uno de otro.

Abrió Mr, Hardy la carta que le acababan de entregar, y leyó lo que sigue:

«Caballero:

« Acabo de saber hoy mismo solamente, «en este instante y por casualidad, que «me hallo al mismo tiempo que vos en «esta respetable casa: una larga enfer-«medad que he tenido, y el profundo re-«tiro en que vivo, os esplicarán bastante «como he ignorado esta circunstancia.

« Aunque no nos hemos visto sino una so-»la vez, caballero, la circunstancia que «me proporcionó poco tiempo hace el ho «nos de veros fué tan grave para vos, que «me parece imposible que la hayais olvi-«dado.»

Hizo Mr. Hardy un movimiento de sorpresa, apeló á su memoria, y no recordándole esta cosa ninguna que le pudiese guiar en aquella circunstancia, continuó leyendo:

« Ademas esa circunstancia escitó en mi «una simpatia tan profunda y tan respe-«tuosa para con vos, caballero, que no «puedo resistir al vivo deseo que tengo «de manifestaros mi respeto, sabiendo so-»bre todo que vais á salir de esta casa, «como acaba de decírmelo en este mismo «instante el escelente y digno abate Ga-«briel, uno de los hombres que mas amo, «admiro y venero en este mundo.

« ¿Podré esperar, caballero, que al ins-«tante en que vais á salir de nuestro co-«mun retiro para entrar de nuevo en el «mundo, os dignéis hacer favorable aco-«jida á la súplica, acaso indiscreta, de un «anciano, consagrado de aquí en adelan-«te á una profunda soledad, que no pue-«de esperar el hallaros en medio del tor-«bellino de la sociedad, puesto que la ha «abandonado para siempre?

« Miéntras llega vuestra apetecida y fa «vorecida respuesta, recibid, caballero, «la espresion de los sentimientos de pro-«funda estimacion del que tiene el honor «de ser.

« Caballero:

« Con la mas alta consideracion.

« Su muy humilde y obediente ser-vidor.—Rodin.»

Despues de haber leido esta carta y el nombre del que la firmaba, apeló de nuevo Mr. Hardy á su memoria, pensó mucho tiempo, y no pudo recordar ni el nombre de Rodin, ni la grave circunstancia á que hacia alusion.

Despues de un largo silencio, dijo al criado:

—¿Es el señor Rodin el que os ha entregado esta carta?

—Sí, señor.

—¿Y quién es ese señor Rodin?

—Señor, es un buen anciano que acaba de salir de una enfermedad que por poco se lo ha llevado al otro mundo. Hace apenas algunos dias que está convaleciente, pero está siempre tan débil y tan triste que aflige el verlo; y es mucha lástima porque no hay en toda la casa hombre mas digno y mas escelente... á no ser vos, que el señor Rodin; añadió el criado inclinándose con aire respetuosamente lisonjero.

—¡El señor Rodin! dijo pensativo Mr. Hardy, es cosa muy singular, pero no me acuerdo ni de ese nombre ni de ningun acaecimiento á que pueda referirse.

—Si quiere el caballero darme la respuesta, se la llevaré al señor Rodin, está en el cuarto del padre d'Aigrigny, de quien ha ido á despedirse.

—¿A despedirse?

—Sí, caballero; acaban de llegar los caballos de posta.

—¿Para quién? preguntó Mr. Hardy.

—Para el padre d'Aigrigny, caballero.

—¿Va pues de viaje? dijo Mr. Hardy bastante sorprendido.

—¡Oh! será sin duda para corto tiempo; dijo el criado tomando un aire medio confidencial; porque el reverendo padre

no lleva á nadie consigo y lleva tambien poca ropa. Ademas el reverendo padre vendrá á despedirse del caballero... ¿Pero qué respuesta le he de dar al señor Rodin?

La carta que acababa de recibir de Rodin, Mr. Hardy estaba escrita en términos tan corteses; se hablaba en ella con tanto respeto del abate Gabriel, que Mr. Hardy, impelido ademas por una curiosidad natural, y no viendo motivo alguno para rehusar aquella entrevista, en el momento en que iba á salir de aquella casa, respondió al criado:

—Decid al señor Rodin, que si quiere tomarse la molestia de venir, aquí le espero.

—Voy á advertirle inmediatamente, dijo el criado haciendo una reverencia, y salió.

Habiéndose quedado solo, Mr. Hardy, aunque pensaba siempre quien podia ser ese señor Rodin, se ocupaba en algunos preparativos de viaje; no hubiera querido por cosa ninguna del mundo, pasar la noche en aquella casa, y para fortificar su ánimo, se recordaba á cada instante el evangélico y dulce lenguaje de Gabriel, así como para no sucumbir á la tentacion los creyentes rezan algunas letanías.

Pronto volvió el criado, y le dijo:

—Ahí está el señor Rodin, caballero.

—Suplicadle que entre.

Entró Rodin con su larga bata negra, teniendo en la mano su viejo gorro de seda.

Volvió á salir el criado.

Comenzaba á disminuir la luz del dia.

Levantóse Mr. Hardy para ir á recibir al señor Rodin, cuyas facciones no veía bien aun, pero cuando llegó el reverendo padre á la zona mas iluminada del cuarto, que estaba cerca de la puerta-ventana, habiendo examinado Mr. Hardy por un instante la cara del señor Rodin, no pudo contener un grito ligero que le arrancaron la sorpresa y un recuerdo cruel.

Pasado aquel primer movimiento de sorpresa y de dolor, volviendo en sí Mr. Hardy, le dijo á Rodin con voz alterada:

—Vos aquí... caballero... ¡Ah! teneis razon... la circunstancia en que os ví por la primera vez, es muy grave.

—¡Ah, querido señor mio! dijo Rodin con una voz paternal y satisfecha; estaba muy seguro que no me habríais olvidado.

XIII.

LA ORACION.

No se ha olvidado sin duda que Rodin fué á casa de Mr. Hardy (aunque entonces no le conocia aun), á descubrirle la indigna traicion de Mr. de Bessac, dándole aquel golpe horroroso que precedió algunos instantes solamente á otro golpe aun mas terrible, puesto que apenas estaban reunidos Rodin y Mr. Hardy, vinieron á decirle á este último que se habia ido la mujer que adoraba. De ahí es facil colegir cuan cruel hubo de ser para Mr. Hardy la inesperada aparicion de Rodin. Sin embargo, gracias á la saludable influencia de los consejos de Gabriel, se fue serenando poco á poco, sucediendo á la contraccion de sus facciones una calma triste. Entonces dijo á Rodin:

—No esperaba en efecto, caballero, encontraros en esta casa.

—¡Ay, Dios mio! caballero, respondió Rodin suspirando; no creia yo tampoco haber de venir aqui á concluir probablemente mis tristes dias, cuando fuí sin conoceros, con el único objeto de hacer un servicio á un hombre honrado... á descubriros una grande infamia.

—En efecto, caballero, me hicisteis entonces un gran servicio... y acaso me hubiera sido imposible el manifestaros en aquel instante mi reconocimiento cual debia... porque en el momento mismo en que me acababais de descubrir la traicion de Bessac...

—Os agravió otra noticia, que os fué muy dolorosa, dijo Rodin interrumpiendo á Mr. Hardy; jamás olvidaré la brusca llegada de aquella pobre señora, pálida, descompuesta, que sin advertir que estaba yo allí, vino á deciros que una persona, en quien habiais puesto todo vuestro afecto, acababa de irse de Paris.

—Si, señor, y sin pensar en daros las gracias, partí precipitadamente; respondió melancólicamente Mr. Hardy.

—¿Sabeis, caballero, dijo Rodin despues de un corto silencio, que hay á veces semejanzas estraordinarias?

—¿Que quereis decir?

—Mientras iba á advertiros de la traicion infame que os estaban haciendo...... yo... yo mismo...

Interrumpióse Rodin súbitamente como si hubiese sucumbido á una emocion dolorosa, manifestaba su fisonomía un tormento tan vivo, que Mr. Hardy le dijo con interés:

—¿Qué teneis, caballero?

—Perdonad, caballero, respondió Rodin sonriendose amargamente, gracias á los religiosos consejos del angelical abate Gabriel, he llegado á comprender la resignacion: sin embargo á veces con ciertos recuerdos esperimento dolores muy agudos.... Os decia pues, añadió Rodin con voz mas segura, que la mañana siguiente al dia en que fuí á deciros: «os engañan, caballero...» era yo tambien víctima de un engaño horroroso.... Un hijo adoptivo, un infeliz niño abandonado que yo habia recogido..... é interrumpiéndose de nuevo y pasando sobre los ojos su mano trémula, dijo: perdonadme, caballero.... el hablaros de penas que os son indiferentes... Escusad el indiscreto dolor de un pobre anciano muy abatido...

—Señor, he padecido mucho para que me sea indiferente ningun pesar, respondió Mr. Hardy; ademas no sois para mi un estrangero...... me habeis hecho un verdadero servicio...... y tenemos ambos una veneracion igual á un escelente sacerdote....

—¡El abate Gabriel! dijo Rodin interrumpiendo á Mr. Hardy: ¡Ah, señor! Es mi salvador... mi bienhechor!... ¡Si conocieseis todas sus atenciones, toda su esmerada ternura mientras ha durado la larga enfermedad que me causó aquel horroroso dolor.... si supieseis la dulzura inefable de los consejos que me daba!....

—¡Sí, lo sé! caballero, esclamó Mr. Hardy; ¡Oh! ¡Sí! sé cuan saludable es su influencia.

—¿No es verdad, caballero, que en su boca los preceptos de la religion están llenos de mansedumbre? replicó Rodin con escaltacion. ¿No es verdad que consuelan? ¿No es verdad que hacen amar y esperar en lugar de temer y temblar?

—¡Ay, caballero! en esta misma casa, dijo Mr. Hardy, he podido hacer esa comparacion.

—Yo he sido bastante feliz, dijo Rodin, para tener desde el principio al abate Gabriel por confesor... ó por mejor decir por confidente...

—Si, respondió Mr. Hardy; porque prefiere la confianza.... á la confesion....

—¡Cuan bien le conoceis! dijo Rodin con un acento de hombría de bien y de candor, que no se puede imaginar, y despues añadió: No es un hombre, es un ángel... Su penetrante palabra convertía á los mas endurecidos. Mirad... por ejemplo, yo, sin ser impío, habia vivido profesando los principios de la pretendida religion natural, pero el angelical abate Gabriel ha fijado poco á poco mis creencias vagas, les ha dado un cuerpo... una alma... en fin, me ha dado la fé.

—¡Ah! esclamó Mr. Hardy; ese es un verdadero sacerdote segun Jesucristo, un sacerdote todo amor, todo perdon.

—Es tan cierto cuanto estais diciendo, replicó Rodin, que habia venido yo aqui casi furioso de pesar, pensando unas veces en aquel infeliz que habia correspondido á todas mis bondades paternales con la ingratitud mas monstruosa, me entregaba á todos los transportes de la desesperacion; otras veces caia en un abatimiento silencioso, glacial como el de un sepulcro..... pero aparece de repente el abate Gabriel..... y se disipan las tinieblas, y luce el dia para mi.

—Teneis razon, caballero; hay semejanzas estraordinarias, dijo Mr. Hardy, dejándose llevar cada vez mas de la simpatia y de la confianza, que forzosamente habian de escitar tantas relaciones entre su situacion y la pretendida situacion de Rodin. Mirad pues; francamente me alegro ahora de haberos visto antes de salir de esta casa. Si hubiese sido capaz de volver á caer de nuevo en los accesos de una vil debilidad, vuestro ejemplo bastaria para sostenerme..... Desde que habeis comenzado a hablarme, me siento cada vez mas firme en la noble carrera que me ha abierto el angelical abate, como con tanta razon decis....

—No tendrá pues que arrepentirse el pobre anciano de haber seguido el primer movimiento de su corazon, que le impelia hácia vos, dijo Rodin con espresion patética; ¿Me conservareis un recuerdo en ese mundo al cual vais á volver?

—Tenedlo por muy seguro, caballero; pero permitidme una pregunta: ¿Es verdad, caballero, que os quedais como me lo han dicho en esta casa?

—¡Qué quereis, caballero! ¡Se goza en ella una calma tan perfecta! ¡Le distraen á uno tan poco de sus oraciones! Porque mirad, añadió Rodin en tono lleno de mansedumbre; ¡me han hecho tanto mal!..... ¡me han hecho padecer tanto!.... la conducta del infeliz que me ha engañado ha sido tan horrorosa, se ha dejado arrastrar á tan graves desórdenes, que debe estar Dios muy irritado... contra él. Soy tan viejo, que apenas puedo esperar, pasando lo que me queda de vida en oraciones ardientes, aplacar la ira del Señor. ¡Oh! ¡La oracion! ¡La oracion! El abate Gabriel es quien me ha revelado todo su poder, toda su dulzura.... y al mismo tiempo los tremendos deberes que impone.

—En efecto, son esos deberes... grandes y sagrados, dijo Mr. Hardy con aire pensativo.

—¿Conoceis la vida de Rancey? dijo súbitamente Rodin dando á Mr. Hardy una mirada de una espresion estraordinaria.

—¿El fundador de la abadia de la Trapa? dijo Mr. Hardy sorprendido de la pregunta de Rodin. Hace mucho tiempo que he oido hablar muy vagamente de los motivos de su conversion.

—Es que no hay ejemplo mas grande, segun creo, de la omnipotencia de la oracion.... y del estado de éstasis casi divino á que puede llevar las almas religiosas... En pocas palabras, he aqui la instructiva y trágica historia. El señor de Rancey.... Pero perdonad, señor... Temo abusar de vuestra condescendencia....

—No... no.... replicó con viveza Mr. Hardy. Al contrario, no podríais creer cuanto me interesa todo lo que me decis... Se ha interrumpido bruscamente mi conversacion con el abate Gabriel, y se me figura, mientras os escucho, que estais desarrollando sus pensamientos... Continuad pues, os lo suplico.

—Con el mayor gusto, porque quisiera que la leccion que, gracias á nuestro angelical abate, he sacado de la conversion del señor Rancey, os aprovechase tanto como á mí.

—¿Es tambien el abate Gabriel?....

—Quien, para apoyar sus exhortaciones, me citó esa especie de parábola, respondió Rodin. ¡Ah, Dios mio! caballero, todo lo que me ha dado nuevo temple, ha asegurado y tranquilizado mi pobre corazon medio destrozado.... ¿no se lo debo á la palabra consoladora de ese jóven sacerdote?

—Entonces os escucharé con mayor interés.

—Era Mr. de Rancey muy hombre de mundo, dijo Mr. Rodin observando con mucha atencion la fisonomía de Mr. Hardy, un militar jóven, ardiente, hermoso; amaba á una jóven de noble prosapia. ¿Cuales fueron los obstáculos que se opusieron á su enlace? Lo ignoro; pero lo cierto es que el amor hasta entonces habia sido oculto y feliz: cada noche Mr. de Rancey iba por una escalera secreta al cuarto de su amante. Era uno de aquellos amores apasionados que no se esperimentan sino una vez á la vida. Hasta el misterio, hasta el sacrificio mismo que hacia la desgraciada señorita olvidando todos sus deberes, parecia que daban á aquella pasion culpable un hechizo mas. Cubiertos asi en la sombra y en el silencio del secreto los dos amantes pasaron dos años en un delirio del corazon, en una embriaguez de deleite que se asemejaban al éstasis.

Al oir aquellas palabras, enternecióse Mr. Hardy.... por la primera vez de mucho tiempo á aquella parte, se cubrió su frente de un color encarnado y ardiente; latió su corazon con fuerza, porque recordaba que poco antes habia gozado él tambien de la abrasadora embriaguez de un amor misterioso y culpable.

Aunque iba disminuyendo cada vez mas la luz, dió Rodin una mirada oblicua y penetrante á Mr. Hardy, y viendo la impresion que le producia, continuó:

—No obstante, á veces, pensando en el peligro que corria su querida, si llegaban á descubrir sus relaciones, queria Mr. de Rancey romper aquellos nudos tan queridos; pero la jóven embriagada de amor, echaba los brazos al cuello de su amante y le amenazaba con el lenguage mas apasionado, que lo revelaria todo, que lo arrostraría todo, si pensaba aun en abandonarla.... era demasiado débil y estaba demasiado enamorado para resistir á las súplicas de su querida..... cedia Mr. de Rancey, y abandonándose ambos al torrente de delicias que los arrastraba, embriagados de amor, olvidaban al mundo entero y aun á Dios mismo.

Mr. Hardy escuchaba con ansia febril y devoradora á Rodin. El empeño que ponia el jesuita en pintar en todos sus pormenores y de un modo casi sensual, aquel amor ardiente y oculto, avivaba cada vez mas los ardientes recuerdos del alma de Mr. Hardy, anegados hasta entonces en las lágrimas: á la calma benéfica en que habian dejado á Mr. Hardy las suaves palabras del abate Gabriel, sucedia una reaccion sorda, profunda, que combinada con la reaccion de los acontecimientos de aquel dia, comenzaba á producir en su espíritu una perturbacion estraordinaria.

Habiendo conseguido Rodin lo que se proponia, continuó del modo siguiente:

—Llegó al fin el dia fatal: obligado Mr. de Rancey, á incorporarse en el ejército que iba á entrar en campaña, se separó de la jóven; pero concluyóse pronto la campaña y volvió el caballero mas enamorado que nunca. Habia escrito secretamente que llegaría casi al mismo tiempo que su carta. Llega en efecto; era de noche: sube segun costumbre por la escalera secreta que vá al cuarto de su querida, entra palpitándole el corazon de deseo y de esperanza.... su querida.... habia muerto la mañana misma de aquel dia.

—¡Ah! esclamó Mr. Hardy, cubriéndose la cara con las dos manos, lleno de terror.

—Estaba muerta, continuó Rodin, ardian dos velas junto á su lecho fúnebre. No cree Mr. de Rancey, ni quiere creer que está muerta: se pone de rodillas junto á la cama: en su delirio toma aquella cabeza jóven tan hermosa, tan querida, tan adorada para cubrirla de besos... sepárase la cabeza del cuerpo..... y se le queda en las manos.... Si, añadió Rodin, viendo que retrocedia Mr. Hardy descolorido y mudo de terror.... si; habia sucumbido la jóven á una enfermedad tan rápida, tan estraordinaria que no habia podido recibir los últimos sacramentos. Despues de muerta, los médicos, para tratar de descubrir la causa de aquel mal desconocido, habian despedazado aquel hermoso cuerpo....

Cuando llegaba á aquel punto la narracion de Rodin, comenzaba á concluir el dia; no habia en aquel cuarto silencioso mas que una débil luz crepuscular, en medio de la cual aparecia vagamente la siniestra y pálida figura de Rodin, vestido con su larga bata negra; parecia que centelleaban sus ojos con un fuego diabólico.

Conmovido Mr. Hardy por las violentas emociones que le causaba aquella narracion, aquella mezcla estraña de muerte, de delirio, de amor y de horror, se quedaba aterrado, inmóvil, escuchando las palabras de Rodin con una curiosidad indecible á la que se agregaban una grande angustia y un gran terror.

—¿Qué hizo entonces Mr. de Rancey? preguntó al fin con voz alterada, enjugando su frente innundada de un sudor frio.

—¿Pasó dos dias enteros en un delirio insensato, dijo continuando Rodin; despues renunció al mundo y se encerró en una soledad impenetrable... Fueron horrorosos los primeros tiempos de su retiro..... en su desesperacion daba gritos de dolor y de rábia que se oian de léjos... dos veces se quiso matar por libertarse de visiones espantosas.....

—¿Tenia visiones? dijo Mr. Hardy redoblando su curiosidad y su angustia.

—Sí, respondió Rodin con voz solemne; tenia visiones espantosas... ¡Aquella jóven que habia muerto por él en estado de pecado mortal, la veia sumergida en las llamas eternas! En su hermoso rostro desfigurado por los tormentos del infierno, se notaba la risa de los condenados..... Rechinábanle de rábia los dientes, y se retorcia los brazos de desesperacion..... Lloraba gotas de sangre, y con voz agonizante y vengadora, gritaba á su seductor..... ¡Maldito seas tú que me has perdido!... maldito!... maldito!...

Al pronunciar estas tres palabras, dió tres pasos Rodin hácia Mr. Hardy acompañando cada paso con un gesto amenazador.

Si no se ha olvidado el estado de debilidad, de turbacion y de espanto, en que estaba el espíritu de Mr. Hardy; si se advierte que el jesuita acababa de mover y agitar en el fondo del alma de aquel infeliz todos los fermentos sensuales y espirituales de un amor entibiado por las lágrimas, pero no apagado; si se piensa en fin que Mr. Hardy se echaba tambien en cara el haber seducido á una muger, á quien el olvido de sus deberes podia, segun la religion de los católicos, llevar á las llamas del fuego eterno, se comprenderá el efecto aterrador de aquella fantasmagoría evocada en aquella soledad silenciosa, al caer del dia, por aquel sacerdote con su cara siniestra.

Asi es que produjo en Mr. Hardy un efecto inmediato, profundo y tanto mas peligroso, cuanto el jesuita no hacia mas

que desarrollar, pero bajo otro punto de vista, las ideas del abate Gabriel.

¿No habia convencido el jóven sacerdote á Mr. Hardy que no hay cosa mas suave, mas inefable que el pedir á Dios perdon para los que nos han hecho mal, ó los que hemos estraviado?... Pues quien dice perdon, dice castigo, y ese castigo es el que Rodin se esforzaba en pintar á su víctima con tan terribles colores.

Mr. Hardy con las manos unidas, y los ojos fijos y dilatados por el espanto, estremeciéndose de los pies á la cabeza, parecia que escuchaba aun á Rodin, aunque habia cesado este de hablar..... y repetia maquinalmente; ¡Maldito!... ¡Maldito!... ¡Maldito!...

Y despues esclamó de repente como si hubiese desvariado:

—Yo tambien..... seré maldito. Esa muger á quien he hecho olvidar deberes sagrados á los ojos de los hombres, á quien he hecho mortalmente culpable á los ojos de Dios..... esa muger, sumida tambien un dia en medio de las llamas eternas... . con los brazos retorcidos por la desesperacion..... llorando gotas de sangre..... me gritará del fondo del abismo.... ¡Maldito!... ¡Maldito!... ¡Maldito!... Algun dia, añadió redoblando cada vez su terror, ¿y quién sabe? acaso en esta misma hora..... me está maldiciendo..... porque ese viage á Ultramar..... si le ha sido fatal..... si un naufragio..... ¡Oh Dios mio! tambien ella..... ha muerto..... muerto en pecado mortal... condenada para siempre..... ¡Oh, misericordia, Dios mio!... misericordia para ella..... agoviadme con vuestra cólera..... pero tened misericordia de ella..... yo solo soy culpable.

Y el infeliz casi delirando, cayó de rodillas con las manos juntas.

—Caballero, dijo Rodin con voz afectuosa y penetrada, apresurándose á levantarle; mi querido caballero, mi querido amigo..... calmáos, tranquilizaos.... no me podria consolar de haberos desesperado..... ¡Ay! es muy diferente mi intencion.

—¡Maldito!.... ¡Maldito!.... siempre me maldecirá..... ¡Ella que tanto he querido!... ¡consumida por el fuego eterno!... murmuraba Mr. Hardy, sin oir segun parecia á Rodin.

—Pero, mi querido caballero, tened la bondad de escucharme; os lo suplico, decia este; dejadme concluir esta parábola, y entonces os parecerá tan consoladora como ahora os parece espantosa..... En nombre del cielo recordad las adorables palabras de nuestro angelical abate Gabriel sobre la dulzura de la oracion....

Al dulce nombre de Gabriel Mr. Hardy volvió en sí, y dijo consternado:

—¡Ah! sus palabras eran dulces y benéficas... ¿dónde están ahora? ¡Oh! por piedad repetidmelas, aquellas santas palabras.

—Nuestro angelical abate Gabriel, continuó diciendo Rodin, hablaba de la dulzura de la oracion.....

—Sí, sí..... la oracion.....

—¡Pues bien, querido señor mio! escuchadme y vereis que la oracion es la que salvó á Mr. de Rancey..... la que ha hecho de él un santo. Sí, aquellos tormentos horrorosos..... que os acabo de pintar..... aquellas visiones amenazadoras..... la oracion es la que las ha conjurado..... la que las ha cambiado en delicias celestiales.

—Por Dios, caballero, dijo Mr. Hardy con voz abatida; habladme de Gabriel.... habladme del cielo... ¡oh! pero jamás de esas llamas... de ese infierno en donde las mugeres culpables lloran gotas de sangre...

—No, no: dijo Rodin, y así como antes en la pintura del infierno habia sido su acento duro y amenrzador, así mismo se hizo tierno y caluroso al pronunciar las palabras siguientes: No: fuera esas imá-

genes de desesperacion... porque, ya os lo he dicho, despues de haber padecido tormentos infernales, gracias á la oracion, como os decia el abate Gabriel, Mr. de Rancey gozó de las delicias del para so.

—¿Las delicias del paraiso? repitió Mr. Hardy escuchando con ansia.

—Un dia en lo mas fuerte de su dolor, un sacerdote... un buen sacerdote... un abate Gabriel... llegó á donde estaba Mr. de Rancey. ¡Oh dicha!... ¡Oh providencia!... En pocos dias inició á aquel infeliz en los sacrosantos misterios de la oracion..... de esa piadosa intercesion de la criatura para con el Criador en favor de un alma espuesta á la cólera celestial. Entonces parece que se transforma Mr. de Rancey..... se apaciguan sus dolores: hace oracion, y cuanto mas ora, mas aumentan su fervor y su esperanza... Siente que le escucha Dios.... En lugar de olvidar á aquella muger tan querida.... pasa las horas en pensar en ella..... rogando por su salvacion. Sí; encerrado y feliz en el fondo de su oscura celda, á solas con aquel recuerdo adorado, pasa los dias y las noches orando por ella.... en un éstasis inefable, ardiente, casi diria... amoroso.

Es imposible pintar el acento de aquella energía casi sensual con que pronunció Rodin la palabra *amoroso*.

Estremecióse Mr. Hardy y sintió de los piés á la cabeza un movimiento ardiente á la vez y glacial: su debilitado espíritu se dejó atraer por la idea de los funestos deleites del ascetismo, del éstasis de aquella catalépsis, muchas veces erótica, de las santas Teresas y otros santos y santas de la misma especie.

Penetrando Rodin el pensamiento de Mr. Hardy, continuó:

—¡Oh! No se hubiera contentado Mr. de Rancey con esa oracion vaga, distraida, hecha por acá y por acullá en medio de las agitaciones mundanas que la absorven é impiden que llegue á los oidos del Señor.... No... no.... ¡aun en lo mas profundo de su soledad, busca medios para que sea su oracion aun mas eficaz, porque desea ardientemente la salvacion de aquella querida de la otra vida!

—¿Pues qué hizo?... ¡Oh! ¿Pues qué hizo en la soledad? esclamó Mr. Hardy, entregado desde entonces sin defensa á las obcesiones del jesuita.

—En primer lugar, dijo Rodin acentuando lentamente las palabras, se hizo... fraile.

—¡Fraile!..... repitió Mr. Hardy con aire pensativo.

—Sí, replicó Rodin; se hizo fraile, porque de ese modo seria su oracion mejor acogida en el cielo... y á mas... como en medio de la soledad mas profunda está su alma muy á menudo distraida por la materia, ayuna, se mortifica, se doma, macera cuanto tiene de carnal, para hacerse todo espíritu y para que salga de su pecho la oracion brillante, pura como una llama, y suba hácia el Señor como el aroma del incienso.

—¡Oh, que sueño tan embriagador!... esclamó Mr. Hardy, cada vez mas subyugado: para orar con mas eficacia por una muger adorada... hacerse espíritu... aromas... luz...

—Sí, espíritu, aroma, luz: dijo Rodin apoyando el acento en cada una de estas tres palabras: pero no es un sueño. ¿Cuántos frailes hay, cuantos enclaustrados, que como Mr. de Rancey, llegan á fuerza de oraciones, de austeridades y de maceraciones á un éstasis divino! ¡Ah! ¡Sí conocieseis los celestiales deleites de esos éstasis!..... Así, pues, á las visiones terribles de Mr. de Rancey sucedieron visiones encantadoras..... ¡Cuántas veces despues de un dia de ayuno y una noche empleada en orar y macerarse, caía este-

nuado, desmayado en las piedras de su celda!.... Entonces al anonadamiento de la materia sucedia la exaltacion de los espíritus..... Un bienestar indecible se apoderaba de todos sus sentidos... llegaban á sus oidos divinos conciertos que los deleitaban... una luz dulce y deslumbradora á la vez, luz que no es de este mundo, penetraba por entre sus párpados medio abiertos, y despues a las vibraciones armoniosas de las harpas de oro de los serafines, en medio de una auréola de luz, mil veces mas brillante que el sol, veía aparecer la imágen de aquella muger adorada...

—¡Aquella muger, á quien con sus oraciones habia sacado al fin de las llamas eternas! dijo Mr. Hardy, palpitándole el corazon y la voz.

—Sí, ella misma: respondió Rodin con una elocuencia verdadera y suave, porque aquel mónstruo hablaba todos los lenguajes: y entonces, gracias á las oraciones del amante, que habia escuchado el Señor, aquella muger no lloraba ya gotas de sangre... no se retorcia ya los brazos en medio de las contorsiones infernales. No, no..... siempre hermosa... ¡Oh! mil veces mas hermosa que cuando estaba en la tierra... hermosa con la belleza eterna de los ángeles... sonreía con un ardor inefable, y despidiendo sus ojos rayos de una llama húmeda, le decia con voz tierna y apasionada:

«Gloria al Señor, gloria á tí, ó amante mio querido... tus inefables oraciones, tus austeridades me han salvado.... el señor me ha colocado entre sus escogidos... gloria á tí, amante mio querido ... Embriagada de felicidad se inclinaba entonces, y tocaba con sus lábios perfumados de inmortalidad los lábios del religioso.... y pronto se exhalaba su alma en un beso de deleite, ardiente como el amor, casto como la gloria, inmenso como la eternidad. (1).

—¡Oh! esclamó Mr. Hardy, completamente estraviado ya, ¡oh! venga una vida entera de oraciones, de ayunos, de tormentos... por un solo momento como ese con la que estoy llorando..... con la que acaso he condenado...

—Qué decís de *un solo momento como ese*, esclamó Rodin, cubierto el cráneo amarillo de sudor como el de un magnetizador, tomándole la mano á Mr. Hardy para hablarle de cerca, como si hubiese querido soplarle el delirio ardiente en que trataba de sumirle: no una sola vez en su vida religiosa... sino cada dia Mr. de Rancey arrebatado del éstasis de un divino ascetismo, gozaba esos deleites profundos, inefables, inauditos, sobrehumanos, que son, comparados con los deleites terrestres... lo que es la eternidad á la vida humana.

Viendo á Mr. Hardy en el punto en que le queria poner, y como habia cerrado ya la noche, tosió dos ó tres veces el reverendo padre de un modo significativo, mirando hácia la puerta. En aquel mismo instante Mr. Hardy, delirando completamente, esclamó con voz deprecatoria, insensata.

—Una celda... una tumba... y el éstasis en ella...

Abrióse la puerta del cuarto y entró el padre d'Aigrigny con una maleta bajo del brazo.

Seguíale un criado con una luz en la mano.

. . . .

(1) Imposible nos seria el citar para justificar lo que aqui decimos, *aun cubriéndolas con un poco de gasa*, las *elucubraciones* de sor Teresa con ocasion de *su amor estático por Cristo*. Esas enfermedades no se pueden describir sino en el diccionario de ciencias médicas ó en el COMPENDIUM.

Unos diez minutos despues de aquella escena una docena de hombres robustos, de fisonomía franca y sencilla, guiados por Agricol, entraron en la calle de Vaugirard, y se dirigieron alegremente hácia la casa de los reverendos padres jesuitas.

Era una diputacion de los antiguos obreros de Mr. Hardy que iban á buscarle y á darle gracias de la determinacion que habia tomado de volver á vivir en medio de ellos.

Agricol iba á su frente. De repente vió de lejos salir un coche de la casa de retiro: los caballos puestos ya en movimiento y vivamente escitados con el látigo, llegaban á trote apresurado.

Sea casualidad ó instinto, cuanto mas se acercaba aquel coche al grupo en que estaba Agricol, tanto mas se le comprimia á éste el corazon...

Fué tan viva aquella impresion que pronto se mudó en una prevision terrible y al instante en que iba á pasar aquel coche, cuyas cortinas estaban todas cerradas, obedeciendo á un presentimiento insuperable, se arrojó á la rienda de los caballos, gritando:

—¡Amigos... ayuda!

—Postillon.... diez doblones.... á galope... escáchalo bajo las ruedas, gritó detrás de las cortinas la voz militar del padre d'Aigrigny.

Estaba entonces el cólera en todo su vigor; el postillon habia oido hablar de asesinatos de envenenadores, y muy asustado de la brusca agresion de Agricol le dió en la cabeza un golpazo con el mango del látigo, y cayó á tierra aturdido el herrero: metiéndole entonces la espuela hasta el talon á su caballo, y dando vigorosos latigazos á los otros, partieron los tres caballos á carrera tendida; desapareció rápidamente el coche, mientras los compañeros de Agricol que no habian comprendido ni su accion ni lo que les decia, se esmeraban al rededor suyo y trataban de hacerle volver en sí.

XIV.

LOS RECUERDOS.

Sucedieron varios acontecimientos algunos dias despues de aquella tarde funesta, en que Mr. Hardy, fascinado, estraviado hasta la locura por la deplorable exaltacion mística que habia conseguido inspirarle Rodin, habia suplicado, cruzando los brazos, al padre d'Aigrigny que le llevase léjos de Paris, á alguna soledad profunda para poder entregarse en ella léjos del mundo á una vida de oraciones y de austeridades ascéticas.

Desde que vino á París, vivia el mariscal Simon con sus dos hijas en una casa situada en la calle de Trois-fréres.

Antes de introducir al lector en aquella modesta habitacion, es necesario recordar sumariamente á su memoria algunos hechos anteriores.

El dia mismo del incendio de la fábrica de Mr. Hardy habia ido el mariscal Simon á consultar á su padre en un asunto de mucha importancia y gravedad, y á confiarle las tristes aprensiones que le causaba la tristeza, cada dia mayor, de sus hijas, tristeza cuya causa le era imposible penetrar.

No se ha olvidado que el mariscal Simon profesaba un culto religioso á la memoria del emperador; no tenia límites su reconocimiento para con aquel héroe; era ciego su acendrado cariño; pero estribaba su entusiasmo en la razon, y era su afecto tan profundo como la amistad mas síncera y mas apasionada.

No es eso todo.

Un dia el emperador, en una efusion de regocijo y de ternura paternal, llevando al mariscal junto á la cuna del rey de Roma que estaba durmiendo, le dijo, mostrando orgullosamente á su admiracion la dulce beldad de aquel niño:

—¡Amigo mio! ¡Amigo viejo! júrame que te sacrificarás al hijo como te has sacrificado al padre.

El mariscal Simon hizo aquel juramento y lo cumplió.

Mientras duró la restauracion, al frente de una conspiracion militar que se tramaba en nombre de Napoleon II, habia tratado, pero en vano, de apoderarse de un regimiento de caballería que mandaba entonces el marqués d'Aigrigny: vendido, denunciado, el mariscal, despues de haberse batido en un desafío encarnizadamente con el futuro jesuita, consiguió refugiarse en Polonia y libertarse por ese medio de la pena capital á que le condenaron.

Inútil es recordar los acontecimientos que llevaron al mariscal desde la Polonia á la India, y el trajeron despues á Paris cuando estalló la revolucion de julio, en cuya época varios de sus amigos solicitaron, sin que lo supiese él, y consiguieron la confirmacion del título y del grado que le habia concedido el emperador en el campo de batalla de Waterloo.

Cuando volvió á Paris el mariscal Simon, á pesar del placer que disfrutaba en abrazar al fin á sus hijas despues de un destierro tan largo, recibió un golpe profundo al saber la muerte de su muger que adoraba, porque conservó hasta el último instante la esperanza de verla en Paris; fué horroroso su desengaño, y su dolor muy cruel, aunque le ofrecia muy dulce consuelo la ternura de sus hijas.

Pronto se vió afligida su existencia con el fermento de turbacion, de discordia y de agitacion que introdujeron en ella las intrigas de Rodin.

Gracias á las secretas maniobras del reverendo padre en las córtes de Viena y de Roma, un emisario capaz de inspirar toda confianza á causa de sus antecedentes, apoyándose ademas sus palabras y sus protestas con testimonios, con pruebas, con hechos irrecusables, se presentó al mariscal Simon, y le dijo:

« El hijo del emperador se muere, víc«tima del terror que inspira á la Europa « el nombre de Napoleon.

« Vos, mariscal Simon; vos, uno de « los amigos mas fieles del emperador, « vos podeis sacar á aquel desgraciado « príncipe de la lenta agonía que le de« vora.

« La correspondencia que os presento « prueba que se podrán entablar en Viena « segura y secretamente inteligencias con « una de las personas mas influyentes « que están junto al rey de Roma, y es« ta persona está dispuesta á facilitar la « evasion del príncipe.

« Es por consiguiente posible, si se hace una tentativa imprevista, atrevida, ar« rebatarle Napoleon II á la Austria, que « le está dejando perecer en una atmós« fera mortal para él.

« Es temeraria la empresa, pero pre« senta probabilidades de salir bien, que « nadie puede afianzar como vos, maris« cal Simon, porque vuestro rendido afec« to al emperador es conocido, y se sabe « tambien con qué audacia aventurosa « conspirasteis en 1815, en nombre de « Napoleon II.

Era entonces público y notorio en Francia el estado de languidez y de menoscabo en que se hallaba la salud del rey de Roma: y aun se aseguraba que el hijo de Napoleon recibia su educacion de algunos sacerdotes que le ocultaban con el mayor esmero la gloria y la reputacion de su padre, y hacian diariamente esfuerzos para comprimir y apagar los instintos valientes y generosos que manifestaba aquel niño: las almas mas frias se conmovian entónces y se enternecian oyendo la historia de aquella existencia patética y fatal.

Recordando el carácter heróico y la lealtad caballeresca del mariscal Simon, admitiendo el culto apasionado que tenia al emperador, facilmente se concibe que se debia interesar el padre de Rosa y Blanca con mayor ardor que nadie en la suerte del príncipe, y que, si se presentase la ocasion, se habria de creer el mariscal obligado á no limitarse á sentimientos estériles.

En cuanto á la realidad de la correspondencia que presentaba al mariscal el emisario de Rodin, habiéndola sometido indirectamente á una prueba contradictoria, gracias á uno de sus antiguos compañeros dde armas, que habia estado mucho tiempo de mision en Viena, resultó de la investigacion que se hizo con tanta prudencia como destreza para que no pudiese traslucirse cosa ninguna, que podia el mariscal dar oidos seriamente á las propuestas que se le harian.

Desde entonces puso aquella propuesta al padre de Rosa y Blanca en una perplejidad cruel, porque para hacer una tentativa tan atrevida, tan peligrosa, le era necesario abandonar de nuevo á sus hijas; si, al contrario, espantado de esa separacion, renunciaba á hacer una tentativa para salvar al rey de Roma, cuya dolorosa agonia era real y conocida de todos, se consideraba el mariscal como perjuro á la promesa que habia hecho al emperador.

Para poner un término á aquellas penosas dudas, el mariscal Simon lleno de confianza en la inflexible rectitud del juicio de su padre, fué á pedirle consejo: desgraciadamente el antiguo artesano republicano, herido mortalmente mientras atacaban la fábrica de Mr. Hardy, pero preocupado aun en sus últimos momentos de las graves confidencias que le habia hecho su hijo, espiró diciéndole:

«Hijo mio: tienes que cumplir una «grande obligacion, so pena de no obrar «como hombre de honor, so pena de de«sobedecer á mi última voluntad, debes... «sin titubear.... »

Pero por una deplorable fatalidad, las últimas palabras que pronunció el anciano artesano para completar su pensamiento, las pronunció con voz tan apagada y tan débil, que fueron completamente ininteligibles, y murió dejando al mariscal en una ansiedad tanto mas funesta, cuanto que uno de los únicos partidos que podia tomar, lo condenaba formalmente su padre, en cuyo juicio tenia él la confianza mas absoluta y mas merecida.

En una palabra, se martirizaba el pensamiento en indagar si su padre habia querido aconsejarle en nombre del honor y del deber el no abandonar á sus hijas y el renunciar á una empresa demasiado peligrosa; ó sí, al contrario, le habia querido aconsejar que no vacilase un momento en abandonar á sus hijas por algun tiempo para cumplir con el juramento que habia hecho al emperador, y que tratase al menos de arrancar á Napoleon II de una cautividad mortal.

Aquella perplegidad que hacian mas cruel aun ciertas circunstancias que se conocerán mas tarde: el profundo dolor que habia causado al mariscal el fin trágico de su padre, muerto en sus brazos; el recuerdo incesante y doloroso de su muger, que habia muerto en la tierra del destierro; el pesar que le causaba cada dia la tristeza siempre creciente de sus hijas, le habian dado golpes dolorosos y repetidos al mariscal Simon: en fin, es de añadir que, á pesar de su intrepidez natural, desplegada con tanto valor en veinte años de guerra, los estragos del cólera, de aquella enfermedad terrible que habia dado la muerte á su muger en la Siberia, causaban al mariscal un terror involuntario: sí, aquel hombre de hierro

que en tantas batallas habia arrostrado la muerte con la mayor serenidad, sentia á veces debilitarse la firmeza ordinaria de su carácter al ver las escenas de desolacion y de luto que presentaba Paris á cada paso.

Sin embargo, cuando reunió la señorita de Cardoville al rededor suyo á todos los miembros de su familia, para advertirlos de las tramas de sus enemigos, la afectuosa ternura que manifestó Adriana á Rosa y á Blanca tuvo al parecer una influencia tan grande en su misteriosa tristeza, que el mariscal, olvidando por un instante sus funestos pensamientos, no pensó sino en gozar de aquella mudanza feliz, pero desgraciadamente poco duradera.

Ahora que se han recordado y esplicado al lector esos hechos, va el autor á continuar la narracion suspendida.

XV.

JOCRISO (1).

Ya se ha dicho que vivia el mariscal Simon en una casa modesta de la calle de *Trois frères*; acababan de dar las dos de la tarde en el reloj del cuarto particular del mariscal, el cual cuarto estaba amueblado con una sencillez enteramente militar: veiase en lo interior de su alcoba una panóplia compuesta de armas que habia usado el mariscal en sus campañas; encima del escritorio enfrente de la alcoba un busto pequeño de Napoleon, único adorno de aquel cuarto.

El aire esterior estaba muy lejos de ser templado, y como el mariscal, durante su larga permanencia en las Indias, se habia hecho muy sensible al frio, ardía en la chimenea un fuego bastante considerable. Abrióse una puerta encubierta por la colgadura, la cual caia al paso de una escalera escusada, y entró un hombre que llevaba una canasta de leña, el cual se acercó lentamente hasta cerca de la chimenea y se puso de rodillas, comenzando á poner simétricamente los leñazos en una caja colocada junto al hogar: despues de haber empleado en eso algunos minutos, el dicho criado, siempre arrodillado, se acercó insensiblemente á otra puerta que estaba junto á la chimenea, y pareció que aplicaba el oido con una atencion profunda, como si hubiese querido tratar de oir si hablaban en el cuarto inmediato.

Ese hombre, empleado como criado subalterno de aquella casa, tenia la traza mas ridícula que se puede imaginar: consistian sus ocupaciones en llevar leña, hacer recados, etc., etc.; por otra parte, servia de mofa y de escarnio á todos los otros criados: en un momento de buen humor, Dagoberto, quien tenia poco mas ó menos el empleo de mayordomo, le habia dado á aquel tonto el sobrenombre de Jocriso; no se le cayó el apodo, que tenia muy bien merecido, por cierto, y bien aplicado por su desaliño, por su majadería y por su ancha cara, con la nariz aplastada grotescamente, la barba puntiaguda y los ojos tontos y muy abiertos; añádase á esas señas su vestido, que era una chaqueta de sarjeta encarnada en la que brillaba el triángulo de un delantal, y será menester convenir que le caia muy bien, al bobalote, el sobrenombre que le habian dado. Sin embargo, en el momento en que Jocriso escuchaba con tanta atencion lo que podian decir en el cuarto inmediato, se animaron sus ojos, ordinariamente vagos y estúpidos, con una chispa de viva inteligencia.

Despues de haber eschuchado de aquel modo por un momento en la puerta, volvió Jocriso junto á la chimenea, andando siempre de rodillas; levantándose despues, cojió la canasta en la cual quedaba

(1) Personaje grotesco y ridículo muy popular en Francia.

aun la mitad poco mas ó menos de la leña, volvió de nuevo á la puerta, y dió un golpecito discreto para llamar.

No respondió nadie.

Dió otro golpe un poco mas fuerte que el primero.

Igual silencio.

Entonces, con voz ronca, acre, chillona y grotesca en esceso, gritó:

—¡Señoritas! ¿teneis necesidad de leña en vuestro cuarto? tened la bondad de decirmelo.

Como no recibia respuesta ninguna, puso Jocriso en tierra su canasta, abrió con tiento la puerta y entró en el cuarto inmediato, despues de haber dado una ojeada rápida, y salió al cabo de algunos segundos, mirando á un lado y despues á otro con mucha ansiedad, como si acabase de cumplir algun encargo importante y misterioso.

Volviendo entonces á cojer la canasta, iba á salir del cuarto del mariscal Simon, cuando se abrió de nuevo y con precaucion la puerta de la escalera escusada y entró Dagoberto.

Sorprendió indudablemente al soldado la presencia de Jocriso, arqueó las cejas, y le dijo bruscamente:

—¿Qué haces aqui?

A esta súbita interpelacion, acompañada de un gruñido de malhumor de Quitasolaces, que venia siguiendo los pasos de su amo, dió Jocriso un grito de espanto verdadero ó fingido; suponiendo este último caso, para dar mayor verosimilitud á su emocion, el supuesto tonto dejó caer en el entarimado su canasta medio llena de leña, como si se le hubiesen arrancado de las manos la admiracion y el miedo.

—¿Qué haces aqui.... imbécil? replicó Dagoberto, cuya fisonomía estaba entonces muy triste y él muy poco dispuesto, segun parecia, á reirse de la poltronería de Jocriso.

—¡Ah! ¡señor Dagoberto!.... ¡qué miedo!.... ¡Dios mio!.... ¡Qué lástima que no haya tenido en las manos algunas docenas de platos, cuando habeis entrado, para probar que no era por cúlpa mia si rompia....

—Te pregunto que es lo que haces aqui.... replicó Dagoberto.

—Pues ya lo estais viendo, señor Dagoberto, respondió Jocriso enseñando la canasta, acabo de traer leña al cuarto del señor duque, para que la queme si tiene frio.... porque hace frio....

—Está bien: recoje la canasta y sal de aqui.

—¡Ah, señor Dagoberto! aun tengo las piernas trastornadas. ¡Que miedo!... ¡que miedo!... ¡que miedo!...

—¿Saldrás de aquí? replicó el veterano.

Y cojiendo por el brazo á Jocriso, lo empujó hácia la puerta, mientras Quitasolaces, abatiendo sus orejas puntiagudas y herizándose como un puerco espin, parecia dispuesto á acelerar la retirada de Jocriso.

—Ya voy, señor Dagoberto, ya voy, dijo el tonto, recogiendo la leña y la canasta; decid solamente á Quitasolaces que...

—¡Ojalá te lleve el demonio, hablador imbécil! dijo Dagoberto echándole fuera del cuarto.

Entonces Dagoberto pasó el cerrojo á la puerta de la escalera escusada, fue despues á la que comunicaba con el cuarto de las dos hermanas, y dió vuelta á la llave en la cerraja.

Hecho esto, el soldado pasó rápidamente á lo interior de la alcoba, desenganchó un par de pistolas cargadas, pero no preparadas, quitó con mucho cuidado las cápsulas del piston, y sin poder contener un profundo suspiro, volvió á poner las armas en el sitio en que estaban antes: iba ya á

salir de la alcoba, cuando por reflesion tomó tambien en la panoplia un cangiar indiano, con hoja muy puntiaguda, la sacó de la vaina de plata sobredorada y despuntó aquella arma mortal, introduciéndola bajo una de las ruedas de hierro que sostenian la cama.

Fué en seguida Dagoberto á abrir las dos puertas, y volvió despues á la chimenea, en cuyo mármol apoyó los codos con aire triste y pensativo. Quitasolaces, agazapado junto al hogar, seguia con sus miradas hasta los mas pequeños movimientos de su amo: y aun dió aquel digno perro una prueba de su perspicacia rara y atenta, pues, habiendo el soldado sacado el pañuelo del bolsillo, y habiendo dejado caer sin advertirlo un papel con un pequeño rollo de tabaco para mascar, Quitasolaces, que lo recojia todo como un *retriver* de Rulland, cojió el papel entre los dientes, y poniéndose en pié, sosteniéndose con las patas posteriores, lo presentó respetuosamente á Dagoberto; pero éste recibió maquinalmente el papel, y pareció indiferente á la destreza de su perro.

Manifestaba la fisonomía del antiguo granadero de á caballo tanta tristeza como ansiedad. Despues de haber estado durante algunos minutos de pié junto á la chimenea, con los ojos fijos y meditabundos, comenzó á pasearse con agitacion á lo largo y á lo ancho del cuarto, teniendo una mano en el pecho entre las solapas de su larga levita azúl abotonada hasta el cuello, y la otra metida en uno de los bolsillos traseros.

De tiempo en tiempo se detenia bruscamente Dagoberto, y respondiendo en voz alta á sus pensamientos tiernos, se dejaba escapar por acá y por acullá algunas esclamaciones de duda y de inquietud; volviéndose despues hácia el trofeo de armas meneaba tristemente la cabeza, y decia:

—Si, será menester que me lo diga.... me inquieta demasiado.... ¡y esas pobres niñas! ¡Ah! Se le parte á uno el corazon.

Y frotaba con viveza Dagoberto su bigote con el dedo índice y el pulgar, movimiento casi convulsivo y síntoma evidente en él de una grande agitacion.

Algunos minutos despues comenzó de nuevo á hablar el soldado, respondiendo siempre á sus pensamientos internos.

—¿Qué puede ser eso?... No son esas cartas..... ¡Es cosa demasiado infame.... las desprecia... y sin embargo... pero no, no... es superior á todo eso.

Y comenzaba de nuevo á pasearse Dagoberto precipitando el paso.

De repente Quitasolaces levantó las orejas, volvió la cabeza hácia la puerta de la escalera escusada y dió un gruñido sordo.

Pocos instantes despues llamaron á aquella puerta.

—¿Quién está ahí? dijo Dagoberto.

No respondieron, pero llamaron otra vez.

Impacientóse el soldado y fué rápidamente á abrir, encontrándose entonces con la cara estúpida de Jocriso.

—¿Porqué no me respondes cuando pregunto quién llama? dijo el soldado irritado.

—Señor Dagoberto, como hace poco me habeis hecho salir de aquí, no decia quien era por medio de enfadaros diciendo que era yo.

—¿Qué quieres pues? habla. Pero entra..... animal, esclamó Dagoberto exasperado, entrando en el cuarto á Jocriso que se quedaba siempre en el umbral de la puerta.

—¡Señor Dagoberto! aqui estoy..... aqui estoy al instante.... no os enfadeis... os voy á decir..... es un jóven.....

—¿Y qué mas?

—Dice que quiere hablaros inmediatamente, señor Dagoberto.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama? repitió Jocriso balanceandose y burlándose con aire tonto.

—Sí; cómo se llama, majadero. ¿Hablarás?

—¡Ah! Bueno está eso..... señor Dagoberto. Es de chanza el preguntarme como se llama.

—¡Miserable! ¿has hecho juramento de hacerme salir de mis casillas? esclamó el soldado agarrando á Jocriso por el cuello: dime como se llama ese jóven.

—Señor Dagoberto, no os enfadeis, y tened la bondad de escucharme, pero es inútil el deciros como se llama ese jóven, puesto que lo sabeis.

—¡Oh! ¡Bruto! ¡Bruto aforrado de bruto! dijo Dagoberto apretando los puños.

—Pues sí; lo sabeis, señor Dagoberto, puesto que ese joven es vuestro hijo..... está abajo y quiere hablaros inmediatamente..... inmediatamente.

Representaba Jocriso la estupidez con tanta perfeccion, que se dejó engañar Dagoberto; compadecido mas bien que irritado de tanta imbecilidad, miró fijamente al criado, encogió despues los hombros, y se fué hácia la escalera, diciéndole:

—Sígueme.....

Obedeció Jocriso; pero antes de cerrar la puerta, echó la mano al bolsillo, sacó misteriosamente una carta, que arrojó hácia atras sin volver la cabeza, y diciendo al contrario á Dagoberto, sin duda para traer ocupada su imaginacion:

—Vuestro hijo está en el patio, señor Dagoberto.... No ha querido subir... por eso se ha quedado abajo.....

Diciendo eso cerró la puerta Jocriso, bien persuadido que estaba la carta muy manifiesta encima del entarimado del cuarto del mariscal Simon.

Pero Jocriso hacia sus cuentas sin Quitasolaces.

Sea que mirase como mas prudente el formar la retaguardia, sea por deferencia respetuosa para con un bipede, el digno perro no salió del cuarto sino el último, y como traia muy bien á la mano (como acababa de probarlo), viendo la carta que acababa de dejar caer Jocriso, la dejó delicadamente entre los dientes y salió del cuarto sin que hubiese advertido este la prueba de habilidad y de entendimiento que daba Quitasolaces.

XVI.

LOS ANÓNIMOS.

Luego diremos en que vino á parar la carta que tenia entre dientes Quitasolaces, y por que se separó éste de su amo cuando corrió Dagoberto a ver á Agricol.

Algunos dias hacia que no habia visto Dagoberto á su hijo; le abrazó cordialmente y le llevó á una de las piezas del piso llano que componian su aposento.

—¿Y cómo está tu muger? dijo el soldado á su hijo.

—Gracias, padre mio: está muy bien.

Notando entonces la alteracion de las facciones de Agricol, le dijo Dagoberto.

—¡Parece que estás triste! ¿Te ha sucedido algo desde la última vez que nos hemos visto?

—Padre mio..... todo está concluido... todo está perdido para nosotros..... dijo el herrero desesperado.

—¿De quién hablais?

—De Mr. Hardy.

—¿De Mr. Hardy? ¡Pues hace tres dias me decias que habias de ir a verle!

—Sí, padre mio, le he visto, y mi digno hermano Gabriel le ha visto tambien.... y le ha hablado como habla él.... con la voz del corazon; asi es que le habia dado tanto aliento, tanto animo que se habia decidido Mr. Hardy á venir á vivir en medio de nosotros; entonces yo, loco de alegria, corrí á darles esa buena noticia á algunos de mis camaradas que

me estaban esperando para saber el resultado de nuestra entrevista: volvimos todos juntos para darle las gracias, y estábamos apenas á cien pasos de la casa de las túnicas negras.....

—¿Las túnicas negras?..... dijo Dagoberto tomando un aire muy triste. En ese caso..... ha debido haber alguna desgracia..... los conozco yo á esos vestidos negros.

—No te equivocas, padre mio; respondió Agricol suspirando; corria pues con mis camaradas, cuando ví de lejos acercarse un coche: no se que presentimiento me dijo que en él llevaban á Mr. Hardy.

—¿Por fuerza? dijo con viveza Dagoberto.

—No: respondió con amargura Agricol; no: son esos clérigos demasiado astutos para eso..... saben siempre hacerle á uno cómplice del mal que le hacen..... ¿no sabes cómo se condujeron con mi buena madre?

—Si... digna muger... Otra pobre mosca que han cojido en sus telas de araña... ¿Pero ese coche de que me estás hablando?

—Viéndolo salir de la casa de los vestidos negros, dijo Agricol continuando, se comprimió mi corazon, y por un movimiento que me dominó, me arrojé á la brida de los caballos, llamando á mis camaradas á que me ayudasen; pero me dió el postillon un porrazo con el mango del látigo en la cabeza y me aturdí, me caí en tierra... Cuando volví en mi ya estaba léjos el coche.

—¿Has recibido alguna herida?..... dijo vivamente Dagoberto examinando con mucho cuidado á su hijo.

—No, padre mio... un arañazo.

—¿Y que hicistes despues, muchacho?

—Corri inmediatamente á casa del buen ángel, á casa de la señorita de Cardoville y se lo conté todo. « Es necesario, me dijo « ella, seguir al instante las huellas de Mr. « Hardy: cojeréis uno de mis coches y to« maréis caballos de posta. Os acompaña« rá Mr. Dupont, y seguiréis á Mr. Har« dy de posta en posta, y si llegais á al« canzarlo, puede que vuestra presencia « y vuestras súplicas consigan vencer la « funesta influencia que esos clérigos mal« vados han sabido imponerle. »

—Eso era lo mejor que se podia hacer...... tenia mucha razon esa digna señorita.

—Una hora despues ya estábamos siguiendo las huellas de Mr. Hardy, porque habíamos sabido por los postillones, cuando volvian, que iba por el camino de Orleans; le seguimos hasta Etampes: alli nos dijeron que habia tomado un camino trasversal para ir á una casa aislada en un valle á cuatro leguas de todo camino real; que aquella casa, llamada el valle de Saint-Heren, pertenece á los sacerdotes: añadian que estaba la noche tan oscura y los caminos tan malos que haríamos muy bien en quedarnos aquella noche en la posada y partir á la mañana siguiente. Seguimos ese consejo y nos pusimos en coche al amanecer el dia, dejando un cuarto de hora despues el camino real y tomando un camino montuoso y desierto: no se veian por todas partes sino rocas de asperones y algunos álamos blancos. Cuanto mas íbamos adelantando, tanto mas salvaje era el sítio: hubiéramos podido creernos á cien leguas de distancia de Paris. Nos detenemos al fin delante de una casa grande, vieja, negruzca, con muy pocas ventanas; construida al pié de una montaña toda cubierta de esos asperones. Jamas he visto cosa mas desierta ni mas triste. Bajamos del coche, tiramos de la campanilla y vino á abrirnos la puerta un hombre. ¿Ha llegado esta noche el abate d'Aigrigny con un caballero? dije á aquel hombre haciendo como que tenia conocimiento de todo eso: advertíd al instante á

ese caballero que vengo aqui por un negocio de mucha importancia y tengo que hablarle inmediatamente. Creyendo aquel hombre que estaba de acuerdo con el abate d'Aigrigny, nos hizo entrar inmediatamente: al cabo de un instante abre la puerta el abate d'Aigrigny, me ve, retrocede y desaparece; pero cinco minutos despues estaba en mi presencia Mr. Hardy.

—¿Pues bien? dijo Dagoberto con interés.

Agricol sacudió tristemente la cabeza y continuó:

—Asi que ví la fisonomía de Mr. Hardy, conocí que estaba todo concluido. Dirigiéndose á mi con voz dulce, pero firme Mr. Hardy me dijo:

«Concibo y aun escuso el motivo que «os trae aqui; pero estoy decidido á vivir «de aqui en adelante en el retiro y en la «oracion; tomo esta resolucion libre y es«pontáneamente porque pienso en la sal«vacion de mi alma: ademas decid á vues«tros camaradas que, segun las disposi«ciones que he de tomar, conservarán un «buen recuerdo de mí.

Iba yo entonces á hablar: pero me interrumpió Mr. Hardy diciéndome: «Es «inútil, amigo mio; es irrevocable mi de«terminacion: no me escribais, porque se «quedarian vuestras cartas sin costesta«cion. En adelante la oracion me absor«verá enteramente... perdonadme, si os «dejo, pero me ha cansado el viaje: «adios».

Y decia verdad, porque estaba pálido como un espectro, y aun tenia los ojos, si no me engaño, un poco estraviados, y comparándolo con la víspera, apenas se le podia conocer: la mano que nos dió al separarnos estaba seca y ardiente. El padre d'Aigrigny volvió á entrar. Padre mio, le dijo Mr. Hardy, tendréis la bondad de acompañar al señor Agricol Baudoin. Diciendo estas palabres, me despidió de nuevo con un movimiento de la mano y entró en el cuarto próximo. Estaba todo concluido y le perdiamos nosotros para siempre.

—Si, dijo Dagoberto; esas túnicas negras le han embrujado como á otros muchos.

—Entonces, continuó Agricol desesperado, he vuelto aqui con Mr. Dupont. Eso es lo que los clérigos han conseguido hacer de Mr. Hardy... de aquel hombre generoso que daba de comer á cerca de trescientos artesanos laboriosos, en el órden y la felicidad, desarrollando su entendimiento, mejorando su corazon, granjeándose las bendiciones de todo aquel pueblo para el cual era una Providencia... En lugar de eso, Mr. Hardy está ahora condenado á un vida contemplativa, siniestra y estéril...

—¡Malditas túnicas negras!... dijo Dagoberto estremeciéndose sin poder ocultar un espanto indefinible; cuanto mas vivo... mas miedo tengo.... Ya has visto lo que han hecho esas gentes con tu pobre madre..... Ya ves lo que acaban de hacer con Mr. Hardy..... sabes sus intrigas contra mis dos pobres huérfanitas, contra esa generosa señorita... ¡Oh! son muy poderosas esas gentes..... Mas quisiera arrostrar un escuadron de granaderos rusos que una docena de esas sotanas. Pero no hablemos mas de eso; otros motivos de tristeza y de temor.

Viendo despues cuan sorprendido quedaba Agricol, y no pudiendo contener su emocion, el soldado se echó á los brazos de su hijo, esclamando con voz oprimida:

—No puedo mas.....se me está reventando el corazon: es necesario que hable... y ¿á quien me he de confiar sino á tí?

—Padre mio..... me espantais; dijo Agricol; que es lo que te sucede?

—Mira, mira..... sino por tí, y por esas dos pobres criaturas, veinte veces me hubiera levantado ya la tapa de los sesos..... antes de ver lo que estoy viendo..... y sobre todo de temer..... lo que estoy temiendo.....

—Pues que temes, padre mio?

—No sé lo que tiene el general hace algunos dias; pero me espanta.

—Sin embargo las últimas conversaciones con la señorita de Cardoville.....

—Sí, estaba algo mejor..... con sus buenas palabras aquella señorita habia derramado como un balsamo en sus heridas; la presencia del jóven indio le habia distraido tambien..... No parecia ya casi receloso, y comenzaban tambien sus hijas á advertirlo..... Pero de pocos dias á esta parte.... No sé que demonio se ha desencadenado contra la familia. Perderia uno la cabeza..... En primer lugar estoy seguro que las cartas anónimas que habian cesado han comenzado de nuevo (1).

—¿Qué cartas, padre mio?

—Las cartas anónimas.

—Y esas cartas..... ¿con qué objeto?

—Ya sabes el odio que tenia anteriormente el mariscal contra ese renegado, el padre d'Aigrigny, cuando supo que estaba aqui y que habia perseguido á las dos huerfanitas, como habia perseguido á la madre..... hasta la muerte..... pero que se habia hecho sacerdote: creí entonces que el mariscal se volveria loco de indignacion y de furor..... Queria ir á buscar á ese renegado..... Le calmé con una sola palabra: «Es sacerdote; le dije; «por mas que hagais, aunque lo injurieis, «aunque lo maltrateis, no se batirá. Ha «comenzado sirviendo contra su pais, y «concluirá siendo mal sacerdote; eso es «muy sencillo, y no merece la pena ese «hombre que se le escupa á la cara. Pero «seria necesario que lo castigase yo del «mal que ha hecho á mis hijas; que ven«gase la muerte de mi muger; esclamó «el mariscal exasperado. Bien sabeis que, «segun dicen, hay tribunales que os pue«den vengar; le dije; la señorita de Car«doville ha presentado una queja contra «el renegado por haber querido secues«trar á vuestras hijas en un convento.... «Es necesario tascar el freno..... espe«rar.....»

—Sí, dijo tristemente Agricol; pero faltan por desgracia las pruebas contra el abate d'Aigrigny..... El otro dia, cuando me interrogó el abogado de la señorita de Cardoville en punto á nuestro escalamiento del convento, me dijo que se hallarian á cada paso obstaculos por falta de pruebas materiales, y que esos sacerdotes habian tomado medidas tan acertadas, que

(1) Sabido es cuan familares son á los reverendos padres y á otros congregantes las denunciaciones, las amenazas y las calumnias anónimas. El venerable cardenal de Latour d'Aubergne se ha quejado poco há en una carta que han publicado los diarios de las maniobras indignas, de las amenazas anónimas que se le han hecho porque rehusaba el adherir sin exámen á la pastoral de Mr. de Bonald contra el manual de Mr. Dupin, cuyo libro, á pesar de los esfuerzos del partido clerical, se conservará como un manual de razon, de derecho y de independencia. Hemos tenido á la vista las piezas de un pleito por captacion, pendiente actualmente ante el consejo de Estado, entre las cuales se hallan muchas cartas anónimas, escritas al anciano que querian captar los clérigos, llenas sea de amenazas contra él, si no desheredaba á sus sobrinos, sea de denunciaciones abominables contra su honrada familia. De los hechos mismos consignados en el proceso, resulta que esas cartas son de dos frailes y una monja que no abandonaban al anciano en sus últimos momentos, los cuales han conseguido al fin despojar á la familia de mas de quinientos mil francos.

acaso no tendria éxito ninguno la queja.

—Eso es lo que piensa tambien el mariscal, hijo mio; y por eso mismo se aumenta mas su irritacion.

—Deberia despreciar á esos miserables.

—¿Y las cartas anónimas?

—¿Qué quieres decir con eso, padre mio?

—Es necesario que lo sepas todo. Siendo el mariscal gallardo y leal cual es, asi que pasó el primer movimiento de indignacion, reconoció que insultar al renegado ahora que ese vil se ha disfrazado de sacerdote, seria lo mismo que insultar á una muger ó á un anciano: le ha despreciado por consiguiente cuanto ha podido; pero le han comenzado á llegar todos los dias cartas anónimas, y en esas cartas tratan de despertar, de escitar por todos los medios la cólera del mariscal contra el renegado, recordándole todo el mal que ha hecho el abate d'Aigrigny, á él ó los suyos. En fin se le echa en cara al mariscal el ser bastante cobarde para no atreverse á tomar venganza de ese sacerdote perseguidor de su mujer y de sus hijas, que cada dia se está mofando de él con insolencia.

—¿Y esas cartas.... á quien las atribuyes tú, padre mio?

—No lo sé.... Es cosa de volverse uno loco.... Vienen sin duda de los enemigos del mariscal, y no tiene otros enemigos que esas sotanas negras.

—Pero, padre mio, puesto que esas cartas escitan la cólera del mariscal contra el padre d'Aigrigny, no pueden escribirlas esos sacerdotes.

—Eso es lo que me he dicho.

—¿Pero cual puede ser el objeto de esas cartas anónimas?

—¿El objeto? demasiado claro está: respondió Dagoberto. El mariscal es vivo, ardiente, y tiene mil razones para quererse vengar del renegado. Pero no quiere tomarse la justicia por sí mismo y le falta la otra justicia.... entonces hace esfuerzos, trata de olvidar y olvida. Pero llegan cada dia nuevas cartas insolentes, provocativas, que reaniman y ecsasperan ese odio tan lejítimo con mofas, con injurias.... Por vida de doscientos mil demonios.... No tengo yo la cabeza mas débil que otros.... pero con semejante barullo me volveria loco.

—¡Ah, padre mio! Seria esa combinacion horrorosa, digna del infierno.

—Y no es eso todo.

—¿Qué decis?

—Tambien ha recibido el mariscal otras cartas.... pero esas no me las ha enseñado: solamente cuando leyó la primera, se quedó como aterrado del golpe, y dijo en voz baja: «Ni aun eso respetan... ¡Oh!... Es demasiado.... Es demasiado.... y cubriéndose la cara con las manos... se puso á llorar.

—¡El!... ¡el mariscal llorar! dijo Agricol, no pudiendo creer lo que oia.

—Si, respondió Dagoberto; él... ha llorado... como un niño.

—¿Y qué podian contener esas cartas, padre mio?

—No me he atrevido á preguntárselo.... por lo aflijido y agoviado que me parecia.

—Pues el pobre mariscal, asi hostigado y atormentado sin cesar, ha de llevar una vida atroz.

—¡Y sus pobres niñas, que están cada dia mas tristes sin poder adivinar el motivo de su tristeza! ¡Y la muerte de su padre.... que espiró en sus brazos! A ti te se figura sin duda que debiera bastar eso, ¿no es verdad?.... Pues bien, no.... Estoy seguro... . el mariscal esperimenta alguna cosa mas penosa: hace mucho tiempo que no es ya el mismo: ahora por una bagatela se irrita se ecsaspera, y tiene escesos de cólera tales... que.

Titubeó un momento el soldado y dijo:

—En fin, ya te puedo decir eso.... pobre hijo mio. ¡Pues bien! hace poco he subido al cuarto del mariscal.... y he quitado el cebo de sus pistolas...

—¡Ah! ¡padre mio!.... esclamó Agrícol; temeriais...

—En el estado de ecsasperacion en que estaba ayer el mariscal, todo se puede temer.

—¿Pues que ha habido?

—Hace algun tiempo que tiene conversaciones secretas con un caballero que parece un militar antiguo, hombre digno y respetable; he notado que la agitacion y la tristeza del mariscal aumentan siempre despues de sus visitas: dos ó tres veces le he hablado de eso y he visto, por su fisonomía, que no le agradaba, por consiguiente no he insistido.

Ayer noche vino ese caballero; estuvo aqui hasta cerca de las once: su mujer vino despues á buscarle y lo aguardó en un coche simon; cuando se fué, subí á ver si tenia el mariscal necesidad de algo, estaba muy pálido pero tranquilo, me dijo que no me necesiba y bajé. Ya sabes que mi cuarto, que está aqui al lado, está precisamente debajo del suyo; asi que entré en él, oí al mariscal que iba y venia, andando á lo que parecia con mucha agitacion, y pronto me pareció que empujaba y echaba por tierra los muebles con estrépito. Asustado subo inmediatamente y me pregunta irritado ¿qué es lo que quiero? diciéndome que me vaya. Entonces viéndole en semejante estado me quedo; se encoleriza, pero me quedo, y advirtiendo una silla y una mesa en tierra, se las indico con tristeza y me entiende, y como es tan bueno como lo mejor que hay en el mundo, me alarga la mano y me dice: Perdóname el inquietarte asi, querido Dagoberto; pero he tenido poco hace un momento de cólera tan absurdo; habia perdido la cabeza: creo que me hubiera echado por la ventana, si hubiese estado abierta, añadió yendo de puntillas á abrir la puerta que comunica al cuarto en donde se acuestan sus hijas: despues de haber escuchado por algunos momentos con angustia en aquella puerta, como nada oia, volvió cerca de mi: felizmente están durmiendo, me dijo. Entonces le pregunté cual habia sido la causa de su agitacion, si habiá recibido á pesar de mis precauciones alguna carta anónima. ¡No! me respondió con aire inquieto; pero déjame, amigo mio, siento que estoy mejor; me ha hecho provecho el verte; buenas noches, mi antiguo camarada; baja á tu cuarto y vete á descansar. Pero buen cuidado he tenido de no bajar; he hecho como que bajaba la escalera, y he subido de puntillas á sentarme en el último escalon con el oido atento. Para calmarse completamente sin duda ha ido el mariscal á abrazar á sus hijas, porque he oido abrir y volver á cerrar la puerta que dá á su cuarto. Despues ha vuelto, se ha paseado de nuevo largo tiempo en el cuarto, pero con paso mas tranquilo; en fin he oido que se metia en la cama y no he bajado á mi cuarto hasta el amanecer: felizmente lo demas de la noche lo ha pasado tranquilamente.

—¿Pero qué puede tener, padre mio?

—No sé, cuando he subido, me ha llamado la atencion la alteracion de su rostro, el resplandor de sus ojos.... aunque hubiera tenido un acceso de delirio ó de locura no hubiera estado de otro modo... y por eso oyéndole decir, que si hubiese estado abierta la ventana, se hubiera arrojado por ella, me ha parecido prudente quitarles el cebo á las pistolas.

—Estoy atónito... dijo Agrícol; el mariscal... un hombre tan firme, tan intrépido, tan calmado... dejarse llevar de la cólera....

—Te digo que está pasando con él alguna cosa estraordinaria: dos dias hace que no ha visto una sola vez á sus hijas, lo cual es, de su parte, mala señal, á mas de que las pobres niñas están desesperadas, porque se figuran esos dos ángeles que han dado á su padre algun motivo de disgusto, y redobla entonces su tristeza. Descontentarlor... ellas... si supieses su vida.... pobres niñas... Un paseo á pié ó en coche conmigo y su aya, porque jamas las dejo ir solas, y asi que vuelven, se ponen á estudiar, á leer ó á bordar, siempre juntas.... y despues se acuestan: su aya, quien segun creo, es una muger respetable, me ha dicho que algunas veces á la noche las habia visto llorar durmiendo. ¡Pobres niñas! Hasta ahora poco han conocido la felicidad, dijo el soldado suspirando.

En aquel instante oyendo andar en el patio á pasos precipitados, levantó los ojos Dagoberto y vió al general Simon pálido el semblante, estraviados sus ojos, teniendo en las manos una carta que leia, que meditaba con ansia.

XVII.

LA CIUDAD DE ORO.

Mientras el mariscal Simon atravesaba el patio, agitado con la lectura de la carta anónima que habia recibido por la via estraordinaria de Quitasolaces, Rosa y Blanca estaban solas en la salas que ocupaban ordinariamente, en la cual habia entrado Jocriso un instante mientras estaban ellas fuera.

Las pobres niñas parecian condenadas á vestirse de luto eternamente; en el instante mismo en que se iba á concluir el luto de su madre, la muerte trágica del abuelo las habia cubierto de nuevo de crespones fúnebres.

Ambas estaban vestidas de negro de pies á cabeza y sentadas en un camapé junto á la mesa de labor.

La tristeza produce á veces el efecto de los años, envejece: asi es que Rosa y Blanca se habian hecho en pocos meses mozas viejas. A la gracia infantil de sus rostros, tan redondos y tan rosados en otro tiempo, pálidos y descarnados entonces, habia sucedido una espresion de tristeza patética; sus grandes ojos azules, limpios y dulces, pero siempre pensativos: no se veían ya jamás bañados de aquellas lágrimas de regocijo que una risa franca é ingénua suspendia á sus párpados de seda, cuando la serenidad cómica de Dagoberto ó alguna burla muda de *Quitasolaces* les daban un poco de distraccion en su penosa peregrinacion.

En una palabra, aquellas hechiceras caras, que solo la paleta florida de Greuze hubiera podido copiar con su frescura suave, eran entonces dignas de inspirar el pin cel tan melancólicamente del ideal pintor de *Mignon* echando menos el cielo, y de *Margarita* echando menos á Fausto. (1)

Rosa, apoyada en el respaldo del camapé tenia la cabeza un poco inclinada hácia el pecho, cubierto con un pañuelo de crespon negro: la luz que venia de una ventana de enfrente brillaba suavemente en su frente pura y blanca, coronada de dos bandas de cabellos castaños; miraba fijamente, y el arco delicado de sus cejas contraidas indicaba una preocupacion penosa; sus pequeñas manos blancas, flacas tambien, habian caido sobre las rodillas sin dejar por eso la tapicería en que estaba trabajando.

Blanca, estaba de pérfil, con la cabeza un poco vuelta hácia su hermana, mirándola con una espresion de tierna é inquieta solicitud, teniendo aun maquinalmente en la mano la aguja que habia pasado por

(1) No es necesario nombrar al señor Scheffer, uno de los mayores pintores de la escuela moderna, y el mayor poeta de nuestros grandes pintores.

el cañamazo, como si estuviese trabajando.

—Hermana, dijo Blanca con voz suave al cabo de algunos instantes, durante los cuales se hubiera podido ver, por decirlo así, subirle las lágrimas á los ojos, hermana... ¿En qué estás pensando? Pareces tan triste.

—Pienso..... en la ciudad de oro.... de nuestros sueños, dijo Rosa con voz lenta baja, despues de un corto silencio.

Comprendió Blanca la amargura de aquellas palabras, y sin dar respuesta ninguna se levantó y se echó al cuello de su hermana, vertiendo abundantes lágrimas.

¡Pobres jóvenes!... la ciudad de oro de sus sueños.... era Paris.... y su padre.... Paris, la ciudad de la alegría, de las fiestas, por encima de las cuales les aparecia á las huérfanitas el rostro placentero y radiante de su padre.

¡Pero ay! La hermosa ciudad de oro se ha transformado para ellas en ciudad de lagrimas, de muerte y de luto: el terrible azote que le dió el golpe á su madre, en sus propios brazos, en el fondo de la Siberia, parece haberles seguido por todas partes como una nube sombría y funesta, que siempre estendida encima de ellas, les ha ocultado el dulce azulado del cielo, y el resplandor alegre del sol.

La ciudad de oro de sus sueños era tambien la ciudad en donde acaso un dia su padre, presentándoles sus pretendientes tan buenos, tan hermosos como ellas, les diria: «Os aman... sus almas son dig« nas de las vuestras: haced que cada una « de vosotras tenga un hermano..... y yo « dos hijos.» ¡Cómo se hubiera turbado entonces casta y hechiceramente el corazon de las huerfanitas, puro como el cristal, que no habia reflejado jamás sino la imágen celestial de Gabriel, arcángel enviado del cielo por su madre para protegerlas!

Fácilmente se concebirá la penosa emocion de Blanca, cuando oyó decir á su hermana, con una tristeza amarga, aquellas pocas palabras que resumian su comun tristeza:

—Pienso... en la ciudad de oro de nuestros sueños...

—¿Quién sabe? respondió Blanca, enjugando las lágrimas de su hermana, acaso nos vendrá mas tarde la felicidad.

—¡Ay! Puesto que no nos ha hecho felices la presencia de nuestro padre, ¿lo serémos jamás?

—Sí: cuando nos hayamos reunido con nuestra madre: dijo Blanca levantando los ojos al cielo.

—Entónces, hermana mia... eso es una advertencia que el sueño..... aquel sueño que tuvimos en otro tiempo... en Alemania.....

—La diferencia que hay, es que entónces el ángel Gabriel bajaba del cielo para venir á vernos, y que esta vez nos alejaba de esta tierra para llevarnos allá arriba... á nuestra madre.

Puede que se cumpla ese sueño como el otro, hermana mia... soñámos que nos protegeria el ángel Gabriel... y nos salvó del naufragio.

—Esta vez..... hemos soñado que nos llevaria al cielo... ¿por qué no ha de suceder tambien así?

—Pero para eso... hermana mia... ¿será necesario que muera nuestro Gabriel que nos salvó del naufragio? Entónces no; no sucederá eso: hagamos oraciones para que no le llegue la muerte.

—No, mira: no llegará; porque es el ángel custodio de Gabriel, parecido á ese, el que hemos visto en sueños.

—Hermana mia... ¡Qué cosa tan particular! Ésta vez tambien, así como en Alemania, hemos tenido ambas el mismo sueño... tres veces el mismo sueño.

—Es verdad. El ángel Gabriel se ha

inclinado hácia nosotras, mirándonos suave y tristemente y nos ha dicho; venid, hijas mias..... venid, hermanas mias..... vuestra madre os está esperando. Pobres niñas, venidas de tan lejos, añadió con su voz llena de ternura; habeis atravesado este mundo inocentes y dulces cual dos palomas, para ir á reposar eternamente en el seno maternal....

—Si.... esas son en efecto las palabras del arcángel, dijo la otra huerfanita con aire pensativo: no hemos hecho mal á nadie: hemos amado á los que nos han amado.... ¿porqué nos ha de espantar el morir?

—Por eso mismo nos hemos sonreido en lugar de llorar, cuando cojiéndonos por la mano, ha desplegado sus hermosas alas blancas y nos ha llevado al azul del cielo.

—Al cielo, en donde nuestra buena madre nos alargaba los brazos... con el rostro enteramente cubierto de lágrimas.

—¡Oh! mira, hermana.... los sueños de esa especie no son vanos como los otros..... Y ademas, añadió mirando á Rosa con una sonrisa dolorosa y un aire de inteligencia; acaso esa circunstancia haria cesar una pena cruel, de que somos causa... ya sabes...

—¡Ay, Dios mio! No es por culpa nuestra; le queremos tanto.... Pero estamos en su presencia tan tímidas y tan tristes que puede que crea que no le queremos...

Al decir aquellas palabras, queriendo enjugar sus lágrimas, cojió Rosa su pañuelo en un canastillo de labor, y cayó de él un papel plegado en forma de carta.

Al verlo se estremecieron las dos hermanas, se apretaron una contra otra, y Rosa dijo á Blanca con voz trémula:

—Otra de esas cartas.... ¡Oh! tengo miedo..... es como las otras..... seguramente....

—Es necesario recojerla inmediatamente.... que no la vean; ya sabes.... dijo Blanca inclinándose y recojiendo la carta precipitadamente; sino las personas que toman tanto interes por nosotras, correrian acaso grandes peligros.

—¿Pero cómo está ahí esa carta?

—¿Cómo hemos encontrado siempre las otras tambien á la mano, mientras no estaba con nosotras nuestra aya?

—Es verdad.... ¿De qué nos serviria el buscar la esplicacion de ese misterio?... No la podríamos hallar... Veamos la carta; puede que sea mejor para nosotras que las anteriores.

Y las dos hermanas leyeron lo que sigue:

«Continuad adorando á vuestro padre, «queridas niñas, porque es muy desgra-«ciado, y vosotras sois quienes involun-«tariamente causais todas sus penas: ja-«mas sabreis los terribles sacrificios que «le impone vuestra presencia; pero ¡ay! «es víctima de sus deberes de padre, sus «penas son mas crueles que nunca; evi-«tad sobre todo las demostraciones de «afecto, las cuales le causan mas dolor «que satisfaccion: cada una de vuestras «caricias es para él una pañalada, por-«que ve en vosotras la causa inocente de «sus penas».

«No desespereis sin embargo, queridas «niñas; si os dominais lo bastante para «no esponerlo á la dolorosa esperiencia «de una ternura demasiado espansiva, «sed reservadas aunque afectuosas, y asi «aliviareis mucho sus padecimientos. «Guardad siempre el secreto, aun para «con el escelente Dagoberto que os quie-«re tanto: sino, él, vuestro padre, voso-«tras, y el amigo desconocido que os es-«cribe, correríais grandes peligros, por-«que teneis terribles enemigos.

«Animo y esperanza, que se desea pu-«rificar de toda la tristeza la ternura de

« vuestro padre para con vosotras: ¡qué « dia tan hermoso será aquel!... Y acaso « no está lejos ».

Estaba escrita aquella carta con tal destreza que, aun suponiendo que la mostrasen á Dagoberto ó á su padre, hubieran considerado esas líneas á lo mas como una indiscrecion estraordinaria, desagradable, pero casi escusable, por el modo con que estaba redactada. En una palabra, no se puede imaginar combinacion mas pérfida, si se recuerda la terrible perplejidad en que se habia hallado el mariscal Simon, luchando sin cesar contra el dolor de tener que abandonar de nuevo sus hijas, y el oprobio de faltar á lo que miraba como un deber sagrado. Como esos avisos diabólicos escitaban la ternura y la susceptibilidad de corazon de las huerfanitas, las dos hermanas advirtieron muy pronto que su presencia era un efecto dulce y cruel al mismo tiempo para su padre: con solo verlas, algunas veces, se sentia incapaz de abandonarlas, y entonces, involuntariamente la idea de un deber no satisfecho oscurecia su frente.

Asi es que las pobres niñas daban á todas esas mudanzas la esplicacion que cuadraba con el sentido funesto de las cartas anónimas. Se habian persuadido que, por un motivo misterioso que no podian penetrar, su presencia era muy á menudo importuna y aun penosa para su padre.

De ahi nacia la tristeza creciente de Rosa y Blanca; de ahi nacia tambien cierta tristeza, cierta reserva que comprimia, á pesar suyo, la espansion de su ternura filial; embarazos dolorosos que el mariscal engañado tambien por las apariencias inesplicables para él, atribuia á la tib[illegible] del afecto; entonces se despedazaba [illegible] corazon, y su franca figura descubria una pena amarga, y [illegible] veces, para ocultar sus lágrimas, se separaba bruscamente de sus hijas....

—Somos causa de la tristeza de nuestro padre: nuestra presencia es la que le hace tan infeliz.

Júzguese ahora de los estragos que semejante idea, permanente, incesante, habia de causar en aquellos dos corazones amantes, tímidos y sencillos. ¿Cómo hubieran podido desconfiarse las huerfanitas de aquellos avisos anónimos, puesto que hablaban con veneracion de cuanto ellas amaban, y que, ademas, se justificaban diariamente con la conducta de su padre para con ellas? Víctimas ya de muchas tramas, habiendo oido decir que estaban cercadas de numerosos enemigos, se concibe que, dóciles á las recomendaciones de su amigo desconocido, no hubieran descubierto jamas á Dagoberto esas cartas, en que lo apreciaban con tanta justicia.

En cuanto al objeto de todas aquellas maniobras, es cosa muy sencilla: hostigando continuamente al mariscal por todas partes, persuadiéndole que era muy tibio el afecto de sus hijas, esperaban naturalmente superar la indecision que aun esperimentaba y determinarle á acometer la aventurada empresa, y derramar tanta amargura en la existencia del mariscal, que mirase como una circunstancia feliz el hallar el olvido de sus tormentos en las violentas emociones de un proyecto temerario, generoso y caballeresco; ese era el objeto de Rodin; y no le faltaba á su proyecto, ni lógica, ni posibilidad....

Despues de haber leido aquella carta, se quedaron las dos jóvenes silenciosas durante un rato, y agoviadas; despues Rosa, que tenia la carta en la mano, se levantó con viveza, se acercó á la chimenea, la echó al fuego, y dijo con aire temeroso:

—Es necesario quemar prontamente esta carta..... porque sino habria acaso grandes desgracias.

—Ninguna mayor que la que tenemos, dijo Blanca abatida. ¡Causar tales pesares á nuestro padre! ¿Qué motivo puede haber para eso?

—Mira Blanca, acaso, dijo Rosa derramando algunas lágrimas, no nos encuentre tales cuales hubiera querido que fuésemos: nos ama mucho como las hijas de nuestra pobre madre que adoraba..... pero para él... no somos las hijas que habia soñado. ¿Me entiendes, hermana mia?

—Si.... si.... puede que sea eso lo que tanta tristeza le causa. Somos tan poco instruidas, tan salvajes, tan torpes, que se avergüenza probablemente de nosotras, y como nos ama á pesar de eso.... padece....

—¡Ay! no es por falta nuestra... Nuestra pobre madre nos ha criado en aquel desierto de la Siberia como ha podido....

—¡Ay! en lo interior de su corazon no nos lo echa en cara nuestro padre, sin duda ninguna, pero como tu dices, padece.

—Sobre todo si tiene amigos con hijas muy hermosas, muy llenas de habilidades y de agudeza; entonces siente que no seamos nosotras asi.

—¿Te acuerdas cuando nos llevó á casa de nuestra prima, la señorita Adriana, que estuvo tan tierna y tan afectuosa con nosotras, como nos decia él admirándose: «¿Habeis visto, hijas mias? ¡Qué hermosa es la señorita Adriana! ¡qué agudeza! ¡qué noble corazon! y con todo eso, ¡qué gracia! ¡qué atractivo!

—¡Oh! tenia razon.... la señorita de Cardoville estaba tan hermosa, era tan suave su voz que, solo con mirarla y escucharla nos parecia que no teníamos mas penas.

—Y mira, Rosa, por eso mismo, comparándonos con nuestra prima y con otras muchas señoritas, no puede nuestro padre estar muy orgulloso de nosotras..... ¡Y él tan estimado, tan amado, hubiera tenido tanto gusto en poderse envanecer de sus hijas!

De repente Rosa, poniendo la mano en el brazo de su hermana, le dijo con ansiedad:

—Escucha..... escucha..... Hablan en voz muy alta en el cuarto de nuestro padre.

—Si..... dijo Blanca escuchando tambien; y andan.... es su modo de andar...

—¡Ay, Dios mio!.... ¡Cómo levanta la voz! parece que está muy encolerizado... Puede que venga aqui....

Y al pensar que podria llegar su padre.... su padre que las adoraba, las dos niñas se miraban con temor.

Como cada vez se oian mas claros y mas estrepitosos los gritos, Rosa, temblando de piés á cabeza, dijo á su hermana:

—No estemos aqui.... ven á nuestro cuarto...

—¿Porque?

—Porque oiriamos involuntariamente las palabras de nuestro padre, y tal vez ignora que estamos aqui....

—Tienes razon... vamos, vamos: respondió Blanca levantándose con precipitacion.

—¡Oh! Me estoy temblando... Jamás lo he oido hablar en tono tan irritado.

—¡Ay, Dios mio!.... dijo Blanca perdiendo el color y deteniéndose involuntariamente; con Dagoberto es con quien habla así...

—¿Qué sucede pues en tal caso?.... ¿Por qué habla de ese modo?...

—¡Ay! alguna desgracia.

—¡Oh!... ¡Hermana mia!... ¡No nos quedemos aquí!..... ¡Es tan triste el oir tratar así á Dagoberto!

El ruidoso estrépito de alguna cosa que se habia arrojado ó roto con furor en el cuarto inmediato, espantó tanto á las huérfanas, que pálidas, temblando de emo-

cion, se precipitaron en su cuarto y cerraron inmediatamente la puerta.

Espliquemos ahora la causa de la cólera violenta del mariscal Simon.

XVIII.

EL LEON HERIDO.

La ruidosa escena que tanto habia espantado á Rosa y á Blanca era la siguiente:

Primeramente el mariscal Simon, solo en su cuarto, y en un estado de exasperacion difícil de pintar, se habia puesto á andar con mucha precipitacion, inflamado de cólera su hermoso y varonil rostro, resplandecientes de indignacion los ojos, mientras en su ancha frente coronada de cabellos grises, cortados casi rasos, se advertian algunas venas tan hinchadas que se hubieran podido contar sus latidos y parecia que se iban á rebentar. A veces sus bigotes negros y espesos se agitaban con un movimiento convulsivo, bastante semejante al que producen las contorsiones en la cara de un leon enfurecido. Y así como un leon herido, hostigado, atormentado de mil picadas invisibles, va y viene con una cólera salvaje en la jaula en que lo tienen encerrado, así tambien el general Simon, jadeando, furioso, iba y venia por su cuarto, dando saltos por decirlo así: tan pronto andaba encorbándose un poco como si lo hubiese agoviado el peso de su propia cólera: tan pronto al contrario deteniéndose súbitamente, enderezándose con firmeza, cruzando los brazos en el robusto pecho, alta y amenazadora la frente, terribles las miradas, parecia que desafiaba á un enemigo invisible, murmurando algunas esclamaciones confusas: entonces era el hombre de las guerras y de las batallas en todo su fuego é intrepidez.

Pronto se detuvo el mariscal, dió una patada con cólera, se acercó á la chimenea y tiró de la campanilla con tanta violencia que se le quedó en las manos el cordon.

Acudió un criado á aquel retintin precipitado.

—¿No habeis dicho á Dagoberto que tenia que hablarle? esclamó el mariscal.

—He cumplido las órdenes del señor duque; pero el señor Dagoberto acompañaba á su hijo hasta la puerta del patio y...

—Está muy bien: dijo el mariscal haciendo con la mano un ademan imperioso y brusco.

Salió el criado y continuó su amo el paseo dando grandes pasos, estregando con rábia una carta que tenia en la mano izquierda. Esta carta se la habia entregado inocentemente *Quitasolaces*, quien al verle entrar, habia ido hácia él para acariciarle.

Abrióse en fin la puerta, y se presentó Dagoberto.

—Hace ya mucho tiempo que os he enviado á llamar, caballero; esclamó el mariscal en tono irritado.

Dagoberto, mas afligido que sorprendido de ese nuevo acceso de cólera, que atribuía con razon al estado de superescitacion continúa en que estaba el mariscal, respondió con dulzura:

—Perdonad, mi general, pero acompañaba á mi hijo... y...

—Leed eso, caballero; dijo el mariscal interrumpiéndole bruscamente y alargándole la carta.

Y miéntras leía Dagoberto, comenzó de nuevo á pasearse el mariscal con una cólera que iba aumentando cada vez mas, y echó á tierra de una patada una silla que halló á mano.

—Con que así, aun aquí, aun en mi propia casa hay miserables vendidos sin duda á los que me hostigan con tanto encarnizamiento. ¡Pues bien! ¿Habéis leido, caballero?

—Es una nueva infamia..... para reunirla á tantas otras; respondió con frialdad Dagoberto.

Y arrojó la carta á la chimenea.

—Es infame esa carta... pero dice la verdad; replicó el mariscal.

Dagoberto le miró sin comprenderle.

El mariscal continuó:

—¿Y esa carta infame sabeis quién la ha puesto en mis manos? Porque parece que lo está enredando el demonio. Es vuestro perro.

—¿*Quitasolaces?* dijo Dagoberto lleno de asombro.

—Sí, respondió amargamente el mariscal: ¿Es pues una chanza de vuestra invencion?

—No tengo el corazon para chanzas, mi general: respondió Dagoberto cada vez mas entristecido del estado de irritacion en que se hallaba el mariscal, no puedo concebir como ha acaecido eso... *Quitasolaces* trae muy bien á la mano; habrá encontrado sin duda la carta en casa y entónces.

—¿Y esta carta quién la habia traido aquí? ¿Estoy pues rodeado de traidores? ¿No vigilais nada vos, en quien he puesto toda mi confianza?

—Mi general... escuchadme...

Pero el mariscal continuó sin quererle oir.

—¡Por vida del demonio! yo que he estado guerreando durante veinticinco años, que he hecho frente á muchos ejércitos, que he luchado victoriosamente contra los tiempos mas malos del destierro y de la proscripcion, que he resistido á los golpes de maza... sucumbiria á puntadas de alfiler. ¿Cómo? ¡me perseguirán en mi propia casa, me hostigarán impunemente, me irritarán, me atormentarán á cada instante por consecuencia de yo no sé que odio! Cuando digo que no sé... me equivoco... el renegado d'Aigrigny es la base de todo eso. No tengo sino un enemigo en el mundo.... y ese hombre.... Es menester que concluya con él; estoy cansado.... es demasiado esto.

—Pero, mi general, pensad que es sacerdote, y....

—¿Y qué me importa que sea sacerdote? Ya le he visto manejar la espada, y sabré obrar de modo que suba á la cara de ese renegado su sangre de soldado.

—Pero, mi general....

—Os digo de nuevo que es necesario que las tome con alguno, esclamó el mariscal poseido de una violenta ecsasperacion; os digo que es necesario que les dé yo un nombre y una figura á esas vilezas tenebrosas, para poder concluirlas... me están apretando por todas partes, y trasforman mi vida en un infierno.... Ya lo sabeis... y nadie hace nada para dispensarme de esa cólera que me quema á fuego lento. Yo no puedo contar con nadie.

—Mi general, yo no puedo dejar pasar esas palabras, dijo Dagoberto con voz tranquila, pero firme y penetrada.

—¿Qué quiere decir eso?

—No puedo permitir, general, que digais que no podeis contar con nadie; puede que al fin lo creyeseis vos mismo, y seria eso mas triste aun para vos que para los que saben á que atenerse en punto á su acendrado rendimiento, que se arrojarian al fuego por vos y.... de esos soy yo... bien lo sabeis....

Esas palabras sencillas, dichas por Dagoberto con un acento profundamente conmovido, hicieron entrar en sí al mariscal; porque aquel carácter generoso y leal podia de cuando en cuando agriarse por la irritacion, pero pronto volvia á su rectitud primera; asi es que, hablando siempre á Dagoberto, continuó con un tono menos brusco, en el cual se manifestaba sin embargo una agitacion muy viva:

—Tienes razon; no debo dudar de ti... la irritacion me hace salir de tino.... esa carta infame me ha puesto fuera de mi .. es cosa de volverse uno loco... Soy injusto, regañon, ingrato..... Si, ingrato..... ¿Y

para con quien?.... Para contigo.... Dagoberto....

—No hablemos de mi, general: con semejantes palabras y con el tono que las decis podriais maltratarme todo el año sin oir una queja de mi parte.... ¿Pero que os ha sucedido?....

Púsose de nuevo sombria la fisonomía del mariscal, y dijo con voz breve y rápida:

—Lo que me ha sucedido..... es que me desprecian, que me desdeñan.

—¡A vos!... ¡A vos!...

—Sí, á mí; y al fin, dijo con amargura el mariscal, ¿porqué ocultarte esta nueva llaga? He dudado de tí; por consiguiente te debo una indemnizacion; sábelo pues todo: hace algun tiempo que cuando encuentro á mis queridos camaradas de armas, se alejan poco á poco de mí.

—¿Cómo... esa carta anónima de hace un rato..... á eso era?...

—A lo que hacia alusion..... sí.... dijo el mariscal con un suspiro de rábia y de indignacion.

—Pero es imposible, mi general; vos tan amado, tan respetado.....

—Todo eso son palabras, nada mas, y yo te hablo de hechos; al instante que llego, se corta inmediatamente la conversacion comenzada; en lugar de tratarme como un camarada de campañas, afectan conmigo un cortesia rigurosa y fria; en fin, son mil bagatelas, mil nadas que ofenden el corazon sin que pueda uno formalizarse.....

—Lo que me estais diciendo.... mi general, me confunde, respondió Dagoberto aterrado. Me lo decís, y yo no puedo menos de creerlo.....

—Es intolerable. He querido saber lo que hay en el particular, y con ese objeto he ido esta mañana á casa del general d'Harvincourt: era coronel, al mismo tiempo que yo, de la guardia imperial; e el honor y la lealtad en persona. He ido á él con el corazon en la mano, y le he dicho: «advierto hace algun tiempo que «me tratan con frialdad; preciso es que «circule alguna calumnia contra mí: de«cidme cuanto sepais, conociendo los ata«ques me defenderé alta y lealmente.»

—¿Y qué ha respondido?

—D'Harvincourt se ha quedado impasible, ceremonioso, y ha respondido con frialdad á mis preguntas: «no ha llegado «á mis oidos, caballero mariscal, ningun «rumor calumnioso que corra contra vos.» No se trata en esta circunstancia de llamarme caballero mariscal, mi querido d'Harvincourt; nosotros somos soldados viejos, amigos viejos; se inquieta mi pundonor, lo confieso, porque se me figura que ni vos ni los otros camaradas no me recibís cordialmente como por lo pasado. Eso no se puede negar..... lo veo, lo sé, lo siento..... Entonces d'Harvincourt me ha respondido siempre con la misma frialdad: «Jamas he notado que nadie haya «dejado de tener con vos los miramientos «debidos.» No os hablo yo de miramientos, he esclamado apretando afectuosamente su mano, la cual he notado que correspondia débilmente á mi apreton, os hablo de cordialidad, de la confianza que se me manifestaba, mientras ahora parezco cada vez mas desconocido. ¿De dónde viene eso? ¿De dónde tal mudanza? Siempre frio y reservado, me respondió: «Son matices tan delicados, caballero ma«riscal, que es imposible el daros un con«sejo en esa materia.» Saltaba mi corazon de cólera y de dolor. ¿Qué hacer? Provocar á d'Harvincourt, era una locura; por mi propia dignidad, he dado fin á nuestra conversacion, la cual no ha hecho mas que confirmar mis temores... Por consiguiente, continuó el mariscal, por consiguiente, he decaido de la esti-

macion que merezco, y me desprecian acaso sin saber siquiera el motivo. ¿No es eso odioso? Si se circulase al menos un hecho, un rumor cualquiera que fuese, encontraria entonces medios para defenderme, para vengarme ó para responder. Pero nada; ni una palabra: solamente una cortesía tan ofensiva como un insulto..... ¡Oh! te digo que es demasiado.... es demasiado..... porque se reune esto á otros cuidados. ¿Qué vida es la que llevo desde que murió mi padre? ¿He hallado al menos algun reposo, alguna satisfaccion en mi propia casa? No. Cuando entro en ella, es para leer cartas infames, y á mas, añadió el mariscal con tono doloroso despues de haber vacilado un momento, y ademas cada dia son mis hijas mas indiferentes para conmigo... Sí, añadió el mariscal viendo el asombro de Dagoberto, y no saben sin embargo cuanto las quiero.

—¡Indiferentes vuestras niñas!... ¿Les haceis ese reproche?

—¡Ah, Dios mio! No las vitupero: apenas han tenido tiempo para conocerme.

—¡No han tenido tiempo para conoceros! respondió el soldado en tono de reproche y animándose á su vez. ¡Ah! ¿De qué les hablaba pues su madre sino de vos? ¿Y yo? ¿No estábais á cada instante presente en nuestras conversaciones? ¿Y qué hubiéramos podido enseñarles á vuestras hijas sino á conoceros y á amaros?

—Las defendeis..... es de justicia..... os quieren mas que á mí, dijo el mariscal, aumentándose su amargura.

Dagoberto se sintió tan penosamente conmovido que miró al mariscal sin responderle.

—¡Pues bien, sí! esclamó el mariscal con una espansion dolorosa; si es eso vileza é ingratitud, lo confieso, pero no importa.... Veinte veces he estado celoso... sí, celoso de la confianza sencilla que os manifestaban mis hijas, mientras al lado mio siempre parecen intimidadas. Si sus rostros melancólicos se animan alguna vez con una espresion un poco mas alegre que á lo ordinario, es al veros, al hablaros, mientras para mi no hay sino respeto, embarazo y frialdad..... y eso me mata.... Si hubiese estado seguro del cariño de mis hijas, hubiera arrostrado todo..... hubiera superado todo.....

Y despues viendo que Dagoberto se abalanzaba á la puerta que comunicaba al cuarto de sus hijas, le dijo el mariscal:

—¿A donde vas?

—A buscar á vuestras hijas.

—¿Para qué?

—Para ponéroslas cara á cara y decirles: «hijas mias, vuestro padre cree que no le amais...» No les diré mas que eso... y vereis...

—¡Dagoberto, os lo prohibo! respondió el padre de Rosa y Blanca.

—No hay Dagoberto que valga.... No teneis derecho de ser injusto para con esas pobres niñas.

Y dió el soldado de nuevo un paso hácia la puerta.

—¡Dagoberto! gritó el mariscal; os mando que no salgais de aqui.

—Escuchad, mi general; soy vuestro soldado, vuestro inferior, vuestro servidor tambien si os place; dijo con dureza el ex-granadero de á caballo; pero no hay rango ni grado que valga cuando se trata de defender á vuestras hijas.... Todo se esplicará... Poner las gentes cara á cara... No hay cosa mejor....

Y si no le hubiese cojido por el brazo el mariscal, ya iba Dagoberto á entrar en el aposento de las huérfanas.

—¡Quieto ahi! dijo el mariscal tan imperiosamente, que el soldado acostumbrado á la obediencia, no se menéó.

—¿Qué ibais á hacer? dijo el mariscal.

¿Decirles á mis hijas que creo que no me aman? ¿Provocar asi manifestaciones de la ternura que no sienten en su corazon esas pobrecitas?.... No tienen ellas la culpa... sino yo sin duda.

—¡Ah, general! respondió Dagoberto con un acento muy doloroso, ya no siento cólera ninguna al oiros hablar asi de vuestras hijas.... sino dolor... me despedazais el corazon....

Conmovido el mariscal de la espresion de la fisonomía del soldado, replicó menos bruscamente:

—Vamos: sea enhorabuena; no tengo razon, y sin embargo.... vamos, os lo pregunto sin amargura.... sin celos.... ¿No son mis hijas mas confiadas y mas familiares con vos que conmigo?

—Por vida del demonio, general, respondió Dagoberto, si por ahi vais... Tambien son mas familiares con Quitasolaces que conmigo.... sois su padre.... y por bueno que sea un padre, siempre impone. ¿Son familiares conmigo? ¡Escelente maula, por vida mia! ¿Qué diablo de respeto quereis que me tengan á mí, que, escepto mis bigotes y mis seis pies de altura, soy poco mas ó menos como una vieja *chocha* que las ha mecido en la cuna?.... Y ademas, es menester decíroslo, ya estabais triste antes de la muerte de vuestro padre.... y preocupado.... lo han notado las niñas.... y lo que os parece frialdad de su parte.... estoy seguro que es inquietud para vos.... Mirad, mi general, no sois justo... os quejais de que os aman demasiado vuestras hijas.

—Me quejo, dijo el mariscal con una impaciencia dolorosa; de lo que padezco; yo solo.... conozco mis padecimientos.

—Muy vivos tienen que ser.... mi general, dijo Dagoberto, yendo mucho mas lejos probablemente de lo que queria, por afecto á sus huérfanas. Si, necesario es que sean muy vivos, puesto que alcanzan aun á los que os aman.

—¿De nuevo reproches, caballero?

—¡Pues bien! sí, mi general. Reproches.... esclamó Dagoberto; vuestras hijas si que podrian enojarse de vos, acusaros de frialdad, puesto que las desconoceis tanto.

—¡Caballero!.... dijo el mariscal conteniéndose apenas, señor.... Basta.... Y aun sobra....

—¡Oh! si, basta.... respondió Dagoberto aumentando siempre su emocion, en efecto, ¿de qué sirve el defender á unas desgraciadas niñas, que no saben sino resignarse y amaros?... ¿De qué sirve defenderlas contra vuestra desgraciada ceguedad?

El mariscal hizo un movimiento de impaciencia y de cólera, y despues dijo con una serenidad forzada:

Tengo necesidad de recordar todo lo que os debo... y no lo olvidaré... por mas que hagais.

—Pero, mi general, esclamó Dagoberto ¿porqué no quereis que vaya á buscar á vuestras hijas?

—¿Pues no veis que me está despezando, matando esta escena? esclamó el mariscal ecsasperado. ¿No conoceis pues que no quiero que sean mis hijas testigos de lo que padezco?... Los pesares de un padre tienen su dignidad, caballero; lo debierais sentir y respetarlos.

—¿Respetarlos?... No; porque es una injusticia la que los causa.

—Basta... caballero... Basta...

—Y no contento con atormentaros asi, dijo Dagoberto no pudiéndose contener, ¿sabeis lo que hareis? Hareis morir de dolor á vuestras hijas: ¿lo ois?... Y no os las he traido para eso del fondo de la Siberia.

—¿Reproches?

—Si, porque la verdadera ingratitud para conmigo, es el hacer desgraciadas á vuestras hijas.

—Salid al instante de aquí, caballero, dijo el mariscal completamente fuera de sí, y tan espantoso de cólera y de dolor, que Dagoberto, sintiendo el haber ido tan léjos, dijo:

—Mi general, confieso mi error... Pue de que os haya faltado al respeto... perdonadme... pero...

—Enhorabuena, os perdono, y os suplico que me dejeis solo, dijo el mariscal conteniéndose con dificultad.

—Mi general, una sola palabra...

—Os pido el favor de que me dejeis solo..... os lo pido como un servicio..... ¿Basta eso? dijo el mariscal redoblando sus esfuerzos para contenerse.

Y sucedió una gran palidez al color vivo que durante aquella escena penosa habia inflamado el rostro del mariscal. Asustado Dagoberto de aquel síntoma, dobló sus instancias.

—Os suplico, mi general, dijo con voz aterrada, permitidme un solo momento... el...

—Ya que lo exigís, yo soy quien saldré, caballero, dijo el mariscal dando un paso hácia la puerta.

Esas palabras fueron dichas en tal tono, que no se atrevió á insistir Dagoberto, bajó la cabeza agoviado, desesperado, y miró aun un instante al mariscal, silencioso y suplicando; pero viendo otro movimiento de cólera que no pudo contener el padre de Rosa y Blanca, salió el soldado á paso lento.

. . . .

Apenas habian pasado algunos minutos despues de la salida de Dagoberto cuando el mariscal, el cual, despues de un largo y triste silencio, se habia acercado muchas veces á la puerta del aposento de sus hijas con una indecision llena de angustia, hizo un esfuerzo violento, enjugó el sudor frio que bañaba su frente, trató de disimular su agitacion, y entró en el cuarto en donde se habian refugiado Rosa y Blanca.

XIX.

LA ESPERIENCIA.

Tenia razon Dagoberto en defender á sus hijas, como llamaba paternalmente á Rosa y Blanca; no obstante eso, las espresiones del mariscal en cuanto á la tibieza de afecto que echaba en cara á sus hijas se fundaba en las apariencias. Así como habia dicho á su padre, no pudiendo concebir el embarazo y la tristeza casi temerosa de sus hijas, cuando estaban delante de él, trataba en vano de indagar el motivo de lo que llamaba su indiferencia. Unas veces echándose en cara amargamente el no haber podido ocultar un poco el dolor que le habia causado la muerte de su madre, temia el haberles persuadido por ese medio que eran incapaces de consolarle, otras veces tenia aprensiones de no haberse mostrado bastante tierno, bastante espansivo para con ellas, de haberlas helado con su dureza militar; y en fin otras veces se decia con un sentimiento de dolor agudo, que habiendo vivido siempre léjos de sus hijas, debia ser para ellas como un estraño. En una palabra, se presentaban á su espíritu una caterva de suposiciones á cual menos fundadas, y cuando hay en un afecto semejantes géneros de duda, de desconfianza ó de temor, tarde ó temprano se desarrollan con una tenacidad funesta.

Sin embargo, á pesar de aquella frialdad que tanto le hacia padecer, era tan profundo el afecto del mariscal para con sus hijas, que el sentimiento de separarse de ellas de nuevo era el único que causaba las perplejidades que desconsolaban su existencia, lucha incesante entre el amor paternal y un deber que consideraba como sagrado.

En cuanto al hecho fatal de las calumnias contra el mariscal, difundidas con

bastante habilidad para que pudiesen darles algun crédito gentes de honor, sus antiguos compañeros de armas, las habian propagado los amigos de la princesa de Saint-Dizier con una destreza espantosa; mas tarde se sabrá el sentido y el objeto de esos rencores odiosos, que, unidos á tantas y tan diversas llagas vivas hechas á su corazon, colmaban la exasperacion del mariscal.

Dominado por la cólera, por la *supresita ion* que le causaban aquellas *picaduras de alfileres* incesantes, como él las llamaba, chocado de algunas palabras de Dagoberto, lo habia tratado con dureza; pero cuando salió el soldado, cuando llegó el momento de la reflesion, el mariscal, recordando la espresion convencida y calurosa del defensor de sus hijas, habia sentido nacer en su pecho alguna duda en cuanto á la frialdad que les achacaba, y despues de haber tomado una resolucion terrible para el caso de confirmarse sus sospechas desconsoladoras, entró, como se ha dicho, en el aposento de sus hijas.

Habia sido tanto el ruido de la discusion con Dagoberto, que el sonido de las voces, atravesando el salon habia llegado en parte á los oidos de las dos hermanas que se habian refugiado en el cuarto en que dormian. Asi es que cuando llegó su padre manifestaban sus rostros pálidos el temor y la ansiedad. Al ver al mariscal, cuyas facciones estaban tambien alteradas, se levantaron respetuosamente las dos muchachas, pero se quedaron apretadas una contra otra y temblando de pies á cabeza.

Y sin embargo no era la dureza ni la cólera lo que espresaba el semblante paterno, sino un dolor profundo, casi deprecatorio, que parecia decir:

—Hijas mias...:. estoy padeciendo.... y vengo á vosotras: tranquilizadme, amadme... ó sino muero...

La espresion del mariscal era en aquel instante tan espresiva, que cuando pasó el primer movimiento de temor, las dos huérfanas estuvieron por arrojarse á los brazos de su padre; pero recordando las recomendaciones del escrito anónimo que les decia cuan penosas eran para su padre las manifestaciones de su ternura, se dieron rápidamente una mirada recíproca y se contuvieron.

Por una fatalidad cruel, en aquel mismo instante el mariscal estaba ardiendo en deseos de abrir los brazos á sus hijas, las miraba con idolatría, y aun hizo un movimiento ligero como para llamarlas hácia sí, no atreviéndose á hacer mas temiendo que lo comprendiesen. Pero las pobres niñas paralizadas por los pérfidos avisos que recibian, se quedaron inmóviles, temblando.

Al ver aquella aparente insensibilidad, creyó el mariscal que se iba á desmayar; ya no podia dudar, sus hijas no comprendian ni su terrible dolor, ni su desesperada ternura.

—¡Siempre la misma frialdad! pensó, no me habia engañado.

Sin embargo, tratando de ocultar sus sentimientos, se adelantó hácia ellas y les dijo dando á su voz toda la calma que pudo.

—Buenos dias, hijas mias...

—Buenos dias, padre mio, respondió Rosa, menos intimidada que su hermana.

—No pude veros... ayer, dijo el mariscal con voz alterada, porque, mirad, estuve muy ocupado; se trataba de negocios graves.... de cosas.... relativas al servicio.... En fin ¿no estais enfadadas de mi negligencia? y trató de sonreirse, no atreviéndose á decirles que durante la noche última, despues de un acceso de cólera terrible, para calmar sus angustias, habia ido á contemplarlas dormidas. ¿No es verdad, replicó, que me perdonais el haberos olvidado?...

—Si, padre mio... dijo Blanca bajando los ojos.

—¿Y si me viese forzado á ausentarme durante algun tiempo... dijo lentamente el mariscal, me lo perdonais tambien... y os consolariais de mi ausencia, no es verdad?

—Tendriamos mucho sentimiento... si por nosotras os hicieseis violencia ninguna... dijo Rosa recordando el escrito anónimo que les hablaba de los sacrificios que su presencia imponia á su padre.

Al oir esta respuesta hecha con tanto embarazo como timidez, en la cual creyó el mariscal una indiferencia cándida, no dudó ya del poco afecto que le tenian sus hijas.

—¡Se acabó! pensó el desgraciado padre mirando á sus hijas; no hay cosa ninguna que vibre en ellas... que me vaya... ó que me quede... poco les importa. No... no..... no soy yo nada para ellas, puesto que en el instante supremo en que acaso me ven por la última vez...... no les dice el instinto filial que me salvaria su ternura....

Durante aquella reflecsion que le agoviaba, el mariscal no habia cesado de mirar á sus hijas con enternecimiento, y su varonil rostro tomó una espresion tan patética y tan desgarradora á la vez, sus miradas manifestaban tan dolorosamente los tormentos de su alma desesperada, que Rosa y Blanca, trastornadas, cediendo á un movimiento espontáneo é irreflecsivo, se echaron al cuello de su padre y lo cubrieron de lágrimas y de caricias.

El mariscal Simon no habia dicho ni una palabra: tampoco habian dicho ninguna sus hijas, y se habian entendido los tres... Un choque simpático habia electrizado de repente y confundido en uno aquellos tres corazones.

Temores vanos, dudas falsas, avisos misteriosos, todo habia cedido ante aquel ímpetu terrible que arroja las hijas á los brazos de su padre: una revelacion súbita les daba la fé en el instante fatal en que una desconfianza incurable iba á separarlos para siempre.

Todo eso lo sintió el mariscal en un segundo; pero le faltaron las espresiones para manifestarlo. Palpitando, estraviado, besando la frente, los cabellos y las manos de sus hijas, llorando, suspirando y sonriéndose todo junto, estaba loco, deliraba, estaba embriagado de felicidad; al fin esclamó:

—Ya las he hallado..... ó por mejor decir... no, no las habia perdido jamas... Me amaban..... ¡Oh! No dudo de ello ahora..... Me amaban..... no se atrevian á decírmelo..... Les imponia yo..... Y yo que creia..... pero la culpa la tengo yo... ¡Ah: Dios mio! ¡Cuanto bien me hace esto, cuanta fuerza me da, cuanto aliento y cuanta esperanza! ¡Ah! ¡Ah! esclamó riendo y llorando á la vez, y cubriendo á sus hijas de caricias: ¡qué vengan ahora á desdeñarme, á hostigarme! desafío ahora todo. Vamos, hermosos ojos azules mios. miradme bien, ¡oh! muy cara á cara..... asi renaceré de nuevo.

—¡Oh, padre mio!... ¿nos amais tanto como os amamos? dijo Rosa con un candor hechicero.

—¿Podremos pues, á menudo, muy á menudo todos los dias, echarnos á vuestro cuello, abrazaros y deciros cuan felices somos de estar junto á vos?

—¿Manifestaros, padre mio, los tesoros de ternura y de amor, que amontonábamos para vos en el fondo de nuestro corazon, con tanta tristeza de no poderlos espender?

—¿Podremos decir en voz alta lo que pensábamos en voz baja?

—Sí, lo podreis..... lo podreis..... dijo el mariscal Simon, balbuciente de alegría; ¿y qué es lo que os lo estorbaba..... hijas

mias? Pero no, no me respondais... basta de lo pasado..... sé todo, comprendo todo..... mis inquietudes..... las habeis interpretado de un modo..... eso os ha entristecido..... yo, por mi parte..... vuestra tristeza, bien lo concebís..... la he in terpretado... pero mirad, no hagais atencion á nada de cuanto os digo. No pienso sino en miraros, eso me aturde..... me deslumbra..... es el vértigo de la alegría.

—¡Oh! ¡miradnos, padre mio!... mirad bien el fondo de nuestros ojos, el fondo de nuestro corazon! dijo Rosa arrebatada.

—Y leereis felicidad..... para nosotras; amor..... para vos, padre mio, añadió Blanca.

—Vos..... vos..... dijo el mariscal en tono de afectuoso reproche, ¿qué signi fica eso? ¿Quereis tener la bondad de decirme *tu?*... yo os digo *vos*, porque sois dos.

—Padre mio..... dáme la mano, dijo Blanca tomando la mano de su padre y poniéndosela encima del corazon.

—Dáme tu mano, padre, dijo Rosa tomando la otra mano del mariscal.

—¿Crees ahora en nuestro amor y en nuestra felicidad? dijo Blanca.

Es imposible el pintar todo el orgullo delicioso y filial que habia en la divina fisonomía de aquellas dos jóvenes, mientras su padre, apoyando lijeramente sus valientes manos encima del pecho de sus hijas, contemplaba enajenado sus latidos alegres y precipitados.

—¡Ah, sí!... la felicidad y la ternura tan solamente pueden hacer latir asi los corazones.

Una especie de suspiro ronco, oprimido, que se oyó á la puerta del cuarto, la cual estaba entreabierta, hizo volver súbitamente las dos cabezas de los cabellos negros y la de los cabellos grises, y advirtieron entonces la grande figura de Dagoberto, y á su lado el hocico negro de Quitasolaces, que apuntaba á la altura de las rodillas de su amo.

El soldado, enjugándose las lágrimas y los bigotes con su pequeño pañuelo de cuadros azules, estaba inmóvil como el dios Término: cuando al fin pudo hablar, se dirigió al mariscal, y pronunció en voz ronca, porque el buen hombre se tragaba las lágrimas:

—¿No..... os lo decia..... yo?...

—Silencio..... le dijo el mariscal haciéndole un signo de inteligencia; eras mejor padre que yo, amigo viejo mio; ven pronto á abrazarlas; no estoy ya celoso.

Y alargó el mariscal la mano al soldado, quien la apretó cordialmente, mientras las dos huérfanas se le echaban al cuello; y Quitasolaces, queriendo, segun su costumbre, tomar parte en aquella fiesta, poniéndose derecho sobre los pies traseros, apoyaba familiarmente las patas en las espaldas de su amo.

Hubo un instante de profundo silencio.

La felicidad celestial de que gozaban el mariscal, sus hijas y el soldado en aquel momento de espansion inefable, fué interrumpida por un ladrido de Quitasolaces, que acababa de tomar su postura ordinaria de cuadrúpedo.

Desunióse el grupo dichoso; miró y vió la estúpida cara de Jocriso. Tenia la facha mas tonta, mas imbécil aun que á lo ordinario, y se quedaba tieso en el umbral de la puerta abierta, abriendo espantosamente los ojos, teniendo en una mano su eterna canasta de leña y en la otra una escobilla.

No hay cosa que inspire mas alegria que la felicidad; asi que, aunque llegó con tan poca oportunidad, los lábios purpurinos de Rosa y de Blanca saludaron aquella aparicion grotesca con una carcajada fresca y deliciosa.

Como Jocriso hacia reir á las hijas del

mariscal, entristecidas tanto tiempo hacia, logró inmediatamente la indulgencia del mariscal, quien le dijo con buen humor:

—¿Qué quieres, muchacho?

—Señor duque, no soy yo, respondió Jocriso poniendo la mano en el pecho como si hubiese hecho un juramento; de modo que se le cayó la escobilla que tenia en la mano.

—¿Cómo, no eres tú? dijo el mariscal.

—¡Quieto ahí, Quitasolaces! esclamó Dagoberto, porque el buen perro parece que tenia un presentimiento secreto poco favorable al pretendido tonto, y se acercaba á él de un modo sospechoso.

—No, señor duque, no soy yo, repetió Jocriso, sino el lacayo, el cual me ha dicho que, al subir la leña, dijese al señor Dagoberto que dijese al señor duque, puesto que la subia yo en una canasta, que deseaba verlo el señor Roberto.

Al oir aquella nueva sandez de Jocriso, redoblaron las carcajadas de las dos jóvenes.

El mariscal se estremeció al oir el nombre del señor Roberto.

El señor Roberto era el emisario secreto de Rodin en la proyectada empresa, posible pero arriesgada, que se habia de hacer para arrebatar á Napoleon II.

Hubo un instante de silencio, y despues el mariscal, cuyo rostro estaba siempre radiante de felicidad, dijo á Jocriso:

—Dile al señor Roberto que espere un poco abajo... en mi gabinete.

—Si, señor duque, respondió Jocriso inclinándose hasta el suelo.

Asi que salió el tonto, el mariscal dijo á sus hijas en tono muy alegre:

—Bien sentireis que en un dia como este, no se separa uno de sus hijas.... ni aun por el señor Roberto.

—¡Oh! ¡me alegro mucho, padre mio! esclamó alegremente Blanca, porque el señor Roberto me desagradaba ya mucho.

—¿Teneis lo necesario para escribir? preguntó el mariscal.

—Si, padre mio... ahi... encima de la mesa dijo Rosa con viveza, indicando al mariscal un escritorio pequeño, colocado al lado de una de las ventanas de su aposento, hácia el cual fué el mariscal rápidamente.

Por discrecion las dos hermanas se quedaron junto á la chimenea en que estaban y se abrazaron tiernamente, como para alegrarse entre hermanas, entre sí solas, de aquel dia tan inesperado.

El mariscal se sentó al escritorio de sus hijas é hizo seña á Dagoberto que se acercase.

Sin dejar de escribir rápidamente y con mano firme algunas palabras, dijo sonriéndose al soldado, y en voz bastante baja para que les fuese imposible á sus hijas el oirlo:

—¿Sabes á qué estaba casi decidido hace poco, antes de entrar aqui?

—¿A qué estabais decidido, mi general?

—A levantarme la tapa de los sesos... A mis hijas es á quien debo la vida...

Y continuó el mariscal escribiendo con puño firme.

Al oir aquella confidencia, hizo Dagoberto un movimiento, y despues respondió siempre en voz baja:

—En todo caso, no lo hubierais hecho con vuestras pistolas.... les habia quitado yo el cebo...

Volvióse súbitamente hácia él el mariscal, y le miró muy sorprendido.

El soldado bajó la cabeza afirmativamente, y añadió:

—Gracias á Dios.... se acabaron ya semejantes ideas.

No dió el mariscal otra respuesta sino enseñarle á sus hijas, mirándolas con ojos

llenos de ternura, brillantes de felicidad: cerrando despues el billete de pocas líneas que acababa de escribir, lo dió al soldado, diciéndole:

—Entrégale esto al señor Roberto.... le veré mañana.

Tomó la carta Dagoberto y salió.

Volviendo el mariscal á sus hijas, les alargó los brazos alegremente y les dijo:

—Ahora, señoritas, vengan dos buenos besos por haberos sacrificado al pobre señor Roberto. ¿Los he ganado bastante?

Rosa y Blanca se echaron al cuello de su padre.

. . . .

En el instante poco mas ó menos en que sucedian estas cosas en Paris, dos viageros estraordinarios, aunque separados uno de otro, se comunicaban á traves del espacio pensamientos misteriosos.

XX.

LAS RUINAS DE LA ABADIA DE SAN JUAN EL DEGOLLADO.

Se iba á poner el sol.

En lo mas profundo de un espeso pinar, en medio de la soledad mas profunda, se alzan las ruinas de una abadia consagrada antiguamente á San Juan el Degollado.

La yedra, las yerbas parásitas, el musgo, cubrian las piedras ennegrecidas ya por la vejez; solamente quedaban aun en pié algunos arcos desmoronados, algunas ventanas ojivales, cuya silueta se notaba en medio de la oscura sábana que forma el bosque.

Una estátua colosal de piedra mutilada en muchos parajes, colocada en un pedestal descantillado, medio encubierto por las lianas, domina todo ese monton de escombros.

Es aquella estátua estraordinaria, siniestra.

Representa á un hombre degollado.

Vestido con la toga antigua, tiene en sus manos una fuente; en la fuente hay una cabeza... esa cabeza es la suya.

Es la estátua de San Juan mártir, muerto por órden de Herodias.

Reina un silencio profundo.

Unicamente se oye de cuando en cuando el ruido sordo de las ramas de los enormes pinos que agita el viento.

Algunas nubes de color de cobre enrojecidas por el sol que se está poniendo, vagan lentamente por encima de la selva y se reflejan en el limpio cristal de un arroyuelo de agua viva que atraviesa las ruinas de la abadia, y tiene su orígen un poco mas lejos en medio de una masa confusa de rocas.

Corre el agua, pasan las nubes, se estremecen los árboles seculares, murmura la brisa.

De repente á traves de la penumbra que forma la cumbre espesa de aquella arboleda, cuyos innumerables troncos se pierden en profundidades infinitas....... aparece una forma humana....

Es una muger.

Adelántase hácia las ruinas.... las examina..... pisa aquel suelo en otro tiempo bendito....

Está pálida aquella muger; son tristes sus miradas; su largo vestido, flotante; sus pies cubiertos de polvo; anda con dificultad y con pasos vacilantes.

En la orilla de la fuente hay una gran piedra, casi debajo de la estátua de San Juan el Degollado.

La muger se deja caer jadeando, estenuada de fatiga, encima de aquella piedra.

Y sin embargo hace muchos dias..... muchos meses, muchos años..... que anda.... anda.... siempre infatigable.

Pero por la primera vez... esperimenta un cansancio insuperable.

Por la primera vez..... están sus pies llenos de dolores.

Por la primera vez, la que atravesaba con paso igual, indiferente y seguro, la

lava movediza de los desiertos tórridos, mientras aquellas olas de arena candente tragaban caravanas enteras....

La que pisaba con paso firme y altivo las nieves eternas de las comarcas boreales, en donde no puede vivir ningun ser humano....

La que respetaban las llamas devoradoras del incendio y las aguas impetuosas de los torrentes....

En fin, la que, tantos siglos hace, no tenia nada comun con la humanidad..... esperimenta por la primera vez los dolores.

Le sangran los piés, le ha roto los miembros la fatiga, y la devora una sed ardiente....

Siente esas enfermedades... se aflige... y apenas se atreve á creerlo.

Seria insensata su alegria....

Pero su garganta, cada vez mas seca, se contrae, su pecho está ardiendo... Advierte la fuente y se arrodilla precipitadamente, para apagar su sed en aquel espejo cristalino y trasparente.

¿Pero qué es lo que sucede?

Apenas han tocado aquella agua fresca y pura sus labios inflamados, arrodillada siempre en la orilla del arroyuelo, y apoyándose con las manos, cesa súbitamente de beber aquella muger, y se mira con estrema curiosidad en el espejo líquido....

De repente, olvidando la sed que aun la devora, lanza un gran grito.... de alegria profunda, inmensa, religiosa, como una accion de gracias infin tan dirigida al Señor.

En aquel espejo profundo.... acaba de advertir que ha envejecido....

En pocos dias, en pocas horas, en pocos minutos, acaso en aquel mismo instante.... acaba de llegar á la edad madura....

Ella que, diez y ocho siglos hacia, tenia siempre veinte años, y arrastraba á traves de los mundos y de las generaciones aquella juventud inmarcesible....

Habia envejecido.... podia en fin aspirar á la muerte.

Cada minuto de su vida la aproximaba al sepulcro.

Enajenada con aquella esperanza inefable, se enderezó, levantó los ojos al cielo, y juntó sus dos manos en actitud de una oracion fervorosa...

Entónces advirtieron sus ojos la estátua de San Juan el Degollado...

La cabeza que tenia el santo en las manos parecia que abria sus párpados de granito, cerrados ya por la muerte, y daba á la judía errante una mirada de compasion y de misericordia...

¡Aquella muger es precisamente Herodias que en medio de la cruel embriaguez de una fiesta pagana, pidió el suplicio de aquel santo!...

Y al pié de la imágen de aquel mártir es donde por la primera vez... despues de tantos siglos..... parece suavizarse la inmortalidad que agoviaba á Herodías...

«¡Oh misterio impenetrable! ¡Oh di-
«vina esperanza! esclamó, se aplaca al
«fin la cólera celestial... la mano del Se-
«ñor me trae á los piés de este santo
«mártir... á sus piés es donde comienzo
«á ser una criatura humana... Y fué por
«vengar su muerte el haberme condena-
«do el Señor á andar eternamente!...

«¡Oh Dios mio! ¡Haced que no sea
«yo la única perdonada!..... Aquel tam-
«bien, el artesano que como yo, hija de
«rey... anda hace tantos siglos..... aquel
«¿puede esperar como yo llegar al tér-
«mino de su eterno andar?...

«¿En donde está, Señor?... ¿En dón-
«de está?... ¿Aquel poder que me ha-
«biais dado, de verle y de oirle á través
«de los espacios, me lo habeis arrebata-
«do? ¡Oh! en este instante supremo, vol-
«vedme aquel don divino... Señor... por-

«que á medida que voy sintiendo estas «enfermedades humanas, las cuales bendigo como el fin de mis eternos ma'es, «pierde mi vista el poder de atravesar la »inmensidad, y mi oido la facultad de oir «al hombre errante de un cabo del mun«do al otro.»

Habia llegado la noche..... obscura..... tempestuosa...

Se habia levantado el viento de enmedio de los altos pinos.

Detrás de su negra cima comenzaba á subir á través de pardas nubes el disco argentado de la luna.

Puede que fuese oida la invocacion de la judia errante...

De repente se cerraron sus ojos, se juntaron sus manos... y se quedó arrodillada en medio de las ruinas... inmóvil como una estatua de los sepulcros...

¡Entónces tuvo una vision estraordinaria!!!

XXI.

EL CALVARIO.

Esta fué la vision de Herodías.

En la cumbre de una montaña alta, desierta, pedregosa y escarpada, se levantaba un calvario.

Ibase á poner el sol, así como se iba á poner cuando se arrastró la judía, estenuada de cansancio, á las ruinas de San Juan el Degollado.

El gran Cristo crucificado que domina al Calvario, á la montaña y a la llanura árida, solitaria, infinita; el gran Cristo crucificado aparecia pálido y blanco en las nubes de color negro azulado que cubrian el cielo por todas partes, y se ponian de color de violeta cerrado, degradandose los colores en el horizonte...

En el horizonte..... donde ha dejado el sol al ponerse largos rastros de una luz siniestra... de un color de sangre...

En cuanto puede alcanzar la vista, no se divisa vegetacion ninguna en aquel triste desierto, cubierto de arena y de cascajos, como el álveo de algun Océano que se ha secado.

Reina en aquella comarca desolada un silencio de muerte.

A veces algunos gigantescos buitres negros, con cuello encarnado y pelado, con ojos amarillos y ardientes, deteniendo su largo vuelo en medio de aquellas soledades, se ponen á devorar la ensangrentada ralea que han cojido en otro pais menos salvage.

¿Como han edificado aquel calvario, en medio de aquella soledad de piedras, tan léjos... tan léjos de las habitaciones de los hombres?

Aquel calvario, lo ha edificado á costa de muchos gastos un pescador arrepentido..... Habia hecho mucho mal á los otros hombres, y para lograr el perdon de sus crímenes, ha subido de rodillas aquella montaña, se ha hecho cenobita, y ha vivido hasta la muerte al pié de aquella cruz, apenas defendida entonces de las inclemencias por un tejado de paja, que mucho tiempo hace se llevaron los vientos.

Continúa siempre declinando el sol...

Se pone el cielo cada vez mas sombrio... las rayas luminosas del horizonte, rojas poco antes, comienzan á oscurecerse lentamente, como barras de hierro.... que salen candentes del fuego y van despues enfriándose poco á poco.

Oyese de repente en la bajada del calvario opuesta al occidente el ruido de algunas piedras que se desprenden y van rodando y saltando hasta el pié de la montaña.

El pié de un viajero, quien, despues de haber atravesado la llanura, estaba subiendo hacia una hora aquella cuesta escarpada, ha hecho rodar aquellos cascajos hasta lo lejos.

No se ve aun el viajero, pero se oyen sus pasos lentos, iguales y firmes... Al fin

llega á la cumbre de la montaña, y su sombra dibuja en el cielo tempestuoso su alto talle.

Está aquel viagero tan pálido como el Cristo crucificado; cruza su ancha frente de la una á la otra sien una raya negra. Ese es el artesano de Jerusalen.

El artesano que se habia hecho malo por la miseria, la injusticia y la opresion, el que sin compasion por los padecimientos del hombre divino que llevaba la cruz, le habia rechazado de su morada diciéndole: Marcha..... marcha.... marcha.....

Desde aquel dia, un Dios vengador ha dicho á su vez al artesano de Jerusalen:

Marcha.... marcha.... marcha....

Y há marchado.... ha marchado eternamente.

Y no limitando á eso su venganza, ha querido á veces el Señor unir la muerte á los pasos del hombre errante, y que marcasen las leguas de su marcha homicida á traves del mundo innumerables sepulcros.

Y para el hombre errante eran dias de reposo los que pasaba, cuando la invisible mano de Dios le enviaba á soledades profundas, semejantes á los desiertos en que estaba entonces dando pasos: al menos, al atravesar aquella llanura desolada, al subir aquel Calvario montuoso, no oia ya el ruido fúnebre de las campanas tocando á muertos, que siempre resonaban trás de él.... en las comarcas pobladas.

Todo el dia, y aun entonces mismo, sumido en el negro abismo de sus pensamientos, siguiendo su camino fatal... yendo á donde le llevaba la mano invisible, con la cabeza inclinada hácia el pecho, los ojos puestos en tierra, el hombre errante habia atravesado la llanura y subido la montaña sin levantar los ojos al cielo, sin advertir el Calvario, sin ver al Cristo crucificado.

Pensaba el hombre en los últimos descendientes de su raza, y sentia, por lo despedazado que estaba su corazon, que les amenazaban aun grandes peligros.....

Y sumido en una desesperacion amarga, profunda como el Océano, el hombre errante se sentó al pié del calvario.

En aquel instante, el último rayo del sol, atravesando las nubes oscuras que estaban amontonadas en el horizonte, esparció sobre la cumbre de la montaña, sobre el calvario, una luz ardiente como el reflejo de un incendio.....

Apoyaba entonces el judio en la mano la frente pensativa: sus largos cabellos, agitados por la brisa crepuscular, acababan de cubrir su pálido rostro, cuando apartando los cabellos de su cara, se estremeció de sorpresa..... él que de nada podia maravillarse ya.....

Miraba ansioso, contemplaba asombrado la larga mecha de cabellos que tenia en la mano..... sus cabellos, negros, poco hacia, como el ébano..... se habian puesto grises.

Habia envejecido como Herodías.

El curso de sus años, detenido hacia diez y ocho siglos..... comenzaba de nuevo..... Asi como la pobre judia errante, tambien él podia por consiguiente aspirar desde entonces la tumba.....

Poniéndose de rodillas, alargó las manos, levantó los ojos al cielo..... para pedirle á Dios la esplicacion de aquel misterio que le arrebataba de esperanza.....

Entonces por la primera vez puso los ojos en el Cristo crucificado que dominaba el calvario, asi como la judia errante habia fijado los suyos en los párpados de granito del santo mártir.

El Cristo con la cabeza inclinada bajo el peso de la corona de espinas, parecia que contemplaba desde lo alto de la cruz con dulzura y misericordia al artesano que lo habia maldecido tantos siglos hacia..... y que de rodillas, inclinada hácia atras

la cabeza, en una actitud de espanto y de plegaria, alargaba sus manos suplicando:

«¡Oh, Cristo!... esclamó el judio: el «brazo del Señor me trae al pié de esa «cruz pesada que llevabas agobiado por «el cansancio..... ¡Oh, Cristo! cuando «quisiste detenerte para descansar en el «umbral de mi pobre morada, y te re-«chacé con implacable dureza, diciéndote: «Marcha.... marcha.... y ahora despues «de mi vida errante me vuelvo á hallar «delante de esta cruz..... y comienzan á «ponerse blancos mis cabellos..... ¡Oh, «Cristo! ¿Me ha perdonado acaso tu bon «dad divina? ¿He llegado al fin al tér-«mino de mi carrera eterna? ¿Me con-«cede al fin tu celestial clemencia el re-«poso del sepulcro, que hasta ahora, ¡ay! «nunca habia podido alcanzar?... ¡Oh! «Si desciende hasta mí tu clemencia..... «Que descienda tambien hasta aquella «muger... cuyo suplicio es igual al mio... «Protege tambien á los descendientes de «mi raza. ¿Cual será su suerte? Señor, «ya ha desaparecido de este mundo uno «de ellos, el único que la miseria habia «pervertido. ¿Han blanquedo por eso mis «cabellos? ¿No estará espiado mi crímen «hasta que no quede en este mundo ni «uno solo de los retoños de nuestra raza «maldita? ¿O acaso esta prueba de vues-«tra bondad, ¡oh, Señor! que se somete «á la ley de la humanidad, anuncia vues-«tra clemencia y la felicidad de los mios? «¿Saldrán al fin triunfantes de los peli-«gros que les amenazan? ¿Podrian llevar «á efecto todo el bien que su abuelo que-«ria hacer á la humanidad, y merece asi «su gracia y la mia? ¿O acaso condena-«dos inexorablemente, por vos; ¡oh! Se-«ñor! como los vástagos malditos de mi «raza maldita, habrán de espiar su pe-«cado original y mi crímen?

«¡Oh! Decid, decid, Señor. ¿Me per-«donareis á una con ellos, ó los castiga-«reis á una conmigo?...

. . . .

Habia desaparecido el crepúsculo bajo el manto de una noche negra, tempestuosa..... pero el judio oraba siempre arrodillado al pié del calvario.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

PARTE CUARTA.

I.

EL CONSEJO.

La escena que sigue pasaba el dia siguiente al de la reconciliacion del mariscal Simon con sus dos hijas en el hôtel de la princesa de Saint-Dizier.

La princesa escuchaba con la mas profunda atencion las palabras que le decia Rodin. El reverendo padre estaba, segun su costumbre, de pié y apoyando la espalda á la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos traseros de su vieja

levita parda: sus zapatos enlodados han dejado vestigios en la alfombra de armiño, estendida delante de la chimenea del salon. Se notaba una satisfaccion profunda en el rostro cadavérico del jesuita.

La señora de Saint-Dizier, puesta con aquella especie de coqueteria que le está bien á una madre de la iglesia, y de su especie, no separaba los ojos de Rodin, porque este habia suplantado enteramente al padre d'Aigrigny en el espíritu de la devota. La flema, la audacia, la alta inteligencia, el carácter rudo y dominador del *ez-socius*, imponian á aquella mujer altiva, la dominaban y le inspiraban una admiracion sincera, y aun atractiva; hasta la suciedad cínica, hasta las réplicas muchas veces brutales de aquel sacerdote le agradaban y eran para ella como una especie de guisado estragado que preferia entonces, y con mucho, á las formas esquisitas y á la elegancia perfumada del hermoso padre d'Aigrigny.

—Si señora, decia Rodin con un tono convencido y penetrado, porque esas gentes no se quitan la máscara ni aun entre cómplices, las noticias de nuestra casa de retiro de Saint-Herem son escelentes. Mr. Hardy..... el espíritu fuerte..... el pensador libre ha entrado en fin en el gremio de nuestra santa madre la iglesia católica, apostólica y romana.

Habiendo gangueado hipócritamente Rodin estas últimas palabras... la devota inclinó respetuosamente la cabeza.

—La gracia ha llegado al impio... añadió Rodin, y con tanta fuerza, que en su entusiasmo ascético, ha querido ya pronunciar los votos que le ligan á la compañia.

—¡Tan pronto padre mio! dijo la princesa maravillada.

—Nuestra regla se opone á semejante precipitacion.... á no ser sin embargo un penitente convertido que, encontrándose *in articulo mortis* (en el artículo de la muerte) considere como soberanamente eficaz para la salvacion de su alma el morir con nuestro hábito y dejarnos todos sus bienes...... *ad majorem Dei gloriam* (para la mayor gloria de Dios).

—¿Está acaso Mr. Hardy en una situacion tan desesperada, padre mio?

—Le está devorando la calentura: despues de tantos golpes sucesivos que le han impelido milagrosamente al camino de la salvacion, respondió Rodin muy compungido, aquel hombre tan débil y tan delicado de complexion está en este momento casi enteramente aniquilado física y moralmente. Asi es que las austeridades, las maceraciones, los goces divinos del éstasis le abrirán dentro de muy poco tiempo el camino de la vida eterna, y es muy probable que antes de pocos dias.... y meneó la cabeza el sacerdote con aire siniestro.

—¿Tan pronto, padre mio?

—Es casi seguro; por consiguiente he podido, usando de mis dispensas, mandar que se recibiese en el seno de nuestra compañia ese querido penitente *in articulo mortis*, abandonando, segun lo manda nuestra regla, á la sociedad todos sus bienes habidos y por haber.... es otra víctima del filosofismo que se escapa de las garras de Satanás.

—¡Ah, padre mio! esclamó la devota admirada; es una conversion milagrosa... El padre d'Aigrigny me ha dicho cuanto habiais tenido que luchar contra la influencia del abate Gabriel.

—El abate Gabriel, respondió Rodin, ha recibido el castigo que merecia por haberse metido en lo que nada tenia que ver, y por otras cosas tambien... He exigido que le interdijesen... y le ha quitado su obispo las licencias, al mismo tiempo que el curato.... Se dice que para pasar el tiempo anda corriendo los hospi-

tales ambulantes de coléricos, y distribuyendo consuelos cristianos..... nadie se puede oponer á es ›. Pero ese consolador ambulante huele á herege de una legua.

—Ese es un espíritu peligroso, dijo la princesa, porque tiene mucha influencia en los hombres; asi es que ha sido necesaria toda vuestra elocuencia admirable é irresistible para echar por tierra los detestables consejos de ese abate Gabriel, quien habia imaginado que podria de nuevo arrastrar á Mr. Hardy á la vida mundana.... En verdad, padre mio, sois un San Crisóstomo.

—¡Bueno! ¡Bueno, señora! dijo bruscamente Rodin muy poco sensible á las lisonjas, guardad esos cumplimientos para otros.

—Os digo que sois un San Crisóstomo, repitió la princesa con calor, porque como él, padre mio, mereceis el sobrenombre de *San Juan pico de oro*.

—¡Vamos, señora! dijo bruscamente Rodin, encojiendo los hombros. ¡Yo un *pico de oro!* tengo los labios demasiado cárdenos y los dientes demasiado negros... Os chanceais con vuestro *pico de oro*.

—Pero, padre mio....

—¡Pero, señora! Nadie me coje á mí con semejante liga, replicó duramente Rodin; aborrezco las lisonjas, nunca lisonjeo á nadie.

—Perdóneme vuestra modestia, padre mio, dijo humildemente la devota: no he podido renunciar á la dicha de manifestaros mi admiracion, porque, así como lo habeis adivinado... ó previsto, ya hay dos miembros de la familia Renepont *desinteresados en la cuestion de la herencia*.

Rodin miró a la princesa de Saint-Dizier con fisonomía suavizada y aprobativa al oir como formulaba la situacion de los dos difuntos herederos: porque segun pensaba Rodin, Mr. Hardy, por su donacion y su ascetismo homicida, no pertenecia ya á este mundo.

La devota continuó:

Al uno de los dos, miserable artesano, lo ha llevado á su pérdida la exaltacion de sus vicios... y vos habeis llevado al otro al camino de la salvacion exaltando sus calidades de amor y de ternura. Sed pues glorificado en vuestras previsiones, porque lo habeis dicho: «Me serviré de las pasiones para conseguir mi objeto.»

—No me glorifiqueis tan pronto, os lo ruego: dijo Rodin impaciente, ¿y vuestra sobrina? ¿Y el indio? ¿Y las dos hijas del mariscal Simon? Han tenido tambien esas personas un fin cristiano, ó están desinteresadas en la cuestion de la herencia para glorificarnos tan pronto?

—No, sin duda.

—Pues bien, ya lo veis señora. No perdamos el tiempo en congratularnos de lo pasado; pensemos en lo venidero..... El primero de junio no está léjos... ¡quiera el cielo que no veamos á los cuatro miembros de esta familia que aun existen, continuar viviendo siempre en la impenitencia hasta aquella época y apoderarse de esa enorme herencia... motivo de nuevas perdiciones en sus manos, y motivo de gloria para el Señor y su santa iglesia en las manos de la compañía.

—Es verdad, padre mio.

—Ya que hablamos de eso debiérais ver á los encargados de vuestros negocios y hablarles de vuestra sobrina.

—Los he visto padre mio, y por incierto que sea el medio de que os he hablado, se debe proceder. Espero saber hoy mismo si legalmente es posible...

—Puede ser que entonces, en la situacion en que la pondria esa noticia..... se hallase... medio de... conseguir... *su conversion;* dijo Rodin con una sonrisa estraordinaria é irónica: porque hasta ahora, desde que por fatalidad se reconcilió con aquel indio, la felicidad de esos dos paganos parece inalterable y esplendente co-

mo el diamante. No hay cosa que les pueda hacer mella..... ni aun los dientes de Faringhea..... Pero esperemos que el Señor hará justicia de esos vanos y culpables deleites.

Interrumpió esta conversacion el padre d'Aigrigny, entrando en el salon con una fisonomía radiante, y gritando desde la puerta:

—¡Victoria!

—¿Quién dice eso?... dijo la princesa.

—Se ha ido... esta noche: dijo el padre d'Aigrigny.

—¿Pero quién?... preguntó Rodin.

—El mariscal Simon; respondió el padre d'Aigrigny.

—En fin...,. dijo Rodin sin ocultar su alegría profunda.

—Su conversacion con el general d'Havrincourt habrá hecho rebosar el vaso sin duda, esclamó la devota, porque sé que ha tenido una entrevista con el general, el cual ha creido, como otros muchos, los rumores mas ó menos fundados que he difundido yo... todos los medios son buenos para abatir al impío: añadió la princesa en guisa de correctivo.

—¿Sabeis algunos pormenores? dijo Rodin.

—Acabo de ver al señor Robert, dijo el padre d'Aigrigny; sus señas y su edad se pueden atribuir á las señas y á la edad del mariscal: este se ha ido con el pasaporte del otro. Solamente una cosa ha sorprendido y mucho á vuestro emisario.

—¿Cuál? dijo Rodin.

—Que hasta ahora habia tenido que combatir las escitaciones del mariscal: habia notado tambien su fisonomía sombría, desesperada..... Ayer, al contrario, lo encontró con una fisonomía tan feliz y tan irradiante, que no pudo menos de preguntarle el motivo de esa mudanza.

—¡Pues bien! dijeron á un mismo tiempo Rodin y la princesa muy sorprendidos ambos.

—En efecto, soy el hombre mas feliz del mundo, respondió el mariscal, porque voy á cumplir con un deber sagrado.

Los tres actores de aquella escena se miraron en silencio.

—¿Y qué es lo que ha podido ocasionar esa mudanza tan repentina del espíritu del mariscal? preguntó la princesa de Saint Dizier: habian contado al contrario con los pesares y las irritaciones de toda especie para lanzarlo en esa empresa aventurada.

—No sé qué pensar; decia Rodin reflexionando; pero poco importa, se ha ido. No se ha de perder ni un solo instante para atacar á sus hijas... ¿Se ha llevado aquel maldito soldado?

—No; respondió el padre d'Aigrigny: por desgracia no. Como es desconfiado y está instruido por lo pasado, va á redoblar las precauciones, y un hombre que en caso desesperado hubiera podido servirnos contra él, acaba de entrarle el cólera.

—¿Y quién es? preguntó la princesa.

—Morok.... Podia contar con él en todo, por todo y para todo.... y está perdido, porque si sale del cólera, es de temer que sucumba á una enfermedad horrorosa é incurable.

—¿Qué decis?

—Hace pocos dias le mordió uno de los dogos de su coleccion de fieras y el dia siguiente murió de rábia el perro.

—¡Ah! es eso horroroso: esclamó la princesa; ¿y en donde está ese infeliz?

—Lo han llevado á uno de los hospitales ambulantes de Paris, porque hasta ahora no se han manifestado mas síntomas que los del cólera.... y repito que es doble desgracia, porque era un hombre enteramente decidido, adicto y resuelto á todo.... Sera muy dificil el acercarse al soldado, guardian de las niñas, y solamente por él es posible el llegar hasta las hijas del mariscal Simon.

—Es evidente.... dijo Rodin con aire pensativo.

—Sobre todo desde que han despertado de nuevo sus sospechas las cartas anónimas; añadió el padre d'Aigrigny... y...

—A propósito de cartas anónimas, dijo de repente Rodin interrumpiendo al padre d'Aigrigny; es bueno que conozcais un hecho; ya os diré por qué.

—¿De qué se trata?

—Ademas de las cartas que sabeis, el mariscal ha recibido otras muchas que ignorais, en las cuales se trataba, por todos los medios posibles, de ecsasperar su irritacion contra vos recordándole todas las razones que tenia para aborreceros, y motejándolo, porque vuestro carácter sagrado os ponia al abrigo de su venganza.

El padre d'Aigrigny miró á Rodin con estupor, y esclamó ruborizándose involuntariamente.

—¿Pero con qué objeto.... ha obrado asi... vuestra reverencia?

—En primer lugar con objeto de alejar de mi las sospechas que hubieran podido producir esas cartas; en segundo lugar, para ecsaltar hasta el delirio la rábia del marisca, recordándole sin cesar los justos motivos que tiene para aborreceros, y la imposibilidad en que se halla de alcanzaros con su venganza. Esto junto á los otros fermentos de pesar, de cólera y de irritacion que bullen con tanta facilidad en aquel hombre de batallas, gracias á sus pasiones brutales, debian impelerlo á esa loca empresa, que es la consecuencia y el castigo á la vez de su idolatria hácia un miserable usurpador.

—¡Enhorabuena! dijo el padre d'Aigrigny un poco embarazado; pero permítame vuestra reverencia hacerle notar que era muy peligroso el escitar contra mi la irritacion del mariscal Simon.

—¿Porqué? preguntó Rodin fijando una mirada escrutadora en el padre d'Aigrigny.

—Porque el mariscal, no acordándose mas que de nuestros odios mútuos, y fuera de sí.... podia buscarme, encontrarme.....

—¿Y qué mas? preguntó Rodin.

—Pues bien.... podria olvidar.... que soy sacerdote... y...

—¡Ah! Habeis tenido miedo: dijo con desden Rodin interrumpiendo al padre d'Aigrigny.

Al oir aquellas palabras de Rodin, *habeis tenido miedo*, saltó el reverendo padre en la silla, pero recobrando al instante su serenidad, añadió:

—No se equivoca vuestra reverencia; sí, hubiera tenido miedo.... sí.... en semejante circunstancia.... hubiera tenido miedo de olvidar que soy sacerdote... y de acordarme que he sido soldado.

—¿De veras? dijo Rodin con un desprecio soberbio; ¿aun estais en eso... en ese tonto y salvaje punto de honor? ¿No ha apagado vuestra sotana esa hermosa llama? Con que así ese acuchillador, cuyo cerebro vacío y sonoro como un tambor estaba yo seguro de desarreglar con solo pronunciar algunas palabras mágicas para esos batalladores estúpidos: Honor militar... Juramento... Napoleon II... ¿conque si ese acuchillador hubiera cometido alguna violencia contra vos, os hubiera sido necesario hacer un esfuerzo muy grande para permanecer tranquilo?

Y fijó de nuevo Rodin en el reverendo padre sus ojos penetrantes.

—Es inútil á lo que pienso, para vuestra reverencia, el hacer semejantes suposiciones, dijo el padre de Aigrigny conteniendo con dificultad su agitacion.

—Como vuestro superior, replicó severamente Rodin, tengo derecho para preguntaros, que hubierais hecho si el mariscal Simon os hubiese levantado la mano....

—¡Señor!..... esclamó el reverendo padre.

—No hay aqui *señores*; no hay aqui sino sacerdotes; respondió con dureza Rodin.

El padre de Aigrigny bajó la cabeza, conteniendo con dificultad su cólera.

—Os preguntó, añadió con obstinacion Rodin, qué hubiérais hecho si os hubiese dado un golpe el mariscal. ¿Es claro?

—¡Basta... de gracia! dijo el padre de Aigrigny; ¡basta!

—O si mas os acomoda, ¿qué hubiérais hecho si os hubiese dado un bofeton en cada mejilla? replicó Rodin con una flema obstinada.

El padre d'Aigrigny, macilento, apretando los dientes, crispados los puños, estaba poseido de una especie de vértigo solo con pensar en semejante ultraje, mientras Rodin, quien sin duda no habia hecho sin motivo aquella pregunta, levantando sus párpados desmazalados, parecia sumamente atento á los síntomas que se manifestaban en la fisonomia trastornada del antiguo coronel.

La devota cada vez mas dominada por el *ex-socius*, pareciéndole la situacion del padre d'Aigrigny tan penosa como falsa, sentia crecer su admiracion por el padre Rodin.

En fin, recobrando poco á poco el padre d'Aigrigny su serenidad, respondió á Rodin en tono calmado y contenido:

—Si tuviese jamas que soportar semejante ultraje, le rogaria á Dios que me diese la resignacion y la humildad.

—Y seguramente escucharia el Señor vuestra súplica; dijo con frialdad Rodin, satisfecho del ensayo que acababa de hacer en el padre d'Aigrigny. Ademas ahora estais prevenido y es muy poco probable, añadió con una sonrisa horrorosa, que vuelva el mariscal con objeto de poner vuestra humildad á tan ruda prueba..... pero si viniese, y Rodin fijó de nuevo sus miradas largas y penetrantes en el padre d'Aigrigny, si viniese..... sabriais, no me queda duda ninguna, hacer ver á ese soldado, á pesar de sus violencias, toda la resignacion y toda la humildad que se encuentra en una alma verdaderamente cristiana.

Dos golpecitos que dieron discretamente á la puerta del cuarto, interrumpieron un instante la conversacion.

Entró un lacayo que traia en un azafate una carta ancha y sellada, que entregó á la princesa y salió inmediatamente.

La señora de Saint-Dizier, antes de abrirla, pidió con una mirada permiso á Rondin; la leyó y pronto apareció en su rostro una satisfaccion cruel.

—¡Hay esperanza! esclamó dirigiéndose á Rodin, la demanda es rigorosamente legal, se concreta á la instancia de interdiccion; sus consecuencias pueden ser las que deseamos. En una palabra, mi sobrina se puede ver amenazada, de la noche á la mañana, de la miseria mas horrorosa... ¡Ella tan pródiga!... ¡Qué trastorno en su existencia!...

—Puede que entonces se pudiese dominar ese carácter indómito..... dijo Rodin con aire meditabundo, porque hasta ahora nada ha salido bien; se podria decir que ciertas felicidades nos hacen invulnerables, murmuró el jesuita royendo sus uñas anchas y sucias.

—Pero para lograr el resultado que deseo, es necesario exasperar el orgullo de mi sobrina..... por consiguiente es absolutamente indispensable que la vea y hable con ella; dijo la princesa de Saint-Dizier reflexionando.

—La señorita de Cardoville rehusará esa entrevista; dijo el padre d'Aigrigny.

—Puede que no: dijo la princesa; es tan feliz que ha de haber llegado al colmo su audacia. Sí, sí..... la conozco..... le escribiré de modo..... que venga.

—¿Lo creeis? preguntó Rodin en tono dubitativo.

—No lo dudeis, padre mio, replicó la princesa, vendrá, y si se logra escitar su orgullo..... se podrá esperar mucho.

—En ese caso, señora, es necesario obrar; dijo Rodin, obrar prontamente: se acerca el instante; se van despertando los odios y las desconfianzas... No se puede perder ni un solo instante.

—En cuanto á los odios, dijo la princesa, la señorita de Cardoville ha podido ver en que viene á parar el pleito que me ha puesto por lo que llama su detencion en una casa de salud y la secuestracion de las dos hermanas Simon en el convento de Santa Maria. Gracias á Dios, tenemos amigos en todas partes, y sé por buen conducto que no se tendrá cuenta ninguna de todas esas griterías, por faltar pruebas suficientes, á pesar del encarnizamiento de algunos magistrados parlamentarios, que serán notados, y muy bien notados.....

—En estas circunstancias, dijo Rodin, la partida del mariscal da toda latitud: es necesario obrar inmediatamente con respecto á sus hijas.

—¿Pero cómo? dijo la princesa.

—Primeramente es necesario verlas, dijo Rodin, hablar con ellas, estudiarlas..... despues se tomarán las medidas segun lo que resulte.

—Pero el soldado no las dejará ni un segundo, dijo el padre d'Aigrigny.

—En ese caso será necesario, dijo Rodin, hablar con ellas delante del soldado, y atraerlo á nuestro bando.

—¡A él!... Es insensata semejante esperanza: esclamó el padre d'Aigrigny: no conoceis esa probidad militar; no conoceis á ese hombre.

—¿No lo conozco? dijo Rodin encogiéndo los hombros. ¿No me ha presentado á él la señorita de Cardoville como á su libertador, cuando os denuncié como el alma de esta intriga? ¿No soy yo quien le he vuelto su ridícula reliquia imperial... su cruz de honor en casa del doctor Baleinier?... En fin, ¿no soy yo quien se ha llevado del convento las niñas y quien las ha puesto en brazos de su padre?

—Si, respondió la princesa; pero despues mi maldita sobrina ha adivinado todo, ha descubierto todo. Os ha dicho á vos mismo, padre mio....

—Que me consideraba como su enemigo mas irreconciliable; dijo Rodin. Enhorabuena. ¿Pero le ha dicho eso al mariscal? ¿Me ha nombrado delante de él? Y si lo ha hecho, ¿le ha dicho el mariscal esta circunstancia al soldado? Puede ser, pero no es cosa segura; en todo caso es necesario cerciorarse de ello. Si me trata el soldado como enemigo descubierto.... veremos.... pero yo trataré en primer lugar que me reciban como amigo.

—¿Y cuándo? preguntó la devota.

—Mañana por la mañana, respondió Rodin.

—¡Gran Dios! ¡Querido padre mio! esclamó la princesa de Saint-Dizier con temor; si ve ese soldado en vos un enemigo.... tened cuidado.

—Siempre tengo yo cuidado señora... he domado camaradas mas terribles que él... y se sonrió el jesuita enseñando sus dientes negros; por ejemplo, el cólera.

—Pero si os trata como enemigo.... se negará á recibiros. ¿De que modo os acercareis entonces á las hijas del mariscal Simon? dijo el padre d'Aigrigny.

—No lo sé por cierto, dijo Rodin, pero como quiero llegar hasta ellas..... llegaré.

—Padre mio; dijo de repente la princesa reflexionando; esas muchachas no me han visto jamas... si pudiese sin nombrarme introducirme cerca de ellas....

—Seria muy inútil, señora; porque es necesario primeramente que sepa yo que resolucion he de tomar con respecto á

esas huérfanas.... Por consiguiente quiero verlas á toda costa y hablar mucho tiempo con ellas..... entonces solamente, cuando asiente bien mi plan... podrá ser útil vuestra cooperacion..... En todo caso.... tened la bondad de estar dispuesta mañana por la mañana para acompañarme.

—¿A dónde, padre mio?

—A casa del mariscal Simon.

—¿A su casa?

—No precisamente á su casa: vos ireis en vuestro coche, y yo tomare un coche simon; trataré de conseguir poder hablar a las niñas; mientras tanto me estareis esperando á pocos pasos de la casa del mariscal: si logro mi intento, si tengo necesidad de vuestra ayuda, iré á buscar vuestro coche; recibireis mis instrucciones y no se advertirá que nos hayamos concertado.

—Hágase vuestra voluntad, reverendo padre mio; pero tiemblo en verdad al al pensar en vuestra entrevista con aquel soldado brutal, dijo la princesa.

—El Señor tendrá cuidado de su servidor, señora; dijo Rodin. En cuanto á vos, padre mio, añadió hablando al padre d'Aigrigny, haced que parta al instante para Viena la nota que estaba dispuesta, para anunciar á quien sabeis, la partida y la prócsima llegada del mariscal. Todo está previsto: esta noche escribiré yo mas estensamente.

. . . .

El dia siguiente, á las ocho de la mañana, la princesa de Saint Dizier en su carruage; y Rodin en un coche simon se dirigieron hácia la casa del mariscal Simon.

II.

LA FELICIDAD.

Dos dias hacia que se habia ido el mariscal Simon. Eran los ocho de la mañana, y Dagoberto andando de puntillas con la mayor precaucion para que no crujiese el entarimado, atravesó la sala que caía al cuarto en que dormian Rosa y Blanca, y fué directamente á pegar el oido á la puerta del aposento de las dos niñas. Quitasolaces siguió ecsactamente á su amo, y pareció que andaba con no menos precaucion que él.

Estaba el rostro del soldado inquieto, preocupado; y al acercarse á la puerta, decia á media voz:

—¡Con tal que no hayan oido nada esta noche estas pobres niñas!.... Las espantaria eso, y es mejor que no sepan este acontecimiento sino lo mas tarde posible. Podria entristecerlas muchísimo: ¡pobres niñas! ¡Son tan felices desde el dia en que conocieron el amor que les tiene su padre! ¡Han soportado con tanto ánimo su partida!... ¡Pero que no sepan el acontecimiento de esta noche! Las afligiría demasiado....

Y aplicando despues el oido, el soldado dijo:

—No oigo nada.... nada.... ¡Ellas que se despiertan ordinariamente tan temprano!... Puede que sea el pesar.....

Dos grandes carcajadas frescas y deliciosas que salian del interior del cuarto que habitaban las dos hermanas, interrumpieron las reflecsiones del soldado.

—¡Vamos! no están tan tristes como yo creia; dijo Dagoberto respirando con mas libertad; probablemente no saben nada de lo que ha ocurrido esta noche.

Pronto aumentaron las carcajadas hasta tal punto que Dagoberto encantado de aquel acceso de alegria tan estraordinaria por parte de *sus hijas* se sintió desde luego enternecido: un instante se le arrasaron de lágrimas los ojos, pensando que sus pupilas habian recobrado al fin la serenidad dichosa de su edad; despues pasando del enternecimiento á la alegria, con el oido atento y siempre pegado á la

puerta, el cuerpo medio inclinado y las manos puestas en las rodillas, Dagoberto, dilatándosele el corazon, radióso levantados los labios con una espresion de jovialidad muda, meneando la cabeza, acompañó con una risa sorda las carcajadas de alegria cada vez mayores de sus pupilas... Al fin como no hay cosa mas contajiosa que la alegria, y el digno soldado se ensanchaba de regocijo, se puso á reir en alta voz y con todas sus fuerzas sin saber de qué, únicamente porque Rosa y Blanca se reian como unas locas.

Jamás habia visto Quitasolaces á su amo en tal acceso de jovialidad; le miró primeramente con una sorpresa silenciosa y profunda, y se puso despues á ahullar con aire interrogativo.

Al oir *aquel acento* tan conocido, cesaron de repente las risas de las muchachas, y una voz fresca, un poco inmutada aun de la reciente y alegre emocion, esclamó:

—¿Eres tú, Quítasolaces que vienes á dispertarnos?

Entendió Quitasolaces, meneó la cola, bajó las orejas, y poniéndose en tierra junto á la puerta como un perro de muestra, respondió con un gruñido lijero á la voz de su jóven señora.

—Señor Quitasolaces, dijo la voz de Rosa conteniendo apenas otro acceso de risa, muy madrugador estais.

—En ese caso, gritó Blanca, ¿tendriais la bondad y la complacencia de decirnos qué hora es?

—Sí, señoritas: son las ocho dadas, respondió de repente la voz de bajo de Dagoberto, el cual acompañó ese chiste con una inmensa carcajada.

Oyóse un grito ligero de sorpresa agradable, y despues dijo Rosa:

—Buenos dias, Dagoberto.

—Buenos dias, hijas mias..... muy perezosas estais hoy; sea dicho sin injuria.

—No es por culpa nuestra; respondió Rosa, nuestra querida Agustina no ha entrado aun en nuestro cuarto; la estamos esperando.

—En eso está el apuro; dijo Dagoberto poniéndose de nuevo muy pensativo; y en seguida respondió en tono muy embarazado, porque el buen hombre no sabia muy bien mentir.

—Hijas mias, vuestra aya ha salido esta mañana..... muy temprano..... ha ido al campo por..... por ciertos negocios..... y no volverá sino dentro de algunos dias... con que por hoy hareis bien en vestiros solas.

—Esa buena señora Agustina..... respondió Blanca manifestando interés: ¿No es por ningun motivo desagradable el haberse ido así tan de repente, no es verdad, Dagoberto?

—No, no, de ningun modo; es por negocios, respondió el soldado, por ver..... á uno de sus parientes.

—¡Ah! me alegro mucho; dijo Rosa. Pues bien, Dagoberto, cuando te llamemos podrás entrar.

—Dentro de un cuarto de hora volveré, y despues añadió, pensando: es necesario que le dé una leccion á ese Jocriso, porque es tan tonto y tan hablador que lo puede descubrir todo.

El nombre del supuesto tonto servirá de transicion para dar á conocer el motivo de la alegría loca de las dos hermanas, las cuales se reian de las numerosas patochadas de Jocriso.

Ya se habian levantado las dos muchachas y se habian vestido, sirviéndose mútuamente de doncellas. Rosa peinó y arregló el pelo de Blanca, la cual hacia el mismo servicio á Rosa: agrupadas así las dos hermanas, presentaban un cuadro graciosísimo.

Estaba Rosa sentada junto al tocador, Blanca en pié tras de ella le alisaba sus hermosos cabellos negros.

¡ Dichosa y hechicera edad, tan cercana aun de la infancia que la alegria presente hace olvidar inmediatamente los males pasados! Es verdad que no solo esperimentaban las dos jovenes alegria sino tambien felicidad; sí, felicidad profunda é inalterable en adelante. Las adoraba su padre, y su presencia, lejos de serle importuna, le encantaba. En fin, tranquilizado en punto al cariño de sus hijas, no tenia que temer ya, gracias á ellas, ningun pesar. ¿Qué importancia podia tener para aquellos tres seres tan seguros de su mútuo é inefable afecto una separacion momentánea?

Dicho y entendido esto, facilmente se concibirá la inocente alegria de las dos muchachas á pesar de la partida de su padre y la espresion de regocijo, de felicidad que animaba sus rostros encantadores, en que comenzaban ya á aparecer los colores muertos poco tiempo antes: su confianza en el porvenir comunicaba á su fisonomia cierta resolucion, cierta decision que añadia un atractivo gustoso á sus deliciosas facciones.

Alisando los cabellos de su hermana, dejó caer el peine Blanca: cuando se bajaba para cojerlo, se adelantó Rosa y se lo dió diciendo:

—Si se hubiese roto, lo hubieras puesto en la canasta de *las asas.*

Y se pusieron á reir como locas las dos hermanas al oir aquellas dos palabras que les recordaban una de las mayores patochadas de Jocriso.

El fingido tonto habia roto el asa de una taza, y riñéndole la aya, respondió: «Perded cuidado, he puesto la asa en la canasta de *las asas.*»

—En la canasta de *las asas?* «Sí, señora, ahí es donde pongo todas las asas que rompo y pondré todas las que rompa.»

—¡Vaya! dijo Rosa enjugándose las lágrimas que la risa habia hecho asomar á sus ojos: ¡qué necedad es reirse de semejantes simplezas!

—Pero si es una cosa tan chistosa, replicó Blanca, ¿cómo se ha de poder contener la risa?

—Lo que yo siento que nuestro padre no nos vea reir con tantas ganas.

—¡Es tan feliz cuando ve que estamos alegres!...

—Es preciso que le escribamos hoy mismo la historia del canastillo de las asas.

—Y la del plumero tambien, para que vea que cumplimos nuestra promesa, y que no estamos tristes durante su ausencia.

—Escribámosle, hermana mia... Pero no..... ya sabes que él ha de ser quien nos ha de escribir..... pero nosotras no podemos contestarle.....

—Es verdad..... pues entonces.... una idea se me ocurre... Escribámosle todo lo que nos suceda con el sobre para aquí. Cuando vuelva, echará Dagoberto las cartas en el correo, y nuestro padre leerá nuestra correspondencia.

—Tienes razon; es una idea magnífica; ¡cuántas locuras le hemos de contar supuesto que él nos ama!

—Y nosotras tambien... preciso es confesarlo, lo que deseamos es estar alegres.

—¡Oh! seguramente que sí..... ¡Las últimas palabras de nuestro padre nos han dado tanto valor!... ¿No es verdad, hermana?

—Yo puedo decirte que al oirle hablar me sentia intrépida respecto á su marcha.

—¡Y cuando nos dijo: «Hijas mias, «voy á confiaros... todo lo que me es po«sible confiar... Yo tenia que cumplir un «deber sagrado... para ello me era abso«lutamente indispensable separarme de vo«sotras por algun tiempo; y á pesar de que «estaba bastantemente ciego para dudar «de vuestra ternura, no podia resolverme «á abandonaros. Pero mi conciencia es-

«taba inquieta y agitada. Las penas abaten de tal manera que yo no tenia la «fuerza necesaria para adoptar una reso«lucion, y entre tanto se pasaban los dias «en medio de indecisiones y de angustias. «Pero ya que estoy seguro de vuestro ca«riño, ha cesado repentinamente mi ir«resolucion; he comprendido que no te«nia ya que sacrificar un deber á otro, «preparándome así los remordimientos, «sino que podia y era preciso cumplir dos «deberes á la vez: deberes sagrados am«bos, y esto es lo que yo hago con la ma«yor alegría, de toda voluntad, y consi«derándome feliz en poderlo hacer así.»

—¡Oh! ¡Sigue, sigue, hermana mia! esclamó Blanca acercándose mas á Rosa. Me parece que estoy oyendo á nuestro padre. Recordemos á menudo sus palabras, y ellas nos sostendrán si nos vemos acometidas en su ausencia por la tristeza.

—Así es, hermana mia. ¿No nos lo decia así mismo nuestro padre? «En vez de «estar tristes durante mi ausencia, hijas «mias, estad alegres: no os dejéis abatir. «Yo os dejo para un objeto bueno y ge«neroso. Atended. Suponeos que hay en «otro punto un pobre huérfano enfer«mo, oprimido, abandonado por todos; «que el padre de este huérfano ha sido «mi bienhechor; que yo le he jurado sa«crificarme por su hijo... y que ahora se «ven amenazados los dias de este hijo.... «Decidme, hijas mias, ¿os entristeceriais «al ver que me separaba de vosotras pa«ra ir á socorrer á ese pobre huérfano?»

—¡Oh! no, no: nuestro querido y generoso padre, le respondimos. Entonces no mereceríamos ser tus hijas, esclamó Rosa con exaltacion. Vete y está seguro de nosotras. Nos creeríamos demasiado infelices en pensar que nuestra tristeza podia debilitar tu valor. Vé, parte, y nosotras repetiremos todos los dias con orgullo: Nuestro padre se ha separado de nosotras para cumplir un deber noble y generoso; por eso mismo es dulce para nosotras el esperarlo.

—¡Qué hermoso es ese pensamiento! ¡Cómo anima la idea del deber y del cumplimiento de una obligacion afectuosa, hermana mia! replicó Rosa con exaltacion. Ya lo ves. Eso dió á nuestro padre el valor necesario para separarse de nosotras sin pesar, y á nosotras el ánimo suficiente para aguardar su vuelta con alegría.

—¡Y qué tranquilas estamos en este momento! Ya no nos atormentan aquellos sueños que nos presagiaban tristes acontecimientos.

—Sí, hermana mia, desde ahora nos hallamos en un estado de completa felicidad...

—¿Te sucede á tí lo que á mí? Me parece que me siento ahora mas fuerte, mas animosa, y que desafiaria todas las desgracias posibles.

—Yo por mi parte lo creo tambien. Ya ves si nos hallamos fuertes ahora... Nuestro padre en medio, tu á un lado, yo al otro, y...

—Dagoberto delante de vanguardia Quitasolaces de retaguardia.... un ejército completo. Con que así, que vengan á atacarle.

—Aunque sean mil escuadrones, añadió repentinamente una voz gruesa y alegre interrumpiendo á la jóven; y en seguida apareció Dagoberto á la puerta del salon que entreabrió ¡satisfecho, radiante de alegría! Era preciso verlo para conocer hasta que punto llegaba su contento, porque el viejo, algun tanto curioso, habia estado escuchando á las jóvenes un poco de tiempo antes de presentarse.

—¡Ola, curioso! ¿Con qué nos estabas escuchando? dijo alegremente Rosa saliendo con su hermana desde la pieza de dormir al salon, en donde las dos abrazaron afectuosamente al soldado.

—¡Ya lo creo que os estaba escuchando! y lo que siento es no tener las orejas tan grandes como las de Quitasolaces para haber oido mas. ¡Buenas muchachas! ¡Así es como yo os quiero!... Un poco loquillas, ¡par diez! y diciendo á la tristeza: vamos... ¡media vuelta á la izquierda!... Bastante hemos hablado... ¡A otra parte con la música!

—¡Bien! Ya verás como á ese paso nos va á decir que juremos, dijo Rosa á su hermana riéndose como una loca.

—¡Qué! ¡qué! ¡A fé mia que de tiempo en tiempo no viene eso mal! contestó el soldado. Eso consuela.... eso calma.... porque si para soportar los percances de la miseria no se pudiera jurar de los quinientos mil nombres de....

—¿Quieres callar? dijo Rosa poniendo alegremente su mano sobre el bigote gris de Dagoberto para cortarle la palabra. ¡Si te oyera la señora Agustina!...

—¡Pobre aya, tan dulce, tan tímida! añadio Blanca. ¡Qué miedo le darias!

—Si, dijo Dagoberto esforzándose para ocultar su naciente turbacion, pero no nos oye supuesto que.... ha salido fuera de Paris.

—¡Qué buena y que amable es! añadió Blanca con el mayor interes. Ella nos dijo respecto a ti una espresion bien sencilla que retrata la escelencia de su corazon.

—Es verdad, replicó Rosa. Hablándonos de tí nos decia: ¡Ah señoritas! al ver el cariño que os profesa el señor Dagoberto, conozco que mi reciente afecto no debe tener para vosotras grande importancia, conozco tambien que no teneis grande necesidad de mi y sin embargo siento que tengo el derecho de dedicarme tambien por vosotras.

—¡Sin duda era... un corazon de oro! esclamó Dagoberto, y luego añadió hablando consigo mismo. Esto parece una ocasion traida oportunamente... He aqui que ellas mismas me ponen en el caso de entablar la conversacion acerca de esta pobre muger....

—Nuestro padre ha tenido acierto en la eleccion, esclamó Rosa. Es viuda de un antiguo militar que ha hecho la guerra con él.

—En el tiempo en que hemos estado tristes, añadió Blanca, era preciso ver la inquietud con que vivia, su pena y todo lo que tan íntimamente intentaba para hacernos reir.

—Mas de veinte veces he visto deslizarse gruesas lágrimas de sus ojos que nos miraban furtivamente, dijo Rosa. ¡Oh! ella nos ama tiernamente y nosotros la corespondemos con justicia.... Y en verdad que tenemos sobre este particular y para cuando venga nuestro padre, un proyecto que no sabes tú cual es, Dagoberto.

—Calla, hermana, no se lo digas.... replicó Blanca sonriéndose. Mira que no nos ha de guardar el secreto.

—¿Quién? ¿Dagoberto?

—¿No es verdad, Dagoberto? ¿Tú nos guardarás el secreto? ¿Eh?

—Mirad, dijo el soldado mas turbado cada vez, me haríais un bien muy grande en no decirme nada....

—Pues qué ¿no puedes ocultar nada á la señora Agustina?

—¡Ah señor Dagoberto, señor Dagoberto! dijo alegremente Blanca, amenazando con la punta del dedo al soldado. Sospecho que habeis andado en estremo galanteador con nuestra querida aya.

—¡Yo!... ¡galanteador! esclamó el soldado.

El tono y la espresion con que Dagoberto pronunció estas palabras, fueron tan graves y tan naturales, que las dos hermanas no pudieron contener una estrepitosa carcajada.

La alegria y la risa de las jóvenes esta-

ba en su colmo cuando se abrió la puerta del salon.

Apareció en ella el criado tonto, el cual dando algunos pasos dentro de la sala, dijo en alta voz anunciando:

—El señor Rodin.

En efecto, en seguida se deslizó precipitadamente en la habitacion el jesuita como para tomar posesion de su terreno. Cuando se vió ya dentro, creyó que tenia ya ganada la partida, y sus ojos de reptil brillaron de alegría.

Difícil seria pintar la sorpresa de las dos hermanas y la cólera del soldado al ver aquella inesperada visita.

Lanzándose Dagoberto hácia el criado y agarrándole por el cuello, esclamó:

—¿Quién te ha permitido introducir aqui a nadie.... sin avisármelo antes?

—¡Por Dios, señor Dagoberto! gritó el criado poniéndose de rodillas y juntando las manos con ademan de simpleza y de súplica.

—Vete... sal de aqui. Y vos tambien... y vos mas particularmente, añadió el soldado con tono amenazador volviéndose hácia Rodin que iba acercándose á las jóvenes sonriéndose y con aire afectuoso.

—Estoy á vuestras órdenes, mi querido señor, dijo con humildad el sacerdote haciendo una inclinacion pero sin retroceder.

—¿Te largarás de aqui?.... esclamó el soldado al criado, el cual seguia puesto de rodillas porque sabia que en esta postura podía proferir algunas palabras antes que Dagoberto le hiciera tomar la puerta.

—¡Señor Dagoberto! decia el criado con voz doliente, perdonadme que haya introducido aqui al señor sin haberos avisado antes. Pero ¡ay! tengo perdida la cabeza con la desgracia que ha ocurrido á la señora Agustina.

—¿Qué desgracia! esclamaron al momento Rosa y Blanca, acercándose con notable inquietud al criado.

—¿No te vas? volvió á decirle Dagoberto conduciendolo por el pescuezo y obligándole á que se levantara.

—Hablad, hablad, repuso Blanca interponiéndose entre Dagoberto y el criado. ¿Qué es lo que ha sucedido a la señora Agustina?

—Señorita, dijo precipitadamente el criado apesar de los golpes que le daba el soldado; la señora Agustina ha sido atacada del cólera; y se le ha...

No pudo el criado acabar la frase, porque Dagoberto le asentó en la cara el puñetazo mas glorioso que habia dado de algun tiempo a esta parte; y luego usando de su fuerza estraordinaria todavia para su edad el antiguo granadero de caballería alzó con su vigoroso puño al criado que permanecia arrodillado, lo envió a rodar por la pieza inmediata, ¡habiéndole dado un puntapié debajo de los riñones.

En seguida se volvió á Rodin, y con las facciones alteradas, las mejillas encendidas y los ojos saltando de cólera, mostrandole la puerta con un gesto espresivo, le dijo con un tono irritado:

—Ahora vos.... ¡si no os largais pronto... y sin replicar!...

—Estoy á vuestra disposicion, mi querido señor, dijo Rodin dirijiéndose de espaldas hácia la puerta, y saludando á las jóvenes.

Verificando Rodin lentamente su retirada bajo el fuego de las coléricas miradas de Dagoberto, ganó la puerta marchando de espaldas y dirijiendo oblicuamente sus penetrantes ojos hacia las dos jóvenes notablemente conmovidas por la calculada indiscrecion del criado, á quien Dagoberto habia prevenido que no hablara delante de las niñas acerca de la enfermedad de su aya; pero el supuesto tonto sin reparar en nada habia hecho enteramente lo contrario de lo que se le habia mandado.

Rosa acercándose precipitadamente al soldado le dijo:

—¡Dios mio...! ¿Es verdad que la pobre señora Agustina ha sido atacada del cólera?

—No... Yo no sé nada... No lo creo... contestó el soldado despues de un momento de vacilacion. Y ademas ¿qué os importa eso?

—¡Dagoberto!.... tu quiéres ocultarnos..... alguna desgracia, dijo Blanca. Ahora me acuerdo de tu turbacion cuando hace un momento nos hablabas de nuestra aya.

—Si está enferma... no debemos abandonarla. Ella se ha compadecido de nuestras penas, y nosotros debemos compadecernos de sus sufrimientos.

—Sígueme, hermana mia.... Vamos á su cuarto, dijo Blanca dando un paso hácia la puerta en donde se veia Rodin detenido y prestando una estremada atencion á esta imprevista escena que parecia sugerirle profundas reflecsiones.

—No saldreis de aqui, dijo con tono severo el soldado dirigiéndose á las dos hermanas.

—Dagoberto, replicó Rosa con enerjía, se trata de un deber sagrado. y seria una cobardía faltar á él.

—¡Os digo que no saldreis de aqui...! repuso el soldado dando una patada en el suelo con muestras de impaciencia.

—Querido Dagoberto, añadió Blanca con un tono no menos resuelto que el de su hermana, y con cierta ecsaltacion que coloreó vivamente su hermoso rostro. Nuestro padre al separarse de nosotras nos ha dado un ejemplo admirable de fidelidad á sus deberes..... y no nos perdonaria que nos olvidáramos de su leccion.

—¡Cómo! esclamó Dagoberto fuera de sí y adelantándose hácia las dos hermanas como para impedirlas que saliesen de la habitacion. ¿Creeis que si vuestra aya tuviera el cólera consentiria yo que bajo el pretesto del deber fueseis á verla? Vuestro deber es el vivir, y vivir felices y contentas para vuestro padre.... y para mi tambien.... Con que ¡ea! no hablemos mas sobre este particular.

—Nosotras no corremos ningun riesgo en ir á ver á nuestra aya en su cuarto, dijo Rosa.

—Y aunque lo hubiera, añadió Blanca, no deberiamos titubear un solo instante. Asi, Dagoberto, sé condescendiente.... déjanos pasar.

Rodin que habia estado escuchando con estremada atencion la escena precedente, concibió alguna esperanza repentina, y apareció en sus ojos y en su fisonomía un rayo de siniestra alegria.

—Dagoberto, no te opongas á nuestro deseo, añadió Blanca, porque en ese caso tu harias respecto á nosotras lo que tú mismo nos reconvendrias si quisiéramos hacerlo con otra persona.

Hasta entonces Dagoberto habia cerrado, por decirlo asi, el paso al jesuita y á las dos hermanas, poniendose delante de la puerta; pero despues de un momento de reflecsion, encojiéndose de hombros y separándose á un lado dijo con calma:

—Hasta ahora he sido un viejo loco. Id, señoritas... id...; si encontrais á la señora Agustina dentro de casa.... os permito que permanezcais á su lado.

Sorprendidas por el tono de seguridad con que Dagoberto habia pronunciado estas palabras, quedaron inmóviles y suspensas las dos jóvenes.

—Si no está aqui nuestra aya.... ¿en donde está? preguntó Rosa.

—¿Y creeis que yo os lo he de decir, en el estado de agitacion en que os encuentro?

—¡Ha muerto!... esclamó Rosa, poniéndose pálida.

—No: no. Tranquilizaos, contestó con viveza el soldado. No... Os juro por vuestro padre que no..... Sino que al primer síntoma que ella ha sentido del mal, ha pedido que se la trasladara fuera de casa temiendo que contagiara á los que habitan en ella.

—¡Qué muger tan buena!... esclamó Rosa con acento de ternura..... ¿Y no quiéres tú?...

—No, yo no quiero que salgáis de aquí, y no saldréis aunque para conseguirlo tuviera que encerraros en este cuarto, esclamó el soldado dando una patada de cólera. Y acordandose luego de que la desgraciada indiscrecion del criado habia dado márgen á este desagradable incidente, añadió con una violenta irritacion.

—¡Oh! tengo que romper mi baston en las costillas de ese pícaro...

Y al decir esto se volvió hácia la puerta en donde estaba todavía Rodin silencioso y atento, disimulando con su habitual impasibilidad las funestas esperanzas que acaba de concebir.

Las dos jóvenes convencidas de la marcha de su aya y de que Dagoberto no les diria á donde habia sido trasladada, se quedaron tristes y pensativas.

Al ver al sacerdote de quien por un momento se habia olvidado, sintió Dagoberto aumentársele la cólera, y con un tono brusco le dijo:

—¿Todavía estáis aquí?

—Permitidme que os haga presente, mi querido señor, dijo Rodin con toda la espresion del jovial afecto que sabia tomar cuando le era necesaria, que como estabais delante de la puerta, no me permitiais salir.

—¡Bueno!..... Pues ahora nada os lo impide... con que así, desfilad...

—Yo me apresuraré á... *desfilar*... señor mio, á pesar de que me parece que tengo derecho para admirarme del recibimiento que me haceis.

—No se trata de recibimiento sino de marchar. Idos cuanto antes.

—Habia venido para hablaros...

—No es ahora ocasion de hablar...

—Se trata de negocios muy graves.

—Yo no tengo ningun negocio mas grave que el de permanecer aquí al lado de estas niñas...

—¡En hora buena! dijo Rodin pisando ya el dintel de la puerta; no os importunaré por mas tiempo. Perdonad mi indiscrecion... Os traía noticias... muy buenas noticias del mariscal Simon... Venia á...

—¡Noticias de mi padre! esclamó con viveza Rosa acercándose á Rodin.

—¡Oh! ¡hablad, hablad! añadió Blanca.

—¿Tenéis noticias del mariscal? ¿Vos?... dijo Dagoberto lanzando una mirada de desconfianza á Rodin. ¿Y que noticias son esas?

Pero Rodin sin contestar desde luego á esta pregunta se volvió desde la puerta, entró otra vez en el salon, y contemplando á su vez á Rosa y á Blanca con aire admirado, dijo:

—¡Qué felicidad siento al venir otra vez á traer algun motivo de alegría á estas queridas señoritas! ¡Hélas aquí como yo las dejé! ¡Siempre tan graciosas y tan encantadoras aunque menos tristes que aquel dia en que yo fuí á buscarlas al convento en donde las tenian prisioneras!... ¡Con cuánta satisfaccion las ví yo entonces lanzarse en los brazos de su glorioso padre!

—Este es su sitio; y el vuestro no es aquí... dijo rudamente Dagoberto teniendo abierta la hoja de la puerta detrás de Rodin.

—Confesad al menos que estaba en mi sitio en casa del doctor Baleinier... dijo el jesuita mirando al soldado con aire malicioso. Ya os acordaréis de aquella casa de curacion..... aquel dia en que os devolví

esa cruz imperial que tanto echabais de menos... aquel dia en que la buena señorita de Cardoville diciéndoos que yo era su libertador os impidió que me apretaseis el pescuezo un poco mas... mi querido señor... ¡Ah! pasó, señoritas, lo mismo que tengo el honor de deciroslo, añadió Rodin sonriéndose. Este valiente soldado comenzó por querer ahogarme, porque, y sea dicho sin ánimo de ofenderle, á pesar de su edad tiene una mano de hierro... Y me parece que los prusianos y los cosacos deben saberlo todavia mejor que yo...

Estas pocas palabras recordaron á Dagoberto y á las jóvenes los servicios que Rodin les habia hecho real y verdaderamente. Y aunque el mariscal habia oido hablar de Rodin á la señorita de Cardoville como de un hombre en estremo peligroso y de quien ella habia sido juguete, el padre de Rosa y Blanca atormentado constantemente no habia participado esta circunstancia á Dagoberto; pero este, instruido por la esperiencia, y á pesar de todas las apariencias favorables al jesuita, sentia una invencible antipatía respecto á él, y así fué que le contestó bruscamente:

—Aqui no se trata de saber si yo tengo la mano fuerte ó no; pero....

—Si yo he aludido á esta inocente prontitud de vuestro carácter, mi querido señor, dijo Rodin con tono meloso interrumpiendo á Dagoberto y acercándose cada vez mas á las dos hermanas por medio de una especie de circunvolucion de reptil que le era propia; si yo he hecho alusion, ha sido acordándome involuntariamente de los insignificantes servicios que he tenido la fortuna de poder prestaros.

Dagoberto miró fijamente á Rodin que al momento dejó caer sus débiles párpados sobre sus amarillentas mejillas.

—En cuanto á lo primero, dijo el soldado despues de un momento de silencio, el hombre que tiene un corazon generoso no habla nunca de los servicios que ha prestado.... y vos los habeis repetido nada menos que tres veces.

—Señor Dagoberto, dijo Rosa en voz baja, ¿y si trae noticias de mi padre...?

El soldado hizo una señal con la mano como para rogar á la jóven que le dejase continuar; y luego sin separar sus ojos de Rodin añadió:

—Vos sois ladino..... pero yo no soy recluta...

—¡Yo ladino! dijo Rodin con aire compungido.

—Y mucho..... ¿Se os figura que me vais á engatusar con esas bellas frases...? Pues amigo.... no cuelan.... Escuchadme con atencion: alguno de vuestra banda de ropa negra me habia robado la cruz... vos me la restituisteis. Corriente... uno de vuestra banda habia robado á estas niñas... vos fuisteis á buscarlas. Corriente..... vos habeis denunciado al renegado Aigrigny... es verdad... pero todo esto no prueba mas que dos cosas: la primera es que vos habeis sido suficientemente malvado para llegar á ser cómplice de esos bribones; y la segunda que habeis sido suficientemente malvado para delatarlos.... Las dos son cosas demasiado innobles.... Yo sospecho de vos.... Conque ¡ea! desfilad, desfilad pronto de aqui... Vuestra presencia no es sana para estas niñas.

—¡Pero mi querido señor...!

—No hay pero que valga, replicó Dagoberto interrumpiendo á Rodin con voz irritada: cuando un hombre de vuestra calaña hace algun bien, es sin duda para ocultar algun mal que proyecta... Es preciso desconfiarse de él... y yo desconfio de vos.

—Yo concibo... contestó Rodin con frialdad ocultando el disgusto que sentia porque habia creido alucinar fácilmente al solda-

do. No siempre es uno dueño... sin embargo... si reflexionaseis... ¿Qué interes puedo yo tener en engañaros...? ¿Y sobre qué os habia de engañar?

—Lo que veo es que teneis algun interes en permanecer aquí contra mi voluntad... cuando os estoy diciendo terminantemente que os marcheis.

—Ya he tenido el honor de deciros cual era el objeto de mi visita, mi querido señor.

—Las noticias del mariscal Simon..... ¿No es verdad?

—Justamente. He tenido el gusto de recibir noticias del señor mariscal; contestó Rodin acercándose mas y mas á las dos jóvenes, como si quisiera ganar el terreno que habia perdido: Sí, mis queridas señoritas, tengo noticias de vuestro glorioso padre.

—Pues en ese caso, veníos inmediatamente conmigo á mi habitacion. Allí me las direis.

—¡Y qué!.... ¿Tendríais la crueldad de privar á estas queridas señoritas... de oir... las noticias que...

—¡Voto á...! esclamó Dagoberto con voz de trueno. ¿No conoceis que me repugna arrojar por la puerta á un hombre de vuestra edad....? ¿Acabaremos alguna vez?

—Vamos, vamos; dijo Rodin con dulzura. No os incomodeis contra un pobre viejo como yo....; eso no merece la pena; tengo que contaros.... y vos os arrepentireis de no haberme dejado hablar delante de estas queridas señoritas.... y eso servirá de castigo á vuestra terquedad.

Y despues de decir esto Rodin y de haber hecho un nuevo saludo ocultando sagazmente la cólera y el despecho que sentia, pasó por delante de Dagoberto que estaba junto á la puerta é hizo una seña como de inteligencia á las dos hermanas que quedaron solas.

. . . .

—Dagoberto, ¿qué noticias hay de nuestro padre? preguntó Rosa con viveza viendo entrar al soldado como un cuarto de hora despues de haber salido acompañando á Rodin.

—¡Qué.....! ese viejo brujo sabe en efecto que el mariscal ha marchado..... que se ha marchado contento, y segun me ha dicho, tambien conoce al señor Roberto. ¿Cómo será que él está enterado de todo eso? No lo sé, añadió el soldado con aire pensativo. Pero esta es una razon mas para que yo me desconfie de él.

—¿Y cuales son las noticias de nuestro padre? preguntó Rosa.

—Un amigo de ese viejo miserable (porque yo estoy firmemente convencido de que no es otra cosa) conoce á vuestro padre, lo ha encontrado á veinte y cinco leguas de aqui; y sabiendo el mariscal que volvia á Paris, le ha encargado que os diga ó que envie á deciros que iba bueno, y que esperaba volver á veros muy pronto....

—¡Ah, qué dicha! esclamó Rosa.

—Ya lo ves. No hacias bien en sospechar tan mal de ese pobre anciano, Dagoberto, añadió Blanca. Lo has tratado con demasiada dureza.

—Puede que sea asi.... pero lo que es yo, no me arrepiento de ello....

—¿Pues porqué?

—Yo tengo mis razones..... y una de las principales es, que desde que le ví entrar y mirar y girar á vuestro alrededor, sentí un frio tan desagradable que me penetró hasta la médula de los huesos....; y sin saber por que, os aseguro que no hubiera temblado tanto aunque hubiera visto circular al rededor de vosotras una culebra.... Yo ya sé que delante de mi no puede haceros ningun mal: pero, hijas mias, ¿qué quereis que os diga? Apesar de todos los servicios que real y

verdaderamente nos ha hecho, he tenido que contenerme mucho para no arrojarle por la ventana..... esta manera de probarle mi agradecimiento no hubiera sido muy natural.... y yo llevo la máesima de desconfiar siempre de las personas que inspiran semejantes ideas.

—Mi buen Dagoberto, el efecto que nos profesas es lo que hace que seas tan suspicaz, dijo Rosa con tono de caricia. Eso prueba lo mucho que nos amas.

—¡Cómo quieres á tus niñas! añadió Blanca acercándose á Dagoberto y dirigiendo á su hermana una mirada como de inteligencia, y como si las dos trataran de realizar algun complot formado durante la ausencia del soldado...

Este que se hallaba en uno de los dias en que se habia sentido mas predispuesto para la desconfianza, miró alternativamente á las huérfanas, y luego meneando la cabeza dijo:

—¡Vaya! ¡vaya!... Muchos halagos me haceis..... Algo teneis que pedirme....

—Si..... es verdad..... Ya sabes que nosotras no mentimos nunca...... dijo Rosa.

—Vamos, Dagoberto.... es necesario que seas justo.... No queremos mas, añadió Blanca.

Y acercándose las dos hermanas al soldado que permanecia en pié, apoyó cada una sus dos manos en uno de los hombros de aquel y le miraron ambas souriendose con una espresion seductora.

—Vamos.... hablad.... veamos lo que es, dijo Dagoberto mirándolas alternativamente. Ya me figuro que se tratará de alguna cosa dificil, y que tendré que mantenerme firme... ¡Apostaria!...

—Mira.... tú que eres tan valiente, tan bueno, tan justo que algunas veces nos has alabado porque nos hemos mostrado animosas como deben serlo las hijas de un soldado....

—Al grano.... al grano.... dijo Dagoberto que comenzaba á inquietarse por aquellas precauciones oratorias.

Iba ya á continuar hablando la jóven, cuando sonaron dos golpecitos en la puerta como en actitud de llamar. (La leccion que Dagoberto habia dado al criado habia sido de un saludable ejemplo. Lo habia despedido inmediatamente de la casa.)

—¿Quien llama? preguntó Dagoberto.

—Soy yo: Justino, señor Dagoberto, contestó una voz desde fuera.

—Pues entrad.

Inmediatamente un criado de la casa, hombre honrado y fiel apareció abriendo la puerta.

—¿Qué hay? le dijo el soldado.

—Señor Dagoberto, contestó Justino, á la puerta y en un carruage hay una señora que ha enviado á su lacayo á preguntar si podia hablar al señor duque ó á las señoritas. Se le ha contestado que el señor duque no estaba, pero que las señoritas sí; y al saber esta noticia ha solicitado verlas... diciendo que era con objeto de una limosna.

—¿Y habeis visto vos á esa señora?... ¿Ha dado su nombre?

—No, señor Dagoberto, no lo ha dicho... pero tiene trazas de ser una señora muy elevada.... Trae un coche magnífico.... Los criados están vestidos de rica librea...

—Si esa señora viene á obtener alguna limosna, dijo Rosa á Dagoberto, será sin duda para los pobres..... Ya veis que le han dicho que nosotras estamos en casa... y ya no podemos menos de recibirla... Me parece....

—¿Qué te parece á tí, Dagoberto?

—¡Una señora!... Que suba enhorabuena..... Esto ya no es lo mismo que ese pícaro viejo hechicero que acaba de marcharse, dijo el soldado. Y ademas yo no me he de separar de vuestro lado.

Y luego volviéndose á Justino, añadió:

—Haced subir á esa señora.

El criado salió de la sala.

—Con que, Dagoberto... ¿tambien desconfias de esa señora á quien no conoces?

—Atended, hijas mias.... Yo no tenia motivo ninguno para desconfiar de mi buena y honrada muger. ¿No es verdad? Pero sin embargo, esta confianza no pudo impedir que vosotras os viérais entregadas á las manos de esas ropas negras... Y esto sucedió..... sin que ella quisiera haceros ningun mal... y solamente por obedecer al bribon de su confesor.

—¡Pobre muger!... Tienes razon... Y ella nos queria tanto, dijo Rosa poniéndose pensativa.

—¿Cuando has tenido noticias de ella? preguntó Blanca.

—Antes de ayer. He sabido que está mucho mejor, porque el aire sano del pueblecito en donde está de párroco Gabriel le es muy saludable; y se ha quedado en la casa parroquial aguardándole.....

En este momento se abrieron de pronto las hojas de la puerta del salon, y entró la princesa de Saint-Dizier despues de haber hecho una respetuosa reverencia, trayendo en la mano una de esas bolsas de terciopelo encarnado destinadas en las iglesias para recoger las cuestaciones.

CAPITULO IV.

LA LIMOSNA.

Ya hemos dicho que la princesa de Saint-Dizier sabia tomar cuando le convenia el esterior mas halagüeño y la máscara mas afectuosa, porque habiendo conservado los recuerdos de los modales galantes de su juventud, los empleaba oportunamente para poner en juego siempre que le era necesaria una coqueteria negligente y en estremo insinuante, que empleaba ahora para el buen éxito de sus intrigas devotas, como antes la habia empleado para sus intrigas amorosas. El aire elegante y de gran señora; templado y dulcificado por tal cual rasgo de afectuosa y sencilla naturalidad, con cuyo ausilio representaba perfectamente el papel de una *buena señora*, venia á dar mayor realce á todas aquellas apariencias seductoras.

Tal era la princesa cuando apareció á las hijas del mariscal Simon y á Dagoberto. Traia perfectamente ajustado su traje de moaré oscuro que disimulaba algun tanto la demasiada gordura de su talle, y una capota de terciopelo negro, por debajo de la cual salian numerosos rizos de cabellos rubios, servia de adorno á su rostro lleno, con tres barbillas formadas por la gordura, no del todo maltratado por los años todavía, brillando en sus ojos una mirada afectuosa y espresiva y en los labios una sonrisa graciosa que dejaba ver sus blanquísimos dientes, y daba á la fisonomía una espresion de amabilidad y de benevolencia.

Dagoberto á pesar de todo su mal humor, y Rosa y Blanca á pesar de su natural timidez, sintieron apoderarse de ellos una prevencion favorable á la señora de Saint Dizier. Esta se adelantó hácia las dos jóvenes, y despues de haber hecho un saludo elegante, preguntó con voz penetrante y cariñosa:

—¿Son las señoritas de Ligny á quien tengo el honor de hablar?

Rosa y Blanca poco acostumbradas á que las diesen el título honorífico de su padre, se ruborizaron algun tanto y se miraron recíprocamente con cierta turbacion.

Dagoberto queriendo acudir en su ausilio, dijo entonces á la princesa:

—Sí, señora. Estas señoritas son las hijas del mariscal Simon..... Y no se las llama generalmente mas que con el nombre de las señoritas Simon.

—No me admiro, contestó la princesa, de que la mas amable modestia sea una de las cualidades naturales de las hijas del mariscal; y yo espero que dispensarán de que las haya llamado con el honorífico nombre que renueva la memoria inmortal de una de las victorias mas brillantes de su padre.

Al oir tan lisongeras palabras arrojaron Rosa y Blanca una mirada de gratitud á la señora de Saint-Dizier, mientras que Dagoberto orgulloso y envanecido por el elogio dirigido á la vez al mariscal y á sus hijas, sintió aumentarse la confianza que desde luego habia concebido por la princesa.

Esta continuó luego diciendo con tono afectuoso y de convencimiento:

—Señoritas, yo he venido á vuestra casa llena de confianza en los ejemplos de noble generosidad que os ha dado el señor mariscal, á implorar vuestra caridad en favor de las víctimas del cólera. Yo soy una de las señoras encargadas de una empresa de socorros, por la cual serán acogidos con un vivo reconocimiento vuestros dones, cualquiera que ellos sean...

—Señora, nosotras somos quienes debemos daros las gracias por haberos acordado de nosotras para tan buena obra, dijo Blanca con mucha gracia.

—Permitidme, señora, añadió Rosa, que me separe un momento para ir á traeros todo lo que de nosotras podemos disponer...

Y habiendo dirigido una mirada á su hermana, salió del salon y entró en la pieza de dormir que estaba inmediata.

—Señora, dijo respetuosamente Dagoberto mas seducido cada vez por las palabras y los modales de la princesa, tened la bondad de sentaros en tanto que Rosa vuelve á traeros su limosna...

Y en seguida añadió con viveza despues de haber presentado una silla á la princesa que se sentó:

—Perdonad, señora, si he dicho sencillamente: Rosa... hablando de una de las hijas del mariscal Simon... pero yo las he visto nacer...

—Y ademas, despues de nuestro padre no tenemos un amigo mejor, ni mas tierno que Dagoberto, añadió Blanca dirigiéndose á la princesa.

—Lo creo, señorita, contestó la devota, porque tanto vos como vuestra encantadora hermana me pareceis muy dignas de esa amistad y de ese cariño... cariño, añadió la princesa volviéndose hácia Dagoberto que honra tanto á las que lo inspiran como al que lo profesa...

—A fé mia, señora, dijo Dagoberto, que yo me honro y me envanezco en profesarlo... pero ya está aquí Rosa con su bolsillo.

En efecto, la jóven salia de su habitacion de dormir, trayendo en la mano una bolsa de seda verde bastante llena, la cual entregó á la princesa que habia vuelto ya dos ó tres veces la cabeza hácia la puerta con una secreta impaciencia como si estuviera aguardando por momentos la venida de alguna persona que no llegara. Pero este movimiento no habia sido notado por Dagoberto.

—Nosotras quisiéramos, señora, dijo Rosa á la princesa, ofreceros mas cantidad... pero aquí teneis todo lo que poseemos.

—¡Cómo!... ¡oro tambien! dijo la devota viendo brillar este metal por entre las mallas del bolsillo; señoritas, vuestra *modesta* ofrenda es de una escesiva generosidad.

Y luego mirando con ternura á las dos jóvenes, añadió: Sin duda estaria destinada esta suma para vuestros placeres y para vuestros adornos de tocador... Esta dádiva es digna del mayor aprecio... ¡Ah! no habia calculado yo mal la generosidad de vuestros corazones!... ¡Imponeros vo-

sotras mismas estas privaciones tan penosas por lo comun para personas de vuestra edad!...

—Señora, dijo Rosa algo turbada, creed que esta ofrenda que hacemos no es ninguna privacion para nosotras.

—¡Oh! lo creo, replicó afectuosamente la princesa, sois demasiado bellas para necesitar esos superfluos adornos de tocador... y vuestra alma es demasiado hermosa para no preferir los goces de la caridad á todos los demas placeres...

—¡Señora!...

—Vamos, señoritas, dijo la señora de Saint-Dizier sonriéndose y tomando un tono de graciosa afabilidad; no os turbeis con mis alabanzas. Ya veis que á mi edad no es muy comun el adular... Yo os hablo como una madre... ¿Qué digo, como una madre? como una abuela..... porque yo tengo suficiente edad para poderlo ser.

—Nosotras nos daremos por muy satisfechas si nuestra limosna puede aliviar en algo á algunos de esos desgraciados para quienes la recojeis, dijo Rosa; porque esos padecimientos deben ser muy terribles sin duda.

—Sí, muy terribles, contestó tristemente la devota; pero lo que consuela un poco á esos desgraciados es ver el interés y la compasion que inspiran en todas las clases de la sociedad... Yo por mi comision de recoger las limosnas, me hallo en disposicion de apreciar mejor que nadie la nobleza de tantos sentimientos generosos que, por decirlo así, tienen tambien su contagio... porque...

—¿Lo oís, señoritas? esclamó Dagoberto con aire triunfante, interrumpiendo á la princesa á fin de interpretar las palabras de esta en un sentido favorable á la oposicion que habia hecho al deseo manifestado por las huérfanas, de ir á visitar á su aya enferma. ¿Ois lo que dice esta señora? En ciertos casos los sentimientos generosos llegan á ser una especie de contagio..... no hay cosa peor que el contagio... y...

El soldado no pudo concluir el período, porque en aquel momento entró un criado á decirle que le estaban aguardando para hablarle con urgencia.

La princesa ocultó perfectamente la alegría interior que sentia por este incidente, que no era inesperado para ella, y que alejaba momentaneamente á Dagoberto del lado de las dos jóvenes.

Dagoberto algun tanto disgustado por verse obligado á salir, se levantó y dijo á la princesa mirándola con cierto aire de inteligencia:

—Señora, os doy las gracias por vuestros buenos consejos relativos al contagio: y os suplico que antes de marcharos digais algunas palabras sobre eso mismo á estas dos niñas. En ello hareis un gran servicio á ellas mismas, á su padre y á mí.... Señora, vuelvo al instante, porque es justo que os dé otra vez las gracias.

Y en seguida pasando por el lado de las dos hermanas, las dijo Dagoberto en voz baja.

—Escuchad con atencion á esta buena señora, hijas mias... Es lo mejor que podeis hacer, y salió saludando respetuosamente á la princesa.

Cuando se marchó Dagoberto, la devota con una voz tranquila y un tono al parecer completamente desinteresado á pesar de que interiormente ardiera en el deseo de aprovechar la momentanea ausencia del soldado para ejecutar las instrucciones que acababa de recibir de Rodin, dijo á las dos hermanas.

—No he comprendido bien las últimas palabras de vuestro anciano amigo... ó por mejor decir, yo creo que él ha interpretado mal las mias... Cuando hace un instante os hablaba yo del generoso contagio que tienen los sentimientos generosos, es-

taba muy lejos de condenar esa generosidad por la que yo siento la mas profunda admiracion.

—¡Oh! teneis razon, señora, dijo con viveza Rosa. Y asi ha sido como nosotras hemos comprendido vuestras espresiones.

—¡Y si supiérais, señora, cuan oportunamente vienen esas espresiones para nosotras! añadió Blanca mirando á su hermana con aire de inteligencia.

—Ya estaba yo segura de que unos corazones como los vuestros me habian de comprender perfectamente, replicó la devota. La generosidad y los buenos sentimientos tienen sin duda tambien su contagio.... ¡Si supiérais cuantos rasgos adorables de filantropia presencio yo cada dia, y cuantos actos de valor me han conmovido de entusiasmo! Si, si, ¡bendito y glorificado sea el Señor! añadió la princesa con aire compungido. Todas las condiciones, todas las clases de la sociedad rivalizan en celo y en caridad cristiana. ¡Ah! ¡si viéseis en esos hospitales provisionales establecidos para tributar los primeros socorros á las personas acometidas por el mal, ¡qué emulacion se ve en asistirlas! Pobres y ricos, jóvenes y ancianos, mugeres de todas edades se apresuran á venir á socorrer á los enfermos, y miran como un favor señalado el ser admitidas al caritativo honor de cuidar..... de animar y consolar á tantos infelices.

—Y son sin duda personas estrañas á quienes esas gentes animosas manifiestan tan vivo interés! esclamó Rosa dirigiéndose á su hermana con tono de profunda admiracion.

—Asi es, replicó la devota. Escuchad. Ayer mismo me he visto conmovida hasta el estremo de saltárseme las lágrimas. Visitaba yo uno de esos hospitales provisionales, establecido justamente á muy corta distancia de esta casa..... á pocos pasos de aqui, y me hallaba en una sala casi enteramente llena de mugeres desgraciadas, pertenecientes á las clases del pueblo, cuando de repente vi entrar á una amiga mia acompañada de sus dos hijas jóvenes, encantadoras y caritativas como vosotras; y las tres, la madre y las dos hijas se pusieron como humildes siervas del Señor á las órdenes de los médicos para cuidar á aquellos desgraciados enfermos.

Las dos hermanas se dirigieron una mirada imposible de definir al oir estas palabras de la princesa, palabras perfidamente calculadas para exaltar hasta el heroismo las generosas inclinaciones de las jóvenes, porque Rodin no habia olvidado la sensacion profunda que les habia causado el saber la enfermedad repentina de su aya. La comprension rápida y penetrante del jesuita habia sacado inmediatamente partido de este incidente y habia impelido á la princesa de Saint-Dizier á obrar en consecuencia de este descubrimiento.

La devota fijando una mirada atenta en las dos huérfanas para juzgar mejor el efecto de sus palabras, continuó diciendo:

—Facilmente conocèreis que los ministros del señor son los que figuran en primer término en el cumplimiento de esta mision de caridad. Esta misma mañana en ese mismo establecimiento de que acabo de hablaros tan inmediato á vuestra casa, me he visto agradablemente admirada, asi como otras muchas personas al ver á un sacerdote jóven.... ¡qué digo! á un ángel... que parecia descendido del cielo para traer á todas aquellas desgraciadas criaturas los inefables consuelos de la religion.... ¡Oh! si, este sacerdote jóven es un ser angelical..... Estoy segura de que si hubiérais visto como yo en aquellas tristes circunstancias al sacerdote Gabriel....

—¡El sacerdote Gabriel!... esclamaron

las jóvenes mirándose mútuamente con una espresion de sorpresa y de alegria.

—¡Qué!... ¿Le conoceis? preguntó la princesa aparentando tambien alguna sorpresa.

—¡Qué si le conocemos!... Señora, él nos ha salvado la vida.....

—En un naufragio en que indudablemente hubiéramos perecido sin su socorro.....

—¿El sacerdote Gabriel os ha salvado la vida? dijo la princesa de Saint-Dizier aparentando mayor sorpresa cada vez. ¡Cómo no sea que os equivoqueis!...

—¡Oh! no, no señora. Puesto que hablais de animosa abnegacion y de sentimientos generosos..... debe ser él.....

—Ademas, añadió Rosa con la mayor ingenuidad, Gabriel es fácil de ser reconocido... Es hermoso como un arcangel...

—Tiene los cabellos largos y rubios, añadió Blanca.

—Los ojos azules y tan dulces y tan hermosos que no se le puede mirar sin enternecimiento, añadió Rosa.

—Ya no cabe duda..... Es él, replicó la princesa, y en seguida añadió: ahora veo que comprendereis perfectamente la adoracion que se le muestra y el increible ardor de caridad que á todos inspira su ejemplo.... ¡Ah! si le hubiérais oido esta mañana con que tierna admiracion hablaba de esas mugeres generosas que tenian el noble valor, decia él, de venir á cuidar y á consolar á otras mugeres, sus hermanas, en este asilo de dolores. ¡Ay! lo confieso, el Señor nos manda que seamos humildes y modestas..... y sin embargo, lo confieso, al oir esta mañana al sacerdote Gabriel no podia librarme de una especie de orgullo..... Sí: aunque á pesar mio, yo tomaba una pequeña parte de las alabanzas que tributaba á esas mugeres, que segun sus espresivas palabras, parecia que encontraban una hermana querida en cada una de las pobres enfermas á cuyo lado se arrodillaban para prodigarla todos sus cuidados.

—¿Lo oyes, hermana mia? dijo Blanca á Rosa con exaltacion. ¡Qué orgullo debe dar merecer semejantes alabanzas!

—Sí, sí, esclamó la princesa en un arrebato calculado, esas alabanzas deben causar orgullo porque se tributaban á nombre de la humanidad, á nombre del Señor..... Cualquiera al oirle hubiera creido que Dios era quien hablaba por su boca inspirada.

—Señora, esclamó Rosa, cuyo corazon latia violentamente de entusiasmo al oir las palabras de la devota, nosotras no tenemos ya madre, nuestra padre está ausente... vos teneis un alma tan generosa, un corazon tan noble que á nadie podriamos dirigirnos mejor que á vos para pedir un consejo.....

—¿Qué consejo, hija? dijo la señora de Saint-Dizier, con una voz insinuante; sí, hija mia, permitidme que os dé este nombre mas proporcionado á vuestra edad respecto á la mia.....

—Nos será muy dulce recibir de vos este nombre, señora, replicó Blanca, y luego añadió: Nosotras teniamos un aya que nos ha manifestado constantemente el afecto mas tierno. Esta aya ha sido acometida del cólera en la noche última...

—Dios mio, esclamó la devota fingiendo el mas vivo interés. ¿Y cómo está?

—¡Ay señora! lo ignoramos.

—¡Cómo! ¿No la habeis visto todavia?

—Señora, no nos acuseis de indiferencia ó de ingratitud, dijo Blanca con tristeza. No es culpa nuestra si nosotras no hemos ido ya á verla y á cuidarla.

—¿Pues quién os lo impide?

—Dagoberto..... nuestro anciano amigo, á quien acabais de ver aqui hace un momento.

—¡Él!... y ¿por qué se opone á que cumplais con un deber de gratitud?

—¿No es verdad, señora, que nuestro deber era ir á estar al lado de nuestra aya?

La señora de Saint-Dizier miró alternativamente á las dos jóvenes, como si se hallara en el colmo de la admiracion, y luego dijo:

—¡Me preguntais que si es ese vuestro deber! ¡Vosotras!... Vosotras cuyas almas son tan generosas, ¿me dirigís esa pregunta?...

—Nuestro primer pensamiento ha sido el de ir corriendo al lado de nuestra aya. Creednos, señora; pero Dagoberto nos ama tanto que teme siempre por nosotras.....

—Y ademas, añadió Rosa; mi padre nos ha confiado á él; y asi es que en su tierna solicitud por nosotras, se exagera á sí mismo el peligro que podriamos correr si fueramos á ver a nuestra aya.

—Los escrúpulos de ese hombre escelente son escusables seguramente, dijo la devota; pero esos temores son, como vos misma decís, exagerados. Hace ya muchos dias que yo no ceso de visitar esos hospitales provisionales; muchas amigas mias hacen lo mismo que yo, y hasta ahora no hemos sentido ni el mas ligero amago del mal... que por otra parte es de advertir que no es contagioso... Esto es una cosa ya completamente demostrada... Con que así, tranquilizaos...

—Haya ó no haya peligro, señora, dijo Rosa, nuestro deber nos llama al lado de nuestra aya.

—Yo así lo creo, hijas mias...... sino, ella os acusaria tal vez de ingratitud, y aun de cobardía: y ademas; añadió la señora de Saint-Dizier con aire beato, no se trata solamente de merecer la estimacion del mundo, sino que es preciso procurar merecer tambien la gracia del Señor... habeis tenido la desgracia de haber perdido á vuestra madre, ¿no es verdad?

—¡Ay! sí, señora.

—Pues bien, hijas mias, aunque es de suponer que ella se halle en el paraiso... entre los justos, porque habrá muerto como buena cristiana... ¿no es verdad? ¿Habrá recibido los sacramentos de nuestra santa madre iglesia? añadió la princesa como haciendo un paréntesis.

—Nosotras hemos vivido en el fondo de la Siberia, en un desierto... señora, contesto tristemente Rosa. Nuestra madre murió del cólera...... en las inmediaciones no habia ningun sacerdote..... para asistirla...

—¡Seria posible! esclamó la princesa con una espresion alarmada. Vuestra pobre madre murió sin que la asistiera ningun ministro del Señor?

—Mi hermana y yo estuvimos velando á su lado antes de que la enterraran, y rogando á Dios por ella..... de la manera que sabíamos rogar, dijo Rosa con los ojos bañados de lágrimas. Y despues Dagoberto al ri i una hoya y allí reposa.

—¡Ah! mis queridas hijas! dijo la devota aparentando un profundo dolor.

—¿Qué teneis, señora? esclamaron las huérfanas asustadas.

—¡Ay! vuestra digna madre á pesar de todas sus virtudes no ha subido todavía al paraiso, que es el lugar destinado á los justos.

—¿Qué decís?

—Desgraciadamente murió sin recibir los sacramentos, de manera que su alma ha quedado vagando entre las almas del purgatorio, esperando en este estado á hora de la clemencia del Señor... Y esta libertad puede apresurarse, gracias á la intercesion de las oraciones que diariamente se pronuncian en las iglesias para rescatar las almas que están padeciendo.

La señora de Saint-Dizier tomó un aire desconsolado y de tan profundo convencimiento al pronunciar estas palabras, y las jóvenes tenian un sentimiento filial tan

arraigado, que su candidez misma las hizo creer los temores que la princesa manifestaba acerca de su madre, y se reconvinieron á sí mismas en medio de su sencillez por haber ignorado hasta entonces la particularidad del purgatorio.

Entonces la devota viendo la espresion de dolorosa tristeza que se reflejaba en los semblantes de las dos jóvenes y que su sagaz hipocresía habia producido el efecto que ella esperaba, dijo.

—No debemos desesperar, hijas mias. Tarde ó temprano el Señor llamará á vuestra madre al santo paraiso. ¿Y no podeis vosotras mismas apresurar el momento de la libertad de esa madre querida?

—¿Nosotras, señora? ¡Oh! Hablad, hablad, porque vuestras palabras nos asustan por nuestra madre.

—¡Pobres niñas! ¡Qué interesantes sois! dijo la princesa, estrechando con ternura las manos de las huérfanas. Tranquilizaos: si, añadió. Podeis hacer mucho por vuestra madre; si, vosotras mejor que nadie podeis obtener del Señor que saque del purgatorio á esa pobre alma, y que la haga subir á su santo paraiso.

—¿Nosotras, señora? ¡Dios mio!.... ¿Y de qué manera?

—Mereciendo las bondades del Señor por una conducta edificante. Asi, por ejemplo, no podeis serle mas agradables de ningun modo que cumpliendo ese acto de generosidad y de reconocimiento para con vuestra aya. Si, estoy segura de que esa muestra de celo enteramente cristiano, como dice el santo sacerdote Gabriel, pesará eficazmente en la balanza del Señor para la libertad de vuestra madre, porque el Señor en su bondad infinita acoge favorablemente muy en particular las oraciones de las hijas que ruegan por su madre, y que para obtener su salvacion ofrecen al cielo nobles y santas acciones.

—¡Ah! No es ya solamente de nuestra aya de quien se trata ahora, esclamó Blanca.

—Ya está aqui Dagoberto, dijo de repente Blanca, escuchando con atencion y oyendo al traves de los tabiques los pasos del soldado que subia por la escalera.

—Pues reponeos.... tranquilizaos, no digais nada á ese escelente hombre.... dijo con viveza la señora de Saint-Dizier, porque se alarmaria demasiado y tal vez pondria obstáculos á vuestra generosa resolucion.

—¿Pero cómo hemos de averiguar en donde está nuestra aya? preguntó Rosa.

—Ya lo sabremos todo... Fiaos en mi, dijo en voz baja la devota. Yo volveré á veros..... y conspiraremos juntas.... Si, conspiraremos para lograr el mas pronto rescate del alma de vuestra pobre madre.

Apenas acabó la devota de pronunciar estas palabras con compasion, entró el soldado con el rostro lleno de satisfaccion, y en medio de su alegria no notó en las dos dos jóvenes la conmocion que no habian podido ocultar por entero en el primer momento.

La princesa queriendo distraer la atencion del soldado le dijo levantándose y dirigiéndose hácia él:

—No he querido despedirme de estas señoritas sin dirigiros antes las justas alabanzas que por sus apreciables cualidades merecen.

—Señora, no me admira lo que decis, porque yo me tengo por muy dichoso en conocerlo asi. ¿Supongo que habreis heho algunas observaciones á estas picaruelas acerca del contagio que suelen llevar los actos de generosidad?

—Podeis estar tranquilo, dijo la devota dirigiendo una mirada de inteligencia á las jóvenes. Les he dicho todo lo que debia decirles. Y nosotras nos entendemos ya.

Estas últimas palabras satisfacieron plenamente á Dagoberto, y la señora de Saint-Dizier despues de haber saludado afectuosamente á las huérfanas volvió á tomar su carruage y fué á encontrar á Rodin que la esperaba á corta distancia de allí, metido en su coche de alquiler para saber el éxito de aquella entrevista.

V.

EL HOSPITAL PROVISIONAL.

Entre el considerable número de hospitales provisionales establecidos en Paris en tiempo del cólera, habia uno en un espacioso piso bajo de una casa de la calle de Mont Blanc, cuyo local habia sido generosamente puesto á disposicion de la autoridad por su propietario. A este asilo se transportaban los enfermos indigentes que atacados repentinamente por el mal, presentaban síntomas alarmantes que no permitian se les trasladase á alguno de los hospitales.

Es necesario conceder un tributo de alabanza á la poblacion parisiense, no solo por los dones voluntarios de toda clase con que acudia á estos establecimientos, sino tambien porque gentes de todas condiciones, personas elevadas, jornaleros, industriales, artistas, se organizaban allí para prestar el servicio de dia y de noche, á fin de poder establecer el debido órden, ejercer una vigilancia activa en estos hospitales provisionales, y ayudar á los médicos ejecutando sus instrucciones respecto á los coléricos.

Mugeres de todas condiciones participaban tambien de este movimiento de generosa fraternidad hácia la desgracia, y á no ser verdad que nada hay mas digno de respeto que las susceptibilidades de la modestia, podríamos citar entre mil ejemplos de la misma naturaleza, á dos jóvenes hermosas de las cuales la una pertenecia á la aristocrácia, y la otra á una familia rica de la clase media, las cuales por espacio de cinco ó seis dias, durante los cuales se hizo sentir con mayor violencia la epidemia, venian todos los dias por la mañana á compartir con las admirables hermanas de la caridad los peligrosos y humildes cuidados que estas prodigaban á los enfermos pobres que llegaban al hospital provisional situado en cierto barrio de Paris.

Estos hechos de caridad fraternal y tantos otros como pasan en nuestros dias, muestran cuan vanas é interesadas son las descaradas pretensiones de ciertos ultramontanos. Si hubiera de darse crédito á sus declaraciones ó á las de sus monges, resultaria que en virtud del quebramiento de todas las afecciones terrestres, ellos solamente son capaces de dar al mundo esos maravillosos ejemplos de abnegacion y de ardiente caridad que hacen el orgullo del género humano. Si se les diera crédito resultaria por ejemplo que no hay en la sociedad nada que pueda compararse con el valor y con la generosidad de sentimientos de un cura que va á administrar á un moribundo los sacramentos: nada mas admirable que el trapense ¡quien lo creyera! obligado por la abnegacion evangélica á labrar y cultivar las tierras propias de su órden... ¿No es esto el bello ideal?... ¿No es esto divino?...

¡Labrar y cultivar la tierra *cuyos productos os pertenecen!* ¡Vive Dios que esto es heróico! ¡Asi es que nosotros nos admiramos sobre manera!

Pero al reconocer lo que hay de bueno en un sacerdote, preguntamos nosotros humildemente: ¿Son monjas, frailes ó curas:

Esos médicos de los pobres que á todas horas del dia y de la noche acuden presurosos al miserable lecho del infortunado que los necesita?

¿Y esos médicos que durante el cólera han arriesgado cien veces su vida con tanto desinteres como intrepidez?

¿Y esos estudiosos, esos jóvenes practicantes que por amor á la ciencia y á la humanidad, han solicitado como una gracia, como un honor, ir á España á desafiar la muerte, cuando la fiebre amarilla diezmaba las poblaciones? ¿Era el celibato el que causaba la fuerza de alma de todos esos hombres? ¿Titubeaban por ventura en sacrificar su vida preocupados por sus placeres, y por los dulces deberes de su familia? No: ninguno de ellos renunciaba por esto á los goces del mundo. La mayor parte tenian mugeres é hijos; y justamente por eso mismo, porque conocian las de la paternidad, se esponian á la muerte por salvar á la muger y á los hijos de sus hermanos; y finalmente, si se arrojaban tan decidida y tan valerosamente á hacer el bien, era porque vivian segun las miras eternas del Criador, que ha hecho al hombre para la familia y no para el estéril aislamiento del cláustro?

¿Son trapenses esos millones de labradores, de proletarios de las aldeas que desmontan y riegan con su sudor tierras *que no son suyas*, y todo esto por un salario miserable é insuficiente para atender á las primeras necesidades de sus hijos?

En fin, (y esto parecerá acaso pueril, pero nos parece incontestable), ¿son monjes ó frailes ó curas esos hombres intrépidos que de noche y de dia se lanzan en medio de las llamas y del fuego, subiendo y atravesando por vigas encendidas, por escombros abrasados para salvar objetos que no les pertenecen, personas que les son desconocidas y que hacen todo esto sencillamente, sin orgullo, sin privilegio, sin ostentacion, sin otra recompensa que el pan de municion que comen, sin otra distincion honorífica que el uniforme de soldado que llevan, y lo que es mas digno de notarse, sin pretender bajo ningun concepto de monopolizar el valor, y sin esperar de llegar á ser algun dia tal vez canonizado y venerado? Y sin embargo de todo esto, creemos que tantos valientes zapadores como han aventurado su vida en veinte incendios, que han arrancado de las llamas á ancianos, á mugeres y á niños, que han preservado del fuego á ciudades enteras, han merecido tanto *por lo menos* de Dios y de la humanidad como *San Policarpo*, *San Fructuoso*, *San Privado*, y tantos otros monges santificados.

No, no, gracias á las doctrinas morales de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las filosofías; gracias á la emancipacion progresiva de la humanidad, las ideas de caridad, los sentimientos generosos y de fraternidad han llegado á ser casi instintos naturales en el hombre, y se desarrollan maravillosamente en su alma cuando se encuentra en la condicion de felicidad relativa para que Dios le ha creado.

No, no: ciertos ultramontanos intrigantes y declamadores no son los únicos que conservan, como ellos quieren hacer creer, la tradicion del afecto mútuo del hombre para el hombre y de la abnegacion de la criatura para con el Criador. No es asi en la teoría ni en la práctica. Marco Aurelio vale tanto como San Juan: Platon como San Agustin: Confucio como San Crisóstomo. Desde la antigüedad hasta nuestros dias *la fraternidad, la amistad*, *el amor*, *la sabiduría*, *la gloria*, *la libertad*, tienen fuera de toda idea ortodoxa un ejército de nombres gloriosos, de mártires admirables, para poder formar un calendario de mártires y de santos. Sí, lo repetimos: nunca las órdenes monásticas, que son las que mas blasonan de su amor á la humanidad, han hecho por medio de sus miembros durante los terribles dias del cólera, mas que lo que han hecho tantos jóvenes libertinos, tantas mugeras coquetas y encantadoras, tantos ar-

tistas paganos, tantos sabios panteistas, tantos médicos materialistas. . . . . .

. . . .

Dos dias despues de la visita hecha por la señora de Saint-Dizier á las huérfanas, y serian las diez de la mañana, cuando las personas que voluntáriamente habian prestado por la noche el servicio al lado de los enfermos en el hospital provisional de la calle de Mont-Blanc, esperaban de un momento á otro que las relevasen otras que voluntariamente tambien debian prestar el servicio por el dia.

—Señoras ¿cómo vamos? dijo uno de los que iban llegando. ¿Ha habido esta noche alguna baja en el número de enfermos?

—Desgraciadamente no ha habido baja ninguna..... Pero los médicos creen que el contágio ha llegado á su mayor grado de intensidad.

—Al menos nos queda la esperanza de verlo disminuirse.

—¿Y entre los que nosotros vamos á reemplazar, no ha habido ningun atacado?

—Hemos venido once ayer..... y hoy no somos mas que nueve.

—Eso es muy triste..... ¿Y han sido atacadas muy repentinamente esas dos personas?

—Una de las víctimas..... que era un jóven como de 25 años, oficial de caballería con licencia, ha sido, por decirlo así, herido de un rayo:.... Ha muerto en menos de un cuarto de hora; y aunque no dejan de ser frecuentes semejantes casos, no ha podido menos de llenarnos de estupor.

—¡Pobre jóven!...

—¡Tenia un lenguage tan á propósito para infundir ánimo y esperanza á todo el mundo!... Con sus consuelos habia conseguido reanimar tanto la parte moral de muchos enfermos, que mas bien que por el cólera mismo estaban enfermos de miedo del cólera, que habian logrado salir en poco tiempo enteramente sanos del hospital.

—¡Qué lástima!... ¡Un jóven tan valiente!... Al fin ha muerto gloriosamente!... Tanto valor se necesita para morir así, como para morir en un campo de batalla.....

—No habia quien pudiera competir con él en celo y en valor sino un sacerdote jóven y de un semblante angelical, llamado Gabriel. Este buen sacerdote es infatigable; apenas se contenta con unas pocas horas de descanso; corre incesantemente de un lado á otro multiplicándose prodigiosamente por decirlo así; no olvida á nadie; los consuelos que da á todos se conoce que salen de lo mas profundo del corazon, y no con palabras vanas y huecas que pronuncia él porque ese sea su oficio, no, no; yo le he visto llorar por la muerte de una pobre muger á quien él habia cerrado los ojos despues de una terrible agonía..... ¡Ojalá se le pareciesen todos los sacerdotes!

—¡Qué digno de veneracion es un buen sacerdote!... ¿Y cuál es la otra víctima que ha habido entre vosotros esta noche?

—¡Oh, la otra muerte ha sido terrible!... Todavía se me figura estar viendo aquel cuadro espantoso.

—¿Algun ataque de cólera fulminante?

—Si ese infeliz no hubiera muerto mas que del contagio, no me veriais tan aterrado con su memoria.

—¿Pues de qué ha muerto?

—Es una historia siniestra..... Hace tres dias trajeron aquí á un hombre que se creia atacado solamente del colera..... probablemente habreis oido hablar de ese personage que es el domador de fieras que ha llamado la atencion de todo París en el teatro de la puerta de San Martin.

—Ya sé de quien habiais..... Un tal Morok que representaba ciertas escenas con una pantera negra domesticada.

—Ese mismo. Yo asistí á una representacion singular, al fin de la cual un estrangero, un indio por una apuesta, segun dijeron, saltó al teatro y mató la pantera.....

—Pues bien, figuráos ahora que en ese Morok..... traido á aqui como atacado del cólera, pues en efecto lo estaba y ofrecia síntomas del contagio, se ha desarrollado repentinamente una enfermedad terrible.

—¿Qué enfermedad?

—La hidrofobia.

—¿Se ha vuelto rabioso?

—Sí... Ha manifestado que en uno de los dias pasados le ha mordido uno de los perros que tiene para guardar sus jaulas de fieras; pero desgraciadamente no ha hecho esta confesion sino despues de haber sufrido un acceso terrible que ha costado la vida al desgraciado á quien echamos de menos.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Morok ocupaba una habitacion con otros tres enfermos; cuando de repente impelido por una especie de furioso delirio se levantó de la cama dando gritos feroces y se arrojó como un loco hácia el corredor... El infeliz cuya falta lamentamos, se presentó delante de él queriendo detenerle. Esta especie de lucha exaltó mas todavía el frenesí de Morok que se arrojó sobre el que se oponia á su paso y le mordió y le acribilló hasta que cayó abatido por convulsiones horribles.

—¡Ah! Teneis razon... Eso es espantoso... ¿Y á pesar de todos los ausilios la víctima de Morok?...

—Ha muerto esta misma noche en medio de atroces sufrimientos, pues la sensacion habia sido tan violenta que no tardó en declararse en él una fiebre cerebral.

—¿Y Morok ha muerto?

—No lo sé... Debia trasladársele ayer á un hospital despues de haberlo amarrado fuertemente durante el abatimiento que sigue siempre á esas crísis violentas; pero en tanto que pueda sacársele de aquí, se le ha encerrado en una de las habitaciones altas de esta casa.

—Con que segun eso ¿es cosa desesperada?

—Regularmente habrá muerto ya..... Los médicos no le daban ni veinticuatro horas de vida.

Los interlocutores de esta escena estaban en una antesala situada en el piso bajo, en la cual se reunian habitualmente las personas que venian á ofrecer su ausilio y su concurso.

Esta pieza pequeña comunicaba por un lado con las salas habilitadas para hospital provisional y por la otra con el vestíbulo cuya ventana caía al patio.

—Mirad, mirad, dijo uno de los interlocutores mirando por la ventana: mirad que dos jóvenes tan encantadoras acaban de apearse de aquel hermoso carruaje. ¡Cómo se parecen una á otra! ¡Cuidado que es una semejanza estraordinaria!

—Son dos gemelas sin duda....¡Pobres niñas! están vestidas de luto... Puede que hayan perdido á su padre ó á su madre.

—Parece que se dirigen hácia aquí.

—Sí, suben la escalinata...

En efecto, no tardaron mucho en entrar Rosa y Blanca en aquella antesala con aire tímido é inquieto, aunque se veía en sus miradas una especie de exaltacion febril y resuelta.

Uno de los personages que había estado conversando, notó la turbacion de las jóvenes, y acercándose á ellas les preguntó con la espresion de una afectuosa cortesanía:

—Señoritas, ¿teniais que mandar alguna cosa?

—¿No está aquí, replicó Rosa, el hospital provisional de la calle de Mont-Blanc?

—Sí señorita.

—Pues nos han dicho que hace dos dias trajeron aquí á una señora llamada Agustina Tremblay. ¿Podríamos verla?

—Señoritas, yo debo manifestaros que no deja de haber algun riesgo... en entrar en esas salas de enfermos.

—Es una amiga muy querida que nosotras debemos ver, contestó Rosa con un tono dulce y firme que manifestaba claramente que despreciaba el peligro.

—Yo no puedo contestaros á lo que me habeis preguntado, señorita, repuso su interlocutor. No puedo deciros si está aquí la persona á quien buscais; pero si queréis tomaros la molestia de pasar á ese cuarto de la mano izquierda, en él encontraréis á la buena Sor Marta que es la encargada de la sala de mugeres, y ella os dará todas las noticias que podais desear.

—Muchas gracias, dijo Blanca haciendo un gracioso saludo, y entrando con su hermana en la habitacion que se les acababa de indicar.

—En verdad que son encantadoras, esclamó el hombre siguiendo con la vista á las dos hermanas que desaparecieron al momento. ¡Lástima seria que!...

No pudo acabar la frase.

Un tumulto espantoso y repentino mezclado con gritos de horror resonó en las piezas inmediatas, y casi en el mismo instante se abrieron violentamente las dos puertas que se comunicaban con esta antesala y se precipitaron en ella muchos enfermos medio desnudos, estenuados, pálidos y con las facciones alteradas por el terror, gritando desaforadamente:

—¡Socorro!.... ¡Socorro!.... ¡El rabioso!

Imposible es pintar la confusion desesperada y furiosa que seguia á las espresiones de estas gentes que se empujaban por la única puerta de la antesala para librarse del peligro que temian: allí se estancaban, luchaban, se derribaban los unos á los otros para abrirse paso por aquella angosta salida.

En el momento en que salia el último de estos desgraciados que salia arrastrándose sobre las manos por haber sido derribado y casi abrumado por la muchedumbre, aparecio Morok..... Morok que era el terror de aquella gente.

Presentábase horrible.... Traia ceñido por los riñones un pedazo de manta: venia desnudo de medio cuerpo arriba asi como tambien traia descubiertas las piernas viéndose en ellas las señales de las ligaduras que acababa de romper: su áspera cabellera amarillenta estaba herizada por encima de la frente; su barba parecia herizarse tambien por la misma horripilacion: sus ojos ensangrentados giraban como estraviados en medio de sus órbitas y brillaban iluminados con un resplandor vidrioso: de cuando en cuando salian de sus labios algunos gritos roncos y gurutales: las venas de sus miembros de hierro se hinchaban como si quisieran estallar: á su boca asomaba una espantosa espuma, y venia dando saltos como una bestia salvaje estendiendo adelante sus dedos huesosos y encrispados.

Cuando Morok iba ya á la salida por donde se habia salvado tantos infelices, llegaron dos personas sanas que habian acudido al ruido y á las voces, y pudieron cerrar por fuera la puerta que se comunicaba con las salas de los demas enfermos.

Morok quedó de esta manera prisionero.

Corrió entonces hácia la ventana, como si quisiera romperla y precipitarse en el patio; pero deteniéndose un momento, de repente retrocedió al mirar los reflejantes cristales de esta ventana, apoderándose de él ese horror invencible que sienten todos los hidrófobos á la vista de

los cuerpos relucientes y muy particularmente de los espejos.

Y no tardaron mucho los enfermos á quienes habia ido persiguiendo, que estaban reunidos en el patio, en verle al través de la ventana hacer esfuerzos furiosos para abrir las puertas que habian cerrado al salir. Pero luego reconociendo la inutilidad de sus tentativas, comenzó á dar gritos salvajes y se puso á dar vueltas por la antesala como una fiera encerrada que busca la salida de su jaula.

Pero de pronto los espectadores de esta escena que tenian pegados sus rostros á los cristales de la ventana dieron un grito terrible de angustia y de espanto.

Acababa de reparar Morok en la pequeña puerta que iba al gabinete, ocupado por sor Marta y en el cual pocos instantes antes habian entrado Rosa y Blanca.

Morok esperaba escaparse por esta pequeña salida, empujó con fuerza la puerta y logró entreabrirla algun tanto apesar de la resistencia que se oponia por la parte interior....

La multitud aterrada, vió desde el patio los brazos de sor Marta y de las dos huérfanas tendidos hácid la puerta, conteniéndola con todo su vigor.

Cuando los enfermeros reunidos en el patio vieron los terribles esfuerzos que Morok hacia para forzar la puerta del cuarto en que estaban encerradas sor Marta y las dos huérfanas se redobló su terror.

—¡Está perdida la hermana! esclamaban con horror.

—¡La puerta va á ceder!

—¡Y ese cuarto no tiene otra salida!

—¡Con sor Marta hay encerradas dos jóvenes vestidas de luto!

—¡No se puede consentir que esas pobres mugeres vengan á ser presa de ese furioso.... Seguidme, amigos mios, dijo generosamente un espectador que estaba sano corriendo hácia la escalera para entrar en la antesala.

—Ya es tarde y os espondreis inútilmente, esclamaron muchos deteniéndole á su pesar.

En este mismo momento se oyeron otras voces que gritaban:

—¡Aquí esta el sacerdote Gabriel!

—¡Ya baja, él, primero!.... Viene al ruido.

—Está preguntando que sucede.

—¿Qué irá á hacer?

En efecto, Gabriel ocupado hasta entonces en ausiliar á una muger moribunda en una sala inmediata acababa de saber que Morok rompiendo las ligaduras habia logrado escaparse por una ventana estrecha de la habitacion en que provisionalmente se le habia encerrado.

Previendo los terribles peligros que podian resultar de la evasion del domador de fieras, el jóven misionero sin consultar mas que su valor, acudió precipitadamente con la esperanza de conjurar semejantes desgracias.

Tras de él y en virtud de sus órdenes, venia un enfermo trayendo en la mano un brasero pequeño lleno de ascuas, en medio del cual se veian algunos hierros puestos á que se enrojecieran, de los cuales solian los médicos servirse en algunos casos desesperados para curar el cólera.

El rostro angelical de Gabriel estaba pálido; pero su frente brillaba con el resplandor de una tranquila intrepidez. Separando á uno y otro lado la gente que se le oponia al paso y atravesando el vestíbulo se dirijió precipitadamente á la antesala. En el mismo momento en que iba á entrar le dijo con voz lamentable uno de los enfermos:

—¡Ah señor sacerdote!.... Todo está ya concluido. Los que están en el patio y que ven por la ventana de la antesala lo que sucede dentro, dicen que sor Marta está ya perdida....

Gabriel sin contestar á esta observacion, puso prontamente su mano en la llave de la puerta; pero antes de penetrar en la habitacion en que estaba Morok, se volvió hácia el enfermero y con voz firme le dijo:

—¿Están bien encendidos los hierros?

—Si señor.

—Pues esperadme aqui... y estad prevenido. Por lo que hace á vosotros, amigos mios, añadió dirigiéndose á algunos enfermos que temblaban de terror, en el momento en que yo entre.... cerrad la puerta por fuera. Yo respondo de todo lo que pueda suceder; y vos, enfermero, no entreis hasta que os llame.

En seguida dió el jóven misionero una vuelta á la llave.

En este mismo momento se oyó un grito de terror, de piedad y de admiracion, arrancado de los pechos de todos los espectadores de esta escena reunidos en derredor de la puerta, los que se alejaron, retrocediendo por un movimiento de involuntario espanto.

Despues de haber levantado los ojos al cielo como para invocar á Dios en este terrible instante, Gabriel empujó la puerta hácia adentro y volvio á cerrarla detras de sí.

Entonces se encontró solo con Morok.

El domador de fieras por un esfuerzo último de furor, habia logrado abrir casi enteramente la puerta que estaban sosteniendo sor Marta y las huérfanas en la mayor agonia y en el mayor terror, dando agudos y desesperados gritos.

Al ruido de los pasos de Gabriel, volvió Morok la cabeza bruscamente.

Al ver al misionero, lejos ya de persistir en entrar en el cuarto que acababa de abrir, se lanzó de un salto contra Gabriel, dando al mismo tiempo un grito semejante á un rugido.

Durante este tiempo, sor Marta y las huérfanas sin saber la causa de aquella retirada repentina de su agresor, y aprovechando este momento de tregua, echaron por dentro un cerrojo y se pusieron de esta manera al abrigo de un nuevo ataque.

Morok con la mirada baja y los dientes convulsivamente apretados se habia dirigido á Gabriel llevando las manos por delante con ánimo de cojerle por el pescuezo. El misionero aguardó con valor y serenidad el choque, y habiendo adivinado con un rápido golpe de vista el intento de su adversario, le agarró por las muñecas en el mismo momento en que este se arrojaba sobre él, y conteniéndole de esta manera, le bajó violentamente los brazos con una mano vigorosa.

Morok y Gabriel permanecieron por espacio de un segundo mudos, inmóviles, con la respiracion agitada y midiéndose mutuamente el uno al otro con los ojos. Luego el misionero apoyándose fuertemente sobre las caderas y echando hácia atrás la parte superior del cuerpo, trató de vencer los esfuerzos del hidrófobo que dando violentas sacudidas procuraba soltarse y arrojarse sobre él con la cabeza inclinada hacia adelante para despedazarle.

De repente pareció que el domador de fieras se desfallecia: sus rodillas temblaron, su cabeza lívida se inclinó sobre el hombro, cerráronsele los ojos.... El misionero creyendo que una debilidad pasagera sucedia al acceso de rabia de aquel miserable, y que iba á caerse, le soltó las muñecas para sostenerle. Sintiéndose libre Morok, gracias á su astucia, se enderezó repentinamente para arrojarse sobre el misionero con nueva furia; sorprendido este por tan brusco ataque, vaciló un momento al sentirse apretar fuertemente por el brazo de hierro del furioso.

Redobló entonces Gabriel su vigor y su

energia luchando cuerpo á cuerpo, y despues de algunos instantes logró hacer vacilar á su adversario, y con un impulso vigoroso lo derribó, agarrándole de nuevo las manos y teniéndole casi inmóvil bajo sus rodillas..... Habiéndole sujetado ya de esta manera, volvió Gabriel la cabeza para llamar gente en su ausilio, y en este momento Morok, por un esfuerzo desesperado, logró incorporarse un poco y cogió entre sus dientes el brazo izquierdo del misionero....

Al sentir esta mordedura aguda, profunda y horrible que atarecéaba sus carnes, no pudo contener el misionero un grito de dolor y de espanto..... Quiso en vano soltar su brazo, porque quedó apretado como en una bigornia, entre las mandíbulas convulsivas de Morok que no soltaba su presa.

Toda esta escena duró menos tiempo que el que ha sido necesario para escribirla, hasta que abriéndose de repente la puerta que daba al vestíbulo entraron por ella muchos hombres que enterados por los aterrados enfermos del peligro que corria el jóven sacerdote, volaron á su socorro á pesar del encargo que él habia dejado de que no entrara nadie hasta que él llamará.

Uno de los que entraron en la antecámara era el enfermero que traia el brasero con los hierros hechos ascuas, al cual dijo Gabriel con voz agitada al verle:

—Pronto, pronto.... amigo, esos hierros.... Gracias á Dios ya lo habia prevenido....

Otro de los que acababan de entrar traia por una afortunada precaucion una manta de lana, y en el momento en que el misionero logró arrancar su brazo de entre los dientes de Morok á quien tenia siempre sujeto, le cubrio a este la cabeza con la manta, quedando de esta manera envuelto y sujeto sin peligro ninguno á pesar de su desesperada resistencia.

Entonces se levantó Gabriel, rasgó la manga de la sotana, y presentando su brazo izquierdo desnudo en donde se veia marcada la mordedura profunda, sangrienta y amoratada, hizo una seña al enfermero para que se acercara, cogió uno de los hierros enrojecidos y con mano firme segura se aplicó por dos veces el hierro hecho ascua á la llaga, verificando esta operacion con una calma tan heróica que llenó de admiracion á todos los que la presenciaron.

Sin embargo, tantas y tan encontradas sensaciones y tan intrepidamente dominadas, causaron bien pronto una reaccion inevitable. La frente de Gabriel se cubrió de gruesas gotas de sudor frio, sus cabellos rubios y largos cayeron lacios por sus sienes, palideció, vaciló, perdió el conocimiento y fué trasladado á una habitacion inmediata para recibir allí los primeros ausilios. . . . .

. . . .

Por una inconcebible casualidad, una de las mentiras de la princesa de Saint-Dizier se convirtió en una verdad. La princesa para obligar mas á las huérfanas á que se trasladáran al hospital provisional, habia creido conveniente decirles que Gabriel estaba allí, lo cual estaba ella muy lejos de creer, pues á haberlo sabido, hubiera procurado evitar un encuentro que podia destruir sus proyectos.

Poco tiempo despues de la terrible escena que hemos referido, entraron Rosa y Blanca acompañadas de Sor Marta en una espaciosa sala de un aspecto singular y siniestro, y á donde se habia transportado un gran número de mugeres atacadas repentinamente por el cólera.

Esta pieza inmensa, cedida generosamente para establecer en ella un hospital provisional, estaba adornada con un lujo escesivo. La sala ocupada por las mugeres enfermas de quienes vamos hablando,

habia servido de salon para recibir: las maderas blancas brillaban con magníficos dorados, los espejos con hermosos marcos llenaban los huecos de las ventanas, al traves de las cuales se descubria el ramage de un risueño jardin, que á las primeras brisas de mayo comenzaba ya á reverdecer.

En medio de este lujo bajo estos artesones dorados y sobre este pavimento de preciosas maderas ricamente incrustadas, se veian simétricamente colocadas en cuatro filas camas de todos géneros y figuras procedentes de donaciones voluntarias, desde el humilde lecho de un gergon, hasta el rico camapé de maderas talladas y finas.

Esta larga sala habia sido dividida en dos en toda su longitud por un tabique provisional de cuatro ó cinco pies de altura, levantado para el objeto de poder establecer cuatro hileras de camas. Pero esta separacion concluia á cierta distancia de las dos estremidades del salon, en cuyos puntos la sala conservaba toda su anchura, estando destinado estos dos espacios estremos en que no habia lechos para que estuvieran allí los enfermeros voluntarios mientras los enfermos no necesitaban de sus cuidados. En una de estas estremidades habia una alta y magnífica chimenea de mármol adornada de bronce dorado, y allí se calentaban diferentes brevages. En fin, como el último rasgo de este cuadro de un aspecto singular se veian alli mugeres que pertenecian á todas las clases de la sociedad, que se encargaban voluntariamente de cuidar á su vez á las enfermas, cuyos sollozos y gemidos eran siempre contestados con palabras de conmiseracion y de esperanza.

Tal era el sitio estraño y lúgubre á la vez en que Rosa y Blanca agarradas de la mano entraron poco tiempo despues de haber desplegado Gabriel un valor tan heróico en su lucha con Morok.

Sor Marta acompañaba á las hijas del mariscal Simon, y despues de haberles dicho algunas palabras en voz baja indicando á cada una de ellas uno de los lados del tabique, se dirigió hácia el otro estremo de la sala para dar algunas órdenes.

Las huérfanas impresionadas fuertemente todavía por el golpe de terrible sensacion que les habia causado el inminente peligro de Gabriel que las habia salvado, estaban estremadamente pálidas; pero sin embargo se descubria en sus ojos una firme resolucion. Se trataba para ellas no ya solamente de cumplir un imperioso deber de gratitud y de mostrarse asi que eran dignas hijas de su valeroso padre, sino tambien de otra cosa de la mayor importancia para ellas, cual era la salud de su madre, cuya felicidad eterna podia depender, segun se les habia dicho, de las pruebas que ellas dieran de sus sentimientos cristianos. No creemos necesario añadir que la princesa de Saint-Dizier siguiendo los consejos de Rodin habia tenido, sin que lo supiera Dagoberto, una segunda entrevista con las dos hermanas y en ella habia exaltado, alucinado y fanàtizado á aquellas pobres almas, tan cándidas, tan sencillas y tan generosas, llevando hasta la mas funesta exageracion todos los sentimientos elevados y animosos.

Habiendo preguntado las huérfanas á sor Marta si habia sido traida á este asilo de socorro en los tres dias últimos su aya la señora Agustina contestó la hermana que no lo sabia..... pero que recorriendo las salas de mugeres podrian fácilmente ver si estaba allí la persona que buscaban. Porque conviene advertir que la abominable devota cómplice de Rodin, que lanzaba de esta manera á las dos jóvenes en medio de un peligro mortal, habia mentido con el mayor descaro, asegurándoles que acababa de saber que su aya ha-

bia sido trasladada á este hospital provisional.

Las hijas del mariscal tanto en su destierro como durante el viage largo y penoso que habian hecho con Dagoberto, se habian visto espuestas á graves y rudas pruebas; pero jamas habian presenciado un espectáculo tan desolador como el que repentinamente se desplegaba ahora á sus ojos...

Aquellas largas filas de lechos en que padecian tantas personas retorciéndose y dando gemidos de dolor, de donde salian tantos ronquidos agonizantes, y en donde tantos otros en medio del ardor y del delirio de la fiebre sollozaban amargamente ó llamaban á gritos á los seres de quienes iba á separarlos la muerte; este espectáculo espantoso hasta para los hombres aguerridos debia casi inevitablemente, segun la execrable espresion de Rodin y de sus cómplices, causar en aquellas jóvenes una impresion fatal que la exaltacion en que se encontraba su corazon tan generoso como irreflexivo podia hacer funesta en estremo.

Ademas habia otra funesta circunstancia que por decirlo asi no se reveló en toda la permanente y profunda amargura de su recuerdo, sino á la cabecera de los primeros lechos que vieron las dos hermanas..... « Del cólera tambien... de esa enfermedad terrible habia muerto mi madre.... »

Figúrense pues nuestros lectores á las dos hermanas entrando en estas largas salas de tan espantoso espectáculo; figúrense nuestros lectores, cuando ya conmovidas por el terror que les habia inspirado Morok, cual seria la situacion de aquellas jóvenes al comenzar sus tristes investigaciones por enmedio de tantas desgraciadas, cuyos dolores, cuya agonía y cuya muerte les recordaba a cada momento los dolores, la agonía y la muerte de su madre.

Esta fué la causa porque al aspecto de aquella sala funesta sintieron Rosa y Blanca debilitarse por un momento su resolucion, viniendo un negro presentimiento á reprocharles su heróica imprudencia. Hacia ya algunos minutos que habian comenzado á sentir los estremecimientos de un frio calenturiento y dolorosas punzadas se avanzaban á sus sienes de cuando en cuando; pero atribuyendo ellas estos síntomas, cuyo grave peligro no conocian, á los efectos del susto que les habia causado Morok, sus sentimientos generosos acabaron por sofocar bien pronto toda clase de temores, se dirigieron recíprocamente una mirada, con la que se reanimaron la una y la otra, y Rosa y Blanca cada una por uno de los lados del tabique divisorio comenzaron su dolorosa investigacion.

Gabriel habia sido trasladado al cuarto ocupado por los médicos que estaban de servicio, y no tardó mucho en recobrar su conocimiento. Gracias á su presencia de ánimo y á su valor su herida cicatrizada tan oportunamente no podia ofrecer consecuencias peligrosas. Asi fué que en cuanto vió que le habian curado la llaga, quiso volver á la sala de las mugeres que era en donde estaba dando á una moribunda los consuelos piadosos, cuando vinieron á decirle las terribles desgracias que podian resultar de la evasion de Morok.

Pocos instantes antes que el misionero entrara en la sala, llegaban Rosa y Blanca casi á un mismo tiempo al fin de sus tristes investigaciones, habiendo recorrido la una la línea de la izquierda del tabique divisorio, mientras la otra registraba la derecha.

No se habian encontrado todavia las dos hermanas.....

Su andar habia ido haciéndose mas vacilante cada vez, y á medida que iban adelantándose se veian obligadas á apoyarse de cuando en cuando en las camas,

por cuya inmediacion pasaban, porque iban faltándoles las fuerzas.

Presas de un vértigo de dolor y de espanto parecia que no obraban ya sino maquinalmente.....

¡Ay! las dos huérfanas acababan de ser atacadas casi á un mismo tiempo por los síntomas terribles del cólera. Por efecto de ese fenómeno fisiológico de que ya hemos hablado, fenómeno frecuente entre los gemelos y que se habia revelado en dos ó tres enfermedades que las jóvenes habian padecido juntas, teniendo en esta ocasion una causa misteriosa que sometia su organizacion á sensaciones y accidentes simultáneos, aparecian las dos hermanas como dos flores de un mismo tallo que nacen, viven y mueren juntas.

Ademas el aspecto de tanto sufrimiento, de tanta agonia como las huérfanas presenciaban al atravesar esta larga sala, habia acelerado el desarrollo de la terrible enfermedad. Rosa y Blanca llevaban marcado en su semblante alterado y casi desconocido, la huella mortífera del contagio cuando cada una de ellas acabaron de recorrer las subdivisiones de la sala en la que habian ido buscando á su aya.

Rosa y Blanca separadas hasta este momento por el tabique divisorio que partia aquel vasto salon, no habian podido verse la una á la otra.. ..; pero cuando al fin llegaron á encontrarse en el estremo opuesto al que habian entrado, se miraron recíproca y fijamente, y entonces pasó una escena desgarradora.

VII.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

Una lívida palidez habia reemplazado al color fresco y sonrosado de Rosa y Blanca: sus grandes ojos azules se habian hundido é iban retirándose cada vez al fondo de sus órbitas, apareciendo mayores todavia: sus labios, en otro tiempo tan encendidos, estaban cubiertos de un color de violeta, y como el color amoratado iba sucediendo por todas partes al transparente carmin, aparecian morados tambien los dedos tan delicados y las finísimas uñas que les servian de remate.....

Cualquiera hubiera dicho al verlas, que toda la púrpura y la rosa de su rostro encantador iba secándose poco á poco á impulso del aliento azulado y glacial de la muerte.....

Cuando las huérfanas se encontraron y se miraron mútuamente desfallecidas ya, y sosteniéndose con mucha dificultad..... lanzaron un grito de espanto que salia del corazon, y una y otra al ver recíprocamente la espantosa alteracion de sus facciones, esclamaron:

—¡Hermana mia!... ¡Tu tambien estás mala!

Y las dos se precipitaron en los brazos la una de la otra deshaciéndose en lágrimas. Despues de un breve silencio se miraron de nuevo.

—¡Dios mio! ¡Qué pálida estás, Rosa!...

—¡Y tú tambien, hermana mia!...

—¿Sientes tu tambien un desasosiego que te hiela?

—Si, yo estoy abrumada.. .. Mi vista se turba.....

—A mí se me arde el pecho.....

—¡Hermana mia!... ¡acaso se acerca la muerte para nosotras!...

—¡Logremos al menos morir juntas!

—¡Y nuestro pobre padre!...

—¡Y Dagoberto!...

—Hermana mia..... nuestro sueño..... era verdad, esclamó repentinamente Rosa casi delirante arrojando de nuevo sus manos al cuello de su hermana. ¡Mira!... ¡mira!... ¡El ángel Gabriel viene á buscarnos!...

En efecto, en este momento entraba Gabriel en el sitio que habia sin camas á cada uno de los lados estremos de la sala:

—¡Dios mio!... ¿Qué es lo que veo?...

¡Las hijas del mariscal Simon! esclamó el jóven sacerdote.

Y lanzándose hácia ellas recibió entre sus brazos á las dos huérfanas que no tenian ya fuerzas para sostenerse, y cuyas cabezas desfallecidas, cuyos ojos moribundos y cuyo aliento trabajoso y comprimido, anunciaban la proximidad de la muerte.

Sor Marta que se hallaba allí cerca, corrió á las voces de Gabriel que la llamaba, y ayudado por esta santa muger, pudo el misionero conducir á las dos huérfanas al lecho que estaba destinado al médico de guardia.

Temiendo que el espectáculo de tan terrible agonía causase alguna funesta impresion á los enfermos inmediatos, corrió Sor Marta una gran cortina y las dos hermanas quedaron separadas por este medio del resto de la sala.

Sus manos se habian apretado con tanta fuerza durante aquel acceso nervioso, que no se pudieron separar sus dedos crispados, y por consiguiente fué necesario suministrarles, estando así unidas, los primeros ausilios..... ausilios impotentes para vencer el mal, pero que al menos calmaron por algunos instantes la violencia atroz de sus dolores, y dejaron ver un débil resplandor en su razon oscurecida y turbada.

En este momento estaba Gabriel en pié al lado de la cabecera de la cama, é inclinada hácia ellas su cabeza, las contemplaba con inesplicable dolor, con el corazon quebrantado, y con el rostro bañado de lágrimas, reflexionaba aterrado en la suerte estraña que le hacia venir á ser testigo de la muerte de estas jóvenes, parientas suyas, que pocos meses ántes habia él arrancado de las garras de la tempestad... A pesar de toda su firmeza de alma, no podia menos el misionero de estremecerse al pensar en la suerte de estas huérfanas, en la muerte de Santiago Renepont y en la sorprendente adquisicion que los jesuitas habian hecho, puesto que despues de haber arrojado á Mr. Hardy en la soledad claustral de Saint Herem, habian logrado hacer de él, estando casi en la agonía, un individuo de la Compañía de Jesus (1). Decíase el misionero

(1) A propósito de *adquisicion* hemos recibido la carta que nos refiere el hecho siguiente. Por prudencia solamente hemos reemplazado los nombres con iniciales:

Señor.

Voy á referiros una adquisicion que los jesuitas acaban de hacer en estos mismos dias (20 de julio de 1845). Por ella conocereis todo lo que alcanza su poder y todo el mal que pueden hacer:

El hijo de M. relogero en la calle de... número... tiene unos 28 años de edad y ocupaba una cátedra de... en el colegio de... Parece que los jesuitas penetraron en su colegio, y que al principio lograron solamente que este jóven abrazara el estado eclesiástico. M... su padre estaba establecido hacia ya treinta y seis años en la calle de... y era uno de los mas apreciables ciudadanos del distrito, habiendo obtenido medallas y cruces dadas en recompensa de su decision y de su valor, habiendo obtenido tambien el grado de oficial de la guardia nacional que le concedieron los votos de sus compañeros; todo lo cual manifiesta claramente el honrado caracter de este hombre de bien, pero por la misma razon de que lo es, carece de fortuna. Padre de una familia numerosa que ha educado liberalmente, contaba con el apoyo de su hijo mayor para sostenerle en su ancianidad y para que ayudara á sus otros hermanos. Este hijo le habia mostrado siempre el mayor afecto, y continuamente decia que con el fruto de sus afanes deseaba *comprar una casa de campo para su padre, á fin de que pudiera reposar de sus largos trabajos, sostener á sus hermanos jóvenes y ser el apoyo y protector de sus hermanas.* Y en efecto, se acercaba a obtener estos resultados, porque ademas de

á sí mismo que cuatro miembros de la familia Renepont... de su familia, habian ido cediendo sucesivamente, atacados por un concurso de funestas circunstancias, y se preguntaba con espanto como una fatalidad tan providencial venia á servir tan afortunadamente á los detestables intereses de los hijos de Ignacio de Loyola... La admiracion del jóven misionero se hubiera cambiado en el horror mas profundo, si hubiera sabido la parte que Rodin y sus cómplices tenian en la muerte de Santiago Renepont, haciendo que Morok escitase las malas inclinaciones de aquel artesano; y el próximo fin de Rosa y Blanca, haciendo á la princesa que exaltara las inspiraciones generosas de las huérfanas hasta un heroismo homicida.

Rosa y Blanca salieado por un momento del doloroso letargo en que habian caido, abrieron un poco sus grandes ojos turbados y casi sin brillo, y fijando las dos una mirada delirante y estatica en el rostro de Gabriel esclamó Rosa con voz desfallecida:

—¡Hermana mia!... ¿Ves el arcángel..... como en nuestro sueño... en Alemania?...

—Sí..... sí..... Y hace tres dias que se nos apareció tambien..... otra vez.....

—Mírale..... viene á buscarnos.....

—¡Ay! ¿Nuestra muerte salvará..... á nuestra madre..... del purgatorio?...

—¡Arcángel!.... ¡Santo arcángel!.... Rogad á Dios por nuestra madre... y por nosotras.....

Hasta entonces Gabriel asombrado de admiracion, de espanto y de dolor, casi sofocado por los sollozos no habia articulado una sola palabra.....; pero al oir estas últimas pronunciadas por las huérfanas, esclamó:

---

los 4000 francos que tenia de renta por la cátedra que desempeñaba, daba repasos en el mismo colegio y podia reunir lo menos unos 10,000 francos cada año; y ademas tal vez algun dia llegaria á entrar en la Sorbona ó en el colegio de Francia..... Tales eran la peticion y los nobles sentimientos de este jóven..... Era una buena presa para los jesuitas, y en efecto acaban de apoderarse de ella. M..... hijo SE HA HECHO JESUITA y sale para Roma á donde lo llama el *general*. A las lágrimas, á la desesperacion de su padre, de sus hermanos y de sus hermanas el nuevo adepto, cuyo corazon, tan generoso antes, se ha secado y endurecido, contesta friamente: EL CIELO LO HA DISPUESTO DE OTRA MANERA. Y cuando esclamaba su digno padre: *¿Pero y los promesas que me has hecho á mi, á tus hermanos y tus hermanas cuando tanto nos amabas, que se han hecho?* EL CIELO LO HA DECRETADO; esta es la única respuesta del nuevo adepto de los jesuitas. Imposible ha sido obtener otra respuesta de este hombre tan bueno, tan espansivo, tan afectuoso antes para con su familia. No hay ya corazon en él, y sale para Roma. El infeliz padre me contaba ayer esta cruel determinacion, y añadia: *Si lo llevάran al cementerio, lloraria su muerte*; *pero ¡saber que está vivo y que no tiene alma desde que ha llegado á ser víctima de esos corruptores infames, eso es peor que la muerte!*

«Recibid, señor etc.

«... abogado del tribunal real de Paris.»

Dejamos á todos los padres y á todas las madres de familia que aprecien en su debido valor esta adquisicion. ¡Y el partido sacerdotal que recibe de Roma su santo y seña, y que dispone de estos terribles medios de accion sobre la juventud, aun fuera de sus seminarios, se atreve á pedir una participacion igual á la de los legos en la libre enseñanza! ¡Y este partido tiene la audacia de admirarse de que los hombres entendidos no quieran concederles mas que un derecho de enseñanza muy limitado y aun éste rodeado prudentemente de las mas escesivas reservas y de la vigilancia mas incesante, mas directa y mas absoluta!

—Queridas hijas mias, ¿por qué habeis de dudar de la salud de vuestra madre?... ¡Ah!... jamas se ha remontado una alma mas pura ni mas santa á las regiones del Criador..... ¡Vuestra madre! Sí: yo sé por mi padre adoptivo sus virtudes y su valor que eran la admiracion de cuantos la conocian..... Sí: creedme... Dios la ha dado su bendicion.....

—¡Ah!... ¿Lo oyes, hermana mia? esclamó; y un relámpago de alegria celestial iluminó los restos lívidos de las dos huérfanas. Nuestra madre ha recibido la bendicion de Dios.

—Sí, sí, repuso Gabriel. Separad de vosotras esas ideas funestas.... pobres niñas..... Animaos.... No morireis... Pensad en vuestro padre.....

—¡Nuestro padre!... dijo Blanca estremeciéndose; y luego añadió con una mezcla de razon y de exaltacion delirante, que hubiera despedazado el alma mas indiferente.—¡Ay!.... cuando vuelva, ya no nos encontrará..... ¡Perdónanos, padre mio!... Nosotras hemos querido hacer como tu alguna obra generosa, viniendo á socorrer á nuestra aya.....

—Y ademas, no creiamos morir tan pronto y tan precipitadamente..... ¡Ayer estábamos todavia tan alegres, y nos teniamos por tan dichosas!...

—¡Oh buen arcángel! apareced en sueños á nuestro padre, como nos habeis aparecido á nosotras, y decidle que al morir..... el último pensamiento de sus hijas..... ha sido para él.....

—Nosotras nos hemos venido sin advertir nada á Dagoberto..... Que no le riña nuestro padre.....

—Santo arcángel, añadió la otra huérfana con voz mas desfallecida cada vez, apareceos tambien á Dagoberto..... para decirle que le pedimos perdon de la pena que va á causarle nuestra muerte.. ..

—Que nuestro buen amigo..... haga de nuestra parte una buena caricia al pobre Quitasolaces, nuestro fiel guardian, añadió Blanca haciendo un esfuerzo para sonreirse.

—Y en fin, esclamó Rosa con voz casi imperceptible, prometednos que os aparecereis tambien á esas dos personas que tan afectuosas han sido para nosotras..... Llevadlas nuestro último suspiro..... A esa buena Gibosa..... y á esa hermosa señorita Adriana.

—No nos olvidamos de ninguno..... de ninguno de los que nos han amado, dijo haciendo un esfuerzo supremo. Ahora... cúmplase..... la voluntad de Dios..... y que nos lleve á reunirnos con nuestra madre..... para no separarnos ya nunca de ella.

—Vos nos lo habeis prometido... santo arcángel, en nuestro sueño..... Vos nos habeis dicho..... «Pobres niñas!... ¡venidas de tan lejos!... Habreis atravesado tanta tierra..... para ir á reposar eternamente en el seno maternal.....»

—¡Oh! ¡esto es terible!... muy terrible!... ¡Tan jóvenes..... y sin ninguna esperanza de salvarlas!... murmuró Gabriel tapándose el rostro con las manos. ¡Señor! ¡Señor! qué impenetrables son tus miras!... ¡Ay!... ¿Por qué condenas á estas niñas á una muerte tan cruel?

Rosa dió un profundo suspiro y dijo con voz espirante:

—Que... se nos sepulte... juntas... para estar.... aun despues de la muerte.... como hemos estado.... durante la vida.... juntas....

Y las dos hermanas volvieron sus apagados ojos y tendieron sus manos hácia Gabriel.

—¡Oh mártires santas de los sentimientos mas generosos! esclamó el misionero levantando al cielo sus ojos bañados de lágrimas ¡Almas angelicales....! ¡Tesoros de inocencia y de candor, subid.... subid a

cielo.... pues Dios os llama á sí como si la tierra no fuera digna de poseeros.

—¡Hermana mia....! ¡Padre mio!

Estas fueron las últimas palabras que pronunciaron las huérfanas con una voz moribunda.

En seguida las dos hermanas como por un postrer movimiento instintivo parecieron quererse estrechar la una contra la otra, sus caidos párpados se levantaron un poco para dirigirse una recíproca mirada, sus miembros estaban lánguidos.... y un profundo suspiro se exhaló de sus labios amoratados y débilmente abiertos....

Rosa y Blanca habian muerto.

Gabriel y sor Marta despues de haber cerrado los ojos de las huérfanas se arrodillaron para orar al lado del lecho fúnebre....

De repente sonó en la sala un gran tumulto.

Bien pronto se oyeron pasos precipitados mezclados con imprecaciones; se abrió la cortina que ocultaba esta escena y entró precipitadamente Dagoberto pálido, turbado y con la ropa en el mayor desorden....

Al ver á Gabriel y á la hermana de la caridad arrodillados al lado del lecho de sus *niñas*, quedó petrificado, lanzó un grito terrible, quiso dar un paso hácia adelante... pero fué en vano, pues antes que Gabriel pudiera acudir á socorrerle cayó Dagoberto hacia atras y su cabeza cana rebotó en el suelo de la sala.

. . . .

Era de noche.... una noche sombria y borrascosa.

Acababa de dar la una en el reloj de la iglesia de Montmartre.

El campo santo de Monmartre era al que en aquel mismo dia se habia conducido la caja, que segun el deseo manifestado por Rosa y Blanca contenia á las dos....

A través de las espesas sombras que reinaban en aquel campo de los muertos, se veia vagar una luz pálida.

Era el sepulturero.

Caminaba con precaucion y llevaba una linterna sorda en la mano.

Un hombre envuelto en una capa lè acompañaba con la cabeza baja y llòrando.

Era Samuel.

Samuel.... el viejo judío.... el conserge de la casa de la calle de S. Francisco.

La noche que siguió al entierro de Santiago Renepont, que fué el primero que murió de los siete herederos y que fué enterrado en otro campo santo, habia venido tambien á conversar misteriosamente con el sepulturero para lograr á precio de oro.... un favor....

¡Favor singular y espantoso!....

Despues de haber atravesado muchos senderos de cipreses, despues de haber pasado por el lado de muchas tumbas, el judío y el sepulturero se detuvieron en una pequeña esplanada situada muy cerca de la pared occidental del cementerio.

La noche era tan oscura que apenas se veia nada.

Despues de haber paseado de un lado á otro varias veces la linterna por muy inmediato al suelo, el sepulturero mostrando á Samuel al pié de un árbol grande con anchos ramages negros una pequeña eminencia formada recientemente de tierra movida, le dijo:

—Aqui es....

—¿Estais seguro?....

—Si, si... pues qué, dos cuerpos en una misma caja.... ¿es cosa que se encuentra uno todos los dias!

—¡Ay! ¡Las dos en una misma caja! dijo el judío sollozando.

—Y ahora que os he enseñado este lugar, ¿que es lo quereis? preguntó el sepulturero.

Samuel no contestó.

Se puso de rodillas, besó relijiosamente la tierra que cubria la hoya, y luego levantándose con las mejillas bañadas de lágrimas, se acercó al sepulturero y le habló por espacio de algunos instantes en tono bajo.... muy bajo.... al oido.... apesar de que estaban completamente solos en medio de aquel desierto.

Entonces comenzó una conversacion misteriosa entre estos dos hombres que la noche envolvia entre sus sombras y su silencio.

El sepulturero aterrado por lo que Samuel le proponia, se negó al principio.

Pero el judío empleando tan pronto la persuasion como las súplicas, los ruegos, las lágrimas y en fin la seduccion del oro que se sentía sonar, venció la resistencia del sepulturero.... apesar de que temblaba al reflecsionar sobre lo que prometía á Samuel, al cual dijo con voz alterada:

—¡Mañana á la noche...! ¡A las dos!

—Yo estaré detras de esa pared, dijo Samuel mostrando con el ausilio de la linterna la cerca poco levantada. La señal será... que yo arrojaré tres piedras hácia el cementerio.

—Si... la señal... tres piedras...

Contestó el sepulturero enjugándose el sudor frio que le corria en abundancia por la frente.

Samuel apesar de su avanzada edad, haciendo un esfuerzo de vigor y apoyándose en las junturas de las piedras, escaló el muro que estaba poco levantado por aquel lado y desapareció.

El sepulturero se volvió precipitadamente á su casa, mirando hácia atras de cuando en cuando con terror como si se viera perseguido por alguna vision terrible.

. . . .

En la noche misma de los funerales de Rosa y Blanca, Rodin escribia dos cartas.

La primera dirijida á su misterioso corresponsal de Roma; hacia alusion, á la muerte de Santiago Rennepont, á la muerte de Rosa y Blanca Simon, á la adquisicion de Mr. Hardy y á la donacion de Gabriel, cuyos sucesos reducian á dos el número de los herederos.... á la señorita de Cardoville y á Djalma.

Esta primera carta escrita por Rodin y dirijida á Roma, estaba reducida á estas pocas palabras:

—*Quien de* SIETE *quita* CINCO, *deja* DOS.

Participad este resultado al príncipe cardenal, y que camine.... porque yo adelanto..... adelanto..... adelanto....

La segunda carta en la cual habia disfrazado la letra, fué dirijida y debia llegar por conducto seguro al mariscal Simon.

Esta carta contenia solamente las palabras siguientes:

—*Si es tiempo aun, volved apresuradamente: vuestras hijas han muerto.*

Ya se dirá quien las ha matado.

VIII.

LA RUINA.

Al dia siguiente de la muerte de las hijas del mariscal Simon estaba en su casa la señorita de Cardoville, brillando en su rostro la alegria, pues ignoraba todavia el funesto fin de sus jóvenes parientas. Nunca habia estado mas hermosa, nunca sus ojos habian estado mas resplandecientes, ni su cutis con una blancura tan deslumbradora, y finalmente jamas sus labios habian tenido un color tan perfecto de coral humedecido. Segun su costumbre un poco escéntrica de vestir de una manera pintoresca y singular, y á pesar de ser las tres de la tarde, tenia puesto Adriana un vestido de muaré verde bajo con mucho vuelo, cuyas mangas y corpiño estaban adornados con labores de color de rosa y guarnecidos de canutillo

78**

blanco de una esquisita finura: una ligera corola de perlas rodeando la gruesa trenza de cabellos que estaba colocada en la parte posterior de la cabeza, formaba una especie de tocado oriental de una originalidad encantadora que hacia hermosísimo juego con los largos bucles que cayendo por los lados del rostro bajaban casi hasta su redondeado seno.

A la espresion de inefable felicidad que se notaba en las facciones de la señorita de Cardoville, se unia ahora cierto aire resuelto, burlon é incisivo que no le era habitual. Su cabeza seductora parecia levantarse mas altiva aun sobre su cuello gracioso y blanco como el de un cisne. Cualquiera hubiera dicho al verla que un ardor mal reprimido dilataba su nariz sonrosada y sensual, y que estaba aguardando con orgullosa impaciencia el momento de una lucha agresiva é irónica....

Cerca de Adriana estaba la Gibosa que habia vuelto á ocupar su antiguo puesto; estaba vestida de luto por su hermana, y su semblante manifestaba una tristeza dulce y tranquila. La Gibosa miraba con cierta sorpresa á la señorita de Cardoville, porque hasta entonces no habia visto en el semblante de esta la espresion de audacia y de ironía que en esta ocasion indicaba.

La señorita de Cardoville no tenia ni el mas ligero asomo de coquetería, tomada esta palabra en su sentido escricto y vulgar, y sin embargo no por eso dejaba de dar algunas miradas al espejo, delante del cual estaba en pié. Despues de haber dado toda la elástica flecsibilidad á uno de sus largos rizos de oro arrollándolo un momento en su dedo de marfil, pasó la palma de su mano por el elegante cinturon que rodeaba su talle deshaciendo algunos pliegues casi imperceptibles.

Este movimiento y el que hizo volviéndose medio de espaldas al espejo para ver si su traje ajustaba bien por detrás, revelaron por una ondulacion serpentina todo el voluptuoso encanto y todas las gracias de aquel talle flexible, fino y delgado; porque á pesar de la riqueza escultural del contorno de sus caderas y de sus hombros blancos, bien formados y lustrosos como el mas hermoso mármol, Adriana era una de estas tristes criaturas privilegiadas por la mano del Señor... que pueden formarse un ceñidor con una liga.

Concluidas estas encantadoras evoluciones de coqueteria femenil, se volvió Adriana hácia la Gibosa cuya sorpresa crecia por momentos, y le preguntó sonriéndose:

—Mi querida Magdalena, no os burleis de mi pregunta: ¿Qué diriais de un cuadro..... que me representára como estoy en este momento?

—Señorita.....

—¡Todavía señorita! dijo Adriana interrumpiéndola con tan dulce reconvencion.

—Adriana..... continuó la Gibosa, diria que era un cuadro encantador..... y que como siempre estabais vestida con un gusto esquisito.....

—¿No os parezco mejor.... hoy.... que los demas dias? Querida poetisa..... empiezo por declararos que no es por mí por quien os lo pregunto... añadió Adriana en tono alegre.

—No lo dudo, contestó la Gibosa sonriéndose un poco tambien. Pues bien: á decir verdad os confieso que es imposible encontrar un trage y un adorno que os siente mejor. Ese vestido de color verde poco subido con adornos de rosa tambien bajo realza el suave brillo de esas guarniciones de canutillo blanco que tan perfecta armonia guardan con el oro de vuestros cabellos; y todo ello hace que yo pueda repetiros que no he visto en mi vida un cuadro mas gracioso.....

La Gibosa lo sentia como lo decia, y se tenia por feliz en poder espresarlo asi, porque ya hemos anunciado anteriormente la viva admiracion de esta alma poética por todo lo que era hermoso.

—¡Pues bien! replicó alegremente Adriana. Yo me alegro de pareceros hoy mejor que ningun otro dia, amiga mia.

—Solamente... añadió la Gibosa como vacilando.

—¿Solamente?... ¿Qué?... dijo Adriana mirando á la jóven costurera con aire de pregunta.

—Solamente, amiga mia, continuó diciendo la Gibosa, que si bien es verdad que nunca os he visto mas linda..... jamas he visto tampoco hasta hoy en vuestras facciones una espresion tan resuelta y tan irónica como la que ahora tienen... que parece un aire de impaciente desafio.

—Eso es justamente, mi querida Magdalena, dijo Adriana arrojándose al cuello de la Gibosa con alegre ternura. Dejadme que os abrace por haberme adivinado tan perfectamente.... ¿Veis esta espresion algun tanto agresiva?... Pues es porque estoy aguardando á mi cara tia.

—¿A la señora princesa de Saint-Dizier? esclamó asustada la Gibosa. ¿Aquella alta señora tan malvada que os ha hecho tanto mal?

—Justamente. Me ha enviado á pedir una corta conferencia, y yo tengo una alegria muy grande en recibirla.....

—¡Alegria!

—Alegria, si. Un poco burlona, un poco irónica... un poco mal intencionada es en verdad, replicó Adriana. Mirad..... Ella echa de menos sus galanterías, su hermosura, su juventud: en fin su misma gordura desespera á esa santa muger..... Ella va á verme hermosa, amante, amada..... esbelta..... sí: esbelta sobre todo, añadió la señorita de Cardoville riéndose como una loca, y luego continuó: no podeis figuraros, amiga mia, la rabiosa envidia, la atroz desesperacion que causa á las ridículas pretensiones de una muger madura y gruesa..... la vista de una jóven..... esbelta......

—Amiga mia, dijo con seriedad la Gibosa, vos os alegrais.... y yo sin embargo no sé por qué me asusto de la venida de la princesa.....

—¡Qué corazon tan amante y tan tierno teneis! Tranquilizaos, amiga mia, repuso afectuosamente Adriana; yo no temo á esa muger, yo no la temo... y para probárselo, y para hacerla padecer, voy á tratarla, á ella que es un mónstruo de hipocresia, de dureza y de perfidia..... á ella, que sin duda viene aqui con algun designio malo..... voy á tratarla, repito, como á una muger inofensiva y ridícula... y por decirlo asi, como á una señora mayor.....

Y al decir esto, Adriana comenzó á reir de nuevo.

En este momento entró un ayuda de cámara, é interrumpiendo el acceso de estrepitosa alegría de Adriana, dijo:

—La señora princesa de Saint-Dizier pregunta si puede recibirla la señorita.

—Hacedla que entre, contestó la señorita de Cardoville.

El criado volvió á salirse.

La Gibosa iba por prudencia á levantarse par salir tambien.

Adriana la detuvo y la dijo con un acento de séria ternura y cogiéndola de la mano:

—Amiga mia... quedaos aquí... os lo suplico...

—¿Queréis que?...

—Sí..... quiero en venganza, replicó Adriana sonriéndose, manifestar á la señora de Saint-Dizier, que tengo una verdadera amiga... y en fin que yo disfruto de todas las felicidades juntas...

—Pero Adriana... replicó tímidamente la Gibosa, reflexionad... que...

—Silencio, que ya está aquí la princesa. Quedaos... os lo pido como un favor y como un servicio. Tal vez podrá serme útil para descubrir el secreto objeto de esta visita el admirable instinto de vuestro corazon.... ¿No me han avisado los presentimientos de vuestro afecto acerca de las tramas de ese malvado Rodin?

La Gibosa no pudo menos de acceder á semejante súplica y se decidió por fin á quedarse; pero se hizo algunos pasos atras de la chimenea. Entonces la cogió Adriana de la mano, la hizo sentar en el sillon de que ella se levantaba, que ocupaba uno de los lados del fuego y dijo:

—Conservad este puesto, mi querida Magdalena, y hacedme el favor de no levantaros cuando entre la princesa. Por lo que toca á mí, me encuentro en diferente posicion... viene á mi casa...

Apenas habia pronunciado Adriana estas palabras, cuando entró la princesa con la cabeza erguida, el aire orgulloso (ya hemos dicho que tenia un aire de alta sociedad), el paso firme y el andar altanero.

Los caractéres mas enérgicos, los espíritus mas reflexivos tienen casi siempre la flaqueza de ceder á pueriles debilidades. Una envidia feroz escitada por la elegancia, por la belleza y por el talento de Adriana, habia sido constantemente una de las principales causas del ódio que la señora de Saint-Dizier profesaba á su sobrina, pues á pesar de que conocia que le era imposible rivalizar con ella, y á pesar de que no intentaba tampoco hacerlo, no habia podido, al saber que tenia que ir á ver á Adriana, dejar de poner mayor esmero en su tocador, haciéndose apretar, estrechar y comprimir con triple vuelta el ceñidor de su vestido de seda tornasolada, cuya operacion hacia aparecer su rostro mas encendido que lo que habitualmente estaba. En una palabra, la multitud de envidiosos y rencorosos sentimientos que la animaban contra Adriana á la sola idea de esta conferencia, habian puesto en tal perturbacion el ánimo tranquilo y remirado de la princesa, que en vez de sus sencillos y poco vistosos adornos que como muger de tacto y de gusto usaba comunmente, habia cometido la tontería de ponerse un vestido de color de tórtola y un sombrero de granate adornado con una magnífica ave del paraiso.

El rencor, la envidia y el orgullo del triunfo (la devota meditaba en la pérfida habilidad con que habia enviado á un fin casi seguro á las hijas del mariscal Simon) y la execrable esperanza mal disimulada de lograr el buen éxito de las nuevas tramas, se repartian por decirlo así la espresion de la fisonomía de la princesa de Saint-Dizier cuando entró en la sala en que estaba su sobrina.

Adriana, sin dar un paso adelante para salir á recibirla, se levantó con mucha gracia del sofá en que estaba sentada, hizo un saludo elegante, lleno de dignidad, y se sentó en seguida mostrando á su tia un sillon colocado al frente de la chimenea de la cual ocupaba un ángulo la Gibosa, y ella el otro; y dijo:

—Hacedme el favor de tomar asiento, señora.

La princesa se encendió mas de lo que ya lo estaba, permaneció en pié y lanzó una mirada de desdeñosa é insolente sorpresa á la Gibosa que fiel á la recomendacion de Adriana, se habia inclinado ligeramente al ver entrar á la señora de Saint-Dizier, pero sin ofrecerle su asiento. La jóven habia obrado de esta suerte por reflexion de dignidad y aun escuchando tambien la voz de su conciencia que le decia que la verdadera superioridad de posicion no pertenecia á aquella princesa ruin, hipócrita y malvada, sino á ella que ere tan admirablemente buena y afectú sa.

—Tened la bondad de sentaros, señora, replicó Adriana con su voz dulce indicando á su tia el asiento vacante.

—La conferencia que yo he solicitado de vos, señorita, dijo la princesa, debe ser secreta.

—Señora, yo no tengo ningun secreto para mi mejor amiga; por consiguiente podeis hablar libremente delante de ella.

—Hace ya tiempo que sé, contestó la señora de Saint-Dizier con una amarga ironía, que en todo sois muy poco cuidadosa del secreto, y que asi mismo sois tambien demasiado ligera en la eleccion de los que llamais vuestros amigos... Pero me permitireis que yo obre de otra manera que vos. Si vos no teneis ningun secreto, yo sí lo tengo......señorita.....y no pienso haceros la revelacion de lo que vengo á deciros en presencia de una desconocida.....

Y al decir esto la devota lanzó una nueva mirada de desprecio á la Gibosa.

Esta ofendida por el tono de insolencia de la princesa, respondió con dulzura y sencillez:

—Yo no veo hasta ahora la diferencia tan humillante que puede existir entre la desconocida y la antigua conocida de la señorita de Cardoville.

—¡Cómo!... ¿Y *esto* habla?... esclamó la princesa con un tono de soberbia é insolente compasion.

—A lo menos, señora... *esto* contesta, replicó la Gibosa con voz tranquila.

—Señorita, yo os he pedido una conferencia á solas, dijo la princesa dirigiéndose á su sobrina.

—Perdonad .... no os comprendo, señora, dijo Adriana con aire de admiracion. Esta señorita que me honra con su amistad, tiene la condescendencia de asistir á la conversacion que me habeis pedido..... Y digo que tiene esa condescendencia..... porque en efecto es necesario ser muy afectuosa para resignarse á oir... por consideracion á mi..... todas las cosas graciosas, originales y encantadoras que sin duda vendreis á comunicarme.

—Pero señorita..... dijo con viveza la princesa.

—Permitid que os interrumpa, señora, replicó Adriana con dulzura, como si dirigiese á la beata los mas lisongeros cumplimientos. Con el objeto de haceros entrar desde luego en confianza con esa señorita, me apresuro á deciros que ella está en el pormenor de todas las santas intrigas y ocultos manejos de que vos habeis querido hacerme víctima..... y que no ignora que vos sois una madre de la iglesia..... como si hubiese pocas..... Y decidme ahora, señora, ¿puedo esperar que cese nuestra delicadeza é interesante reserva?

—A la verdad, dijo la princesa con cierto aire de distraccion, yo no sé si duermo ó estoy despierta...

—¡Ah, Dios mio! dijo Adriana con aire de alarmada, la duda que manifestais acerca del estado de vuestra memoria, me da mucho que hacer; señora... Acaso la sangre se os ha subido á la cabeza..... porque teneis el rostro muy encendido... pareceis estar oprimida..... ¿Estáislo (si esto se puede decir de una muger) en efecto, señora?

Estas palabras pronunciadas por Adriana con interés y candor, sofocaron á la princesa, la cual se puso á su pesar aun mas encendida, y esclamó sentandose con brusco ademan.

—Y bien, señorita, sea enhorabuena... yo prefiero esta acogida á otra cualquiera, porque me proporciona el estar como yo quiero... en confianza, como vos decís...

—Y seguramente, señora, dijo Adriana sonriéndose, que esa es la manera de decirse todas las cosas reservadas, lo cual no dejaria de tener para vos el encanto de la novedad..... Veamos, y aqui entre

nosotras confesad que me felicitais por haberos puesto asi en el caso de deponer un instante esa enojosa máscara de devocion de dulzura y bondad que tanto debe fatigaros.

Al oir los sarcasmos de Adriana, inocente venganza harto escusable, atendido todo el mal que la princesa habia querido hacer á su sobrina, la Gibosa sentia su corazon oprimirse, porque, no sin razon temia ella mas que Adriana á la princesa, la cual repuso aun con mas sangre fria:

—Mil gracias, señorita, por vuestras escelentes intenciones y vuestros buenos sentimientos acerca de mí: los aprecio en lo que valen y como debo, y voy á daros al momento una prueba de ello.

—Veamos, veamos, señora, respondió Adriana con tono de burla. Contadme todo eso al momento. Tengo tal impaciencia..... tanta curiosidad.....

—Y no obstante, dijo la princesa en el mismo tono irónico y amargo, estais muy distante de pensar lo que vengo á anunciaros.

—¿De veras? Temo, señora, que vuestro candor y vuestra modestia os hagan traicion, replicó Adriana con la misma burlesca amabilidad; pues hay pocas cosas que puedan sorprenderme viniendo de vos. ¿No sabeis que.... de vos todo lo espero?

— Puede ser, señorita, dijo la beata articulando con lentitud estas palabras: si, por ejemplo, os dijese yo... que dentro de veinticuatro horas, mañana...... supongo... . vais á veros reducida... á la miseria.....

Era esto tan imprevisto, que la señorita de Cardoville hizo á pesar suyo un movimiento de sorpresa, y la Gibosa se estremeció.

—¡Ah....! señorita, dijo la princesa con triunfante alegría y con tono de cruel satisfaccion al ver la sorpresa de su sobrina, confesad ahora que os sorprendo..... aunque pocas cosas pueden sorprenderos en tratándose de mí. Cuanta razon habeis tenido en dar á nuestra conversacion el giro que ha tomado....! A no ser asi, hubiera tenido que andar con demasiados rodeos para deciros «señorita, mañana sereis tan pobre como hoy sois rica..... » cuando ahora basta con decíroslos sencillamente..... y con toda franqueza...

Pasada su primera admiracion, respondió Adriana sonriendo con una calma que dejó desconcertada á la beata.

—¡Pues bien, os confieso francamente, señora, que me he sorprendido..... porque esperaba de vos, una de esas negras maldades en que tan sobresaliente sois, alguna perfidia muy bien urdida, y muy cruel...! ¿Pero cómo habia yo de esperar una cosa tan insignificante?

—Al veros arruinada, enteramente arruinada, esclamó la beata, arruinada de hoy á mañana, vos tan audazmente pródiga, al ver, no solo todas vuestras rentas, sino este palacio, vuestros muebles, vuestros caballos, vuestras jóyas, todo en fin, hasta estos ridículos adornos con que tanto os envaneceis..... secuestrados formalmente, llamais cosa insignificante? ¿Cuando gastais millares de luises, veros reducida á una pension alimenticia muy inferior al salario que dais á una de vuestras criadas, ¿vos llamais á esto una cosa insignificante?

Adriana que cada vez parecia mas tranquila, iba á responder á este terrible anuncio de la princesa, cuando se abrió la puerta del salon y entró el príncipe Djalma sin que nadie le hubiera anunciado.

Una loca y orgullosa ternura resplandeció en la frente radiante de Adriana cuando vió al príncipe, y no es posible describir la mirada de felicidad triunfante y desdeñosa que fijó en la princesa de Saint-Dizier.

Tampoco Djalma habia estado nunca tan idealmente hermoso, y nunca se habia visto en ningun rostro humano una espresion tan marcada de la mas completa felicidad.

El indio vestia una larga túnica de cachemira blanca listada de oro y púrpura: su turbante era del mismo color y de la misma tela, y un magnífico chal le servia de ceñidor.

Al ver al indio á quien no pensaba encontrar en casa de la señorita de Cardoville, no pudo ocultar la princesa una profunda admiracion.

La escena siguiente pasó entre la princesa de Saint-Dizier, Adriana, la Gibosa y Djalma.

IX.

Recuerdos.

No habiendo Djalma encontrado nunca hasta entonces á la princesa de Saint-Dizier, pareció al principio sorprendido de su presencia. La princesa guardando silencio por algun tiempo, contemplando alternativamente con un odio sordo y una envidia implacable aquellos dos seres tan hermosos, tan jóvenes, tan enamorados y tan dichosos, estremecióse de repente como si un recuerdo muy importante se presentase á su memoria, y quedó enteramente absorta por espacio de algunos minutos.

Adriana y Djalma aprovechaban aquellos momentos para mirarse con una especie de idolatría ardiente que llenaba sus ojos de una brillantez húmeda, y despues al hacer un movimiento la princesa de Saint Dizier como para salir de su momentánea preocupacion, la señorita de Cardoville dijo sonriendo al indio:

—Mi querido primo, voy á reparar un olvido que confieso ser involuntario como sabeis, hallándoos por la vez primera de una parienta mia á quien tengo el honor de presentaros.... La señora princesa de Saint-Dizier.

Djalma hizo una cortesía, y Adriana prosiguió con viveza cuando su tia iba á responder:

—La princesa de Saint-Dizier acaba de participarme un suceso sumamente ventajoso para mi.... y del cual os instruiré despues, primo mio, á no ser que esta amable señora quiera privarme del placer de haceros esta confianza.

La inesperada llegada de Djalma, los recuerdos que acababan de presentarse de repente á su imaginacion, modificaron mucho sin duda los primeros proyectos de la princesa; pues en lugar de proseguir la conversacion acerca de la ruina de Adriana, respondió sonriendo con aparente dulzura que ocultaba una odiosa restriccion mental.

—Mucho sentiria, príncipe, privar á mi querida sobrina del placer de anunciaros dentro de poco la buena noticia de que habla, y de la cual, yo como buena parienta me he apresurado á instruirla. Hé aqui algunos papeles acerca de este punto.... (y la princesa entregó á Adriana un papel) que como espero, le demostrarán hasta la evidencia... la realidad de mis pronósticos.

—Mil gracias, mi querida tia, dijo Adriana tomando la actitud y el tono de una reina distraida é indiferente; esa precaucion y esa prueba eran superfluas como sabeis; os creo siempre sobre vuestra palabra.... cuando se trata de vuestra benevolencia hácia mí.

A pesar de su ignorancia de las refinadas perfidias, y de las encubiertas crueldades de la civilizacion, Djalma dotado de un tacto fino como todas las personas susceptibles de violentas impresiones, sentia cierta especie de desasosiego moral al oir este cambio tan repetido de falsas amenidades. Es verdad que no adivinaba el sentido oculto de aquellas palabras; pero por decirlo asi, sonaban á falso en sus oidos;

ademas, fuera por instinto ó por presentimiento, esperimentaba un vago movimiento de antipatía por la princesa de Saint-Dizier.

En efecto, pensando la beata en la gravedad del incidente que se disponia á combatir, apenas podia contener su agitacion interior que se revelaba en el color cada vez mas encendido de su rostro, en su amarga sonrisa, y en el brillo incierto de sus miradas.

No pudiendo Djalma vencer su antipatía á costa de aquella muger, permaneció atento y silencioso, y su hermoso rostro comenzó à perder su primera serenidad.

La Giboza se sentia oprimida bajo el peso de una impresion que se hacia cada vez mas penosa, echaba alternativamente miradas temerosas á la princesa y suplicantes á Adriana, como para pedirle que interrumpiese una conversacion cuyas funestas consecuencias presentia la costurera.

Pero por desgracia la princesa de Saint-Dizier tenia entonces un interes muy marcado en prolongar aquella entrevista; y la señorita de Cardoville, armándose de nuevo valor, de nueva y audaz confianza con la presencia del hombre que adoraba, no pensaba mas que en gozar del cruel despecho que causaba á la beata la vista de un amor dichoso, a pesar de tantas intrigas fraguadas por ella y por sus cómplices.

Despues de un instante de silencio, tomó la palabra la princesa, y dijo con dulzura:

—¡Ay, Dios mio! príncipe: no podreis figuraros cuanto he celebrado saber por las noticias que circulan (pues no se habla de otra cosa y con razon) vuestro amor á mi querida sobrina; pues me sacais de un terrible conflicto.

Djalma no respondió; pero miró á la señorita de Cardoville con aire de sorpresa, como para preguntarla lo que queria decir su tia.

Habiendo esta notado aquella muda interrogacion, prosiguió:

—Voy á ser mas clara, príncipe; en una palabra, ya habreis comprendido que siendo yo la parienta mas próxima de esta jóven tan querida y tan ligera de cabeza... (al decir esto designó á Adriana con la vista), era mas ó menos responsable de su porvenir á los ojos de todos; y he aqui, príncipe, que llegais cabalmente del otro mundo para encargaros cándidamente de ese porvenir que tan asustada me tenia; y á la verdad que no se sabe que es lo mas admirable en vos, si vuestra dicha ó vuestro valor.

Y la princesa echando una mirada de diabólica maldad á Adriana, aguardó á que contestase con aire provocativo.

—Escuchad, mi buena tia. Mi querido primo, se apresuró á decir la niña sonriéndose con calma; hace un momento que esta cariñosa parienta nuestra nos vé á los dos reunidos y felices, y está tan llena de alegria que su alma tiene necesidad de desahogarse, y vos no podeis imaginar lo que son los desahogos de un corazon tan bueno....

Un poco de paciencia.... y juzgareis... continuó luego Adriana con la mayor naturalidad.... yo no sé; á propósito de los desahogos de mi querida tia, ya no me acuerdo de lo que me deciais, primo mio, de ciertas especies de víboras de vuestro pais: muchas veces en una picadura se rompen los dientes que filtran el veneno y lo absorven asi mortalmente; de forma que ellas mismas son víctimas de la ponzoña que destilan... Veamos, mi querida tia, es tan bueno y tan noble vuestro corazon que yo estoy segura de lo mucho que os interesareis por esas pobres víboras.

La devota echó una mirada implacable á su sobrina y repuso con voz alterada:

—No veo yo muy bien el fin de esa historia natural; ¿y vos, príncipe?

Djalma no respondió; echado de codos sobre la chimenea, dirigió una mirada sombría y penetrante á la princesa, y sintió en su pecho un movimiento de odio involuntario hácia esa muger.

—¡Ah! mi querida tia, repuso Adriana con tono de dulce reconvencion, ¿habré andado algo exagerada en lo que he dicho del corazon que teneis?.... Vos no teneis simpatías ni aun.... por las víboras;..... ¿por quién, pues, las tendreis? ¡Dios mio! Al fin, eso se concibe, añadió Adriana como hablando consigo misma, son tan *delgaditas!* Pero dejémonos de locuras, repuso alegremente al ver contenida la rabia de la devota; decidnos pronto, buena tia, todas las cosas tiernas que os inspira el ver lo felices que somos.

—Os lo diré, amable sobrina mia, principiando por deciros que yo no sabria felicitar bastantemente al príncipe por haber venido del interior de la India para encargarse de vos. .. lleno de confianza y con los ojos cerrados.... el digno nabab... para encargarse de vos, querida y pobre niña, á quien ha habido necesidad de encerrar como loca, con el objeto de dar un nombre decente á vuestros estravios, bien lo sabeis, á causa de ese mancebo hallado oculto en vuestra casa.... Id, pues, ayudàndome.... Acaso ¿habeis olvidado ya su nombre, niña infiel.... un buen mozo, y poeta por mas señas.... un cierto Agricol Baudoin á quien se ha descubierto en un recóndito retrete contiguo á vuestra alcoba.... escandaloso suceso que ha llamado la atencion de todo Paris....? Porque vos no os habeis casado con una muger desconocida, querido príncipe.... no; el nombre de vuestra muger anda en boca de todo el mundo.

Y como á estas imprevistas como terribles palabras, Adriana, Djalma y la Gibosa, aunque obedeciesen á diversos sentimientos, enmudecieron de la sorpresa que les causaron: la princesa no creyendo ya necesario contener su alegria ni su triunfante ódio, esclamó levantándose con las mejillas encendidas, chispeandole los ojos y dirijiéndose á Adriana;

—Si, os desafio á que me desmintais..... ¿es cierto que ha habido necesidad de encerraros bajo pretesto de estar loca? ¿Es cierto, si ó no, que ha sido hallado ese artesano.... vuestro amante á la sazon... oculto en vuestra alcoba?

A esta horrible acusacion la tez de Djalma transparente, dorada como si fuera de ámbar, se puso de repente de color de plomo; sus ojos fijos, grandes, abiertos, se cubrieron de blanco, enseñó sus dientes convulsivamente apretados, y todo su rostro en fin, apareció en este momento tan espantosamente amenazador, y feroz, que la Gibosa, tembló espantada.

El jóven indio arrastrado por el ardor y la violencia de su temperamento, sintió un acceso de irreflecsiva é involuntaria rabia, una conmocion atroz semejante á la del corazon que hace saltar la sangre á los turbados ojos, al juicio que se estravia cuando el hombre de honor así se siente herido é insultado en su propia cara.

Si durante este momento terrible y rápido como la luz del rayo que surca las nubes, la faccion hubiese acompañado á lo que esperimentó en su interior Djalma, la princesa, Adriana y la Gibosa habrian sido víctimas de una esplosion tan espantosa, tan pronta como la de una mina cuando rebienta.

Habria matado á la princesa porque ella acusaba á Adriana de una traicion infame, y porque se podria haber sospechado de ella que habia sido parte en esta trai-

cion; á la Gibosa porque habia sido testigo de esta acusacion, y el mismo finalmente se habria dado la muerte para no sobrevivir á tan horrible decepcion.

Pero ¡oh prodijio! Su mirada sangrienta é insensata se ha encontrado con las miradas de Adriana, miradas llenas de dignidad, de calma y de completa tranquilidad; y he aqui como la espresion de rabia feroz deque se habia visto acometido el jóven indio, se desvanecia tan fugitivamente como un relámpago.

Nada menos; á la profunda estrañeza de la princesa y de la jóven obrera, á medida que las miradas que Djalma dirijía á Adriana se reconcentraban mas, se hacian mas penetrantes, ó por decirlo asi mas intelijentes, no tan solamente el indio se calmó, sino que tambien transfigurándose su fisonomía, poco hace tan violentamente contraida, se serenó y á poco tiempo se reflejó como en un espejo, la noble serenidad del rostro de la jóven.

Ahora traduzcamos, si nos es dado decirlo asi, esta revolucion moral tan llena de novedad para la Gibosa, que antes se habia espantado tanto por la devota.

No bien la princesa habia acabado de destilar de su boca tan atroz calumnia, cuando Djalma, á la sazon de pié delante de la chimenea, en su acceso de furor habia dado un paso bruscamente hacia la princesa; y luego, como si hubiera querido reprimirse, se contuvo, y un estremecimiento convulsivo ajitó todo su cuerpo, y sus facciones contraidas presentaron un espantoso aspecto.

Al oir á la princesa, Adriana por su parte cediendo al primer movimiento de airada indignacion que habia sentido, de la misma manera que Djalma lo habia hecho al primer movimiento de ciego furor, Adriana se levantó; pero calmada luego por la conciencia de su pureza, su agraciado rostro, antes tan fiero, recobró su serenidad.... Entonces fué cuando sus ojos se encontraron con los de Djalma. Durante un segundo la jóven apareció mas aflijida que espantada de la espresion amenazadora y formidable del indio. Su estúpida indignacion le ecsasperó hasta tal punto, se decia Adriana: me creia sospechosa.... Pero á esta reflecsion tan rápida como cruel sucedió una loca alegria, cuando los ojos de Adriana, fijamente puestos en los del Indio, vió instantáneamente dulcificarse como por encanto su fisonomia.

Asi la abominable trama de Mme. de Saint-Dizier se venia abajo ante la espresion ligera, confiada y síncera de la fisonomia de Adriana.

Aun hay mas.

En el momento en que testigo de esta escena muda tan espresiva que probaba la maravillosa simpatía de estos dos seres, que sin pronunciar una palabra y gracias á algunas miradas, se habian comprendido, esplicado y dado mutuas seguridades, la princesa ardía en cólera y despecho. Adriana con cierta sonrisa encantadora y una espresion de graciosa coquetería tendió su blanca mano á Djalma, el cual se arrodilló é imprimió en ella un ósculo, cuyo ardor ruborizó á la jóven.

Colocándose entonces el indio sobre la alfombra de armiño á los pies de la señorita de Cardoville en actitud llena de gracia y de respeto, apoyó la barba en la palma de una de sus manos, y sumergido en una muda adoracion, se puso á contemplar silenciosamente á Adriana, que inclinada hácia él, sonriendo y llena de felicidad miraba sus ojos retratarse en en los del príncipe con tanta amorosa complacencia, como si la beata ahogándose en despecho no hubiese estado presente.

Pero poco despues Adriana, como si

faltase algo á su dicha, llamó por señas á la Gibosa, y la hizo sentarse á su lado: entonces con una mano entre las de aquella escelente amiga, la señorita de Cardoville dirigiendo una sonrisa á Djalma que estuvo delante de ella como adorándola, fijó en la princesa cada vez mas llena de admiracion, una mirada tan suave, tan firme y tan serena á la vez, y que pintaba con tanta nobleza la invencible quietud de su felicidad, y la inaccesible altura de su aversion á la calumnia, que desconcertada la princesa, tartamudeó algunas palabras apenas inteligibles con voz agitada por la cólera, y perdiendo enteramente su serenidad se dirigió precipitadamente hácia la puerta.

Pero en aquel momento la Gibosa que temia alguna intriga ó algun pérfido espionage, se resolvió, despues de haber dirigido á Adriana una mirada sumamente espresiva, á seguir á la princesa hasta que llegase á su coche.

El frenético desconcierto de la princesa al verse así acompañada y vigilada por la costurera, pareció tan cómico á la señorita de Cardoville, que no pudo menos de reirse á carcajadas, y al ruido de esta deprimente alegría, la devota fuera de sí de rabia y de desesperacion, salió de aquella casa á que habia querido llevar la desolacion y la desgracia.

Adriana y Djalma quedaron solos.

Antes de seguir describiendo lo que pasó entre ellos, nos es indispensable retroceder y decir algunas palabras acerca de los acontecimientos anteriores.

No sera difícil creer que desde el momento en que la señorita de Cardoville y el indio se acercaron uno á otro despues de tantos desagradables sucesos, pasaban los dias en la mayor felicicidad. Adriana se dedicó esclusivamente á buscar su ocasion para poner de manifiesto, y por decirlo asi una á una, todas las generosas cualidades de Djalma, cuyos brillantes hechos habia leido en los libros de los viajeros.

La jóven se habia impuesto este tierno é impaciente estudio del carácter de Djalma, no solo para justificar el ardiente amor que sentia, sino tambien porque aquella especie de tiempo de prueba al cual habia señalado un término, ayudaba á templar los arrebatos del amor del príncipe..... tarea tanto mas meritoria para Adriana cuanto que esperimentaba los mismos impacientes trasportes y el mismo apasionado ardor... Entre aquellos dos séres tan completamente formados el uno para el otro, los ardientes deseos de los sentidos y la aspiracion del alma mas elevada, se equilibraban y se sostenian perfectamente en su mútuo arrebato, habiendo Dios dotado á estos dos amantes de la mas rara belleza corporal y de la mas admirable hermosura de alma como para legitimar el irresistible atractivo que los arrastraba al uno hácia el otro.

¿Cuál debia ser el término de esta prueba tan penosa que Adriana imponia á Djalma y á sí misma? Esto es lo que la señorita de Cardoville quiere decir á Djalma en la entrevista que va á tener con él despues de haberse marchado la princesa de Saint-Dizier.

La señorita de Cardoville y Djalma quedaron solos.

X.

LA PRUEBA.

Tal era la noble confianza que habia sucedido en el espíritu del indio á su primer movimiento de irreflexivo furor al oir la infame calumnia de la princesa de Saint-Dizier, que cuando se vió á solas con Adriana no profirió una sola palabra acerca de aquella indigna acusacion.

La jóven por su parte, ¡tierna y admirable inteligencia de aquellos dos co-

razones! era demasiado altiva, ¡y estaba demasiado convencida de la fuerza de su amor para descender hasta justificarse á los ojos de Djalma. Si tal hubiera hecho, habria creido ofenderlo, y ofenderse á sí propia.

Los dos amantes comenzaron pues su conversacion como si no hubiera ocurrido el incidente que suscitó la beata.

Este mismo desden se estendió á los papeles que segun la princesa debian convencer á Adriana de su próxima ruina, y la jóven los colocó sobre una mesita que estaba cerca de ella con un gesto lleno de gracia: hizo señas á Djalma para que viniera á sentarse cerca de ella, y este, no sin sentimiento, dejó el sitio que ocupaba á los pies de la jóven.

—Amigo mio, le dijo Adriana con tono grave y tierno, me habeis preguntado muchas veces y con harta impaciencia, cuando llegaria el término de la prueba que nos habíamos impuesto..... esta prueba toca á su fin.

Estremecióse Djalma; y no pudo contener un ligero grito de alegria y de sorpresa; pero aquella esclamacion casi convulsiva, fué tan dulce, tan suave que mas parecia el primer grito de una inefable dicha que el acento apasionado de la felicidad.

Adriana prosiguió.

—Separados..... rodeados de intrigas y de mentiras, mútuamente engañados sobre nuestros propios sentimientos, nos amábamos sin embargo, amigo mio..... En esto hemos seguido un irresistible y seguro atractivo mas poderoso que los acontecimientos contrarios; pero desde entonces durante esos dias, pasados en el absoluto retiro en que hemos vivido, aislados de todo y de todos, hemos aprendido á estimarnos y á honrarnos mas..... Entregados á nosotros mismos, y siendo libres los dos, hemos tenido valor suficiente para resistir á la ardiente embriaguez de la pasion, para adquirir el derecho de entregarnos despues á ella sin remordimientos por lo pasado. Durante esos dias en que nuestros corazones han estado abiertos el uno para el otro, hemos leido en ellos.... De este modo, Djalma..... yo creo en vos y vos creeis en mí..... Encuentro en vos lo que vos encontrais en mi. ¿No es verdad?.... Todas las garantias posibles para nuestra comun felicidad. Pero á este amor le falta un sello, una consagracion..: y a los ojos del mundo en que estamos llamados á vivir no hay mas que una sola.... una sola..... el matrimonio que encadena la vida entera!

Djalma miró á la jóven con sorpresa.

—Si, la vida entera..... y no obstante, ¿quién es el que puede responder de los sentimientos de toda su vida? prosiguió la jóven.... Un Dios.... que supiera el porvenir de los corazones es el único que pudiera ligar indisolublemente á ciertos seres.... para hacerlos felices; pero ¡ay! á los ojos de los mortales el porvenir es impenetrable; asi pues, cuando no es posible responder sino de la sinceridad de un sentimiento presente, aceptar lazos indisolubles ¿no fuera cometer una accion loca, egoista é impia?

—Es muy triste esa idea, dijo Djalma despues de un momento de reflexion; pero es muy exacta..... y miró á la jóven con una estraña espresion de sorpresa.

Adriana se apresuró á añadir con tono tierno y penetrante.

—No interpreteis mal mi pensamiento, amigo mio; el amor de dos seres que como nosotros, despues de mil dolorosas esperiencias, han encontrado el uno en el otro todas las seguridades apetecibles de felicidad; un amor como el nuestro, en fin, es tan noble, tan grande y tan divino, que no puede pasar sin una consagracion divina.... No ciño la religion en



Lit. Ferrando Roca

El Tálamo nupcial.

oir misa como mi venerable tia; pero tengo la religion de Dios; de él nos ha venido nuestro ardiente amor; en este afecto debe ser piadosamente glorificado; y por lo tanto al invocarlo con un profundo reconocimiento debemos jurar, no el amarnos siempre, sino el ser eternamente el uno del otro....

—¿Qué decis? esclamó Djalma.

—No, prosiguió Adriana, porque nadie puede hacer tal juramento sin incurrir en locura ó en mentira.... pero podemos jurar con toda la sinceridad de nuestra alma hacer ambos lealmente todo cuanto sea posible para que nuestro amor dure siempre y seamos de este modo el uno del otro: no debemos aceptar lazos indisolubles, pues si nos amamos siempre, ¿de qué sirven esos lazos? Si nuestro amor cesa, ¿de que sirven esas cadenas que entonces se convertiran en una horrible tirania?.... ¿No es asi, amigo mio?

Djalma nada respondió, pero con un movimiento casi respetuoso, indicó á la jóven que continuase.

—Finalmente, prosiguió Adriana con una mezcla de ternura y altivez, por respeto á vuestra dignidad y á la mia, nunca haré juramento de observar una ley hecha por el hombre *contra* la muger, con un egoismo desdeñoso y brutal; una ley que parece negar á la muger el alma, la inteligencia y el corazon; una ley que ella no puede aceptar sin ser esclava ó perjura; una ley que como *soltera* le roba su nombre, como *esposa* le declara en estado de imbecilidad incurable, imponiéndole una degradante tutela; como *madre* le niega todo derecho, todo poder sobre sus hijos; y finalmente que como *criatura humana* la esclaviza y la encadena para siempre al capricho de otra criatura humana su semejante y su igual delante de Dios!

Ya sabeis, amigo mio, añadió la jóven con apasionada exaltacion, ya sabeis cuanto os honro á vos cuyo padre ha sido nombrado el padre del *Generoso;* no temo, noble y animoso corazon, el veros usar contra mi de esos tiránicos derechos..... Pero nunca he mentido en toda mi vida, y nuestro amor es demasiado celestial para que se someta á una consagracion comprada por un doble perjurio... no, jamas juraré la observancia de una ley que mi dignidad y mi razon rechazan... mañana se estableceria el divorcio..... mañana los derechos de la muger serian reconocidos... yo observaria estas prácticas, porque las hallaria acordes con mi modo de pensar, con la justicia, con lo que es posible y humano..... ¡Oh! si vos supieseis, amigo mio, añadió luego Adriana con una emocion tan profunda y tan dulce que una lágrima de ternura anubló sus ojos, si vos supieseis que vuestro amor es por mí, si vos supieseis cuan sagrada y preciosa me es la felicidad de que gozo, sin duda escusariais y comprenderiais al propio tiempo la idolatría de un corazon que ama y es leal, y que veria un presagio funesto en una consagracion mentirosa y perjura... Lo que yo quiero es fijaros con atractivos, encadenaros por medio de la felicidad y dejaros libre... para no deberos sino á vos mismo.

Djalma habia escuchado á la jóven con apasionada ternura. Arrogante y generosa idolatrábala por un carácter tambien arrogante y generoso. Despues de un momento de meditabundo silencio, le dijo con voz suave y sonora y con tono casi solemne:

—Como vos, odio la mentira y el perjurio; como vos pienso igualmente que un hombre se envilece aceptando el derecho de ser tirano y vil; y aunque estoy resuelto á no usar de él, como vos seríame imposible el pensar que no debo á vuestro corazon solamente, al eterno pe-

ro dulce yugo de un lazo indisoluble, todo lo que ya no quiero tener sino de vos únicamente; como vos pienso que no hay dignidad sin libertad. Pero ya lo habeis dicho, á este amor tan grande y santo queréis una consagracion divina..... y si vos rechazais juramentos que no podeis hacer sin falta de juicio y sin perjurio, otros hay que vuestra razon y vuestro corazon aceptarian... Esta consagracion divina..... ¿quién nos la dará? Estos juramentos ¿ante quién los haremos?

—Dentro de pocos dias, amigo mio, podré... creo que podré decíroslo... toda las noches .... desde que os ausentasteis pensaba justamente en eso: en hallar el medio de unirnos los dos á los ojos de Dios,.. pero sin intervencion de las leyes, y en los solos límites que la razon aprueba; sin ir por eso contra las exigencias ni los hábitos de un mundo en el cual puede convenirnos vivir mas tarde y cuyas aparentes susceptibilidades necesario es no herir. Sí, amigo mio, cuando sepais ante quien ofrecia yo que nuestras nobles manos se uniesen... quien será el que dará gracias y glorificará á Dios por esta union, union sagrada que sin embargo nos dejará libres para dejarnos con dignidad... vos dirias como y... yo estoy cierta de que jamás manos mas puras hubiesen podido sernos impuestas.

Si mis palabras os causan alguna estrañeza, si mis pensamientos os parecen no razonables..... decid, decid, amigo mio, nosotros buscaremos, nosotros hallaremos mejor medio de conciliar lo que debemos á Dios, lo que debemos al mundo, lo que nos debemos á nosotros mismos... Se cree que los amantes son locos, añadió la jóven sonriéndose; pero yo creo que no hay nada mas cuerdo que las personas que verdaderamente se aman.

—Cuando yo os oigo hablar así de nuestra dicha, dijo Djalma profundamente conmovido, cuando os oigo hablar con esa tranquila y formal ternura, me parece que veo una madre solícita y toda ocupada en el porvenir de sus adorados hijos... procurando rodearlos de todo cuanto pueda infundir las ideas de valor y generosidad, y apartando de ellos todo lo que no es digno ni noble...

Vos me pedís que os contradiga, si vuestras ideas me parecen desusadas, Adriana; pero vos olvidais lo que constituye mi fé y mi confianza en nuestro amor, en el amor que ya siento del mismo modo que vos... Lo que á vos os hiere me hiere á mi tambien; lo que á vos os desagrada, me desagrada á mi tambien, y cuando me citais las leyes de este pais que en la muger no respetan á la madre... al momento se me ocurre, y se me ocurre con orgullo, el recuerdo de que en nuestra bárbara tierra, donde la muger es esclava, al menos se hace libre luego que llega á ser madre.

No, no, esas leyes no se han hecho ni para vos ni para mí. ¿No es probar el sacrosanto respeto que teneis á nuestro amor querer hacerle superior á todas esas esclavas é indignas pasiones que lo hubieran manchado? y mirad, Adriana, yo oía decir con frecuencia á los sacerdotes de mi pais, que habia séres inferiores á las divinidades, pero superiores á las otras criaturas... Yo no los creía allí... aquí los creo.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas no con el acento de la lisonja, sino con el de la conviccion mas sincera, con esa especie de apasionada veneracion, de fervor tímido que distingue al creyente cuando habla de su religion.... pero lo que es imposible de imitar es la inefable armonia de esas palabras casi religiosas y el timbre dulce y grave de la voz del indio. Lo que es imposible de pintar es la espresion de ardiente y amorosa melan-

colia que presentaba un hechizo irresistible á su encantadora fisonomia.

Adriana habia escuchado á Djalma con una mezcla inesplicable de alegria, reconocimiento y orgullo, y poniendo luego la mano sobre su seno, como para comprimir sus violentas pulsaciones, repuso mirando embargada al príncipe:

—¡Oh! ¡siempre bueno, siempre justo, siempre magnánimo! ¡Oh! ¡corazon mio!.... como late mi corazon.... Bendito seais ¡oh Dios! que me habeis creado para este hombre adorado. Habéis querido que el mundo se maraville de la ternura y caridad que semejante amor puede alimentar! ¡No se sabe todavia cuanto es el poder de este amor dichoso, ardiente y libre! ¡Oh! gracias á nosotros dos, ¿no es asi, Djalma? El dia en que nuestras manos se unan, ¡cuántos himnos de dicha y reconocimiento no se elevarán de todas partes al cielo!.... No, no se sabe todavia de que inmensa, de que insaciable necesidad de contento y alegria están poseidos amantes como nosotros....

No se sabe todavia cuanto brilla la celestial auréola de un abrasado corazon. ¡Oh! si, si, ya lo siento... muchas lágrimas se enjugarán, muchas almas amortiguadas de los pesares se reanimarán al fuego divino de nuestro amor... Y en los benedictinos que nosotros hayamos salvado será donde se echará de ver el santo arrobamiento de nuestros placeres.....

A las miradas de Djalma, Adriana iba idealizándose cada vez mas como participando de la divinidad por el inagotable tesoro de su bondad.... porque Adriana, cediendo á su pesar al impulso de la pasion que la arrastraba, clavaba sus amorosas miradas en Djalma.

Entonces, trasportado el indio se arrojó á los pies de la jóven y esclamó con voz suplicante:

—Perdon.... no puedo resistir mas.... piedad.... no hables mas asi... ¡Oh! ese dia.... ¡cuántos años de mi vida.... daria porque se acercase!...

—Calla, calla..... no blasfemes..... tus años me pertenecen.

—¡Adriana! ¿me amas?

La jóven no respondió... pero su profunda y ardiente mirada acabó de hacer perder el juicio de Djalma; el cual, cojiendo entre sus manos las de Adriana, esclamó con voz palpitante.

—¿Ese dia, ese dia supremo..... ese dia.... en que tocaremos al cielo.... ese dia que nos divinizará por la felicidad y por la bondad.... ¿por qué dilatarlo todavia?

—Porque nuestro amor para no ser reservado, debe ser consagrado por la bendicion de Dios.

—¿No somos libres?

—Si, si, amor mio, ídolo mio, somos libres; pero seamos dignos de nuestra libertad.

—¡Adriana.... piedad!

—Yo tambien pido gracia y piedad.... Si, piedad para la santidad de nuestro amor.... no lo profanes en su flor. Cree á mi corazon, cree á mis presentimientos; eso seria marchitarlo... matarlo... envilecerlo.... Animo, amigo mio.... amado mio.... algunos dias mas.... y el cielo.... sin remordimientos, sin avergonzarnos de lo pasado....

—Y hasta entonces el infierno.... tormentos sin número, pues tú no sabes que cada vez que salgo de tu casa..... me sigues por todas partes; tu recuerdo me rodea y me abrasa, pareciéndome que tu respiracion me acaricia: ¡ah! tú no sabes lo que son mis insomnios..... No te decia eso, pero mira.... en mi delirio, te llamo todas las noches, lloro y prorrumpo en sollozos... como te llamaba... como lloraba por tí cuando creia que no me amabas.... y sin embargo, ahora sé que me amas, y que eres mia! Pero verte....

verte cada dia mas hermosa, mas adorada..... y separarme de ti cada vez mas enamorado.... no, tú no sabes....

Djalma no pudo continuar.

Lo que decia de sus tormentos lo habia sentido tambien Adriana, y quizá con mas fuerza que él, y fascinada por el acento eléctrico de Djalma, tan hermoso, tan enamorado, sintió que su valor se debilitaba. Y una languidez irresistible enervaba sus fuerzas y oscurecia su razon, cuando de repente por un supremo esfuerzo de casta voluntad se levantó y dirigiéndose con precipitados pasos á una puerta que comunicaba con el aposento de la Gibosa esclamó:

—Hermana mia..... hermana mia..... salvadme.... salvadme....

Un instante despues, la señorita de Cardoville, con el rostro anegado en lágrimas, hermosa siempre, y siempre pura, estrechaba entre sus brazos á la Gibosa, mientras Djalma estaba respetuosamente arrodillado junto á la puerta de donde no se atrevia a pasar.

XI.

LA AMBICION.

Pocos dias despues de la entrevista de Djalma y de Adriana que acabamos de referir, se paseaba Rodin solo por el cuarto de la casa de la calle de Vaugirard, donde habia sufrido con tan estraordinario valor las moxas del doctor Baleinier; con las manos metidas en los bolsillos de atras de su levita, y con la cabeza inclinada sobre el pecho meditaba profundamente el jesuita, y su paso, ya lento ya precipitado, revelaba su agitacion.

—Por lo que hace a Roma, decia Rodin, estoy tranquilo, todo va bien.... La abdicacion, por decirlo asi, es ya cosa hecha... y si yo puedo pagarles... el precio convenido.... el cardenal príncipe me asegura nueve votos de mayoría en el procsimo cónclave....; nuestro GENERAL es mio.... las dudas que el cardenal Malpieri habia concebido, se han disipado.... ó no encuentran eco allá.... no obstante, tengo cierta inquietud acerca de la correspondencia que, segun dicen, sigue el padre d'Aigrigny con Malpieri....; me ha sido imposible sorprenderla.... pero no importa... ese antiguo espadachin es hombre...: *juzgado*: su asiento está ya corriente.... tengamos un poco de paciencia, y será *ejecutado*.

Y los lívidos labios de Rodin se contraeron con una de esas espantosas sonrisas que daban á su rostro una espresion diabólica.

Despues de una ligera pausa prosiguió:

—Los funerales del libre pensador.... del filántropo amigo del artesano, se han verificado ayer en Saint Herem.... Francisco Hardy ha dejado de ecsistir en un acceso de delirio estatico.... Yo tenia en mi poder su donacion...; pero esto es mas seguro.... Sobre todo puede pleitearse.... pero los muertos no pleitean....

Rodin permaneció pensativo por espacio de algunos minutos, y despues dijo con tono concentrado:

—Quedan esa rubia y su mulato...; estamos a 27 de mayo: el 1.° de junio se acerca.... y esos dos tórtolos enamorados parecen invulnerables... La princesa creyó encontrar una buena proporcion, yo tambien lo creí como ella... Era cosa muy buena sacar á plaza el haber encontrado á Agricol Baudoin en casa de esa loca.... pues el tigre indio rugio de celos; si, pero apenas la paloma amorosa arrullo con su rosado pico.... cuando el imbécil tigre, vino á echarse á sus pies... ocultando las garras..... esto es un mal.... pues la cosa merecia la pena.

Y Rodin aceleró el paso.

—Nada es mas estraño, prosiguió, que la sucesion generadora de las ideas.... Al

comparará esa bribonzuela rubia, con una paloma, ¿porque se me ha ocurrido la idea de esa infame vieja llamada la hermana Saint Colombe, que corteja el bribon de Santiago Dumoulin, y á quien el abate Corbinet acabará por esplotar en provecho nuestro? ¿Porqué se me ocurre esta idea?.... He observado muchas veces que así como las mas increibles casualidades inspiran escelentes versos á los poetas, el gérmen de las mejores ideas se encuentra algunas veces en una palabra, en una conecsion absurda como esta..... la hermana Saint Colombe, bruja abominable y la hermosa Adriana de Cardoville.... Esto en efecto, son ideas que se hermanan tan bien como una sortija ne un gato, y un collar en una pescado.... vamos.... esto nada significa....

Apenas hubo Rodin pronunciado estas palabras cuando se estremeció: su rostro brilló primero con una siniestra alegria... despues tomó la espresion de una reflecsiva admiracion, como suele suceder cuando el azar proporciona al sabio sorprendido, algun descubrimiento imprevisto...

Poco despues, con la cabeza erguida, los ojos alegres y brillantes, y con sus mejillas hundidas, palpitantes con una especie de orgullosa alegria, Rodin se cruzó de brazos con indecible espresion de triunfo, y esclamó:

—¡Oh! ¡Qué hermosas, qué admirables. qué maravillosas son las misteriosas evoluciones del espíritu..... ! Los incomprensibles encadenamientos del pensamiento humano.... que parten ordinariamente de una palabra absurda para ir á terminar en una idea espléndida, luminosa, inmensa.... ¿Es esto una enfermedad? ¿Es grandeza? Cosa rara... cosa rara... Yo comparo esa rubia á una paloma... y esta comparacion me recuerda esa furia que ha traficado con el cuerpo y el alma de tantas criaturas... Se me vienen á la memoria algunos dichos vulgares.... una sortija en un gato.... un collar en un pescado.... Y á seguida de esta palabra: COLLAR..... la luz se ofrece á mi vista, y disipa las tinieblas en que me agitaba en vano tanto tiempo pensando en estos invulnerables amantes..... Si, esa sola palabra COLLAR ha sido la llave de oro de que viene á abrir una de las casillas de mi cerebro neciamente cerrado no sé desde cuando.

Y despues de haber andado con nueva precipitacion, repuso Rodin:

—Si.... es cosa que se debe tentar..... Cuanto mas pienso en ello, mas posible me parece el proyecto.... Unicamente esa furia de la hermana Saint Colombe... ¿por medio de quién...? pero ese gran estravagante.... Santiago Dumoulin.... bien.... ¿la otra....? La otra ¿donde hallarla....? ni ¿cómo decirla....? allí.... es lo dificultoso.... vamos.... me las habia prometido demasiado felices...,

Y Rodin se puso á pasear de acá para allá mordiéndose las uñas con aire meditabundo..... durante algunos momentos fué tanto lo que se acaloró, que gruesas gotas de sudor aparecieron en su amarilla é innoble frente.... El jesuita no hacia mas que ir y venir; de cuando en cuando se paraba y daba patadas en el suelo; ya alzaba los ojos al cielo para buscar en él alguna inspiracion; ya mientras se mordia las uñas de la mano derecha, se rasgaba la cabeza con la otra; y en fin de cuando en cuando hacia esclamaciones de desprecio, de ódio ó de esperanza segun se animaba ó se abatía.

Si la causa de la reconcentracion de este monstruo no hubiera sido horrible, ciertamente que hubiera sido curioso é interesante espectáculo el de asistir sin ser visto al parto de ese poderoso cerebro.... y el de seguir, por decirlo asi, una por una en ese rostro impresionable y móvil

las peripecias buenas ó malas del aborto del proyecto en que reconcentraba toda su imaginacion y todo el poder de su capacidad.

En fin, la obra pareció adelantar y llegar a su término, porque Rodin repuso:

—Si, si..... es arriesgado, es atrevido... es aventurado.... pero es pronto, y las consecuencias pueden ser incalculables.... ¿Quién puede prever los resultados de la esplosion de una mina?

Y cediendo luego á un movimiento de entusiasmo poco natural en él, esclamó Rodin con ojos radiantes:

—¡Oh! ¡las pasiones...! ¡las pasiones...! ¡Qué clavicordio tan magnífico.... para el que sabe recorrer sus teclas con ligera, hábil y vigorosa mano! Pero ¡que grande es el poder del pensamiento! ¡ Dios mio, qué grande! Que vengan luego diciendo lo maravilloso que es que de una bellota salga una encina, de un grano de trigo una espiga, cuando para lo primero es menester que pasen muchos años y para lo segundo muchos meses; al paso que esta sola palabra compuesta de cinco letras COLLAR.... si, esta otra palabra, esta sola semilla ha caido hace pocos minutos en mi cerebro, y desarrollandose, desarrollándose de repente, se parece ya en lo grande á la encina; si, esta sola palabra ha sido el gérmen de una idea que, como aquel árbol, tiene mil ramas debajo de la tierra, y que, como él, quiere tocar al cielo.... porque yo obró *ad mayorem Dei gloriam*, como ellos la hacen, y como yo lo mantendria.... si yo llego.... si yo llegase.... porque esos miserables Renepont habrán pasado como sombras.

Y bien mirado ¿qué importa en el órden moral, del cual yo seré el Mesias, que gentes vivan alli ó mueran? ¿Qué podrán pesar tales vidas en la balanza de los grandes destinos del mundo, mientras la herencia que voy á poner en ella con mano audaz me remonte á una esfera donde hasta los reyes son dominados lo mismo que pueblos enteros por mas que se diga..... por mas que se grite?.... Los tontos..... los mundanos..... no, no.... al contrario, los buenos, los santos, los adorables mundanos creen destruirnos á nosotros los sacerdotes con decirnos: «vosotros tendreis lo *espiritual*, pero lo *temporal* ¡vive Dios! lo guardaremos nosotros...» ¡Oh! bien les aconseja su conciencia y su modestia con decirles que no revindiquen nada de lo *espiritual*, que lo dejen y lo desprecien, porque ya se ve que no deben tener nada de comun con lo espiritual! ¡Oh! los venerables asnos no ven que van derechos al molino.... porque por lo espiritual se va tambien derecho á lo temporal.... como si el alma no dominase al cuerpo. Nos dejan lo *espiritual*.... desdeñan lo *espiritual*.... es decir, la dominacion de las conciencias, de las almas, de los corazones, de las acciones... lo espiritual, es decir el poder de dispensar en nombre del cielo el castigo, el perdon, la recompensa y la remision..... y esta sin intervencion de nadie, en la sombra y el secreto de la confesion, y sin que el necio poder de lo *temporal* tenga nada que ver... A él pertenece todo lo que es cuerpo y materia, y en ejercerlo se gozan los hombres del siglo. Algunas veces se acuerdan, un poco tarde, de que teniendo las almas acabamos por hacerlos nuestros.

Soltando despues una carcajada de feroz desprecio, prosiguió Rodin paseándose á paso largo.

—¡Oh! llegue yo.... llegue yo... á tener la suerte de Sixto V.... y el mundo verá..... un dia al despertarse.... lo que es el poder espiritual en manos como las mias, en manos de un sacerdote que hasta la edad de cincuenta años ha permanecido grasiento, frugal y vírgen, y que aun cuando llegue á ser papa, morirá vírgen, frugal y grasiento.

Al hablar asi Rodin estaba espantoso.

Todo cuanto ha habido de ambicion sanguinaria, sacrílega y execrable en algunos papas demasiado célebres, parecia brillar en rasgos sangrientos sobre la frente de este hijo de Loyola: su heretismo de dominacion devoradora abrasaba la sangre infame del jesuita; su sudor ardiente lo inundaba, y una especie de vapor nauseabundo se esparcia en derredor suyo.

De repente el ruido de un coche de posta que entraba en el patio de la casa de la calle de Vaugirard llamó la atencion de Rodin: sintiendo haberse dejado llevar á tal grado de exaltacion, sacó del bolsillo un mugriento pañuelo de cuadros blancos y encarnados, lo mojó en un vaso de agua y se refrescó la frente y cara, acercándose á la ventana para mirar al traves de las persianas entreabiertas, quien era el viajero que acababa de llegar.

La proyeccion del tejado que dominaba la puerta, cerca de la cual se habia parado el carruaje, impidió que Rodin pudiera satisfacer su curiosidad.

—Poco importa, dijo recobrando poco á poco su sangre fria; pronto sabré lo que acaba de suceder... Escribamos á ese pícaro de Santiago Dumoulin que venga aqui inmediatamente: ya me ha servido muy bien para con aquella miserable muchacha de la calle de Clovis que me hacia horripilar con sus refranes del infernal Beranger... Esta vez puede servirme tambien Dumoulin. Le tengo en mi poder.., obedecerá...

Rodin se sentó á su mesa y escribió.

Al cabo de algunos instantes llamaron á la puerta que estaba cerrada con llave contra la regla; pero de tiempo en tiempo, seguro de su influencia y de su importancia, Rodin que habia obtenido de su *general* el verse libre por algun tiempo de la molesta vigilancia de un *socius*, bajo pretesto de los intereses de la compañia, Rodin, decimos, se permitia hacer algunas infracciones á la regla de su órden.

Un criado entró y entregó una carta á Rodin.

Este la tomó, y antes de abrirla dijo á aquel hombre:

—¿Qué carruaje es ese que acaba de llegar?

—Ese carruaje viene de Roma, padre, respondió el criado haciendo una reverencia.

—¡De Roma! dijo con viveza Rodin, y á pesar suyo una vaga inquietud se pintó en su rostro: mas tranquilo despues, añadió sin abrir todavia la carta que tenia en la mano. ¿Quien viene en ese coche?

—Un reverendo padre de nuestra santa compañia....

A pesar de su ardiente curiosidad, pues sabia muy bien que un reverendo padre que viaja en posta está siempre encargado de alguna comision importante y del momento, Rodin nada volvió á preguntar sobre este asunto, y dijo mostrando la carta que tenia en la mano.

—¿De dónde viene esta carta?

—De nuestra casa de Saint-Herem, padre mio.

Rodin miró con mas atencion el sobre y reconoció la letra del padre d'Aigrigny que habia estado encargado de asistir á Mr. Hardy en sus últimos momentos.

La carta contenia estas palabras:

«Despacho un espreso á V. R. para po- «ner en su conocimiento un hecho tal vez «mas éstraño que importante: despues «de los funerales de Mr. Francisco Har- «dy, el ataud que contenia sus restos fué «depositado provisionalmente en una bó- «veda de nuestra capilla, mientras se pro- «porcionaba el conducirlo al cementerio «de la aldea inmediata: esta mañana,

«cuando nuestros criados bajaron á la bó-
«veda á hacer los preparativos necesarios «para la traslacion del cuerpo..... habia «desaparecido el ataud.....»

Rodin hizo un movimiento de sorpresa y dijo:

—En efecto, es muy estraño.....

Despues continuó:

«Han sido infructuosas todas las dili-«gencias que se han hecho para descubrir «los autores ó el rastro de este robo sa-«crílego; estando la capilla separada de «nuestra casa como sabeis, y no estando «guardada, ha sido facil introducirse en «ella sin llamar la atencion; sin embargo «hemos notado en un terreno mojado por «la lluvia la señal de haber pasado re-«cientemente un carro de cuatro ruedas; «pero á poca distancia de la capilla se ha «perdido el rastro en un arenal y no ha «sido posible descubrir nada.»

—¿Quién ha podido robar ese cuerpo? dijo Rodin poniéndose pensativo: ¿quién puede tener interés en haberlo robado?

En seguida continuó:

«Por fortuna la fé de muerto está en «regla y muy buen legalizada: un mé-«dico de Etampes ha venido á peticion «mia á certificar el fallecimiento: la muer-«te pues está perfectamente probada; y «por consiguiente la sstitucion de dere-«chos á nosotros concedida por la dona-«cion y el abandono de los bienes es va-«lida é irrecusable en todas sus partes: «valga por lo que valga, he creido que «debia enviar un espreso para dar parte «á V. R. de este acontecimiento, á fin «de que pueda determinar, etc.»

Despues de un momento de reflexion dijo Rodin.

—Tiene razon d'Aigrigny; esto es mas estraño que importante; no obstante, esto me llama la atencion..... Pensaremos en ello.

Volviéndose entonces Rodin hácia el criado portador de esta carta, le dijo entregándole la que acababa de escribir á Nini Moulin.

—Que lleven al momento esta carta á la persona á quien va dirigida, y que esperen la respuesta.

—Bien, padre mio.

En el momento en que el criado salia del cuarto de Rodin, entró en él un reverendo padre y le dijo:

—El reverendo padre Caboccini llega en este momento de Roma encargado de una mision para V. R. de parte de nuestro reverendísimo general.

Al oir estas palabras, la sangre de Rodin se heló en las venas; pero conservó una calma imperturbable y solo contestó:

—¿Dónde está el padre Caboccini?

—En el cuarto inmediato, padre mio.

—Decidle que entre, y dejadnos, dijo Rodin.

Un momento despues entró el padre Caboccini, y se quedó solo con Rodin.

XII.

Á UN SOCIO SOCIO Y MEDIO.

El reverendo padre Caboccini, jesuita romano que entró en el cuarto de Rodin, era un hombre culto, como de 30 años á lo mas, regordete, rechoncho y cuyo abdómen prominente por demas, levantaba la negra sotanilla.

Este padrecito era tuerto, pero el ojo que le quedaba estaba lleno de vivacidad; su rostro florido, alegre y espléndidamente coronado de una espesa caballera castaña que estaba rizada como la de un niño Jesus de cera: una espresion cordial hasta ser familiar, y unos modales espansivos y petulantes estaban en perfecta consonancia con la fisonomía de este personaje.

En un momento examinó Rodin el rostro del emisario italiano, y como conocia muy bien su compañía y las costumbres de Roma, esperimentó al momento una especie de presentimiento siniestro á la

vista de aquel padrecito de modales tan corteses: y hubiera temido mucho menos á algun otro padre alto, seco, de rostro austero y sepulcral, pues no ignoraba que la compañía procuraba, siempre que podia, engañar la vigilancia de los curiosos con las esterioridades de sus agentes.

Desconfiado, atento, con el ojo y el oido en acecho como un lobo viejo que ventea un ataque ó una sorpresa, Rodin, segun su costumbre se habia adelantado lenta y tortuosamente hácia el tuerto para tener tiempo de examinarle y de penetrar con seguridad lo que se encerraba bajo aquella apariencia de jovialidad; pero el romano no le dejó tiempo de hacerlo; y en el arranque de su impetuoso afecto, se lanzó casi desde la puerta al cuello de Rodin estrechándole entre sus brazos con efusion, abrazándole y volviéndole á abrazar muchas veces, y besándole sin cesar en ambas mejillas con tanto ruido, que aquellos besos mónstruos resonaban de un estremo al otro de la sala.

Nunca, en su vida, se habia encontrado en semejante fiesta; cada vez mas quieto por la maldad que debian ocultar tales abrazos, y tan ardientes besos, é irritado por otra parte por sus malos presentimientos, el jesuita frances hacia todos los esfuerzos posibles para sustraerse á las muestras tan exageradas de ternura que le daba el romano; pero este no le daba cuartel: sus brazos aunque cortos eran vigorosos, y Rodin fué besado y vuelto á besar por el tuerto hasta que este se cansó.

Inútil es decir que estas rabiosas acoladas, iban acompañadas de las esclamaciones mas amistosas, mas afectuosas y mas fraternales, pronunciadas en bastante buen frances pero con un acento italiano muy marcado.

El lector no habrá olvidado quizás, que conociendo los peligros que podrian traerles sus maquinaciones ambiciosas y sabiendo por la historia que el uso del veneno se habia mirado en Roma como una necesidad del estado y de la política, Rodin habiendo caido en desconfianza con la llegada del cardenal Malpieri, y subitamente atacado del cólera, pero ignorando que los atroces dolores que sufria eran los síntomas del contagio, esclamó lanzando una furiosa mirada al prelado romano: *Estoy envenenado.*

Las mismas aprensiones ocurrieron involuntariamente al jesuita mientras trataba con inútiles y violentos esfuerzos de evitar los abrazos del emisario de su general, y decia para sí:

—*Este tuerto me parece demasiado cariñoso... con tal que no haya veneno en estos besos de Judas.*

En fin, el buen padrecito Caboccini resoplando de fatiga se vió obligado á arrancarse de los brazos de Rodin, que componiendo su grasiento cuello, su corbata y su chaleco, é incómodo en alto grado con esta lluvia de caricias, dijo con tono regañon:

—Servidor, padre mio, servidor.... no hay para que besar tan fuerte...

Pero el buen padrecito, sin responder á esta reconvencion, y fijando en Rodin su único ojo con espresion de entusiasmo y acompañando estas palabras con ademanes petulantes, esclamó:

—*En fin, logro ver esta brillante antorcha de nuestra santa compañía, y puedo estrecharla contra mi corazon.... si.... si.... otra vez... otra vez...*

Y como el buen padre habia tomado aliento, se disponia á lanzarse de nuevo á los brazos de Rodin: este retrocedió con presteza, estendiendo los brazos hacia adelante como para defenderse, y dijo al impertérrito acariciador como aludiendo á la comparacion tan poco lógica del padre Caboccini.

—Basta, basta, padre mio: en primer lugar nadie estrecha á otro contra su corazon; en segundo, yo no soy una antorcha, yo no soy mas que un humilde trabajador de la viña del Señor.

El romano repuso con exaltacion, con énfasis:

—Teneis razon, padre mio, no se estrecha una luz contra el corazon, pero si se prosterna uno ante ella para admirar su deslumbrante brillantez.

Y el padre Caboccini hubiera acompañado la accion á la palabra, y se hubiera arrodillado delante de Rodin, si este no hubiese prevenido este movimiento de humillacion sujetando del brazo al romano, el cual seguia diciéndole con impaciencia:

—Ese objeto, mi querido padre, ese objeto me llena de alegria, de dicha y de ternura; yo he tratado de daros pruebas de esta ternura con mis caricias y halagos; y todo lo que yo he podido hacer es retenerlo durante todo el camino, porque él se lanzaba aqui, hácia nosotros, mi querido padre; ese objeto me transporta, me enagena; ese objeto.....

—Pero ese objeto que os enagena, esclamó Rodin exasperado á su manera meridional, é interrumpiendo al romano, ese objeto ¿cual es?

—Ese rescripto de nuestro reverendísimo y escelentísimo general os hablará de él, mi querido padre.....

Y Caboccini sacó de su cartera un pliego cerrado con tres sellos, el cual besó respetuosamente antes de entregarlo á Rodin, quien á su vez lo besó tambien y luego lo abrió con viva ansiedad.

Lo leyó el jesuita con rostro impasible, mas el precipitado latir de les arterias de sus sienes anunciaron lo agitado que interiormente se hallaba.

No obstante, metiéndose friamente la carta en el bolsillo, miró al romano y le dijo:

—Será hecho en todas sus partes lo que manda nuestro Escmo. general.

—De manera, esclamó Caboccini dando nuevas muestras de efusion y admiracion, que voy yo á ser la sombra de vuestra luz, vuestro segundo en una palabra; pues siendo asi, añadió, tendré el gusto y la dicha de no apartarme de vuestro lado ni de dia ni de noche; de ser vuestro *socius*, y últimamente, despues de haberos sido concedida licencia para no tener ninguno durante algun tiempo, segun vuestro deseo y el interés de los asuntos de nuestra compañia, nuestro Escelentísimo general cree conveniente sacarme de Roma para llenar á vuestro gusto esta funcíon; favor inesperado, inmenso, que colma mi reconocimiento á nuestro general, y mi afecto hácia vos, mi querido padre.

—No está mal pensado, dijo entre sí Rodin, pero no...... y en tierra de ciegos el que tiene un ojo es rey.

. . . .

La noche misma en que pasaba esta escena entre el jesuita y su nuevo *socius*, Nini-Moulin despues de haber recibido en presencia de Caboccini las instrucciones de Rodin, se habia ido á casa de Mme. de la Saint Colombe.

XIII.

MADAME DE LA SAINT COLOMBE.

Mme. de la Saint Colombe, que al principio de esta narracion habia ido á visitar la tierra y la quinta de la señorita de Cardoville con el designio de comprar aquella propiedad, habia cifrado su fortuna en un almacen de modas que tenia en las galerías de madera del Palacio Real, cuando entraron los aliados en París, en el cual las costureras eran mucho mas bonitas y mucho mas donosas que los sombreros que ponian.

Seria muy dificil de decir por qué medios esta criatura habia llegado á reunir

una fortuna considerable sobre la cual abrian sus ojos los reverendos padres que tan poco se curaban de la procedencia de los bienes de fortuna con tal que pudiesen recojerlos *(ad majorem Dei gloriam.)* Habian producido segun el A. B. C. de su oficio. Habiendo procurado los reverendos padres hacer conocimiento con esta muger apocada, en lo que menos se metian era en censurar estos abominables antecedentes. Ademas se habian dado bastante traza para atenuar sus *pecadillos*, porque su moral es facil y á todo se presta; pero la habian hecho entender que asi como un novillo llega con el tiempo á ser toro, asi los pecadillos se hacen grandes con la falta de penitencia; que creciendo con los años acaban por alcanzar la proporcion de los pecados enormes; y que entonces como terrible castigo de ellos se presentaba la fantasmagoría obligada del diablo y de sus cuernos, de sus llamas y de sus horquillas; en el caso en que por el contrario, la represion de los pecadillos fuese en tiempo oportuno y se formulase por medio de alguna buena donacion á su compañía, los reverendos padres se comprometian á alejar á Lucifer á sus hornos, mediante, se entiende, añadian los reverendos padres, valor en bienes muebles é inmuebles y á asegurar à la Saint Colombe un buen lugar entre los elejidos.

No obstante la ordinaria eficacia de estos medios, esta conversion habia presentado muchas dificultades. La Saint Colombe que apesar los de pesares solia acordarse de sus mocedades, habia tenido dos ó tres directores. En fin Nini-Moulin que que habia codiciado de todas veras la fortuna de esta criatura, habia contribuido alguna cosa á perjudicar á los reverendos padres en sus proyectos.

En el momento en que el escritor relijioso iba a casa de la Saint Colombe como mandatario de Rodin, ocupaba ella una habitacion en el primer piso en la calle de Richelieu; porque á pesar de su inconstancia en materia de casas, esta muger se complacia estraordinariamente en el ruido y tumultuoso aspecto de una calle de mucho paso y concurrencia. Esta habitacion estaba ricamente amueblada, pero siempre súcia y en desorden, á pesar del esmero de dos ó tres criados con quienes la Saint Colombe fraternizaba de la manera mas franca, á quienes reñía con la mayor furia.

Nosotros introduciremos al lector en el santuario donde esta criatura hacia algun tiempo que conferenciaba secretamente con Nini-Moulin.

La neófita codiciada de los reverendos padres estaba sentada en un canapé de caoba cubierta de seda color carmesí. Tenia dos gatos en las rodillas, y un perro de lanas á sus pies; al propio tiempo un papagayo ceniciento se movio de uno á otro lado encaramado en el respaldo del canapé, y la hembra menos favorecida gritaba, de cuando en cuando posada sobre su travesaño cerca del marco de la ventana; no asi lo mismo el papagayo: pero de cuando en cuando intervenia importunamente en la conversacion haciendo los mas espantosos juramentos, ó diciendo con todas sus letras algunas palabras deshonestas dignas del sitio donde se habia criado; y para no callar nada, este antiguo comensal de la Saint Colombe antes de su conversion, habia recibido de su ama esa educacion poco edificante y hasta le habia puesto un nombre harto malsonante, si bien se le quitó y le puso el modesto de *Bernabé*, luego que ella abjuró sus primeros errores.

En cuanto al retrato de la Saint Colombe, diremos que era una muger robusta, de cerca sesenta años de edad, ancha de cara, encarnada, un tanto bar

buda y de voz varonil. Su trage consistía aquella noche en una especie de turbante de color de naranja y un vestido de terciopelo violado á pesar de la estacion, á fines del mes de mayo; ademas tenia sortijas en todos los dedos y un ferronier de diamantes.

Nini-Moulin habia dejado el desaliñado saco que llevaba habitualmente, y en su lugar tenia un vestido negro completo y un gran chaleco blanco á la Robespierre: sus cabellos estaban cuidadosamente acomodados al rededor de la cabeza y habia dado á toda su fisonomía una espresion de beatitud tal como le pareció que debia servir mejor para sus proyectos matrimoniales y para neutralizar la influencia del abate Corbinet.

En este momento el escritor religioso dejando á un lado sus intereses, no se ocupaba de otra cosa que de desempeñar bien la delicada mision de que estaba encargado por Rodin; mision que por otra parte se le habia presentado diestramente por el jesuita bajo apariencias tan aceptables, y cuyo objeto, en todo caso, por ser honrado, escusaba los medios algo atrevidos.

—¿Conque, decia Nini-Moulin prosiguiendo una conversacion empezada mucho tiempo hacia, tiene 20 años?

—Todo lo mas, respondia la Saint-Colombe que parecia animada de la mayor curiosidad; pero eso que estais diciendo, querido mio, es una farsa (la Saint-Colombe estaba, como se ve, bajo un pié de dulce familiaridad con el escritor religioso.)

—Farsa... la palabra no es en verdad muy propia, querida amiga, dijo Nini-Moulin con aire afligido; tierno... interesante es lo que debeis decir; pues si de aqui á mañana encontrais á la persona de que se trata....

—Cáspita! de aqui á mañana, amigo mio, esclamó la Saint-Colombe con tono de galantería: como vais á su casa, hace mas de un año que no oigo hablar de ella... Ah, sí.... no obstante, Antonia, á quien encontré hace un mes, me dijo donde estaba.

—Entonces.... ¿no la pudiéramos descubrir por los medios que pensasteis al principio?

—Sí.... bribon, pero eso es muy delicado, esos pasos cuando una no tiene costumbre....

—¿Cómo, amiga mia, vos tan buena, vos que tanto trabajais por vuestra salvacion.... dudais dar algunos pasos... aunque desagradables.... cuando se trata de una accion ejemplar, cuando se trata de arrancar á esa jóven á Satanás y á sus pompas....?

Aqui el papagayo Bernabé pronunció dos espantosos juramentos perfectamente articulados.

En su primer movimiento de indignacion la Sainta-Colombe esclamó volviéndose hácia Bernabé en tono colérico:

—Este..... (y soltó una espresion del mismo género de las que Bernabé habia dicho) nunca se corregirá..... ¿Quiéres callarte?... (Aqui ensartó una letanía de palabras de las del vocabulario de Bernabé) Parece que lo haces á propósito... ayer mismo hizo subir los colores al abate Corbinet.... ¿Quieres callarte?

—Si reprendeis siempre á Bernabé por sus estravios con tal severidad, dijo Nini-Moulin conservando su imperturbable seriedad, acabareis por corregirlo. Pero volviendo á nuestro asunto, vamos, sed como siempre habeis sido, mi respetable amiga, amable en cuanto podais: ayudad á dos buenas acciones; la primera á arrancar, como he dicho.... á una jóven á Satanás y á sus pompas, asegurándole una subsistencia honrada, es decir los medios de volver á la virtud; la segunda, cosa

menos capital, á tratar de volver á la razon á una pobre madre que se ha vuelto loca de pena.... ¿Qué trabajo os cuesta esto?..... Dar algunos pasos..... y nada mas.

—Pero ¿porqué ha de ser esa jóven y otra no? Por qué es una especie de rareza.

—Ciertamente que sí, mi respetable amiga.... A no ser asi, esa pobre madre que está loca.... á la cual se quiere devolver el juicio, no sentiria á su vista lo que se quiere que sienta.

—Me parece muy bien.

—Vamos, haced un esfuerzo, amiga mia.

—Andad... farsante, dijo la Saint-Colombe con dulce abandono, no puedo aun menos de hacer lo que quereis....

—Es decir, interrumpió Nini-Moulin que consentís....

—Lo prometo.... y aun hago mas, voy ahora mismo á donde debo ir, para ahorrar tiempo. Esta noche.... estaré enterada de todo y si puede ser ó no...

Diciendo esto se levantó trabajosamente la Saint-Colombe, soltó sus dos gatos en el camapé, apartó al perro con el pie y tocó la campanilla con fuerza.

—Sois admirable.... dijo Nini-Moulin con dignidad, nunca lo olvidaré.....

—No os incomodeis, dijo la Saint-Colombe, interrumpiendo al escritor relijioso, no es por causa vuestra por la que me decido....

—¿Pues por causa de quién ó de qué? preguntó Nini-Moulin.

—Ah, ese es mi secreto, respondió la Saint Colombe; y dirijiéndose á su criada que acababa de entrar, añadió: Dile á Rastibone que vaya á buscarme un coche, y traeme mi sombrero de terciopelo de color de amapola con plumas.

Mientras la criada ejecutaba las órdenes de su ama, se acercó Nini Moulin á la Saint Colombe y le digo en voz baja, con tono modesto y sentido:

—Ya veis, mi hermosa amiga, que esta noche no os he dicho ni una palabra de mi amor.... ¿tendreis presente mi discrecion?

En este momento acababa la Saint Colombe de quitarse la cofia que colocó de repente sobre la cabeza calva de Nini-Moulin riendo á carcajadas.

El escritor relijioso pareció conmovido por esta prueba de confianza, y en el momento en que la criada volvia á entrar con el chal y el sombrero de su ama, besó con pasion aquella cofia, mirando á hurtadillas á la Saint Colombe.

. . . .

Al dia siguiente de esta escena, Rodin cuya fisonomia parecia triunfante, echaba al correo una carta con el sobre siguiente:

A monsieur Agrícol Boudoin.
Calle Brisse Miche núm. 2.
PARIS.
(Urgentísima.)

XIV.

LOS AMORES DE FARINGHEA.

El lector recordará que Djalma cuando supo por la vez primera que era amado por Adriana, en la embriaguez de su felicidad, dijo á Faringhea cuya traicion no sospechaba:

«Te has unido con mis enemigos, y yo «no te he hecho ningun mal... Eres ma«lo, sin duda porque eres desgraciado..: «y yo quiero hacerte feliz para que seas «bueno: ¿quieres oro? lo tendrás; ¿quie«res un amigo....? tu eres esclavo; yo «soy hijo de un rey; te ofrezco mi amis«tad.»

Faringhea reusó el oro y aceptó al parecer la amistad del hijo de Kadja-Sing.

Dotado de una noble inteligencia y de un profundo disimulo, el mestizo habia persuadido facilmente de la sinceridad de

su arrepentimiento, de su adhesion y de su gratitud á un hombre de carácter tan confiado y tan generoso como Djalma: ademas ¿qué motivo podia tener ya este para desconfiar del esclavo convertido en amigo? Seguro del amor de la señorita de Cardoville, á cuyo lado pasaba los dias, hubiera sido defendido por la saludable influencia de la jóven contra los pérfidos consejos ó contra las calumnias del mestizo, fiel y secreto instrumento de Rodin, que lo habia afiliado en su compañía. Pero Faringhea, cuyo tacto era completo, jamás obraba con lijereza; nunca hablaba al príncipe de la señorita de Cardoville, y esperaba con suma discrecion las confidencias que solian escaparse á Djalma en los raptos de su espansiva alegria.

Pocos dias despues que Adriana, por un poderoso esfuerzo de casta voluntad, escapó á la contagiosa embriaguez de la pasion de Djalma, al dia siguiente de aquel en que Rodin, seguro del buen écsito de la mision de Nini-Moulin cerca de la Saint Colombe, echó él mismo al correo una carta dirijida á Agrícol Baudoin, el mestizo bastante sombrio y taciturno algun tiempo hacia, pareció esperimentar una profunda tristeza, la cual llegó á tal estremo, que notando el príncipe el aire de desesperacion de aquel hombre á quien quería convertir al bien valiendose de su afecto y haciéndole dichoso, le preguntó repetidas veces la causa de su tristeza; pero el mestizo dando gracias al príncipe con efusion, guardó un silencio absoluto.

Recordando esto, se podrá comprender la escena siguiente, que pasaba á cosa del medio dia en la caseta de la calle de Clichy que ocupaba el indio.

Djalma contra su costumbre no habia pasado aquel dia con Adriana. Desde la víspera estaba prevenido por la jóven de que le ecsijiria el sacrificio de aquel dia entero para emplearlo en tomar las medidas necesarias para que su matrimonio fuese bendito y aceptable á los ojos del mundo, y que por lo tanto permaneciese rodeado de las restricciones que tanto ella como Djalma deseaban: en cuanto á los medios que debia emplear la señorita de Cardoville para lograr su objeto, en cuanto á la persona tan pura, tan respetable que habia de consagrar esta union era un secreto que no perteneciendo solamente á la jóven, no podia ser confiado á Djalma.

Por lo que respecta al indio, acostumbrado mucho tiempo hacia á consagrar todos sus instantes á Adriana, aquel dia entero pasado lejos de ella, era interminable. En fin, desde la escena apasionada durante la cual la señorita de Cardoville estuvo para sucumbir, desconfiando de su propio valor, suplicó á la Gibosa que nunca se apartase de ella; por esto la amorosa y ardiente impaciencia de Djalma habia llegado á su colmo.

Siendo presa alternativamente de una ardiente agitacion ó de una especie de entorpecimiento en el cual trataba de sumergirse para huir de los pensamientos que le causaban tales martirios, Djalma estaba tendido en un sofá con el rostro oculto entre las manos como para huir de una muy seductora vision.

De repente entró Faringhea en el gabinete del príncipe sin llamar antes á la puerta como tenia de costumbre.

Estremecióse Djalma al ruido que hizo el mestizo al entrar, levantó la cabeza y miró en redédor suyo con sorpresa; pero al ver el rostro pálido, y desencajado del esclavo, se levantó con presteza y dando algunos pasos hácia él, esclamó:

—¿Qué tienes, Faringhea?

Despues de un momento de silencio, y como si cediese á una penosa necesidad, Faringhea arrojándose á los pies de Djalma murmuró con voz débil y con acento de desesperaba súlica estas palabras:

—Soy muy desgraciado... tened piedad de mí, señor!

El acento del mestizo fué tan tierno, y el acerbo dolor que parecia sufrir daba á sus facciones generalmente impasibles y duras tal espresion de sentimiento, que Djalma se enterneció é inclinándose para levantar al mestizo, le dijo con dulzura:

—Habla... habla... la confianza calma los tormentos de corazon... Ténla en mí, amigo mio... y cuenta conmigo... El ángel me lo decia hace poco: el amor dichoso no sufre lágrimas á su alrededor.

—Pero el amor desgraciado, al amor miserable, el amor engañado... derrama lágrimas de sangre; replicó Faringhea con doloroso abatimiento.

—¿De qué amor engañado estás hablando? dijo Djalma sorprendido.

—Yo hablo de mi amor, respondió el mestizo con aire sombrío.

—¿De tu amor? repuso Djalma cada vez mas sorprendido: la desgracia te ha hecho malo... sé dichoso y serás bueno...

—En estas palabras habia yo visto un presagio; y se hubiera dicho que para entrar en mi corazon un amor noble, esperaba que el odio y la traicion desapareciesen de este mismo corazon... entonces, yo que soy medio salvaje, he hallado una muger bella y de pocos años que correspondia á la pasion que le profesaba; al menos así lo he creido... pero yo he sido traidor para vos, monseñor, y para los traidores, aun los arrepentidos de haberlo sido, no hay dicha en este mundo... En cambio... yo he sido vendido... indignamente vendido...

Y luego viendo el movimiento de sorpresa del príncipe, añadió el mestizo como si se hallase totalmente confundido.

—Perdon, no me critiqueis... monseñor; los mas espantosos tormentos no me habrian arrancado esa confesion..... Pero vos, hijo de rey, os habeis dignado decir á vuestro esclavo... *sé mi amigo*...

—Y ese amigo..... te agradece por la confianza que has hecho de él, dijo vivamente Djalma, y léjos de criticarte te consolará.... está seguro de ello..... Pero criticarte... ¿yo?...

—El amor que me ha hecho traicion merece tanto desprecio como burla... dijo Faringhea con amargura, y hasta los hombres mas envilecidos tienen derecho para señalarlos desdeñosamente con el dedo... porque en este pais la vista del hombre engañado en lo que es el alma de su alma, la sangre de su sangre... la vida de su vida, hace encojer los hombros y echarse á reir.

—Pero ¿estás tú cierto de esa traicion? preguntó dulcemente Djalma; y luego añadió con cierto aire de duda que probaba la bondad de su corazon..... Escucha, y dispensa que te hable de cosas pasadas..... (lo cual por otra parte te probará que yo no conservo memoria alguna que pueda desfavorecerte, y que, ademas, creo en el arrepentimiento y en el afecto de que estás dándome testimonios todos los dias). Recuerda que yo tambien he creido que el ángel, objeto actualmente de mi delicia, no me amaba..... y sin embargo eso era falso... ¿Quién puede asegurarte que no se ha abusado de tí, como á mí me ha pasado, por medio de engañosas apariencias?

—¡Ay! monseñor, bien quisiera creerlo... pero no lo espero... En esta incertidumbre... mi cabeza se halla trastornada, me siento incapaz de tomar una resolucion, y acudo á vos, monseñor.

—Pero ¿qué es lo que te ha hecho que sospeches?

—Su frialdad... que es lo que á veces sucede á su aparente ternura. La repulsa que me ha dado en nombre de sus deberes... y, ademas... No continuó el mestizo, pareció ceder á una reticencia; mas luego dijo al cabo de algunos instantes de

silencio: En fin, monseñor, ella sujeta su amor á la razon..... prueba clara de que no me amaba ó que no me ama ya.

—Al contrario, quizá te ama mas, si sujeta á la razon el interés, la dignidad de su amor.

—Eso es lo que todas dicen, repuso el mestizo con violenta ironía, fijando la vista en Djalma: al menos así hablan todas las que aman poco..... empero las que aman mucho, jamás manifiestan esa ofensiva desconfianza; para ellas una palabra del hombre á quien adoran es una órden... y no desaprovechan ocasion en que poder exaltar la pasion del que aman hasta el delirio para dominarle así del todo...

No, no, lo que el amante les pide aun que deba costarles el honor y la vida, se lo otorgan, porque ellas el deseo y la voluntad de sus amantes son superiores á toda consideracion divina y humana. Pero esas mugeres, y la que me trae atormentado es del número de ellas, esas mugeres astutas que cifran su indigno orgullo en dominar al hombre y en hacerlo esclavo, esas mugeres que se complacen en irritar en vano sus pasiones hasta el punto de parecer que ceden á ellas..... esas mugeres son demonios... gózanse en las lágrimas, en los tormentos del hombre que las ama con el candor de un niño.

Mientras se muere de amor á sus pies, esas pérfidas criaturas en sus infundadas desconfianzas calculan habilmente el efecto de sus repulsas..... Oh! qué frias y cobardes son esas mugeres al lado de las apasionadas y valientes que perdidas de amor dicen al hombre que adoran: «ser hoy tuya..... segun tu deseo, tuya, toda tuya; y mañana el abandono, la deshonra, la muerte para mí; ¿qué me importa? sé dichoso, mi vida no vale una lágrima tuya.....»

La frente de Djalma se habia anublado algun tanto y poco á poco al escuchar las palabras del mestizo, para con quien habia guardado el mas completo silencio acerca de los diferentes incidentes de su pasion hácia la señorita de Cardoville, por cuyo motivo no podia hallar el príncipe en aquellas espresiones otra cosa mas que una alusion involuntaria y traida por la casualidad á las desconsoladoras negativas de Adriana. Sin embargo, Djalma sintió un momento lastimado su orgullo al pensar que en efecto, como decia Faringhea, habia consideraciones y deberes que una muger enamorada ponia á mayor altura que su amor; pero esta idea amarga y dolorosa se borró bien pronto de la imaginacion de Djalma, gracias á la dulce y benéfica influencia del recuerdo de Adriana. Su frente fué serenándose poco á poco, y despues de un momento respondió al mestizo que le observaba con la mayor atencion mirándole de reojo.

—El dolor te ofusca..... Si no tienes mas motivos para dudar de la muger a quien amas;... si no tienes mas razon que esas vagas sospechas que estravian tu suspicacia, tranquilízate..... Tu eres amado..... y acaso mas de lo que tu crees....

—¡Ojalá que fuese asi, monseñor! contestó el mestizo con el mayor abatimiento despues de algunos instantes de silencio. Y luego añadió como afectado por las palabras de Djalma: y sin embargo me digo yo á mí mismo: cuando en esta muger hay algo que se sobrepone al amor que me profesa..... como es la delicadeza, el escrúpulo, la dignidad, el honor..... si me ama, no me ama lo bastante para sacrificarme sus delicadezas, sus escrúpules, su dignidad, su honor..... ¿Y qué me importa lo demas en este caso?... ¿A qué viene á quedar reducido mi amor despues de todo esto?...

—Te equivocas, amigo mio, le replicó dulcemente Djalma á pesar de la desagradable impresion que habian hecho en su

interior las palabras del mestizo. Sí: te equivocas. Cuanto mayor es el amor de una muger, tanto mas digno y mas casto es ese mismo amor..... Él es unicamente quien suscita esos escrúpulos, esas delicadezas; quien lo domina todo..... en lugar de dejarse dominar por todo.

—Teneis razon, monseñor...... repuso el mestizo con una amarga ironía: esa muger me impone á mí su modo de amar, su manera de manifestar su cariño;... yo debo obedecerla.....

Y luego interrumpiéndose de repente el mestizo, ocultó el rostro entre sus manos, exhaló un profundo suspiro, retratándose en sus facciones una mezcla singular de cólera, de rabia y de desesperacion tan terrible y dolorosa al mismo tiempo, que Djalma, mas conmovido cada vez, no pudo menos de decirle cogiéndole una mano:

—Tranquiliza esos arrebatos..... Escucha la voz de la amistad, que ella conjurará esa mala influencia..... Habla: habla.....

—¡Ah! no... Esto es demasiado cruel...

—Habla, te digo.....

—Abandonad á un desgraciado á su incurable desesperacion.....

—¿Me crees tu capaz de hacer eso? dijo Djalma con cierta especie de dignidad y de dulzura, que pareció hacer alguna impresion en el ánimo del mestizo.

—¡Ay! esclamó este titubeando todavia: ¡Vos lo quereis, monseñor!

—Sí: yo lo quiero.

—Pues bien.... Sabed que no os lo he dicho todo aun... En el momento de ir á hacer esplícitamente esta confesion.... la vergüenza... el temor de que me reprendais, me ha detenido la lengua... Me preguntais que razones tengo yo para creer una traicion.... Ya os he hablado de sospechas...., de negativas..... de tibieza..... pero todavia hay mas..... Esta noche..... esa misma muger....

—Acaba.... acaba....

—Esta muger ha dado una cita para esta noche.... al hombre que ella prefiere....

—¿Quien te lo ha dicho?

—Un desconocido que se ha compadecido de mi ceguedad.

—¿Y si este hombre te engañara.... ó se engañase?

—Me ha ofrecido las pruebas de lo que me decia.

—¿Que pruebas son esas?

—La de hacerme que sea testigo de esa cita: puede ser, me ha dicho tambien, que esa entrevista no sea culpable á pesar de las apariencias que tiene contra sí..... Vos mismo podeis juzgar, me ha añadido, tened valor y vuestras crueles incertidumbres cesarán.

—¿Y qué has respondido tú?

—Nada.... monseñor.... Estaba fuera de mí como lo estoy ahora.... Y al oirle decir esto á aquel hombre he venido á pediros un consejo....

Y luego haciendo un gesto de desesperacion añadió el mestizo con aire arrebatado y soltando una carcajada salvaje:

—¡Consejo!.... ¡Consejo!... A la hoja de mi candjiar es á quien yo debia pedirselo... y ella me hubiera dicho: sangre... sangre....

Y al decir esto el mestizo llevó convulsivamente su mano á un largo puñal que tenia colgado de la cintura.

Hay una especie de contagio funesto, fatal en ciertos arrebatos.

A la vista de las facciones de Faringhea alteradas por los celos y por el furor, no pudo menos de estremecerse Djalma, acordándose del acceso de ira y de insensata rabia de que se habia visto poseido cuando la princesa de Sain-Dizier habia desafiado á Adriana á que negara que se habia encontrado en su gabinete dormitorio á Agricol Baudoin, su pretendido

amante. Pero tranquilizado al momento por la noble y digna serenidad de la jóven, Djalma no habia tardado en mirar con un soberano desprecio aquella horrible calumnia á la cual ni aun se habia dignado contestar Adriana.

Sin embargo, por dos ó tres veces, así como un relámpago tempestuoso surca alguna vez el cielo mas puro y mas radiante, así el recuerdo de esta indigna acusacion habia atravesado por la imaginacion del indio como una llamarada de fuego que se desvanece bien pronto, en medio de la serenidad de su ventura y de su inefable confianza en el corazon de Adriana.

Estos recuerdos y estas negativas apasionadas de la jóven que entristecian algunos instantes á Djalma, le hicieron ser todavia mas compasivo con Faringhea que lo que hubiera sido sin esta secreta y estraña relacion y coincidencia entre la situacion del mestizo y la suya, porque por propia esperiencia sabia el grado de delirio a que puede llevar un ciego furor; y queriendo continuar en domar al mestizo á fuerza de cariño y de bondad, le dijo Djalma con voz dulce y grave:

—Yo te he ofrecido mi amistad.... Yo quiero obrar contigo como la amistad lo exige.

Pero el mestizo que parecia estar siendo presa en aquellos momentos de un furor sordo y concentrado, y que estaba con la vista fija y sin mirada, no dió muestras de haber oido al príncipe.

Entonces este poniéndole la mano sobre el hombro añadió:

—Faringhea... escúchame....

—¡Monseñor!..... dijo el mestizo haciendo un brusco estremecimiento como si se despertára sobresaltado. Perdonad... pero...

—En las angustias en que te lanzan tus crueles sospechas.... no es á tu candjar á quien debes pedir consejo... sino á tu amigo..... y ya te he dicho que yo soy tu amigo.

—¡Monseñor!...

—Es preciso ir á esa cita.... en la que dicen que quedará probada la inocencia... ó la traicion de la muger á quien amas... Es preciso ir á esa cita....

—¡Oh!... Sí, dijo el mestizo con una voz ronca y una siniestra sonrisa. Sí, sí, yo iré....

—Pero tú no irás solo....

—¿Qué quereis decir con eso, monseñor? esclamó el mestizo. ¿Quién me ha de acompañar?

—Yo...

—¡Vos monseñor!...

—Sí: yo; tal vez para evitarte un crímen.... porque yo sé muy bien..... cuan ciegos é injustos suelen ser frecuentemente los primeros impulsos de la cólera....

—Pero los primeros impulsos nos dejan vengados, repuso el mestizo con una sonrisa cruel.

—Faringhea... este dia es mio todo él; puedo disponer de mí libremente; y no me separaré de tí, dijo resueltamente el príncipe; ó no vas tú á esa cita... ó te he de acompañar yo....

El mestizo pareció quedar vencido por esta generosa insistencia, se arrojó á los piés de Djalma, le tomó la mano, llevándola primero respetuosamente á su frente, y luego á sus labios, y despues dijo:

—Es preciso que seais generoso hasta el estremo para que me perdoneis.....

—¿Qué quieres que te perdone?...

—Antes de llegar á vuestra presencia..... habia ya tenido yo la audacia de pensar en pediros..... lo mismo que acabais de ofrecerme..... No sabiendo hasta qué punto podria arrastrarme el furor.... habia pensado en pediros esta prueba de-

bondad que tal vez no concederiais á uno de vuestros iguales. ... Pero despues no me he atrevido..... He retrocedido tambien delante de la confesion de esa traicion que temo, y me habia limitado á deciros solamente que yo era muy desgraciado... porque..... á vos solo en el mundo... podia yo deciroslo.

Es imposible describir la casi cándida sencillez con que el mestizo pronunció estas palabras, y el acento penetrante, tierno y mezclado de lágrimas que habia sucedido á su arrebato salvage.

Djalma profundamente conmovido le tendió la mano, le hizo levantar del suelo y le dijo:

—Tú tenias derecho para pedirme una prueba de afecto..... Yo me creo feliz en haberte prevenido.... Vamos.... valor.... y ten esperanza..... Yo te acompañaré á esa cita y si he de dar crédito á mis deseos..... verás como te han alucinado algunas falsas apariencias.

. . . .

Cuando llegó la noche el mestizo y Djalma envueltos en sus capas subieron en un coche de alquiler.

Faringhea dió al cochero las señas de la casa de la *Sainte-Colombe.*

XV.

UNA NOCHE EN CASA DE LA SAINTE-COLOMBE.

Subidos en el coche Djalma y Faringhea, se dirigieron a la habitacion de la *Sainte-Colombe.* Pero antes de proseguir la relacion de esta escena, es necesario que digamos algunas palabras retrospectivas.

Nini-Moulin que continuaba ignorando el verdadero objeto de los pasos que daba por instigacion de Rodin, habia ofrecido el dia anterior, con arreglo á las órdenes de este personage, una suma bastante considerable á la Sainte-Colombe á trueque de obtener de ella, que era como siempre interesada y avara, la libre disposicion de su cuarto por toda aquella noche. La Sainte-Colombe habia aceptado esta proposicion harto ventajosa para que ella la desechara, y habia salido de Paris aquella misma mañana con todos sus criados, á los cuales decia que en recompensa de sus buenos servicios queria convidarlos á pasar un dia de campo.

Dueño Rodin de la habitacion por este medio, con una peluca negra, anteojos azules, embozado en una capa, con la barba embutida en una alta corbata de estambre, y, en una palabra, perfectamente disfrazado, habia venido aquella misma mañana con Faringhea á reconocer la habitacion y á dar sus instrucciones al mestizo. Este, despues de haberse marchado el jesuita, habia hecho en menos de dos horas, gracias á su habilidad y á su desembarazo, los preparativos mas importantes, y se habia vuelto en seguida á su casa á representar para con Djalma, y con una detestable hipocresía, la escena descrita en el capitulo anterior.

Mientras duró el tránsito de la calle de Clichy á la de Richelieu, en donde vivia la Sainte-Colombe, pareció estar Faringhea sumido en un doloroso abatimiento, hasta que rompiendo de pronto el silencio, dijo á Djalma con voz ronca y violentada:

—Monseñor... á mí me venden;..... es preciso que yo tome venganza.

—El desprecio por sí solo es una venganza terrible, contestó Djalma.

—No: no, replicó el mestizo con una cólera sofocada, no es bastante... Cuanto mas se acerca el momento, mas me convenzo de que necesito sangre.....

—Escúchame.....

—Monseñor, tened compasion de mí... Yo estoy acobardado... tengo miedo..... Yo retrocedo delante una venganza..... En este momento daria por ella..... tormento por tormento. Dejad que me se-

pare de vos, monseñor..... Dejadme ir solo á esa cita.....

Y al decir esto Faringhea, hizo un movimiento como si quisiera arrojarse del carruage.

Djalma lo detuvo cogiéndole por el brazo y le dijo:

—Espera.... Yo, me separo de tí... Sí te venden no derramarás sangre... El desprecio te vengara..... la amistad te consolará.

—No, no, monseñor..... Estoy firme mente resuelto.......... Despues que yo haya matado..... me mataré á mi mismo, esclamó el mestizo con una terrible exaltacion. Para los traidores este candjiar... y puso la mano en el largo puñal que llevaba á la cintura. Para mi el veneno que este puñal encierra en su empuñadura...

—¡Faringhea!

—Monseñor..... perdonadme si os desobedezco..... Es preciso que se cumpla mi destino.....

El tiempo urgia, y Djalma desesperando de poder calmar la rabia del mestizo, se resolvió á apelar á la astucia.

Despues de algunos minutos de silencio dijo á Faringhea:

—Yo no me separaré de tí... haré cuanto pueda para evitarte un crimen... Si no lo consigo.... si desoyes mi voz.... caiga sobre tí la sangre que tu derrames.... Jamas mi mano volverá á tocar la tuya.....

Estas palabras parecieron hacer una impresion profunda en Faringhea, el cual dió un largo gemido é inclinando la cabeza sobre el pecho, permaneció silencioso en actitud de meditar. Djalma que notó esta circunstancia al débil resplandor que de los faroles entraba en el carruage, se disponía á valerse de la sorpresa ó de la fuerza para desarmar al mestizo, pero este que con una mirada oblicua habia adivinado la intencion del príncipe, puso bruscamente su mano en el candjiar, lo desprendió de su ceñidor junto con la vaina, y teniéndolo todavia en la mano dijo con un tono solemne y enojado á la vez:

—Este puñal manejado por una mano firme, es temible..... Tiene en el pomo encerrado un veneno sutil como lo son todos los de nuestro pais.

Y empujando un muelle que estaba oculto en la empuñadura del candjiar, se levantó por arriba una chapa pequeña y dejó ver la boca de un frasquito de cristal que estaba embutido dentro del mango de aquella arma traidora.

—Con poner dos ó tres gotas de este veneno en los labios, añadió el mestizo, la muerte viene..... lenta.... tranquila y dulce... sin agonía al cabo de seis horas... siendo el primer síntoma el ponerse las uñas azuladas. Pero el que se beba todo este veneno de un trago.... caerá muerto.... de repente sin el mas pequeño dolor y como herido por el rayo....

—Si, respondió Djalma, ya se yó que hay en nuestro pais venenos misteriosos que apagan poco á poco la vida ó que matan con la velocidad del rayo... Pero ¿por qué reflecsionar tan tristemente sobre las funestas propiedades de esta arma?

—Para manifestaros, monseñor, que en este candjiar está la seguridad y la impunidad de mi venganza.... Con el acero mato y con el veneno me libro de la venganza de los hombres por medio de una muerte rápida.... y sin embargo.... os abandono.... este candjiar.... Tomadlo, monseñor... prefiero renunciar á mi venganza à hacerme indigno de volver á tocar vuestra mano....

Y el mestizo alargó el puñal al príncipe.

Djalma tan contento como sorprendido de aquella inesperada determinacion, se apresuró á tomar el arma colgándola de su ceñidor, en tanto que el mestizo con voz conmovida añadia:

—Guardad ese candjiar, monseñor.... y cuando hayamos visto y oido.... lo que vamos á ver y oir, ó vos me entregais el puñal y yo mataré á una infame... ó me dareis el veneno... y moriré sin matar... A vos os corresponde mandar.... á mi me toca obedecer....

En el momento mismo en que iba á responder Djalma, se detuvo el coche á la puerta de casa de la Sainte Colombe.

El príncipe y el mestizo bien embozados en sus capas, entraron en un portalon oscuro cuyas puertas cocheras se cerraron inmediatamente detras de ellos. Faringhea habló algunas palabras con el portero y este le entregó una llave.

No tardaron los dos indios en llegar á una de las puertas de la habitacion de la Sainte-Colombe. Esta habitacion tenia dos entradas por esta parte, y una puerta falsa que daba al patio.

En el momento de poner la llave en la cerradura, Faringhea dijo á Djalma con voz algun tanto alterada:

—Monseñor.... compadeceos de mi debilidad.... Pero en este momento terrible.... tiemblo.... titubeo..... Acaso fuera mejor no querer desentrañar estas terribles dudas.... ó por lo menos olvidar...

Y luego en el instante mismo en que el príncipe iba á contestarle, añadió:

—No, no... Afuera la cobardia...

Acto contínuo abrió precipitadamente la puerta, dió algunos pasos hácia adentro y Djalma le siguió.

Despues que entraron y que la puerta se cerró, se hallaron el mestizo y Djalma en un corredor estrecho y rodeados de una profunda oscuridad.

—Vuestra mano, monseñor.... Dejadme que os guie y caminad sin hacer ruido: dijo el mestizo en voz baja.

Y alargó entonces su mano que agarró el príncipe.

Asi se adelantaron los dos silenciosamente en medio de aquellas tinieblas.

Despues de haber hecho que Djalma diera un largo rodeo abriendo y cerrando muchas puertas, se detuvo de repente el mestizo y dijo en voz baja al príncipe soltándose de su mano:

—Monseñor, se acerca el instante decisivo..... Esperemos aqui algunos momentos.

Un profundo silencio siguió á estas palabras del mestizo.

La oscuridad era tan completa, que Djalma no distinguia nada. Al cabo de un minuto oyó á Faringhea que se alejaba de él, y luego sintió el ruido de una puerta que de repente se abria y cerraba con dos vueltas en la llave.

Esta súbita desaparicion empezó á inquietar á Djalma. Por un movimiento instintivo y maquinal, llevó su mano al puñal y dió á tientas algunos pasos hácia donde él suponia haber una salida.

De pronto llegó á sus oidos la voz del mestizo, y sin que supiera en donde se encontraba este al hablarle, oyó que le decia:

—Monseñor..... vos me habeis dicho: Sé mi amigo..... Pues bien, yo obro como amigo..... He empleado el engaño para traeros aqui.... porque la ceguedad de vuestra funesta pasion os hubiera impedido entenderme y seguirme.... La princesa de Saint-Dizier os ha nombrado ya á Agricol Baudoin.... amante de Adriana de Cardoville.... Escuchad.... mirad..... juzgad....

Y la voz calló.

Parecia que habia salido de uno de los ángulos de la habitacion en que estaba el príncipe.

Djalma rodeado siempre de tinieblas y conociendo demasiado tarde el lazo en que habia caido, se estremeció de rabia y casi de espanto.

—¡Faringhea.... ! esclamó: ¿En dónde estoy...? ¿En dónde estás tú...? Abre-

me por tu vida.... Yo quiero salir de aqui al momento....

Y Djalma poniendo las manos por delante, dió precipitadamente algunos pasos hasta que tocó una pared vestida de seda; la siguió á tientas, esperando encontrar alguna puerta. La halló en efecto, pero estaba cerrada.... y en vano trató de forzar su cerradura, porque ella resistió á todos sus esfuerzos. Continuó luego sus investigaciones y halló una chimenea, cuyo hogar estaba sin lumbre, y despues tocó otra puerta igualmente cerrada; y al cabo de pocos minutos habia dado la vuelta por toda la habitacion y se hallaba al lado de la chimenea que habia encontrado al principio.

La ansiedad del príncipe se aumentaba por momentos, y con una voz trémula de cólera llamaba á Faringhea.

Nadie le respondia.

Fuera reinaba el mas profundo silencio...

Dentro las mas completas tinieblas...

Bien pronto una especie de vapor perfumado de una indecible suavidad, pero muy sútil y muy penetrante, se esparcia insensiblemente en aquella pequeña habitacion en que se encontraba Djalma. Cualquiera hubiera dicho que la boca de un tubo que atravesaba alguna de las puertas del cuarto, introducia alli esta corriente de aire embalsamado.

Djalma en medio de las terribles preocupaciones y ajitado por la cólera, no reparó ni aun ligeramente en aquel aroma... pero no tardaron en comenzar á latir vio lentamente las arterias de sus sienes y á circular por sus venas un calor intenso y abrasador. Percibió entonces una sensacion indefinible; los violentos resentimientos que le agitaban, parecieron ir estinguiéndose lentamente en él y á su pesar, é iba sumiéndose en una pesadez letargosa, dulce é inefable, sin que él pudiera darse cuenta clara á sí mismo de la trasformacion que estaba sufriendo.

Sin embargo, como un postrer esfuerzo de su ya vacilante voluntad, Djalma se adelantó á la ventura como para intentar otra vez abrir á la fuerza alguna de las puertas, á la que en efecto se acercó, pero en este punto el vapor embalsamado era tan penetrante que ejercia doble fuerza, y Djalma no teniendo ya la fuerza necesaria para hacer un movimiento, se apoyó para sostenerse contra la misma puerta (1).

Entonces sucedió una cosa singular.

En una pieza inmediata comenzó á esparcirse en toda ella un resplandor débil. Djalma abismado en una completa alucinacion, notó que habia una abertura de la figura de un ojo grande, que recibia y comunicaba luz á la pieza en que él estaba.

Por el lado del cuarto en que el príncipe se encontraba, este agujero estaba defendido por un enrejadillo de alambre tan fino como sólido y que apenas interceptaba la vista; y por el otro lado era un grueso cristal de espejo pero sin azogar, colocado al través del grueso del tabique y separado unas dos ó tres pulgadas del enrejadillo.

La sala que por esta abertura se descubria y que vió Djalma iluminarse débilmente con un resplandor dulce, incierto y opaco, estaba ricamente amueblada.

---

(1) Véanse los singulares efectos de Wamba, goma resinosa que produce un arbusto del Himalaya, y cuyo vapor tiene propiedades *exhilarantes* de estraordinario vigor, y mucho mas poderosas que las del opio, del *hachich* etc. Se atribuye al efecto de esta goma la especie de alucinacion que se apoderaba de aquellos desgraciados, de quienes el *príncipe de los asesinos* (el viejo de la montaña) hacia instrumentos de sus venganzas.

Entre dos ventanas adornadas con sus cortinas de seda carmesí, habia un grande armario embutido en la pared cuya puerta formaba un espejo. Enfrente de la chimenea en la cual no habia mas que brasas que se presentaban con un color como de sangre estaba un sofá ancho y largo bien guarnecido de almohadones.

Habria pasado un corto instante cuando entró una muger en esta sala. No podia verse ni su rostro ni su talle por lo cuidadosamente envuelta que venia en un manton de capuchon de figura estraña y de color oscuro.

La vista de este manton hizo estremecer á Djalma. A la deleitosa sensacion que habia sentido al principio. sucedia una agitacion febril semejante á los crecientes vapores de la embriaguez; y en sus oidos zumbaba ese rumor estraño que se siente al sumergirse en una gran profundidad de agua...

Djalma continuaba mirando con una especie de estupor lo que pasaba en la sala inmediata.

La muger que se habia introducido en ella habia entrado con precaucion, y aun ca si con temor. Su primera operacion habia sido ir á descorrer uno de los cortinajes, y arrojar una mirada á la calle al través de las persianas; y en seguida se habia vuelto lentamente hácia la chimenea en la cual se habia recostado por un momento pensativa y siempre cuidadosamente envuelta en su manton.

Djalma entregado completamente á la influencia del *exhilarante* que turbaba su razon, y habiéndose olvidado absolutamente de Faringhea y las circunstancias que lo habian traido á aquella casa, concentraba todo el poder de su atencion en el espectáculo que se ponia á su vista.... y al cual asistia él como si hubiera sido espectador de uno de sus sueños..... teniendo siempre fijos sus ardientes ojos en aquella muger.

De repente la vió Djalma separarse de la chimenea, dirijirse al espejo y despues de haberse estado mirando allí algun poco de tiempo dejar caer hasta los pies el manton en que iba envuelta.

Djalma permaneció aterrado.

Sus ojos miraban á Adriana de Cardoville.

Sí: él creia estar mirando á Adriana de Cardoville tal como la habia visto la víspera y vestida con el mismo trage con que habia recibido la visita de la princesa de Saint-Dizier. Todo el trage y todos los adornos eran los mismos en cuanto el indio podia juzgar al resplandor de una luz casi crepuscular y al través del enrejadillo y del cristal. Aquel era su talle de ninfa: aquellos eran sus hombros de mármol, su cuello de cisne tan elegante y tan gracioso...

En una palabra, aquella era la señorita de Cardoville... no podia dudarlo... no lo dudaba.

Un sudor ardiente inundaba el rostro de Djalma, su ecsaltado vértigo crecia mas y mas, sus ojos estaban hinchados, su pecho latia agitadamente... permanecia inmóvil..... y miraba sin reflecsionar y sin pensar.

La jóven, que seguia siempre vuelta de espaldas hácia Djalma, despues de haber atusado sus cabellos con una espresion de coquetería llena de gracia, se quitó los adornos que traia en la cabeza, los colocó sobre la chimenea, en seguida hizo un movimiento como para desabrocharse el vestido, pero separándose entonces del espejo delante del cual habia estado al principio, desapareció un instante á los ojos de Djalma.

— *Está esperando á Agricol Baudoin su amante...*

Dijo desde el fondo de la oscuridad una voz que parecia salir de la pared de la pieza oscura en que se encontraba el príncipe.

A pesar del trastorno de su espíritu! aquellas palabras terribles *Está esperando á Agrícol Baudoin su amante....* atravesaron el cerebro y el corazon de Djalma, punzantes, abrasadoras como un rayo.... Una nube de sangre pasó por su vista; dió un rugido sordo que el grueso del cristal no permitió que se oyera en la sala inmediata, y el desgraciado se desluzo las uñas al querer arrancar el enrejadillo de hierro que habia en la abertura....

Llegado á este estado de ecsaltacion, de rabia despedazadora, vió Djalma que la luz ya de por si indecisa que iluminaba la otra sala se debilitaba mas todavia, como si á propósito se la húbiera, atenuado y luego al través de aquel vaporoso claro oscuro vió aparecer otra vez á la jóven vestida con una larga bata blanca, que dejaba ver sus brazos y sus hombros desnudos sobre los cuales fl taban en largos bucles sus cabellos de oro.

Se dirigia lenta y cuidadosamente hácia una puerta que Djalma no podia ver.

En este momento una de las salidas de la habitacion en que estaba el príncipe, la cual se hallaba en el mismo lienzo de pared que la abertura por donde aquel miraba, se abrió suavemente por una mano invisible. Djalma lo conoció en el ruido que sonó en la cerradura y en la columna de aire fresco que vino á darle en el semblante, pero á él no llegó ni el mas pequeño rayo de claridad por aquella parte.

Esta salida que acababa de dejarse á Djalma, asi como una de las puertas de la sala inmediata en que se hallaba la jóven, daba á una antesala que se comunicaba con la escalera, hacia cuyo punto no tardó en oirse el ruido que hacia alguno al subir por ella, y que deteniéndose un momento dió dos golpes como en actitud de llamar en la puerta esterior.

—*Ese es Agricol Baudoin.... Escucha y mira.*

Dijo en la oscuridad la voz que el príncipe habia oido ya anteriormente.

Ebrio, insensato, pero con la resolucion y la idea fija de un ebrio y de un insensato, Djalma desenvainó el puñal que le habia dejado Faringhea.... y luego se quedó inmóvil aguardando.

Apenas sonaron los dos golpes dados por la parte de afuera, la jóven saliendo de la sala en que estaba y de la cual se escapaba un débil resplandor, corrió á la puerta de la escalera, de manera que alguna pequeña claridad llegó hasta la puerta entreabierta del cuarto en que se hallaba Djalma escondido y con el puñal en la mano.

Desde aqui fué desde donde vió atravesar á la jóven por la antesala, y acercarse á la puerta de la escalera diciendo en voz baja:

—¿Quién es?

—*Yo*: Agrícol Baudoin, respondió desde afuera una voz varonil y robusta.

Lo que sucedió en seguida, pasó con tal rapidez que solamente el pensamiento puede concebir a guna idea de ello.

Apenas descorrió la jóven el pasador de la puerta, apenas habia entrado en la antesala Agrícol Baudoin, cuando Djalma saltando como un tigre hirió, casi puede decirse que á un mismo tiempo, porque tan precipitados fueron sus golpes, á la jóven que cayó muerta y á Agrícol que sin estar mortalmente herido vaciló y cayó no lejos del cuerpo inanimado de aquella desgraciada.

Esta escena de matanza rápida como el relámpago habia pasado casi á oscuras; pero de repente la débil luz que alumbraba la sala de donde habia salido la jóven, se apagó del todo; y un momento despues sintió Djalma que en medio de aquellas tinieblas un puño de hierro lo agarraba por el brazo, y luego oyó la voz del mestizo que le decia:

—Ya estás vengado... Ven... la retirada es segura.

Djalma ébrio, inerte y ofuscado por el asesinato que acababa de cometer, no hizo ninguna resistencia y se dejó arrastrar por el mestizo hácia la habitacion que tenia las dos salidas.

. . . .

Rodin habia hecho su esclamacion, admirando la generadora sucesion de pensamientos, y que la palabra *collar* habia sido el gérmen del proyecto infernal que entonces se presentó vagamente. La casualidad le habia traido á la memoria el demasiado conocido suceso del *collar* en el que una muger, gracias á su semejanza con la reina Maria Antonieta, y vestida como esta princesa, habia medio encubierto la verdad y representado tan habilmente el papel de esta desgraciada reina......, que el cardenal príncipe de Ruhan, familiar de la corte, fué engañado por esta transformacion.

Bien arreglado tàn ecsecrable designio, Rodin envió á Santiago Dumoulin á hablar con Mme. de la Sainte-Colombe sin decirle cual era el verdadero objeto de su mision que se limitaba á preguntar á esta muger tan esperimentada, si conocia alguna jóven hermosa, alta y de buen color. En efecto se encontró la jóven que se necesitaba, á la cual se vistió con un trage igual al que tenia Adriana en su casa, del cual habia dado las señas la princesa de Saint-Dizier á Rodin (preciso es confesar que la princesa ignoraba esta trama), todo lo cual hacia que la ilusion fuera mas completa.

Se sabe ó facilmente se adivina lo demas. La infeliz jóven que habia representado el papel de Adriana, lo habia hecho creyendo que se trataba de alguna chanza.

Por lo que toca á Agrícol, basta saber que habia recibido una carta, en la cual se le llamaba á tener una entrevista que podia ser de muy grande importancia para la señorita de Cardoville.

XVI.

EL TÁLAMO NUPCIAL.

Una lámpara esférica de alabastro oriental colgada del techo por medio de tres cadenas de plata, que esparcia un resplandor dulce, iluminaba languidamente la habitacion de dormir de Adriana de Cardoville.

El espacioso lecho de marfil incrustado de nacar, estaba vacío y casi oculto bajo el ancho pabellon de muselina blanca con graciosos flecos, y entre las cortinas diáfanas y vaporosas como las nubes.

Encima de la chimenea de mármol blanco, cuyo hogar despedia un resplandor rogizo que reflejaba sobre la alfombra de armiño, habia un gran florero lleno como de costumbre con un ramillete de camelias rosas con las hojas de un verde lustroso.

Un olor suave y aromático, que salia de un baño de cristal lleno de agua templada y perfumada, penetraba en esta habitacion próxima á la sala de baños de Adriana.

Todo estaba en la mayor tranquilidad y silencio en el esterior.

Era cerca las once de la noche.

La puerta de marfil que estaba en frente de la que daba á los baños, se abrió lentamente.....

Djalma entró por ella.

Habian pasado unas dos horas desde que habia cometido un doble asesinato, creyendo haber muerto á Adriana en el acceso de sus furiosos celos.

Los criados de la señorita de Cardoville, acostumbrados á ver á Djalma venir todos los dias, y á que entrara sin que lo anunciaran, no habiendo recibido en contrario de esta costumbre ninguna órden de su señora, que se hallaba ocupada en uno de los salones bajos, no se sorprendieron de la visita de Djalma.

Este no habia entrado nunca hasta aquel momento en la habitacion de dormir de la jóven; pero sabiendo que se hallaba situada en el primer piso de la casa, no le costó mucho trabajo el acercarse á ella.

En el instante de entrar en aquel santuario virginal, la fisonomía de Djalma parecia bastante tranquila, merced á lo mucho que él se violentaba: solamente se notaba que al brillante color de ámbar de su tez habia sucedido una palidez ligera... Su trage era una bata de cachemira de color de púrpura con franjas de plata, por cuya razon no se notaban algunas manchas de sangre que le habian salpicado al descargar los golpes de su puñal contra la jóven de cabellos de oro y contra Agricol Baudoin.

Al entrar Djalma, cerró la puerta y arrojo lejos de sí su turbante blanco que pesaba sobre su cabeza como un círculo de hierro encendido que le abrasaba la frente. Sus cabellos negros con cierto viso azulado, caian á los lados de su rostro pálido y hermoso. Habia cruzado los brazos sobre el pecho y arrojaba lentas miradas á su alrededor..... Cuando sus ojos se fijaron en el lecho de Adriana, dió un paso retrocediendo, se estremeció bruscamente, y se le coloreó el rostro; pero pasándose luego la mano por la frente, inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció algunos momentos meditabundo y estático como una estátua.

Despues de una triste y sombria meditacion. Djalma se postró de rodillas, levantando hacia al cielo la cabeza.

El rostro del indio surcado entonces por gruesas lágrimas, no revelaba ninguna pasion violenta: no se leia en sus facciones la espresion de la rábia, de la desesperacion ni de la alegria feroz de una venganza satisfecha..... pero sí la espresion de un dolor, si puede decirse así, sencillo é inmenso.....

Los sollozos sofocaron á Djalma por algunos minutos, y las lágrimas inundaron sus mejillas.

—¡Muerta!... ¡Muerta!... murmuró al cabo de algun tiempo con una voz sofocada. ¡Muerta!... ¡Ella que esta mañana misma reposaba tan feliz en esta habitacion!... Y yo la he muerto!... ¡Qué me importa su traicion ahora que ha muerto ya!... Yo no debia matarla por eso..... Ella me hacia traicion..... Ella amaba á ese hombre á quien yo he atravesado..... Ella le amaba..... ¡Ay!... era porque yo no habia sabido hacer que me prefiriese á mí, añadió con una resignacion llena de ternura y de remordimiento. Yo que soy un pobre jóven semi-bárbaro..... ¿qué títulos tenia para merecer su corazon?... ¿Qué derechos podia presentar? ¿Qué atractivos?.. ¡Ella no me amaba!... Culpa mia era..... Y ella siempre buena y generosa me ocultaba su indiferencia bajo las muestras del afecto.... para no hacerme infeliz..... ¿Y yo la he muerto por eso?... ¿Cuál es su crímen?... ¿En dónde está?... ¿No se habia acercado libremente á mí?... ¿No me habia abierto su casa? ¿No me habia permitido pasar los dias á su lado..... con ella sola?... ¡Ay!... sin duda ella queria amarme y no ha podido..... Yo la amaba con todas las fuerzas de mi corazon..... pero mi amor no era el que su alma necesitaba..... Yo no debia matarla por eso..... Pero un vértigo fatal se apoderó de mí..... y despues del crímen me he despertado..... como de un sueño..... Y sin embargo no ha sido un sueño... ¡Ay! yo la he muerto... ¡Cuánta felicidad la he debido hasta esta noche! ¡Cuántas esperanzas inefables! ¡Cuántos y cuan largos éxtasis de placer! ¡Cuanto mejor, mas noble y mas generoso habia hecho ella mi corazon! Todo lo bueno me venia de ella..... Al menos esto me quedaba, añadió el indio redoblando los so-

llozos. Ese tesoro de lo pasado..... nadie podia arrebatármelo, y eso debia servirme de consuelo..... Pero ¿porqué pensar ya en eso?... Yo he clavado mi puñal en ella y en ese hombre..... yo los he herido á los dos..... cobardemente, sin lucha.... con la ferocidad de un tigre que ruge y despedaza á su inocente presa.

Y al decir esto Djalma, ocultó su rostro entre las manos con la mayor espresion de dolor.

Luego enjugándose las lágrimas añadió:

—Yo voy á matarme... pero mi muerte no la volverá á la vida....

Y levantándose en seguida, aunque con alguna dificultad, desenvainó el ensangrentado puñal de Faringhea, sacó de su mango el frasquito de cristal que contenia el veneno y arrojó la sangrienta hoja sobre la alfombra de armiño, cuya inmaculada blancura se enrojeció algun tanto.

—Si, añadió Djalma estrechando en su mano convulsiva el pomo de cristal. Si... voy á morir.... yo debo matarme... Sangre por sangre... mi muerte la vengará... ¿Cómo ha podido suceder que el acero no se volviera contra mí.... cuando yo la he herido?..... No lo sé..... pero ella ha muerto á mis manos.... Afortunadamente tengo el corazon lleno de remordimientos, de dolor, y de una inesplicable ternura hácia ella... Por eso he querido venir á morir aqui.

Aqui, en esta habitacion, continuó con una voz alterada despues de una pequeña pausa, en este cielo de mis ardientes ilusiones....

Y luego con un acento desgarrador y ocultándose el rostro entre las manos esclamó:

— ¡Muerta!... ¡Muerta!....

Dió despues algunos sollozos y con voz mas firme añadió:

—¡Ea! yo tambien voy á estar muerto dentro de muy poco.... pero no.... yo quiero morir lentamente... no de pronto, y miró al pomo con una mirada segura. Este veneno no es repentino y lento, pero seguro me ha dicho Faringhea. Algunas pocas gotas bastan... Me parece que cuando yo esté seguro de morir, mis remordimientos no serán tan dolorosos... Ayer cuando al separarnos me estrechó la mano... ¿quién me lo hubiera dicho?...

Y el indio aplicó resueltamente el pomo á sus labios. Despues de haber bebido algunas gotas del licor que contenia, lo colocó en una mesa pequeña de marfil colocada al lado del lecho de Adriana.

—Este licor es acre y ardiente, dijo. Ahora ya estoy seguro de morir... ¡Oh! que al menos tenga tiempo para embriagarme aun en la vista y en el perfume de esta habitacion..... pueda yo reposar mi cabeza moribunda en el lecho en que ha reposado la suya.

Y al decir esto Djalma cayó arrodillado al lado del lecho apoyando en él su abrasada frente.

En este momento la puerta de marfil que daba al salon de baños giró nuevamente sobre sus goznes, y entró Adriana.....

Acababa de despedir la jóven á sus doncellas que la habian ayudado á su tocador de noche.

Traia una larga bata de muselina de una blancura deslumbradora; sus cabellos de oro estaban graciosamente trenzados para dormir, en anchas fajas que daban á su rostro un aire de encanto juvenil; su cútis de nieve lijeramente animado por la templada humedad del baño perfumado en que acostumbraba á meterse algunos momentos cada noche. Cuando abrió la puerta de marfil y puso en la habitacion de dormir su pequeño pié sonrosado, desnudo y cubierto solamente con una chinela de raso blanco, resplandecia su rostro de belleza, y la felicidad apare-

cia pintada en sus ojos, en su frente y en todas sus facciones... Estaban ya resueltas todas las dificultades relativas á la forma de la union que antes de dos dias pensaba contraer con Djalma..... Y la vista del lecho nupcial le causaba una vaga é inefable languidez.

La puerta de marfil habia girado sobre sus goznes con tanta suavidad y habian sido tan blandos los primeros pasos de la jóven, que Djalma que continuaba con la frente apoyada en el lecho, no habia oido nada.

Pero de repente llegó á sus oidos un grito de asombro... y volvió entonces la cabeza.

Adriana se presentó á sus ojos.

Esta por un movimiento de pudor cruzó su bata sobre su seno desnudo y retrocedió algunos pasos mas afligida que colérica, creyendo que Djalma arrebatado por un acceso de loca pasion se habia introducido allí con una esperanza culpable.

Cruelmente lastimada por esta tentativa desleal, iba á reconvenir á Djalma, cuando reparó en el puñal que estaba arrojado sobre la alfombra de armiño.

La vista de esta arma, la espresion de espanto y de estupor que por decirlo asi petrificaba las facciones de Djalma arrodillado, inmóvil, con el cuerpo inclinado hácia atrás, las manos tendidas hácia adelante, y los ojos fijos, desmesuradamente abiertos y dejando ver un ancho círculo blanco... conmovieron á Adriana; no temiendo ya una sorpresa amorosa, sino sintiendo en su interior un susto indecible; y asi fué que en lugar de huir del príncipe, dió algunos pasos hácia él, y mostrándole el candjiar le preguntó con voz trémula:

—¿Cómo es que os encuentro aqui, amigo mio?... ¿Qué es lo que teneis?.... ¿Qué hace ahi ese puñal?

Djalma no respondió....

Al principio la presencia de Adriana le habia parecido una vision que atribuia él al trastorno de su juicio turbado ya en su opinion por el efecto del veneno.

Pero cuando la dulce voz de la jóven penetró en sus oidos.. .. pero cuando su corazon se estremeció á aquella especie de golpe eléctrico que sentia siempre que sus ojos se encontraban con los de esta muger tan ardientemente idolatrada... pero cuando él contempló aquel rostro adorado tan hermoso, tan fresco, tan reposado á pesar de su espresion de viva inquietud... Djalma comprendió que no era juguete de una ilusion... y que la señorita de Cardoville era la que efectivamente tenia á su vista.

Entonces á medida que iba penetrando, por decirlo así, en él el pensamiento de que no habia muerto Adriana, y á pesar de que no pudiera esplicarse á sí mismo el prodigio de esta resurreccion, la fisonomía del indio fué trasfigurándose, sus ojos humedecidos por las lágrimas del remordimiento se iluminaron con una viva espresion, y sus facciones contraidas poco antes por un terror desesperado espresaron todas las fases crecientes de una alegría loca, delirante, estática...

Adelantóse de rodillas hácia Adriana, y alzando hacia ella tambien sus manos trémulas..... demasiado conmovido para poder pronunciar una palabra, la contemplaba con tanto estupor, con tanto amor... con tanta adoracion, con tanta gratitud...; sí... con tanta gratitud porque vivia aun...; que la jóven fascinada por esta mirada inesplicable, muda tambien é inmóvil, sentia en las precipitadas palpitaciones de su seno un sordo movimiento de terror que le parecia encerrar un misterio espantoso...

Por fin Djalma juntando las manos, esclamó con un acento imposible de pintar:

—¡No estás muerta!...

—¿Muerta?....... repitió estupefacta Adriana.

—¡No has sido tu!... ¡No eres tu.... á quien yo he muerto!... Dios es bueno y justo...

Al pronunciar estas palabras con una insensata alegría, el desgraciado se olvidaba de la víctima que había sacrificado en su error.

Mas y mas espantada cada vez, dirigiendo nuevamente sus ojos al puñal que estaba arrojado sobre la blanca alfombra, y notando que estaba ensangrentado..... descubrimiento terrible que confirmaba las palabras de Djalma, la señorita de Cardoville esclamó:

—¿Habeis matado a alguno?... ¿Vos?... ¡Djalma!... ¡Dios mio! ¿Qué es lo que dice?... Esto es para volverse una loca.

—Tu me ves.... yo te veo..... Tu estás aquí... decia Djalma con una voz palpitante y embriagada de efusion. Estás aquí, hermosa como siempre... pura como siempre... porque no has sido tu...¡Oh! no... si hubieras sido tu... ya lo decia yo... en vez de herirte á tí, se hubiera vuelto contra mi el acero...

—¡Pero vos habeis herido! esclamó la jóven casi aturdida por esta imprevista revelacion, y juntando las manos horrorizada. ¿Pero por qué?... ¿Pero á quién?...

—Yo no sé... á una muger que se parecia a tí, y á un hombre á quien yo creia tu amante.... Aquello fué una ilusion..... un sueño... terrible. Tu vives... tu estás aquí.

Y el indio sollozaba de alegría.

—¡Un sueño!..... Pero no es un sueño..... Ese puñal está ensangrentado, esclamó la jóven indicando el candjiar con una mirada sombría. Decid, de quien es la sangre que hay en ese puñal?

—Si... . Hace un momento que he arrojado ese candjiar..... para tomar el veneno... porque creia haberte muerto...

—¡El veneno!... esclamó Adriana, y sus dientes rechinaron convulsivamente. ¿Qué veneno?...

—Yo creía haberte herido... y he querido venir á morir aquí.

—¡A morir!..... ¿cómo á morir?..... ¡Dios mio!.... ¡Morir!.... ¿Y por qué? esclamó la jóven con un verdadero delirio.

—Es que yo... ya te lo he dicho, contestó Djalma con una inesplicable dulzura; creía haberte muerto... y por eso he tomado el veneno...

—¡Tú!... dijo Adriana poniéndose pálida como una muerta, ¿tú?...

—Sí...

—Eso no es verdad... dijo Adriana con un grito de sublime denegacion.

—Mira, dijo el indio.

Y maquinalmente volvió la cabeza hácia la mesa de cabecera en que relucia el frasquito de cristal.

Por un movimiento irreflexivo, mas rápido que el pensamiento y mas tal vez que su voluntad misma, se arrojó Adriana hácia la mesa, cojió el frasco y se lo aplicó a los labios...

Djalma habia permanecido hasta entonces de rodillas, pero en aquel momento lanzando un grito terrible dió un salto hacia la jóven y le arrancó el frasco que tenia pegado á los labios...

—Ya no importa..... He bebido tanto como tu, dijo Adriana con una satisfaccion triunfante y siniestra...

Hubo luego un momento terrible de silencio.

Adriana y Djalma se contemplaron mudos, inmóviles, y asombrados.

La jóven fué la primera que rompió este silencio lúgubre y con una voz medio sofocada, apesar de los esfuerzos que hacia para que pareciera firme, dijo:

—Ahora bien... ¿qué hay de estraordinario aquí?... Tu has matado... y has

querido que tu muerte espíe tu crímen... Eso es justo..... Yo no quiero sobrevivirte... Esto es una cosa muy natural... ¿Por qué pues me miras así? Este veneno es acre..... en los labios. ¿Son prontos sus efectos?... Dí, Djalma mio...

El príncipe no respondia... Temblando todo su cuerpo arrojó una mirada á sus manos...

Faringhea le habia dicho la verdad... una ligera tintura de violeta coloreaba ya las uñas del jóven indio.

Se acercaba la muerte... lenta... sorda... casi insensible... pero cierta...

Djalma abrumado por la desesperacion al pensar que iba á morir tambien Adriana, sintió que le abandonaba todo su valor; dió un profundo gemido, ocultó su rostro entre las manos, se le doblaron las rodillas y se dejó caer sentado en el lecho, cerca del cual se hallaba en aquel momento...

—¡Tan pronto!... esclamó la jóven con horror arrojándose de rodillas á los pies de Djalma. ¡Tan pronto... la muerte!... Tú me ocultas tu rostro...

Y en medio de su espanto bajó rápidamente las manos de Djalma para contemplarlo... El indio tenia el semblante inundado de lágrimas.

—No..... todavía no..... es la muerte, murmuró él entre repetidos sollozos. Este veneno... es lento...

—Tienes razon, esclamó Adriana con indecible alegría; y luego añadió besando las manos de Djalma con inefable ternura: Puesto que el veneno es tan lento... ¿por qué lloras tú?

—Pero... ¿y tú?... Pero... ¿y tú? decia el indio con acento desgarrador.

—Aquí no se trata de mí..... replicó enérgicamente Adriana. Tú has matado... nosotros espiaremos tu crímen... Ignoro lo que ha sucedido... pero... lo juro por nuestro amor... tú no has hecho mal por hacer mal... Aquí hay algun misterio horrible.

—Yo he dado crédito á un pretesto frívolo, repuso Djalma con voz alterada y rápida; Faringhea me ha llevado á una casa... Allí me ha dicho que tú me engañabas..... al principio no lo he creido, pero luego yo no sé qué vértigo se ha apoderado de mí... y bien pronto al través de una casi oscuridad te he visto...

—¿A mí?...

—No: á tí no... pero á una muger vestida como tú... Te se parecia tanto... que en la ofuscacion de mis sentidos he dado crédito á aquella ilusion... En fin..... ha venido despues un hombre... te he visto correr hácia él... y entonces yo furioso y cegado por la rabia, he herido á la muger primero... luego al hombre... los he visto caer..... En seguida he venido para morir aquí... y te encuentro aquí... para causarte la muerte... ¡Oh desgracia! ¡oh desgracia!... ¿Debias tu morir por mi?

Y Djalma, aquel hombre de una energía tan prodigiosa, comenzó de nuevo á llorar y sollozar con la debilidad de un niño.

A la vista de tan profunda, tan enamorada y tan interesante desesperacion..... Adriana con ese valor admirable que las mugeres solamente poseen en el amor, no pensó mas que en consolar á Djalma..... Por un esfuerzo de pasion sobrehumana, al oir esta revelacion del príncipe que desvelaba una infernal conspiracion, el rostro de la jóven se puso tan resplandeciente de amor, de felicidad y de pasion, que el indio mirándola con asombro, temió por un momento que hubiera perdido la razon.

—Basta de lágrimas, mi adorado amante, esclamó la radiante jóven, basta de lágrimas... Sonriámonos de amor y de alegría... tranquilízate... nuestros encarnizados enemigos no triunfarán.

—¿Qué dices?

—Querian hacernos desgraciados..... compadezcámoslos... nuestra felicidad será la envidia del mundo.

—¡Adriana... vuelve en tí!...

—¡Oh!... yo tengo mis motivos... motivos poderosos... Escúchame, ángel mio... Ahora ya lo comprendo todo..... Tú has matado cayendo en el lazo que te han tendido esos miserables... En este pais... escúchame... el homicidio es la infamia... ó el cadalso..... Y mañana..... tal vez esta misma noche te hubieras visto encarcelado. Así es que nuestros enemigos se han dicho á sí mismos: «Un hombre como el príncipe Djalma no aguarda ni la infamia ni el cadalso, sino que se suicida..... Una muger como Adriana de Cardoville, no sobrevive á la infamia ni á la muerte de su amante, sino que se suicida... ó muere de desesperacion... Así... una muerte terrible para él... una muerte terrible para ella... y para nosotros... se han dicho esos hombres negros... para nosotros... la inmensa herencia que codiciamos...

—¡Pero tambien para tí..... tan jóven, tan hermosa, tan pura, una muerte terrible!.... y esos mónstruos triunfan!..... Esclamó Djalma. ¡Y habrán tenido razon al hablarse de esa manera á sí mismos!...

—No..... Ellos se han equivocado, esclamó Adriana, nuestra muerte será celestial..... embriagadora..... porque este veneno es lento... y yo te adoro... Djalma mio.....

Y diciendo estas palabras con un acento bajo y palpitante de pasion, y apoyándose en las rodillas de Djalma, Adriana se habia acercado tanto al príncipe... que este sintió en sus mejillas el abrasado aliento de la jóven.....

Al sentir esta impresion embriagadora, al ver los rayos de la húmeda llama que despedian los grandes ojos azules y vagos de Adriana, cuyos entreabiertos labios se coloreaban de una púrpura mas y mas encendida cada vez, el indio se estremeció..... un fuego abrasador le devoroba..... su sangre encendida por la juventud y por el amor hervia en sus venas..... se olvidó de todo..... de su desesperacion, de su muerte propia que todavia no dejaba sentir ningun síntoma, como tampoco en Adriana, sino era por un amor febril. Su rostro igualmente que el de la jóven se habia revestido de una belleza resplandeciente..... ideal.

—¡Oh! ¡amado mio!... ¡mi adorado esposo!..... ¡qué hermoso estás! decia Adriana con idolatria. ¡Oh! ¡tus ojos..... tu frente..... tu cuello..... tus labios..... como los adoro yo! ¡Cuántas veces el recuerdo de tu rostro..... de tu gracia..... de tu ardiente amor .... ha estraviado mi razon!... ¡Cuántas veces he sentido que se debilitaba mi valor..... esperando el momento divino..... en que yo habia de ser tuya..... sí, tuya..... toda tuya!... Ya lo ves, el cielo quiere que nosotros seamos el uno del otro..... y na la faltara para colmo de nuestros deleites..... porque esta misma mañana el hombre evangélico que antes de dos dias debia bendecir nuestra union, ha recido de mi en tu nombre y en el mio un don régio que llevará para siempre la felicidad al corazon y al alma de muchos desgraciados.... Asi ¿de qué tenemos ya que quejarnos, ángel mio?... Nuestras almas inmortales van a exhalarse en nuestros besos para remontarse embriagadas de amor todavia.. .. hácia ese Dios adorable que es todo amor.

—¡Adriana!...

—¡Djalma!...

. . . .

Y cayendo las cortinas diáfanas y ligeras velaron como con una nube este lecho nupcial y fúnebre.

Fúnebre..... porque dos horas despues Adriana y Djalma lanzaban el último suspiro en una voluptuosa agonia.

XVII.

UN DESAFIO.

Adriana y Djalma habian muerto el 30 de mayo.

El 31 del mismo mes, víspera del dia señalado para la reunion definitiva de los herederos de Marius Renepont, pasó la escena siguiente.

Sin duda se acordarán nuestros lectores de la situacion en que se hallaba el aposento ocupado por Mr. Hardy en la casa del retiro de los reverendos padres de la calle de Vaugirard, aposento sombrio, aislado, y cuya última pieza daba á un pequeño jardin plantado de tejos y rodeado de altas paredes. Para llegar á esta última pieza era necesario atravesar dos grandes salas cuyas puertas una vez cerradas, interceptaban todo ruido y toda comunicacion con el resto del edificio.

Hecho este recuerdo, pasemos adelante.

Hacia tres ó cuatro dias que el padre d'Aigrigny ocupaba este aposento, que no habia elegido él espontáneamente, sino que se habia visto precisado á aceptarlo bajo pretestos sumamente plausibles que le habia espuesto el padre procurador, sugerido por Rodin.

Eran las doce del dia.

El padre d'Aigrigny estaba sentado en un sillon al lado de una ventana que daba al jardin, y tenia en la mano un periódico de la mañana, en el cual leia lo que sigue:

«*A las once de la noche.*—Un suceso «tan horrible como trájico acaba de esparcir el terror en el cuartel de Richelieu. Se ha cometido un doble asesinato «en las personas de una jóven y de un «artesano. La primera ha sido muerta en «el acto de una puñalada. Por lo que toca «al artesano, hay esperanzas de poder «salvarle la vida. Este crímen se atribuye á los celos. La justicia ha tomado «conocimiento de él. Mañana daremos «mas pormenores.»

El padre d'Aigrigny despues de haber leido estos renglones; dejó el papel sobre la mesa y se quedó pensativo.

—Parece increible, dijo con una amarga espresion pensando en Rodin, hélo aquí llegado al término que se habia propuesto... Casi ninguna de sus previsiones ha fallado... Esa familia se ha aniquilado por el solo empleo de las pasiones buenas o malas que él ha sabido poner en juego..., El lo habia dicho.... ¡Oh!.... preciso es confesarlo, añadió el padre d'Aigrigny con una sonrisa rencorosa y de envidia; el padre Rodin es un hombre astuto, habil, paciente, enérgico, tenaz y de un talento estraordinario.... ¿Quién me hubiera dicho hace algunos meses, cuando escribia á mis órdenes como humilde y discreto *socius*..... que aquel hombre estaba agitado hacia mucho tiempo por la mas audaz, por la mas enorme ambicion, que tenia la osadia de levantar sus miradas hasta la silla de San Pedro... y que merced á sus intrigas maravillosamente urdidas y á una corrupcion admirablemente entablada y mantenida en el seno del sacro-colegio..... aquellas esperanzas no eran enteramente infundadas..... y que tal vez bien pronto se hubiera visto realizada aquella ambicion infernal si desde largo tiempo los sordos manejos de este hombre estraordinariamente peligroso no hubieran estado vigilados sin que él lo supiera, como acabo de saberlo en este momento?... ¡Ah! añadió luego el padre d'Aigrigny con una sonrisa irónica y triunfante. ¡Ola, asqueroso personaje!... ¡queríais representar el papel de Sixto V!.... ¡Y aun no contento con este pensamiento audaz, queriais, si triunfábais, anular, absorver nuestra compañia en vuestra dignidad pontificia como el sultan ha absorvido sus genízaros!.... ¡Con que nosotros no éramos para vos mas que un andamio!.... ¡Ah! vos me habeis deribado,

me habeis humillado, me habeis ultrajado con vuestro insolente desden... ¡Paciencia!..... añadió el padre d'Aigrigny con una alegria concentrada, ¡paciencia!.... El dia de las represalias se acérca.... Yo solo soy el depositario de la voluntad de nuestro general. El padre Caboccini enviado aquí como *socius* lo ignora tambien.... La suerte del padre Rodin está por lo tanto entre mis manos. ¡Oh! no sabe él lo que le espera. En este negocio de la familia Renepont, que no se puede negar que lo ha manejado admirablemente, creia poder quitarnos las ventajas y triunfar por sí solo.... pero mañana....

Al llegar á este punto el padre d'Aigrigny fué interrumpido en sus agradables reflexiones, oyendo abrir las puertas de las salas que precedian al cuarto en que él se encontraba.

En el momento mismo en que volvia la cabeza para ver quien entraba, la puerta giró sobre sus goznes.

El padre d'Aigrigny hizo un brusco movimiento y se puso encendido.

El mariscal Simon estaba en su presencia....

Y por detras del mariscal... en la sombra.... notó el padre d'Aigrigny el cadavérico rostro de Rodin.

Este, despues de haber lanzado una mirada llena de diabólica alegria al padre d'Aigrigny, desapareció rápidamente, se cerró la puerta y quedaron solos el mariscal Simon y el padre d'Aigrigny.

El padre de Rosa y Blanca estaba casi desconocido: sus cabellos grises estaban ya enteramente blancos: en sus pálidas y descarnadas mejillas se veia una barba descuidada y no afeitada en algunos dias: sus ojos cóncavos, enrojecidos, ardientes y en continua movilidad, encerraban algo de terrible y de demente: iba envuelto en una ancha capa azul, y su corbata estaba desaliñadamente anudada al cuello.

Rodin al salir habia como por inadvertencia cerrado la puerta por fuera, dando dos vueltas á la llave.

Cuando el mariscal se vió solo con el jesuita hizo un movimiento brusco para desembozarse, y entonces pudo ver el padre d'Aigrigny un pañuelo de seda que el mariscal tenia rodeado á la cintura y servia para sostener dos espadas de combate desnudas y afiladas.

El padre d'Aigrigny lo comprendió todo con facilidad.

Se acordó de que algunos dias antes le habia preguntado con notable tenacidad Rodin, qué haria en el caso de que el mariscal le pusiera la mano en el rostro..... no podia quedarle ya ni el mas ligero asomo de duda.... Habia creido tener la suerte de Rodin entre sus manos, y ahora se veia burlado por él y encerrado en una situacion terrible, porque no podia menos de conocer que las dos piezas que precedian á la en que él estaba, se hallaban cerradas y por consiguiente no habia posibilidad para hacerse oir desde afuera por muy alto que gritara para pedir socorro, pues las altas paredes del jardin daban tambien á sitios inhabitados.

El primer pensamiento que pasó por su imaginacion y no carecia de verosimilitud, fué que Rodin, ya por sus relaciones secretas con Roma, ya por su increible penetracion, habia sabido que su suerte iba á depender enteramente del padre d'Aigrigny y queria deshacerse de él, entregándole de esta manera á la inexorable venganza del padre de Rosa y de Blanca.

El mariscal sin romper el silencio desató el pañuelo que le servia de cinturon, colocó las dos espadas sobre una mesa y cruzando los brazos delante del pecho, se avanzó lentamente hacia el padre d'Aigrigny.

Así se encontraron frente á frente á estos dos hombres, que durante toda su

vida de soldados se habian perseguido mútuamente con implacable rencor, y que despues de haberse batido en campos enemigos, habian tenido un duelo particular y sangriento. El uno de estos dos hombres, como era el mariscal Simon, venia á pedir al otro cuenta de la muerte de sus hijas.

Al ver acercarse al mariscal, se levantó el padre d'Aigrigny que se hallaba vestido con una sotana negra que le hacia parecer mayor de lo que era, y resaltaba la palidez que habia sucedido en su semblante á un repentino encendimiento.

Por espacio de algunos instantes, estos dos hombres estuvieron mirándose de pié, cara á cara y sin pronunciar ninguno de ellos ni una sola palabra.

La espresion del mariscal era terrible por la desesperacion paternal; pero tranquila é inecsorable como la fatalidad, parecia todavia mas terrible que si hubiera dado muestras de fogosos arrebatos de cólera.

—Mis hijas han muerto, dijo por fin al jesuita con voz pausada y ronca rompiendo el primero el silencio. Es necesario que yo os mate....

—Señor... esclamó el padre d'Aigrigny. Escuchadme.... No creais que....

—Es preciso que yo os mate.... replicó el general interrumpiendo al jesuita. Vuestro odio ha perseguido á mi muger hasta en el destierro en que ha perecido. Vos y vuestros cómplices habeis enviado á mis hijas á una muerte cierta.... Hace veinte años estais siendo mi demonio perseguidor.... Esto es demasiado; necesito arrancaros la vida y os la arrancaré.

—Mi vida pertenece en primer lugar á Dios, contestó el jesuta; despues á quien la quiera tomar.

—Ahora nosotros vamos á batirnos á muerte aqui en este cuarto, dijo el mariscal. Y como tengo que vengar á mi muger y á mis hijas, estoy tranquilo.

—Señor, contestó friamente el padre d'Aigrigny, os olvidais sin duda de que mi carácter me prohibe batirme.... En otra época pude aceptar el duelo que me propusisteis..... hoy ha cambiado mi posicion.

—¡Ya....! esclamó el mariscal con una amarga sonrisa. ¡Con que os negais á batiros ahora porque sois sacerdote!

—Si, señor..... porque soy sacerdote.

—¿De manera que un infame como vos por la sola circunstancia de ser sacerdote está seguro de la impunidad, y puede poner su cobardía y sus crímenes al abrigo de su trage negro?

—No comprendo ni una sola palabra de todas vuestras acusaciones. Y en todo caso hay leyes, dijo el padre d'Aigrigny mordiéndose los labios cárdenos de cólera, porque le dolia estraordinariamente la injuria que acababa de dirijirle el mariscal. Si teneis alguna cosa de que quejaros..... dirijios á la justicia..... que es igual para todos.

El mariscal Simon se encojió de hombros con un desden enojado, y contestó:

—Vuestros crímenes no caen bajo la jurisdiccion de la justicia.... Y aunque ella los castigara, no le dejaria yo el cuidado de mi venganza.... de todo el mal que me habeis hecho, de todo lo que me habeis quitado. Y la voz del mariscal al recuerdo de sus hijas se alteró ligeramente; pero volviendo á recobrar muy pronto su terrible calma, añadió: podeis conocer que yo no vengo á aqui á otra cosa que á tomar venganza..... pero necesito una venganza que yo pueda saborear..... sintiendo como palpita vuestro corazon en la punta de mi espada.... Nuestro último duelo no fué otra cosa que un simulacro... Pero el que vamos á tener ahora... ¡Oh! ya vereis, ya vereis.....

Y al decir esto el mariscsl se dirigió á la mesa en donde habia dejado las espadas.

El padre d'Aigrigny necesitó tener un grande imperio para poder contenerse. El implacable odio que habia profesado siempre al mariscal, asi como las insultantes provocaciones de este, despertaban en el mil destellos de su antiguo valor..... pero sin embargo de todo contestó con un tono bastante tranquilo.

—Señor, os repito por última vez que el carácter de que me hallo revestido me prohibe batirme.

—¿Con qué..... os negais? dijo el mariscal volviéndose y acercándose hácia el jesuita.

—Me niego.

—¿Absolutamente?

—Absolutamente. No hay nada que pueda obligarme á quebrantar mis deberes.

—¿Nada?

—No señor, nada.

—Ahora lo veremos, dijo el mariscal.

Y su mano cayó con fuerza en la megilla del padre d'Aigrigny.

El jesuita dió un grito de furor, toda la sangre se le agolpó al rostro tan rudamente abofeteado. El valor de este hombre, porque era valiente, se reveló: sus antiguos impulsos de soldado le dominaron á su pesar: brillaron sus ojos, y apretando los dientes y cerrando y levantando los puños se acercó al mariscal gritando desaforadamente:

—Las espadas..... las espadas.....

Pero acordándose repentinamente de la aparicion de Rodin y del empeño que este habia manifestado en provocar aquel duelo, hizo un esfuerzo para librarse de aquel diabólico lazo que la tendia su antiguo *socius*, y pudo sujetar su terrible resentimiento.

A la pasagera cólera del padre d'Aigrigny sucedió súbitamente una calma llena de contricion, y queriendo representar hasta el fin el papel que correspondia á su carácter, se postró de rodillas y bajando la cabeza y golpeándose compungidamente el pecho, esclamó:

—Perdonadme, Señor, que me haya dejado dominar por un movimiento de cólera..... y sobre todo, Dios mio, perdonad al que me ultraja.

Apesar de su aparente resignacion la voz del jesuita estaba profundamente alterada, sentia en sus mejillas un fuego abrasador como si tuviera aplicado un hierro encendido, porque aquella era la primera vez de su vida; de su vida de soldado, de su vida de sacerdote, que habia sufrido semejante insulto. Se habia puesto de rodillas tanto por hipocresia como por no hallarse con la mirada del mariscal, temiendo que si la encontraba no podria dominar los movimientos de su corazon ni responder de sí mismo, sino que acaso le arrastrarian los impetuosos impulsos que sentia.

Al ver al jesuita postrarse de rodillas y al escuchar su hipócrita invocacion, el mariscal que tenia ya la espada en la mano se estremeció de ira y le gritó:

—¡Arriba..... falso embustero!... ¡Infame, arriba al momento!

Y sacudió un recio puntapié al jesuita.

A este nuevo insulto el padre d'Aigrigny se levantó de un salto como si lo hubieran movido por un resorte de acero. Aquello era ya demasiado y no podia sufrir mas. Lanzóse hacia la mesa en donde estaba la otra espada, la agarró y rechinando las dientes con la rabia esclamó:

—¡Ah!.... ¡Quereis sangre!.... Pues bien..... habrá sangre..... y será la vuestra..... si puedo.....

Y el jesuita que estaba en todo el vigor de la edad, con el rostro encendido, la mirada centellante de cólera, se puso al momento en guardia con la soltura y el aplomo de un consumado esgrimador.

—¡Gracias á Dios!... esclamó el mariscal preparándose á cruzar su espada.

Pero la reflecsion volvió otra vez á apagar el ardor del padre d'Aigrigny. Se acordó nuevamente de que este duelo colmaria los votos de Rodin, cuya suerte tenia entre sus manos, á quien iba á abatir á su vez, y á quien aborrecia acaso mas que al mismo mariscal; y así á pesar de todo su furor contra éste, á pesar de su secreta esperanza de salir vencedor en este combate, porque se sentia lleno de fuerza y vigor, mientras las terribles penas que le acongojaban habian minado la salud del mariscal Simon, el jesuita logró dominarse y con no pequeña sorpresa del mariscal, y bajando la punta de la espada dijo:

—Soy un ministro del Señor y no puedo derramar sangre. Perdonadme, otra vez mi nuevo arrebato, Señor; y perdonad tambien á mi prógimo que me ha escitado á la cólera.

En seguida poniendo la hoja de la espada debajo del pié, tiró hácia sí por el puño, partiéndola en dos pedazos.

De esta manera imposibilitaba el duelo.

El padre d'Aigrigny se ponia á sí mismo en absoluta imposibilidad de ceder á sus nuevos impulsos de ira cuyo peligro y cuya inminencia conocia.

El mariscal Simon permaneció mudo y atónito de sorpresa y de indignacion, porque conocia tambien que el combate era ya imposible... Pero de repente imitando la operacion del jesuita, puso la estremidad de la hoja debajo de su pié y la rompió como por la mitad poco mas ó menos á la misma altura que el padre d'Aigrigny habia roto la suya, y recogiendo luego el pedazo de la punta que tendria unas diez y ocho pulgadas, se quitó el pañuelo de seda negro que llevaba al cuello, lo arrolló al rededor del trozo de acero por la parte de la rotura, é improvisando de esta manera un puñal dijo al padre d'Aigrigny:

—¡Ea!... Vamos... á puñaladas...

Asombrado de tanta sangre fria y de tanto encarnizamiento, el padre d'Aigrigny esclamó:

—Este hombre es el demonio...

—No, es un padre á quien habeis muerto sus hijas, repuso el mariscal con una voz ronca, asegurándose en la mano la reciente empuñadura, y asomándose una lágrima fugitiva en sus ojos que no tardaron en volver á ponerse secos, ardientes y terribles.

El jesuita notó aquella lágrima... Habia en aquella mezcla de vengativa cólera y de dolor paternal una espresion tan terrible, tan sagrada y tan amenazadora, que por la primera vez de su vida sintió el padre d'Aigrigny un movimiento de temor.... de temor cobarde.... innoble, de miedo por su vida... En tanto que se habia tratado de un desafío con espada en que la sagacidad, la destreza, y la esperiencia son tan poderosos ausiliares del valor, no habia tenido que reprimir mas que los impulsos de su furor y de su rabia, pero al presentarse este combate cuerpo a cuerpo, cara á cara, pecho contra pecho no pudo menos de temblar y de empalidecer por un momento, y dijo:

—¡Una carniceria.... á puñaladas!.... Jamás.

La voz y la fisonomía del jesuita manifestaron tan patentemente el espanto que sentia en su interior, que el mariscal no pudo menos de esclamar con la mayor angustia porque temia que iba á escapársele de las manos la venganza:

—¿Será verdad que este miserable es un cobarde?..... ¿Con qué no tenia mas valor que el de la esgrima ó el del orgullo, este bribon renegado... traidor á su pais... á quien yo he abofeteado y pateado... porque yo os he abofeteado, marqués de la vieja alcurnia..... yo os he dado de patadas, marqués de la rancia estirpe?...

Vos sois la ignominia de vuestra casa..... el baldon de todos los caballeros antiguo y modernos... ¡Ah!... no es por hipocresía ni por cálculo..... como yo creía, por lo que os negais á batiros... Es por miedo... ¡Ah! ¿con qué para mostrar valor necesitábais el estruendo de la guerra ó la presencia de los testigos?

—¡Señor..... mirad! .... dijo el padre d'Aigrigny con los dientes apretados y tartamudeando al oir aquellas insultantes palabras que escitándole la rabia y el rencor le hicieron olvidar el miedo.

—Será preciso que te escupa en el rostro para que te suba á él la poca sangre que te queda en las venas! esclamó exasperado el mariscal.

—¡Oh! ¡Esto es demasiado! ¡Esto es demasiado! dijo el jesuita.

En seguida se abalanzó al pedazo de espada que tenia aun bajo sus pies, repitiendo:

—¡Esto es ya demasiado!

—Todavia no es bastante, dijo el mariscal con voz agitada: ¡toma, Judas!....

Y le escupió en el rostro, añadiendo luego:

—Y si aun asi no te bates..... te mataré á silletazos; infame, asesino de niñas....

El padre d'Aigrigny al recibir la última afrenta que un hombre ultrajado ya pue de recibir, perdió la razon, se olvidó de sus intereses, de sus propósitos, de su miedo hasta de Rodin, y no sintió ya mas que un deseo desenfrenado de venganza. Una vez ya recobrado su valor, en lugar de temer esa especie de lucha, se felicitó por ella al comparar su robustez con la debilidad del mariscal que estaba casi estenuado por el dolor; porque en semejante combate brutal, salvaje, cuerpo á cuerpo, la fuerza física daba una ventaja inmensa.

En un instante rodeó el padre d'Aigrigny su pañuelo al pedazo de la hoja de espada que habia recojido del suelo, y se precipitó contra el mariscal Simon que recibió intrepidamente el primer choque.

En el corto tiempo que duró esta lucha desigual, porque el mariscal hacia algunos dias que estaba sufriendo una calentura que destruia sus fuerzas, los dos combatientes, mudos, encarnizados, no se dijeron ni una sola palabra, ni dejaron oir un solo quejido. Si alguno hubiera presenciado esta escena horrible, le hubiera sido imposible decir en donde y como se daban los golpes; y solamente hubiera visto dos rostros amenazadores, lívidos y convulsivos alzarse, levantarse, echarse hácia atrás según los lances del combate; brazos que se movian como barras de hierro, ó que se retorcian como serpientes y al través de las bruscas ondulaciones de la levita azul del mariscal y de la sotana negra del jesuita se veia lucir y brillar de cuando en cuando un relámpago de acero... hubiera oido tambien algun ruido de pisadas fuertes y sordas, y de cuando en cuando alguna violenta aspiracion.

Al cabo de dos minutos los dos adversarios cayeron y rodaron uno encima de otro.

El uno de ellos, el padre d'Aigrigny, haciendo un esfuerzo violento para desprenderse de los brazos que le oprimian, logró ponerse de rodillas..... Sus brazos cayeron tambien desfallecidos.

Entonces sonó la voz moribunda del mariscal que murmuraba estas palabras:

—¡Mis hijas!.... ¡Dagoberto!...

—Le he muerto.... dijó el padre d'Aigrigny con una voz debilitada; pero... yo tambien.... lo conozco.... estoy herido de muerte...

Y apoyándose con una mano en el suelo, el jesuita se llevó la otra al pecho. Su sotana estaba agujereada...... por las hojas que habian servido para el desa-

fio eran triangulares y muy finas, y la sangre en vez de brotar hácia fuera se sorbia hácia adentro.

—¡Oh!.... yo muero.... me ahogo.... dijo el padre d'Aigrigny cuyo desencajado semblante anunciaba ya la proximidad de la muerte.

En este mismo momento sonó la llave en la cerradura de la puerta, dando dos vueltas por fuera con un ruido seco, y apareció Rodin, que sin acabar de abrir y asomando la cabeza dijo con voz humilde y en tono interrogativo:

—¿Se puede entrar?

Al oir tan espantosa ironia el padre d'Aigrigny, hizo un movimiento como para precipitarse sobre Rodin, pero volvió á caer al suelo apoyándose en una de sus manos y dando un sordo gemido porque la sangre le ahogaba.

—¡Ah mónstruo del infierno!... murmuró lanzando á Rodin una mirada terrible de angustia y de agonia. Tú eres quien ha causado mi muerte....

—Ya os habia predicho yo repetidas veces, mi muy querido padre, que vuestros antiguos humos de batallador os habian de ser perjudiciales, contestó Rodin con una espantosa sonrisa. No hace muchos dias aun..... que os lo advertí otra vez..... recomendándoos que os dejáseis abofetear por ese acuchillador..... que ya no acuchillará á nadie.... Y eso está bien hecho en primer lugar, porque.... el que el que á hierro mata á hierro muere, dice la Escritura.

Y ademas el mariscal Simon.... heredaba á sus hijas..... Ya veis.... aqui para entre nosotros.... ¿cómo queríais que yo lo remediara, mi muy querido padre?.... Era indispensable sacrificaros al bien comun... y con tanto mas motivo, cuanto que yo sabia lo que me teníais prevenido para mañana..... ¡Ah! un hombre como yo no se deja sorprender tan fácilmente.

—Ántes de espirar... dijo el padre d'Aigrigny con una voz que era cada vez mas débil, yo os arrancaré la máscara....

—¡Oh! lo que es eso, no; dijo Rodin meneando la cabeza con aire decisivo. Lo que es en eso os equivocais.... porque yo seré el único confesor que tendreis....

—¡Oh! eso me espanta, murmuró el padre d'Aigrigny, cuyas pupilas se cerraban. Dios tenga piedad de mí... si es que todavia es tiempo... ¡Ay!... Yo estoy en este momento supremo... yo soy un gran culpable.

Y sobre todo.... un solemne tonto, dijo Rodin encojiéndose de hombros y contemplando con un frio desprecio la agonia de su cómplice.

El padre d'Aigrigny no tenia mas que unos cuantos minutos de vida; y al notarlo Rodin se dijo á si mismo:

—Ya es tiempo de pedir socorro.

Y esto lo hizo el jesuita corriendo con muestras de espanto, de terror y de alarma hácia el patio de la casa.

A sus gritos acúdió gente.

Rodin cumplió lo que habia dicho: no se separó del padre d'Aigrigny hasta que este despidió el último aliento.

. . . .

Aquella noche estaba Rodin solo en su habitacion y al resplandor de una pequeña lampara miraba con una especie de contemplacion estática una lámina que representaba el retrato de Sixto V.

El relox de la casa dió las doce.

Cuando acabó de vibrar el último golpe se enderezó Rodin con toda la salvage magestad de un infernal triunfo, y esclamó:

—Estamos en primero de junio.... Ya no hay Renepont..... Me parece estar oyendo dar la hora en San Pedro de Roma.

XVIII.

UN MENSAGE.

En tanto que Rodin permanecia sumi-



Lito.ª de Ferrando Roca.

Muerte del General Simon y del Abate d'Aigrigny.

do en un éxtasis ambicioso contemplando el retrato de Sixto V, el buen padre Caboccini cuyos ardientes y petulantes abrazos habian impacientado tanto á Rodin, fué á buscar misteriosamente á Faringhea y le entregó un pedazo de un crucifijo de marfil diciendo con su habitual jovialidad y candidez las siguientes palabras:

—S. E. el cardenal Malpieri me encargó á mi salida de Roma que os entregara esto hoy.... precisamente hoy 31 de mayo.

El mestizo que apenas se conmovia nunca, se estremeció de dolor, se arrugó su ceño, y fijando sus ojos en el padrecito tuerto, con una mirada escudriñadora le dijo:

—Debeis decirme algunas palabras todavia.

—Es verdad, repuso el padre Caboccini. Las palabras son estas: *Muchas veces desde el plato á la boca se pierde la sopa.*

—Estamos corrientes, contestó el mestizo.

Y dando un profundo suspiro cotejó el pedazo de crucifijo con otra porcion que él poseia, y las casó perfectamente.

El padre Caboccini le miraba con curiosidad, porque el cardenal al entregarle el pedazo de crucifijo no le habia dicho otra cosa sino que le entregara á Faringhea y que le repitiera las palabras antecedentes para acreditar la autenticidad de su mision. El reverendo padre le miraba con cierta sorpresa y le preguntó:

—¿Qué vais á hacer ahora con ese crucifijo que teneis ya completo?

—Nada, dijo Faringhea que continuaba absorto en una penosa meditacion.

—¡Nada! replicó admirado el reverendo padre. ¿Pues entonces, para qué enviarlo de tan lejos?

Sin responder á esta pregunta dijo el mestizo:

—¿A qué hora piensa ir mañana el padre Rodin á la casa de la calle de S. Francisco?

—Muy temprano.

—¿Antes de salir irá á la capilla á rezar su oracion?

—Si; segun costumbre de todos nuestros reverendos padres.

—Vos dormis á su lado.

—Como su *socius*, ocupo un aposento contiguo al suyo.

—Podria suceder, dijo Faringhea despues de un momento de silencio, que el reverendo, padre absorto en los importantes negocios de que se ocupa.... se olvidara de entrar en la capilla... En ese caso recordadle su relijioso deber.

—No dejaré de hacerlo asi.

—No: no dejeis de hacerlo, añadió Faringhea con empeño.

—Vivid tranquilo, dijo el buen padrecito, veo que os interesais en su salud....

—Mucho....

—Esos son muy buenos sentimientos... Continuad asi y algun dia podreis pertenecer á nuestra compañía por entero, dijo afectuosamente el padre Caboccini.

—Yo no soy todavia mas que un pobre individuo, ausiliar y afiliado, dijo humildemente Faringhea; pero nadie está mas decidido que yo en cuerpo y alma en favor de la compañía, dijo el mestizo con una sorda ecsaltacion, Bowanie no vale nada en comparacion de ella.

—¡Bowanie...! ¿Y quién es esa persona, amigo mio?

—Bowanie hace cadáveres que se pudren.... y la santa compañía.... hace cadáveres que andan....

—¡Ah! si.... *Per inde ac cadaver.....* esta es la última espresion de nuestro gran S. Ignacio de Loyola; ¿pero quién es esa Bowanie?

—Bohwanie es respecto á la santa compañía lo que el niño respecto del hombre,

contestó el mestizo mas exaltado cada vez. ¡¡Gloria á la compañía! ¡gloria!... Si mi padre fuera su enemigo..... mataria á mi padre;... si fuera su enemigo el hombre cuyo genio me inspira tanta admiracion, tanto respeto y tanto terror..... yo mataria á ese hombre á pesar de la admiracion, del respeto y del terror que me inspirara, dijo el mestizo con entusiasmo; y despues de un instante de silencio, añadió mirando fijamente al padre Caboccini:

Hablo de esta manera para que repitais mis palabras al cardenal Malpieri, rogándole que las refiera él..... á.....

Faringhea se detuvo.

—¿A quién ha de repetir vuestras palabras el cardenal?

—Ya lo sabe él, contestó bruscamente el mestizo. Buenas noches.

—Buenas noches, amigo mio. No puedo menos de alabar los buenos sentimientos que abrigais respecto á nuestra compañía: ¡ay! ella tiene necesidad de defensores enérgicos..... porque hasta en su mismo seno se deslizan los traidores segun dicen.....

—Respecto á esos, dijo el mestizo, es preciso no tener compasion con ellos.

—No tener compasion,... dijo el buen padrecito. Nos entendemos.

—Puede ser, contestó Faringhea. No os olvideis sobre todo de cuidar de que Rodin vaya á la capilla antes de salir mañana.

—Perded cuidado sobre ese punto, dijo el reverendo padre Caboccini.

Y aquellos dos hombres se separaron.

Al entrar de vuelta el padre Caboccini, supo que un correo que venia de Roma y que habia llegado aquella misma noche, acababa de entregar algunos despachos á Rodin.

XIX.

EL 1.° DE JUNIO.

La capilla de la casa de los reverendos padres de la calle de Vaugirard era lindísima y encantadora; grandes vidrieras con cristales de colores comunicaban una luz misteriosa y débil, el altar deslumbraba con sus molduras de oro y plata, y en la puerta, debajo del órgano, habia una gran pila de agua bendita de mármol ricamente esculpido.

Al lado de esta pila y en un rincon tenebroso donde apenas se distinguia, fué donde vino á arrodillarse Faringhea el 1.° de junio muy de mañana desde que se abrieron las puertas de la capilla.

El mestizo estaba profundamente triste; de vez en cuando temblaba y suspiraba como si hubiese contenido las agitaciones de una violenta lucha interior; aquella alma salvage é indomable; aquel monómano poseido del genio del mal y de la destruccion, esperimentaba, segun ha podido conocerse, una profunda admiracion hácia Rodin que ejercia sobre él una especie de fascinacion magnética; porque el mestizo veia en el genio infernal de Rodin cierta cosa sobrehumana.

Y Rodin, demasiado previsor y suspicaz para no estar seguro de la ciega adhesion de este miserable, habíase servido de él, como ya hemos visto, con muy buenos resultados para conseguir el desenlace trágico de los amores de Adriana y Djalma. Lo que mas escitaba la admiracion de Faringhea, era lo que conocia ó comprendia acerca de la compañía de Jesus. Ese poder inmenso, oculto, que minaba el mundo con sus ramificaciones subterraneas y llegaba á su objeto por medios diabólicos, habia llenado al mestizo de un entusiasmo salvaje. Y si alguna cosa en el mundo hacia mas fanática su admiracion por Rodin, era su ciega adhesion á la compañía de Ignacio de Loyola, que convertia á los hombres en *cadáveres ambulantes*, como decia el mestizo.

Oculto éste en la oscuridad de la ca-

pilla hallábase sumergido en una profunda reflecsion, cuando oyó el ruido de unos pasos; no tardó en presentarse Rodin acompañado de su *socius*, el buen padrecito tuerto.

Bien fuese por distraccion ó porque la sombra que hacia el órgano no le hubiesen permitido ver al mestizo, Rodin mojó su dedo en la pila de agua bendita cerca de la cual se hallaba Faringhea, sin reparar en este último que parmaneció inmóvil como una estátua y sintiendo correr por su frente un copioso sudor frio que revelaba su profunda emocion.

Como era natural, muy corta fué la oracion de Rodin, teniendo como tenia tanta prisa por volverse á la calle de San Francisco. Despues de haberse arrodillado, como el padre Gaboccini, durante algunos instantes, se levantó, hizo un respetuoso saludo al altar y se dirigió hácia la puerta de salida seguido á corta distancia por su *socius*.

Al aproximarse á la pila de agua bendita vió al mestizo, cuya elevada estatura se dibujaba en la penumbra en medio de la cual habia permanecido hasta entonces. Adelantándose un poco el mestizo, se inclinó respetuosamente delante de Rodin, el cual le dijo en voz baja y con aire distraido:

—Luego, dentro de dos horas..... en mi casa.

Diciendo esto Rodin alargó el brazo á fin de sumergir su mano en la pila; pero Faringhea le ahorró este trabajo, presentándole vivamente el hisopo que comunmente estaba dentro del agua bendita.

Oprimiendo entre sus dedos mugrientos el hisopo que el mestizo, tenia por el mango, Rodin humedeció suficientemente sus dos dedos, índice y pulgar, los llevó á la frente en que, segun costumbre, trazó la señal de una cruz, y en seguida abriendo la puerta de la capilla, salió despues de haberse vuelto para decir otra vez á Faringhea:

— Dentro de dos horas en mi casa.

Creyendo poder usar de la ocasion del hisopo que Faringhea, inmóvil y como absorto continuaba teniendo en su mano trémula y agitada, el padre Caboccini alargó los dedos; pero el mestizo que sin duda queria limitar su obsequiosa atencion á Rodin, retiró al punto el hisopo: el padre Caboccini, engañado en su esperanza, siguió precipitadamente á Rodin, á quien, en aquel dia sobre todo, no debia perder de vista un solo instante, y subió con él á un fiacre que les condujo á la calle de San Francisco.

Imposible es pintar la mirada que el mestizo dirigió á Rodin en el momento en que este salia de la capilla....

Luego que se halló solo en aquel santo lugar, dejose caer sobre las baldosas medio arrodillado y medio encojido, ocultando su rostro entre sus manos.

A medida que el carruaje se acercaba al barrio de Marais, donde estaba situada la casa de Marius de Renepont, leiase en la fisonomía de Rodin la febril agitacion y la devoradora impaciencia del triunfo; por dos ó tres veces, abriendo su cartera, leyó y clasificó las diferentes partidas de difuntos de los individuos de la familia de Renepont, y de vez en cuando, sacaba la cabeza por la portezuela con ansiedad, como si hubiese querido apresurar la marcha lenta del carruaje.

El buen padrecito, su *socius*, le miraba de hito en hito con una espresion tan socarrona como estraña.

En fin, habiendo entrado el coche en la calle de San Francisco, se paró á la puerta de hierro de la antigua casa recientemente cerrada despues de siglo y medio.

Rodin saltó del fiacre con la agilidad de un jóven, y llamó fuertemente á la puer-

ta, mientras que el padre Caboccini, menos presuroso, tomaba tierra mas prudentemente.

Nadie contestó á los estrépitosos aldubonazos que acababa de dar Rodin.

Temblando de ansiedad, volvió á llamar con mas fuerza, y esta vez prestando atentamente el oido, oyó el ruido lento y acompasado de unos pasos; pero á poco cesó el ruido y la puerta no se abrió.

—Esto es tostarse sobre carbones encendidos, dijo Rodin con la mayor ansiedad, y despues de haber llamado de nuevo y con mayor violencia á la puerta, se puso á morderse las uñas segun su costumbre.

De repente la puerta cochera giró sobre sus goznes y apareció bajo el pórtico el judio Samuel....

Las facciones del viejo espresaban un dolor amargo; en sus mejillas venerables se veian aun las huellas de lágrimas recientes, que sus trémulas manos acababan de enjugar cuando abrió la puerta á Rodin.

—¿Quiénes sois, señores? dijo Samuel á Rodin.

—Soy el apoderado del abate Gabriel, único heredero vivo de la familia de Renepont, contestó Rodin con voz anhelosa que revelaba su impaciencia. El señor es mi secretario, añadió señalando al padre Caboccini que hizo un saludo.

Despues de haber mirado Samuel detenidamente á Rodin, replicó:

—En efecto.... os reconozco. Tened la bondad de seguirme, señor.

Y el viejo portero se dirigió hácia el pabellon del jardin, haciendo seña á los dos reverendos padres que le siguieran.

—Este maldito viejo me ha irritado de tal modo haciéndome esperar á la puerta, dijo en voz baja Rodin á su *socius*, que me parece que tengo la calentura... Mis labios y mi garganta están secos y abrasados como pergaminos encogidos al fuego...

—No quereis tomar nada, padre mio?... Si pidiéseis un vaso de agua á ese hombre.... esclamó el tuertecillo con el mas tierno interes.

—No, no, respondió Rodin, esto no es nada... La impaciencia me devora... y no es otra cosa.

Pálida y desolada, Bethsabé, la muger de Samuel, estaba de pié á la puerta del cuarto que ocupaba con su marido y que daba bajo la bóveda de la puerta cochera: al pasar el israelita por delante de su esposa, la dijo en hebreo:

—¿Y las cortinas de la sala de duelo?

—Están cerradas....

—¿Y la cajita de hierro?

—Está preparada, contestó Bethsabé tambien en hebreo.

Despues de haber pronunciado estas palabras completamente ininteligibles para Rodin y para el padre Caboccini, dirigiéronse Samuel y Bethsabé una mirada acompañada de una sonrisa singular y siniestra, á pesar de la profunda afliccion que se leia en sus facciones.

En seguida precediendo Samuel á los dos reverendos padres, subió la grada y entró en el vestíbulo, donde ardia una lámpara; Rodin, dotado de una escelente memoria local, se dirigia hácia el salon encarnado donde se habia verificado la primera convocacion de los herederos, cuando Samuel le detuvo diciéndole:

—No es por ahi por donde debemos ir....

Despues, tomando la lámpara, se encaminó hácia una escalera oscura, pues no se habian vuelto á abrir las ventanas de la casa.

—Pero, dijo Rodin, la última vez... la reunion fué en este salon del piso bajo....

—Hoy..... será arriba, respondió Samuel.

Y principió á subir lentamente la escalera.

—¿A dónde vamos?... ¿Allá arriba?... dijo Rodin siguiéndole.

—A la sala de duelo... dijo el israelita, y continuó subiendo.

—¿Qué significa la sala de duelo? replicó Rodin bastante sorprendido.

—Un lugar de lágrimas y de muerte... dijo el israelita.

Y continuó subiendo al través de las tinieblas que eran cada vez mas espesas, porque apenas las disipaba la escasa luz de la lámpara.

—Pero... dijo Rodin parándose de repente, ¿para qué hemos de ir..... á ese lugar?

—Allí está el dinero..... respondió Samuel.

Y continuó subiendo.

—¿Está allí el dinero? Esto es diferente, replicó Rodin, dándose prisa por subir algunos escalones que habia perdido durante su perplejidad.

Samuel subia... subia sin cesar.

Al llegar á cierta altura, en que hacia un recodo la escalera, los dos jesuitas pudieron distinguir á la pálida claridad de la pequeña lámpara y en el hueco que habia entre la balaustrada de hierro y la bóveda, el perfil del anciano israelita, que dominándolos, subia la escalera con bastante trabajo asiéndose de la barandilla de hierro.

Mucho llamó la atencion de Rodin la espresion que advertia en la fisonomía de Samuel; sus ojos negros, ordinariamente dulces y velados por la edad, brillaban como una luz muy viva..... sus facciones siempre marcadas con el sello de la tristeza, de la inteligencia y de la bondad, parecian contraerse y endurecerse, y en sus delgados labios aparecia una sonrisa estraña.

—No es demasiado alto, dijo Rodin en voz baja al padre Caboccini, y sin embargo tengo las piernas doloridas, estoy cansado... y las sienes me laten con violencia.

En efecto Rodin jadeaba de cansancio; su respiracion era dificultosa: á esta confianza el buen padrecito Caboccini lleno siempre de los mas tiernos cuidados para su compañero, nada respondió, y parecia muy preocupado.

—¿Llegaremos pronto? dijo Rodin á Samuel con tono de impaciencia.

—Ya hemos llegado, respondió Samuel.

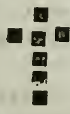
—Sea en hora buena, dijo Rodin.

—Mil veces en hora buena, respondió el israelita.

Y colocándose junto á la pared de un corredor en que habia precedido á Rodin, le mostró con la mano en que llevaba la lámpara una gran puerta de donde salia una débil claridad.

Rodin, á pesar de su sorpresa que iba creciendo por grados, entró con resolucion seguido del padre Caboccini y de Samuel.

La sala en que se hallaban estos tres personages era muy espaciosa y no podia recibir luz mas que por una especie de claraboya cuadrada pero cuyos vidrios estaban por los cuatro costados cubiertos con planchas de plomo, en cada una de las cuales habia siete agujeros que figuraban una cruz en esta forma:



Así es que como la claridad no entraba mas que por estos siete agujeros, la sala hubiera estado casi completamente á oscuras, á no ser por una lámpara que ardía encima de una grande y maciza cómoda de mármol negro que estaba pegada á la pared. Cualquiera hubiera dicho que aquella habitacion era un sitio funeral, pues por ninguna parte se veía otra

cosa que colgaduras y cortinages negros con franjas blancas, ni otro mueble que la cómoda de mármol de que hemos hablado.

Encima de esta cómoda habia una cajita de hierro del siglo XVII, admirablemente afiligranada, de tal manera, que puede decirse que era un verdadero encaje de acero.

Samuel dirigiéndose á Rodin que estaba limpiándose la frente con su sucio moquero, mirando al rededor de sí con notable sorpresa, pero sin espanto de ningun género, le dijo:

—Las disposiciones del testador, por muy singulares que os parezcan, son sagradas..... para mí..... y las cumpliré todas... con vuestro permiso.

—Nada mas justo, contestó Rodin; pero decidme, ¿qué es lo que venimos á hacer aquí?

—Muy pronto lo sabréis, señor... ¿Sois vos el representante del único heredero que queda de la familia Renepont, del señor sacerdote Gabriel de Renepont?

—Sí, señor, y en prueba de ello aquí teneis los títulos, contestó Rodin.

—A fin de ganar tiempo, repuso Samuel, en tanto que viene el magistrado, voy á hacer en vuestra presencia el inventario del importe de los valores de la familia Renepont encerrados en esa cajita de hierro, y que ayer he retirado del banco de Francia.

—¿Están ahí... los valores?... esclamó Rodin con voz ajitada y precipitándose hácia la cajita.

—Sí, señor, contestó Samuel. Esta es la factura. Espero que vuestro secretario me hará el favor de ir leyendo las partidas, vos las examinaréis, y en seguida las depositaré otra vez en la misma caja que os entregaré en presencia del magistrado.

—Me parece muy bien vuestro proyecto, dijo Rodin.

Samuel entregó el inventario al padre Caboccini, se acercó á la caja, empujó un resorte que Rodin no pudo descubrir, se levantó la tapa, y al paso que el padre Caboccini iba leyendo las partidas, entregaba Samuel los títulos á Rodin el cual los devolvia al judío despues de haberlos ecsaminado detenidamente.

Esta confrontacion no duró mucho tiempo, porque estos valores inmensos consistian solamente, como ya hemos dicho, en ocho títulos (1), en un pico de quinientos mil francos en billetes de banco, treinta y cinco mil en oro y doscientos cincuenta mil en plata: total *doscientos doce millones, ciento setenta y cinco mil francos.*

Rodin despues de haber separado el último de los quinientos billetes de á mil francos, dijo entregándoselos á Samuel:

—Ecsactamente.... total: DOS CIENTOS DOCE MILLONES CIENTO SETENTA Y CINCO MIL FRANCOS.

No cabe duda en que hay una especie de sofocacion de alegria, de aturdimiento y de felicidad, porque hubo un instante en que la respiracion de Rodin se detuvo, sus ojos se cerraron y se vió precisado á apoyarse en el brazo del padrecito italiano, diciéndole con voz alterada.

—¡Es singular..... ! Me creia ser mas fuerte.... contra las emociones.... Lo que yo noto en mi en este momento, es una cosa estraordinaria.

(1) A saber: dos millones de renta del 5 por 100 francés *al portador*: 900,000 francos de renta del 3 por 100 francés tambien *al portador*: 5,000 acciones del banco de Francia *al portador*: 3000 acciones de los cuatro canales *al portador*: 125.000 ducados de renta de Nápoles *al portador*: 3,000 metálicas de Austria *al portador*: 1,500 libras esterlinas de renta del 3 por 100 inglés *al portador*: 1,200,000 florines holandeses *al portador*, y 28.800,000 florines de los Paises-Bajos *al portador* tambien.

Y al decir esto la natural lividez de su semblante se aumentó de tal manera y le acometieron tan grandes estremecimientos, que el padre Caboccini esclamó sosteniéndole:

—Reponeos, mi querido padre.... reponeos.... No os dejeis afectar por la alegria hasta ese punto.....

Mientras que el tuertecillo daba á Rodin esta nueva prueba de su tierna solicitud, Samuel volvia á colocar los títulos y los valores en la cajita de hierro....

Rodin, gracias á su indomable enerjía y á la alegria inesplicable que esperimentaba al tocar ya tan de cerca el término que tan ardientemente habia codiciado, dominó aquel acceso de debilidad y endereezándose sereno y tranquilo, dijo al padre Caboccini.

—Esto no es nada..... Yo no he podido morir del cólera.... y no es natural que esto haya sido para venir á morir de alegria en 1.° de junio.

Y en efecto el rostro de Rodin aunque estremadamente lívido, brillaba de audacia y de orgullo.

Cuando el padre Caboccini vió completamente restablecido á Rodin, pareció que se verificaba en él una completa transformacion á pesar de ser pequeño, obeso y tuerto: sus facciones antes tan risueñas, tomaron repentinamente una espresion tan altiva, tan enérgica y tan dominante, que Rodin no pudo menos de dar un paso hácia atras al mirarlo.

Entonces el padre Caboccini, sacando de su bolsillo un papel que leyó respetuosamente, lanzó sobre Rodin una mirada de estremada severidad y con una voz sonora y amenazante leyó lo que sigue:

«Al recibo del presente rescripto, el «reverendo padre Rodin entregará todos «sus poderes al reverendo padre Caboccini, que quedará por encargado, en union «con el padre d'Aigrigny de recoger la «herencia Renepont, si el Señor con su «justicia eterna, permite que estos bie«nes, que fueron arrebatados á la com«pañía, le sean un dia devueltos.

«Ademas, al recibo de este rescripto, «el reverendo padre Rodin pasará bajo la «vigilancia de uno de nuestros padres, «que designe el padre Caboccini, á nues«tra casa de la ciudad de Laval, en don«de se le pondrá en un aposento, que«dando en retiro y completo cláustro hasta «nueva órden.»

El reverendo padre Caboccini alargó el rescripto á Rodin para que este pudiera ver y leer la firma del general de la compañía.

Samuel, vivamente interesado por esta escena, se acercó un poco á los dos interlocutores, dejando la cajita entreabierta.

De repente soltó Rodin una carcajada estrepitosa..... pero de alegria, de menosprecio y de triunfo, imposible de definir.

El padre Caboccini le miraba con irritada sorpresa, cuando Rodin creciéndose por decirlo asi, y tomando un ademan mas imperioso, mas altivo y mas soberanamente desdeñoso que nunca, separó con el revés de su grasienta mano el papel que le mostraba el padre Caboccini, y le dijo:

—¿De qué fecha es ese rescripto?

—Del 11 de mayo,..contestó el padre Caboccini estupefacto.

—Pues aqui..teneis un breve que esta misma noche he recibido de Roma con la fecha del 18,... en el cual se me comunica que he sido nombrado general de la órden..... Leed.....

El padre Caboccini tomó el papel que le presentaba Rodin; leyó y quedó enterado.

Luego devolviéndole humildemente el rescripto dobló respetuosamente delante de él la rodilla.

Asi se hallaba cumplido ya el primer paso ambicioso de Rodin..... Apesar de todas las sospechas, de todas las desconfianzas y de todos los odios que se habian despertado contra él en el partido de quien habia sido representante el cardenal Malpieri, Rodin, á fuerza de astucia, de sagacidad, de audacia, de persuasion, y sobre todo, en razon de la alta idea que sus partidarios de Roma tenian de su capacidad, habia logrado, gracias á la actividad y á las intrigas de sus agentes, hacer deponer á su general y que lo elevaran á él á tan eminente puesto..... Ya, segun las combinaciones de Rodin, garantidas por los millones que iba á poseer, desde este puesto al trono pontifical..... no le quedaba mas que dar un paso.....

Samuel, mudo testigo de esta escena, se sonrió tambien con cierto aire de triunfo despues de haber cerrado la cajita, cuyo secreto conocia él solo.

El ruido metálico que hizo el muelle al cerrarse, despertó á Rodin de los sueños ambiciosos y desenfrenados en que se encontraba, trayéndolo á las realidades de la vida; y entonces dijo á Samuel con sequedad.

—Lo habeis entendido?..... Para mí, para mí solo..... son esos millones.....

Y al decir esto alargó sus manos impacientes hácia la cajita como para tomar posesion antes de la llegada del magistrado.

Pero Samuel se trasfiguró tambien á su vez, y cruzando los brazos delante del pecho, enderezando su cuerpo algun tanto encorvado por el peso de los años, pareció imponente y amenazador, lanzando sus brillantes ojos rayos de indignacion; y esclamó con voz solemne:

—Esta fortuna, resto humilde en otro tiempo de la herencia del hombre mas generoso á quien las tramas de los hijos de Loyola obligaron á suicidarse;... esta fortuna que ha llegado á hacerse régia por el cuidado y por la santa probidad de tres generaciones de servidores fieles.... no es el premio vil de la mentira, de la hipocresía.... del asesinato.... no: no.... Dios no lo permitirá en su eterna justicia... .

—¿Qué decís de asesinato? se atrevió á preguntar temerariamente Rodin.

Samuel no contestó..... pero dió una patada en el suelo..... y estendió ligeramente el brazo hacia el fondo de la sala.

Entonces Rodin y el padre Caboccini vieron un espectáculo espantoso.

Las colgaduras que ocultaban un lienzo de la pared se habian separado como si hubieran cedido á una mano invisible.....

Colocados al rededor de un túmulo iluminado por el resplandor fúnebre y azulado de una lámpara de plata, habia seis cuerpos tendidos sobre paños negros y vestidos con ropas negras tambien.....

Estos cuerpos eran los de

Santiago Renepont.
Francisco Hardy.
Rosa y Blanca Simon.
Adriana y Djalma.

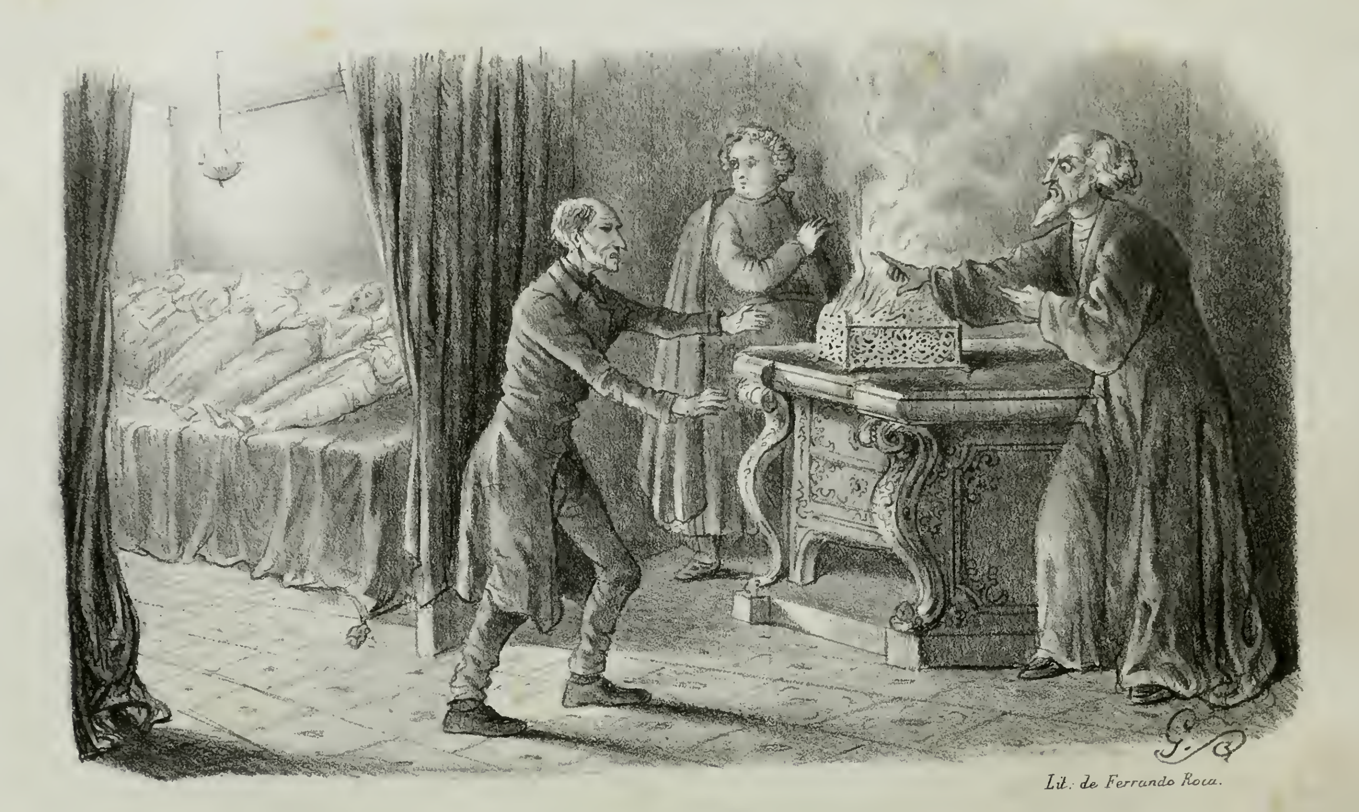
Parecia que estaban dormidos..... Sus ojos estaban cerrados y sus manos cruzadas encima del pecho.....

El padre Caboccini, temblando todo su cuerpo, se santiguó retrocediendo hasta la pared opuesta, en la cual se apoyó de espaldas tapándose el rostro con las manos.

Rodin al contrario, con los facciones alteradas, los ojos fijos y los cabellos erizados cedió á una atraccion invencible, y se adelantó hácia aquellos cuerpos inanimados.

Hubiera podido creerse que estos últimos Renepont acababan de morir en aquel mismo instante, porque parecia que se hallaban en la primera hora de su sueño eterno (1).

(1) Si esto pareciese estraño, recuérdense los últimos maravillosos descubrimientos de momificacion, y entre otros, los del Dr. Cannal.


Lit: de Ferrando Roca.

DESENLACE

—¡Ahi teneis... á los que habeis asesinado!... replicó Samuel con una voz cortada por los sollozos. Si, vuestras horribles tramas han causado su muerte... porque teniais necesidad de que murieran.... Cada vez que caia herido por vuestros maleficios alguno de los miembros de esta infortunada familia.... me apresuraba yo á apoderarme de sus restos mortales con un cuidado religioso... porque ¡ay! todos juntos deben reposar en un solo sepulcro... ¡Oh! maldito seais..... si: maldito seais vos que los habeis asesinado... Pero sus despojos no caerán en vuestras manos homicidas.

Rodin, atraido cada vez mas y á su pesar, fué acercándose poco á poco al cadáver de Djalma, y sobreponiéndose á su primer terror, pudo ya convencerse de que no era una ilusion lo que estaba mirando; y se atrevió á tocar las manos del indio que estaban cruzadas sobre el pecho.... Aquellas manos estaban heladas, pero la piel parecia flecsible y húmeda todavia.

Rodin retrocedió horrorizado..... temblando convulsivamente por espacio de algunos instantes; pero pasado su primer estupor, le vino la reflecsion y con la reflecsion aquella indecible energía, aquella infernal tenacidad de carácter que le daban tanto poderío; y entonces afirmándose en sus piernas no muy seguras, pasándose la mano por la frente, levantando la cabeza y humedeciéndose dos ó tres veces los labios antes de empezar á hablar porque sentia que cada vez se le encendian mas y mas el pecho, la garganta y la boca sin poder esplicarse la causa de aquel fuego devorador, logró dar á su semblante una espresion imperiosa é irónica, y volviéndose hácia Samuel que lloraba silenciosamente, le dijo con voz ronca y gutural:

—Ya no necesito presentaros sus partidas de difuntos... puesto que están aquí ellos... en persona.

Y con su mano descarnada fué señalando uno por uno los seis cadáveres.

Al oir estas palabras de su general el padre Caboccini se santiguó de nuevo con terror como si hubiera visto al demonio.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó Samuel: ¡Vos le habeis dejado completamente de vuestra mano!,... ¿Con que ojos se atreve á contemplar á sus víctimas?...

—¡Bah, señor mio! dijo Rodin con una terrible sonrisa, esta es una esposicion de *Curtius* al natural..... y nada mas..,. Mi tranquilidad os demuestra mi inocencia... Vamos: vamos al caso... porque yo tengo una cita en mi casa á las dos. Bajemos esa cajita...

Y al decir esto dió algunos pasos hácia la cómoda.

Samuel irritado por la indignacion, por el horror y por la cólera, se adelantó hácia Rodin y empujando con fuerza un boton que habia en el centro de la tapa de la cajita, el cual cedió á la presion, esclamó:

—Puesto que vuestra alma infernal no conoce los remordimientos...... acaso la rabia de una codicia burlada la conmoverá....

—¿Que dice ese hombre? esclamó Rodin. ¿Que es lo que hace?

—Mirad!, dijo á su vez Samuel con el acento de un triunfo terrible. Os he dicho que los despojos de vuestras víctimas se os escaparian de entre las manos homicidas.

Apenas acabó Samuel de pronunciar estas palabras salieron algunas ráfagas de humo por entre la filigrana de la cajita, y un ligero olor á papel quemado se esparció por la sala...

Rodin comprendió lo que era...

—¡Fuego!...esclamó precipitándose hácia la cajita para arrebatarla.

Pero la cajita estaba fija á la mesa de mármol.

—Si, si: fuego... dijo Samuel, dentro de algunos minutos... no quedará de ese inmenso tesoro otra cosa que un poco de ceniza... y mas vale que quede reducido á ceniza que no que pase á vuestras manos... Este tesoro no me pertenece..... y solamente me queda el derecho de aniquilarlo, porque Gabriel Renepont será fiel al juramento que ha hecho.

—¡Ausilio!... ¡Agua!... ¡Agua! esclamó Rodin precipitándose hácia la caja que cubrió con su cuerpo tratando en vano de sofocar la llama que activada por la corriente de aire salia por las mil labores de hierro. Pero bien pronto disminuyéndose su intensidad, comenzaron á salir solamente algunos hilos de humo... y luego se estinguió todo.

Todo estaba ya concluido.

Entonces Rodin aturdido y suspirando se volvió y se apoyó con una mano en la cómoda... Por la primera vez de su vida.... aquel hombre lloraba...... gruesas lágrimas...... que corrian por sus cadavéricas mejillas.

Pero de repente comenzó á sentir atroces dolores que habian sido sordos al principio pero que habian ido adquiriendo fuerza é intensidad á pesar de que los habia combatido con toda la energía de su espíritu. Estos dolores estallaron al fin con tanta furia, que no pudiendo ya tenerse de pie, se dejó caer de rodillas aplicándose las manos al pecho, y murmurando al mismo tiempo que procuraba sonreirse:

—Esto no es nada... No os deis la enhorabuena... Algunos escalofrios.... ¿Qué es todo lo que ha sucedido.....? Que se ha destruido ese tesoro.... Es verdad....; pero yo.... me quedo..... general.... de la órden.... y yo.... ¡Oh! ¡Esto es terrible! ¡Yo me abraso! añadió retorciéndose con horribles convulsiones. Desde... que he entrado en esta maldita casa, añadió luego, yo no sé.... qué tengo.... Si no viviera como vivo.... hace ya tanto tiempo.... alimentándome..... con vegetales... y agua y pan.... que yo mismo voy... á comprar.... creeria estar envenenado.... porque.... al fin yo triunfo....¡el cardenal Malpieri... tiene muy largos los brazos.... Sí... yo triunfo... asi no moriré... no.... no.... Esta vez será como han sido otras.... Yo no quiero morir.... y no moriré.... ¡Morir yo...!

Y luego dando un salto convulsivo y retorciendo los brazos añadió:

—Pero yo.... me abraso..... Siento un fuego que me devora las entrañas.... No hay duda.... han querido..... envenenarme.... hoy.... Pero.... ¿en dónde...? Pero.... ¿quién?

Y despues interrumpiéndose esclamó con una voz sofocada:

—¡Socorro....! ¡Socorro....! Favorecedme pues vosotros que me estais mirando.... los dos... como dos espertros... Socorredme.

Samuel y el padre Caboccini espantados de esta horrible agonia no podian hacer ni un movimiento.

—¡Socorro! gritó de nuevo Rodin con una voz medio ahogada, porque este veneno es horrible.... Pero ¿cómo.... han podido envenenarme.....? Y lanzando un terrible grito de rabia como si de repente una idea se le hubiera presentado á su imaginacion, esclamó: ¡Ah! ¡Faringhea.... esta mañana....! ¡El agua bendita que me ha dado....! ¡El conoce venenos muy sútiles....! Si: él es... El tuvo... una entrevista.... con Malpieri.... ¡Oh demonio....! Esto ha estado bien dirigido... es preciso confesarlo.... Los Borias... saben estirpar las razas.... ¡Oh! todo está acabado... Yo muero.... ¡Necios....! ¡Ya me llorarán! ¡Oh! ¡infierno! ¡infierno...! ¡No sabe la iglesia.... lo que pier-

de..... ! Pero yo me abraso..... ¡Socorredme !

Por fin llegaba gente en socorro de Rodin.

Se oyeron algunos pasos precipitados en la escalera y no tardó en aparecer el doctor Baleinier seguido de la princesa de Saint-Dizier en la puerta de la sala de duelo.

La princesa habia sabido vagamente aquella misma mañana la muerte del padre Aigrigny, y venia apresuradamente á preguntar á Rodin acerca de este asunto.

Cuando esta muger, entrando tan de repente en la sala de duelo, lanzó una mirada sobre el terrible espectáculo que se presentaba á sus ojos...; cuando vió... á Rodin retorciéndose con terribles convulsiones en una agonia espantosa...; cuando vió un poco mas allá iluminados por una lámpara sepulcral los seis cadáveres... y entre ellos el de su sobrina y los de las dos huérfanas que ella habia enviado á la muerte..., la princesa quedó petrificada... su razon no pudo resistir á tan violento choque.... y despues de haber mirado lentamente á su alrededor, levantó los brazos y prorrumpió en una carcajada estrepitosa é insensata....

Estaba loca...

En tanto que el doctor Baleinier aturdido sostenia la cabeza de Rodin que espiraba entre sus brazos, Faringhea se presentó en la puerta, y sin salir de entre las sombras dijo lanzando una mirada terrible sobre el cadáver de Rodin.

—¡Queria hacerse gefe de la compañía de Jesus para destruirla.... ! Para mí la compañía de Jesus reemplaza á Bohwanie... Yo obedezco al cardenal.

EPILOGO.

XX.

CUATRO AÑOS DESPUES.

Cuatro años habian pasado despues de los anteriores acontecimientos.

Gabriel de Rennepont escribia la siguiente carta al señor abate *José Charpentier*, cura párroco de Saint-Aubin, pobre aldea de Pologne.

GRANJA DE AGUAS-VIVAS 2 de junio (de 1836

Amado José: ayer me senté para escribiros delante de la mesita negra que os es tan conocida: la ventana de mi cuarto, ya segun sabeis, al patio de nuestra granja y puedo escribiendo desde mi mesa, observar lo que pasa en este patio.

Hé aqui preliminares muy grves, amigo mio: os sonreis.... vamos al hecho.

Acababa, pues, de sentarme delante de mi mesa, cuando mirando por casualidad por la ventana que estaba abierta, os diré lo que ví: vos que dibujais tan perfectamente, buen José, estoy seguro de que hubierais reproducido la escena admirablemente.

Caminaba el sol á su ocaso, el cielo estaba espléndido, la temperatura templada y embalsamada por las madreselvas que hácia el arroyuelo tapizan la tapia; sobre el banco de piedra que hay debajo del peral grande que está junto á la pa-

red de la granja, se habia sentado mi padre adoptivo, Dagoberto, ese valiente y leal soldado á quien tanto amais: parecia que estaba pensativo; su pálida frente caia sobre el pecho y acariciaba al viejo Quitasolaces que apoyaba su inteligente cabeza sobre las rodillas de su amo: al lado de Dagoberto estaba su esposa, mi buena madre adoptiva, haciendo un trabajo de costura, y cerca de ellos, sobre una banqueta, estaba Angela, la muger de Agrícol, meciendo á su hijo menor, en tanto que la amable Gibosa tenia al mayor sobre sus rodillas y le enseñaba á deletrear en un alfabeto.

Agrícol acababa de entrar de vuelta del campo, y habia comenzado á desuncir sus bueyes, cuando afectado sin duda como yo de ver aquel cuadro, estuvo contemplándolo un momento, con la mano apoyada en el yugo bajo del cual se doblan las anchurosas frentes de sus dos enormes bueyes negros.

Me es imposible manifestaros, amigo mio, la calma encantadora de este cuadro, bañado por los últimos rayos del sol que por todas partes venian á perderse en el follaje.

¡Qué tipos tan variados é interesantes! la venerable figura del soldado.... la honrada y cariñosa fisonomía de mi madre adoptiva, el semblante fresco y encantador de Angela, que se sonreia con su niño, la dulce melancolía de la Gibosa, que de cuando en cuando besaba la blonda cabellera del hijo mayor de Agrícol, y este mismo, en fin, con una belleza tan varonil que parecia el reflejo de aquella alma leal y animosa....

¡Oh amigo mio! al contemplar esta reunion de seres tan honrados, tan nobles, tan apasionados y tan queridos unos de otros, retirados en una aislada casita de campo de nuestra miserable Pologne, se elevaba mi corazon hasta Dios con un sentimiento de inefable gratitud; esta tranquilidad de la familia, esta noche tan hermosa, ese perfume de las flores silvestres y de los bosques que traia la brisa, ese profundo silencio, turbado no mas que por el ruido de esas aguas; todo esto me hacia esperimentar como rafagas de vago y suave enternecimiento, que se sienten pero que no se espresan.

Vos lo sabeis, amigo mio...., vos, que en vuestros solitarios paseos, en medio de vuestras inmensas llanuras, cubiertas de rosales, rodeados de anchos bosques de pinos, sentis con tanta frecuencia que se humedecen vuestros ojos, sin poderos esplicar esta melancolía y dulce emocion; emocion que yo tambien sentí tantas veces durante las admirables noches que pasé en las profundas soledades de América.

Mas ¡ay! un doloroso incidente turbó la serenidad de aquel cuadro.

De repente oí á la muger de Dagoberto esclamar...... Amigo mio, ¿estás llorando?

A estas palabras, se levantaron Agrícol, Angela y la Gibosa, y rodearon espontáneamente al soldado; pintóse la inquietud en todos los semblantes...... y alzando entonces el soldado la cabeza, se vieron en efecto dos lágrimas que rodaron por sus mejillas hasta su encanecido bigote.

« Esto no es nada.... hijos mios, dijo con conmovido acento, nada;..... pero hoy.... es el 1.º de junio.... y hace cuatro años... »

No pudo acabar, y al llevarse las manos á los ojos para enjugar sus lágrimas, se vió que tenia cojida una cadenita de bronce de la cual pendia una medalla.

Era una reliquia, objeto de todo su cariño; hallándose casi moribundo cuatro años antes, por efecto del profundo peso que le causara la pérdida de los dos á

geles de que tantas veces os he hablado, amigo mio, encontró suspendida del cuello del mariscal Simon, quien pereció en un combate á muerte, aquella medalla que tanto tiempo habian llevado sus hijas.

Bajé al instante, como podeis figuraros, á fin de hacer lo posible para calmar los dolorosos recuerdos de aquel escelente hombre; y en efecto, poco á poco se suavizaron sus penas, y la noche pasó en medio de una piadosa y tranquila tristeza.

Son increibles, amigo mio, los crueles sentimientos que me asaltaron; cuando volví á mi aposento, recordé la época de que siempre aparto la idea con miedo y con horror.

Entonces se me aparecieron las tiernas víctimas de aquellos terribles y misteriosos sucesos cuya espantosa profundidad nunca se ha podido sondear ni traslucir, merced á la muerte del P. A.*** del P. R.*** y á la incurable locura de Mad. de Saint D.*** autores ó cómplices de tan horribles desgracias. Desgracias por siempre irreparables, pues las víctimas sacrificadas á una execrable ambicion, hubieran sido el orgullo de la humanidad por los beneficios que la hubieran hecho!...

¡Ah! si supierais, amigo, ¡qué corazones tan privilegiados tenian! Si conocierais los brillantes proyectos de caridad de aquella joven, cuyo corazon era tan generoso, cuyos pensamientos eran tan elevados, cuya alma era tan grande..... Como preludio de sus magníficos intentos, y despues de una conversacion, que aun para vos debe permanecer secreta..... me confió el dia anterior de su muerte una considerable cantidad, diciéndome con su gracia y su bondad acostumbradas: «Pretenden arruinarme y acaso lo logren: esto que os entrego se salvará á lo menos en beneficio de los que padecen; dad, dad muchas limosnas, haced cuantos dichosos podais; quiero inaugurar mi dicha com un monarca.»

No sé si os he dicho, amigo mio, que de resultas de estos siniestros acontecimientos, viendo á Dagoberto y su muger, mi madre adoptiva, reducidos á la miseria, la tierna Gibosa, que apenas podia vivir con su reducido salario, Agricol, padre ya, y yo mismo, depuesto de mi humilde curato y escomulgado por mi obispo por haber prestado los ausilios de mi religion á un protestante y haber orado sobre la tumba de un infeliz á quien la desesperacion arrastrara al suicidio, encontrándome yo mismo en virtud de este entredicho, bien pronto sin recursos, porque el carácter de que me hallo revestido no me permite recurrir indiferentemente á todos los medios de existencia; yo no sé si os he dicho que despues de la muerte de la señorita de Cardoville, creí poder tomar, del dinero que me habia confiado para que lo emplease en obras de caridad, una suma bastante reducida, con la cual he comprado esta granja en nombre de Dagoberto.

Sí, amigo mio, este es el origen de mi fortuna, y le han perfeccionado nuestra inteligencia y el estudio de algunos buenos libros de practica. Agricol, de aventajado artesano, se ha convertido en escelente agricultor; por mi parte le he imitado, manejo el arado con celo y sin vanidad, porque este útil trabajo es tres veces santo, pues de ningun modo se sirve y se glorifica mejor á Dios que fecundando la tierra que ha creado. En cuanto se han calmado un poco sus penas ha vuelto á recobrar Dagoberto con esta vida agreste y saludable su antiguo vigor; manifestando cierta práctica en estos trabajos, porque mientras estuvo desterrado en Siberia, cuasi llegó á hacerse un verdadero labrador. Finalmente, mi buena madre adoptiva, la escelente muger de Agricol

y la Gibosa se dividen las faenas interiores, y Dios ha bendecido esta pequeña colonia de personas ¡ay de mí! bien esperimentadas por la desgracia, que han pedido á la soledad y á los ásperos trabajos del campo una vida pacífica, laboriosa, é inocente y el olvido de grandes pesares.

En nuestras veladas de invierno habeis podido algunas veces apreciar el delicado y fino talento de la dulce Gibosa, la estraña y poética inteligencia de Agricol, el admirable cariño maternal de su madre, el recto juicio de su padre, el hermoso y esquisito carácter de Angela: decidme, pues, amigo mio, si jamas se han podido reunir tantos elementos de una adorable intimidad como los que existen en torno mio. ¡Cuántas largas noches de invierno hemos pasado de esta manera al amor de la lumbre de chispeantes sarmientos, leyendo unos en pos de otros, ó comentando esos libros siempre nuevos, imperecederos, divinos, que regalan el corazon y ensanchan el animo! ¡Qué conversaciones halagüeñas, hasta la alta noche prolongadas!... ¿Y si recuerdo las poesías pastorales de Agricol, y las tímidas confidencias literarias de la Gibosa? ¿La pura y preciosa voz de Angela uniéndose al robusto y vibrado acento de Agricol en cánticos de candidas y sencillas melodías?... ¿Y las relaciones de Dagoberto tan enérgicas y pintorescas de su ingenuidad guerrera? ¿Y la adorable alegría de los niños, y sus holgorios con el buen viejo Quitasolaces, que se complace en sus juegos y aun toma en ellos parte? Criatura inteligente y buena *que parece estar siempre buscando á alguien* .... Dijo Dagoberto que le conocia, y tiene razon..... sí..... él tambien echa de menos á aquellos dos ángeles de quienes era guarda fiel.

No creais, amigo mio, que nuestra dicha nos haga olvidadizos, no; no pasa dia sin que nombres asaz caros para nuestros corazones sean pronunciados con tierno y piadoso respeto. Por eso los dolorosos recuerdos que traen á la memoria y que sin cesar sobrevienen, dan á nuestra existencia tranquila y feliz ese tinte de dulce gravedad que os chocó.....

Sin duda, amigo mio, que esta vida encerrada en el círculo íntimo de la familia y no irradiando fuera para el bienestar y mejoramiento de nuestros hermanos, encierra quizá una dicha algo egoista, mas ¡ah! nos faltan los medios; y aunque el pobre encuentra siempre su asiento en nuestra frugal mesa, y un abrigo bajo nuestro techo, nos es forzoso renunciar á todo grande pensamiento de accion. La módica renta de nuestra granja, escasamente basta para nuestras necesidades.

¡Ah! cuando me ocurrren estos pensamientos, á pesar de las penas que me ocasionan, no puedo abandonar la resolucion que he tomado de cumplir fielmente mi palabra de honor, sagrada, inviolable, de renunciar á esa sucesion que se ha hecho inmensa ¡ah! por la muerte de los mios. Sí, creo haber cumplido un grande deber induciendo al depositario de este tesoro á reducirle á cenizas, mejor que verle caer en manos de personas que hubiesen hecho de él un execrable uso, ó faltar á mis juramentos, atacándose una donacion hecha por mí, libre, espontánea y sinceramente.

Y sin embargo, al pensar en la realizacion de las magníficas voluntades de mi abuelo, admirable utopia solo posible con esos inmensos recursos y que la señorita de Cardoville trataba de realizar antes de tantos siniestros sucesos con el ausilio de Mr. Francisco Hardy, del príncipe Djalma, del mariscal Simon, de sus hijas, y de mi propio, al pensar en el foco deslumbrador de fuerzas vivas de todo género

que con tal asociacion hubiera resplandecido; al pensar en la influencia inmensa que sus resultados habrian podido tener para la humanidad entera, mi indignacion, mi horror, mi encono de hombre honrado y de cristiano se acrecientan contra esa compañía abominable cuyas negras tramas han ahogado en gérmen un porvenir tan bello, tan grande, tan fecundo,

De tantos espléndidos proyectos ¿qué es lo que resta? Siete tumbas, porque la mia está tambien abierta en ese maldito terreno, que Samuel ha hecho levantar sobre el suelo de la casa de la calle Nueva pe San Francisco, y de que se ha constituido hasta el fin su mas fiel guardian.

Aquí llegaba de mi carta cuando recibí la vuestra.

Así despues de haberos prohibido el verme vuestro obispo, os prohibe igualmente el que entreis en correspondencia conmigo.

—Vuestro tierno y doloroso sentimiento me ha conmovido profundamente, amigo mio... muchas veces hemos hablado de la disciplina eclesiástica y del poder absoluto de los obispos sobre nosotros pobres proletarios, sin apoyo ni recursos... Esto es doloroso, pero es la ley de la iglesia, amigo mio; vos habeis jurado observar esta ley... debeis pues someteros como yo me he sometido..... todos los juramentos son sagrados para el hombre de honor.

¡Pobre José! yo desearia que obtuvieseis las compensaciones que me quedan despues de haber roto unas relaciones tan dulces para mí.... Pero:... mirad... estoy demasiado conmovido... yo sufro... si.... mucho... porque sé lo que debeis sentir.

Me es imposible continuar esta carta... yo me esplicaria acaso con amargura contra aquellos cuyas órdenes debemos respetar

Ya que es preciso, esta carta será la última; adios, pues, amigo mio; adios otra vez, y acaso para siempre.

Tengo el corazon destrozado.

GABRIEL DE RENEPONT.

XXI.

LA REDENCION.

Una luz rosada, casi imperceptible, empezaba á dejarse ver en el Oriente; pero las estrellas brillaban todavia con toda su luz sobre el azul del Zenit.

Los pájaros despertándose bajo las frescas hojas de los grandes arboles del valle preludiaban con algunos gorgeos aislados, que pronto iba á rayar el dia. Concierto matutino.

Un ligero vapor blanquecino se elevaba de los arbustos bañados del rocío nocturno y las aguas límpidas y tranquilas de un gran lago reflejaban los primeros esplendores del alba en su espejo profundo y azul.

Todo anunciaba uno de esos alegres y calurosos dias con que comienza el verano....

Como á la mitad del plano inclinado que formaba el valle y dando cara al Oriente, un grupo de antiguos sauces carcomidos por el tiempo, y cuya rugosa corteza casi desaparecia bajo las lindas ramas de la olorosa madre selva y de las graciosas enredaderas de campanillas de todos colores, un grupo de antiguos sauces formaba una especie de abrigo natural, y sobre sus nudosas y enormes raices cubiertas de espeso musgo, están sentados un hombre y una muger; sus cabellos enteramente encanecidos, sus prolongadas arrugas, y sus cuerpos encorvados anuncian una estremada vejez....

Y no obstante, hace poco tiempo que aquella muger era jóven, hermosa, y que largos y negros cabellos cubrian su pálida frente.

Y no obstante, aquel hombre se encontraba poco hacia en todo el vigor de la edad.

Desde el lugar que descansaban este hombre y esta muger, se descubria el valle, el lago, el bosque, y por la parte superior del bosque, la alta cima de una montaña azulada por detras de la cual iba á levantarse el sol.

Este cuadro medio velado por la trasparente palidez de los crepusculos era á un mismo tiempo alegre, melancólico y solemne.

—¡Oh hermana mia! decia el anciano á la muger que como él reposaba en la agreste habitacion que formaban los añosos sauces, ¡oh hermana mia! ¡Cuantas veces.... desde que la mano del Señor nos lanzó en el espacio tantos siglos hace, obligandonos á recorrer el mundo desde el uno al otro polo.... ¡cuantas veces hemos visto reanimarse la naturaleza, con un sentimiento de dolor incurable! ¡Ay! un dia mas que pasar..... desde salir el sol hasta el ponerse.... un dia mas inútilmente añadió á nuestros dias, cuyo número se aumentaba en vano, puesto que la muerte huia sin cesar de nosotros!

—Pero, ¡oh felicidad! de algun tiempo à esta parte, hermano mio, el Señor en su misericordia ha querido que para nosotros, asi como para las demas criaturas, cada dia que trascurre, sea un paso mas que damos hácia la tumba. Bendigamos su nombre, hermano mio, bendigamos su nombre.

—Si, bendigámosle, hermana mia.... porque desde ayer, que su voluntad nos ha reunido..... siento esa languidez inefable que debe sentirse al acercarse la muerte.

—Como vos, hermano mio, he sentido tambien que mis fuerzas ya harto decaidas se debilitan mucho mas con una dulce languidez: sin duda se acerca el término de nuestra vida... La ira del Señor está ya satisfecha.

—¡Ay, hermana mia!..... Sin duda tambien... el último vástago de mi raza maldita..... va con su prócsima muerte á completar mi redencion... pues la voluntad del Señor se ha manifestado finalmente.... Seré perdonado, cuando el último de mis parientes haya desaparecido de la superficie de la tierra.... A este.... Santo entre los mas santos.... estaba reservado el lograr mi rescate.... al que tanto ha hecho por la salvacion de sus hermanos.

—¡Oh! Sí, hermano mio, él que tanto ha sufrido, él que sin quejarse ha apurado calices tan amargos y llevado cruces tan pesadas; él, que como ministro del Señor ha sido imágen en Cristo sobre la tierra, él, debia ser el último instrumento de esta redencion.....

—Sí... lo conozco en este momento, hermana mia, el último de los mios, victima desgraciada de una lenta persecucion, está á punto de dar á Dios su alma angélica y pura... De este modo.... hasta el fin.... habre sido fatal á mi raza maldecida.... ¡Señor, Señor! si vuestra clemencia es grande, grande es tambien vuestra cólera.

—Valor y esperanza, hermano mio... pensad en que despues de la espiacion viene el perdon, y despues del perdon la recompensa.... El Señor ha castigado en vos y en vuestra posteridad al artesano á quien la desgracia y la injusticia habian hecho malo, y os ha dicho: «Anda..... anda.... sin tregua ni reposo, y tu marcha será inútil, y cada noche cuando te acuestes en la dura tierra para descansar de tu fatiga, te encontrarás mas lejos del término de tu viage que lo estabas por la mañana al empezar de nuevo tu eterna carrera»... Muchos siglos hace que hombres desapiadados han dicho tambien al artesano: «Trabaja... trabaja... trabaja... sin tregua ni reposo, y tu trabajo fecundo para todos, solo para tí será estéril, y cada noche cuando te acuestes sobre la dura

tierra para descansar de tu fatiga, no estarás mas cerca de lograr la dicha y el reposo, que lo estabas el dia anterior al volver de tu trabajo cotidiano... Tu mezquino salario te habrá bastado para sostener esa vida de dolores, de privaciones y de miseria»...

—¡Ah!... ¡Ah!... ¿habrá de ser siempre así?

—No, no, hermano mio, en lugar de llorar con los de vuestra raza regocijaos en ellos; si ha necesitado el Señor su muerte para vuestra redencion, el Señor al redimir en vos al artesano maldito del cielo... redimirá tambien al artesano temido y maldecido por aquellos que lo someten á un yugo de hierro... En fin... hermano mio... los tiempos se acercan... los tiempos se acercan... la misericordia del Señor no se limitará á nosotros solos... Sí, yo os lo digo... en nosotros serán rescatados el esclavo moderno y la muger... Cruel ha sido la prueba, hermano mio... pronto hará diez y ocho siglos que dura... pero ha durado bastante... Ved, hermano mio, ved en el oriente una luz roja... que elevándose poco á poco se estiende en el firmamento... Allí se levantará un dia el sol de la emancipacion nueva, emancipacion pacífica, santa, grande, saludable, fecunda, que esparcirá por el mundo su claridad y su calor vivificante, como la del astro que muy pronto va á resplandecer en el cielo...

—Sí, sí, hermana mia, una voz interior me dice que nuestras palabras son proféticas... Sí... á lo menos cerraremos nuestros ojos ya cansados, viendo la aurora de ese dia de rescate... dia hermoso, espléndido, como el que empieza á lucir... ¡Oh! no... no... ya no tengo mas que lágrimas de alegría y de orgullo, para los de mi raza, que han muerto tal vez para asegurar esta redencion! ¡Santos mártires de la humanidad sacrificados por los eternos enemigos de la humanidad misma! pues los antepasados de esos sacrílegos que profanan el santo nombre de Jesus aplicándolo á su compañía, son los fariseos, los falsos sacerdotes que Jesu-Cristo ha maldecido. Sí, gloria á los descendientes de mi estirpe por haber sido los últimos mártires inmolados por esos eternos cómplices de toda esclavitud, de todo despotismo, por esos implacables enemigos de la emancipacion de los que quieren pensar y no quieren sufrir mas: de los que quieren gozar como hijos de Dios, de los dones que el criador ha destinado al género humano..... Sí, sí, no está lejano el fin del reinado de esos modernos fariseos, de esos falsos sacerdotes que prestan un apoyo sacrílego al egoismo despiadado del fuerte contra el débil, atreviéndose á sostener á la faz de los inmensos tesoros de la creacion, que Dios ha criado al hombre para las lágrimas, para la desgracia y para la miseria... Esos falsos sacerdotes que seides de todos las opresiones, quieren siempre inclinar hácia la tierra, humillada, embrutecida y desolada, la frente de la criatura. No, no, que alce en fin, con altivez la frente; Dios hizo á la criatura para que fuese digna, inteligente y feliz.

—¡Oh! hermano mio..... vuestras palabras son proféticas... Sí, sí... la aurora de ese hermoso dia se acerca, como se acerca el amanecer de este dia que por la misericordia de Dios será el último de nuestra vida... terrestre...

—El último... hermana mia... pues no sé qué aniquilamiento me aqueja... paréceme que todo cuanto es en mi materia, se disuelve: siento las profundas aspiraciones de mi alma que quiere volar hácia el cielo.

—Hermano mio... mis ojos se cierran, y apenas veo en el oriente esa claridad rosada hace un momento.

—Hermana mia... solo al través de un vapor confuso... veo el valle... el lago... los bosques... las fuerzas me abandonan.

—Bendigamos á Dios, hermano mio... el momento de nuestro eterno reposo se acerca.

—Si... hermana mia, ya se acerca..... el sueño eterno se apodera de todos mis sentidos...

—¡Oh! felicidad... hermano mio...yo espiro...

— Hermana mia..... mis ojos se cierran...

—Perdonado... perdonados.

—¡Oh! hermano mio... que esta divina redencion se estienda á todos..... los que padecen... sobre la tierra.

—Morid.... en paz... hermana mia.... la aurora... de este... gran dia... ha brillado... el sol sale... mirad...

—¡Bendito seais, Dios mio!

—¡Bendito seais, Dios mio!

. . . .

Y en el momento que aquellas dos voces callaron para siempre, apareció el sol radiante y resplandeciente inundando el valle con sus rayos.

XXII.

CONCLUSION.

Hemos cumplido nuestra mision y acabado nuestra obra.

Conocemos cuan incompleta y cuan imperfecta es: sabemos las faltas que tiene en el estilo, en la concepcion y en la fábula.

Pero creemos tener derecho á decir que en nada se opone á las buenas costumbres, y que es concienzuda y sincera.

Durante el curso de su publicacion, se la han dirigido muchos ataques encarnizados, injustos é implacables: muchas críticas severas, duras, y algunas veces apasionadas: aunque de buena fé se han hecho tambien algunas de ellas.

Los ataques violentos, encarnizados, injustos é implacables, nos han divertido; con humildad lo confesamos, por lo mismo que caian formulados en mandamientos contra nosotros, desde ciertas sillas episcopales. Esos exagerados furores, esos ridículos anatemas que nos lanzan hace mas de un año, son demasiado divertidos para que nos incomoden; pues se reducen simplemente á una buena comedia de costumbres clericales.

Mucho nos ha divertido esta comedia; mucho la hemos saboreado: réstanos solamente manifestar nuestra sincera gratitud á los que como el divino Molière, son autores y actores de ella.

En cuanto á las críticas, por mas amargas y violentas que hayan sido, las aceptamos de tanto mejor grado en todo lo que atañe á la parte literaria de nuestro libro, cuanto que hemos procurado aprovechar frecuentemente los saludables consejos que se nos daban, quizá con demasiada aspereza. Nuestra modesta deferencia á la opinion de hombres mas juiciosos, maduros y correctos que simpaticos y benévolos, quizá haya desconcertado, despechado y contrariado á esos mismos hombres: lo sentimos tanto mas, cuanto que nos hemos aprovechado de sus críticas, y si hemos desagradado á los que nos las han hecho, confesamos que ha sido involuntariamente.

Diremos algo mas acerca de ataques de otro género y mucho mas graves.

Se nos acusa de haber concitado las pasiones, señalando á la animadversion pública todos los individuos de la compañía de Jesus.

He aqui nuestra respuesta:

Es cosa incontestable y fuera de duda, y está ademas demostrado por los textos sometidos a las pruebas mas contradictorias desde Pascal hasta nuestros dias, que las obras teológicas de los individuos de la compañía de Jesus contienen la disculpa ó la jsutificacion:

DEL ROBO.—DEL ADULTERIO.—DEL ESTUPRO Y DEL ASESINATO.

Está igualmente probado que se han puesto obras inmundas y repugnantes, suscritas por los reverendos padres de la compañía de Jesus, en manos de sus educandos.

Establecido este último hecho, demostrado por el escrupuloso examen de los testos, y habiendo sido ademas solemnemente confirmado en tiempos pasados por el discurso lleno de elevacion, de razon, y de grave y generosa elocuencia pronunciado por el abogado general Dupaty cuando el proceso del sábio y digno Mr. Busk de Strasburgo, ¿cómo hemos procedido nosotros?

Hemos supuesto individuos de la compañía de Jesus, inspirados por los detestables principios de sus *teólogos clásicos*, y obrando según el espíritu y la letra de estos abominables libros, de su catecismo y sus rudimentos; hemos, en fin, puesto en accion, en movimiento, en relieve, en carne y en hueso, á esas detestables doctrinas, nada mas, y nada menos.

¿Hemos dicho por ventura que todos los individuos de la compañía de Jesus tuviesen el villano talento, la audacia ó la maldad de emplear esas armas peligrosas que contiene el tenebroso arsenal de su órden? Nada menos que eso. Lo que hemos atacado es el abominable espíritu de las *constituciones* de la compañía de Jesus, y los libros de sus teólogos clásicos.

¿Tenemos en fin necesidad de añadir, que cuando los papas, los reyes, las naciones y recientemente la misma Francia, han condenado las horribles doctrinas de esta compañía espulsando á sus individuos ó disolviendo su congregacion, no hemos hecho otra cosa, si hemos de decir verdad, que presentar bajo una forma nueva, ideas, convicciones y hechos consagrados hace ya mucho tiempo, y de pública notoriedad?

Dicho esto, pasemos adelante.

Acúsasenos tambien de escitar el odio de los pobres contra los ricos, emponzoñando la envidia que produce en el desgraciado el aspecto de los esplendores de la riqueza.

A esto responderemos que por el contrario hemos tratado de personificar en Adriana de Cardoville esa parte de la aristocracia de sangre y de riqueza, que tanto por un noble y generoso impulso cuanto por el conocimiento de lo pasado y la prevision de lo futuro, tiende ó deberia tender una mano benéfica y fraternal á todo lo que sufre á todo lo que conserva la probidad en la miseria, á todo lo que está ennoblecido por el trabajo. ¿Es sembrar los gérmenes de division entre el rico y el pobre, presentar á Adriana de Cardoville hermosa y rica patricia, llamando hermana a la Gibosa, y tratándola como hermana á pesar de ser una pobre trabajadora enferma y miserable? ¿Es irritar al trabajador contra el que lo emplea el presentar á Mr. Francisco Hardy abriendo los primeros cimientos de una casa comun?

No: hemos emprendido por el contrario una obra de conciliacion y de fraternidad entre las clases colocadas en las dos estremidades de la escala social pues hace ya tres años que escribimos estas palabras: ¡SI LOS RICOS SUPIERAN!!!

Hemos dicho y repetimos que hay miserias innumerables y espantosas, que las masas teniendo cada vez mas conocimiento de sus derechos, pero tranquilas todavía piden pacientes y resignadas que los que gobiernan se ocupen, en fin, en mejorar su deplorable situacion, cada dia mas grave por la anarquía y desapiadada competencia que reina en la industria.

Sí, lo hemos dicho y lo repetimos, el hombre laborioso y probo tiene derecho á un trabajo que le dé un salario suficiente.

Permítasenos, en fin, resumir en algunas líneas las cuestiones por nosotros suscitadas en esta obra.

—Hemos tratado de probar la cruel mezquindad del salario de las mugeres y sus horribles consecuencias.

—Hemos pedido nuevas garantías contra la facilidad con que cualquiera puede ser encerrado en una casa de locos.

—Hemos pedido que el artesaño pueda gozar del beneficio de la ley respecto á *la libertad bajo caucion*, caucion cuyo precio es tan alto (500 francos) que le es imposible conseguirla, y libertad de que sin embargo tiene mas necesidad que otra cualquier persona, puesto que su familia no cuenta con mas recursos que con su industria, la cual no puede ejercer en una prision. En virtud de esto hemos propuesto la cantidad de 60 á 80 *francos* como cantidad que representa poco mas ó menos el término medio de un mes de trabajo.

—Creemos, enfin, haber demostrado, al tratar de reducir á práctica la organizacion de una casa comun de trabajadores, las inmensas ventajas que aun con el actual precio de jornales, por mas insuficiente que sea, encontrarian las clases trabajadoras en el principio de la asociacion y de la vida comun, si se les facilitáran los medios de practicarlas.

—Para que esto no fuese considerado como una utopia, hemos probado con guarismos que los especuladores podrian á la vez hacer un acto de humanidad y de generosidad provechoso á todos y ganar un cinco por ciento de sus capitales, contribuyendo á la fundacion de casas comunes.

Humana y generosa especulacion que tambien hemos recomendado á la atencion del consejo municipal que tanto se interesa por la poblacion parisiense. La ciudad de Paris es rica; ¿no podria emplear ventajosamente algunos capitales estableciendo en cada barrio una casa comun que sirviera de modelo? Esto produciria como primera ventaja, que la esperanza de ser admitidos en ella mediante un precio módico, escitaria una loable emulacion entre las clases trabajadoras, y ademas recibirian con estos ejemplos los primeros y fecundos rudimentos de la asociacion.

Digamos ahora una palabra para dar gracias con toda la sinceridad de nuestro corazon á los amigos conocidos y desconocidos, cuya benevolencia, estímulo y simpatías nos han seguido ausiliándonos constantemente en tan penosa tarea.

Una palabra mas de respetuoso é inalterable reconocimiento para nuestros amigos de Bélgica y Suiza que se han dignado darnos un público testimonio de sus simpatías con las cuales nos honraremos siempre, pues ha sido una de nuestras mas dulces recompensas.

A Mr. Camilo P.

Os he dedicado este libro, amigo mio; dedicároslo era contraer la obligacion de llevar á cabo una obra, que si carece de talento, es al menos concienzuda, síncera, y cuya influencia, aunque limitada puede ser saludable. He logrado mi objeto; algunos corazones privilegiados como el vuestro, amigo mio, han puesto en práctica la legítima asociacion del trabajo, del capital y de la inteligencia, y ya se han concedido á sus trabajadores una parte proporcionada á sus ganancias; otros han abierto los primeros cimientos de casas comunes, y uno de los mas ricos fabricantes de Hamburgo ha tenido la bondad de participarme sus proyectos acerca de un establecimiento de esta especie emprendido bajo proporciones gigantescas.

En cuanto á la dispersion de los individuos de la Compañía de Jesus, he tenido la gloria de provocarla como muchos otros enemigos de las detestables doctrinas de Loyola, y la voz de aquellos ha tenido mucho mas brillo, mas eco y mayor autoridad que la mia.

Adios, amigo mio, hubiera querido que esta obra fuese digna de vos; pero como sois indulgente, tendreis presente al menos las intenciones que la han dictado.

Vuestro amigo,

EUGENIO SUÉ.

París 25 de agosto de 1845.

FIN.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL PRESENTE TOMO.

PARTE PRIMERA.

LA PANTERA NEGRA DE JAVA.

EL CONCILIO.

PARTE SEGUNDA.

EL CÓLERA.

PARTE TERCERA.

EL CÓLERA.

PARTE CUARTA.

ÍNDICE

para la colocacion de las láminas en los tres tomos del Judio Errante.

RESUMEN

de los nueve primeros tomos

DE

EL JUDIO ERRANTE.

La novela es generalmente inspirada por la observacion de las costumbres, que reproduce en la infinita variedad de sus aspectos y de sus tintas mas delicadas, es inspirada por el estudio del hombre, y desenvuelve muchas veces los íntimos resortes de su naturaleza varia y apasionada. Pero Eugenio Sué la ha abierto nuevos horizontes. Desde la aparicion de los *Misterios de Paris*, la novela recibe su inspiracion del espectáculo de los fenómenos generales de la vida social; la novela procura estudiar las leyes y señalar los vicios y las iniquidades.

No conocemos en Francia quien aventaje á Eugenio Sué en la senda vasta que ha emprendido. Antes de él, es cierto, escritores de todos géneros, viendo los trabajos, el ridículo y los vicios de la sociedad de su tiempo, emplearon el chiste en obras que llamaremos novelas si se quiere, á falta de un nombre que pueda caracterizarlas mas propiamente. Esto hicieron Rabelais en *Gargantua*, Montesquieu en sus *Cartas persianas*, y otros muchos que podriamos citar; pero cualquiera que fuese el genio de muchos de estos escritores, su obra era la comedia de costumbres generalizada, no la crítica social propiamente dicha. Verdad es que no dejará de reprocharse á Sué el haber tomado utopias por puntos de partida, y por casos de aplicacion de todas las reformas urgentes á que se presta la sociedad; la mejor respuesta que puede darse á esto es apelar á la historia. Tomás Moro, Harrignton, Campanella han escrito, bajo una forma filosófica, especies de novelas sociales tituladas, *Utopie, Océano, la Ciudad del Sol*, y muchos de los pasages de sus libros se encuentran, sin que nadie se admire de ello, hermosa y perfectamente realizados en el dia.

Los *Misterios de Paris y el Judio Errante* están animados de un espíritu filosófico social que para ser bien comprendido, exige una atencion mas especial de la que se presta comunmente á las fantasías literarias.

En tanto que la segunda de estas dos obras acaba de publicarse, trataremos de reasumir la sustancia y los principales incidentes de la gran fábula del *Judio Errante*, para refrescar la memoria del lec-

tor antes de entrar en el último tomo de tan hermoso estudio.

No hay que creer que Eugenio Sué se ha propuesto en sus diez tomos una símple campaña contra los jesuitas: ha perseguido con una enerjía de crítica infatigable á una corporacion, cuyo pasado previene singularmente contra su porvenir: si ha hecho penetrar la luz de la publicidad en los mas ocultos misterios de este dédalo jesuítico, es indudable que no se ha propuesto esclusivamente la supresion de la compañia de Jesus. Los jesuitas han sido para él una ocasion, no un objeto; se ha valido de ellos porque se hallaban á la mano, como egemplo de los prodigios que la concentracion de fuerzas individuales puede obrar en una línea de accion fija é invariable. El verdadero problema que se ha propuesto, problema bien antiguo y que no ha caducado, es el de la fraternidad humana iluminándose con los rayos de la ciencia. Asi, para probarnos que no aspiraba á una quimera, á un ideal de organizacion imposible y fantástico, ha puesto de manifiesto los maravillosos resortes del mecanismo jesuítico, haciéndonos presentir todo lo que el genio del bien podria sacar de la combinacion inteligente de las fuerzas humanas, puesto que la compañia de Jesus, en la cual nuestro poeta personifica el genio del mal, ha podido conquistar un poder tan formidable, por el solo hecho de su enerjía, y digámoslo asi, de su imponente tendencia á la unidad.

El *Judio Errante*, con su multiplicidad de episodios, de incidentes, de intereses y de hechos, es un pequeño mundo que refleja al grande. En cuanto á los personajes que le pueblan, son tipos, y tipos pintados con mano de maestro. Cada uno de ellos corresponde á uno de los aspectos de la naturaleza humana, á uno de los rasgos característicos de la fisonomía del hombre.

Recordemos cuales son los elementos de este drama: son sencillos como conviene á una obra tan larga. Emprenden una lucha: por una parte la sociedad de Jesus esta sociedad poderosa por su duracion misma y por la persistencia de sus miras, por la abnegacion de los asociados al cumplimiento de la obra comun, y por el desprecio que sabe hacer en caso de necesidad de todos los principios que pueden servirla de obstáculo; por otra una familia, cuyos miembros son entre si estraños, se defiende casi siempre aisladamente, y lejos de concentrar todas sus fuerzas y todos sus pensamientos hácia el obgeto á que caminan, se separan, distraen y debilitan por pasiones que son consiguientes á los que viven en el mundo. Tienen por ausiliar, es verdad, una especie de acaso providencial. Un ser fantástico, sobre humano, aparece en los principales puntos de la accion, interviniendo en favor suyo. Pero el *Judio Errante*, su antepasado, á pesar de su naturaleza escepcional, no puede prestarles mas que un débil socorro. No hace sino pasar, llevado por el torbellino, una vida ya señalada por la mano de la Providencia; muchas veces está lejos de su familia, oprimido en el momento en que esta tendria mayor necesidad de su ausilio.

El objeto de esta lucha desigual en donde una de las dos partes no hace mas que defenderse, es la posesion de una inmensa herencia, pagada á todos los de su raza por el marques de Renepont en 1682. Víctima en su tiempo de artificios con cuyo ausilio la compañia de Jesus se habia apoderado de todos sus bienes, Renepont comprendió el invencible poder de la asociacion. Quiso unir á sus descendientes para darles fuerza, esperando que su asociacion en el amor del bien y del prójimo serviria de grande ejemplo al mundo y de providencia á los oprimidos. Procuró do-

tarles con este objeto de una fortuna verdaderamente real. Cincuenta mil escudos exentos del despojo del resto de sus bienes, son entregados por él mismo á israelitas que se transmiten este depósito de generacion en generacion durante ciento cincuenta años; es decir hasta el 13 de febrero de 1832, dia designado para la apertura del testamento del marques, y para la distribucion de la herencia.

Los depositarios han entregado 50,000 escudos á un interes del 5 por ciento, segun las intenciones del testador. Al espirar los 150 años, la sucesion del marques de Renepont asciende á 225.950,000 francos, de los cuales han de deducirse 13.775,000 por gastos de agencia, etc., entregando á los herederos 212.175,000.

Como se ve pues, se disputa un escelente premio. Añadamos que la captacion de herencias es una llaga social que es muy oportuno y útil señalar en medio de las congregaciones que la Francia posee. Esta llaga no es nueva. La caza de sucesiones era una de las principales ocupaciones de los griegos y de los romanos degenerados. Cuantos epigramas no han lanzado los satiristas de otros tiempos contra los que andaban en busca de herencias! Respecto á este punto la antigüedad nada tiene que envidiar á los tiempos modernos, y los tiempos modernos están muy distantes de haber dejado perecer esta parte de las tradiciones de la antigüedad.

Nadie tendrá derecho á participar de los bienes del marques de Renepont, si no asiste en persona á la abertura del testamento el 13 de febrero de 1832. Para recordar esta obligacion á su posteridad, ha hecho distribuir el testador á cada uno de los miembros de su familia, una medalla que les servirá de titulos y de *memento*.

Pocos meses antes de la época señalada, la familia de Renepont cuenta siete representantes, diseminados en varios grados de la escala social, y son:

El príncipe Djalma, jóven indio, generoso y entusiasta. Es un tipo tomado del antiguo mundo asiático, y colocado con la tosca rectitud de sus instintos, pero tambien con la amplitud de sus facultades, en contacto con nuestras delicadezas, nuestras susceptibilidades y nuestras preocupaciones, nacidas de una civilizacion que parece ha borrado toda originalidad.

La señorita Adriana de Cardoville, alma noble é independiente, propensa á todo buen sentimiento, sensible, pero firme; sensual, pero casta; conjunto estraño pero admirable de un espíritu pagano y de una educacion cristiana.

Hardy, inteligencia privilegiada unida á una sensibilidad escesiva. Su madre le llamaba *la sensitiva*, dice el autor del *Judio Errante*; era en efecto un hombre dotado de una de esas organizaciones de una finura, de una delicadeza esquisita, tan espansivas y tan amantes como nobles y generosas, pero de una sensibilidad tal que al menor estremecimiento se repliegan y concentran en sí mismas.

El abate Gabriel es una figura resplandeciente de bondad y de nobleza. Es la personificacion de esa parte del clero que tal vez no está en muy elevada posicion, pero que practica grandes virtudes en una clase modesta. ¿Puede darse cosa mas santa, cosa mas respetable que el carácter de este jóven que ha sufrido ya el martirio? ¿Pintando con calor tantas virtudes, no ha probado Eugenio Sue que no confunde el verdadero sacerdote con los malos ministros, y que al atacar doctrinas peligrosas, inmorales é impias, no ha pretendido negar el mérito y la santidad de la moral cristiana?

Vienen en seguida las dos hijas del mariscal Simon, Rosa y Blanca; dos flores pálidas, educadas bajo un cielo estranje-

ro. Su inocencia imprime el respeto, y su candor escita la compasion.

El último miembro de la familia del marques de Renepont es un artesano cuyo nombre indica una vida desordenada. Duerme-en-Cueros fluctua entre el trabajo y la mala conducta. Se inclina al bien, pero se deja arrastrar por el mal. Tiene buen corazon pero mala cabeza. La debilidad de su carácter y la movilidad de su imaginacion le entregan á la influencia de todo hombre frio y resuelto que quiere apoderarse de su espíritu.

En frente de esta familia se coloca el jesuita Rodin, en quien se personifican toda la habilidad y todos los vicios por los cuales se ha distinguido en la historia la peligrosa compañía de los hijos de Ignacio. Ambicion diabólica, sábia hipocresía, obstinada constancia, debida tal vez al sentimiento de la fuerza y de la vitalidad de la órden, indiferencia acerca de la decision de los medios santificados siempre por el objeto; en fin, recursos infinitos y maravillosa lucidez de un entendimiento continuamente aplicado á la persecucion de un mismo designio; tales son los principales rasgos del carácter de Rodin.

La compañía ha preparado la trama que debe hacer caer en su poder la herencia del de Renepont. Su primer cuidado ha sido asociarse un heredero que le abandonase sus derechos. Gabriel ha sido enlazado en las redes de la sociedad de Jesus. Ha pronunciado los votos, en virtud de los cuales todos los bienes que puedan pertenecerle son propiedad de la comunidad de que forma parte. Todos los esfuerzos de los jesuitas tenderán á alejar á los otros herederos á fin de que Gabriel sea el único que cumpla la cláusula del testamento que exige la presencia de los descendientes del marques de Renepont, el 13 de febrero de 1832, en la casa de la calle de San Francisco.

El padre d'Aigrigny, antiguo emigrado, antiguo coronel, y despues jesuita, está encargado de llevar á cabo este negocio. Este hombre es muy inferior á Rodin. Los medios materiales, las vias de hecho, y el vulgar empleo de la fuerza, son las palancas que empleará contra los Renepont.

Djalma está todavia en la India; las hijas del mariscal Simon han salido de Siberia bajo la custodia de un soldado de la antigua guardia imperial, llamado Baudoin, á quien un autor tan valiente como burlesco ha dado el apodo de Dagoberto; pero todavia no han atravesado la Alemania. Es preciso impedir que el príncipe se ponga en camino, y que las huérfanas lleguen. Todos tres serán encarcelados á consecuencia de hábiles astucias que harán pasar al príncipe por miembro de la terrible sociedad de los estranguladores indios, y que privando á Dagoberto y á sus pupilas de sus papeles y provocando al veterano á fin de que cometa un acto de cólera muy fundado los entregarán á la justicia de un burgo-maestre por turbulentos y vagabundos. Sin embargo el autor habrá descrito de paso los prodigios de la naturaleza india, los misterios de su antigua civilizacion; nos habrá conducido á la guarida de animales feroces; y habrá hecho un retrato de su domador, cien veces mas horrible que los discípulos.

En Francia las vias de hecho presentan mas dificultades y peligros. Pero las leyes destinadas á proteger la sociedad, se convierten en manos de los jesuitas en la mas temible arma que pueda emplearse contra ella.

La señorita de Cardoville posee en muy alto grado el gusto que manifiestan todas las almas bien colocadas por la belleza moral y física. Se rodea de criadas bonitas y bien vestidas; reune en su habitacion todas las maravillas de un lujo que con toda intencion se esfuerza en hacer

pasar por estravagante. Ademas, anudada con su virtud, y cediendo á un escesivo sentimiento de independencia, prescinde muchas veces de la reserva que nuestras costumbres imponen á una soltera. Desprecia la tutela de su tia, la princesa de Saint-Dizier, muger ambiciosa, á quien la sociedad de Jesus cuenta entre sus afiliados. No es fácil hacerla pasar por loca? El médico Baleinier, otro jesuita que ha sabido grangearse la confianza de Adriana, está encargado de esta obra. Uno de los episodios mas interesantes y mas verdaderos de esta novela, es aquel en que la señorita de Cardoville, encerrada por astucia en una inmunda casa de locos, entregada al repugnante cuidado de mugeres sórdidas y groseras, siente que se va turbando poco á poco su razon, y empieza á creer que realmente está loca, y que el doctor Baleinier ha dicho verdad.

Por lo demas es medio frecuentemente empleado por los usurpadores de herencias el de encerrar á los herederos legítimos bajo pretesto de locura. La diferencia entre la razon y la falta de ella no es tan fácil de conocer; y hay muy pocas personas que no hayan facilitado á su familia, una vez por lo menos en su vida, el pretesto para encerrarlos en Charenton.

La compañía de Jesus no tiene pues mas concurrentes que Hardy y el artesano Duerme-en-Cueros. Este último no es temible. Se le presta dinero que gasta en fiestas y en orgías. Llega el dia señalado, y se le encierra en la cárcel por deudas. Por lo que hace al industrial hábil é ilustrado, no se dejará prender en tan groseros lazos. Se dirigen á su corazon. Un amigo íntimo, instrumento secreto de los jesuitas, le llama en su ausilio algunos dias antes del 13 de febrero. Hardy parte, olvidándose de todo para servir á un hombre que le engaña.

La compañía ha conseguido su objeto por *fas* ó por *nefas*, esplotando los buenos sentimientos ó las malas pasiones. Es cierto que el príncipe Djalma ha logrado escaparse de la cárcel, y que las hijas del del mariscal Simon se han salvado milagrosamente lo mismo que su conductor. Todos han llegado á tiempo á Paris; pero un narcótico poderoso, administrado al príncipe, la víspera del 13 de febrero le encadena en un sueño de plomo, durante todo el dia señalado para la abertura del testamento. Y las hijas del mariscal, arrebatadas por medio de una piadosa estratagema, han sido encerradas en un convento, donde se ocupan de su salvacion, hasta tanto que la ley demasiado tardía venga á arrancarlas de su santo asilo, despues que habrá pasado el 13 de febrero.

Ha llegado por fin este dia que la compañía no ha perdido de vista un solo instante por el espacio de siglo y medio. Abrese la casa tapiada de la calle de San Francisco. El testamento ha sido leido; suena medio dia y Gabriel es el único heredero que se halla presente. Apodérase ya el abate Rodin del tesoro de los Renepont, cuando aparece una muger á la puerta; es Herodias, la hermana del Judio, como él condenada á andar errante por toda la tierra, y símbolo, como él, de esa porcion de la raza humana que parece ha sido desheredada por Dios; de esos pobres que en todas las partes del mundo arrastran su miserable ecsistencia, sucumbiendo bajo el pecho de sus propios males, y bajo la desgracia de su aislamiento y de su impotencia.

Herodias hace descubrir un codicilo que retrasa tres meses la distribucion de la herencia, y que lo deja todo en duda.

En adelante la parte de la compañía de Jesus será mas dificil, porque los herederos de la familia de Renepont están advertidos de su conducta. El abate d'Ai-

grigny no bastará para la obra; Rodin será quien la emprenda. Entretanto el abate d'Aigrigny ha hecho, segun la espresion de Rodin, grandes cosas, turbulentas cosas, y hará otras tantas pequeñas, pueriles, ocultas. Aqui es donde triunfará el espíritu de la compañía de Jesus. Rodin esplotará las pasiones, las suscitará en caso de necesidad; será si puede el mejor amigo de aquellos á quienes quiera perder. No les tenderá un lazo grosero; la desgracia les llegará por tercera ó cuarta mano.

Para empezar Rodin finje romper de frente con los jesuitas. Vende primero los intereses de su compañía para servirles mejor despues, dá la libertad á la señorita do Cardoville; entrega las hijas del mariscal Simon á su padre; se gana la amistad y la confianza del príncipe Djalma. Ademas, reasume él mismo perfectamente su conducta.

«Tengo, dice bastante disposicion para hacer el papel mas necio del mundo durante seis semanas.... Tal como me veis he tenido relacion con una griseta; he hablado de progreso, de humanidad, de la emancipacion de la mujer con una jóven de cabeza lijera, he hablado del grande Napoleon, del fetichismo bonapartista, con un soldado imbécil; he hablado de gloria imperial, de la humillacion de la Francia, de esperanzas en el rey de Roma, con un bravo soldado del mariscal de Francia que aunque con el corazon tan lleno de admiracion hácia este usurpador de tronos que ha arrojado su hado á Sta. Elena, tiene la cabeza tan hueca y sonora como una trompeta de guerra... ¡He hecho mas, á fé mia! he hablado de amores con un jóven tigre salvaje!!»

Con todas estas puerilidades Rodin obtiene resultados inmensos. En efecto, si suscita en el corazon del príncipe y en el alma de la señorita de Cardoville un amor recíproco, es con la esperanza de que esta doble pasion producirá terribles tempestades. Ya ha sembrado los celos entre los dos amantes. Verdad es que una muger que defiende su felicidad es muy fuerte, ha dicho la señorita de Cardoville. Rodin no ha logrado separar por mucho tiempo á los dos amantes, quienes por su parte se buscaban.

Pero en compensacion de este reves, ¡qué de males y ruinas ha acumulado ya el jesuita con sus medios pequeños y sus cosas pueriles y ocultas!

Duerme-en-Cueros ha muerto en medio de una orgía, en el delirio del placer: la compañía de Jesus le ha abierto un camino de dulces alegrias, de placeres desenfrenados, de abusos del vino y del aguardiente para conducirle al sepulcro.

Hardy tenia una amistad, esta amistad le vende; tenia un amor, este amor se rompe; le restaba por único recurso la actividad de los negocios, y su fábrica es incendiada. Cae, abatido, sin fuerzas, entre las manos de Rodin, que le confia al padre d'Aigrigny. Los cuidados y consejos del reverendo padre no tardaron en gangrenar la llaga de esta alma herida, haciéndola incurable. En adelante el retiro, la oscuridad en donde se llora en silencio y sin tregua, serán el único objeto de los votos de Hardy; abandonará todos sus intereses y todas sus esperanzas á los buenos padres quienes le consuelan tan generosamente, sin pedir mas que reposo para acabar sus dias.

En fin, sordas calumnias esparcidas contra el mariscal Simon, le preparan una acojida fria y ofensiva en el mundo, en donde sus gloriosas acciones deberian valerle la simpatía, sino la admiracion y el respeto; cartas anónimas esparcen durante algun tiempo la frialdad y la desconfianza entre él y sus dos hijas. La compañía procura al mismo tiempo llevar al

mariscal á una conspiracion bonapartista, que habia de ser sin duda revelada tan pronto como concebida, y preparaba al mariscal la prision ó el destierro.

Hé aqui hasta donde ha llegado Rodin sin ruido aparente, sin medios directos; pero aprovechándose de los acontecimientos, ó sabiendo hacerles nacer. Y ademas la fatalidad le ha prestado todo su apoyo.

El cólera, este gran proveedor de herencias, ha venido en su ausilio. Entre todas las escenas verdaderamente notables que ha creado Eugenio Sué, citaremos solo aquella en que el abate d'Aigrigny, perseguido como envenenador por el pueblo desenfrenado, hasta la iglesia de Nuestra Señora, se salva gracias á la intervencion de Gabriel. No sabremos recordar lo suficiente las hermosas y sublimes acciones que el autor presta á este buen sacerdote; porque Eugenio Sué da en ellas, como ya lo hemos dicho, un solemne desmentis á los que le acusan de desconocer voluntariamente las nobles inspiraciones que un cristiano puede adquirir en sus creencias.

No terminaremos este descarnado árido análisis de una obra llena de macion y fuego, sin decir algo de guras accesorias que Eugenio Sué pado en derredor de los princip sonages de su verídica novela. entre otros:

La Gibosa, una pobre jor hija del pueblo, muchas ve y por consiguiente sin f casi sin vestido, que desgracias con que h la naturaleza y por nobleza y delicade timiento del deb

Agricol Baudc generoso y bue tivo de los pa'

y prudente. Este tipo no es puramente ideal, es un retrato cuyos originales son por fortuna numerosos.

Francisca Baudoin, su madre, cuya figura no puede dejar de notarse en un libro lleno de intrigas, encubiertas bajo la máscara de la religion. Francisca Baudoin está sin reserva bajo la dominacion del jesuita su confesor. Aprovechándose de su ignorancia y credulidad, la arrastra á las acciones mas reprensibles, presentándoselas bajo un punto de vista laudable. Francisca envia al convento á las hijas del mariscal Simon, no como quiere la compañía de Jesus para tenerlas encerradas el dia de la apertura del testamento, sino para instruirlas en la religion católica.

En fin, citaremos á la reina Bacanal y á Rosa Pompon: la primera es hermana de la Gibosa; pero hermosa tanto como esta es desgraciada; lijera tanto como la Gibosa es grave, se hace la reina de bailes públicos y del carn miseria la a aun

mente su condu...

« Tengo, dice bastan... hacer el papel mas necio del mundo... rante seis semanas.... Tal como me veis he tenido relacion con una griseta; he hablado de progreso, de humanidad, de la emancipacion de la mujer con una jóven de cabeza lijera, he hablado del grande Napoleon, del fetichismo bonapartista, con un soldado imbécil; he hablado de gloria imperial, de la humillacion de la Francia, de esperanzas en el rey de Roma, con un bravo soldado del mariscal de Francia que aunque con el corazon tan lleno de admiracion hácia este usurpador de tronos que ha arrojado su hado á Sta. Elena, tiene la cabeza tan hueca y sonora como una trompeta de guerra... ¡ He hecho mas, á fé mia! he hablado de amores con un jóven tigre salvaje!! »

Con todas estas puerilidades Rodin obtiene resultados inmensos. En efecto, si suscita en el corazon del príncipe y en el alma de la señorita de Cardoville un amor

al ...
sejos...
gangr...
haciénd...
tiro, la ...
silencio y s...
de los voto...
sus intereses...
buenos padr...
generosamente...
para acabar sus ...

En fin, sordas ...
contra el mariscal Si...
acojida fria y ofensiva...
donde sus gloriosas acci...
lerle la simpatía, sino la ...
respeto; cartas anónimas ...
rante algun tiempo la fri...
confianza entre él y sus dos ...
pañía procura al mismo tie...

